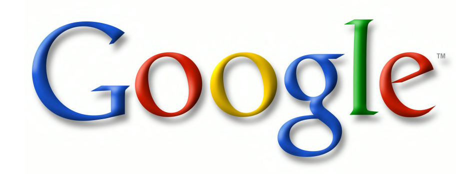
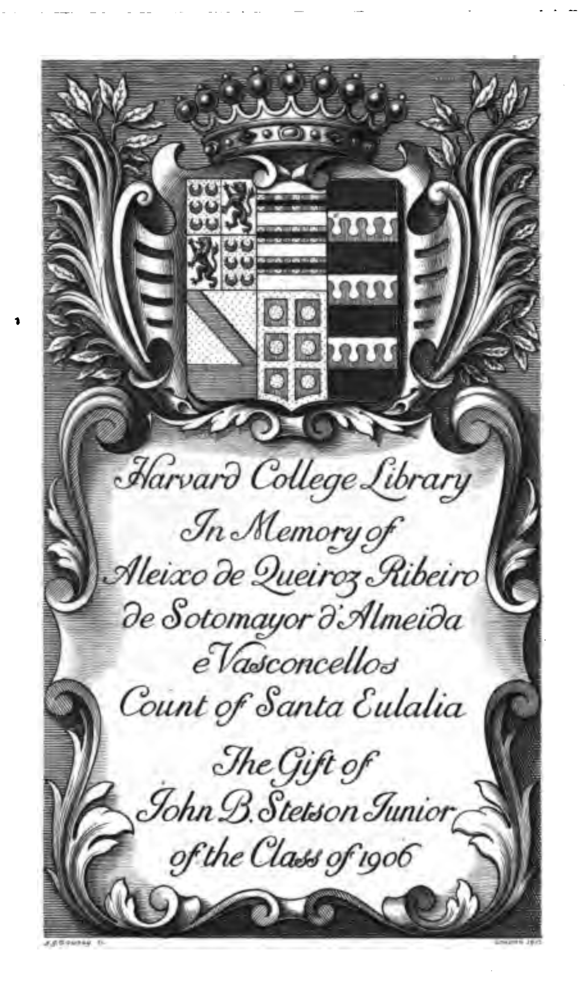
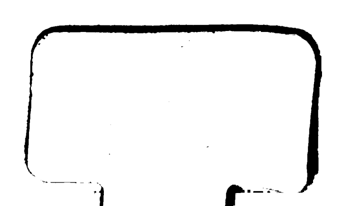



Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906



Stetson

LAS

TRAVESURAS DE UN TUNANTE

ROMANCE QUE PARECE NOVELA

DIVIDIDA EN CINCUENTA Y CUATRO CAPITULOS

O

CUADROS DE COSTUMBRES NACIONALES

POR

JESUS S. ROZO

[illegible]

Señor Dr. J. Mª Torres Caicedo.

BOGOTA
IMPRENTA DE LA AMERICA
[illegible]

LAS
TRAVESURAS DE UN TUNANTE,

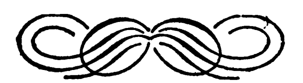
HISTORIA QUE PARECE NOVELA,

DIVIDIDA EN CINCUENTA Y CUATRO CAPITULOS

O CUADROS DE COSTUMBRES NACIONALES,

POR JESUS S. ROZO.

La novela de costumbres es el termómetro que mide mejor los grados de civilizacion del pueblo que el autor de ella ha tenido á bien retratar.



BOGOTA.
Imprenta de "La America."
1873.

MANUEL MURILLO,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

Hace saber:

Que el señor Jesus S. Rozo ha solicitado privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título que ha depositado en la Gobernacion del Estado soberano de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue:

LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE.

Por tanto, en uso de la atribucion que le confiere el artículo 66 de la Constitucion, pone, mediante la presente, al expresado señor Rozo, en posesion del privilegio por quince años, derecho que le concede la ley 1.ª parte 1.ª tratado 3.° de la Recopilacion Granadina que asegura por cierto tiempo, la propiedad de las producciones literarias y algunas otras.

Dada en Bogotá, á veinte y seis de Noviembre de mil ochocientos setenta y dos.

M. Murillo.

El Secretario de Hacienda y Fomento,

AQUILEO PARRA.

DEDICATORIA.

A los Srs. Demetrio Rey Rodriguez, Jesus Giménez y Manuel J. Ospina.

Mis amigos predilectos:

La historia enseña que no es cosa difícil hallar en las monarquías príncipes ilustrados, amigos de la prosperidad literaria de su país, que al dedicarles un libro no lo protejan con el prestigio de su nombre y con los medios necesarios para darlo á luz. Mas, si esto se puede conseguir en una monarquía, donde las instituciones tienden á embarazar el progreso literario, eso, ¡ cosa singular ! eso no se alcanza en una República democrática como la de Colombia donde las instituciones dan completa libertad al pueblo para que encienda ó apague las luces de la ilustracion, lo cual viene, sin duda, de que en las monarquías hay príncipes ilustrados y generosos y en las Repúblicas incipientes como la nuestra, no sólo no existe esa clase privilegiada, sino que no hay quien la reemplace en cuanto á la proteccion de las bellas artes. Por esto podeis calcular, caros amigos, cuantos habrán sido los obstáculos con que he tropezado y cuales las diligencias que he hecho para dar á la estampa LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE en más de dos años que hace que las escribí, pues no ignorais que pobre como el leproso Job y olvidado de aquellos hombres públicos á quienes varias veces he ayudado á levantar, con mis débiles fuerzas, á la cumbre del poder, he carecido de recursos

para tomar la empresa por mi cuenta, y en tan triste situacion me he visto precisado á buscar extraño auxilio, en mucho tiempo sin éxito feliz; en todo el tiempo que anduve apartado del camino que debia conducirme ante vosotros á poner en vuestras manos mi libro para que lo leyerais, y si era de vuestro agrado, lo aceptarais.

Urgido por la necesidad, ó si se quiere, por el deseo de dar á luz mi obra, he solicitado favor de algunos de mis conciudadanos; pero no como lo solicitan los mendigos, tendiendo la mano sin ofrecer cosa alguna en cambio. Yo he ofrecido darles á cuantos me he dirigido, lo que á vosotros he prometido daros: un derecho á la obra impresa en proporcion de la cantidad que tuvieran á bien anticipar; pero ni por esto ha habido quien acepte mi propuesta; unos porque han juzgado mi libro sin leerlo; otros porque lo han leido y no lo han entendido; algunos porque lo han entendido á medio leerlo y les ha desagradado verse en algun capítulo fielmente retratados por su lado extravagante y ridículo, y los más porque han temido entrar en una empresa en la cual no veian ni palpaban las ganancias ántes de comprometer una suma.

Aniquiladas mis fuerzas con tantas diligencias inútiles, y agotada en mi corazon la fuente de la esperanza, estaba á punto de desistir de tan árdua empresa, cuando he ahí que de repente me acuerdo de vosotros; de vosotros que aunque no sois reyes de corona y cetro, sí sois, como me lo estais probando, príncipes de la filantropía y con especialidad del patriotismo, y en consecuencia no ménos amantes del progreso de las letras, que aquellos monarcas ilustrados y magnánimos que gobiernan los Estados. A vosotros que habeis comprendido mi libro y estimádolo en lo que vale y que teneis la liberalidad de auxiliar mi empresa sin ser movidos por espíritu de ganjería, sino por un sentimiento noble y generoso, os lo dedico con el mayor agrado y os ruego acepteis esta DEDICATORIA como una simple señal de que he intentado cumplir con aquel dulce deber que impone siempre á la gratitud la beneficencia y como una muestra del afecto sincero que os profesa el ínfimo de vuestros amigos.

Jesus S. Rozo.

Bogotá, 17 de Enero de 1873.

PROLOGO.

SIGUIENDO el uso establecido, ha muchos años, de ponerle prólogo á toda obra grande ó pequeña, séria ó jocosa, buena ó mala, voy á escribir la prefacion de esta historia, pues no seré yo quien se entrometa en hacer innovaciones en punto tan delicado no teniendo autoridad para ello. Yo bien sé que los prólogos son poco leidos porque la experiencia enseña que ellos nada sustancial contienen; pero esto no me arredra ni me desanima de poner á la vuelta de la portada de la historia que vais á leer, las últimas páginas que de ella escribo, en atencion á que me pica el deseo de hacer al público una confesion que leida por un sólo curioso es suficiente para que la pregone en todas partes y con ello basta y sobra para que este prólogo sea más leido que la misma obra. Es el caso, lector querido, que la historia de LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE si la escribió mi mano no la concibió mi entendimiento. Confesion es esta que os llenará de admiracion porque bien sabeis que no hay hombre alguno que pudiendo, no usurpe la sabiduría ajena, para fundar con ella una reputacion que no merece, y mayor será vuestro asombro al saber que yo he podido callarme y hacer pasar como obra de mi injenio la tal historia; ora porque ningun envidioso sabe el secreto que voy á revelaros, ora porque el verdadero autor de la obra no puede alzar la voz para acusarme como usurpador de sus pensamientos, por cuanto á que está debajo de tierra hace doscientos cincuenta y cuatro años, y no obstante esto, y de estar seguro de no ser desnudado en la calle, no quiero vestirme con lo ajeno y hacer ostentacion de lo que no es mio y por ello voy á contaros de qué entendimiento es hija la tal obra.

Pensaba yo en escribir cierta historia que sabia; pero en un estilo sencillo y que al mismo tiempo no careciera de chiste y de donaire, y meditando en este imposible para mí, como á eso de las seis de la tarde del 20 de Octubre de 1867, clavado de codos en una ventana que dá vista á un jardincito que hay en el patio de mi casa (ubicada en Bogotá, en la carrera de San Martin, calle 1.ª número 4), entró á deshora un amigo mio y díjome:

—Hola! en qué piensas?

—En escribir un libro que haga reir á cuantos lo lean, le respondí, separándome del sitio que ocupaba y saliendo al encuentro de mi visitador.

—Oh! para eso no necesitas calentarte los cascos, me dijo, nada más facil que el que tú cojas la pluma y la dejes correr sobre el papel escribiendo á trochemoche lo que te venga al magin.

—Qué consejo! esclamé.

El continuó:

—De este modo escribirás en ménos de nada el segundo tomo de *La Tapa del Cóngolo* ó el de *El Granate Granadino*, ó bien el de la *De rota batida*, que hará soltar grandes carcajadas á quien lo leyere.

—No haré tal, le contesté, una obra semejante haria reventar de risa al lector, es verdad; pero á costillas mias y no á las de los personajes que yo pusiese hábil y graciosamente en escena, que es lo que deseo.

—Y tú éres hombre capaz de escribir un libro sembrado de chistes y agudezas?

—No, amigo, y he ahí la dificultad de satisfacer mi loco antojo.

No bien salieron de mi boca estas últimas palabras, el visitador me dijo:

—Quiéres saber sin esfuerzo alguno cuánto sabian los hombres que han cooperado con su talento y sus luces á dar lustre y gloria á los pasados siglos y al presente? Quiéres adueñarte en un momento del chiste y del donaire de los ingenios epigramáticos que han hecho reir al mundo entero á carcajadas!

Yo lleno de asombro le dije:

—Sí quiero; pero dime, cuentas con el poder de Dios ó con el del Diablo para hacerme sabio sin estudiar las ciencias y sin tener talento, y para llenarme en un instante de sal española los aposentos de la cabeza? ... Porque segun los cristianos sólo Dios podria obrar semejante milagro, y segun las beatas sólo el Demonio, puesto que estas creen que Satanas tiene un poder ilimitado y que concede cuanto se le pide, si en cambio se le dá ese sér indefinible que el mundo llama ánima.

—No, yo no cuento con el poder de Dios ni con el de Satanas, de que tú me hablas, me respondió, sino con un poder misterioso que tiene todo sér racional, con el cual puede cualquiera adueñarse del talento y de la sabiduría de todos los inteligentes y doctos que han descendido al sepulcro.

—Me llenas de pasmo, le contesté.

—Sígueme, me dijo, y ahora mismo te enseñaré el medio de ser sabio como Salomon, gracioso como Quevedo y poeta como Lope de Vega.

Sintiéndome dominado, tanto por la curiosidad de saber el secreto, como por el antojo de ser sabio, gracioso y poeta, tomé mi capa, mi sombrero y mi baston y seguí los pasos de mi guiá. Catorce cuadras anduvimos, hácia el Norte por un piso enlodado y desigual, respirando un aire mefítico (como lo respira siempre todo el que camina por las calles de Bogotá), y al fin de la última, entramos en una casa de ruin apariencia, subimos una escalera estrecha, tortuosa y carcomida y al coronarla hallamos una puerta ancha y baja por donde entramos en una pieza de aspecto sombrío, ya por el color verde de sus muros, ya por su pavimento cubierto de una alfombra negra y ya en fin, por las luces azulinas que iluminaban aquella mansion. Más de veinte hombres de diferentes édades se veian allí graves y cari-asombrados, distribuidos en cuatro grupos rodeando igual número de mesas, donde habia tintero,

pluma y papel. Preguntéle á mi amigo qué hacia aquella gente en torno de tales mesas, sumida, por intervalos, en un silencio absoluto, y respondióme:

—Que qué hace esta gente?.... Bah! pues evocar espíritus.

—Evocar espíritus! le repliqué con acento de admiracion.

—Sí, me contestó, estos señores hacen comparecer actualmente delante de sí á las almas de algunos muertos, con el fin de apoderarse del entendimiento, del donaire y de la ciencia que poseían las personas á las cuales esas ánimas pertenecian. Abre mucho los ojos y aplica los oidos y aprenderás el medio admirable de saberlo todo sin haber aprendido nada.

Siguiendo los consejos de mi amigo puse atencion á lo que los expresados hombres hacian, y declaro que quedé maravillado cuando ví cómo los miembros de aquella sociedad espírita evocaban las ánimas de algunos desalmados, ó lo que es igual, de algunos guerreros ya difuntos, y las hacian comparecer delante de sí y responder á las preguntas que les dirigian. Un espiritista evocó el espíritu de *Eumenes;* otro el de *Julio César*, cual el de *Napoleon* y á cada uno su respectivo *medium* le hizo esta pregunta:

—Qué causa te impidió encumbrarte al elevado puesto á que aspirabas?

Y cada alma, con la pluma de su evocador, respondió en sustancia lo siguiente, bien que en términos diferentes:

—Sabe hombre, que no derribé todos los sólios que deseaba aniquilar, ni levanté un trono estable sobre las ruinas de los que derribé, porque en la mitad de mi carrera se alzaron varios traidores y me detuvieron el paso.

Incontinenti cada *medium* le preguntó á el alma que habia evocado:

—Qué pesares llevaste al sepulcro?

Y cada espíritu contestó:

—Llevé dos muy profundos; haber hecho muchos males á la humanidad sin provecho de nadie y no haber decapitado á unos cuantos ambiciosos llenos de envidia, de quienes fundadamente temia y que al fin me traicionaron.

Yo que tal oía, dije para mi capote:

—Segun esto, una parte del mundo se compone de usurpadores sin freno, que no se paran en medios para encadenar á sus hermanos; otra de envidiosos y traidores que nada respetan para llegar á su fin y otra parte de mártires que viven sufriendo la opresion de todos los bribones que han tenido audacia, fuerza ó maña para esclavizarlos.

Esta consideracion me trajo á la memoria la traicion más infame de cuantas se hayan ejecutado en la haz de la tierra desde que el mundo es mundo. Recordé que en la noche del 8 de Noviembre de 1861 un hermano mio y yo habiamos sido vendidos á nuestros enemigos, por un hombre, á quien sin conocerle el corazon, dimos asilo y proteccion en nuestra casa para librarlo del cadalso ó del destierro acaso bien merecidos. Por un milagro salvamos la vida; pero no nuestra propiedad que fué arrebatada por la horda salvaje que invadió nuestra habitacion, y por el mismo asilado, cuyo nombre no manchará esta página.

La memoria de este horrendo crímen me hizo exclamar:

—Oh! con razon que Eumenes, César y Napoleon no perdonaran ni á la hora de su muerte á los que los traicionaron!.... Un reo de asesinato, de robo y de incendio carga con el aborrecimiento de todos los

hombres honrados, pero puede reconciliarse con ellos por medio de una larga expiacion y un arrepentimiento sincero; más, *un reo de ingratitud ó de traicion* será siempre digno del odio y de la desconfianza de cuantos lo conozcan, hasta de aquellos en cuyo provecho haya sacrificado, con su felonía, su honra y su dicha.

Esto me decia en el momento en que un socio evocaba el alma de Erostrato. No bien consiguió su objeto le preguntó:

—Por qué quemaste tú el templo de Diana?

Y el espíritu respondió con la pluma de su *medium:*

—Por hacerme célebre.

—Y qué celebridad alcanzaste?

—La que alcanza todo perverso, todo ingrato ó todo traidor, que buscando por mal camino honra y gloria no consigue sino el odio de todas las generaciones y una eterna ignominia.

En esto un espiritista evocó el ánima de Homero y preguntóle:

—Tú pensaste alguna vez en inmortalizar tu nombre?

A lo cual el espíritu contestó por el medio que he expresado:

—Yo nunca pensé en la inmortalidad sino en la vida terrenal. Hice la *Iliada* y la *Odisea* y compuse millares de versos para ganar el pan que me conservara la vida, y la suerte quiso que me muriera de hambre y que alcanzara la inmortalidad, puesto que vive mi nombre junto con mi ILIADA y mi ODISEA.

—Pruébame, le dijo el *medium*, que la Odisea es obra de tu númen.

El alma de Homero escribió entónces un poema épico sobre el sitio de Cartagena de 1815, en el mismo idioma y en el estilo mismo en que compuso la Odisea.

El evocador vertió rapidamente la epopeya al castellano, aunque para él era griego crespo, el griego en que estaba escrita, y los que oyeron leerla esclamaron:

—He aquí una obra maestra digna solo del númen poético del inmortal Homero.

Yo al ver tales milagros me llené de admiracion, y deseando practicar el espiritismo; sondear ese misterio propio de magos y hechiceros, ó mas bien de pitonizas, que como la de Endor, hacian bajar del otro mundo á este valle de lágrimas, las almas de los muertos, me acerqué al sugeto que me habia introducido en la sociedad *espírita* y lo invité á que nos fuéramos; pero como me respondiera que no tenia deseos de retirarse, me escabullí solo de entre los mencionados grupos y me marché á mi casa á ejecutar cuanto habia visto, á fin de habérmelas cara á cara y *verbo ad verbum* con el alma de un difunto. Cuando estuve en mi gabinete, preparé tinta, pluma y papel; luego me senté delante de mi escritorio, y con el brazo apoyado de codo en el bufete y descansando la cabeza en la mano, me puse á pensar en el *ex-viviente* cuya alma evocaría.

—Válgame Dios! me decia, pensando en llevar á cabo mi deseo de escribir la consabida historia, ¿cuál será el hombre que tuvo durante su vida más donaire para expresar sus pensamientos en español?

Meditando en esto se me vino al magin el nombre de Cervántes, acaso por parecerme el más afamado decidor y aventajado hablista de todos los hombres jocosos que ha querido Dios enviar al mundo para divertir á la humanidad, y en el momento resolví llamarlo á mi presencia y hacerle cantar cuanto sabia, y para ello dispuse mi corazon al espiritismo y murmuré la fórmula cabalística que los espiritistas acos-

tumbran en sus evocaciones. En seguida hice sobre el papel los signos misteriosos que ellos usan en tal caso, y esperé.... ¡Oh misterio insondable!.... Oh sorpresa!.... Oh pasmo!.... Quién que no haya practicado el espiritismo puede imaginarse lo que yo experimenté?....Sabed, caro lector, que de repente sentí que el alma del autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se me encaramaba ó se me embutia en el cuerpo, sin que pudiera yo saber en donde tomaba asiento, si fuera ó dentro de mí. Montado ó incorporado dicho espíritu en mi humana personalidad, le pedí que fuera luz de mi entendimiento y guia de mi pluma, y como yo tenia esta entre los dedos en actitud de escribir, sentí que lijera echó á correr sobre el papel trazando varias palábras sin que para ello interviniera mi voluntad.

Escrito un renglon lo leí y ví que decia:

"MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA SERÁ TU FAMILIAR."

Orgulloso con mi triunfo sonreí de contento y le dije al espíritu:

—Cervántes, inspírame para escribir la historia, cuyos hechos principales pasan actualmente en mi memoria; pero míra que ella ha de ser escrita en estilo y lenguaje clásicos; esto es, que no lleve frases ampulosas ni que huelan, á gongorismo, de modo que cualquiera al leerla piense que ha sido escrita en español y no traducida del *frances.*

—"Bien está, me respondió, yo pensaré por tí; yo guiaré tu péñola y de ese modo, entre los dos haremos, en castellano neto y castizo la historia que tanto anhelas ver escrita."

—Dame el título de la obra, príncipe de la literatura española, le dije, y guia mi mano para escribir el primer capítulo.

Mi pluma trazó en el acto estas palabras:

LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE,

y en seguida escribió el epígrafe del capítulo y gran parte de este.

De súbito sentí que mi mano se detenia y que mi voluntad imperaba de nuevo en mí.... El espíritu habia desaparecido!....

Entónces me dije:

—Qué bien me ha salido el consejo que me dió mi amigo; con qué facilidad he hallado el medio de ser escritor público sin saber formular bien un pensamiento. Cuántos hombres habrá que pasan por sabios en el mundo, porque han tenido la audacia de usurpar pensamientos brillantes y sólidos, o porque han encontrado un espíritu generoso que les ilumine su oscuro entendimiento.

Díjeme esto y me acosté á dormir.

Al dia siguiente muy temprano dejó la cama, me fuí á mi escritorio, evoqué mi *familir* é iluminado por él continué hasta el fin el capítulo suspendido. En esta ocasion como en la vez primera el espíritu se alejó de mí; pero volvió á mis llamamientos y de este modo dí feliz término á la historia.

He ahí, lector amable, cómo *Las Travesuras de un Tunante* las escribió mi mano, pero no las concibió mi entendimiento.

Preciso era que vos supiérais esto, ya os pareciese buena, ya mala, la historia que vais á leer. Si os hiciese reir algunas veces; si por un milagro de Dios llegaseis á juzgarla digna de ser leida por vos, espero que ya no direis como soleis:

—Esta historia no puede ser producto del entendimiento del que en ella aparece como su autor; quizá es escrita por algun literato modesto y pobre que ha vendido el manuscrito, ó de no, es plagio de alguna novela extranjera que no es conocida en el país.

Decid en tal caso y no mentireis:

—Esta obra la concibió el alma de un muerto y la parió la pluma de un vivo.

Si al contrario llegaseis á creer que la mencionada historia es simple como aquellos truhanes que la echan de graciosos sin tener en la mollera una miaja de sal; que es mala en su conjunto y en sus detalles; que contiene defectos notables y adefecios de mas de la marca, echadme á mí la culpa de tales imperfecciones y decid entónces á ciencia cierta:

—Se ve que la tal obra es hija del flaco y oscuro entendimiento del *medium* y no del robusto y claro del *familiar*.

Si esto dijereis, *con razon*, en contra de LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE, yo os ofresco aguantar callado vuestra censura, pues si en realidad el libro fuere malo, la culpa seria mia y no de mi inspirador, por cuanto á que éste ha brillado en el mundo literario como un sol sin ocaso, y yo ni siquiera como una luciérnaga, por que soy un escritorzuelo sin pisca de talento, de ciencia y de gracia, y en tal caso debe creerse que si la historia es mala, es porque por un conducto imperfecto no puede transmitirse nada puro.

Concluyo aquí, lector querido, esta prefacion, rogándoos que leais la historia de LAS TRAVESURAS DE UN TUNANTE sin prevencion desfavorable y con atencion. Si ella es buena, pasareis unos dias entretenido y sacareis algun provecho, y si no lo es, todavía no perdereis el tiempo, si es que hemos de creer á Plinio el mayor, el cual dijo que no habia libro tan malo que no tuviera algo bueno.

Bogotá, 5 de Noviembre de 1870.

LAS

TRAVESURAS DE UN TUNANTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Donde se demuestra que un queso de oro alimenta mejor á una avarienta que los más jugosos manjares.

A MEDIADOS del siglo xvii vivia en Sevilla una familia opulenta, la que con su inmensa riqueza habia conquistado un lugar distinguido en la gerarquía social. Don Baltazar Ronderos, jefe de la casa, fundaba todo su orgullo en el ponposo título de *marques de San Isidro*, que habia comprado por la exhorbitante suma de diez mil ducados. Doña Valentina Carranza, su esposa, no sólo hacia alarde de su inmensa fortuna y de sus pergaminos dorados, sino de la acrisolada honradez de todas las generaciones de su linaje. Imaginaos ahora, caro lector, cual seria la desesperacion y vergüenza de la señora Carranza al tener noticia que el primogenito de sus hijos, enfurecido por la loca pasion de los celos, habia dado muerte á un rival suyo del modo más indigno de un caballero. Aunque los títulos nobiliarios; las medallas, cruces y placas con que los reyes honran á las familias que les caen en gracia, y á las que se dejan explotar, son otros tantos escudos portentosos donde va á estrellarse el oprobio ó la infamia que la opinion pública arroja siempre sobre el criminal y sus parientes, la señora marquesa no tuvo fe en sus pergaminos y al saber que su desgraciado hijo iba á ser decapitado, determinó dejar su amada patria é irse á un país remoto y desconocido á ocultar su deshonor.

Tomada semejante resolucion se acercó á don Baltazar y le impuso su voluntad como un mandato. El bueno del marido inclinó la cabeza y empezó á vender cuanto poseia. Cuando á consecuencia de las ventas se vió el marques dueño de una gran suma de piedras preciosas, de onzas de oro y de patacones de buena ley, arregló con su esposa el dia de la marcha y sin decir nada á nadie se encaminaron hácia el puerto de Palos, acompañados del único hijo que les quedada y de un criado viejo que era el dechado de la fidelidad y de la honradez. Así como pisaron las playas del Océano se embarcaron y tomaron rumbo hácia la América del Sur.

El mismo dia en que pusieron sus plantas en las costas vírgenes del mundo de Colon, enderezaron su ruta háciá los pintorescos valles de Cundinamarca y fijaron su residencia en Santafé de Bogotá, ciudad fundada por Gonzalo Jiménez de Quesada hacia poco más de un siglo, sobre las ruinas de un hermoso parque de recreo de los destronados *zipas*. Diez años hacia que la familia española vivia en Santanfé cuando la muerte arrebató del mundo al señor marques. Esta funesta calamidad fué causa y parte para que la viuda se alejara de la sociedad con su hijo y su criado, y con ellos fuera á sepultarse en la soledad de un campo á consagrar en el silencio, como ella decia, sus pensamientos y lágrimas al hombre que le habia dado cuando vivo un título honorífico y que despues de muerto la habia dejado dueña de una inmensa fortuna.

Guatavita fué el lugar que escogió para su recogimiento y aunque habia resuelto regresar á Santafé luego que trascurriese el año de luto, varió de parecer, desde que empezó á conocer la dulzura del clima y la índole apasible de sus moradores. La marquesa le cobró tal cariño al pueblo donde habia enjugado sus lágrimas, que determinó pasar en él los pocos años que le quedasen de vida.

Establecida de una manera absoluta, la señora Carranza en Guatavita, compró una heredad distante como una legua de la poblacion, é hizo construir en ella un elevado castillo que bautizó con el nombre de San Isidro. Esta mujer superficial creia que al bajar al sepulcro se hundiria con ella su pomposo título si no lo gravaba en un monumento de piedra que fuera trasmitiéndolo á sus descendientes hasta el fin de los siglos.

No bien estuvo habitable el castillo, la señora marquesa se trasladó á él con su hijo y su servidumbre. Su primer cuidado fué tratar de embellecer aquel sitio con arboledas y flores; pero como el terreno era ingrato, negó el follaje á los árboles y las rosas á las enredaderas y madre-selvas. Deshojados y secos se alzaban los troncos amortajados de áspera yedra en torno del deforme castillo, haciendo dicha morada melancólica y severa como la mansion de los muertos. Por entre esos árboles deshojados y esas plantas sarmentosas se paseaba á mañana y tarde la escuálida marquesa, cual cadáver galvanizado que anduviese por entre los marchitos sauces y los melancólicos cipreses de un cementerio de parroquia.

Doña Valentina Carranza, en el tiempo en que fué á habitar el castillo, contaba como ochenta años de edad. Su estatura era más que elevada; pero en forma de flecha, tal vez por el peso de la larga vida que gravitaba sobre sus hombros; sus cabellos emblanquecidos por la nieve de la edad, coronaban una frente estrecha, ceñuda y aplanada en las extremidades como la del Orangutang. Sus mejillas enjutas y plegadas como un abanico entre-abierto; sus pómulos agudos y salientes; su alta y curva nariz semejante al pico del papagayo; sus ojos de bidrio deslustrado, sombreados de unas cejas cerdosas y largas en forma de vicera y por fin, su boca delgada, tortuosa y undida, armada en un quijada angular, imprimian en su fisonomía el sello de la astucia, de la desconfianza y la avaricia.

Nada más natural que esta vetusta anciana, que por su decrepitud tocaba ya á las puertas de la eternidad, amara á Dios sobre todas las cosas; pero no era así, por desgracia para la marquesa, puesto que sus riquezas ocupaban el primer lugar en su codicioso corazon.

Su desenfrenada avaricia habia desterrado de su alma los más bellos

sentimientos con que el Supremo Hacedor ha dotado al rey de todo lo creado. Esa mujer pagana no adoraba á Dios, ni poseia ninguna virtud; la caridad, la benevolencia, la filantropía y esos otros dones excelsos con que la Divinidad ha enriquecido al espíritu del hombre no dilataban jamas su metalizado corazon.

La marquesa amaba á su hijo, segun ella decia; pero si Dios hubiera trocado á ese adolescente en una estatua de oro, así como convirtió á la esposa de Lot en una de sal, su madre lo habria adorado de hinojos, como las hijas de Israel al Becerro de metal fabricado de sus joyas. La señora Carranza era una mujer pervertida, para quien no habia en el mundo nada más digno de ser amado y adorado que su espléndido cofre, repleto de piedras finas, de oro y plata. Sábese por tradicion que la marquesa veia todos los objetos dorados, así como los asesinos lo ven todo de color de sangre!.... Esa desgraciada señora no tenia sino una sola aspiracion, un solo deseo; en su flaco cerebro no germinaba sino un solo pensamiento: ACUMULAR. Esclava de su avaricia sufria horribles privaciones que soportaba con resignacion por amor á su caudal. Los ahorros que hacia en todos sentidos la obligaban á disminuir las comodidades de que debe disfrutar toda persona acaudalada. Los alimentos que se servian en su mesa eran frugales y groseros; el ajuar humilde y sórdido de su habitacion, revelaba su codicia; su cama estrecha y dura, semejante á la que le dieron en la venta al hidalgo caballero, era más bien un lugar de tormento que de reposo y finalmente, sus vestidos raidos y descoloridos se asemejaban más á los harapos del mendigo que se abriga mal porque nada tiene, que á la ropa buena y decente que debe vestir el que tiene mucho.

La marquesa se quejaba amargamente de la Justicia Divina por haber sujetado al hombre á alimentarse, á alojarse y á cubrir sus carnes, como si la satisfaccion de las necesidades no fuera el supremo bien de la vida y el objeto de la humanidad en la tierra. Pero no era esto sólo: ella vivia maldiciendo la necesidad imprescindible de habitar con los animales de su especie. Aborrecia la sociedad con todas las fuerzas de su alma por las obligaciones que tenia para con ella, y cosa rara; jamas se acordaba de los bienes que esa sociedad le dispensaba. El pueblo en venganza se desquitaba del egoismo refinado de la marquesa, tratándola con acritud, haciendo de ella las más severas censuras y mirándola con aversion. Sabido es por todos, que el avaro ha acarreado siempre sobre sí el odio y el desprecio del género humano. A la verdad, ¿quién puede amar á un sér para quien no hay en el mundo sino su Yo y su cofre? ¿Quién no desprecia á aquel que tiene en más su tesoro que su Yo? ¿Quién no odia al hombre que corrompido por la avaricia deja sacrificar la pureza de su hija, y el honor de su esposa, y consiente en que se aniquile la salud de él mismo atacada por una cruel enfermedad, ántes que disminuir en una, las monedas que rebosan en su gaveta?

Nuestra heroina con todas sus riquezas era tan pobre como el ciego Milton, porque como él, se veia privada de los bienes que hacen la dicha del hombre. Pero no sólo sufria por este lado la señora Carranza; como era recelosa y desconfiada vivia llena de sobresaltos y susidios que le turbaban incesantemente el reposo. Ella creia ver en todas partes ladrones que se confabulaban y que le asechaban su casa para robarle su adorado tesoro. Su hijo que era un modelo de honradez no se escapó de sus infundadas sospechas; quizá creia la marquesa que él tenia dere-

cho de tomar furtivamente la herencia que le correspondia y que ella le retenia indebidamente.

Temerosa nuestra heroina, más de los ladrones que pudiera haber en la casa, que de los que por fuera se confabularan para robarle, se entregó por algunos dias á idear un medio que la pusiera á cubierto de cualquier desfalco. Cuando brilló en su mente el descubrimiento que con tanto afan buscaba, llamó un platero á su casa y díjole:

—Quiero que usted me construya un cuerpo de la figura que le indique, formado del oro que poseo.

—Una pirámide, un cilindro, por ejemplo? le preguntó el platero.

—Ya he pensado en ello, respondió la marquesa, y lo que deseo es que usted me fabrique una figura que no se preste al robo; esto es, que no le entre cincel ni lima sin que se note.

—Oh! eso es muy difícil.

—Puede usted darle al oro la forma de un queso?

—Nada más fácil.

—Con su esfera perfectamente labrada?

—¡Ah sí! eso depende del molde donde se vació el oro.

—Y luego que usted haya dado esa forma al oro, ¿podrá incrustarle algunas piedras preciosas en ambas superficies?

—Bah! si no pudiera hacer tal, no sabria mi oficio.

—Bien, qué dice usted ahora de mi invencion? ¿No cree usted que nadie se atreveria á sustraer una partícula de oro, porque el que lo intentara temeria que yo lo notase? Las piedras finas imposibilitarán el fraude en ambas superficies, y la labor lo impedirá en toda la esfera.

—Exactamente. Es usted, señora marquesa, una mujer de talento.

—Puesto que usted aprueba mi invencion, manos á la obra.

—Segun eso me pongo á trabajar el molde?

—Sin dilacion.

Ajustados en el precio, el platero partió para su taller y se puso á dar principio á la obra. Cuando estuvo el molde, que el artífice construyó segun el peso indicado por la señora Carranza, fué ésta á presenciar la fundicion del oro y el engaste de las piedras. Terminada tan preciosa alhaja, la marquesa la miró de hito en hito por espacio de una hora y en seguida se fué en busca de un carpintero, y no bien lo halló, contrató con él un enorme armario de nogal; ó mejor dicho, un *tabernáculo* de grandes dimenciones. Concluido este mueble, colocó en él su deslumbrante Queso, su deidad benefactora, junto con algunas monedas tanto de oro como de plata que habia reservado para satisfacer sus escasas necesidades en los dias que quisiera Dios dejarla en el mundo.

Desde aquel instante la marquesa hizo del cuarto donde depositó su tesoro, un oratorio; del armario un altar y del Queso de oro un dios. Tan cierto es esto, que gran parte del dia se le veia de rodillas en su reclinatorio rindiendo culto á la vil materia que habia pervertido su corazon, y no al verdadero Dios como ella decia hipócritamente. ¡Y cosa extraña! cuando oraba al pié del innoble altar, no sentia hambre, ni sed, ni sueño; la vista del Queso bastaba á satisfacerle las más imperiosas necesidades de la vida....

¡Oh si la Divinidad airada ejectura algun dia con los avaros lo que hizo con los israelitas que adoraban al Becerro de oro, esto es: pulverizarles el ídolo, hacerles comer el polvo y quitarles luego la vida de un modo violento y terrible, ejerceria un acto de justicia visible para todo el mundo, como la que ejercia en otro tiempo!....

Seis años tributó culto la marquesa á su tesoro y al cabo de ellos notando que las sombras de la muerte la envolvian ya, determinó ocultarlo en un sitio donde pudiera hallarlo el dia del Juicio final, luego que el Juez Supremo hubiese resucitado á los muertos. Los avaros esperan con fe ciega la resurreccion de la carne y la vida perdurable acá en la tierra, y dominados por semejante creencia sepultan sus caudales á fin de asegurar así un capital para principiar sin afanes la nueva vida.... ¡Estúpidos, que no alcanzan á comprender que puede haber dicha sin oro!....

Hemos dicho que la marquesa temiendo morirse pronto habia resuelto ocultar su magnífica alhaja junto con el dinero que habia reservado, (ó con una parte al ménos) y con efecto un dia que no habia en el castillo más personas que ella y su criado, llamó á éste y díjole:

—Como tengo suma confianza en tí, voy á depositarte un secreto.

—A depositarme un secreto?

—Sí, pero ántes júrame que no se lo revelarás á nadie.

—Segun eso no es tanta la confianza que tiene vuestra merced en mí.

—Hasta hoy te he tenido por muy sijiloso; pero desconfío para el porvenir, ¿se yo si mañana se te mete el Diablo en el cuerpo?

—El Diablo no entra en el corazon de los buenos cristianos, señora marquesa, y ya vuestra merced sabe que en este país soy el mismo Juan Pablo Frias, católico, apostólico, romano que era en Sevilla.

—Vamos, déjate de argucias, dijo la marquesa, que no podia sufrir que le contradijeran, y hace la señal de la cruz.

—Haga vuestra merced su voluntad, dijo el bueno del criado sacando la mano derecha de debajo del ferreruelo con el índice y el pulgar cruzados.

—Juras por Dios nuestro Señor y esa señal de cruz, dijo la marquesa con voz solemne, juras no revelar á nadie el secreto que voy á confiarte?

—Sí juro, respondió el criado inclinando la cabeza.

—Si cúmples, Dios te premie y sinó él te castigue.

—Amen! dijo Juan Pablo bajando los ojos al suelo.

En seguida le dijo la marquesa:

—Ahora toma una herramienta y vete tras de mí.

—Una herramienta? le preguntó el criado con acento de duda.

—No me comprendes? bruto!.... Te digo que tómes una barra y me sigas los pasos, pues quiero que abras un hoyo en el punto que voy á indicarte.

—Valgame Dios! exclamó para sí el criado lleno de asombro, si querrá esta señora que la entierre viva.... pero así como así ya la está pidiendo la tierra.

Esto dijo, se entró en un cuarto, tomó una barra, se la echó al hombro y siguió lentamente los pasos trémulos de la marquesa.

No léjos del castillo cuando apénas la señora Carranza habria andado unos trescientos ó cuatrocientos pasos (que en esto no estamos ciertos aunque el *historiador* es como Dios que sabe el pasado, el presente y el porvenir y que tiene ojos para verlo todo, hasta lo que está en las entrañas de la tierra) se detuvo y le dijo á Juan Pablo:

—Caba aquí, debajo de este árbol.

El criado obedeció y pronto hizo un foso.

Tenia el hoyo metro y medio de profundidad, cuando le dijo la vieja al hombre:

—Suspende el trabajo y vuelve conmigo al castillo.

El criado dejó la barra y siguió á su ama sin murmurar. La marquesa entró en el oratorio; abrió el armario de nogal, descubrió con reverencia el deslumbrante Queso, lo besó repetidas veces con sus helados labios, lo cubrió de lágrimas, cual madre cariñosa que acaricia por última vez á su hijo adorado poco ántes de que sea conducido al sepulcro. Despues de esto se volvió al criado y le dijo con voz doliente y apagada:

—Alza este ídolo de mi corazon y esas monedas que lo rodean y ve á enterrar todo, en el hoyo que acabas de abrir.

—Pero....

—Silencio, le dijo la vieja interrumpiéndole, calla y obedece.

El criado se dispuso á ejecutar la órden; pero pronto conoció que sus fuerzas no eran suficientes para levantar aquella inmensa mole.

—Es imposible, le dijo á su ama mirándola tristemente, yo sólo no podré trasladar este muerto al cementerio.

—Sí podrás; trae la carretilla.

El hombre desapareció y pronto volvió á presentarse con la maquina que le pidió la señora.

Con el auxilio de este aparato logró Juan Pablo trasportar el tesoro del castillo al foso. Hecho esto lo arrojó al fondo de él y lo cubrió de tierra.

La marquesa puesta en pié al borde del hoyo, observaba aquella *fúnebre* escena con semblante abatido y melancólico. Pero al mismo tiempo que sufria perdiendo de vista á su dios, gozaba con la certeza de ponerlo á salvo de los ladrones y de volver á verlo despues del fin del mundo.

Así como el criado arrojó la última puñada de tierra sobre el tesoro y la comprimió con los piés, alzó la cabeza y le dijo á su ama:

—Asunto concluido, no es verdad?

—Sí, eso basta.... ahora punto en boca.

—Puede vuestra merced estar tranquila; primero me dejo arrastrar de la lengua que decir una palabra.

Al cabo de cuatro meses el criado fué atacado de una páralisis que le embargó el habla y le suprimió la memoria, y tres semanas despues la vieja bajó al sepulcro. Con la páralisis del criado y la muerte de la marquesa quedó perdido el tesoro. Si el sirviente no se enferma es seguro que el Queso de oro sale de su sepulcro el dia en que la vieja fué enterrada, pues los juramentos que se prestan sobre tales cosas no se guardan mejor que los que se hacen los enamorados sobre su fidelidad y constancia.

El dia en que la señora Carranza exhaló el último suspiro fué para su hijo y su servidumbre un dia de fiesta en vez de serlo de luto y desolacion. La muerte de los avaros se celebra, se rié, se bendice; pero no se llora!.... Sabeis por qué? he aquí la razon: Vos no ignorais, carísimo lector, que el amor que cada individuo de la especie humana se tiene á sí mismo, es superior al amor que profesa á cualquiera de sus semejantes; nada importan los vínculos de sangre; esto no destruye el sentimiento. Ahora bien, si el amor al *Yo*, conduce á buscar con primacía la dicha para sí, y si la fuente de esta es el placer ó el bien, es claro que el hombre ama á quien le hace bien y aborrece á quien le hace mal, y vos sabeis que del avaro hay que temer el mal y no esperar jamas el bien. Todo ser racional le tiene horror al tigre porque sabe que este animal es feroz y sanguinario, y á todo hombre le inspira simpatía el caballo por-

que espera vivir de su servicio. He aquí por qué huimos del genio del mal y buscamos al ánjel del bien. No hay, pues, quien no sienta pesar al saber que ha desaparecido la persona que lo hacia feliz, y quien no experimente alegría al tener noticia que ha muerto aquel que lo hacia desgraciado, y su contento será mayor si ve trocar su suerte de mala en bonísima. En semejante caso las lágrimas que pudieran salir de nuestros ojos por el dolor que engendra la desaparicion de un pariente, las reprimen las sonrisas que asoman á nuestros labios por el placer que dá la muerte de un enemigo y sin que nosotros lo queramos, sin que seamos de malos instintos, sentimos que el corazon se dilata de gozo dentro de nuestro pecho.... Así está hecho el hombre! con amor al placer y aversion al dolor, y en vano condenarán los moralistas este modo de sentir; ellos no podrán modificarse á sí mismos, no podrán destruir una ley natural.....

Digimos que el fallecimiento de la marquesa habia llenado de gozo á los habitantes del castillo, y nos fundamos en que aun no habia la muerte paralizado la sangre en las arterias de la vieja, cuando el hijo de ésta y algunos criados ocurrieron présurosos al armario y lo abrieron rápidamente, á fin de regocijarse con la vista de la inestimable alhaja que la marquesa habia puesto en él, y que no dudaban que estaria allí, todavía guardada.

Imposible es demostar con sólo el recurso de las palabras el terrible dolor que experimentó el jóven Ronderos al notar que el Queso de oro habia desaparecido del armario. Estamos seguros de que el hermano de éste pobre hombre no sintió una sensacion más desagradable cuando el Juez le notificó la sentencia de muerte, que tres dias despues lo llevó al cadalso. El infeliz desheredado rujió de rabia; pateó el suelo como un energúmeno y en seguida se puso á llorar como un niño.

Ronderos no derramó una lágrima por la muerte de su madre, pero se desesperó por la pérdida del tesoro, pues tan precioso depósito le habia llenado el alma de las más lisonjeras esperanzas de un porvenir venturoso.

El hijo amaba el oro y aborecia á su madre, porque la madre odiaba á su hijo y adoraba al oro. El jóven con esto no hacia sino obedecer una ley natural.

Tan pronto como le pasó al hijo de la marquesa el primer axceso de dolor y se tranquilizó su espíritu, se puso á buscar al *dios* de su madre en todos los sitios donde él creia encontrarlo. Más, toda diligencia fué inútil; el magnífico *Queso* desapareció y sólo quedó la memoria de él, que se trasmitió de generacion en generacion hasta la presente. El infeliz desheredado tuvo que contentarse al fin, con unas pocos onzas de oro y unos cuantos pesos que encontró en un secreto del armario.

¡Desgraciado del que finca su dicha en el oro de un avaro!

CAPITULO II.

Donde el lector hará conocimiento con uno de los personajes de nuestra historia.

LOS descendientes del marques de San Isidro habitaron el castillo hasta el año de 1743 en que un terremoto lo redujo á escombros y entónces le donaron el campo á la Compañía de Jesus. Los jesuitas edificaron sobre las ruinas del antiguo palacio una informe casa de ladrillo y teja que todavía existe, y conservaron la propiedad hasta la noche del 31 de

Julio de 1767 en que el Virey les notificó la real pragmática de Cárlos III de 2 de Abril del mismo año, expulsándolos de los dominios españoles á los del Papa.

Desde el dia en que la antigua heredad de la marquesa pasó á manos de los frailes, perdió el nombre que habia llevado hacia tantos años y tomó el de *La Compañía*, que conserva hasta el dia de hoy.

Con la expulsion de los jesuitas, la hacienda de La Compañía fué confiscada, como lo fueron todas las propiedades que ellos tenian, y vendida en pública almoneda. Los descendientes del marques deseosos de poseer la tierra donde se habia mecido la cuna de sus padres, la compraron y se establecieron en ella. En el año de 1780 se vió la familia ejecutada por una deuda y no queriendo deshacerse de su hacienda, se la dió en prenda al monasterio de Santa Inés por la suma de 4,000 pesos. Treinta y nueve años pasaron sin que la familia pudiera recobrar su finca y cuando tuvo medios de redimirla que fué inmediatamente despues de este lapso de tiempo, no pudo hacerse á ella porque las monjas se resistieron á entregársela, alegando que era propiedad del monasterio. Los despojados, enemigos de pleitos renunciaron el derecho que tenian á la propiedad y se contentaron con vivir en la tierra como arrendatarios.

En el año de 1847, época en que empiezan los sucesos importantes de esta historia, existian varios vástagos del linaje del marques de San Isidro; pero solo harémos especial mencion de un viejo y un jóven que desempeñan un papel importante en nuestra *narracion* y que en el tiempo expresado vivian en La Compañía.

Eran éstos, un anciano de 65 años de edad y un jóven que acababa de cumplir 18. El viejo era abuelo materno del mozo y se llamaba Lorenzo Ronderos y el mozo era nieto predilecto del viejo y se llamaba José Acosta; pero nadie le daba este nombre sino el de *Chepillo*, diminutivo de José entre la jente del pueblo.

Chepillo perdió á sus padres á la edad de 7 años y desde el dia en que le ocurrió semejante desgracia, lo acojió su abuelo bajo su inmediata proteccion. El niño desde su temprana edad mostró un talento claro y despejado y una prodigiosa memoria. Tan buenas dotes naturales, unidas á la enseñanza que un maestro le daba, bastaron para que pronto aprendiera á leer, escribir y contar, aunque imperfectamente á causa de la desaplicacion del niño.

Chepillo fué desarrollándose física é intelectualmente entre las caricias de su abuelo y la tolerancia de su maestro, quienes lo querian tanto, que el mucho amor vino á ser causa de que Chepillo se perdiera. Por una parte el viejo ensalzaba á su nieto elevándolo hasta las nubes, siempre que ejecutaba alguna accion ajustada á sus deberes morales, religiosos ó sociales, y por otra ni él ni el ayo le reprendian jamas las faltas ni le corregian los vicios. Semejante sistema de educacion tenia que ser pernicioso para el muchacho y no tardó mucho tiempo en que aquel corazon mal dirigido, ofreciera, cual planta mal cultivada, sus amargos frutos. Chepillo á los 12 años de edad era un niño altivo, áspero, desobediente y de mal corazon.

Profundamente afligido el viejo con la conducta de su nieto, porque veia que corria al abismo de la perdicion, se puso á discurrir en el medio que debia emplear para corregirlo, y resolvió al fin someterlo á un sistema de educacion contrario del que hasta entónces habia empleado con él, y lo colocó en la escuela pública del distrito, la cual estaba bajo la direccion de un maestro que profesaba el error de creer que la ley

del rigor era mejor que la del amor, y por ello enseñaba á sus discípulos á latigazos, como el equitador enseña su caballo á dar saltos uniformes, á encabritarse y caminar con cierto garbo.

El local de la escuela donde Chepillo entró á perfeccionarse en el conocimiento de las primeras letras, merece que os lo describamos, lector querido. Era este un edificio de bahareque y paja dividido en dos departamentos, destinados, el uno á la enseñanza de los niños y el otro á la habitacion del maestro. La sala donde los muchachos aprendian sus lecciones era oscura, húmeda y de un aspecto triste, porque tenia el piso desigual y el techo cubierto de telarañas. Al pié del tabique divisorio habia una plataforma de adobes y encima de ella una mesa de pesada construccion y una silla de brazos donde el maestro se sentaba hacer las muestras de escritura que debian imitar sus discípulos. No habia más mobiliario que cinco bancas con sus mesas correspondientes, en las cuales los niños escribian en pizarras sin marco, y una serie de cuadros de citolegia prendidos en tablas y colgados de trecho en trecho en la pareded, donde los alumnos aprendian á leer parados en semicírculos. Veíase ademas, pendiente de un clavo en el tabique que hemos mencionado, una imágen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, de gran dimencion, pintada en lienzo y con marco dorado, delante de la cual los niños aprendian de hinojos, no á orar como cristianos, sino á *idolatrar como gentiles*. Finalmente, en el centro de la escuela habia una columna perpendicular de dos varas de alto con una tabla horizontal en la parte superior, donde se veían siempre una campanilla y un pito que servian para dictar ciertas órdenes generales. El monitor principal de pié en un taburete que habia adherido á la columna, hacia sonar ya el uno ya el otro instrumento en determinadas horas del dia.

He haí la escuela; veamos ahora la habitacion del maestro.

Era esta una pieza separada de la otra por un tabique delgado y bastante alto; pero que no llegaba al techo, pues remataba unas dos ó tres cuartas abajo de éste, dejando un espacio donde habia un palo saliente que iba á tocar en la cumbrera, palo del cual nos apresuramos á hacer expresa mencion, porque es necesario que el lector lo conozca desde ahora para mejor inteligencia de lo que referiremos luego. El cuarto era feo y triste como la escuela. Sin solado su piso, sin blanquimento sus paredes; sin cielo raso su techo; era la cueva de un mendigo donde se veia en uno de sus rincones un humilde lecho compuesto de una esterilla de junco, de tres pieles de oveja y de un cobertor con más claros que una celosía. Observábase en otro de sus ángulos una percha clavada á la pared, de cuyos bolillos colgaban unos pantalones de dril rayado; un chaleco de marsella amarilla; una chaqueta de pana gris y un corbatin de charol con hebilla de cobre para abrocharlo. En el tercer rincon habia arrimadas á la pared unas piezas de madera de labor y en el muro fronterizo á la puerta se veia una tabla sobre dos canes en forma de aparador y encima de ella varias herramientas de carpintería. Finalmente, en el centro de la pieza se alzaba un banco angosto y largo donde el maestro carpinteaba en las mismas horas del dia en que enseñaba á sus discípulos á leer, escribir y contar. Como la renta de la escuela era pequeña é insegura, el sueldo del director era exíguo y pagado con retardos de dos y tres meses, por lo cual se veia el pobre maestro en la precision de hacer puertas, cajas y mesas para tener con qué atender diariamente á las necesidades imperiosas de la vida.

Bien está, direis vos, amado lector; pero ¿qué hacia el maestro

para trabajar en su carpintería constantemente sin dejar de cumplir con sus deberes de director de la escuela? Pronto os diremos el medio de que el hombre se valia. Por ahora veamos como trataba á sus discípulos.

Don Manuel Moreno (así se llamaba el maestro) habia conseguido por medio del rigor que los niños fueran sumisos y obedientes como lo es el soldado con su jefe, y que estudiaran sus lecciones como estudia su papel un comediante asalariado. Cuando por cansancio algun escuelante se distraia de sus ocupaciones y se ponia á jugar con las baratijas que llevaba en una *chácara* de cuero que cargaba constantemente, en el acto le caia el maestro, le *confiscaba sus preciosos* juguetes y le sacudia média docena de latigazos con manofuerte. Como los niños que se fatigaban de estudiar no jugaban sino durante la ausencia del maestro y en los instantes en que su monitor respectivo no los vigilaba, se debanaban los sesos indagando el medio de que se valia Manuel Moreno para saber que ellos habian suspendido su ocupasion y se habian puesto á jugar; unos con su zumbador y otros con su gallito de totuma, y como no acertaban con el secreto, acababan por creer lo que el maestro les decia á todos los escuelantes siempre que se le ofrecia hablar del asunto, a saber: "Que él era brujo y que como tal adivinaba qué niños jugaban y cuales no."

En semejante estado de atrazo y de ignorancia se encontraban los alumnos cuando Chepillo entró en la escuela.

Nuestro héroe era superior á sus compañeros en inteligencia, instruccion, audacia y valor, y por ello á muy pocos dias de estar en la escuela, pensó en hacerse *soberano* de sus condiscípulos, y lo alcanzó pronto y á la medida de sus deseos, pues ántes de un mes era dueño de la voluntad de los escuelantes como lo es un déspota de la de sus vasallos.

Chepillo tenia una fisonomía expresiva y alegre, y estaba vestido como sus condiscípulos. Usaba camisa de lienzo del país abrochada al cuello con cordones; pantalones y chaleco de manta azul; ruana listada, sombrero de trenza y alpargatas labradas de colorado y blanco. Terciada del hombro al cuadril llevaba siempre una *chácara* de piel de ternero, en la cual cargaba un catecismo de doctrina cristiana sin principio ni fin; dos gises de pizarra, un trompo encordelado, un gallito saltador, un zumbador de laton, una puñada de botones de todas materias y formas y otra de habas tostadas.

Como Chepillo era asaz travieso y jugueton, no tardó en saber que el maestro aunque ausente vigilaba á los escuelantes desde alguna parte ó tenia espias que los observaban y le dieran cuenta. Los muchachos le habian dicho al nuevo alumno que Manuel Moreno era brujo porque adivinaba quienes cumplian con sus obligaciones y quienes no; pero Chepillo como era inteligente y despreocupado no habia creido en las brujerias del viejo director, y así se decia: — "Es seguro que el pícaro maestro tiene comprometido á uno de los escuelantes para que nos vigile á todos y le dé cuenta de los que juegan."

Andando el tiempo se convenció nuestro héroe de que en el apostolado no habia ningun traidor y entónces se dijo: — "No me queda duda de que el maldito viejo nos atisba por alguna grieta ó rendija."

Desde que tal cosa pensó Chepillo, se propuso descubrir el sitio desde donde Manuel Moreno atisbara á los escuelantes. Un dia, estando en tales investigaciones, de repente lanzó un grito y dió un salto de gozo; era que acababa de descubrir lo que tanto anhelaba. Inquieto con el secreto corrió á donde el monitor de la cuarta clase que era su amigo ínti-

mo y que á la sazon estaba en un ángulo del local acurrucado, agusando un jis en una piedra, y díjole:

—*Chiqui qui chiqui*, que yo ya sé una cosita.

—Qué sábes? ladino! le preguntó el monitor, poniéndose en pié y guardando el jis en el bolsillo del chaleco.

—Ya sé desde donde nos atisba el maestro; *guati curruca!*

—Embustero!.... qué vas á saber?

—*Por ésta*, mira, le dijo Chepillo haciendo una cruz con el índice y el pulgar de la mano derecha; no te miento ni tantico.... Ves un agugero redondo, redondo como un zumbador allá en el tabique, al pié del cuadro de Nuestra Señora?

—No lo veo.

—Estás ciego? hombre!.... Voy á hacerte la punteria, dijo Chepillo alzando un brazo y estendiéndolo con el índice recto en direccion del agujero que deseaba que su condiscípulo viese.

El monitor siguiendo con la vista la direccion del dedo le respondió:

—Cierto, cierto, allá veo un agujerito tan grande como un tortero. ¿Crees tú que el maestro nos vigila por él?

—Sí, hombre, yo creo que por ahí nos atisba el viejo, pues hace poquito que el agujero estaba oscuro y era seguramente que el maestro tenia un ojo pegado á él.

—Bendito sea Dios! exclamó el monitor frotándose las manos y brincando como un títere; de hoy en adelante no volverá á cascárnolos, pues cuando veamos la tronera oscura ya sabemos que es mala seña y nos ponemos á leer como locos.

—Te contaré, que estoy pensando en hacerle una buena picardía al maestro para desterrarlo de la tronera.

—Como cuál?

—Hace lo que yo te diga y la sabrás.

—Bueno.

—Vete á tu clase y colócate en el semicírculo, de modo que te quede la cara en frente del agujero; plántale la mirada á éste y cuando veas que el maestro pone el ojo para vigilarnos, hazme una seña ó díme una palabra.

—Una seña ó una palabra?

—Sí.

—Dondo te pones que me alcances á ver y á oir?

—Yo sabré donde; vete á tu puesto y se acabó.

—En esto me voy á él.

Nuestros dos interlocutores se separaron; el monitor fué á colocarse en el punto convenido, y Chepillo corrió al patio, tomó una puñada de lodo de un caño que allí habia; volvió adentro y se situó á un lado del agujero con el brazo levantado en actitud de arrojar el cieno por él. Los escuelantes al ver á Chepillo en semejante posicion se callaron de improviso, y el preceptor notando el silencio corrió al agujero y puso el ojo.

En este momento el monitor le dijo á Chepillo con voz levantada:

—Ahora!....

A esta indicacion nuestro héroe arrojó el barro en la tronera con tal tino que al momento se oyó un grito de dolor y en seguida una terrible amenaza. Chepillo no bien cumplió su deseo corrió á su clase, con la mano embarrada, pensando en el medio de que debia valerse para evadir la responsabilidad en que habia incurrido.

Los escuelantes no comprendiendo nada de lo que estaba pasando se quedaron con la boca abierta hechos unos bausanes.

Pronto el maestro se presentó en la puerta de la escuela, con la cara enlodada, el ojo derecho lastimosamente estropeado y frotándoselo suabemente con un pañuelo que *vaheaba*.

—Diablo! dijo con feroz semblante, ¿quién fué el malvado que arrojó una puñada de barro por el agujero que hay en el tabique, debajo del cuadro de la Vírgen?

—Fué Chepillo, señor, dijo en alta voz un escuelante á quien llamaban el *Armadillo.*

—Ya me lo figuraba, dijo el maestro; pase el bribonazo al rincon y bajese los pantalones.... Hoy es San Martin de Cuero, añadió, cogiendo un látigo y sobándolo lentamente ... Jesus! que índole tan perversa de muchacho; yo habia lidiado niños de malas inclinaciones, pero como este diablillo ninguno.... Vamos! agregó alzando terriblemente la voz, ¿no pasa usted al rincon? quiere que lo conduzca yo de la mano?

Durante el tiempo en que el maestro hace á Chepillo tales amenazas, éste se acerca con disimulo á su denunciante, el cual es de su misma clase ó semicírculo, lo reconviene en voz baja, le toma por debajo de la ruana una mano con la que él tiene enlodada, se la aprieta cariñosamente y luego alzando la cara mira de un modo particular á sus condiscípulos, quienes á la sazon tienen los ojos puestos en él.

—El Armadillo es muy hablador, señor maestro, dice, fué él quien le tapó á usted el ojo y me echa la culpa á mí.

—Qué fuí yo? que le digan todos, expresó el muchacho, admirado de la audacia de su condiscípulo.

—Que lo digan todos, dijo Chepillo y ademas que muestre las manos el calumniante y si una de ellas no la tiene embarrada que me desuellen vivo.

—Fué el Armadillo!.... fué el Armadillo!,... gritaron como diez escuelantes.

Incontinenti sin dejar hablar al denunciante alzó nuestro héroe la voz y dijo apretándole una mano con la que él tenia sucia:

—No me empuerques la mano derecha, Armadillo, no seas malvado.

—Vea usted, señor director lo perverso que es este *Dómine* dijo el pobre muchacho, todo azorado, fué él quien me ensució en ántes una mano y ahora grita que yo se la estoy embarrando á él.

El maestro les registró las manos á entrambos muchachos y halló que cada uno tenia una enlodada. La prueba *real* estaba oscura; era preciso apelar á la testimonial. En tal caso Manuel Moreno resolvió declarar culpable aquel de los dos indiciados contra el cual hubiese en contra un número mayor de testigos.

Examinados los escuelantes resultó culpable el denunciante.

El infeliz muchacho recibió en premio de su delacion una zurra de azotes que lo hizo ver al Diablo con su legion de ánjeles carinegros.

El delator se quedó fuertemente resentido con el maestro por tan inaudita injusticia.

Pasó una semana y Chepillo habiendo oido un dia al azotado que se quejaba amargamente de Manuel Moreno por la sinrazon con que lo habia vapulado, le dijo:

—Véngate, hombre, no hay cosa más dulce que la venganza; yo te ayudo.

—Cómo me vengo?

—Tapándole al maestro el ojo bueno para que quede á buenas noches.

—Con qué fuerzas?

—No me entiendes! Hace lo que hice yo, y estarás vengado. Coje una manotada de lodo; párate donde yo me paré; atisba tú mismo el agujero de cuando en cuando, y al instante que le veas el ojo, zas!.... le zampas el barro y corres á tu clase. No bien el maestro venga á averiguar quien fué el truhan, le echas la culpa al indio *Muete*, que fué el primero que el otro dia me apoyó la calumnia que contra ti forjé. Miéntras tanto, para que el viejo no vaya á venir y te coja en la tentativa, yo me salgo á atisbarlo.

—Me dá miedo, dijo el escuelante.

—Qué miedo, ni qué demonios, no seas cobarde. Cómo á mí no me dió ni tantico susto el otro dia?

—Porque eres más animoso que yo.

—Qué bobo!

—Si me denuncian los escuelantes?

—No lo creas; yo los comprometo á que le echen la culpa al indio *Muete*.

—Háblales, pues, á ver qué dicen.'

Chepillo fué corriendo á cada clase y les dijo á todos sus condiscípulos:

—El Armadillo se está preparando para taparle el ojo bueno al maestro; se lo digo á ustedes para que vean bien quién es el truhan, y que luego no me echen la culpa á mí.

Así como nuestro héroe recorrió todas las clases, volvió á donde estaba el muchacho, á quien seducia y díjole:

—Todo está arreglado; manos á la obra.

—Bueno, voy; pero si me sucede algo tú me la pagas.

—Si algo te sucede, que me enmielen.

El Armadillo salió al patio, cogió del caño una puñada de lodo y fué á situarse á un lado del agujero con el brazo levantado.

Interin Chepillo se salió del local diciendo en voz alta, para que lo oyera el muchacho que intentaba taparle un ojo al maestro:

—Voy al corredor á cierta cosilla; no tengas cuidado Armadillo.

Pronunciado que hubo estas palabras, dijo para su sayo:

—Voy á ver si el pedazo de alcornoque cae en el lazo que le he tendido.

Y corrió al cuarto del maestro y díjole á éste:

—Vaya usted á la puerta de la escuela y se convence por sus propios ojos de que el niño á quien castigó el otro dia, fué el mismo que le tapó á usted el ojo derecho.

—Cómo me convenzo? preguntó el maestro dejando de dividir un palo que á la sazon aserraba.

—Viendo al tal preparado para taparle el otro ojo.

—Con que sí? hé! dijo el preceptor y salió precipitadamente.

Pronto se presentó en la puerta y gritó al Armadillo:

—Gran pícaro! qué hace usted ahí?

El muchacho se estremeció rudamente, las piernas le flaquearon y cayó sentado, cual si la voz del maestro le hubiera herido el corazon.

La tentativa de la injuria le costó al pobre niño otra zurra igual á la primera.

El maestro temia ya poner el ojo en el agujero; pero al mismo tiem-

po pensaba que con el castigo severo que le habia hecho al Armadillo ya no se atreveria éste ni otro ninguno á repetir la picardía. Con tal reflexion continuó vigilando á sus discípulos desde su microscópica ventana.

Trascurrió un mes á los sucesos descritos, y luego tuvieron lugar los siguientes:

Una mañana, á la hora de escuela, se habia retardado Chepillo un poco, y al entrar en el local vió á una criada de buena fisonomía y limpia de traje que se acercaba á la puerta de la habitacion del maestro.

—Tate! se dijo, ésta debe ser la *chola* del preceptor.

Y movido de la curiosidad entró en la escuela, corrió á la tronera, puso el ojo en ella y aplicó el oido á fin de ver y oir la escena que tuviera lugar entre Manuel Morena y la moza, escena que vamos á poner á vuestro alcance, de modo que podais hacer de cuenta que sois vos, querido lector, y no Chepillo quien está en el agujero.

La criada estaba ya parada en el quicio de la puerta, y desde ahí le dijo al maestro:

—Recado le envia mi señora Presentacion, que el niño Ramoncito no vino ayer á la escuela porque estuvo enfermito de las muelas.

—Estoy un poco sordo, Micaelita; si no entras y me das el recado en la oreja, me quedo en ayunas, le dijo, amolando un fierro.

—Si está sordo, le replicó la moza contoneándose, métase un rabo de armadillo en el oido, que para la sordera es cuanto lo primero.

—Ven y méteme un dedo, que todos los de tus manos deben estar como cola de armadillo.

—Todo esté el alma de....

—Entra chata simpática, me soplas el recado en el oido y me das un besito.

—Eso queria? le dijo la criada haciendo mil contorciones y melindres, ¿no sabe usted que la mujer que come nísperos, que chupa espárrago y que besa á un viejo, ni come, ni chupa, ni besa?

El maestro se mordió los labios de cólera, pero procurando disimular lo que sentia, dijo:

—Con que viejo, hé?.... Pues has de saber que todavía no cuento cien años.

—Pero no le faltan sus sesenta.

—Dejemos esas cuentas de edades, que siempre son odiosas; pensemos en que el corazon de los viejos como el de los mozos en toda ocasion está dispuesto á amar, y amémonos; que diablo!....

—El negocio es bueno; pero no me conviene.

—No seas desamorada, graciosa morena, le dijo el maestro, acercándose á ella y cogiéndole una mano.

—Estése quedo, dijo la criada en voz baja, suélteme por la Vírgen santísima; mire que pueden venir los escuelantes y yo no quiero verme en enredos.

—Entra Micaelita, no seas huraña, le dijo el viejo con voz almibarada, halándola con fuerza de la mano que le tenia cogida, entra y me haces una visita.

—No sea chocante, suélteme que mi señora está esperándome, y si me tardo me pone de vuelta y média.

—No te suelto hasta que me digas que me quieres.

—Qué empeño!.... ¿Gana usted algo con que le diga que lo quiero, sin quererlo?

La gracia es....



—Hola! *monsieur*, gritó en esto Chepillo, interrumpiendo al maestro, ¿qué chicoleos son esos?

—Ve! ve!.... dijo la criada con asustada voz, haciendo esfuerzos por desasirse de las manos del maestro, bien se lo decia yo.

El preceptor miró sorprendido hácia el sitio de donde le parecia que salia la voz y dejó en libertad á la moza, la cual desapareció.

La voz le dijo al director:

—El agujero no sólo sirve para que el maestro vigile á sus discípulos, sino tambien para que los discípulos vigilen á su maestro.

Manuel Moreno se llenó de coraje, pero no dijo una palabra. Avergonzado cogió un cepillo, y con las manos puestas en él como para acepillar, se dijo:

—Está visto, este agujero no debe durar más tiempo, es preciso taparlo; pero qué hago para vigilar á los muchachos?

—Hé ahí una dificultad; pero una dificultad que era necesario vencer.

Despues de diez minutos de reflexion alzó los ojos al techo del cuarto y dijo para sí:

—Cabal!....por encima del tabique puedo observar á los escuelantes sin que ellos me vean; pero necesito una escalera bastante larga.... La haré.

Al dia siguiente la escalera estaba hecha y el agujero tapado.

Como los escuelantes notaron inmediatamente que el orificio habia desaparecido; que el maestro seguia trabajando en su carpintería y que los vigilaba como ántes, se dijeron unos á otros:.

—El viejo sigue atisbándonos como siempre, es preciso saber desde dónde.

No habian pasado ocho dias y ya Chepillo habia descubierto el punto de observacion de Manuel Moreno.

No bien vió á éste en la parte superior del tabique, lo miró de soslayo y dijo como si hablara con él, en una voz que apénas le salia de los labios:

—Ah viejito solapado! yo te desterraré de ahí como te desterré del agujero.

El mismo dia en que Chepillo alcanzó á divisar la punta de las narices que el director asomaba por encima del tabique, se fué á un potrero donde abundaba la cardencha, cortó un tallo, hizo de él una bodoquerilla, se proveyó de greda y esperó á que sonara la campana que llamaba á los muchachos á la escuela. Cuando oyó el toque acostumbrado, se fué al local, se situó detras de la columna que habia en el centro de la pieza, y desde ahí empezó á dirigirle bodocazos á Manuel Moreno siempre que asomaba la cabeza.

De golpe, zas! le dió un bodocazo en un ojo. El herido lanzó un rugido horroroso, echó el cuerpo atras y se llevó precipitadamente las manos á la cara. Tan brusco movimiento le hizo perder el equilibrio, y para recuperarlo se inclinó con fuerza hácia adelante, extendió rápidamente los brazos para cogerse *del palo que sobresalia del tabique*, y por un milagro de la *imágen de Chiquinquirá* (á la cual invocó porque era de ella muy devoto), consiguió asirse de él y quedar colgando á una altura de 25 piés, por lo ménos, pues la escalera al recibir el movimiento lateral que le imprimió el cuerpo del maestro, se resbaló lentamente por la pared hasta que llegó al suelo.

El desdichado viejo al verse á tanta altura y en peligro de caerse, echó á dar formidables voces.

—Socorro!.... socorro!.... que me caigo!.... Chepillo!.... Ramon!.... Fernando!.... decia, vengan por Dios, que me mato!

Al oir los escuelantes tan descomunales gritos, se agolparon en tropel á la puerta de la escuela, se estrecharon, se volvieron una maraña y cayeron.

Interin el maestro seguia dando voces.

Al fin los muchachos se levantaron, corrieron, entraron en la carpintería y vieron á Manuel Moreno en una situacion desesperada.

Chepillo no bien alzó la vista y la puso en el cuerpo de su maestro, le dijo:

—Oh buena lámina! ahí era donde yo queria verlo.... Tiempo es de que usted nos pague todas las que nos ha hecho.

—Pónganme la escalera, mis queridos hijos, gritó el maestro.

—Sí, dijo otro escuelante, ahora somos sus queridos hijos porque necesita de nosotros. Ménos malo ha debido ser para que no lo dejemos ahí que se caiga y se mate.

—Por lo que más quieran en esta vida, angelitos de Dios, exclamaba el atribulado maestro, socórranme que me mato!.... Ya no puedo resistir! Voy á caerme!.... Dios mio, fovorecedme!....

—¿No le agrada al *so viejo* azotarnos como á perros? le gritó el Armadillo, pues á nosotros nos gusta verlo ahí colgando como cerdo muerto; sólo sentimos que no sea con la cabeza para abajo.

No sean ustedes crueles, amados discípulos, que la crueldad la castiga Dios; sálvenme de este trance que del cielo alcanzarán el premio; pero sálvenme pronto.

—Si somos crueles, usted nos ha enseñado á serlo, tratándonos como á bestias de carga, dijo Chepillo, y si la crueldad la castiga Dios, usted está sufriendo el castigo que merece.

A estas razones gritó enfurecido el maestro:

—Malvados! si no me poneis ahora mismo la escalera, respondereis de mi muerte ante Dios y ante los jueces de la tierra! Sereis unos asesinos!

La amenaza pudo más que las súplicas. En el acto unos cuantos niños cogieron la escalera y empezaron á levantarla; pero como era tan larga, y los que la alzaban tan pequeños, cuando la tenian á cierta altura se les desplomaba y volvia al suelo. Inter tanto el maestro agonizaba. El infeliz sentia agotadas sus fuerzas; comprendia que iba á caerse y que al pié del tabique exhalaria el postrer aliento.

—No desmayen, les decia con voz suplicante, cojan la escalera, unos de la cabeza y otros de la mitad, y levántenla todos á un mismo tiempo.... Ahora! pronto!.... pronto!.... que se me desprenden los brazos.

En esto un esfuerzo unánime y bien dirigido como de doce niños lleva la escalera hasta los piés del maestro, y el desventurado al ir á descansar su planta en el primer peldaño, nota estupefacto que aquella se resbala dejando burladas sus esperanzas.

Un gemido ahogado sale del pecho del maestro; mira hácia abajo lleno de espanto; mide con la vista la distancia que lo separa de la tierra y dice con voz lastimera:

—Qué altura, Dios mio!.... infeliz de mí!.... voy á matarme sin remedio!.... Oh! qué hago en este caso!.... Por las cinco llagas de Cristo, apárenme! no me dejen matar!.... Me es imposible resistir un minuto ya!

En esto el desdichado afloja los dedos del palo al cual estaba agarrado y lanza un grito ahogado y lúgubre:



—Jesus me ampare! dice, y desciende como un rayo al pié del muro.

Inmóvil quedó Manuel Moreno como un tronco.

Todos los escuelantes acudieron á levantarlo, y al punto lo sentaron y lo sacudieron; pero el caído no daba señales de tornar en sí.

Acostáronlo en su lecho y Chepillo, examinándole la faz moribunda, y notando que entre-abria convulsivamente la boca, dijo:

—Este hombre tiene ya la mitad del alma fuera del cuerpo.

En seguida un estertor cavernario salió del pecho del maestro, una espuma teñida de sangre enrojeció sus labios y cayó en la inmovilidad de la muerte.

—Este bicho ya acabó, dijo nuestro héroe, bueno será que el cura le cante *la tirana* para llevar el cuerpo al cementerio.

Espresado que hubo estas palabras se lanzó fuera del cuarto mortuorio en direccion de la casa cural. Cuando llegó á ésta, encontró al párroco con zamarros y espuelas preparando un arma para ir á una cacería.

—Buenas tardes, señor cura, le dijo.

—¿Qué hace usted, amigo? le contestó el presbítero quitando la vista de su escopeta y poniéndola en Chepillo.

—Vengo á avisarle que el maestro de escuela ha muerto.

—Cómo!.... él, el maestro? ¿No estaba ayer alentado?

—Verdad es; pero él no ha muerto de enfermedad.

—Y entónces....

—De una caída.

—Cómo así?

—Se trepó á un tabique muy alto que hay en la escuela y se dejó caer como un *zoquete*.

—Quizá no esté muerto.

—Señor, ya empieza á heder.

—Tan pronto?

—Como se reventó por dentro!....

—Ah!.... Bien, y qué quiere usted de mí?

—Que le cante el entierro.

—Qué bienes dejó?

—Ningunos, señor, era tan pobre!

—Si no dejó bienes, cómo quiere que le haga entierro? ¿No sabe usted que las oraciones de difuntos son para los que mueren ricos, esto es, para los que dejan con qué pagarlas, y no para los que mueren en la miseria?

—No sabia, señor; pero usted podia cantarle el entierro de balde y hacer de cuenta que era una limosna que le daba á el alma del maestro.

—No, amiguito, yo acostumbro dar limosna á los vivos, pero no á los muertos.

—Si el señor cura no le canta el entierro al maestro, puede mandar al sacristan que señale en el cementerio el sitio donde debe hacerse la sepultura para enterrar el cadáver.

Pensando el cura en que Manuel Moreno habia sido partidario de la revolucion que á la sazon agitaba al país * y que por consiguiente habia tenido ideas *progresistas* ó liberales, le dijo á Chepillo:

—Segun ha dicho usted, el maestro ha muerto de un golpe. ¿No es verdad?

* La que estalló en 1840.

—Sí, señor, de un golpe claudicó.

—Por tanto ha muerto sin confesion, y en tal caso el cadáver no puede ser enterrado en sagrado.

—Verdad es que ha muerto sin confesion; pero no porque no quisiera confesarse, sino porque la muerte no le dió tiempo.

—Puede ser, pero él estaba excomulgado porque era partidario de la revolucion, y el que muere fuera del gremio de la Iglesia no tiene sepultura eclesiástica.

—¿Y qué quiere usted que hagamos con el cadáver?.... Si fuera animal que sirviera para comer, lo descuartizariamos, lo salariamos y lo pondriamos al sol; pero como perro no come perro....

El cura se sonrió y dijo:

—Pueden enterrarlo en los barrancos del Pozo-azul; en los Bailadores, en cualquier sitio, ménos en el cementerio.

—Pero sí podrá el sacristan dar unos dobles?

—Cada doble vale medio real, segun el arancel.

Chepillo se despidió y echó á correr hácia la escuela.

—Jesus! se decia cuando iba corriendo; necesita uno mayor cantidad de dinero para hacer el viaje á la otra vida que para ir á Jerusalen ó á Roma.

Luego que llegó, encontró á sus condiscípulos sentados en torno del cuerpo haciendo castillos sobre el modo de emplear el tiempo en una vida agitada y divertida, miéntras que la escuela permanecia cerrada.

—Amigos, les dijo Chepillo; qué tan malo seria el maestro, que el señor cura que es tan bueno, se niega hacerle entierro y á que lo sepultemos en el cementerio.

—De veras? dijeron unos cuantos.

—Tan cierto como ser quien soy.

—Pero si no lo enterramos ¿qué hacemos con él? preguntó un niño que empezaba á tenerle más miedo al muerto que el que le tuvo al maestro.

—Lo sepultamos aquí en el patio de la escuela, respondió Chepillo.

—Debemos enterrarlo pronto, dijo el Armadillo, no sea que esté vivo y vuelva en sí.

—El maestro está tan muerto como mi madre, contestó nuestro héroe.

—Con más razon debemos enterrarlo aprisa, dijo el niño que tenia miedo.

—Bueno, enterrémoslo, expresó Chepillo; pero necesitamos una barra y una garlancha para abrir la sepultura.

Y alzando la voz, añadió:

—¿Quién tiene en su casa de esas herramientas?

Más de cuatro niños respondieron afirmativamente.

Entónces dijo Chepillo:

—Vayan dos de ustedes á traer una barra y una garlancha y si les preguntan para que son, digan que para abrir un caño, pues si llegan á contar que el maestro es alma de la otra vida, al momento se nos llena la escuela de gente y se nos acaba la diversion.

Los dos niños partieron y pronto estuvieron de vuelta.

Así como llegaron las herramientas, todos los escuelantes se disputaron el gusto de ser los sepultureros de su maestro; pero como entre tantos no era posible abrir á un tiempo el oyo, convinieron en alternarse. De comun acuerdo dispusieron que empezaran el trabajo los monitores;

que á ellos les sucedieran los adjuntos, y á éstos los que les siguieran en instruccion, que bien sabian cuales eran. De este modo hicieron la sepultura, la cual en breve se llenó de agua porque el patio era demasiado húmedo.

Viendo los niños que ya entraba la noche, se dieron prisa á enterrar al maestro. Con un cuerno de res echaron á desaguar el hoyo, y en esta operacion se oscureció, sin que consiguieran el objeto, pues entraba mayor cantidad de agua de la que sacaban. Deseosos de concluir su obra, alzaron entre muchos el cuerpo inmoble, lo trasladaron difícilmente al borde del sepulcro, lo suspendieron sobre él y á plomo lo soltaron. Al golpe, el agua saltó fuera del hoyo, y el maestro al recibir el frio glacial de ella, se conmovió como un resfriado y se sentó.... Los muchachos al ver tan extraño movimiento, huyeron despavoridos dando destemplados gritos.

El resucitado al oir tales voces y al verse hundido en aquel sepulcro medio lleno de agua, á aquella hora pavorosa en que las negras tinieblas de la noche se extendian sobre él como un paño mortuorio, se sobrecogió de espanto y con voz desfalleciente dijo :

—En dónde estoy? Dios mio!.... qué me ha pasado?

Y no pudiendo darse cuenta ni de su situacion, ni de lo que le habia ocurrido horas ántes, se esfuerza en traer á la memoria los sucesos del dia. Acuérdase al fin de su terrible caida; comprende que los vivos se han apresurado á declararlo muerto y que por ello lo han metido ya en el sepulcro donde se habria convertido en *barro* si á los sepultureros no les coje la noche, y horrorizado se pone en pié, se sale de la fosa penosamente y huye con paso trémulo de aquella fúnebre mansion que le llena de yelo la sangre y de pavor el alma.

Cuarenta dias estuvo en cama en casa de un amigo suyo, quien compadecido de él lo amparó y lo curó.

Restablecido Manuel Moreno, abrió su escuela y su taller. Como entre muchachos no puede haber secreto, no faltó un inconsecuente que le contara al maestro, que Chepillo habia sido la causa eficiente del golpe que lo habia conducido hasta el *fondo* del sepulcro, y se fundaba en que le habia oido contar al mismo niño que él le habia dado al director un bodocazo en la cara que le habia hecho perder el equilibrio, y que por esta causa se le habia resbalado la escalera. Airado Moreno contra Chepillo por el agravio que le habia hecho, lo cogió dos dias despues de haber abierto la escuela y lo azotó cruelmente.

Enojado nuestro héroe, se fué á donde su abuelo y con los ojos empapados en lágrimas se quejó amargamente de la crueldad del maestro. Don Lorenzo que no le habia perdido el amor que le tenia á su nieto, se compadeció de él; se irritó fuertemente contra Manuel Moreno, y deseando vengar la ofensa, puso en juego su influencia de tinterillo (pues lo era muy famoso) y con ella consiguió que el preceptor fuera encarcelado y removido del destino. Tanto así valia el hombre en el distrito.

CAPITULO III.

Dos maestros de escuela; uno sin ojos para ver y otro sin espíritu para obrar.

LA escuela se cerró. Seis meses pasaron sin que se encontrara un hombre á propósito que quisiera encargarse del empleo. Y ¿quién querria hacerse cargo de un destino tan duro y tan mal pagado?

Don Lorenzo reflexionando que no habria cosa peor que tener en la ociosidad á Chepillo, lo llevó á La Compañía y le impuso la obligacion de que todos los dias por la mañana repasara lo que habia aprendido y que por la tarde fuera á cuidar el rebaño que comia en la falda de un cerro inmediato; pero pronto el viejo se persuadió de que su nieto era un vagabundo á quien no podia dejar de la mano un instante, y por ello se interesó en buscar un maestro que desempeñara la escuela para volver á colocar á Chepillo en ella. Despues de esquisitas diligencias, Don Lorenzo tuvo noticia de que en Bogotá habia un ciego López que era un aventajado hablista en el castellano y el latin y que ademas era instruido en la pedagogía.

El tinterillo hizo viaje á la capital, le habló al ciego y lo comprometió á que se encargara interinamente de la escuela, ofreciéndole que le conseguiria el destino en propiedad. Como el ciego vivia en la mayor miseria no vaciló en aceptar una oferta que él creia que le venia del cielo.

Era el tal, un hombre alto y gordo y como de unos sesenta años de edad. Vestia siempre pantalones anchos de paño negro; dorman de cúbica azul abrochado al pecho; botines amarillos y *cachucha de piel de mono.*

López era instruido en humanidades, ciertamente; pero como no tenia ojos para ver, carecia de voluntad para determinar ó resolver y de libertad para obrar. No tenia voluntad, porque ¿cuál otra podia ser que la del lazarillo que lo guiara? ¿y qué libertad podia tener viviendo encerrado en el oscuro calaboso de su cuerpo?

A pesar de ésto el ciego fué nombrado director y el dia en que abrió la escuela, le recomendó Don Lorenzo muy particularmente á Chepillo, encargándole, sobre todo, que lo tuviera constantemente cerca de sí. López deseoso de complacer al tinterillo, y sacar provecho de la recomendacion, hizo al muchacho su lazarillo, ó lo que es igual, hizo de él los dos ojos de su cara.

Chepillo empezó á portarse bien con el ciego y semejante conducta fué motivo para que éste se entregara en alma y cuerpo en manos de su guia.

Nuestro héroe conducia al maestro á todas partes. A la hora de escuela lo llevaba de la casa donde estaba hospedado, al local destinado á la enseñanza, y lo sentaba en la silla de brazos para que los niños viendo á su maestro presente, cumplieran con su deber. El ciego enseñaba todo cuanto le era posible enseñar sin el auxilio de la vista, y donde esta le era necesaria, se valia de su lazarillo que lo desempeñara, el cual, mal que bien, no dejaba de suplir la falta del maestro.

Todo el mundo creia que Chepillo se habia enmendado, á juzgar de su formalidad y buen comportamiento; pero no habia tal; el perverso muchacho tan sólo habia dado una corta tregua á su vida inquieta, bulliciosa y traviesa. Una tarde que tenia gana de divertirse con el ciego, mandó á dos niños que sacaran de la escuela la silla de brazos y la llevaran á una plazuela que habia inmediata al local, donde se juntaban siempre los cerdos de todo el pueblo. Los dos escuelantes sacaron el asiento y lo llevaron á donde Chepillo les mandó. El pícaro lazarillo en vez de conducir el ciego á la escuela, lo llevó á la plazuela, y cuando entró en esta hizo poner en el centro de la piara de puercos la silla y sentó en ella al maestro.

—Ya los niños ocupan sus puestos? le preguntó á Chepillo el director, al sentarse.

—Si señor, le respondió el muchacho, todos están en sus clases y cada uno está en su oficio.

La mayor parte de los escuelantes se habian quedado en el patio de la escuela jugando á la pelota y unos pocos que se habian ido detras de los que llevaban la silla, se agruparon á la espalda del ciego, luego que éste se sentó, y con ámbas manos empezaron á taparse la boca para no reirse.

—Lean, lean muchachitos, dijo el maestro.

Los escuelantes viendo que la excitacion se dirigia á los cerdos que estaban delante del ciego, se echaron á reir á grandes carcajadas.

—Niños!.... gritó el director colérico, ¿de qué se rien ustedes?

—Se rien, respondió Chepillo, de que usted les manda leer, no estando en el paso de lectura sino en el de escritura.

—Por qué no me advirtió usted que esta tarde habia alterado el órden?

—Porque se me olvidó.

—Haga usted que todos escriban.

—Señor, están haciendo unos renglones muy bonitos, respondió el muchacho en voz alta, y dando un cuarto de conversion á la cabeza y bajando la voz, añadió con un *aparte* de teatro: – *con el hocico.*

En esto un cerdo pasó gruñendo por cerca del ciego, quien al oir semejante gruñido, dijo con enfado?

—Vamos! quién es el gracioso que gruñe como puerco?

—Es uno de los discípulos de usted, respondió Chepillo.

—Eso es intolerable!....

—Cansado de hacer largos y torcidos renglones con el hocico se ha puesto á chillar como un cerdo, dijo Chepillo.

—Con el hocico dice usted?

—Sí señor, es un *chinito* muy inquieto.

—Hombre, échele el guante y tráigamelo para hacer un ejemplar.

—En este momento, señor.

No bien Chepillo dijo esto, mandó á cuatro de sus condiscípulos (sin que el maestro lo oyera) que cogieran de la piara un puerco para que el ciego le diera unos azotes y miéntras que los muchachos cumplian la órden, nuestro héroe corrió á la escuela por el látigo destinado á flagelar á los niños. Regresado que hubo, le puso al ciego el rejo en la mano y comenzó á guiarlo á donde los escuelantes tenian cogido el cerdo. Los picaruelos, interin que López llegaba al sitio que ellos ocupaban, envolvieron en una ruana al animal, porque sabian que el ciego tocaba el cuerpo que iba á castigar. Así como López fué informado de que tenia el bulto delante, y que juzgó que estaba extendido sobre una banca, le tocó todo el espinazo y echó á darle rejo con todas las fuerzas que Dios le habia dado. Como el puerco chillaba como quien era, el ciego se enfureció pensando que el paciente se burlaba del castigo, y por ello se cebó en el cuerpo *peludo* que él tenia por *pelado.*

Al cabo del rato dijo:

—No puedo cascarle más, tengo el brazo cansado.

—Ya estará bueno, le contestó Chepillo.

Y pensando en agregarle un acto más á la comedia, añadió pasado un momento.

—El niño que usted ha castigado, ha quedado sin el cuero con que lo parió su madre, y así despellojado como un Cristo se ha ido á darle quejas á su padre.

Hízose el ciego sentar en la silla que allí cerca estaba, y dijo:

—Qué adelanta?.... Bien puede ir á quejarse al Padre Eterno sin que á mí se me dé un ardite.

—Ah!.... es que usted no sabe lo atrevido y esforzado que es ese *orejon*. Pega el condenado tan recio, que al maestro que habia ántes de usted porque le tiró las orejas al mismo muchacho que usted ha descascarado, le dió un mojicon que lo sacó léjos como real de tángano, y al infeliz le costó la cachetada junto con el porrazo, como ocho dias de cama y dieta.

—Si eso hizo con el maestro Moreno, eso no hará conmigo, porque yo soy un hombre á quien todo el mundo respeta.

—Mire usted que el tal es un *matroz* que no respeta ni al mismo alcalde; si viene, ya verá como le sacude el bulto bonitamente.

—Usted y sus condiscípulos me dejarian estropear?

—Señor director, todos los escuelantes le tenemos tanto miedo á ese demonio como no se lo tienen los ratones al gato.

En este instante un niño aconsejado por Chepillo, dijo:

—Señor!.... señor!.... ahí viene el padre del muchacho que usted castigó!.... Corre con un palo en la mano hecho una furia.

El ciego se levantó precipitadamente de la silla haciendo la cara más afligida que se haya visto, y dijo con voz levantada:

—Defiéndame usted Chepillo de ese bárbaro.... Defiéndanme todos, no me dejen matar.

—Huyamos, le dijo nuestro héroe; deme usted la mano ... sígame usted corriendo.... Por aquí.... Vámonos por este lado.

Chepillo echó á caminar apresuradamente con el ciego de la mano, seguido de una docena de muchachos. Llevolo á la casa de uno de los escuelantes, la que á la sazon estaba al cuidado de un criado, por haberse ido los dueños á una romería al pueblo de Chiquinquirá. Cuando entró en ella, la encontró absolutamente sola, lo que le agradó mucho, al considerar que no tendria obstáculo en llevar á cima una travesura que le habia ocurrido, y con tal seguridad introdujo al ciego en un cuarto donde en otra ocasion habia visto una caja muy grande de guardar miel, pues como la señora de la casa era chichera, tenia por mayor uno de los elementos que se emplean en la fabricacion del famoso licor que nos legaron los *chibchas*.

El pícaro lazarillo alzó la tapa de la caja y le dijo al maestro:

—Señor director!.... no hay que perder un minuto; pronto, pronto, métase usted en esta caja ántes de que llegue el hombre que viene persiguiéndolo; pues si él se presenta ahora, no respondo de la vida de usted.

—En que caja? preguntó el ciego jadeante por la precipitacion con que habia andado y con la voz alterada por la angustia que se habia apoderado de él.

—En una muy grande que hay aquí en un cuarto donde nos hemos entrado en busca de un escondite.

—Si he de caber en ella cómodamente, procuraré meterme con la ayuda de usted.

—Con mi ayuda y con la de otros discípulos de usted que lo han seguido para protegerlo, dijo Chepillo y se dirigió á los escuelantes diciéndoles:

—Escondamos pronto á nuestro querido maestro.

No fué menester repetir la incitacion para que los compañeros de



nuestro héroe alzaran en peso al viejo y lo metieran poco á poco en la caja. Cuando el ciego sintió en las piernas la pegajosa miel, dió un salto y un grito y se resistió á entrar.

—Donde diablos van ustedes á meterme? preguntó.

—En un baño muy dulce, respondió Chepillo, no se resista usted que la miel no lo mata ni lo daña y un garrotazo de ese *matroz* si puede echarlo á pasear al otro mundo.

—Cómo!.... en una caja de miel es que quieren meterme?.... Oh! eso es horroroso!.... Prefiero morir á palos!....

—No sea usted terco, le dijo Chepillo comprimiéndolo hácia el fondo del arca, á la vez que les hacia señas á sus compañeros que lo forzaran á sentarse.

Los escuelantes como instrumentos que eran de Chepillo se cargaron en la cabeza y en los hombros del ciego y éste no pudiendo resistir el esfuerzo simultáneo de cinco ó seis pilluelos, cayó en el asiento de la caja con las piernas dobladas. Así como el maestro se sintió con la miel al cuello se resignó con su mala suerte y esperó callado el desenlace de aquel acto.

Metido el director donde los escuelantes querian, cerraron el arca y se salieron á la calle á charlar y reirse de su travesura, cuidando de no contársela á nadie.

Compadecido Chepillo del pobre ciego, volvió donde él dos horas despues de haberlo metido en la caja, y lo sacó de tan estrecha prision, diciéndole que su enemigo ya sabia que estaba escondido en la tal arca y que así convenia trasladarlo á otro lugar. Llevólo, por tanto, á un cuarto donde el dueño de la casa tenia mucho tamo de cebada para alimentar dos caballos de paseo que tenia en la caballeriza.

—Métase usted ahí, y no hable una palabra que el hombre viene por allí cerca haciendo juramentos de que lo hará picadillo donde lo encuentre, le dijo nuestro héroe empujándolo hácia adentro del cuarto y cerrando la puerta.

El ciego cansado con la posicion forzada que habia tenido entre la caja, nada deseaba tanto como echarse largo á largo en el suelo, y tratando de llevar á efecto su antojo, tentó en torno suyo el pavimento, y notando que estaba alfombrado de mullida paja, se tendió y se revolcó entre el menudo tamo muy á su satisfaccion, con lo cual quedó como con una escama ó concha brillante.

Como á eso de las cinco de la tarde entró el criado de la casa en el cuarto donde estaba el ciego, á sacar tamo para los caballos, y sucedió lo que Chepillo se habia imaginado, á saber: que el mozo al ver al maestro como con concha de armadillo, con cara de hombre y cabeza de *mono*, se espantaria horriblemente; correria á la calle; contaria que habia visto un animal desconocido y seguiria la funcion. Así aconteció. El criado vió un monstruo que como un culebron se movia entre el tamo y lanzó un grito de horror. En seguida, sin esperarse á examinar lo que fuera, salió rápidamente á la calle temblando como un azogado, á contar lo que habia visto.

En el momento muchos curiosos ocurrieron á la casa y desde un sitio que les daba seguridad, observaron el extraño animal, y se convencieron de que era verdad lo que el criado decia. Corroborado el cuento por éstos, el pueblo se alborotó, se armó de escopetas, piedras, palos y aun de rejos de enlazar, y al cerrar la noche abrió campaña en direccion de la casa donde estaba el monstruo que tanto temia.

Invadida que fué ésta, el ciego oyó el alboroto y al momento se dijo:

—El padre del muchacho á quien azoté ha logrado, sin duda, conmover á los habitantes del lugar, y éstos airados contra mí me buscan para volverme cuartos.

—Dónde está el monstruo? preguntaron muchos de los invasores.

—Allá en aquella pieza, dijo el criado señalando desde léjos con la mano, el cuarto donde estaba tendido el maestro.

El ciego creyendo firmemente que se acercaba su hora postrimera, se dijo:

—¡ Oh Dios mio! jamas me imaginé que por castigar á un muchacho burlon se me calificara de monstruo y se levantara todo el pueblo contra mí, con el designio de matarme.

—Animo, camaradas, dijo Chepillo que tambien estaba en la danza, á coger ese animal horrible y desollarlo vivo.

—Sí, á cogerlo!.... á cogerlo!.... y ahorcarlo en seguida, digeron varios escuelantes.

El ciego en el colmo de la afliccion exclamó en voz queda:

—Por qué tanta rabia contra mí?.... He matado al muchacho á quien castigué para qué merezca tan ignominiosa muerte?

Y acordandose de su idioma favorito, exclamó:

—*¡ Quam incomprensibilia sunt judicia Dei!* *

—Que traigan velas encendidas para ver bien el culebron y para poderle dar en el testuz, gritó la alcaldesa armada de un robusto madero.

—Sí, velas!.... luces!.... gritaron muchas personas.

Un instante despues, aquel gentío semejaba una procesion nocturna; tantas eran las luces que brillaban por todo el patio de la casa.

Con tanta claridad como daban las velas encendidas todos pudieron ver al animal, el cual yacia inmóvil entre el tamo. El infeliz ciego no tenia ánimo ni para respirar; tanto era el miedo que se habia apoderado de su acongojado espíritu.

Visible el monstruo para todos, muchos de los invasores gritaron sucesivamente:

—Acometámosle de frente, dijeron unos. — Hagámosle salir del cuarto y lo matamos en el patio, dijeron otros. — Enlacémoslo y lo sacamos arrastrando á la calle para que todo el pueblo goce con verlo vivo y despues con verlo morir, dijo el *gamonal*. — Tirémosle un escopetazo á ver que hace, voceó un *valiente*.

En esto el alcalde que allí estaba, *porque debia estar*, alzó la voz y dijo:

—Yo voy á dirigir el ataque. Prepare todo el mundo sus armas. Los que tengan escopetas cojan la vanguardia; los armados de piedras pónganse á retaguardia y los que tengan palo ó rejo de enlazar, formen un cuerpo de reserva. A las voces de, *á la una*, los de la vanguardia y los de la retaguardia pongan el cuerpo en disposicion de atacar: á las voces de, *á las dos*, levanten sus armas y hagan la puntería, y á las de, *á las tres*, fuego! descarga cerrada. Si al primer ataque el monstruo se enfurece y se viene encima de nosotros, porque haya quedado mal herido, entónces el cuerpo de reserva haga cuanto pueda hasta acabar con él.

El ciego oyó los preparativos del ataque y dijo para su sayo:

—Esto no puede pasar de una amenaza: si esta gente quisiera ma-

* Cuan incomprensibles son los juicios de Dios.

tarme no se andaria con tantas ceremonias militares...... ¡Qué soy yo para tan crecido número!.... Si la pueblada me acomete aunque sea en desórden, ella puede decir con César: *Veni, vidi, vici.* *

Miéntras que el ciego se hacia tan fundada refleccion, los invasores se disponian para el ataque en la forma ordenada por el alcalde.

—Todos están listos? preguntó éste, luego que vió al ejército dividido en tres porciones.

—Sí!.... sí! ... sí!.... expresaron más de veinticinco personas.

—Atencion!....*A la una*, dijo el improvisado jefe.

A estas voces se vió un movimiento confuso en la vanguardia y en la retaguardia.

—*A las dos*, gritó el alcalde.

El grupo de adelante tendió sus escopetas haciendo la punteria al maestro y los que formaban la retaguardia levantaron sus brazos armados de piedras.

—*A.... las....*

—Alto ahí señores, gritó en este instante Chepillo, no hagan ustedes fuego que yo me comprometo á coger el monstruo que tanto miedo le ha metido al pueblo y sacarlo al patio como si fuera un cordero.

—Bueno, dijo el alcalde, que nadie haga fuego y que Chepillo se acerque á coger el animal; pero si se lo engulle, advierto desde ahora, que la culpa es de él y no de otro ninguno. Yo salvo mi responsabilidad.

Los invasores se admiraban del valor de Chepillo y muchos no creian que ejecutara semejante locura. Nuestro héroe salió con denuedo de entre la multitud, entró al cuarto, cogió al ciego con un rejo y le dijo al oido:

—Vengo á salvar á usted; sígame.

El maestro se levantó y siguió los pasos de su lazarillo. El travieso muchacho se endilgó al centro del patio, y era de ver como se retiraban los invasores despavoridos, así como se les aproximaba el para ellos *temible* animal.

—No tengan ustedes miedo, les dijo Chepillo, abran bien los ojos y verán que cuanto ha pasado no ha sido sino un jueguecico del Diablo.

Los expectadores se acercaron y vieron.... Espanto!.... vieron que el horrible monstruo en un abrir y cerrar de ojos se habia convertido en hombre por arte diabólico; ¿y en qué hombre?.... en el infeliz ciego á quien Chepillo llevaba del cabestro á todas partes!....

Los peones de azadon, los leñadores y las aguadoras al ver semejante metamórfosis echaron á correr gritando:

—Brujería!....brujería!.... el Diablo está metido en esta casa.

El telon descendió!

Una verdadera comedia se acababa de representar.

El alcalde y unos pocos de su clase que comprendieron la tramoya, salieron de la habitacion riéndose á carcajadas.

El resto de los asaltadores, llenos de un terror pánico, se dispersaron.

La pesada chanza fué funesta para el pobre ciego por dos lados: por las angustias que padeció en las largas horas que él se creyó en capilla y porque perdió el destino. El pueblo irritado por la burla, se vengó en el desventurado ciego, solicitando del Gobernador que lo destituyera del empleo por tonto y por inepto, y el tal funcionario lo removió.

* Vine, vi y vencí.

La escuela se cerró por segunda vez y Chepillo volvió al lado de su abuelo, á apacentar el ganado de La Compañía.

Cinco meses trascurrieron y al fin de ellos fué nombrado director don Justo Pastor Ruiz, hombre que habia sido rico ó ilustrado, pero que un revez de fortuna lo habia reducido á la mayor miseria, y el pesar de semejante pérdida le habia trastornado un poco las potencias del alma. Como debe suponerse, el infortunado vivia en el mayor abatimiento y sumido en una melancolía profunda.

El dia en que Chepillo conoció á su nuevo director, se dijo:

De éstos es de los que yo busco para divertirme.

Y á la verdad Chepillo hizo del maestro su pelelé.

Cuéntase que á poco tiempo de abierta la escuela, el muchacho les dijo una tarde á sus condiscípulos:

—Voy á probarle al director que él no es hombre sino gallina.

Por lo pronto los escuelantes creyeron que Chepillo iba á desafiar al maestro á pelear y que contaba con acomodarle una zancadilla; pero pronto se convencieron de que no era de ese modo que el muchacho pensaba demostrarle á su preceptor que era de la familia de las gallináceas. Sabeis cómo? Voy á decíroslo:

—El pilluelo tomó de un tintero una pluma de águila y con ella en la mano, se dirigió á donde el director estaba sentado y le dijo que se la tajara.

Justo Pastor cogió la pluma, y como los brazos de la silla le impedian manejar los suyos, se puso en pié para tajarla, como lo tenia de costumbre. Al levantarse el maestro del asiento, Chepillo que se habia hecho á la espalda, le puso con disimulo en él un huevo de gallina que llevaba en su chácara. Tajada la pluma, Ruiz se la devolvió á su discípulo y se sentó. Como al descansar en la silla sintiera que habia roto alguna cosa, metió la mano para tentar lo que fuera y al palpar la sustancia húmeda y glutinosa de la tortilla que acababa de fabricar de tan inusitada manera, retiró ligero los dedos y al vérselos pintados de amarillo, dejó escapar una exclamacion de cólera, sacó del bolsillo su pañuelo y se limpió lentamente la mano y los pantalones que le quedaron lastimosamente manchados.

Hecho ésto llamó á Chepillo y díjole:

—Es usted un atrevido y un indecente.

—Yo? Y por qué razon?

—Por haber puesto un huevo en mi asiento.

—No señor; lo que hay de cierto es que usted es quien lo ha *puesto*, por cuanto á que cuando el huevo fué *puesto*, usted ocupaba la silla. Esto es tan claro como blanco es, gallina lo pone, se hace un caldo y se come. Y si no, dígame: si usted encuentra un huevo debajo de una pájara, creerá que es que se lo han puesto ó que ella lo ha *puesto?*

El maestro escuchó á Chepillo mirándolo con aire de desprecio y no le dijo una palabra.

Pasó el tiempo.

Un mártes por la mañana el director les dijo á sus discípulos:

—¿Quién de ustedes conoce una persona que pueda alquilarme un caballo para ir á Chocontá, que sea blando de movimientos, bueno de aliento y manso como una oveja?

—Yo, respondió Chepillo.

—¿Y puede usted decirle ahora mismo á esa persona que me flete el caballo?

Si usted me da permiso de salir....

—Sí, hombre, vaya y se interesa mucho.

Chepillo cogió su sombrero de una estaca donde estaba colgado y se fué á donde su posadero que tenia un caballo muy brioso y corcoviador llamado el *patas agrias*, y le dijo:

—Recado le envia el maestro de escuela que si le hace el servicio de alquilarle el *patas agrias* para ir á Chocontá.

El dueño del caballo oyó atentamente el recado y dijo:

—Mi caballo el *patas agrias?*.... Es el maestro hombre que sepa tenerse?

—Si será cuando me manda donde usted á rogarle que le alquile el tal caballo.

—Será otro el que quiere, porque ese animal es endiabladísimo; brica tan recio que no le paran encima ni las moscas.

—De esa clase es que le gustan los caballos á mi preceptor.

—Vea usted!.... ¿con qué el maestro es tantas *carracas*?

—Debe ser un jineton, pues me dijo que le dijera á usted que habia de ser el *patas agrias* el que habia de alquilarle, que para él no habia dicha igual á la de montar un *paton* brioso y corcoviador.

—Oiga! lo mismo era yo cuando muchacho; pero ha de saber usted que siempre que me montaba en un potro, quedaba encima de él como clavadado.

—El maestro tambien quedará hoy *como clavado*, dijo el picarillo á modo de fisga, y añadió entre dientes:—en el suelo como mariposa en la pared.

—No tiene cara de jinete y dudo que se tenga en el *patas agrias;* pero en fin, ya que él lo quiere que lo padezca. Coja usted el caballo que ahí está en la caballeriza; lléveselo y dígale que siento en el alma no ver la *buena montada* porque me voy ahora mismo para Bogotá.

—Muy bien, respondió Chepillo. Y pasó á la pesebrera, cogió el caballo que estaba atado á una columna y se lo llevó á Justo Pastor.

Al entrar en el patio de la escuela le dijo al maestro, quien esperaba en el corredor:

—Aquí está el animalito; creo que no le desagradará.

—Hermoso caballo, á la verdad, dijo el maestro. Ensíllemelo usted.

Chepillo sacó del cuarto del director la silla y los arreos de montar y lo ensilló fácilmente. El caballo aparentaba una mansedumbre extrema; tanta, que se dejaba tocar las ancas, los corvejones y las patas. Se dejaba tambien montar sin dar muestras de enfado; pero siempre que el jinete no lo provocara, pues si llegaba á sentir un espolazo, se enfurecia y brincaba hasta que derribaba á su dueño. Otras ocasiones tenia tan mal humor que aunque el jinete no lo espolease, de repente agachaba la cabeza y echaba á corcovear como un condenado.

Luego que el maestro vió ensillado el *patas agrias*, se acercó á él, le sobó el cuello, le peinó las crines con los dedos y le preguntó á Chepillo.

—Será bien manso, no?

—Es una oveja, señor.

—Parece un poco *cascarillas*.

—Recien montado se frunce y caracolea; pero á una legua de camino se pone sonso como una pollina; así es que le aconsejo que se ponga espuelas y que no le manifieste miedo, pues los caballos son como los hombres, que cuando le conocen á uno que es cobarde, se lucen.

—Así lo haré, dijo Justo Pastor.

Púsose luego los zamarros, se calzó las espuelas, cogió en la mano derecha una zurriága y montó con mucho ánimo. El caballo salió del patio encogiéndose, encabritándose á médias é inclinando hácia adelante las orejas.

Los escuelantes se fueron detras de su maestro gritando:

—Adios don Justo, que ni allá llegue, ni aquí vuelva ni el camino parezca.

El caballo pasó las calles del lugar dando muestras de querer derribar al jinete, pero éste tuvo la prudencia de conducirlo con mucho cuidado, pues empezó á comprender que no era tan manso como Chepillo le habia dicho.

Cuando el maestro entró en el camino, Chepillo le gritó:

—Hola! don Justo, no le tenga usted miedo, acomódele un espolazo en la barriga y verá qué *molimientos*, ó diré, qué movimientos.

El equívoco hizo reir estrepitosamente á los escuelantes, pues ellos conocian muy bien al *patas agrias*.

Como el jinete notara que el caballo andaba con embarazo, le pareció bien el consejo de Chepillo, y le batió fuertemente los hijares. Quién tal hizo, que al punto el fogoso animal se recogió y dió un brinco formidable. A esta sazon el Armadillo dijo á voz en cuello:

—Téngase maestro.... ajuste las piernas y entese el cuerpo.

El caballo siguió brincando, pero con suspensiones. El maestro á pesar del susto que le infundia el peligro, se aseguró en los estribos, templó las riendas con la mano izquierda, y con la derecha se agarró del rejo de la grupa, sin botar la zurriaga.

—Viva!.... viva!.... don Justo, gritó un muchacho, y más de diez repitieron el grito.

En seguida dijo uno de estos:

—Apuesto mi trompo de tíbar contra una pelota de lana á que no derriba el caballo al maestro.

—Corre y vale, dijo otro, yo á que lo hace *medir tierras*.

—Yo á que no.

—Yo á que sí.

—Téngase como garrapata maestro, le gritó el muchacho que tenia interes en que no cayera; no se deje usted aporrear; mire que hay apuesta gorda.

Inter tanto el caballo daba tres ó cuatro saltos, se quedaba luego quieto un instante y volvia á corcovear. En una de estas brincadas el maestro aflojó las piernas, y el muchacho que habia apostado la pelota, dijo dando salticos y batiendo las palmas:

—Bueno y rebueno?.... ya perdió un estribo!.... Ya pedió el otro!.... Va á caerse en esto, en esto.... Caramba! como que lo tiene el Diablo!

—Diantre! dijo Chepillo, miéntras que el otro niño hablaba, el majadero ha perdido el equilibrio y va á romperse la figura sin remedio.

—Ya se enderezó, expresó el que habia apostado á que no caia el director.... Diablo! ya se torció para el otro ladó.

—¡A caballo para *meterla recio!*....

—El maestro no es ningun fraile para jinetear.

—Si será llanero.

—Miren!.... miren!.... muchachitos de Dios!.... lo sacó de la silla, lo sacó.... *Suápite!*.... Chúpese esa por guapo!

El jinete cayó.



Despues de grandes esfuerzos para no dejarse apotrear, el pobre maestro se vió obligado á dejar la silla y á viajar un ratito por el aire. El desgraciado caballero al caer en el duro regaso de la madre comun, quedó como atontado; pero haciendo un esfuerzo se levantó; miró á todos lados y al ver á sus discípulos que celebraban el golpe con gritos de júbilo, con risas, palmadas y brincos, se llenó de indignacion.

Pensando, Justo Pastor, en que el autor principal de cuanto le habia sucedido, era Chepillo por haberle dicho que el *patas ágrias* era manso, lo buscó con la vista para ir á cogerlo y darle una tunda de puñetazos; pero no lo vió. El perillan se habia escapado. Volteando el cuerpo incontinenti, al lado contrario, siguió con los ojos el camino que habia tomado el caballo, y alcanzó á ver á lo léjos una nube de polvo que envolvia al animal en su rápida carrera.

Giró entónces sobre sus talones para mirar á sus discípulos y díjoles:

—Si ustedes no me hacen el servicio de ir á coger ese caballo, se irá con mi silla hasta el cabo del mundo.

Los muchachos partieron á correr llevando en el corazon el dolor de que el maestro no hubiera muerto del golpe, ó que al ménos no hubiera quedado imposibilitado por unos seis meses para desempeñar la escuela.

El caballo se detuvo cerca de una era donde habia una cobra de yeguas trillando. Los escuelantes lo rodearon, lo cogieron y regresaron con él donde su maestro, á quien hallaron en la escuela.

Justo Pastor les dijo:

—Qué pronto han cogido ustedes el caballo, amigos mios, les agradezco mucho este servicio; pero más agradecido quedaré si me consiguen otro ahora mismo.... Pero otro que sea manso y no indómito y feroz como este demonio, que por un áinas me destutana.

Los niños se miraron unos á otros y digeron:

—Vamos corriendo.

Los muchachos se dispersaron por el pueblo y al cabo de un rato empezaron á llegar donde su preceptor, cada cual con la noticia de que no habia hallado quien tuviera una bestia de alquiler porque medio pueblo andaba á caballo rodeando en un potrero inmediato unos toros bravos para conducirlos á la plaza á fin de continuar unas fiestas en que se recreaba el populacho hacia dos dias.

El maestro tenia tal urgencia de ir á Chocontá, que pensaba en volver á montar *sin espuelas en el patas agrias*, cuando un escuelante se acercó á él y díjole:

—Yo tengo una yegüita en que suelo venir de mi estancia á la escuela: es muy buena de aliento, pues lleva cuando se ofrece, su carga de arina á Bogotá, pero es un poco fea y sonsa.

—Eso no le hace, dijo Justo Pastor; como me lleve á Chocontá, aunque sea fea como la estampa de la heregía y sonsa como una tortuga.

—Voy á traerla? le preguntó el muchacho.

—Sí, tráigala usted.

Una hora despues estaba la jaca en el patio. El maestro al verla no pudo contener la risa.

—No me imaginaba, dijo, que la raza caballar hubiera degenerado tanto en este pueblo. No tiene la tal yegua figura corporal como las de su especie; es más fea que Gestas; pero, qué he hacer? que me la ensillen; al ménos iré seguro de que no me rompe la crisma.

En el acto cuatro niños se comidieron y en ménos de cinco minutos

le quitaron el fuste al *patas agrias* y se lo pusieron á la yegua. Era ésta de un cuerpo tan desairado y triste, que de todos los que la veian, á unos les daban ganas de reir, (estos eran los más) y á otros de llorar; pues entre los hijos de Adan hay muchos que se burlan de las desgracias ajenas y unos pocos que las sienten como si fueran propias. Quereis conocerla? He aquí su figura con todos sus pelos y señales cual si la reprodugera un espejo:—Era de regular estatura, de color rucio mosqueado, de cuello largo y encorvado hácia arriba como el del camello, á causa de una hinchazon que tenia en la nuca que la hacia mirar al cielo, mal de su grado. Su cola era limpia como la del raton, de resultas de una sarna que habia padecido en su juventud; las patas delanteras las tenia torcidas para adentro y las traseras para afuera, de tal modo que cuando caminaba aprisa, parecia que devanaba con las manos la madeja que parecia llevar en las patas. Su barriga era descomunal, en tal grado, que le habia granjeado el ridículo nombre de *araña*; pero en compensacion de tantos defectos corporales, y sobre todo del de su enorme vientre, llevaba en éste una música uniforme, que sonaba siempre que la infeliz hembra trotaba; música que era muy á propósito para dicipar ese negro esplin que se apodera de contínuo del viajero que anda sólo por nuestros desiertos y andurriales.

Chepillo que estaba escondido detras de una cerca de ramas que habia en el patio de la escuela, se estuvo desde ahí mirando desensillar el caballo y ensillar la yegua y de repente concibió la idea de divertirse otro rato á costillas de su director. Dominado por tal pensamiento se salió del sitio en donde estaba oculto, corrió á su casa y volvió á tiempo en que Justo Pastor partia de la escuela paso ante paso caballero en la *araña*. Como la perezosa yegua no hacia por correr, el jinete le dió un espolazo con toda la fuerza que tenia en la pierna derecha, y con él no consiguió sino que la jaca se enfureciera y que ciega de rabia volviera el hocico, le mordiera los zamarros, tirara coces á diestra y siniestra y tomara un trotecillo picado, acompañado de la monótona música que llevaba oculta en su seno.

—*So* gran demonio! dijo el maestro colérico, yo te quitaré la maña de morder.... Toma!

Y le dió con la zurriaga un golpe en la cabeza.

En esto se acercó Chepillo pasitamente á la yegua, le alzó la cola y le metió en la raíz una carda que habia traido de su casa. La jaca apretó el rabo y al sentir las espuelas de nueva invencion, partió á correr con tanta velocidad que al jinete le zumbaban los oidos. El viento le volteó el sombrero, le envolvió la ruana en la cabeza y ciego el desdichado, sin saber por donde iba, rogaba á todos los santos del cielo que guiaran la yegua por buen camino ó que la detuvieran en su rápida carrera. La quisquillosa bestia tomó por una calle que conducia á la plaza y se introdujo en ella atropellando gente, á tiempo que unos cincuenta vaqueros entraban por una de las esquinas con los toros que iban á jugar en las fiestas que hemos mencionado, fiestas que los habitantes hacian en celebracion del para ellos feliz término de la guerra que habia estallado en 1840. Un grupo de jinetes, que se habia separado de los vaqueros y que á la sazon se remolinaba cerca del centro de la plaza bebiendo aguardiente á boca de cántaro y echando voladores, vió pasar como una sombra al maestro, caballero en la *araña*, y al punto pensó en ir á enlazarlo. Todos los del grupo arrancaron á correr detras, voleando sus largos rejos, y cuando cada cual se fué poniendo á tiro de *chambuque*,

le botó su lazo al caballero que tan aprisa iba. Dos jinetes enlazaron juntamente al hombre y la bestia, amarraron en *seco*, como llaman los vaqueros, y los hicieron rodar de hocicos por el suelo.

Los espectadores al ver tal accion, alzaron un grito atronador que el aire llevó á una gran distancia, pero un grito de aplauso por el buen lazo y la buena *arzonada*, y en seguida unos cuantos curiosos corrieron al sitio donde quedó estirado el desdichado jinete, á ver qué cara hacia el infeliz y á oir los lamentos y maldiciones que salieran de su boca.

Felizmente el director no recibió otros daños que perder la epidermis de la frente y las narices; troncharse gravemente un pié y descomponerse una mano.

Cuatro hombres piadosos lo alzaron, lo pusieron en una hamaca, improvisada de una ruana, y lo condujeron á su posada.

El desventurado se tendió largo á largo en su cama á renegar de su mala suerte, protestando no volver á montar caballos de linda estampa ni yeguas feas como la estampa de Lucifer.

Miéntras que Justo Pastor exhalaba ayes profundísimos y gemidos dolorosos, como si se le fuera á arrancar el alma, sus discípulos daban gritos de alegría confundidos entre la chusma que con desenfrenada locura se divertia en las fiestas.

De estas vamos, querido lector, á presentaros un cuadro ya que Chepillo desempeña un papel importante en las corridas de toros.

El asunto bien merece capítulo separado.

CAPITULO IV.

Unas fiestas de plaza.

VAMOS á describir un sólo dia de las fiestas, y es el último, que es el que se enlaza con los sucesos que estamos narrando. Describir un dia es describirlos todos, si se exceptúa lo que Chepillo hizo en el postrero.

La mañana la pasaron los concurrentes; bebiendo chicha y aguardiente hasta embriagarse, unos; bailando en las tabernas, otros; jugando en las calles, muchos y los más entretenidos en los encierros de toros, de que hemos hecho mencion.

Por la tarde he aquí lo que se veia y se oia:

Las calles principales estaban cubiertas de gente, en términos de semejar un enjambre de abejas cuando se disponen á salir de su colmena. El ruido de tantas voces y el movimiento de tantas personas era contínuo é incesante. En medio de la zambra, en un sitio jugaban unos mozos al *gallo;* en otro una caterva de hombres y mujeres se apuntaban á *las blancas* y *coloradas* y más allá varios muchachos apostaban cuartillos y médias tortas á las manos de los que se divertian á la *bagatela* ó al *runcho*. Aquí en una tienda improvisada de una tela y tres palos, comian y bebian cuatro amigos en la mejor armonía; allí en una mesa de *lotería de figuras* gritaba el garitero dominando la vocería del tumulto:

—Se fué la ficha por real y cuartillo libres y sobran carteles.

Y en seguida se oia su canto monótono publicando la pintura de cada ficha que de un talego iba sacando.

—Enredada sale en mis uñas, decia, *la calavera de tu abuela*.... y en seguidita viene, *la lanza para tu panza*.... y ahorita van saliendo,

los grillos para tus tobillos...y más detrasito asoma *la culebra tatacoa*... y de repente nos alumbra *el sol que virili cueque*....

Por entre la inmensa turbamulta se veian pasar bandas de músicos de cuerda y de coscojas tocando con arrogancia y cantando con levantada voz diversas coplas populares, y de cuando en cuando se oia el grito de un tunante que decia:

—Se salió el toro!.... Ahí viene el toro!....

Grito que conmovia á la multitud por un momento; que hacia suspender todas las ocupaciones y volver á uno y otro lado todas las caras.

Veiase en el sitio más espacioso una gran rueda de gente que hacia campo á una danza de *bauques* que al son de un pito y de un tamboril bailaban con castañuelas y cascabeles, unas veces haciéndose genuflexiones y otras tejiendo cintas de distintos colores sobre un palo que vertical sostenia un muchacho en el centro de los danzantes.

Estos *bauques*, vestidos de enaguas cortas de colores vivos y de chupas encarnadas, con unas como alas tiesas y plegadas prendidas á los brazos, y cubierta la cabeza con un capirote adornado de alhajas brillantes, de cuyo vértice pende una larga y espesa cola de cintas de los colores del iris, son bastante vistosos y elegantes.

Hé ahí lo que habia en las calles. Veamos ahora lo que en la plaza habia.

Cercada estaba ésta de palos casi en contorno y dentro del circúito encerrado con la cerca y las paredes de algunas casas, se corrian los toros. Veianse las barreras entretejidas de hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones. Las puertas de las habitaciones donde no habia cerca, estaban defendidas con una mesa atravesada y cubiertas de rostros humanos llenos de animacion y alegría.

Una banda de música de viento, derramaba en la atmósfera sus notas sonoras y vibrantes, con las cuales llenaba de armonías los ámbitos del poblado.

Un centenar de jinetes recorria la plaza en todas direcciones, animando al toro con garrochas. El animal, irritado por los aguijonazos que le daban los garrochadores, tenia la cara levantada; los ojos inflamados y la boca espumosa; corria acá y allá bramando; se detenia un instante, escarvaba el suelo con las patas delanteras y giraba con velocidad á todos lados, atendiendo á los gritos y silvos que lo llamaban de mil partes á la vez.

Los muchachos lo apedreaban; los toreros lo llamaban con la ruana y los truhanes le arrojaban cohetes por los piés.

Los repiques eran incesantes y un clamor general se dejaba oir por intervalos. Todo era un *mare mágnum*, una confusion, un ruido y alboroto indescifrables. Cuando el toro daba una porrada mortal á un mal torero, se alzaba un grito unánime de los ámbitos de la plaza que resonaba en el espacio; los jinetes rodeaban al caido, lo levantaban vivo ó muerto, lo trasladaban fuera de la barrera y seguia la diversion.

Ninguna calamidad pública ni particular ha turbado jamas el regocijo en unas fiestas de toros. Ni una peste desoladora que de improviso se haya presentado en el lugar; ni la muerte de la persona más querida del pueblo que haya ocurrido; ni un incendio que de una hora á otra haya arruinado cuatro ó seis familias, nada de esto ha detenido jamas á la muchedumbre en sus locos devaneos.

Todo el mundo en fiestas pierde el juicio. ¿Cómo seria Chepillo?...

Ved sus travesuras.

En uno de los ángulos de la plaza se alzaba dentro de la barrera, una de esas tiendas portátiles de que hemos hecho mencion, donde habia de venta muchas cosas de comer y de beber. Temerosa la ventera de que el toro le embistiera á su toldo y le causara algun daño, habia contratado con nuestro héroe, por una pequeña recompensa, que espantase al animal cuando se aproximase. *

Chepillo habia ideado hacer huir al cuadrúpedo, primero arrojándole cohetes y triquitraques y luego haciéndole ruido con una pandereta. Despues de haber logrado así ahuyentar al toro muchas veces, de las inmediaciones del toldo, le rogó á un *curtidor* que entró á tomarse una copa de mistela (y que conoció que era un bobalicon) que saliera á tocarle la pandereta al tenaz animal que se presentaba por décima vez. El curtidor que, como todos los de su oficio, llevaba pantalones y chaqueta de gamusa, queriendo hacer ostentacion de su vestido ante el público porque era nuevo y elegante, se quitó su ruana, cogió la pandereta, salió donde el toro estaba y empezó á tocársela haciéndo mil cabriolas y piruetas. Familiarizado ya el cuadrúpedo con el ruido de las coscojas, se le encaró al músico y comenzó á menear las orejas y á sacudir la cabeza. El curtidor receloso de la mala intencion que abrigara el toro, echó pié atras; pero Chepillo lo lo detuvo y en seguida lo animó á que avanzase sin temor sobre él. Hízolo así el buen hombre y entónces el travieso muchacho se le fué detras llamando con precaucion al toro con un pañuelo. De repente el cuadrúpedo parte como una exhalacion sobre el panderetero, lo derriba, lo revuelca entre la tierra y en seguida se lo lleva pendiente en un cuerno que le ha metido por entre las espaldas de la chaqueta y la camisa y sacádoselo por el cuello sin causárle daño alguno.

Chepillo al ver que el toro se lleva al curtidor, sigue tras él palmeándose las piernas y dando gritos de alegría.

Imaginaos lector, cuál seria la algazara que se levantó de la muchedumbre al ver tan extraño suceso, y cual el susto que se apoderó del infeliz curtidor al pensar, no tanto en que su magnífica chaqueta. iba á ser despedazada cuanto que su vida pendia de un hilo, estando él suspendido de los cuernos del toro.

Como el curtidor era de carne y hueso, aunque Chepillo lo tuviese por un alma de cántaro, tenia bastante peso como todo cuerpo sólido y por ello tendia hácia la tierra, á consecuencia de la ley de la gravedad, razon por la cual el toro se veia obligado á andar con la cabeza inclinada al suelo y el hombre á caminar en cuatro piés como los cuadrúpedos. Yendo ambos así, de repente un toreador llamó al animal y al grito, éste alzó la cabeza y con ella al curtidor, ofreciendo á los ojos del público un cuadro semejante al del mal ladron atado en la cruz.

El pobre hombre, engarzado en las astas del toro, fué paseado por toda la plaza sin excitar la compasion de nadie; ántes bien al contrario, fué la befa y el escarnio de los espectadores.

Fatigado al fin el bruto con su carga, bajó tanto la cabeza, que debido á tal inclinacion se resbaló del cuerno el cuello de la chaqueta, con lo cual el curtidor quedó boca abajo, sin que le hubiese acontecido el más lijero daño.

Desembarazado el toro de tan incómodo fardo, alza la cabeza, mira

* Sólo el que ha visto esas tiendas portátiles dentro del circúito donde se juegan los toros puede dar crédito á costumbre tan brutal.



á un lado y otro, se fija en la tienda de donde habian salido poco ántes Chepillo y el curtidor, y como si antipatizara con ella por las burlas que éstos le habian hecho, abre carrera en direccion del toldo, le arremete con ímpetu, derriba la mesa que hace de mostrador y de estante, echa á tierra las botallas de mistela, el pan, los bizcochos y las empanadas, y persigue á la despavorida ventera en el sitio donde la infeliz logra meter la cabeza y los hombros, que es detras de una olla grande de mazato de ibias, y allí el maldito le da hocicadas con su boca espumosa y le sopla con sus abiertas narices la parte del cuerpo que no ha podido la asustada mujer ocultar.

Chepillo, que ve de léjos lo que en el toldo está pasando, corre presuroso á cumplir con su deber, y para poder apartar al toro de la ventera, lo coje de la cola, lo hala fuertemente y le llama la atencion á otra parte.

Cuando la mujer saca, á instancias del muchacho, la cabeza de donde la ha metido y ve los estragos que el animal le ha hecho en su toldo, se pone á dar gritos de afliccion.

Chepillo al verla tan pálida y abatida le pregunta:

—Dígame, señora, ¿qué le ha acontecido á usted?:... La hirió por desgracia el toro?

—No me hirió, por dicha mia, le responde. Si estoy medio muerta es por la pérdida de mi tienda y por el terror que me han causado esas frotaciones con soplos que ese endiablado animal me ha dado del espinazo á los piés.

Chepillo le hace chacota del miedo que le ha metido el toro y despues procura consolarla por la pérdida de la tienda y tranquilizarla por las frotaciones de bestial invencion.

—No léjos del sitio del desastre va un indio cantando, tan borracho que no siente ni comprende que el furioso animal se le acerca por la espalda.

A esta sazon várias personas, deseando que se aleje del peligro, le gritan:

—A un lado hombre!.... A la barrera borracho!

El indio, sin atinar con el motivo porqué le manden que se haga á la barrera, se alza de hombros y continúa su camino.

De golpe el toro le acomete y lo arroja léjos del sitio. El beodo se levanta penosamente lleno de ira, creyendo que alguno de los que le gritaron que se hiciera á un lado, le ha dado un empellon, y dice:

—Qué bestia y su modo de apartar la gente!.... ¿Por qué el atrevido no me arrima á la barrera con moderacion?

Los que esto oyen sueltan fuertes risotadas.

La porrada del indio es la última que da el toro. Cansado de tanto correr se arrincona en un ángulo de la plaza y se pone á escarbar la tierra. Declarado cesante en su destino, lo enlazan más de veinticinco vaqueros; *arzonan* en opuestas direcciones; lo echan por tierra, lo arrastran y casi casi lo descuartizan.

Oh! dicen que esta es tierra de cristianos y así tratan los vaqueros á sus semejantes!....

En seguida le sueltan los rejos que lo envuelven, ligan y atan por todas partes, dejándole solamente dos, prendidos de los cuernos, con los cuales lo conducen *moribundo* al toril.

Hecho esto, los vaqueros se disponen á sacar á la plaza un nuevo toro.

Visto lo cual por nuestro héroe y el Armadillo se dirigen apresura-

damente al toril, armado cada uno de un palo largo y puntiagudo; se suben á la cerca y se sientan sobre el umbral de la puerta á fin de picar al toro cuando pase por ella, para tener el placer de verlo brincar y de oirlo bramar. Dispuestos estaban como lo hemos dicho, nuestros dos escuelantes, á la ejecucion de su proyecto, cuando al salir el cuadrúpedo, el Armadillo que meditaba de tiempo atras una venganza contra Chepillo por aquellas fechorias que este le habia hecho, lo empuja fuertemente hácia adelante, con lo cual el muchacho desciende con las piernas abiertas sobre el pescuezo del toro.

Chepillo al verse montado, es tal su asombro, que lanza un grito formidable. Furioso el animal al sentir un hombre sobre sí, parte á corcovear; pero nuestro héroe cobra ánimo y guarda el equilibro que es necesario para no caerse, lo cual le es fácil, ora porque los movimientos irregulares del toro no son impetuosos en el cuello, ora porque Chepillo sabe como todo pastor, tenerse en un toro.

Estridentes carcajadas resuenan en los ámbitos de la plaza. Un aplauso jeneral saluda al jinete!... Una ajitacion imposible de describir reina en la muchedumbre.... Todos los ojos están clavados en Chepillo y en el cuadrúpedo, y siguen todos los movimientos. La anciedad crece á medida que se prolonga la brincada.... De repente cesa la algazara y sucede el más profundo silencio. Es que el toro se ha cansado de corcovear y se queda inmóvil en un punto.

Apénas sale Chepillo del peligro, cuando se presenta un torero armado de una banderilla de fuego; ofrece al público un lance y se dispone á llamar al toro.

Al ver Chepillo al banderillero en actitud de torear, le grita enfurecido:

—No sea usted bárbaro! ¿Cómo quiere ponerle banderilla al toro estando yo montado en el pescuezo de él?

—Qué hay con eso? le dice el torero.

—Que qué hay?....No ve usted que puede pincharme una pierna?

—¿Y cree usted que por ello he de dejar de hacer mi lance y he de resignarme á perder lo que por él me paguen?

—Pero hombre del Diablo! ¿no ve usted que puede hacerme cojo?

—Pues amigo, desmontese en el acto si no quiere exponerse á un rasguño con la banderilla, porque en esto boy á hacer mi lance.

Y diciendo y haciendo se dirige al toro con una tela encarnada estendida en una varilla á guisa de bandera.

—Gua!.... le grita, ha torito matrero! ahora, ea!

Y le tiende la tela, tan pronto á su derecha, tan pronto á su izquierda.

El toro al fin le embiste y el torero le clava la banderilla en el cuello. Al punto el animal brinca y brama enfurecido; la mina prende, la pólvora comprimida estalla y Chepillo desciende á tierra.

Qué le ha acontecido al jinete?.... Sus temores se han realizado; el bárbaro banderillero le ha llevado de camino con el arpon, un giron de la cutiz de una pantorrilla, causandole un agudo dolor, aunque no un grave daño.

Chepillo se levanta medio cojo jurando vengarse del torero.

Cansado el toro al cabo de media hora, los vaqueros lo reducen al toril y sacan otro; pero no para correrlo sino para montarlo.

El banderillero es quien va á jinetear.

Chepillo discurre al instante el modo de vengarse del brutal toreador que intencionalmente lo hizo aporrear, y se prepara al efecto con una

navaja cortante. Con paciencia espera á que los vaqueros aten el toro en una columna de piedra que desde tiempo inmemorial hay en el centro de la plaza (donde el cura en la época de que venimos tratando, hacia amarrar y flajelar á los indios por quita allá estas pajas); á que el montador le ponga cincha; á que se quite la chaqueta, se ate la cabeza con un pañuelo, se ponga espuelas y suba en el toro. Una vez á ahorcajadas y al tiempo de quitarle al cuadrúpedo el rejo que lo sujeta á la columna, se acerca Chepillo y con la navaja que hemos mencionado, le corta de un sólo tajo la grupera. El toro parte dando brincos violentos y al tercero ó cuarto, por falta del rejo que Chepillo ha cortado, la cincha se resbala hácia el cuello del animal, y con esto, el jinete pierde el equilibrio y se va de cabeza al suelo.

Apénas cae el hombre, se le acerca Chepillo y dícele:

—Amigo, conforme las dan las toman: usted con su banderilla me hizo caer del toro y yo cortándole con esta navaja la grupera que sujetaba la cincha hácia atras, lo hice descender á tierrra como volador apagado ... Mal por mal, estamos en paz y como para compadres.

El aporreado se enfurece terriblemente y trata de acometer á Chepillo; pero el dolor del maltrato que ha sufrido, le impide perseguir al galopin, que huye haciéndole burla.

Con la montada acaba la tarde; con la tarde se acaban los toros y con los toros, la montada y la tarde se concluyen las fiestas.

Excelentes estuvieron estas segun el sentir de los que á ellas asistieron. Todos para ponderarlas decian; que habia habido un gran consumo de chicha y aguardiente; un número notable de ébrios; crecidas sumas de dinero en los garitos; tres muertos y siete heridos por los toros y otros tantos heridos y muertos en riñas, en las cuales se habia manejado el puñal y el garrote con admirable destreza.

Con estos progresos en la moral y en la industria ¿cómo no han de engrandecerse rápidamente los pueblos?

Siguiendo el camino que llevamos no hay porqué perder la esperanza de ser pronto dichosos y felices!....

Alguien dirá que esos tiempos en que se celebraban semejantes orgías y bacanales, hace ya 25 años que pasaron y que las costumbres se van con los tiempos remotos; pero nosotros decimos:

Que si los tiempos pasaron,
Las costumbres nos quedaron.

CAPITULO V.

Donde el lector seguirá conociendo la índole de Chepillo.

LA porrada que sufrió el maestro de escuela lo imposibilitó para ejercer sus funciones por veinte dias. Todo este tiempo necesitó el infeliz para curarse de las contusiones y lastimaduras de que hemos hablado. Restablecido volvió á sus tareas escolares.

Pasaron algunos meses y un lúnes por la mañana se presentó un hombre en la escuela, de parte de la *Junta curadora* del distrito, á anunciarle al preceptor que el sábado próximo á eso de medio dia iria dicha Junta asociada del Gobernador de la provincia á examinar á los alumnos á fin de averiguar el adelanto que ellos hubieran tenido en el último semestre.

Chepillo al oir tal recado les dijo á sus amigos predilectos:

—El dia del exámen hemos de darle un golpe al maestro, de modo que caiga como cayó el ciego López.

Luego que llegó el dia expresado, nuestro héroe fabricó dos docenas de cucuruchos, los llenó de arena y los repartió entre sus condiscípulos, advirtiéndoles que los arrojaran al techo del local á la primera indicacion que para ello les hiciera, y que estuvieran listos para gritar lo que él gritara y para hacer que él hiciera.

Media hora ántes de las doce, Chepillo mandó á un niño que se situara en la esquina de la calle por donde debia de pasar la Junta asociada del Gobernador (el cual habia llegado al pueblo desde el dia anterior) y que así como los viera que corriera avisarle.

Interin, nuestro héroe hizo lo siguiente: con el mayor disimulo midió en una cabuya la distancia que habia de la silla donde el maestro estaba sentado, á la puerta de la escuela; ató uno de sus cabos á una de las patas de la mesa y el otro lo preparó para amarrarlo á una de las puntas de la ruana del director, quien en ese instante estaba sumido en una distraccion profunda.

En esto entró jadeando el niño que estaba en observacion y le dijo á Chepillo en el oido, sin que el maestro se fijara en él:

—Aquí cerca viene la Junta.

Todo fué recibir Chepillo este aviso y atar el cabo de la cuerda que tenia en la mano, á una de las puntas de la ruana de Justo Pastor y retirarse á un rincon oscuro. Situado en la sombra, lanzó al techo un cucurucho de arena y gritó fingiendo sorpresa y espanto:

—Temblor!.... temblor!....

El grito se repitió en todos los ámbitos de la escuela, y tambien la lluvia de tierra emanada de los cucuruchos arrojados al techo por muchos escuelantes. El maestro (que como se ha dicho estaba sumamente distraido,) se sorprendió con los gritos que le herian los oidos y con la arena que le llovia en la cabeza y partió á correr temeroso de que la casa se le cayera encima. Su carrera fué libre y franca hasta la puerta, que era hasta donde alcanzaba la cuerda, y al llegar á tal punto, la resistencia de la cabuya lo hizo caer de espaldas bruscamente. El infeliz procuró pararse, pero no pudo, porque Chepillo y los demas escuelantes se lanzaron sobre él y empezaron á salir en tropel oprimiéndolo con los piés desde el primero hasta el último.

Caido estaba el maestro y con dos costillas quebradas cuando la Junta curadora y el Gobernador entraron. En ese instante los muchachos, gritaban como locos y huian á bandadas por todas partes.

—¿Qué hay?.... ¿qué le ha acontecido á usted? le preguntó el Gobernador al molido director.

—Qué ha de ser, señor, le respondió tristemente Ruiz, tratando envano de levantarse, qué ha de ser, sino que asustado con el temblor corrí el primero; me caí aquí, no sé cómo, y los escuelantes, sin curarse de que yo estaba de largo á largo sobre el quicio de la puerta, echaron á salir como locos sin dejarme levantar; y como todos han pasado por encima de mí, me han estropeado tanto, que no puedo pararme.

—De qué temblor habla usted? le preguntó el Gobernador dándole la mano para que se levantara.

—Del que hubo ahora. ¿No lo sintió *usia*?.... Ay! Dios mio! no puedo estar en pié.... Jesus! qué dolores tan agudos!.... Permítame *usia* que me tienda en el suelo.

—Bueno, tiéndase usted y escuche, le dijo el Gobernador al ver la cuerda que sujetaba á Justo Pastor de la pata de la mesa: los escuelantes se han burlado de usted; vea, esta cabuya ha ocasionado su caida, y los muchachos que se la amarraron son los que le han hecho creer que estaba temblando.... Usted no puede continuar en el destino porque le falta nervio y energía para hacerse respetar de sus discípulos.

El maestro guardó silencio. Estaba persuadido de que los escuelantes le habian hecho una burla pesada.

—Hoy mismo voy á remover á usted del empleo, añadió el Gobernador.

—Señor! con que sobre cuernos penitencia?

—La *removecion es cajonera*, dijo el Presidente de la Junta, pues el señor *mestro* será muy leido y entendido; pero es un jubilado que no está en lo que está.

—Removerme sin causa legal? eso no es justo, dijo Ruiz.

—Dentro de una hora, le respondió el Gobernador, tendrá en sus manos la nota de remocion y en ella verá usted los motivos.

Con esto el jefe de la provincia y la Junta se despidieron del maestro y salieron de la escuela sin hacer el exámen anunciado, porque, como se ha visto, los escuelantes no se esperaron á él.

El maestro aflijido por la remocion del destino y por la ruptura de las costillas que lo hacia dar al Diablo, exclamó:

—Está visto que hay hombres que nacen con estrella y hombres que nacen estrellados. Yo soi de los últimos; paciencia y barajar.

Destituido el director del empleo, la escuela se cerró, y como Chepillo habia cumplido ya diez y siete años, Don Lorenzo lo llevó á La Compañía y lo destinó de una manera permanente á la vida pastoril; pero la tal vida no fué larga, pues cansado al año con la sujecion en que lo tenia su abuelo, rompió el yugo que él tenia como opresor y se retiró de la casa. Separado del hogar donde habia nacido, fué á establecerse á la cabecera del distrito, y allí se entregó á una vida licenciosa digna de la mayor censura. Sentado al frente de dos botellas y un vaso pasaba aletargado las mañanas; clavado de codos en la mesa de un garito veia abanzar la tarde sin inquietarse y reclinado muellemente á los piés de una querida sentia correr con delicia las horas de la noche.

El pobre abuelo afligido con la pérdida de su nieto se culpaba á sí mismo y lloraba amargamente las debilidades y condescendencias que habia tenido con él, como la Magdalena del Calvario lloró sus culpas y pecados. Deseoso Don Lorenzo de poner término al libertinaje de Chepillo empleó la fuerza para reprimirlo y enmendarlo; pero pronto tuvo qué convencerse que era impotente para refrenar y corregir aquella alma endurecida ya en la maldad. Persuadido de que el medio adoptado no le habia dado el resultado que él se habia prometido, buscó el apoyo de la ley y tampoco alcanzó nada, porque el Juez *sin razon* le negó el derecho que reclamaba. Desesperado Don Lorenzo consultó su desgracia con un amigo suyo y éste tuvo el tino de aconsèjarle un procedimiento excelente:

—Emplee usted la persuacion, le dijo, procure convencer á su nieto de que obra mal yendo por el camino del vicio; haga usted calar en la cabeza del mozo esta idea: – que no es usted sino él, quien pierde su honra, su crédito, su salud y su fortuna si alguna tiene.

El anciano consolado corrió con esta receta donde estaba el enfermo y sin dilacion le aplicó la medicina moral como el médico se lo habia aconsejado.

—¡Oh esto es un milagro de Dios! exclamó el viejo lleno de asombro al ver á Chepillo apartarse súbitamente del sendero del vicio y volver cual *hijo pródigo* á la vida tranquila y honrada que él le ofrecia.

Esta metamórfosis del mal al bien se verificó en el mozo á principios del año de 1847. Pero, ¿siguió Chepillo con paso firme por el camino de la virtud? No. Y he aquí lo que ha dado orígen y suministrado material á la presente historia.

CAPITULO VI.

Una flor de calabaza en pago de un, yo te adoro.

ERA Chepillo de buena estatura, es decir: alto, recto, censeño. Su fisonomía era simpática como lo son todas las que tienen ojos negros y brillantes; frente espaciosa y coronada de rizos; nariz deprimida del centro y levantada de la parte inferior; boca risueña, grande y bien matizada de blanco y encarnado, y tez de aquel color de perla que viene del cruzamiento de la raza caucácea con la indígena ó muisca. Chepillo poseia aquellas cuatro cosas que constituyen la belleza de un hombre, á saber: boca bien armada; ojos alegres; frente espaciosa y cabellos finos y rizados. El mozo sabia que tenia una cara bien hecha, no porque se la hubiera visto en un espejo, sino porque su abuelo no habia podido ocultarle que era de una fisonomía agradable.

Sabedor Chepillo de su hermosura confió en ella para vencer la altanería de una linda pastora que moraba cerca de La Compañía. Lucía, que así se llamaba la zagala, solia salir á mañana y tarde léjos de su casa á cuidar el rebaño de su padre que pacia, ya en la montaña de la Carbonera, ya en las vegas del rio Tominé, y el mozo que gustaba tanto de estar con ella, se encaminaba hácia los prados y dehesas que la pastora frecuentaba, y no bien la avistaba corria á saludarla, se le ponia á su lado; le hablaba del amor que le tenia; le regalaba flores que cogia en su presencia y le hacia las más claras demostraciones de estimacion y cariño.

Lucía era altiva y desdeñosa con los pastores comarcanos, tanto por su belleza arrebadora como por sus relevantes prendas morales. Ella se creia la reina de las zagalas por su hermosura, y en consecuencia no le concedia á ningun pastor el derecho de obtener su mano. Preteneiosa como todas las bonitas, aspiraba á un matrimonio ventajoso y por ello amaba á un jóven comerciante de chucherías á quien habia jurado una eterna fidelidad. En la época á que nos referimos, el afortunado jóven estaba ausente y Chepillo aprovechando esta circunstancia procuró en vano hacerse amar de la zagala y que ésta desechara y que aun aborreciera á su amante.

Como Lucía era fiel en su amor, por una parte y como por otra tenia mal concepto de la conducta de Chepillo, éste no alcanzaba jamas ninguna esperanza de ser amado; pero no por eso desistia ni desmayaba de su intento. Fijo en la idea que lo dominaba, no sólo buscaba á la zagala en los prados y dehesas donde ésta cuidaba el ganado de la estancia, sino en la casa donde ella moraba, la cual está ubicada en tierras de la misma hacienda de La Compañía y distante de la de teja, donde el mozo vivia, como una media legua.

Permitidnos, caro lector, suspender aquí nuestra narracion, y abrir

un pequeño paréntesis para daros á conocer la casa de Lucía y la de Chepillo, pues escribiendo esta historia habremos de referir varios sucesos acaecidos, ya en la morada de la pastora, ya en la de nuestro héroe y bueno es que conozcais el teatro donde pasaron.

Dichas dos casas aunque es la una de ladrillo y teja y la otra de bahareque y paja se asimilan tanto en su construccion que puede asegurarse que el albañil que edificó la última, imitó en la forma á la que ya estaba hecha. Descrita pues, una de estas habitaciones, se tendrá una idea completa de entrámbas.

La morada de Lucía está edificada sobre un morro tan igual por todos sus lados, que parece artificial. Compónese la casa de tres tramos, los cuales forman dos ángulos rectos unidos por una de sus líneas. Esta figura demarca un patio descubierto al occidente con anchos corredores de bajos techos sostenidos en columnas negras y carcomidas por el tiempo.

Nada más sencillo que el interior de esta pobre morada segun lo demostraban los groceros adornos y el humilde ajuar de una sala situada en el tramo que mira al occidente. Esta sala tiene un aposento a la derecha cuya puerta de cedro alta y angosta, la cubria en el tiempo á que vamos refiriéndonos, una cortina de zaraza blanca sembrada de flores encarnadas. Sobre el dintel de esta puerta habia adherida una tabla horizontal con puntas en toda su longitud, á manera de encaje, formadas de la misma madera. La tabla estaba asegurada en sus estremidades á sendas estacas capaces de resistir el peso de una pequeña estátua de San Antonio de Pádua; de un cajon del nacimiento hecho á golpe de hacha y lleno de zarandajas; de una pandereta sin coscojas, una vihuela y un tamboril; de media docena de botellas; nueve platos de barro tosco y dos copitas de cristal remendadas con lacre, y una de ellas apoyada en un pió de lata.

En la pared fronteriza á la puerta de la sala se veian extendidas cuatro gacetas de Colombia y sobre ellas una cruz grande formada de cartas de naipe; á un lado de ésta habia tres láminas de papel bitela cubiertas de telarañas, donde se entreveian sendas pinturas, tales como un elefante con un hombre montado en la trompa; dos gallos peleando, negro el uno y amarillo el otro, y un fraile dominico acariciando á una beata. Al otro lado de la cruz habia un cuadro de marco encarnado tan empolvado y negro, que el exámen más detenido no habria suministrado al mejor observador idea alguna de la imágen que el pintor hizo en él.

Su pobre ajuar se reducia á una silla de brazos del tiempo del virey Villalonga, con respaldo de bitela antigua adornada de varios gravados en bajo relieve; á una mesa ahumada y carcomida, con tres patas fijas y una vacilante; á una caja sin goznes ni chapa y á dos cojines de piel de cabra pelados por el uso. Tal era el amoblado de la sala, donde ademas habia en uno de sus ángulos unas erramientas de labor, apoyadas contra la pared, y en otro, dos yugos con sus coyundas envueltas en espiral que semejaban otras tantas serpientes descendiendo en hélice.

En esa alcoba que hemos mencionado y que queda contiguo á la sala que acabamos de describir, dormian, Lucía, sus papás y una perrita sarnosa. En uno de los ángulos se quedaba la pastora y en los tres restantes su padre, su madre y la perrilla expresada.

El 25 de Junio de 1847 se levantó la zagala de su lecho á los primeros resplandores del alba; salió de la casa; soltó una hermosa vaca negra que estaba atada á un árbol y la puso á pacer en una florida pra-

dera. Hecho lo cual se dirigió á la cocina, enjuagó toda la loza; encendió lumbre y colocó sobre el fogon la olla en que solia hacer el almuerzo.

Concluidas estas faenas se puso á barrer los corredores y el patio, cantando á media voz unas coplas populares. Un gallo de plumaje encendido como la llama que se desprende de la hoguera y de cresta encarnada como la flor del granado, cantaba con arrogancia en una era inmediata, á la vez que escarbaba la paja para ofrecer á la gallina favorita el grano que se ha escapado al ojo del trillador.

—Qué me falta hacer? Dios mio!.... qué me falta? dijo alegremente la zagala cuando concluyó el oficio que habia emprendido, con una satisfaccion tan grande, que se leia en su semblante el dulce gozo que esperimentaba su corazon por haber aliviado, en parte, á su querida madre de los quehaceres de la casa.

—Ah!.... exclamó en seguida, en verdad que no he ordeñado la vaca.

Esto dicho, se dirigió á un arbustillo en donde estaba atado un ternero, lo soltó y siguió tras de él, con una vasija en una mano y una zoga en la otra. El animal no bien se vió libre, partió con la cabeza erguida y la cola levantada dando bramidos y brincos. Cuando llegó donde estaba la madre, dió una ó dos vueltas en contorno de ella y se puso á mamar. Lucía se les acercó y con la zoga que llevaba, ató las patas traseras de la vaca. Acurrucóse luego, dió un golpe con el reves de la mano en el hocico del ternero, y no bien este se retiró, la pastora limpió la ubre con la cerda que cubria la punta de la cola de la hembra.

Hecho lo cual, empezó á ordeñar.

Sonaba la espumosa leche en el fondo de la vasija al impulso prolongado de las manos de la moza, cuando se dejó oir á poca distancia una voz que decia:

—Así me gusta, Lucía, que apénas eche Dios la luz al mundo y ya tú estés dale que dale.... Eres una perla fina, un grano de oro, negra encantadora.... Ay! quien pudiera decir: esta guapa muchacha es mi otra mitad, es mi querida costilla!.... Si Dios quiere yo lo diré algun dia!

Lucía, sin dejar, de ordeñar, volvió la cara y fijó su penetrante mirada hácia el lugar de donde salia la voz y replicó:

—Eso te quisieras, alma de cántaro; ¿habria yo de tener el mal gusto de casarme contigo?.... Ni aunque fueran tantas mis ganas y se hubieran escaseado mucho los hombres. Todo el mundo diria que estaba loca... jah!... jah!... yo no me caso con nadie. No le tengo ni tantica aficion al matrimonio.

—Como! dijo Chepillo, que no era otro el que hablaba, ¿piensas quedarte para tia?... Ah! tú no sabes lo que es eso. Escucha, prenda mia: cuando la mujer llega á las 27 navidades y no ha encontrado con quien casarse se pone de un homor de todos los diablos; vive riñendo con todo el mundo y haciendo una cara de Lucifer que los hombres no pueden vérsela sin reirse y los perros sin aullar.

—Todo eso será; pero es mejor vivir una soltera que mal acompañada, y ademas no tengo prisa de casarme, pues á Dios gracias, acabo de abrir los ojos al mundo.

—No digo que no, pero si tú encontraras un buen muchacho, te casaras?

—Los buenos muchachos están en vara de castilla.

—Y Jorge Gavilan!.... es acaso un mal partido?... Briboncilla, te haces la desentendida.



La pastora se enrojeció como la grana.

—Tan chinche! exclamó mirando de soslayo á Chepillo con fingido enojo.

—A propósito, dijo el mozo, voy á referirte una cosa; pero si me prometes que no te enfadas.

Chepillo expresó estas palabras y cargó el codo, como para descansar, en el cuadril de la vaca. Esta que no estaba acostumbrada á semejantes confianzas, no bien sintió sobre sí el brazo del mozo, se encogió asustada y dió un terrible corcovo. Lucía ajena de que el animal fuera á brincar, estaba desprevenida y por ello exhaló un grito de terror y cayó de espaldas en el mismo sitio donde estaba ordeñando.

La leche saltó del cántaro, se extendió en el aire como un velo de gaza y al descender, desapareció entre los pliegues de la ropa de Lucía.

—Iss!.... dijo esta levantándose penosamente del suelo y sacudiéndose las arandelas de la camisa con el índice y el pulgar; tan bruto!.... que hace brincar la vaca para que se me derrame la leche y se me rompa la vasija!.... Maldito seas! como me hiciste empapar el seno; iss!....

—Mejor, Lucía, ese rocío te aplacará un poco la calentura que ha debido producirte el endiablado amor que le profesas á *Come pollos*, ó á *Gavilan* que es lo mismo.

—Calla! escarabajo de los demonios.... Estoy aborreciéndote tanto por tus chanzas.....

—Escarabajo yo? yo tan bonito y bien plantado?

Dijo, se caló el sombrero al desgaire, se cuadró como un soldado y añadió:

—Míra que linda figura, parezco un general, he!

—Un animal es lo que pareces.

Chepillo se quedó un momento callado y luego soltó una estrepitosa carcajada que resonó como un carromato arrastrado por un empedrado.

—De qué te ries? pedazo de alcornoque, le dijo la pastora no poco enfadado.

Me rio de acordarme que tú por atender á que no se te derramara la leche, te dejaste ver las pantorrillas.

—Mira, le dijo la zagala; é infló el carrillo del lado derecho y descargó con la mano cerrada un golpe sobre él, que sonó cual vejiga llena de aire que se revienta comprimiéndola.

—Mi palabra, le dijo Chepillo, te he visto una *trola* de pierna tan blanca, tan redonda, tan tentadora, que al momento sentí que me saltaba una cosa por aquí....

Y el jóven se puso una mano sobre el corazon.

—Ay! tan gracioso! esclamó Lucía adelgazando la voz y moviendo la cabeza cual flor sacudida por el céfiro.

—Caramba! esa endiablada pierna es capaz de hacer perder el juicio al más santo y bendito.

—Calla hereje!.... el perillan no respeta ni á los santos. Cuando se desjareta, mandinga que le contenga la lengua.

—Voto á sánes! iba á contarte una historia, pero con los brincos de la vaca, el derramamiento de la leche y la presentacion de la pantorrilla se me escurrió del magin.

—Algun enredo, cuando ménos; eres tan poquito ardidoso!

—No á fe mia, iba á contarte un cuento tan gracioso como verdadero.

—Echalo, pues, que ya lo escucho.

—Al punto, dijo el mozo, y sacó del bolsillo un papel ajado que desdobló y presentó á la pastora.

—Lee esta carta, añadió.

—Phis! quien te ha dicho que yo se leer?

—En verdad que eres un jumento, en cuanto á el alma se entiende, porque en el cuerpo te pareces á una sirenita del mar.

—Mejor para tí que eres leido y escribido.

—Ya se vé que sí, y en prueba de ello voy á leerte el papel.

Y aun que no era muy ducho en el arte, se puso á leer la carta, no sin titubear como un sacristan en el libro de las viacrucis.

" Señor Luis Acosta, empezó.

" Ambalema, 12 de Junio de 1847.

" Muy señor mio de todo mi aprecio.

" Quiera Dios que al recibo de esta carta se halle usted gozando de perfecta salud en union de mi *sia* Mariquita, de la niña Fulgencia, de la Tomineja y *el Golondrino* como mi fino amor lo desea. La presente carta se reduce á hacerle un ruego que no dudo me lo oirá y hará lo que le pido. Le viviré eternamente agradecido si me hace el favor de pasar á la casa de Lucía Pisca hija de Don Pio Pisco y de mi sia Juana Menegala Pata-gorda, y decirle de mi parte; que me ha sobrevenido un impedimento muy grande que me estorba cumplir la palabra de casamiento que le tengo prometida. Dígamele tambien, que no se le dé nada por esto, que el hombre propone y Dios dispone; que aunque es verdad que me comprometí á casarme con ella, Nuestro Señor Jesucristo me ha borrado del corazon el amor que la tenia y me ha puesto en él pasion por otra mujer, sin que yo haya tenido arte ni parte en ello. Que no me olvide, que si el cielo tiene dispuesto que al fin y al cabo sea yo esposo de ella, que él hará que enviude pronto de la mujer con quien ahora voy á casarme, y que en tal caso que se haga la voluntad de Dios.

" Saludes á la familia, mil besamanos á mi sia Mariquita, á la niña Fulgencia y á los que pregunten por mí.

" Tu afectísimo amigo y servidor, JORGE GAVILAN."

Lucía se quedó como petrificada al oir la lectura de esta carta, cual si hubiera oido sonar el clarin del Juicio final.

Chepillo meditó un momento en la firma y dijo:

—¿De Gavilan y Pisca qué pajarraco habria salido? Válgame San Juan Crisóstimo!

Lucía lo cubrió con una mirada llena de indignacion sin desplegar sus labios.

—Esta carta, expresó en seguida el mozo, me la dió mi tio Luis y me dijo que con disimulo te la enjaretara, que él no queria meterse en camisa de once varas.

Lucía se rascó la cabeza con aire desesperado, y no dijo una palabra.

—¿Qué dices de la constancia de tu muy querido negro? le preguntó Chepillo con chocarrería.

—¡Ay Vírgen santa! si esa carta es de Jorge, el hombre es un infame.

—Lo dudas?

—Hay que darle cuarentena; Jorge es la constancia misma, es la misma fidelidad y tú eres un tuno.

—Gracias por el buen concepto en que me tienes.

—No; es imposible!.... ¡Ay Dios mio! ... Si Jorge se burla de mí, soy capaz de hacer ... yo no sé qué cosa....

Dijo, y apretó los dientes haciéndolos crujir.

—No te aflijas, Lucía, es verdad que ya no cuentas con Jorge; pero en cambio tienes al bizarro Chepillo, que vale por dos Gavilanes ... Tú ganas en el negocio, querida mia.

—Ay! ni hecha pedazos, de sólo pensarlo se me erizan los cabellos.

—Vamos, le dijo, el mozo á la zagala golpeándole el hombro con la mano abierta, hablemos con seriedad, ¿por qué no te casas conmigo?

—Porque no quiero; porque no se me antoja; porque no se me dá la gana, respondió Lucía gesticulando y cargando el acento en la última palabra de cada oracion.

—Puá, tú, tú; ¿pero por qué no te dá la gana?

—Porque no te quiero.... porque no me convienes para esposo.

—¿Y por qué no me quieres?

—Porque no.

—Oh!... vaya una razon más peregrina.

—Voy á decirte el por qué ó los porqués.

—Hablando nos entendemos.

—Primero, porque eres muy burlon... muy hablador, dijo haciendo la cuenta en los dedos.

—Oh!... cuando me case seré el hombre más serio del mundo; te aseguro que á los quince dias de ser tuyo ando con el sombrero metido hasta las orejas, y blanqueando los ojos al cielo como si contara las estrellas. Lucía, no lo dudes, el hombre que se casa se convierte en un jumento.

—Qué ocurrencia! y con conocimiento de ello tú te empeñas en jumentizarte?

—Eso no depende de mi voluntad, sino de la condicion humana; el hombre está condenado á tener mujer, como el burro á llevar la carga.

—Segundo, dijo la pastora, continuando la cuenta en los dedos; porque eres muy enamorado.

—Estamos bien! ¿quién diablos entiende á las mujeres? unas veces se quejan de que el hombre no sabe amar, y otras de que es enamorado.

— Yo no me quejaria de mi marido sino en el caso de que no me quisiera á mí, ó de que amara á otra mujer.

—Vive Dios que el que se case contigo, no podrá amar á otra.... porque ¿quién no se enamora de por vida de esos ojos tan parleros, de esa frente de cielo, de esa boquita de pionía, que sin hablar está diciendo vén y....?

Esto dijo, alargó los labios y produjo con ellos un ruido semejante á un beso dado con efusion.

—Mira Chepillo... que...

Dijo Lucía y alzó el brazo en ademan de cascarle.

—Bien, dices que no me quieres porque soy enamorado, y ¿por qué más?

—Tercero, porque eres tahur y holgazan, expresó la zagala siempre contando en los dedos.

—Verdad es que soy un poco inclinado á *menear el hueso*, lo mismo que á la vida *marranal*, pero ello depende de que no tengo obligaciones; más, en cuanto sea casado, no volveré á jugar aunque me invite el Arzobispo, y trabajaré como un pollino, de seis á seis para tenerte como á una reina.

—Cuarto, dijo Lucía poniéndo el índice de la mano derecha sobre el índice de la mano izquierda, porque eres *pobre*.



—Hola!.... hola!.... ¿con que le tienes más aficcion al oro que á mi persona?.... carran-tam-plan!....

—Qué quieres? el que no sabe trabajar, fuerza es que tenga un capital. "El que se casa, quiere casa y costal para la plaza."

A esto dijo Chepillo con acento cómico:

—Y el que tiene dinero?....

—No tiene péro, añadió Lucía con viveza.

Chepillo exhaló un largo suspiro y exclamó:

—"Poderoso caballero
"Es don Dinero!'

Despues de un momento de silencio como si resolviera un problema en su imaginacion, dijo:

—Te juro que haré cuanto yo pueda POR SER RICO, Y LO SERÉ.

Lucía se quedó meditabunda.

Chepillo interpretando en su favor el silencio de la moza, dijo:

—Con que.... estamos arreglados, ¿no es esto? Venga un abrazo en señal de matrimonio.... he!

Y se lanzó sobre Lucía, como el tiburon sobre la presa.

—Zape Diablo!.... exclamó la pastora con aspaviento, retrocediendo dos pasos y metiéndole las manos por el pecho.

—Lucía!.... Lucía!.... no me dejas que te abrace?.... ¡Oh buena lámina! con que no me das la más pequeña prueba de amor! ¿á mí, que se me pasan las noches de claro en claro pensando en tí.... Eres una ingrata, una fiera, una serpiente.

Dijo, y se cubrió la cara con las manos fingiendo que lloraba.

—A otro perro con ese hueso, Chepillo; el que no te conoce que te compre, como dice el refran.

—Adios mujer descorazonada! le dijo el mozo entre sollozos, tapándose la cara con una mano y tendiéndole la otra.

—Adios, respondió Lucía, dejando caer su mano entre la que le tendia el mozo.

—Ah por vida de.... Lucifer, gritó la infeliz, oh! no bárbaro! que me rompes la mano.... no, no, demonio, no me aprietes, míra que me tronchas los dedos.

—Tan quejumbrosa! Pone los gritos en el cielo porque le hacen un cariño, dijo Chepillo, como si hablara consigo mismo.

—Ve al infierno con tu afecto, le dijo la zagala, desprendiendo con la mano izquierda los dedos de la mano derecha adheridos unos á otros.

—Carambola! te apreté un poquito para que te acuerdes de mí.

—Sí? mira, dijo Lucía, y se golpeó con la mano cerrada un carrillo que habia inflado de aire.

—No, Lucía, la cosa es seria; piensa mucho en mí y en mi propuesta; mira que es un buen partido para tí.... ¿Qué más quieres que casarte con un mozo lindo y bien *nacido?*

—No me hables de eso por la Vírgen; no me mortifiques; no me aburras más; una vez por todas te digo; ó me caso con Jorge ó muero soltera.

—Te quedarás para vestir santos!.... un hombre no puede casarse con dos mujeres; Jorge á la hora esta debe de estar preparándose para unirse á su *calefacia.*

Lucía al oir semejante pronóstico no pudo reprimir un suspiro que se desprendió del fondo de su alma, y que salió quemándole los labios,

como esos globos de fuego que se levantan del corazon de los volcanes y pasan bramando por el cráter, nó sin dejar una huella inflamada y negra. A la infeliz pastora se le oprimia el corazon siempre que oia hablar á Chepillo del matrimonio de Jorge con otra mujer. El mozo comprendiendo que sus palabras habian hecho en Lucía una dolorosa impresion y queriendo dejarla oprimida con aquel pensamiento, resolvió separarse.

Así, al ver escrito sobre la frente de Lucía el dolor que ella sentia en el alma, se caló de lado el sombrero como lo tenia de costumbre, y dijo:

—Adios, prenda del alma, no te aflijas ni olvides á quien de veras te adora....

Dicho esto tomó el camino de su casa, cantando el siguiente verso:

"Ofrécele, que ofrecer
Vale más que un yo te adoro
Que si no se rinde al *oro*
Es mentira, no es mujer."
....
"Es mentira no es mujer...."

Lucía oia el canto de Chepillo como el dormido oye el de una serenata; en su oido resonaba la voz, pero no la palabra; su abatimiento no le permitia escuchar.

Miéntras que el mozo cantaba, ella exclamaba en el colmo de su dolor:

—Ay de mí!.... ¿Será tan pérfido Jorge que se burle de la mujer que tanto lo ama?.... Pero no, ¿á qué fin arreglar conmigo y con mis padres el matrimonio si no tenia intencion de cumplir su palabra?.... ¿Por qué habia de tratarme como á una enemiga, cuando sabe que yo lo quiero á él como á las niñas de mis ojos?

Al cabo de un rato de silencio exclamó:

—Pero qué le importa á él ningun comprometimiento?.... ¿No se gozan los hombres con darles chascos á las mujeres?.... Si Jorge se casa con otra y no conmigo, yo tengo la culpa de la burla que me haga, por tonta, por crédula, por simple.... Pero, cómo podia dudar? se me metió con una labia tal, que todo él era una mielecita.

Despues reflexionando sobre la gravedad del acontecimiento, se quedó largo rato como estasiada; parecia que su pensamiento se habia detenido dentro de su cerebro, como un torrente que se estanca de improviso delante de un dique. De repente dejó asomar á sus labios una sonrisa y dijo:

—Voto va! no soy una estúpida? Vaya! creerle á Chepillo!.... No es él un truhan que se divierte con todo el mundo? No, Jorge no me ha olvidado, él me ama aún.... Tiene tan buen corazon!....

Esto dicho, sintió que su alma se aliviaba de un gran dolor; la pena que la torturaba se desvaneció con la fuerza de aquel razonamiento, como se desvanecen las tinieblas al despuntar la aurora; como se discipa la niebla al recibir los rayos tibios del sol.

—Oh exclamó en breve, pero la carta! la maldita carta!.... Chepillo no ha podido escribirla porque él segun me parece no sabe mucho de letras.... Qué Diablo! lo mejor es esperar; Jorge debe llegar dentro de cinco ó seis dias y entónces me desengañaré.

Dijo y soltó las patas de la vaca, recogió los fragmentos de la vasija y se dirigió tranquila á su habitacion.

Al verla un criado de la casa que á la sazon estaba en el patio, exclamó lleno de asombro.

—Valgame el cielo!.... qué ha sido eso, *niña* Lucía? ¿cómo se le quebró la vasija?.... Qué dirá ahora mi *señora* Juana?

La zagala de interrogada se convirtió en interrogadora.

—Por dónde andabas? vagamundo, le dijo.

—Bah! pues por los piés; por dónde queria su merced que anduviera?

—Bien sé que no podias andar por la cabeza, imbécil, qué imbécil eres más bien que socarron.

—Si sabia que no podia caminar por la *motola*, vive Dios! que no adivino el fin de la pregunta.

—He querido averiguarte la suerte que haz corrido en toda la mañana.

—Yo? ninguna. Puede su merced preguntarle al indio Mila que es el único que tiene su *suerte de tierra* aquí cerca y se convencerá de que no he corrido hoy en ella.

—Oh! oh!.... que hombre tan mula.

—El Diablo me lleve si tengo una pisca de hembra.

—Quieres callar?

—Si he de decir la verdad no tengo muchas ganas.

—Chiton! chiton! no me hables que me quiebras la cabeza.

—Eso sí no me cuela; sólo que las palabras se volvieran piedras al salir de mi boca.

—Aguárdame un instante; yo te enseñaré á que me repliques.

Dicho esto la pastora se armó de un pesado madero.

Liberato Chirlobirlo, que así se llamaba el criado, apénas vió la tempestad que se preparaba sobre su cabeza, echó á correr.

La zagala lo siguió buen trecho y reflexionando que no podria alcanzarlo, se volvió al patio y se entró en la cocina, jurando por la madre que la habia parido, que daria una buena zurra al insolente, en términos de no dejarle hueso en su lugar.

CAPITULO VII.

Tres corazones que palpitan, dos de amor y uno de celos.

CINCO dias despues de los sucesos que hemos contado tuvieron lugar otros, que vamos á referir.

Era una mañana luminosa y alegre. El sol; esa lámpara radiante que colocó Dios en el cielo con la eficacia de su palabra, empezaba á teñir de dorados tintes las cúspides de las más altas montañas; y los pajarillos, esos músicos de vistosos plumajes con que pobló el espacio, cantaban revoloteando sobre unos árboles que se alzan en el patio de la casa de Lucía. Las mariposas de bellos y matizados colores volaban en la pradera adyacente, de flor en flor, y estas impulsadas por la brisa se agitaban sobre sus tallos cual si bailaran al son de los armoniosos conciertos de las aves.

Sentada Lucía á esa hora esplendente y alegre en un cojin de piel de cabra, al pié de uno de esos árboles, parecia gozar con el dulce gorgeo

de las aves, con el vuelo de las mariposas y con el movimiento de las flores, y aún con su ocupacion y sus plácidos recuerdos, puesto que arneaba con mucha soltura y brio un poco de trigo y cantaba en voz baja unos versos que le habia enseñado su amante pocos dias ántes de emprender su viaje.

Chepillo que seguia á la pastora, como la sombra sigue al cuerpo, le espiaba los movimientos alzando la cabeza por encima de unas floridas plantas de maiz que habia fronterizas al patio, y volvia á ocultarla cual cazador que dispone su arma para asegurar el tiro.

—Voy á darle una sorpresa á Lucía, se dijo.

Y con el cuerpo encorbado hácia la tierra se fué por entre la espesa sementera en direccion de una cerca de espinos y madre-selva que separaba el patio, del terreno labrantio. Cuando hubo llegado al sitio deseado, se agazapó entre la yerba y desde allí, de momento en momento se enderezaba, erguia la cabeza, atisbaba á Lucía y arrojaba una piedrecita hácia el punto donde ella estaba sentada.

Ya fuera que la zagala estuviese empapada en lo que cantaba, ó distraida con lo que hacia, veia ú oia, ó bien que Chepillo le dirigiera mal las piedrecillas, el hecho es, que la pastora no se apercibió del retozo del zagal, puesto que no ejecutó ningun movimiento que lo indicara.

Hacia rato que Lucía era el blanco de los tiros de Chepillo, cuando de súbito ella prorrumpió con un grito de alegría.

—Qué veo!.... Es él.... él es, exclamó; y ligera como un pájaro se levantó de su asiento y corrió.

Chepillo dió tambien un ligero grito, porque la voz de la pastora acaba de despertar en su alma las más dulces emociones. Él creia que su amada lo habia visto y que el grito que habia lanzado era efecto de la sorpresa y de la pasion juntamente, y así, sin esperar otra prueba alzó la frente con energía por encima del cercado y, vió.... ay! vió.... que la pastora abrazaba con amor á un hombre!....

El primer movimiento de nuestro héroe, fué el de llevar maquinalmente la mano al mango de un cuchillo que tenia atado á la cintura. Hizo esto, y un pensamiento criminal pasó por su mente, un relámpago de rabia brilló en sus ojos y se dispuso á saltar la cerca para atravesar con su afilado acero al afortunado mancebo que poseia el corazon de Lucía sin temer á ningun rival. Mordiéndose los labios apoyó la mano en la cima de la cerca para salvarla, pero en ese instante un sentimiento benévolo lo detuvo.

—No, dijo, volviendo atras no quiero asesinarlo, le tengo horror á la sangre que se derrama contra la ley de Dios!....

Así como pronunció estas palabras volvió á echarse entre la yerba.

—Ay! Jorge, cuanto he sufrido por tu ausencia! le dijo Lucía con voz agitada y temblorosa que denunciaba el tropel de olas de sangre que le subian del corazon á la cabeza.

—Querida mia!.... balbuceó el mozo sintiendo que la mano de Cupido le comprimia la garganta.

—Con que me habias olvidado!.... le dijo la pastora desabrazándose de su amante.

—Yo olvidarte?.. .Lucía, tú no sabes cuanto te amo; desesperado he vivido léjos de tí.... Ay! cómo se me calentaba la cabeza de noche á fuerza de pensarte?.... Jesus! qué angustia no poder domir! empezaba á dar vueltas en la hamaca y entónces se apoderaba de mí un calor que me devoraba ... Horror! y en esa tierra de Ambalema que quema como el mismo infierno.

—Mamola! si alguna vez te acordaste de mí por cierto que no fué para suspirar por mi ausencia sino para reirte á mis costillas.

—Qué estás diciendo?

Chepillo se frotó las manos en su escondite y dijo:

—La cosa va á las mil maravillas.

—Sí, y la querida de Ambalema?.... la *Papayuda* de que te haz enamorado? le dijo Lucía.

—Quién.... yo?.... vive Dios que no te entiendo, respondió Jorge.

—Cómo! se te ha arrepentido la novia, y crees que la carta no ha llegado?

—La carta?.... de qué carta me hablas? mira que vas á ponerme loco.

—Por la Vírgen! no le escribiste una carta á Don Luis Acosta? piensas que....

—Me lleven once mil diablos si sé de que carta tratas?

—Si, hácete el desentendido.

—Lucía, haz perdido el juicio!

—No, por vida mia, ni quiera Dios tal cosa.

—Si estás en tu acuerdo, á que vienen esos cargos, esas injustas reconvenciones?

—Escúcha. Hoy hace cinco dias vino aquí á mi casa Chepillo y me leyó una carta que tú le escribiste á Don Luis, en la cual le encargas que me diga que ya no te casas conmigo porque haz encontrado una moza muy fililí en el Magdalena; que.... Phis! una porcion de cosas dices en la dicha carta.

—Esto es para perder la cabeza! ¿quién es ese Chepillo? ¿y en dónde está esa carta?

—Hum!.... con negarlo haces pago.

—A fe de mi alma que no entiendo jota de esa gerigonza. Conozco á Luis Acosta y no sé más del cuento; pues no le he escrito semejante carta; ni sé quien es ese diablo de Chepillo que me haz nombrado.

—Malaya! con que no conoces al nieto de Don Lorenzo Ronderos?

—Por mi palabra que no lo conozco.

—Al mozo aquel que vive en Casa de Teja?.... Por la Vírgen que te haces un nene; no parece sino que vienes de la extranjería.

—Ah! ah!.... ya caigo; aquel haragan que persiguieron una vez por vago? El mozo aquel á quien su abuelo denunció á la justicia por disipado?

Chepillo dió un salto entre la yerba cual si lo hubiera mordido una serpiente?

—Sí, dijo la pastora, el mismo que....

—Denunciaron hace poco por ladron? le interrumpió Jorge con voz firme.

—Miserable! exclamó Chepillo mordiéndose los labios de furor y llevando involuntariamente la diestra al mango de su cuchillo, yo ladron?....

Dijo esto y se puso en pié, en actitud de salvar la cerca para coser á puñaladas á su odiado rival; pero desistió al punto de su feroz intento, con la súbita reflexion de que iba á matar á un hombre que en nada le habia ofendido. Su rabia no fué sino el relámpago de la tempestad que bullia en su cerebro irritado; tempestad que se disipó instantáneamente como se desbaratan, á veces, al primer soplo de huracan, las que se forman en el cielo.

—No, dijo la pastora, Chepillo será todo lo que imagines ménos ladron.

—Bueno!.... bueno!.... exclamó nuestro héroe sobándose las manos y acostándose entre la yerba, así me gusta, que la muchacha me defienda.

—Así será puesto que tú lo dices, espresó Jorge con acento de duda; pero vamos al asunto. Dime, ¿qué enredos te ha contado Chepillo?

—Despues de leerme la dicha carta, me hizo creer que ibas á casarte en Ambalema.

—Esa mentira tiene su sal y su pimienta.

—No digo que no; él traia su segunda intencion. Si hubieras visto el empeño que tomó porque me casara con él.... No le faltó sino ponerse de rodillas á mis plantas.

—Miente, y remiente la bribona! dijo Chepillo contrayendo horriblemente las cejas y arrancando con furor una puñada de yerba.

—Hola!.... hé!.... con que eso queria? pero le diste....

—Calabazas!.... que han debido saberle de lo feo, segun los jestos que hacia, agregó Lucía sin dejarlo concluir.

Jorge soltó una estridente carcajada y dijo:

—¿Con que chupó calabazas y se fué con el rabo entre las piernas, hé?

La risa de Jorge penetró en el corázon de Chepillo cual sonda que se introduce hasta tocar lo más sensible de una llaga recien abierta. Como el leon ofendido dentro de su gruta, dió un furioso rugido en su lecho de yerba, y luego profirió una horrible maldicion.

—Y no volvió á señalarte los dientes? le preguntó en seguida Jorge á su amada.

—Cuando! Aunque no hubiera tenido pisca de vergüenza.

—Oh vergüenza á la Pisca, dijo Jorge tornando á reirse.

Chepillo se retorció entre la yerba como si lo hubieran picado millones de espinas, y dijo con voz sorda:

—No me llamara como me llamo, ni fuera hijo de quien soy si ántes de un mes no me vengara de vosotros.

—Por ocuparnos en ese zaragate, dijo Jorge, no hemos pronunciado una palabra de nuestro negocio.

—Quieres que arreglemos....

—Sí, quiero que convengamos en el dia de nuestro casamiento. Tengo precision de volver pronto á Ambalema y deseara dejar todo arreglado ántes de partir.

Lucía lanzó un suspiro al pensar en la inmediata ausencia de Jorge.

—Si te parece, añadió éste, mañana hacemos las informaciones, y mientras corren las proclamas voy al Magdalena y vuelvo.

—No acabas de venir?.... Dios mio! yo creia que ya no te alejarias más de mí.

—No puedo ménos, *negra* mia, tengo que ir á vender unos efectos que dejé á guardar, y á.... traerte las donas.

—Te las perdono á trueque de que te quedes.

—Hum! que diría Chepillo de mí, cuando ménos que era un miserable. Los rivales son como los perros, que muerden siempre que pueden.

—Sí, como los perros rabiosos, dijo Chepillo remangando el labio superior hasta unirlo á las narices.

—Y cuándo vuelves? le preguntó Lucía.

—Haber.... hoy estamos á.... 30; me voy el cinco ó seis del en-

traute Julio, y estaré aquí de regreso....aguarda.... estaré aquí, el 23, sin falta.

—Corriente! Mañana hacemos las informaciones, el dia 6 te vas, el 23 estás ya aquí de vuelta y....

—El 24 ó 25 nos casamos, agregó Jorge.

—Que dicha! expresó Lucía.

—Ya veremos, dijo Chepillo, dejando asomar á sus descoloridos labios una sonrisa de demonio.

—Adios, le dijo Jorge abriendo los brazos.

—Te vas? alma mia! le preguntó la zagala con voz doliente.

—Sí, despues de tí, tengo á mis padres á quienes ancio ver.

—Y vuelves?

—Quizá esta noche ó mañana.

—Muy bien, con eso les hablas á mis papás sobre lo que hemos convenido.... Cómo siento que no estén ahora en casa!

—A tí tengo que decirte una cosa, Lucía.

—A mí?... dímela; por Dios dímela.

—Tengo de decírtela, pero no ahora; será cuando puedas salir de la casa á un sitio apartado, donde estando yo persuadido de que nadie nos oye, no tenga embarazo en abrirte mi corazon; y ha de ser á una hora en que no haya quien se presente á interrumpirnos. Yo te enviaré oportunamente un recado. Por hoy ten paciencia.

—Ay! me dejas con una aprension!...

—Pronto saldrás de ella.

—Dios lo permita.

—Adios, ahora sí; adios paloma mia, adios mi sol, mi cielo, mi único bien, le dijo el mozo, abriendo los brazos por segunda vez.

Lucía se dejó caer sobre el pecho de su amante, quien la estrechó contra su corazon, dándole á la vez un sonoro beso en la frente. Este ósculo hizo palpitar tres corazones; dos de amor y uno de celos.

Terminada esta escena Chepillo se deslizó por entre las plantas como una sombra, sin hacer el más leve ruido.

CAPITULO VIII.

Donde se ve cómo Chepillo pone la primera piedra para construir la prision de su rival.

APÉNAS salió nuestro héroe del maizal tomó lentamente el descenso de la colina donde la casa estaba edificada, siguió una senda corta y tortuosa, bajó á una hondura y por entre barrancos y malezas pasó al camino que conducia á su habitacion. Cuando entró en éste, apretó á correr hasta cerca de su casa, donde se detuvo á examinar un objeto que halló al paso y que le llamó la atencion.

A esa hora su abuelo estaba sentado en una silla de brazos en el corredor que mira hácia el poniente. El viejo calzaba unos anteojos montados en carey, y leia un manuscrito, que ora alejaba de los ojos, ora acercaba á ellos, como si buscara el foco que le hiciera visibles los caractéres. De repente irguió la cabeza, se alzó las antiparras sobre la frente y fijó su mirada sombría hácia el punto por donde le parecia que se aproximaba un ruido semejante al de un rio caudaloso sembrado de escollos ó de enormes piedras.

—Sabeis lo que era? carísimo lector. El truhan de Chepillo que se

acercaba dando bramidos como el toro y arrastrando un zurron á medio llenar de tiestos, huesos y chinas que habia encontrado en el camino. Tan extraño ruido alarmó á los animales de la casa; á los perros, los loros y las gallinas, y todos ellos amedrentados entonaron un concierto de voces disonantes, propio solamente para festejar á los *comisarios regios* que se atrevan á pisar el territorio colombiano. * En el acto en que Chepillo observó que se habian alborotado cuantos animales poblaban la casa, dejó el zurron y corrió abrazar á su abuelo haciéndole mil agasajos.

—Bribonazo! le dijo el viejo desembarazándose de los brazos de su nieto, me haz metido un mono de todos los diablos; no creí sino que habia estallado una tempestad á corta distancia de aquí y que una impetuosa creciente se acercaba velozmente á la casa.

—Chúpese esa por cándido, le dijo el mozo.

—Bueno, picaron, tú me las pagarás.

—Hablando ahora de otra cosa, dígame ¿qué leia su merced cuando yo llegaba?

—Una nota del señor Gobernador de la provincia.

—Una nota? Y qué dice la nota?

—Que le manden diez y seis hombres para el ejército.

—Tóma demonio! no pide pocos. Ya habia oido el run run.

—Y hay que enviarle ese número aunque haya que ir á cazarlos á los páramos y bosques.

—¿Y qué dia empiezan á atraparlos?

—Ignoro, hijo mio, qué habrá resuelto el Jefe Polito, respondió el viejo tociendo como un tísico.

—Cómo, no le consulta ya á su merced todo?

—Sí, y en prueba de ello acaba de mandarme esta nota para que la vea.

—Y para que resuelva lo que le parezca, no es así? añadió Chepillo.

—Puede ser, dijo el viejo arrellenándose en su asiento.

—Yo no le pido á mi abuelito sino una cosa, dijo Chepillo acordándose de su rival.

—Habla, hijo mio; tú sabes que yo nada te niego.

—Quiero que me dé la comision de coger gente.

—Eso es muy odioso, hombre.

—No importa, deseo echarle el guante á cierto *dogo*, y como yo haga mi gusto aunque me piquen los ojos despues.

—Bueno dijo el viejo dorando su agrio semblante con una ligera sonrisa, ya que tú lo quieres haré que te ejercites en la caza de esos animales de dos piés, que se semejan á tí. Ya habia conocido que tenias una exelente disposicion para esa clase de ejercicios; ojalá que tengas la fuerza del oso, la agilidad del tigre y la ligereza del perro.

—Ya verá su merced; yo le prometo que echaré por tierra de la primera tarascada al pícaro *alano*, que por ciertas cosas sospecho que va á embestirme cuando me vea pasar por cerca de su madriguera.... Qué ganas tengo de *apagarle el mecho* al zaragate!

—Se lo apagarás, tú sabes que cumplo lo que prometo; cuenta pues con la comision.

Una sonrisa de triunfo asomó á los labios de Chepillo.

* Alusion á la cencerrada que en la noche del 20 de Marzo de 1864 le dieron en Panamá á don Eusebio Salazar y Mazarredo, Comisario regio, Enviado de S. M. la Reina de España cerca del Gobierno peruano, yendo de regreso del Perú á Madrid.

—Bien va la cosa, dijo para su capote, ya le tengo hincado un colmillo en la nuca á mi rival, y asegurada una buena zancadilla á Lucía que he de hacerla caer rendida á mis plantas.

Veremos si se cumplió ó no esta prediccion.

Cruzaban por la mente de Chepillo estas negras maquinaciones en el momento en que Don Lorenzo retiró su asiento de la pared y dejó caer dulcemente sobre ella la extremidad superior del respaldo, para mejor comodidad. Un instante hacia que estaba el viejo muellemente repantigado, cuando de repente sintió que la silla se deslizaba rápidamente sobre el pavimento, al impulso de una terrible patada que le descargó el travieso muchacho.

Don Lorenzo lanzó un grito de sorpresa agudo y breve como el chillido del águila cuando la picotea el halcon, y se hundió entre el asiento y la pared, con una angustia tal como si desendiera al abismo del sepulcro.

El mozo (que remendaba admirablemente todos los males conocidos) maulló como el gato; mugió como el toro; baló como el cabro, dió dos ó tres brincos de contento y desapareció por el mismo lado de la casa por donde se habia presentado.

CAPITULO IX.

Lo que le acontece al que se fía en un hombre que le faltan dos potencias del alma.

AL DIA siguiente por la tarde iba Chepillo por un amenísimo prado cuando oyó una voz que decia:

—Válgame Cristo!.... ¿Quién puede creer que es el cielo el que allá se ve?

El mozo volteó la cabeza hácia el punto de donde venia la voz y vió á un hombre parado al borde de un estanque.

Este hombre era el criado de Lucía, el simplon de Liberato.

Chepillo así como lo avistó se dirigió al punto donde se hallaba parado, y como notó que estaba absorto y embobado mirando el agua del pozo, se le acercó pasitamente y poniéndole la boca en el oido le dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

—Don Pánfilo!

Liberato se estremeció como la rana de Galvani, dió un brinco brusco, y haciendo una cara de Jeremías, dijo con voz trémula:

—Qué chanzas!.... ha podido matarme del susto.

Chepillo se rió y en seguida le dijo al criado poniéndole la mano en el hombro:

—Liberato, tengo de decirte una cosa.

—Y yo tengo de decirle otra á su merced.

—Habla pues.

—Estaba viendo como este ojo de agua parece que pasa de un lado á otro de la tierra, lo cual muy bien puede ser, si es ojo de la mar, que segun cuentan no tiene la tal fin ó fondo.

—Suponiendo que ese estanque sea ojo del mar (y cuenta que nadie ha dicho que el mar tenga ojos) ¿por qué habia de dar al extremo opuesto de la tierra?

—Porque en el aciento se ve el cielo y no el barro, y como dicen los sabidos que el firmamento existe en contorno de la tierra y que esta está suspendida en el aire como una lámpara....



—Luego el poso dá al otro estremo.... Oh! esto es de lo más gracioso que he oido en mi vida, dijo Chepillo riéndose á boca llena.

—No se ria, mi amiguito; cree acaso que soy algun embustero? Venga su merced y se convence.

—Oh! oh! estoy más que persuadido de que se ve el cielo en el aciento del estanque; sobre esto no tendremos disputa y te ruego que no hablemos más de ello.

—Y entónces de qué quiere su merced que tratemos?

—De cierta cosa que voy á decirte, le respondió Chepillo pensando en el anuncio que el dia anterior le habia hecho Jorge á Lucía de que él le mandaria avisar oportunamente la hora en que ella debia salir á un sitio apartado de la casa para revelarle un secreto de importancia.

—Muy bien, le contestó Chirlobirlo, estoy atento á lo que su merced me diga.

—Puedes hacerme un gran servicio?

—Siendo cosa .... que....

—Por supuesto, lo que quiero que me hagas es de lo más sencillo y que en nada te compromete.

—Puede su merced mandar y pagar, como dijo el otro.

—Diablo! buen cobrador mal servidor.

—Cómo ha de ser?....

—Mira, le dijo Chepillo acercándosele y bajando la voz, te doy cuatro reales si haces lo que voy á decirte.

Liberato abrió desmesuradamente los ojos al oir tan mágicas palabras; la oferta que Chepillo acababa de hacerle, exedia á sus mayores aspiraciones, el infeliz jamas habia sido dueño, ni esperaba serlo, de tan para él, crecida suma.

—Cua.... cua.... cuatro reales! exclamó el hombre tartamudeando de gozo, su merced se chancea.

—No Liberato, te daré lo que te he ofrecido si vas á donde tu *señora* y le dices, que Jorge Gavilan le manda recado que la espera precisamente en el estanque mañana al amanecer.

—No señor, yo no me animo á decirle á mi señora un embuste que puede costarme muy caro.

—Díle, en tal caso, que un mozo á quien ella quiere afectuosamente le envia recado, que mañana entre oscuro y claro la espera en el estanque debajo del árbol para confiarle un secreto del corazon.

—No es más lo que he de hacer?

—Nada más; pero dime ántes el modo de presentarte á ella y repíteme lo que haz de decirle, no sea que cometas alguna brutalidad.

—Me entro de sopeton á donde esté y le digo: Recado le envia Don Chepillo....

—Oh! no, bruto!.... exclamó nuestro héroe rascándose la cabeza con desesperacion, cuidado con ir á nombrarme, pues si ella sabe que soy yo quien la solicita, no irá al estanque, y sí irá si tú le dices que la espera en él un mozo á quien ella ama afectuosamente.

—Bueno, segun eso, me le aboco á mi señora y le digo: Un mozo que á su merced ama *defeutuósamente*, entre oscuro y claro....

Chepillo enfadado le acercó los lábios á la oreja y con voz de trueno le gritó sin dejarle concluir los disparates que iba forjando.

—Bestia!.... y rebestia!....

Liberato como en la vez primera, se extremeció rudamente como la hoja de un árbol sacudida por la brisa, y con espantados ojos dijo:

—Por qué me asusta?

—Hombre de Dios, dónde tienes la cabeza?

—Sobre el pescuezo, en qué otra parte habia de tenerla?

—No tal, tú no tienes cabeza; sobre el pescuezo llevas una pelota; pero esa pelota no piensa.

Chirlobirlo hizo la cara más triste que imaginarse puede.

Chepillo lo cogió de una mano y díjole:

—Escucha hombre; ponme atencion: véte y díle á tu señora lo siguiente:—Un mozo á quien su merced quiere mucho le envia á decir que mañana al amanecer, la espera al pié del árbol. Repite, porque es preciso que aprendas bien estas palabras.

Liberato se quedó con la boca abierta como si no fuera con él la conversacion.

—Urra diablo! le dijo Chepillo dándole un hurgon con el índice de la mano derecha, por debajo de un brazo.

El hombre dió un brinco y lanzó un grito de terror.

—Majadero! pronuncia las palabras que acabo de decirte.

—Urra diablo!.... Espresó Liberato lloriqueando.

—No, pedazo de alcornoque, las que te dije ántes para tu señora.

Chirlobirlo se rascó el vientre, y se puso á meditar como si trajera algo á la memoria; ya se ponia sobre un pié, ya sobre el otro; ora miraba al suelo, ora al cielo, hasta que al cabo de un gran rato dijo:

—Un mozo que á su merced le envia á decir mucho, quiere que mañana, al amanecer al pié del árbol....A memoria Dios mio!.... ya no se me olvidó el resto?

Chepillo sintió opresion en su alma; pero no de rabia contra Liberato porque fuera desmemoriado, sino movido á compasion por la rudeza del zopenco, que no podia retener en la memoria veintidos palabras en órden, cual si su intelecto fuera inferior al de esos animales de plumaje verde que repiten cuanto se les dice.

—Eres un cuadrúpedo, le dijo Chepillo con afligido semblante, tienes una cabeza de hierro; eres algo ménos que un asno. Te juro que no se me ocurre el médio de hacerte calar en los cascos lo que has de decirle á tu señora.... En mi vida habia dado con un hombre más bruto.

Liberato tenia desarrollado el sentimiento del orgullo por lo mismo que era torpe, y aun que estúpido él no dejó de comprender que Chepillo lo habia tratado ásperamente; así con aire altanero le dijo:

—Carran.... tam.... plan!.... si su merced es tan leido y entendido respondame una á una las preguntas que todos los años me hace el sacristan el dia que voy á pedirle *el sello de confesion*.

—Dílas que si á tí te han hecho sudar para desenredarlas, á mi me harán reir de lo puro simples.

—Bueno, dijo Liberato sonriéndose sardónicamente, está su merced pensando que vá á comerse un biscochuelo y se equivoca de medio á medio; yo he gastado más de diez años para aprenderme las preguntas y sus contestaciones.

—No dudo que hayas empleado ese tiempo para convertirte en un sabio.... Pero vamos adelante; puedes dar principio.

—Dígame su merced, qué cosa es la luna?

—Vaya una pregunta!....la luna fué el primer sol que Dios fabricó, el cual gastado con el uso, de más de mil años, resolvió en un dia de buen humor dejarlo para alumbrar las noches. Adoptada esta determinacion hizo otro para alumbrar los dias, y este es el que ahora nos ilumina.

—Algunos sacristanes creen eso; pero el de esta tierra que es muy sabido, enseña otra cosa que voy á contar á su merced. La luna, dice el tal hombre, es la esposa del sol; en otro tiempo tenia unos ojos muy vivos que le resplandecian como los de su marido, pero á consecuencia de una riña que tuvieron entre sí, hubo de cascarle el sol una furiosa bofetada de la cual le echó un ojo afuera. Enojada la luna con la brusquedad de su esposo no quiso volver á hacer vida con él, y desde entónces cuando el sol se acuesta al anochecer la luna se levanta y se va á visitar á sus queridas hijas las estrellas.

—Muy bien, dijo Chepillo, ahora voy yo á hacerte algunas preguntas de las mismas que hacen los sacristanes, para dar el sello de que has hablado.—Dime, que astro del sol y la luna nos dispensa más favores?

—Esa pregunta no la habia oido yo, pero si me atrevo á contestar que la luna; esta al ménos nos alumbra de noche. ¿Qué gracia hace el sol con alumbrarnos de dia?

—Liberato! le dijo Chepillo dándole una palmadita en el hombro, sabe que me vuelvo atras respecto de la opinion que me habia formado de tí; empiezo á creer que tienes alma, y que á esa alma no le falta ninguna potencia.

—Nadie debe pensar que otro no piensa; cada cual tiene el caletre que Dios le ha dado, señor Don Chepe.

—Dime hombre, en qué pensó Dios cuando hizo el sol?

—Voto va! eso no lo contesta ni mi amo Arzobispo; y digo más, ni su paternidad el Papa.

—Pues yo sin ser Arzobispo ni Papa, respondo que Dios pensó en los ojos de los animales.

—Por qué?

—Porque, haber hecho la luz y no haber fabricado ojos que vieran lo que con ella se descubre, no habria valido la invencion un comino, y haber hecho ojos á los animales, y no haber formado la luz, habria sido igual á habernos dado boca, y no alimentos que echar en ella.

Carambola! su merced sí que sabe. Es un pollo que se le puede echar de tapada al señor cura. Dígame, que sí me dirá, ¿en qué pensó Dios cuando hizo la gallina?

—Bah!... en el estómago de los hombres.

—No, señor, su merced me dispensa, pero no fué en eso sino en el huevo.

—En el huevo?

—Sí, señor, pues de otro modo, luego que mi padre Adan se hubiera engullido la primera polla que Dios Nuestro Señor crió, se habria acabado la cria.

—Cierto es eso, tienes más talento que un monaguillo. Dime, ¿por qué los muertos saben hacer cierta cosa mejor que los vivos?

—Cuál?

—No me negarás que un muerto nada mejor que un vivo. Un hombre se arroja á un rio caudaloso y se va al fondo de él, se ahoga y se sobreagua.

—No es que nade mejor un muerto que un vivo, es que el peso del alma lleva al cuerpo al fondo del rio, y la prueba es que cuando el cuerpo se halla libre de semejante fardo, se levanta fácilmente á la superficie.

—Me llenas de admiracion, Liberato. Dime, el sol es frio ó caliente?

—Sopla Diablo! el sol es caliente como un demonio.

—Segun eso, ¿por qué es que miéntras más se acerca uno á él, subiéndose á las crestas de los cerros, siente más frio?

Despues de una profunda reflexion, dijo Liberato moviendo la cabeza:

—Señor no atino....

—Pues yo sí. Escucha: el sol es caliente; pero como el fuego del Diablo lo ès más, sucede que subiéndose uno á los cerros, se aleja del infierno, que está en el centro de la tierra, y es por esto por lo que á proporcion que uno va acercándose á la cima de una montaña va sintiendo que se le enfría la sangre. Y así tambien, á medida que baja á los valles y á las vegas de los rios siente que se derrite lentamente.

Chirlobirlo se quedó absorto con tan sabia contestacion.

—¿Por qué el agua corre para abajo y nunca para arriba? le preguntó el criado á su interlocutor al cabo de un rato.

—Porque le es más fácil bajar que subir, y ella hace lo que ménos trabajo le cuesta.

—De verás!... no habria advertido la causa en los dias de mi vida.

—Contesta á la siguiente pregunta, Liberato: ¿por qué sale todos los dias el sol á espaldas del *Montecillo*, siendo así que despues de hacer su camino por el cielo, va á dar al punto opuesto, de donde no se le ve volver?

—Yo sí creo que se vuelve pasitamente por la misma via.

—Bah! pero álguien lo hubiera visto pasar siquiera una vez.

—Seguramente el pícaro se vuelve de noche y como en las tinieblas todos los gatos son pardos....

—Qué quieres decir?

—Que muchos lo habrán visto pasar y no lo han conocido.

—Oh! oh!... no habia caido en la cuenta.

—El criado se sonrió con satisfaccion.

—Liberato! dijo Chepillo.

—Señor! contestó Liberato.

—Dime, ¿qué es lo que todos los hombres ignoran?

—Aquello que no saben.

—No, hombre, el dia de su muerte.

—Ménos los que condenan al patíbulo, porque tres dias ántes les dicen la hora en que han de morir.

—Eres un sabio y tienes más caletre que un maestro de escuela.

—Y sin estudios, es lo que ha de ver.

—Dime, ¿por qué están sumergidos los hombres en tantos dolores y desdichas, cuando Dios los crió para la felicidad?

—Yo he oido al señor cura decir en el púlpito muchas veces que las desgracias del género humano provienen del pecado original.

—¿Y qué cosa es ese pecado original y quiénes lo cometieron?

—Ese pecado lo cometieron Adan y Eva, y consistió en haberse engullido entre los dos una manzana, que me figuro yo que seria tan grande como una calabaza.

—Bien, y qué manzana se comieron el primer pollino y la primera burra para que sus descendientes sufran tanto?

—El Padre Astete dice: "Eso no me lo pregunteis á mí que soy *dotor*, ignorantes tiene la Santa madre Iglesia que lo sabrán responder."

—Qué desatinos los que estas ensartando, le dijo Chepillo; y alzando los ojos al cielo añadió:

El sol va á galope tendido para su cama, volvamos á nuestro negocio que se nos viene la noche encima.

—Como su merced guste.

—Escucha amigo. Voy á enseñarte las pocas palabras que has de

decir á tu señora; veo que no eres torpe, lo que te falta es atencion.

—Señor, voy á volverme todo oidos.

—Chepillo tomando la paciencia de una monja que enseña la doctrina cristiana á su criada, se puso á enjaretarle á Liberato aquellas palabras que deseaba trasmitir á la dueño de su amor.

Probablemente el criado las aprendió al fin, una vez que al separarse uno de otro se notaba cierto aire de satisfaccion en el semblante de cada cual.

Habria andado el criado media cuadra cuando Chepillo lo llamó y díjole:

—Antes de amanecer, hé? en el estanque, debajo del árbol, ya oyes?

—Ya oigo señor, que no soy sordo, respondió el hombre.

Liberato siguió á paso lento el camino y al volver un recodo de éste lo perdió de vista Chepillo.

—Válgame Dios! dijo entónces el mozo para su sayo ¿que tenga que echar mano de este orangutang para el asunto más delicado? .... Se ve que el Creador no ha hecho nada inútil.... ¿Quién habia de pensar que tendria que valerme de un monstruo para conseguir la criatura más bella?

Chepillo decía la verdad. Liberto era soberanamente feo.

Quereis ver su retrato? hélo aquí.

Era de estatura mediana y obesa; corto de piernas; de vientre abultado; ancho de espaldas; lleno de cuello y de cabeza redonda y enorme. Semejante animal formado contra las leyes de la estática no podia ménos de tambalear con frecuencia y caer de vez en cuando. Este bizarro personaje tenia una cara que parecia hecha para tan gallardo cuerpo. Era estrecha su frente y plegada de arrugas; verdes sus ojos; sus cejas largas y cerdosas y su nariz roma como la del gato. Su boca grande y remangada por una muda sonrisa dejaba al aire libre dos hileras de dientes blancos, tersos é incisivos como los del mastin. Sus grandes orejas cubiertas de un vello áspero, se entreveian al traves del claro velo que formaban sus cabellos de un rubio sin brillo como las crines de un caballo alazan.

Este era el hombre que Chepillo habia escogido para que le sirviera de intermediario. Dando pasos cortos con esas piernas pequeñas que hemos pintado, llegó al fin á su casa, llamó aparte á su ama y le enjaretó de una sola tirada el recado de Chepillo. Debió de trasmitir bien el pensamiento que se le habia confiado puesto que la mujer le dijo:

—Bien está; pero qué mozo es ese que me hace la cita al estanque?

—Su merced sabrá quien es cuando lo vea, pues yo no puedo decirle su nombre porque él me encargó en este punto la reserva y yo se la prometí.

—Conmigo no debe haber reservas de esa clase.

—Sépa su merced que primero me dejo dar papirotadas en las niñas de los ojos que faltar á mi palabra.

Viendo la señora que no le arrancaba el secreto á buenas, quiso emplear el rigor, pero al momento pensó que aquel procedimiento enojaria al criado y revelaria á las personas de la casa el negocio, lo cual no queria ella, y por este motivo desistió de su intento.

Luego que perdió la esperanza de que Liberato le descubriera el nombre del mozo se dijo:

No debe de ser Jorge quien me solicita para tratar del casamiento, puesto que él no tiene porqué ocultar su nombre. Por si ó por no, no diré nada á nadie, é iré á la cita.... ¿Qué puede sucederme?

A la hora en que esto pasaba ya era de noche. Inquieta la mujer con lo que tenia entre el cuerpo deseaba estar sola á fin de dar rienda suelta á sus pensamientos, y para conseguirlo se fingió enferma de la cabeza y se recogió en su lecho. Allí hizo mil congeturas; se imaginó centenares de cosas, se devanó los sesos, pero no adivinó quién fuera el que con tanto secreto y ansia deseaba hablarle.

Fatigada con el tropel de pensamientos que se cruzaban en su cabeza, se durmió cuando ya estaba bien abanzada la noche.

Liberato se habia acostado en la salita, cerca de los yugos y roncaba como un canónigo.

Pon fin llegó la hora en que se despertó la mujer. No bien sucedió esto, se incorporó en su cama, se frotó los ojos con el reves de la mano, y llamó al criado, no sin que su voz fuera interrumpida por un prolongado bostezo.

El hombre no respondió; estaba como muerto.

—Liberato!.... gritó con voz fuerte.

—Señora? respondió el criado, con voz perezosa.

—No estoy llamándote?

—Y yo no estoy contestándole?

—Jesus! como se me enciende la sangre de coraje cuando me *responde* este canalla.

—Palo porque vogas y palo porque no vogas, refunfuñó el hombre.... Brava porque no respondo y furiosa porque respondo.... Dios me dé paciencia!

—Gran pícaro! rugió la mujer, yo no te regaño sino porque me respingas.

—Sea por Dios! exclamó Liberato con una resignacion de mártir.

—No te levantas? posma.

—A qué he de levantarme con tanto frio?

—Holgazan de mil.... Dios me detenga la lengua, dijo la señora santiguándose.

Luego añadió:

—Levántate al instante y ve si amanece.

—Todavía no cantan los gallos.

—Quiéres que vuele sobre tí y te harte á patadas?

—No señora, yo no quiero eso.

La mujer se sonrió.

—Eres un vagamundo que no ganas lo que te comes.

—No hay dia de esta vida que no me eche en cara el pan que me dá.

—Apostemos á que el maldito follon está todavía tendido?

—Ya estoy levan....tán....dome....

—Vamos! párate ligero, ó de nó me voto de la cama y te tiro con lo primero que encuentre.

—Qué aprieto!.... me dejo arrancar dos dientes si el pájaro á la hora de ahora ha dejado su nido para venir á tiritar de frio al pié del árbol.

—Quiéres callar? malandrin.

Liberato dió una vuelta en su lecho como el cerdo en el lodo y se puso á roncar. Aquello era para hacer perder la paciencia á un viejo anacoreta, cuanto más á una mujer iracunda.

La señora notando que el molondro criado no daba trazas de levantarse volvió á llamarlo con voz levantada.

Liberato se extremeció como si lo hubiera conmovido una corriente

eléctrica, y se puso de rodillas en el lecho. Gruñendo como un perro se paró y con los ojos entrecerrados y los brazos extendidos hácia adelante empezó á dar pasos lentos en busca de la puerta. Al fin el tacto le indicó que habia llegado á ella, y entónces la hizo girar un poco y cual tortuga que saca la cabeza fuera de su concha, sacó él la suya fuera de la pieza donde estaba.

—Hum!.... dijo, bien decia yo.... está como una tapia.

—Alma de cántaro! exclamó la mujer desde su cama, eres un grandísimo bestia.

—Tengo la culpa de que no amanezca, dijo el criado enojado.

—De que no amanezca no; pero de no ver las estrellas sí.

—Mi señora, tengo los ojos bien abiertos.

—Demonio! los tienes cerrados. Si estuvieras bien despierto no habrias abierto la puerta del aposento en vez de abrir la que da al patio.

Liberato, convencido de su error, se dirigió á la otra puerta sin replicar.

—Huy! dijo al recibir las primeras brisas de la mañana, hace un frio que *descuajaringa*, y el sol hasta ahora comienza á abrir los ojos.

En este momento cantó el gallo de la casa.

La señora se levantó, se vistió y salió.

El lector dirá para su capote: ¿cómo es que las demas personas de la familia toleraban con tanta resignacion semejante diálogo, á una hora en que el más ligero ruido incomoda?

Esta observacion pueden hacerla los que nunca se hayan hospedado en casa de rústicos labradores, pero los que esto hayan hecho, no habrán dejado de notar que las riñas de los amos con los criados son infalibles á la hora del alba.

Cuando la mujer pasó el umbral de la puerta que da al patio, se encontró frente por frente con su criado.

—Huy! que frio hace, le dijo éste tiritando como un azogado, ay! quién pudiera arrimar la copita por debajo de la nariz!

La campecina derramó sobre el hombre una mirada de improbacion.

Liberato, como si tal mirada no le hubiera dirigido su ama, expresó:

—¡Ah malaya! ¡quién pudiera zamparse un trago de *chimpin* para calentar el coleto!

La mujer, que ya estaba calmada, y que empezaba á compadecerse del criado le dijo:

—Ve á la tabla, y traeme la limeta del aguardiente.

Los ojos de Liberato brillaron de alegría. Sin esperar á que la señora le repitiera la órden, se puso de tres zancadas donde estaba la botella, la cogió con el mayor regocijo y fué y se la presentó á su ama.

—Animal! le dijo ésta recibiéndosela, ¿en qué quieres que te eche el anisado?

—En la boca, respondió el tonto con la mayor sencillez.

—Cómo! ¿quiéres beber á boca de cántaro?

—Ah!... ah!... en verdad que no traje una copita.

Dicho esto, volvió donde estaba esta.

—No vayas á largarla, cógela bien, le dijo la mujer.

Cuando estuvo en frente de la tabla que servia de aparador se empinó, extendió el brazo, tomó la copita de pié de lata que conoce nuestro lector, y teniendo presente la indicacion de su ama, la apretó tan vigorosamente entre la mano, que sin que él lo temiera, vió con la mayor sorpresa que estalló en mil pedazos.

—¡Ya no me hizo trizas la copa este imbécil!... gritó la mujer encendida en cólera, y corriendo á donde estaba el criado... La copa de cristal, por la Vírgen!... y que era ajena. Qué dirá mi comadre Anselma cuando sepa que le rompimos su *finca!* Me la pagas ó vès lo que haces.

—Yo no tuve la culpa. La cogí en la mano, y como si fuera una cáscara de huevo se quebró sin más ni más.

—Porque fuiste á apretarla como si fuera oreja de muleto cerrero, alma de Lucifer!... le dijo la señora halándole una oreja con todas sus fuerzas.

El criado exhaló un grito de dolor y se retiró rezongando.

La mujer volvió la botella á su lugar, y luego se endilgó hácia el sitio de la cita.

Las últimas sombras de la noche cruzaban el espacio, debilitándose por momentos; el primer canto de los pájaros saludaba los albores de la mañana, cuando Chepillo daba la bienvenida á la mujer que hemos puesto en escena. Esta, al divisar al mozo, se embozó en su ancha mantilla, tal vez por evitar el frio que le congelaba la sangre, ó quizá más bien impelida por el noble sentimiento del pudor, tan natural en la mujer.

Chepillo, al verla, le dijo con una voz meliflua y delicada:

—Ángel mio; mi bien, mi todo!... luz de mis ojos, vida de mi alma, ven á mis brazos, que mia eres y no de otro ninguno.

Y la estrechó convulsivo contra su amoroso pecho.

Si ántes te amaba, seguia diciéndole, ahora te adoro.... Cómo me gusta que seas amable y condescendiente y no desdeñosa y altiva.... Hoy eres para mí otra mujer, y esto me vuelve loco de contento....

Le decia esto y tornaba á abrazarla; pero no como es uso y costumbre entre la gente educada, sino con tan loco entusiasmo como si quisiera incorporar su sér en el de ella para formar un solo cuerpo.

—Ay Dios mio! añadia, como te quiero, y la besaba con efusion separándole el embozo.

Chepillo sentia en aquel momento, que le hervia la sangre en las arterias y que en furiosos borbotones se agolpaba á su cerebro. El corazon se le habia subido á la garganta y los oidos le zumbaban como si fuera presa del más horrible vértigo. Deseoso de comunicar el fuego que ardia en su corazon á la mujer que era causa de su embriaguez, le decia con voz ahogada y trémula:

—Con que al fin te condueles de mí!.... Oh! tú no sabes cuánto te quiero! ni puedes imaginarte cuánto he padecido por tí!.... Díme por la Virgen que me amas, que eres mia en cuerpo y alma; júrame que no me olvidarás; que me serás fiel y constante en el amor; prométeme que me querras como la yegua al caballo, como la oveja al cordero, como la gallina al gallo; que correrás la suerte que yo corra, que morirás donde yo muera.... Oh! no me respondes! qué te pasa? Cáscaras! que te cubres y te envuelves cual si fuera yo un desconocido. Es acaso vergüenza que tienes por los desprecios que me has hecho?....

Esto dijo y procuró arrancarle el embozo á tiempo que la niebla de la mañana se rasgaba como un velo que se abre en dos partes. Descorrido el telon apareció en el escenario, no la linda pastora, sino la repugnante vieja, no la hija sino la madre. Nuestro héroe al ver tan antipática figura prorrumpe con un rugido de rabia, más bien que con un grito de sorpresa, y no poco avergonzado da un paso atras y gira sobre sus talones para emprender carrera, pero al verificar esto último, siente que una

mano vigorosa cual si fuera de hierro, lo coge de la garganta y lo detiene con muestras de querer extrangularlo.

—Grandísimo bribon! qué agasajos son esos á mi mujer? aulló Don Pio fuera de sí estrechándole el gargüero con toda la fuerza que tenia en sus dedos.

—Santo Dios! Qué es esto? dijo el mozo, azorado y con sufocada voz.... Por qué me ultraja usted?.... piensa usted acaso?....

—Dime perillan del demonio, ¿con qué derecho abrazas á mi mujer y la acaricias? Qué! creias que yo era hombre muerto? añadió lleno de furor contrayendo sus dedos de garfio sobre el cuello del infeliz.

—Ah!.... condenado!.... que me ahorca.... suélteme si no quiere que le falte.... ah.... gran....!

Los dedos de Don Pio no le permitieron á Chepillo concluir la frase.

—Qué estás diciendo? bellaco.... No faltaba más; ultrajar el pudor de mi casta esposa, en mis propias barbas, y ahora amenazarme?....

—Don Pio, dijo Chepillo con voz chillona, ha sido una equivocacion, se lo juro por mi abuela. Yo vine en busca de la chica porque la amo de corazon; y sin saber cómo, he dado con la vieja.... Carámba! añadió colérico, sintiendo que su enemigo lo estrechaba, no es usted quien me ahorca; veamos quien puede.

Chepillo con los ojos brotados, la boca abierta, el rostro amoratado, y aullando como una fiera, cogió al viejo por el cuello de la ruana y empezó á agarrotarlo.

—Te atreves? insolente!.... gritó Don Pio con voz destemplada por el furor y la compresion de la garganta.

Luego duplicando sus fuerzas hizo que lo aflojára su adversario un poco, y entónces agregó:

—Conque tú eres quien pretende sembrar la zizaña en el hogar doméstico?....

—Yo no pretendo sembrar nada, Don Pio, lo que quiero es que usted me afloje un poco el gaznate, y de nó tenemos jarana.

El viejo cedió á la amenaza, pues ya sabia que el mozo tenia fuerza, y sin soltarlo continuó diciéndole:

—Tú quien viene á emponzoñar un matrimonio que cuenta más de treinta años de felicidad y reposo?

—Bah!. .. bah!....que más se queria el *muérgano* de doña Juana, dijo Chepillo con aire despreciativo.

La vieja que miraba el combate á cuatro pasos de distancia, no bien oyó tan injuriosa palabra, gritó llena de rabia:

—Lucía!.... Lucía!.... traeme el palo de la escoba para moler á garrotazos á este miserable.

Pero como la muchacha no se presentaba, se acercó Doña Juana al mozo y le dió un pellisco tan terribe, que Chepillo creyó que lo habia pinchado con unas pinzas de zapatero. Furioso se alzó como un toro herido por el picador, y le acomodó en el vientre una terrible patada, de cuyo empuje la mujer rodó léjos del sitio de la riña, como un cilindro por un plano inclinado. Haciendo en seguida Chepillo un esfuerzo poderoso se libró de las manos de Don Pio y le echó una zancadilla que lo obligó á desender rápidamente sobre el césped.

Alcanzada esta victoria echó á correr hácia donde estaba Liberato, que inmóvil como una estatua, presenciaba la lid, parado en la alta ribera de un pozo.

—Sí, grandísimo tunante! le gritó Chepillo aproximándosele, con

que me citaste á la vieja en vez de citarme á la muchacha, no?...

—Su merced me mandó que le hablara á mi *señora* y no á la *niña;* la culpa no es mia sino suya. Yo cumplí con aquello á que me comprometí, ahora su merced debe pagarme. Palabra de rey no puede faltar...

—Voy á darte un mogicon por ahora, que despues te daré los cuatro reales que te ofrecí.... Toma!...

Esto dijo Chepillo y le descargó una bofetada tan terrible, que el infeliz descendió al fondo del pozo como una bola de plomo, y desapareció entre el agua. El mozo salvó por encima con la velocidad de un pájaro y se internó en la espesura de un exhuberante maizal.

El criado al cabo de un rato sacó la cabeza cubierta de lama y lodo, sobre la superficie del agua; quiso dar un grito, pero su voz se convirtió en un gemido y sin poder evitarlo volvió á sumergirse.

—Que me ahogo! exclamó haciendo otra salida.

En esta vez se salvó agarrándose de los abrojos que cubrian el borde del pozo.

El ruido de la voz llevó á Don Pio á aquel sitio, y el viejo, al ver el peligro en que estaba su criado, clavó las rodillas en la ribera del hoyo, alargó un brazo, y tomando á Liberato por los cabellos, lo arrastró hasta colocarlo sobre el césped.

CAPITULO X.

Unos celos en la tarde de la vida.

LUEGO que Don Pio sacó al criado del pozo, se acercó con semblante aparetemente apacible á su cara mitad, cruzó los brazos sobre el pecho y díjole:

—Será posible, mi querida Juana, que despues de haber vivido treinta años como dos ángeles, tengamos que vivir, tal vez otros treinta como dos demonios?.... Ay Dios mio! esta infidelidad va á llenar mi vida de amargura!

Luego clavando los ojos en el suelo y hablando como consigo mismo, agregó:

—Tan pura, tan casta que era, que más parecia una paloma que una mujer, y venir ahora al cabo de la vejez á dar su abrazo á torcer? Oh! por la Vírgen del Calvario! dejarse abrazar de ese pícaro de Chepillo....Ay! qué mancha, qué deshonor!....Yo me muero de pesar!....

Esto dijo, ocultó su rostro entre las manos y empezó á lanzar gritos desaforados que le arrancaba el coraje.

—Pio, por la sangre de Cristo! á qué vienen esos rebatos de locura y de furor? Tengo yo la culpa de que ese mozo haya venido de sopeton y me haya estrechado entre sus brazos?

Don Pio meneó la cabeza bruscamente en señal de negativa, y le respondió con alterada voz:

—Si así fuera no sentiria aquí dentro de mi pecho un lobo que me muerde las entrañas. Juana, déjese usted de fábulas, que yo he visto con estos ojos que han de comer la tierra, que usted se dejó buenamente echar los brazos, y aún....ay! no quisiera acordarme ... no ...no.... no. Y echó á dar rugidos de indignacion.

—Por la Santa Madre de Dios! eso es un falso testimonio; Chepillo me abrazó á traicion.... Sí, fué á traicion; lo juro.

—Ay! si no fuera más que el abrazo, pero....

—Pero, qué?

—Yo los he visto dándose un....

—Eso es una calumnia, dijo Doña Juana interrumpiéndole.

—Se atreve usted á negarlo?

—Yo no niego que Chepillo me ha besado; pero que yo lo haya besado á él, Dios es testigo.

—Todo es uno: si ese bribon le ha puesto la boca encima de la suya, tanto él ha besado á usted como usted á él.

—Quiero decir que yo no tuve voluntad. El malvado me zampó el ósculo de zopeton.

—¿Y por qué no le encajó usted un mordisco?

—Con qué dientes? dijo la vieja remangando los labios y mostrando á Don Pio su boca de pescado del rio Funza.

—Para mí tengo que en todo esto hay gato enmochilado, dijo Don Pio exhalando un suspiro.

—¿Qué es lo que está usted diciendo?... Soy yo acaso una mujer perdida?

—¿A qué vino usted al estanque al apuntar el dia?...... ¿Por qué motivo llegó Chepillo á este sitio á la misma hora? ¿Con qué derecho la abrazó y la besó? ¿Por qué se dejó usted acariciar mansamente?......Juana, no quiera embaucarme; usted tiene amores con ese bellaco.

—Por todos los santos del cielo que estoy inocente!... Pio, á mí ya nada me alegra el ojo; mi corazon está muerto; por nada del mundo me brinca ya. Años hace que no me hierve la sangre... Phis! hará veinte nochebuenas que no pienso sino en mi vejete querido.

Decir esto, y enlazar con sus brazos el largo cuerpo de Don Pio, todo fué uno.

—Papá!....... papá!....... gritó Lucía á esta sazon, ahí viene el señor cura.

La zagala pronunció estas palabras y echó á correr hácia donde estaban sus padres, y así como se reunió á ellos dijo con voz jadeante:

—Seguramente viene á que arreglemos el valor del matrimonio. Lo peor de todo es que me coge sin cuartillo; si mi señora madre no me presta algun dinero, tendré que vender la Clavellina.... pobre ternera mia!... me da una tristeza deshacerme de ella!...

—No, hija, respondió la vieja, el señor cura no vendrá á eso, puesto que él sabe que el novio es quien tiene la obligacion de desembolzar lo que valga el casamiento.

—Yo creia que era la mujer, respondió Lucía, y es raro que los hombres no nos hayan echado esa obligacion encima.

—Por tener derecho de decir que compran la mujer y que la mejorcita no les cuesta arriba de siete pesos.

—Vamos Juana, le dijo Don Pio á su vetusta costilla, cogiéndola de la mano, vamos que ya llega. En cuanto á lo que ha pasado hoy, guardemos silencio para el mundo entero. Los hechos que deshonran, lo mejor es no menearlos.

Los dos viejos compusieron respectivamente sus semblantes y seguidos de su hija corrieron á recibir al párroco con aire festivo y gozoso, pues no se les ocultaba que esta visita era una honra que el cura no dispensaba á todos. Pero la verdad sea dicha en honor del Santo Após tol; si Lucía no hubiera sido bella, él no habria sido atento.

A un mismo tiempo llegaron á la morada los dueños de ella y el visitador. La plática que pasó entre los cuatro hemos resuelto ponerla en capítulo separado, y por ello ponemos aquí punto final al presente.

CAPITULO XI.

Donde el lector se verá obligado á leer lo que el autor se ha visto precisado á escribir.

EL SACERDOTE penetró hasta el patio de la habitacion montado en un magnífico caballo perfectamente enjaezado. Caballero, saludó á los amos de la casa; en seguida se apeó, entró en la sala y se sentó en la silla de brazos que hemos dado á conocer á nuestros lectores en el Capítulo VI. Don Pio se acomodó en un cojin de piel de cabra, no sin recoger sus largas piernas á consecuencia de lo bajo del asiento; la vieja se acurrucó frente por frente del cura, y Lucía se reclinó contra la jamba de la puerta con la cara hácia el patio como si estuviera reñida con la visita.

—Sí señor Don Pio, dijo el santo varon.

—Sí señor doctor, dijo Don Pio.

—Con que se casa Lucía con el palurdo de Jorge, hé?

—Se casa Lucía con Jorge Gavilan, sí señor.

—Ayer, cuando los novios fueron á casa á hacer las informaciones deseé hacerle algunas reflexiones á esta muchacha (y señaló á la pastora), pero como.... habia gente.... no me resolví á decirle que casa mal y remal, y que de todas las propuestas que haya tenido, seguramente ha aceptado la peor.

Al pronunciar el cura estas palabras los purpurinos tintes del pudor colorearon la linda faz de la zagala, quien turbada por su azaramiento empezó á rasguñar maquinalmente con el pulgar de la diestra el marco de la puerta.

—Bien sabe usted señor cura que "casamiento y mortaja, del cielo baja," le dijo Don Pio en tono sentencioso y en seguida añadió:

Ninguna mujer puede escoger marido así como no puede elegir el dia de su muerte.

—No tal, expresó el presbítero, *buscad y encontrareis*, dice el Evangelio. Lucía es una jóven excelente y muy bien puede encontrar un esposo que la haga dichosa. Jorge no es por cierto el marido que el cielo le destina. Míra hija mia, agregó con acento hipócrita, enderezando su voz y su faz á la zagala, tú te has dejado llevar del ardor de la pasion y sin reflexionar en el porvenir, has comprometido tu mano con un hombre que hoy te halaga porque te ve fresca y bella, pero que mañana al verte seca y marchita te arrojará al abismo del olvido donde pasarás tu vida llorando las penalidades y dolores que trae siempre consigo el desamparo y la miseria. Piensa bien en lo que vas á hacer; advierte que el jardin delicioso que alcanzas á divisar más allá de esa *puerta dorada* hácia la cual te precipitas y por donde entrarias el dia que yo echase sobre tí la bendicion nupcial, lo verias no muy tarde convertido en un bosque de abrojos y manzanillos; abrojos que espinan y manzanillos que envenenan con su sombra. La sujecion de la mujer al marido es una esclavitud; la preñez un martirio; los desvelos y cuidados que exigen los hijos, un tormento sin fin. Ahora bien, si el Criador ha condenado á la mujer á sufrir todas estas desdichas, le ha concedido un re-

curso para que las aminore, tal es el de buscar un marido que en vez de ser su verdugo, sea su esposo segun el querer de Dios. Aun es tiempo de volver atras; reflexiona hija mia.

—Bien pensado lo tengo, señor, y por nada del mundo dejaré de casarme con Jorge, dijo Lucía sin apartar la uña del marco.

—La muchacha está obstinada; así le convendrá, dijo Doña Juana.

—A nadie le conviene la desgracia, replicó el cura, y mucho ménos á Lucía que es una buena criatura. Que aparte su corazon de ese hombre; que le pida á Dios que le fortifique el espíritu para resistir á las malignas tentaciones que la persiguen; que ore, que la oracion es un gran recurso para las almas débiles, y le aseguro que con estos auxilios que nos ha dado la Divina Providencia, conseguirá desechar ese pensamiento que la conduce á su perdicion. Yo ofrezco desde hoy que le ayudaré á buscar el premio que merecen sus virtudes; como ministro de la religion tengo ese deber, y por tanto me encargo desde ahora de ir abriendo delante de ella un camino por donde pueda ir ábanzando con paso firme hácia la bienaventuranza.

—Amen! dijeron en coro los dos ancianos.

—Si Lucía me promete desistir de ese abominable enlace, prosiguió el párroco, yo me comprometo á enseñarle muchas cosas necesarias para su felicidad temporal y eterna; me obligo á trasformarla de rústica zagala en una mujer de finos modales y de delicada educacion, con lo cual aseguro que conseguirá casarse con un hombre de importancia quien la colocará en una distinguida posicion social.

Lucía comprendiendo que el cura tenia particular interes en hacerla desistir de su matrimonio se le encaró colérica y le dijo en tono enérgico:

—Señor cura, yo no quiero ser mujer de letras ni casarme con un sabido sino con un hombre de mi clase. Cada oveja con su pareja, y nadie me aconseje que yo sé bien lo que debo hecer.

La vieja dirigió á la jóven una mirada terrible, y se puso el dedo índice sobre la boca.

—No me entiendes hija mia, le dijo el cura.

—Mucho que le entiendo; ya sé por donde va usted.

—Por dónde voy? Lucía.

—Va por mal camino. ¿Quiere usted hacer conmigo lo que hizo el otro cura con una amiga mia, que por más señas se llama Magdalena?

—Y qué hizo el doctor Trapacero con tu amiga?

—Sí, hágase de las nuevas.

—Ignoro.... hija mia....

—Pues si deveras no sabe esa historia, voy á referírsela. Magdalena iba á casarse, como yo voy á casarme ahora, y el dia que fué á hacer las informaciones, la llamó aparte el doctor Trapacero y comenzó á aconsejarle que no hiciera tal; pero como la muchacha no cejaba en su propósito, el sacerdote hechó á decirle mil patrañas, de que ahora no quiero acordarme, y con semejantes supercherías consiguió al fin su dañado intento. Convencida Magdalena de que debia hacer lo que él le ordenaba, desistió de su matrimonio aquel mismo dia y se fué á vivir á la casa cural porque el doctor Trapacero se lo ordenó así. Él le prometió luego *esta vida y la otra* si ella le seguia fielmente los pasos, y sucedió que á los pocos meses Magdalena queria morirse porque aborrecia esta vida, y temia la muerte porque creia que tenia perdida la otra, es decir, la bienaventuranza.... Lo que le acontenció á la infeliz, bien lo comprenderá usted, que para el buen entendedor....

—Oh! seria de malas inclinaciones, dijo el cura.
—Quién? el doctor Trapacero?
—Hablo de la jóven.
—No, señor, era la muchacha más buena del mundo, tan honrada y virtuosa, que á pesar de ser sumamente pobre, nadie habia conseguido inducirla al mal ni ofreciéndole grandes puñadas de oro. Ella habia preferido su reputacion á las mayores comodidades de la vida, y así era que trabajaba honradamente para alimentar á sus padres ancianos y enfermos; pero la tonta se dejó intimidar, primero de las amenazas del señor cura y luego se creyó de sus promesas, y cáteme ahí que se la llevó *mandinga.*
—El que tal cosa hizo no era un verdadero ministro del altar, dijo el clérigo con firmeza.
Los dos viejos inclinaron la cabeza en señal de aprobacion.
—Eso mismo creo yo, dijo Lucía, y á la verdad el doctor Trapacero era malo y remalo. ¡Ay Dios mio! si todos los sacerdotes de la Religion de Jesucristo fueran así, que sería de sus ovejas, como ellos nos llaman; pero por dicha nuestra son pocos los que de Pastores se convierten en lobos para devorar las borregas mas lucidas y bizarras del rebaño.
—Lucía!....le gritó Doña Juana, ¿ya quieres que te parta un rayo por lenguaraz? ¿Cómo te atreves á comparar á los sacerdotes del *per-genio* del doctor Trapacero, con los lobos?.... ¿De dónde habrá sacado esta charlatana tantas argucias?
—De las malas compañías, respondió el cura; yo veo con dolor que el alma de esta pobre criatura está ya inclinada sobre un tenebroso abismo.
—Si por decir la verdad me he de ir al infierno, los que dicen mentira ¿donde irán?.... se atrevió á decir la zagala.
—Cuerpo de Cristo! exclamó Don Pio, quien habia estado mudo un gran espacio de tiempo, el Demonio la tiene cogida.
El cura alzó hipócritamente los ojos al cielo, como queriendo decir:
—¡Oh Dios mio, ten piedad de ella!....
Despues de esta muda exclamacion se levantó del asiento.
Pensando el presbítero en que sus exhortaciones eran inútiles, se despidió de Don Pio y Doña Juana agradecido por su comportamiento, y de Lucía enojado por el suyo: montó en su brioso caballo y tomó al paso de volatería, en direccion del poblado.
Por lo relatado se habrá colegido que el cura estaba ciegamente apasionado de Lucía, y por cierto que no condenamos su pasion, sino su inmoralidad, puesto que la pastora era preciosa, y sabido es que ningun hombre puede reprimir los ímpetus del corazon cuando ve á una mujer perfecta. * Diez leguas á la redonda de la casa de Lucía no habia una pastora que le igualara en gallardía de cuerpo y belleza de rostro. El lector puede formar opinion de tan sin par hermosura al leer la descripcion siguiente:
Era su estatura alta y airosa como la de Diana Cazadora; á su andar majestuoso imprimia un movimiento tan voluptuoso que habria echo

* Esperamos que no habrá un sólo lector de sano y recto criterio que impruebe la censura que en el presente capítulo hacemos con tanta justicia á los clérigos que se dejan dominar por las pasiones. El cargo no se dirige á la generalidad de los ministros de la Religion, pues no desconocemos que hay muchos sacerdotes que son modelo de virtud, pero tambien tenemos la triste conviccion de que en el clero colombiano hay algunos *Júdas* que bien merecen una severa censura por sus costumbres relajadas. Quiera Dios que esta crítica contribuya á enmendarlos y corregirlos.

entrar en tentacion al mismo Newton, de quien asegura la historia que murió puro como un ánjel á una edad abanzada. Su cuello torneado y garboso sostenía la cabeza más hechicera del mundo. Las facciones de su rostro no pueden describirse, pero vamos á darlas á conocer señalando otras que sean semejantes y que el culto lector haya visto en buenos retratos de personajes históricos. Así pues, decimos; que tenia la nariz recta y perfilada de la casta Lucrecia; los ojos vivos, brillantes y animados de la impúdica Cleopatra; las crespas pestañas y cejas arqueadas de la compasiva y amante Isabel de Castilla, y finalmente la frente elevada y espacioso de la audaz y animosa Judit. Sus cabellos negros como la pluma del cuervo, flotantes siempre en graciosos rizos, sobre sus morenas mejillas, contrastaban con la boca más *blanqui-rosada* que se haya visto jamas. Si la voluptuosa Vénus hubiera conocido esa caja de coral adornada de perlas finas, habría deseado poseerla, para enviarle á Júpiter mil sonrisas de amor. Nuestra heroina era tan graciosa; tan linda; tan perfecta que si hubiera nacido en Grecia en tiempo de Fídias, es seguro que este admirable escultor la habria tomado de modelo cuando pensó tallar en mármol una de esas Minervas que han inmortalizado su nombre.

CAPITULO XII.

Despedida de Jorge y maquinaciones de Chepillo.

YENDO dias y viniendo dias, llegó al fin el 6 de Julio que era el fijado, por Jorge para emprender su viaje al Magdalena. Amaneció claro y resplandeciente y los primeros rayos del sol de un color de rosa encendido, tiñieron las tortuosas líneas de los montes. Los pintados pajarillos al ver la luz se sacudieron entre las ramas de los árboles y abriendo sus picos de cornelina cantaron lo que sabian. La pastora al oir tan dulces gorjeos se incorporó en su lecho, se lanzó rápidamente al suelo, se vistió y salió. Un hombre la esperaba en el patio, quien al verla la saludó diciéndole:

—Buenos dias tenga su merced, niña Lucía.

—Buenos dias tio Juancho, respondió la pastora, ¿qué hay? qué nuevas me trae?

—Vengo de parte de Jorge, á decirle que á la hora esta la espera en Piedra-cargada para contarle no sé qué cosa, y para despedirse.

—Ah!... dijo Lucía suspirando, en verdad que hoy es 6.... Ese viaje de mis pecados va á quitarme media vida.

—El refran dice: "á lo que no tiene remedio hacerle buena cara," con que así, no se aflija su merced.

—Si estuviera en mí, de seguro que no me echaria á la muerte, pero yo no soy dueña de despedir á la pesadumbre que ahora mismo se me ha encajado en el cuerpo.

—Pero entónces, ya sabe su merced que el mal camino andarlo aprisa. Con que así, á despedirse pronto de su querido negrito, que no estará léjos el dia en que lo tenga otra vez á su lado.

—Sí, hombre, guíeme, que al fin y al cabo fuerza es que me despida de Jorge.

El hombre tomó adelante, y Lucía detras sin hablar una sola palabra. Habrian andado un cuarto de hora cuando divisaron á Jorge, quien

salió al encuentro de su novia y la recibió en sus brazos. Las sentidas palabras que se dijeron; los ardientes suspiros que exhalaron; las miradas de fuego que se dirigieron; los mutuos juramentos de amor y constancia que se hicieron, son más para imaginarlos que para describirlos. Dirémos tan sólo que Jorge, al partir, cumplió con revelar á su amada el secreto que le habia anunciado, el que, segun se supo despues, no era otro que hacerla sabedora de que en otro tiempo la fragilidad humana lo habia conducido á amar una pobre labradora, y que de ese amor habia resultado una niña que existia por ahí. Segun se le ha asegurado al autor de esta historia, Lucía no se afligió con la revelacion del secreto, y diz que ella le dijo que por ello no se le daba un ardite, que lo que no habia sido en su año no era en su daño, y que ademas no era tan ignorante que no echara de ver que el honor del hombre no dependia del pudor y de la castidad como el de la mujer. Con esto se despidieron; los dos hombres echaron á andar, y Lucía, llena de dolor, siguió con los ojos los bultos hasta que se le hicieron invicibles con la distancia. No bien los perdió entaramente de vista, tomó cabizbaja el camino de su casa gimiendo y suspirando. Luego que á ella llegó, se entró en la huerta y se sentó inmediata á los límites de ésta con la cara entre las manos, sumida en una tristeza profunda. De repente se levantó, se subió en una piedra grande que allí habia, y con el cuello estirado se puso á mirar hácia el camino que llevaba Jorge, imaginándose que se habria vuelto, atraido por el amor que á ella le tenia. Buscando con la vista el objeto de su cariño, sentia la zagala que sus ojos se le empapaban en lágrimas y que su alma sucumbia bajo el peso de su afliccion.

Mirando tristemente hácia el camino estaba Lucía, cuando hé ahí que pasa Chepillo por cerca de ella y le dice:

—Adios! maravilla del campo!... ¿Qué haces ahí tan pensativa y melancólica?

Lucía, al oir la voz del mozo, dirigió la vista hácia él y respondióle:

—Si estoy triste, por cierto que no es por tí sino por otro.

—Ya sé que Jorge te ha dejado viuda y por ello vengo á consolarte.

—Vete enhoramala, tunante!... Mira que no te pongas donde mi padre te vea, porque es seguro que te rompe á porrazos la figura.

—Con que sí, hé? dijo Chepillo ladeándose el sombrero sobre una oreja; poniéndose una mano en la cintura y escupiendo por un colmillo.... No sabia yo, añadió, que Don Pio fuera tan guapeton. Temiendo estoy que asome, en mala hora las narices, y me haga huir, como el otro dia, con el rabo entre las piernas.

—No te burles, Chepillo, que no todos los dias son dias de Santa Lucía. Si una vez saliste triunfante, hoy puedes quedar con una pierna quebrada; y á fe que ello no me desagradaria, sino que, al contrario, lo celebraria en el alma.

—Veo, prenda mia, que tú estás rostrituerta conmigo, y á fe que no me choca tanto lo que me dices, cuanto el retintin con que me lo hablas; pero mira que ha de pesarte en el alma ese aire despreciativo con que me tratas, pues dia ha de llegar en que eches la baba por mí como la echas ahora por Jorge.

—Si, hé.... sólo que perdiera el juicio. Dios me libre... Bien que en este mundo nadie puede decir de esta agua no beberé; y en esto de querer y amar no debe una escupir al cielo porque á la cara le cae, y esto es tan cierto, añadió Lucía en tono irónico, que de un momento á otro he empezado á sentir que el corazon se me vuelve una melcocha por tí.

—Sabe, amiga, que me agrada oirte hablar así aunque sea de burla, pues el refran dice: que el amor de chanza, algunas veces al corazon alcanza, y que el que juega con candela suele quemarse.

—Si será por eso *alita*, que empiezo á sentir que me ardo.

—Por ello debe ser; y es seguro que no tarda el Diablo en mandar tocar á fuego en los infiernos.

—Si el Diablo manda tocar á fuego es porque me estoy ardiendo por tí, y en tal caso tú debes darte prisa á apagarme, pues no querrás que me vuelva ceniza.

—Te equivocas, alma mia; á mi me conviene más, soplar que apagar, á fin de que tu pecho alce llama y me envuelva en ella.

—Bueno, sopla que yo tengo mucho gusto en que ardamos juntos.

—Oh! será una dicha que nos *abrasemos* los dos.... en una misma hoguera!

—Deberas lo quieres?

—Lucía!.... Lucía!.... me hablas de serio?

—De serio te hablo. Eres un muchacho tan juicioso y te haces querer tanto que nadie puede negarte lo que pidas.

—Si es sátira que no valga; verdad es que yo era algo calavera; pero ya estoy enmendándome.

—Enmendándote? No sabes que la copla dice:

"El que ha sido calavera
Y se trata de enmendar
Deja pasar unos dias
Y vuelve á calaverear?"

—Eso dice la copla; pero no es verdad.

—Bueno, si de veras has cambiado de vida, entónces....

—Entónces sí me amas? le interrumpió Chepillo.

—Con todo mi corazon; con toda mi alma. Jah!.... jah!.... jah.

—No te rias así que me da coraje.

—Estoy para darte gusto; voy á reirme de otro modo: jih!.... jih!.... jih!....

—Estás hoy muy alegre y á fe que debieras estar acongojada.

—Tu presencia me ha puesto contenta; tu charla me ha hecho olvidar lo que me afligia.

—De veras has estado triste?

—De veras; acaso es nada la ausencia de mi *cachirulo*?

—Hagámosle una pegadura á ese caballerito?

—Hagámosela!.... hoy estoy dispuesto á no negarte nada de lo que me exijas.

—Verdad?

—Como lo hoyes.

—Bueno entónces aprovechemos la ausencia de Jorge.

—De qué modo?

—Casándonos. Será un bonito chasco para el mercachifle.

—El chasco sería para tí.

—Para mí? Por qué razon?

—Porque te casarías con una mujer que se moría pronto.

—De tristeza y de pesar?

—No tal; de amor, de gusto, de felicidad. No has oido decir que el contento mata?

—Si es de amor por mí que mueres, no sentiré quedarme viudo.
—Si quieres verme muerta en tus brazos casémonos hoy mismo.
—Te cojo la palabra. Agur, agur, al pueblo á hacer las informaciones, y á que el cura nos case en seguida.
—Tira adelante que ya te alcanzo.
—Adios!.... adios! dijo Chepillo.
Y cogió el camino cantando las siguientes coplas:

"No sé que tengo en el alma
Que explicármelo no puedo,
Tengo celos, tengo amor,
Tengo pesar, tengo miedo.

"Cada vez que yo me acuerdo
Que tengo un amor ingrato
No sé como no me doy
Contra un colchon y me mato.

"Ayer pasé por tus puertas
Con otro te *vide* hablando,
No te presté la candela
Porque yo pasé *jumiando.*

"Aquel hombre que se muere
Sin querer á una morena
Se va para el otro mundo
Sin saber de cosa buena.

"La camisa tengo rota
Que se me ven las costillas,
El buche chiflando de hambre
Y amor que me vuelvo astillas."

Cantando habia muchas coplas de esta clase cuando alcanzó á un hombre que iba con una escopeta al hombro y díjole:
—Hola Perico! qué haces por aquí?
—Cazando tortolitas en las eras.
—Segun eso,

"Toditos son cazadores
Los que por el campo van,
Unos cazan tortolitas
Otros las hijas de Adan."

—Y su merced á qué cacería es más inclinado.
—Si he de decir la verdad, á mí me gusta la cacería que á tí te agrada.
—De veras?.... estoy por no creérselo.
—Sí hombre; pero es la cacería de aves de cierta especie; de esas que no tienen alas ni cola, pero que viven pensando en volar á las nubes y en tener *rabo que les pisen.*
—Mírenlo que gracioso! ya se me habia puesto que su merced andaba por aquí en cacería de una de esas pájaras que ha pintado. Dicen que en La Compañía hay una que tiene muchos aficionados, por sus ojos negros, su pico de coral y sus patitas de paloma, á quien llaman la bella *Pisquita*, y es seguro que es á ella á quien su merced pretende echarle el guante.
—Ah tunante! cómo me cogiste el güiro?
—Muy bien; acaso soy algun *cotudo*!
—No te niego que frecuento esos parajes por ver si puedo cazar á la tal Pisca, y ya que te confieso mi pecado, no siento embarazo en pedirte un servicio, con el cual, si me lo prestas, muy bien puedo coger la presa en pocos dias.
—Siendo cosa que esté en mi mano, bien puede contar conmigo, pues desde que me hizo aquel delicado favor, que muy presente tendrá, estoy dispuesto á servirle en cuanto me ocupe.

—Te he hecho tantos y tan grandes servicios, que no adivino de cual te muestras tan agradecido.

—Cómo! que no adivina su merced? ¿Ha podido hacerme uno mayor al de sacarme de la cárcel donde me tenian sepultado mis acreedores?

—Tienes razon. Recuerdo muy bien que pasando una vez por el pié de la ventana de chirona te ví preso; te pregunté por qué te tenian ahí *protocolado*, tú me dijiste que porque debias y no tenias con qué pagar, y al mometo me fuí donde mi abuelo y lo induje á que comprometiera tus acreedores á que tuvieran piedad de tí, y de ese modo conseguí que te pusieran en libertad.

—Así pasaron las cosas. Tenia dos acreedores los cuales porque no les pagué lo que les debia al vencimieto del plazo, me hicieron poner en la cárcel, con lo cual me quitaron los recursos que tenia para poder cubrirles más tarde, que eran mi libertad y mis brazos. Tan cierto es que de chirona no se saca con qué pagar lo que se debe, que seis meses estuve en ella y mis verdugos no recibieron un maravedí; me escarcelaron y pronto empecé á darles algo.

—Hombre! y cómo diablos te echaste á cuestas esas deudas?

—Va á saberlo su merced. Cuando fuí mozo grande, comencé á sentir la necesidad de tener plata en el bolsillo y para conseguirla eché ajenciarla con mi trabajo; pero como mi padre era muy *agallento* me quitaba siempre cuanto cuartillo me veia. Comprendiendo yo que el sudor era para mi cuerpo y el provecho para el de él, resolví pararle el macho y se lo paré en regla, y entónces dió el buen hombre en tratarme á la baqueta. Como mi vida iba cada dia de mal en peor; una noche puse piés en polvorosa y fuí á dar á la ciudad de Neiva. Seis años pasaron sin que yo supiera nada de mi familia, y al cabo de ellos me encontré un dia con un indio de este pueblo, quien me contó que hacia más de un año que mi padre era alma de la otra vida y que habia dejado muchos intereses. Con tan buena nueva determiné venir á reclamar mi herencia, y á pocos dias me puse en camino. A mi llegada supe que mi padre habia dejado una bonita estancia inmediata á Bogotá que no dejaba de valer tres mil patacones, y que mi hermano (el único que tengo) habia dispuesto de la parte que me correspondia. Como el ladronazo vivia en Chapinero, me fuí á buscarlo para que me pagara lo que me habia quitado. Preguntando aquí y allí, dí con su casa; quiso la suerte que lo encontrara en ella, y al momento, casi sin saludarlo, lo reconvine por la mala partida que me habia jugado, y el perillan me salió con que era verdad que habia vendido lo que mi padre me habia dejado, porque habiendo corrido yo por muerto, el Juez lo habia declarado á él único heredero. Como nó quiso arreglar á buenas mi crédito, dí un brinco á Bogotá, busqué un abogado, le conté el asunto, él me manifestó que era pleito ganado, y que se encargaria del poder si le daba para los gastos del juicio y la mitad de lo que recuperase con la sentencia. Convine en la propuesta, y ese mismo dia en que celebramos el negocio me hizo aflojar cincuenta pesos para papel sellado, derechos de escribano y para no se que más. La demanda se entabló; pero no pudo notificarse en muchos meses porque mi hermano se ocultó, y, segun me dijo mi apoderado, en tal caso era necesario nombrarle un curador de bienes con *entrevacion* ó.... *intervencion* del fiscal, para seguir el pleito con él. Por esta razon el curso del juicio comenzó á demorarse; pero no por esto los gastos se suspendian. No habia vez que me acercara á mi apoderado á hablarle del

pleito que no me pidiera dinero. Ya comenzaba á desesperarme con tanta socaliña cuando ocurrió entre él y yo un suceso muy chistoso á causa de los crecidos gastos que me obligaba hacer. Acerquémele un dia á preguntarle en que estado estaba la litis, y me dijo: "Amigo, el Juez acaba de pronunciar un auto en el cual dice que *vista al fiscal....*" Qué vista al fiscal? le repliqué yo enfurecido, no faltaba más; que lo vistan todos los diablos, que yo estoy ya arruinado. Mi apoderado soltó una carcagada y díjome:—Cálmese usted; usted no comprende el auto del Juez; éste no manda que usted le dé al fiscal ropa con qué se vista, sino que el expediente pase en *vista á él* para que exponga lo que fuere conveniente. Yo le pedí mil perdones por mi error y me retiré contento, porque era la única vez que salia bien librado de sus uñas. Despues de dicho auto, el Juez nombró el curador, y el juicio se siguió con él. Pero qué gastos; Dios Santo! en ménos de dos años consumí en el pleito trescientos pesos que habia traido de Neiva, y cuando me ví en la inopia iba perdiendo la chaveta. Lleno de congoja me fuí entónces á donde mi apoderado y le dije que bien podia dejar la litis en el estado en que estuviera, porque yo no podia darle un cuartillo más. El pícaro estafador me respondió:—Hombre de Dios! sepa usted que el pleito está para concluirse y que con un pequeño sacrificio que haga, conseguirá la herencia que reclama. Si en tan mala hora renuncia el derecho á los bienes que le dejó su padre, me hace á mí perder mi trabajo y usted queda arruinado.

—Vaya un pícaro redomado! exclamó Chepillo; podia jurar que ese bellaco no es abogado sino tinterillo, y tinterillo famoso. Decir el grandísimo maladrin que si tú desistias del pleito, él perdia su trabajo, habiéndose engullido ya trescientos pesos, es la prueba más clara de que el bribonazo es un estafador de siete zuelas, pues, que más habia podido gastar en papel sellado y en derechos de escribano que unos ochenta ó cien pesos? Amigo, yo sé que cuando los tinterillos conocen que el pleito que dirigen ha de perderse, hacen lo que los médicos boticarios cuando comprenden que el enfermo á quien recetan, es pobre ó tramposo, que se dan sus trazas de sacar en los medicamentos lo que valen las recetas. Del mismo modo los tinterillos sacan el valor de su honorario, en las cantidades que piden para gastos del juicio.

—Que el dicho apoderado es hombre de mala conciencia, dijo Perico, no tengo de ello la menor duda; que sea abogado ó tinterillo, lo ignoro, pues, no es tanta mi malicia que distinga la diferencia; pero por lo que yo imagino, ésta no debe ser ni como el grueso de un pelo, y tengo para mí que han de parecerse tanto, como los usureros á los ladrones ó los zorros á los perros.

—Cómo se llama el que fué tu apoderado?

—Don *Frutos de la Uña*, y como su merced vé le canta el nombre que es un gusto. Pero permítame que le ensarte hasta el fin mi cuento. El susodicho sujeto tuvo labia para convencerme de que debia tomar prestados cien patacones para los últimos gastos del pleito, y sin pensar en las consecuencias de una deuda, me puse á solicitarlos, y por malos de mis pecados dí con Don *Amador del Real*, á quien Dios le ayude por la usura con que me los dió.

—A qué interes te los prestó?

—Ahora verá su merced lo que me pasó por no conocer al mundo; que bien dicen que el que ignorantemente peca, ignorantemente se lo lleva el Diablo. Yo que jamas habia sabido lo que era deberle á nadie

un cuartillo, no tenia, por ello, conocimiento del interes corriente del dinero y por esta razon me obligué á pagar el que el desalmado me pidió que fué el de un real por peso mensual, y lo bueno del cuento es, que entónces no me pareció excesivo, pues pensé que en un mes, ¿ quién no ganaba un real con un peso? mi error estuvo en no calcular que con cien patacones ya la cosa variaba; ya el cuento era distinto.

—Jesus! qué conciencia!.... Los usureros y los ladrones son de un mismo linaje, no hay duda. Robar como roba Don Amador, es peor que con ganzúa, puesto que los verdaderos ladrones hacen el mal á los que algo tienen, y los usureros á los infelices que van cuesta abajo.

—Santa palabra! A mí me dejó en la calle mi acreedor. Esclavo de él soy, y lo seré toda mi vida, porque apénas ganaré con qué pagar los intereses; más, el capital quedará siempre sobre mí.

—Y en qué paró el pleito?

—El pleito no paró tan pronto, señor; él siguió andando poco á poco miéntras que yo corria á mi completa ruina. Despues de que mi apoderado se engulló los cien pesos que me habia prestado Don Amador, y se persuadió de que yo estaba en la miseria y sin crédito ninguno, me dijo que lo mejor que podia hacerse era acabar el pleito por transaccion. Yo convine; él me exigió poder para transar; se lo dí y á los cuatro dias no más me participó que el asunto estaba arreglado. ¿Sabe su merced cómo? Escúcheme y verá como se le enciende la sangre de coraje. El convenio fué que mi contrario me diera quinientos pesos (la 3.ª parte de lo que valia mi herencia sin sus productos en cuatro años) y que yo le pagara al apoderado de él su trabajo.

—Ah!.... ah!.... ya comprendo, dijo Chepillo; entre los dos tunantes se repartieron lo que tú debias recibir segun el convenio, y á tí te dejaron por puertas.

—Sí señor; á mi apoderado tuve que darle doscientos cincuenta pesos por su honorario y al de mi hermano trescientos.

—De suerte que sáliste *pringado* en cincuenta.

—Con esa deuda quedé á cuestas, señor.

—Y con la de los cien pesos que te dió prestados Don Amador del Real.

—Junto con sus intereses que suben ya á una suma mayor que la que me dió en préstamo.

—Y ademas de estas pérdidas has tenido otra más crecida; la de los trescientos pesos que trajiste de Neiva.

—Ahora métamele pluma á los gastos que hice en tantos viajes á Bogotá; al tiempo que perdí én la cárcel y á otras menudencias que algo valen, y verá su merced qué suma tan gorda!

—No te habrán quedado ganas de volver á pleitear.

—No me hable de eso señor Don Chepillo. La experiencia me ha enseñado que los abogados son unos buitres hambrientos que al desdichado que cae en sus garras, le sacan las entrañas. No ha mucho he sabido que cuando Don *Frutos de la Uña* me vió en la indigencia se fué á donde Don *Tremebundo Vampiro*, (así se llama el apoderado que fué de mi hermano) y le dijo que comprometiera á su poderdante que se transara, que él me comprometía á mí á lo mismo, y que de este modo ellos se llevarian la mejor tajada, y ya su merced ha visto que con este ardid los bribones consiguieron desplumarnos, y aun descrestarnos como dijo el otro.

—Esa es *volada* de tinterillo viejo; de esas ha hecho á millares el tinterillo mayor del pueblo, dijo Chepillo.

—Pero lo gracioso del cuento es, que no contentos con háberme arruinado, se convinieron en burlarse de mí, haciéndome creer que la transaccion habia sido tan buena, que si hubiera ganado el pleito no me habria ido mejor. Mi apoderado me lo juraba; me lo aseguraba el de la parte contraria; mi hermano me lo afirmaba y mis amigos me daban los parabienes. Tanto se esforzaron todos en engañarme, que llegué á persuadirme de que era verdad tal cosa, aunque me sentia en la indigencia. Me sucedió lo que á aquel hombre que iba por las calles de no sé qué ciudad (de Bogotá seria), con un conejo en las manos gritando: ¿quién me compra este conejo? y habiendo visto y oido al tal unos estudiantes, se convinieron en convencerlo de que lo que llevaba alzado era un gallo, y para ello fueron pasando por cerca del hombre uno á uno y diciéndole: – Cuánto vale el gallo? El vendedor del conejo que no habia comprendido la trama echó en hora mala al primer estudiante creyendo que se burlaba de él, y cuando llegó el segundo se contentó con responderle:– no es gallo, señor, sino conejo. Al oir la pregunta del tercero no contestó palabra, sino que bajó los ojos y miró al animal para asegurarse de que era conejo. Conociendo que no lo engañaba la vista, preguntó de nuevo:– ¿quien me compra el conejo? A estas voces se presentó otro estudiante y le dijo: – amigo, cuánto vale el gallo? Convencido el hombre de que su animal no era conejo, respondió: – vale una peseta, señor; y por tal lo vendió.

—Ese cuento, dijo Chepillo, me recuerda aquel otro de un hombre que estaba enfermo y que lo recetaba un médico que tenia en el pueblo fama de sabio porque usaba las barbas muy largas, hablaba poco y era muy serio. Es el caso que el enfermo se privó un dia; la familia llamó al médico; éste llegó, le tomó el pulso al privado y declaró que era alma del otro mundo. Como el enfermo era rico, los herederos resolvieron enterrarlo en el momento, ántes de que volviera en sí, si era que no habia muerto, y al instante cargaron con él para el cementerio: al echarlo en el hoyo, el infeliz dió un gemido y se sentó.—¿Qué vais á hacer de mí? les dijo á los sepultureros.—A enterrarte, le respondió uno de ellos. A enterrarme? replicó el enfermo, no me veis vivo?.... estais locos? – No, respondió el mismo enterrador, dirás tú más verdad que el médico que te recetaba, el cual ha asegurado que tú eres hombre muerto?—Al oir el buen zopenco tan poderosa razon, contestó: Si eso dice el médico, él sabrá cómo lo dice; bien pueden enterrarme.

—Y es seguro que lo sepultaron aunque lo vieron vivo, dijo Perico, como me enterraron á mí en la cárcel Don Tremebundo y Don Amador aunque me vieron en la miseria......

—Con que ellos fueron los que te hicieron poner en chirona!

—Ya no se acuerda su merced que con esos dos prógimos tuvo que hablar para sacarme de la cárcel?

—Yo no hablé con ninguno de ellos, sino mi abuelo, pues, á él fué á quien recomendé que lo hiciera, un dia que se iba para Bogotá.

—Dios proteja á Don Lorenzo y á su merced, que si no es por los dos, ahí estuviera yo blanqueando.

—Ya que de mí estás tan agradecido págame ese servicio.

—Ojalá pudiera reconpensárselo de alguna manera, que no lo excusaria.

—Voy á darte la ocasion á ver como te portas.... Sabes, amigo, que tengo un ribal y que deseo salir de él

—Que tiene un ribal!.... y que desea salir de él!.... le dijo Perico, deteniendo el paso y mirando á su interlocutor con asombro.

—De qué te admíras?.... Tiene algo de extraño que yo quiera salir de un ribal?

—Piensa su merced que porque soy cazador de aves lo sea tambien de hombres?

—No Perico, yo no pienso tal cosa. Acaso á un ribal sólo se le puede sacar de enmedio, de un escopetazo?

—Quiere por ventura que lo envenene?

—Quién te habla de envenenarlo? imbécil?....

—Desea, entónces, que le dé una paliza con el fin de descomponerle la figura para que lo aborrezca la novia?.... Pero el que apalea puede matar, porque nadie es dueño de descargar un garrotazo con rabia en el sitio que quiera, ni con ménos fuerza de la que tenga.

—Tampoco escojo ese medio, porque á la verdad es muy peligroso. Tengo un plan para mandar al mercachifle Jorge á trompetear al Calvario, plan que en el caso de que me ayudes á ejecutarlo, no te comprometerá en lo más mínimo.

—Sí el tiro no es el de echarlo á pasear al otro mundo, estoy dispuesto á hacer todo lo que su merced me mande, á pesar de que Don Jorge Gavilan no me ha hecho ningun perjuicio.

—Te lo prometo por mi palabra de honor.

—Esplíquese, pues, á ver si nos entendemos.

—A su tiempo lo sabrás todo, y el dia no está léjos, pues ya empiezo á preparar lo necesario para darle el golpe, que tengo proyectado.

—Puede su merced contar conmigo.

En esto llegaron á un puesto donde el camino se dividia en dos sendas y se despidieron; Chepillo tomó por la una y Perico por la otra.

Nosotros tambien nos despedimos aquí del lector, porque es tarde de la noche y deseamos acostarnos á dormir.... Con que así, adios; hasta el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Donde se prueba hasta la evidencia que una persona cargada pesa más que la misma persona sin carga.

PASÓ el tiempo. Diez y siete dias corrieron y no bien alumbró el sol del 23 de Julio se levantó Lucía de su cama llena de gozo porque se le vino á las mientes que ese era el dia que su amante le habia fijado para que volvieran á verse. Lucía revosaba de contento; sus ojos de águila brillaban como un espejo que se mueve debajo del sol; su encarnada boca entre abierta por una lijera sonrisa dejando al aire libre sus preciosos dientes, semejaba una cajilla color de púrpura con dos hilos de perlas cuidadosamente colocados en ella. Jamas habia estado tan bella y arrebatadora esta hija de los prados.

El astro del dia habia discurrido las dos terceras partes de su carrera cuando la graciosa zagala se subió á una colina inmediata á su casa. Al llegar á la cima exhaló un suspiro y fijó su vista en la faja gris del camino por donde su novio debia venir. De vez en cuando extendia sobre la frente su linda mano para ver mejor, velando sus ojos de los rayos del sol, y entónces buscaba con su inquieta mirada al hombre cuya presencia le hacia latir el corazon y cuya ausencia turbaba su reposo. Apénas columbraba un objeto allá en lontananza entreabria sus labios de rosa para decir:

—Ay!.... bendito sea Dios! que ya viene el alma mia de mi negro.... Sí, es él, él es, no hay que dudarlo.... Si supiera que estoy aquí cansada de esperarlo alargaria las zancas.... Pobre palomito mio! cómo lo idolatro!

Cuando el bulto llegaba á una distancia tal que podia ser reconocido por Lucía, dejaba esta salir del fondo de su corazon un triste sollozo, y cual flor que se dobla sobre su tallo, inclinaba sobre el pecho su cabeza abatida.

Cansada de desengaños descendió rápidamente la colina y se encaminó hácia una campiña vestida de dorada mies, donde unos segadores con su curba hoz en la mano derribaban á su paso los brillantes tallos espigados.

Habia avanzado buen trecho cuando alcanzo á columbrar á lo léjos una bestia cargada; pero por más que abria los ojos no distinguia de qué fuera la carga que tan extraña le parecia.

—¿Qué diablo de bulto viene sobre aquel caballo? se dijo y aceleró el paso.

Luego que estuvo á tiro de bodoquera, pudo notar que la bestia que á lo léjos habia visto no era otra que una yegua rucia que tenia su padre; que sobre dicha hembra iba una carga mixta; mitad hombre, mitad gavillas de trigo; que la yegua llevaba al hombre sobre sus lomos y que el hombre sostenia en los suyos unos cuantos haces de yerba. Tambien observó la pastora que el jinete descargaba furiosos palos sobre el cuello y la cabeza de la hembra, sin que esta diera muestras de querer continuar el camino.

—Hombre de Dios! estás loco? le preguntó Lucía á Liberato (que no era otro el iracundo jinete), así como estuvo cerca de él.

—No señora, estoy en mi sano juicio.

—Si estás en tus cabales ¿por qué llevas las gavillas de trigo sobre tus espaldas y así cargado vas montado en la yegua? ¿y por qué tratas tan mal á esa desdichada bestia?

—Voy á decir á su merced lo que hay en el caso. Desde el primer canto del gallo estamos llevando la *rucia* y yo gavillas á la era, y de lo mucho que hemos andado y de lo poco que hemos comido, se nos han aflojado tanto las corvas que ya no podemos dar paso. Al principiar este viaje iba yo tan despiado, porque ha de saber su merced que soy de carne y hueso como cualquier animal....

—Bien, ibas despiado y qué?....

—Iba tan despiado, en términos de no poder dar una zancada más, que comencé á pensar lo que debia hacer para no dejar la tarea.—Voto al diágiro, me dije de golpe; soy un animal, ¿por qué no me le encaramo á la rucia por detras? Dicho y echo, *suápite!* me le acomodé bonitamente en las ancas.... Quién ha de creerlo! la condenada apénas me sintió encima empezó á colear, á echar atras las orejas y á plantarse.... Jesus! qué coraje! Entónces si fué cierto, para que he de negarlo, levanté mi zurriaga y le descargué en el pescuezo dos furiosos garrotazos; pero nàda; la maldita no se meneaba; parecia que habia echado raices en el suelo. Visto que la excomulgada yegua no queria llevar el tercio de carne humana y el de gavillas, me puse á cabilar qué haria para que ella no se riera de mí. A fin de que el parto fuera bueno, cerré los ojos, me encomendé á buen santo, y de golpe me asomó al magin la cosa más famosa.... Ah! ya sé, me dije; aliviando á la rucia del peso de las gavillas debe andar como un ringlete. No, bien se me encajó en los cascos

ese pensamiento le rogué á un buen cristiano que á ese tiempo pasaba por aquí, que me echara el tercio á cuestas, ya que yo no podia hacerlo desde á caballo, y así como el hombre me plantó la yerba en las espaldas eché á darle y darle á la yegua calcañarazos por el vientre, y como la bribona se declaró muerta, yo me declaré vivo y zas, zas, comencé á cascarle con toda mi alma.... Ay Dios mio! como pierde uno la cabeza cuando se le canza la bestia!.... En estas estaba cuando su merced me dice:—Hombre de Dios! estás loco?.... Esto es cuanto ha pasado sin quitarle ni añadirle.

—Eres más bruto que la misma yegua en que cabalgas; crees por ventura que la rucia no sufra el peso del trigo por qué tú lo llevas á cuestas?

—Por qué no he de creerlo? Ella vá sudando por mí y yo por el peso de estas malditas gavillas que me llevan desollado el espinaso.

—Hombre sin seso! escúcha: cierto es que tú cargas el trigo, pero no me negarás que la yegua carga contigo y con la yerba y hé aquí la razon por qué la infeliz se fatiga.

—Quiere su merced darme á entender que la rucia se cansa con la carga que yo llevo? Voto va!.... eso no me lo harán creer ni las ánimas benditas.... Se le quita á su merced el hambre con lo que yo como?

—Oh! qué imbécil!.... gritó la pastora tapándose la cara con las manos, tú no naciste para andar en dos piés, Liberato Chirlobirlo.

—Por la vírgen! esto ya pasa de raya!.... conque quiere ahora probarme que yo caminaria mejor en un *cimiento?*

—En un pié no; pero en cuatro sí, como los asnos.

Liberato se quedó perplejo meditando en lo que su ama quisiera darle á entender con eso de caminar en cuatro piés y dijo hablando entre sí:

—Esas cosas me revuelven el magin; por Júdas que no entiendo ni pisca de lo que quiere decirme.

—Vamos! echa pié á tierra que voy á convencerte, le dijo Lucía con imperio.

Liberato no esperó que la zagala le repitiera la órden, al punto soltó el tercio que llevaba á cuestas, el cual rodó hasta las patas de la rucia, y en seguida se apeó.

—Pónte en cuatro piés, le mandó la zagala.

Liberato no vaciló en apoyar las manos en el suelo, pues al momento se le vino á la cabeza que su ama iba á demostrarle porqué habia nacido él para andar como los asnos.

Lucía se aproximó al hombre-cuadrúpedo y de un brinco se montó en él.

—Camina! le dijo.

Liberato haciendo un esfuerzo dió algunos pasos.

Verificado esto, la moza se apeó, fué adonde estaban las gavillas, se las hechó á cuestas, volvió donde estaba su criado, (el cual la esperaba en cuatro piés) y se le sentó en las espaldas.

—Cuerpo de Cristo!.... míre su merced que me aplasta, dijo Liberato cuando sintió sobre sí el peso de la mujer y del trigo.

—Camina, hombre, como la vez primera que me puse sobre tí, ¿por qué te quejas ahora?

—Niña! mire que me atortilla.

—Oh no! ¿cómo he de apachurrarte con sólo el peso de mi cuerpo? ¿No van sobre mí las gavillas?

—Ya no aguanto!.... dijo el hombre, y se echó.

En el momento en que el cuadrúpedo se desbarató debajo del cuerpo de la pastora, ésta se fué de espaldas alzando bruscamente los piés al cielo, sin que pudiera evitarlo. Ligera se levantó con la agilidad de un gato y miró á todas partes para asegurarse de que nadie la habia visto caer, y no bien se convenció de que no habia más testigo de su vuelta de carnero, que la yegua, tranquila se puso en marcha hácia la campiña de trigo.

Liberato asombrado con lo que le habia pasado, se quedó meditando cual fuera la razon por qué su ama cargada pesaba más que su misma ama sin carga.

CAPITULO XIV.

Ambalema es la antecámara de la eternidad.

LA CAMPIÑA de trigo á donde Lucía se encaminó era magnífica. Las brillantes espigas de un amarillo resplandeciente se mecian al soplo del viento semejando un lago de doradas aguas, encrespadas por el huracan. Los segadores medio hundidos entre la mies, con la hoz en la diestra, abanzando lentamente y cantando unas coplas adecuadas á su oficio, parecian los vogas de ese lago encantador. Lucía al ver de cerca á los alegres hijos de Céres que derribaban las brillantes cañas de trigo, y á las ágiles respigadoras que fabricaban á toda prisa las gavillas, sintió la delicia que el proscrito siente cuando vuelve á ver su país natal, porque ella como la chisga habia pasado sus primeros años al campo razo entre la mies. Su contento fué tan grande que involuntariamente empezó á acompañar con la mas dulce voz á la de los segadores quienes cantaban los siguietes versos:

Cuando Dios su luz envía
El ave en el cielo canta,
El arador se levanta
Y principia su labor;
Unce gustoso sus bueyes,
Al yugo prende el arado
Y sobre el suelo mojado
Surcos traza con primor.

Preparada ya la tierra
Como base y como abrigo
Deposita en ella el trigo,
Y la planta echa á nacer;
Con el sol y con la lluvia
Crece la delgada caña
Y la amarilla zizaña
Se puede á su lado ver.

Cuando madura la espiga
La cortan los segadores
Y coronada de flores
Va á la gavilla despues;
Alegres zagalas cogen
El lizo y dorado tallo
Y lo trillan, del caballo
Arrojándolo á los piés.

De súbito la jóven dejó de cantar y no bien espiró en sus labios la última nota, un triste suspiro salió de su pecho y dos gruesas lágrimas se agolparon á sus negros ojos. Su alegría no fué sino como uno de esos relámpagos que iluminan todo el horizonte, y que llevan tras de sí la tempestad.

—Tengo mis temores, exclamó, de que á Jorge le haya sucedido alguna desgracia.

Pronunciadas estas palabras echó á correr como una loca hácia la colina donde habia estado horas ántes. Jadeante la pastora, con la nariz dilatada, los ojos salientes, las megillas encendidas, coronó la altura, desde donde iba á ponerse en observacion nuevamente.

—¡Ay que me muero de cansancio! dijo, y se dejó caer descoyuntada sobre el mullido césped. Largo rato estuvo allí inmóvil como un muerto, con la frente unida al suelo. Sus cabellos extendidos encima de las espaldas, flotaban al soplo del viento como las negras alas de un cuervo al descender sobre el tronco de un árbol. Así como el sol enjugó el sudor que bañaba su rostro, y la inaccion le restituyó las fuerzas perdidas, alzó la cabeza, se apoyó en una mano para incorporarse y se puso en pié; entónces alcanzó á ver no muy léjos á un hombre que andaba aceleradamente en direccion de donde ella estaba y que conducia cargada una maleta, cuyo cabestro sujetaba con el brazo izquierdo doblado sóbre el pecho.

Lucía al reconocer al hombre, exhaló un grito de placer y descendió la pendiente dando descomunales brincos cual dogo al avistar un conejo.

Pero ¿quién era este hombre? ¡Cuidado con engañaros querido lector; cuidado con pensar que era.... Jorge; pues si eso creeis, vive Dios! que sufris chasco.

El viajero era un viejito de pequeña estatura; cenceño de cuerpo; de rostro arrugado por la edad, y tostado por los ardientes rayos del sol del Magdalena, amigo íntimo de Jorge Gavilan y habitual compañero de éste en todas sus correrias. Era en una palabra, el tio Juancho.

El hombre apénas vió á Lucía se adelantó á saludarla, dándole vuelta entre las manos á su sombrero de palma.

—Buenas tardes, niña, le dijo.

—Hola! tio Juancho ¡qué milagro es verlo?...... ¿No me dá usted razon de Jorge?..... Dónde lo ha dejado?

—En cuanto á Jorge, es necesario que su merced sepa, buena niña, lo que le ha sucedido. Por cierto que yo me he manejado como un buen amigo y su merced nada tendrá que echarme en cara.

—Dios mio! exclamó Lucía poniéndo la cara más afligida que se haya visto jamas, ¿se ha muerto Jorge?.... lo ha dejado usted enfermo?.... Dígame, por Cristo, lo que le haya acontecido; no me oculte usted nada.

—Toda prisa tiene su despacio, dijo el hombre con una pasta admirable; vamos por partes.

—Por lo que más quiera hable usted; dígame por Dios lo que le haya sucedido.

—No hay que precipitar las cosas, Dios da tiempo para todo.

Luego alzando los ojos al cielo como para calcular la hora por el punto que ocupara el sol añadió:

—Es temprano todavía; muy bien puedo echarle todo el cuento.

Lucía pareció resignarse, aunque por su semblante y por el modo de retorcerse las manos, se le notaba la más terrible inquietud.

El tio Juancho resuelto á referir cuanto le habia ocurrido con Jorge, se dispuso á ello empezando por sacudir las espaldas, con cuyo movimiento hizo resbalar la maleta al cuadril. Verificado esto, pasó el cabestro por encima de la cabeza y puso el lio á sus piés. En seguida metió lentamente la mano izquierda en el bolsillo de los pantalones, sacó un yesquero de cuerno, y de entre este hizo salir sacudiéndolo, un maguey, un pedernal

y un grueso eslabon. Estas tres piezas las colocó convenientemente y zic zaz, la chispa brilló y fué á inflamar en el acto la pavesa del combustible. Encendido el maguey echó á moverlo aceleradamente con una mano miéntras que con la otra sacaba del forro del sombrero un cigarro. Tan pronto como puso fuego al tabaco, guardó los chismes, adelantó un pié, hizo oscilar el cuerpo sobre las caderas, colocó una mano en la cintura y dijo:—Como iba diciendo á su merced, (y no habia dicho nada) salimos de aquí.... haber.... hoy hace diez y siete dias, ¿no es así?

—Sí, hoy hace diez y siete dias, tiene usted razon; pero abrevie el cuento que me muero de angustia.

—Poco á poco se anda léjos. Pues bien, salimos de aquí hoy hace diez y siete dias y caminamos de sol á sol como dos animales. Tal vez no me lo creerá, pero fuimos á hacer noche al pueblo de Funza. Ahí nós quedamos á dormir donde una señora.... Cómo es que te llamas?.... haber.... Tengo el nonbre en la punta de la lengua.... Dios mio! que memoria tan mala.... Pero, en fin, nos quedamos donde una señora que es mujer de un caballero largo como un barredero y delgadito como una flauta....

—Eso no hace al caso, tio Juancho, vaya usted derecho al grano y haga á un lado la hojarasca.

El narrador arrojó una bocanada de humo, que subió al cielo en cortadas espirales, y luego dijo:

—Todo debe platicarse, niña Lucía; pero voy adelante. Esa noche era de ver al bueno de Jorge; parecia una mirla de puro alegre y una cotorra por lo mucho que charlaba. Média noche completa me tuvo entretenido contándome maravillas de su novia. Me dijo que la queria como á las dos niñas de sus ojos; me refirió mil primores que ella sabia hacer; me habló del buen génio que tenia.... Phts! me dijo tanto! tanto me conversó que ya empezaba á darme coraje, porque yo queria dormir y él no dejaba de charlar. Ya estará bueno, le decia, durmamos hombre. Como si platicara con una tapia.... se le soltó la lengua al muchacho como á los loros que comen sopas de bizcochuelo en vino y no fué posible que callara. A mí por fin me venció el sueño; pero le oia la conversacion entre gallos y média noche, porque el maldito mozo no dejaba la palabra. No sé á que hora se le aquietaria la lengua, pues al fin me quedé como una piedra y cuando desperté ya empezaba apuntar el dia. No bien vi los primeros rayos de luz, llamé á Jorge, nos levantamos y cogimos camino. Así como llegamos á la Boca-del-monte se me acercó el muchacho y me dijo:—Tio Juancho, que dice usted de aquellas nubes negras que quieren venirsenos encima? Ya estoy en ello, le contesté, y lo que pienso es, que vá á desatarse una tormenta de todos los demonios que no nos dejará cosa seca. Todo fué decir esto, y se nos encajó el chubasco encima.... Dios santo! como culebreaban los rayos entre las nubes; aquello parecia el dia del Juicio!

—Dios mio! exclamó Lucía, en el colmo de la desesperacion, que hombre tan pesado!.... Por qué no me dice usted en dos palabras lo que sucedió?

—Allá voy niña, dijo el tio Juancho arrojando grandes bocanadas de humo, y en seguida añadió:

—Serian cerca de las siete de la noche cuando llegamos al Aserradero hechos una sopa, agobiados de fatiga y medio muertos de hambre.... Qué noche esa!.... no se me olvidará en los dias de mi vida! En toda ella no dejaron de dolerme los huesos, ni supe que fuera pegar los ojos.

Al tercer canto del gallo nos cargamos las maletas y por aquí que es más derecho, cogimos cuesta abajo á paso de indio jaulero. Anduvimos todo ese dia y como á eso de las nueve de la mañana del siguiente entramos en el pueblo de Ambalema. Luego que aseguramos la posada nos dirigimos á una tienda donde Jorge compró las donas para su novia. Un sombrerito blanco y pequeñito como un huevo de paloma, tan bonito y currutaco que *ay á yay;* un corte de paño negro para mantilla, suave y fino como una telaraña; otro corte de zaraza colorada para enaguas que parece un tafetan y unos dos pañuelitos de seda de lo más cuco, que no hay más que ver. Por la noche me dijo el muchacho:—Tio Juancho, me siento algo malo.—Pues acuéstese usted, le contesté.—No haré tal, me dijo, quiero sudar un poco que eso me aprovechará. Dicho y hecho, cogió la calle y se largó á *parrandear.* Toda la santa noche se estuvo en trisca y tuna; bebió, se trasnochó; agréguese á ello la mojada que lo cobijó en el camino y héme que al otro dia no levantó cabeza.

Lucía se extremeció de espanto; pero no articuló palabra; la infeliz temia entónces saber el fin de la historia.

El tio Juancho trozó con los dientes por la mitad el tabaco, que de lo mucho que hablaba y de lo poco que fumaba se le habia apagado, y segun costumbre inveterada, trasladó el fracmento al carrillo izquierdo. Hecho esto, prosiguió su narracion.

—Como á eso de las doce me dijo:—Siento un calofrio que me hace tiritar todo el cuerpo; la cabeza parece que va á rompérseme; los brazos me duelen como si me los hubieran apaleado:—Malo está eso, le respondí, no hay para que dudarlo, usted tiene la *fiebre amarilla.* Prontico me fuí adonde el dueño de la posada y le supliqué que me recetara al muchacho, como conocedor que debia ser de la maldita enfermedad.—Si su compañero tiene la fiebre, me dijo, el pícaro perro, sáquelo al momento de la pieza, yo no quiero que se me contamine mi familia; usted sabe que esa enfermedad es como el incendio, que una pequeña chispa es suficiente para encender y destruir en breve toda una poblacion. No valieron súplicas ni lágrimas; tuve que envolver al pobre de Jorge en un jergon y cargar con él á un corredor.

Lucía dió un grito de dolor y se quedó como extasiada.

—No hay porque hacer tantos aspavientos; todos hemos de morir. Pero voy adelante con mi cuento. Dejé al muchacho en el corredor y me fuí en busca del señor cura porque primero está el alma que el cuerpo. Ay! no quisiera decírselo, niña, pero en esa tierra maldita no encontré un sacerdote que lo confesara.... en Ambalema no hay cristianos!.... Perdida la esperanza por ese lado me puse á buscar un curandero que fuera á hacerle un remedio al enfermo; pero no encontré una alma piadosa.... en ese pueblo no hay caridad! Desconsolado y lleno de tristeza volví al lado de Jorge y lo hallé con un pié dentro de la sepultura. Entónces con una voz ronca y destemplada, que me parece que la estoy oyendo, me dijo:—Escúcheme usted mi buen amigo; yo me siento morir; dentro de pocas horas seré alma de la otra vida; cuando yo haya espirado, tome usted del dinero que dejo en mi carriel, la suma necesaria para todos los gastos; envuelva mi cuerpo en una mortaja; deposite éste en un cajon; haga que le canten á mi alma un entierro y despues.... acompañe mi cadáver al cementerio.—¿Por qué sacude usted de ese modo la cabeza? me preguntó en seguida.—Porque en esta tierra impía, le respondí, no hay ni cura que cante el entierro, ni cementerio donde enterrar los muertos; aquí el que mue-

re lo sacan en silencio de su casa y lo botan á la playa para que se lo coman los perros ó al rio para que se lo engullan los caimanes.

Lucía al oir esta triste relacion empezó á gritar como una desesperada, y á soltar unas carcajadas nerviosas como si estuviera loca.

El tio Juancho se encogió de hombros y continúo impasible su narracion.

—Qué he de hacer, haga Dios su voluntad! dijo Jorge con una conformidad cristiana que me llenó de asombro. Ya que eso no es posible, agregó, voy á exigirle otro servicio. Cuando usted se vaya de este lugar no deje de llevarle á Lucía esas cosas que compré para ella y que tengo por ahí. Entreguele todo y digale que cerré los ojos pronunciando su nombre. A mis padres digales otro tanto y deles el dinero que encuentre en mi carriel.—Bien, muy bien, le contesté, cumpliré su última voluntad, muera usted tranquilo.

Seria más de media noche cuando empezó á morir y volver á la vida. Se asemejaba en su agonía, el pobre mozo, aquellos candiles faltos de aceite cuya luz se consume y se levanta por intervalos hasta que al fin se apaga para siempre. Ni más ni ménos Jorge moria y volvia á la vida, y de golpe, buenas noches!.... negocio concluido!.... se murió el bueno de Jorge!.... Un bulto ménos y un claro más, dije para mi capote.

Cuando concluyó esta terrible historia, Lucía estaba tendida en el césped, con la cabeza reclinada en un barranco, la boca fuertemente cerrada y sin respiracion.... se habia desmayado!

—Aquí están las donas que le legó el *difunto*, añadió el viajero, dándole á la maleta con el pié.

En seguida se puso en cunclillas; echó á desatar el lio y hablarle á la pastora, como si lo escuchara:

—Niña no se aflja, que á Dios gracias, no sólo Jorje ha muerto. El dia en que boté su cadáver al Magdalena se sobreaguaban en el puerto más de veinte mortecinos. Caramba! como muere allí la gente!.... aquello causa espanto!.... En la época de fiebre amarilla no queda títere con cabeza!

—Qué es eso? Qué le ha acontecido á mi hija? gritó un hombre que á espaldas del tio Juancho se acercaba á él y á Lucía.

El viajero volvió la cabeza hácia el lado de donde le venia la voz y se enderezó. En seguida pasó la mascada de tabaco de un carrillo á otro; puso ahuecada la mano casi encima de la boca y escupió una porcion de saliva oscura como el calor del café.

—Señor Don Pio! saludó haciendo una cortecia al recien llegado.

—Qué demonios le ha hecho usted á mi hija? exclamó el padre de la zagala precipitándose sobre el cuerpo inmóvil de la jóven.

—Nada, señor; le he contado una historia y se ha conmovido; Esto es todo.

—Es usted un imprudente. Sabe Dios que brutalidades le ha dicho, le dijo Don Pio haciendo esfuerzos para levantar á Lucía.

—Voy á espetar á su merced el cuento, señor Don Pio, y estoy seguro de que no hará los aspavientos que ha hecho esta niña.

—No, no me cuente usted nada, lo que ha de hacer es, ayudarme á conducirla á casa.

—Con el mayor gusto, dijo el viajero, echémela su merced á las espaldas que yo la enlazó con el *cargador* de mi maleta.

Dicho esto, quitó del lio el cordel con que lo traia atado, tomó en

cada mano uno de los cabos; encorvó el cuerpo para recibir el de Lucía y luego que Don Pio levantó á su hija y la puso en las espaldas del tio Juancho, votó éste el lazo por encima de su cabeza; lo anudó sobre la frente y volviendo atras los brazos cogió á la pastora por donde la ceñia el cordel.

El hombre echó á caminar con su pesada carga, seguido de Don Pio el cual tomó debajo de un brazo la maleta que ántes conducia el viajero.

CAPITULO XV.

Donde el lector vá á divertirse un poco con una perica de Don Lorenzo y una mica de Don Pio.

DEJEMOS á la pastora sumida en su justo dolor y traslademonos á La Compañía, si es que el lector tiene humor de seguirnos.

El dia siguiente al de los sucesos que acabamos de describir, era domingo. A los primeros albores de la mañana se levantó Don Lorenzo y se fué á pasear la sementera como lo tenia de costumbre. Pasada una hora volvió á la casa, entró en la sala y se acercó á una mesa, hizo correr un cajon y sacó de él una navaja de barba, un pan de jabon, un paño de lienzo burdo y un espegillo de marco de carton rojo adornado de oropeles. Con estos objetos en ámbas manos se trasladó al corredor y colocó en el brazo de una silla que allí habia, las tres cosas que primeramente hemos mencionado. Ejecutado lo dicho, ató el espejo con una cuerda á una columna. Incontinenti se fué á un cuarto, sacó el coginete de su silla, afiló en él la navaja, y cuando se asegnró de que cortaba un pelo al aire se jabonó la cara y empezó á afeitarse. Así como acabó de raparse las barbas, se baño bien, se enjugó con el paño, se fué al aposento, preparó unas piezas de ropa y mudóse de limpio. Si hubierais estado en la sala, querido lector, en el momento en que Don Lorenzo, ya mudado, entró en ella, habriais visto á un hombre de dimencion ordinaria; seco de cuerpo, enjuto de mejillas; de tez morena, que frisaba en los sesenta y cinco años de edad y vestia su traje dominguero. Su camisa era de arandelas en la pechera, como se usaron há medio siglo, y el cuello de ella tan alto que le cobijaba los arrugados cachetes hasta el nivel de las orejas, las cuales las cubria á médias un pañuelo de cuadros que llevaba embuelto en la cabeza. Completaban su vestido, una chaqueta de pana rayada; unos pantalones de mahon amarillo; una ruana listada de colores fuertes y un enorme sombrero con funda de hule encarnado y barbiquejo de trapillo verde.

No bien entró en la sala cogió unos zamarros de piel de cabra que pendian de un garabato que habia adherido á la pared, y empezó á ponérselos. Cuando se los subió á la cintura, como eran demasiado cortos, se alzaron sobre la garganta de los piés cerca de un palmo. Tomó, en seguida, un arriador que habia en un rincon, salió al patio y montó en una yegua blanquecina que hacia rato estaba allí ensillada.

—Hasta la vuelta, le dijo á Doña Gertrudis, su esposa, que de pié en el umbral de la puerta lo veia partir.

La yegua, merced á un fuerte latigazo, echó atras las orejas, coleó á diestra y siniestra y tomó al trote por una senda extrecha y tortuosa abierta por el fondo de una sementera. Así trotando avanzó hasta el punto donde convergian, el camino que llevaba y el que partia para la casa de Don Pio.

Segun costumbre de éste y Don Lorenzo, cualquiera de los dos que el dia domingo al ir á misa llegaba primero al sitio expresado, aguardaba al otro para continuar juntos el camino, hasta la cabecera del distrito. Esta vez fué Don Pio quien esperó.

—Hola! amigo, le dijo éste á Don Lorenzo al verlo de cerca, me ha hecho usted una mala pasada.... Voto al Diablo! estaba ya aburrido de esperarlo: si tarda un tris más, se las meto á mi yegua.

—Qué quiere usted? es tanto trabajo afeitar una cara arrugada con una mano trémula. Ademas, prender botones, zurcir rotos, variar de traje; esto no es soplar y hacer botellas.

—Es que usted es muy molondro; si hubiera madrugado habria sido mas puntual.... En lo sucesivo levántese *á la que chilla*.

—Siempre madrugo con las gallinas, amigo mio; pero déjese usted estar que no ha de volver á ganarme la palmeta.

Los viejos siguieron su camino hechos una pascua y charlando como dos procuradores.

Estos campesinos eran el tipo característico del labrador cundinamarques: alegres, ingénuos y fanáticos hasta el exceso. Las fachas y vestidos eran tan semejantes que cualquiera que los hubiera visto por la espalda, caballeros en sus yeguas, se habria dicho:—Estos jinetes se parecen entre sí, como un huevo á otro huevo de gallina. Lo gracioso es que no solo los viejos se asimilaban, sino tambien las jacas. Eran estas, dos yeguas rucias del mismo tamaño y de la misma figura cual si fueran jemelas.

Expresados estos detalles que son necesarios, sigámosle la pista á los viejos.

Andando unas veces al trote y otras al galope llegaron por fin al pueblo. Apeáronse en la casa de un amigo; al instante desataron el ronzal del arzon y cada cual amarró su jaca en un pilar. Quitáronse los zamarros, los arrimaron junto con los zurriagós en en rincon del corredor y se fueron á una venta donde almorzaron con buen apetito. Hecho esto se encaminaron al templo.

Despues de haber oido misa con la mayor devocion salieron juntos de la iglesia. Al bajar las gradas del atrio le dijo Don Lorenzo á su amigo:

—Lo convido para las dos de la tarde á tomar unos tragos donde la *niña* Cecilia Rivera; cuidado con faltar.

—Bueno, bueno camarada; por lo que es eso ya verá.... El refran dice: á beber, acudir y á trabajar huir.

Los dos amigos se separaron.

A la hora convenida se juntaron en el lugar acordado. Trascurrida una hora se les veia sentados al uno frente del otro en sendos taburetes, con una pequeña mesa interpuesta, bebiendo y charlando que era un gusto. Empezaban á subirse á la cabeza de los bebedores los densos vapores del licor, cuando Don Lorenzo le dijo á su compañero tartamudeando.

—Qué sabrosa está esta *chicha*.... parece vino de puro *exquisa*.

—Está *manífica*, respondió Don Pio con voz apagada, la maldita está diciendo desde entre el vaso:—Venid bebedme!

—Sabe usted Don Pio que tengo un *proyeto?*

—Echelo afuera, señor mio.

—Quiero hacer á usted compadre del primer *chay* que eche al mundo mi consorte.

Jah!.... jah!.... jah! qué Don Lorenzo! Eso es mucho taco! Primero da cría la mula vaya del señor *párraoo* que la viejita Gertrudis.

—Hola, amigo! sea usted bien portado.... vea con quien habla el gran pícaro, gritó don Lorenzo, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Qué?.... piensa usted que me mete los monos? dijo don Pio plegándose la ruana sobre el hombre, y procurando inútilmente levantarse del asiento.

—Amigo, no es usted quien me amenaza, rugió Don Lorenzo cerrando el puño.

—De hombre á hombre vamos, dijo Don Pio con voz cada vez más débil, haciendo vivos esfuerzos por abrir los ojos. Seguidamente dejó caer la cabeza sobre ámbos brazos, los que tenia cruzados encima de la mesa, y quedó inmóbil como un muerto.

—Dejemonos de camorras, expresó don Lorenzo, usted está ya para que se lo lleven á dormir.... yo, maldita lo que he bebido.... siento el gaznate seco como una yesca.... bendito sea Dios que tengo con qué apagar la sed.... A mí nadie me respinga; el que me arruga la ceja se la lleva gorda.... Vamos! niña Cecilia!.... *chiia!.... chiia!....* niña Cecilia!

Y como si no bastaran las palabras, descargó un furioso golpe sobre la mesa con un vaso que tenia en la mano.

Don Pio al oir el trueno, levantó lentamente la cabeza de entre los brazos, miró á su compañero con trastornados ojos y volvió á reclinar la frente sobre la tabla.

La tabernera se presentó en este momento con cuatro vasos de licor en un charol desbarnizado.

—A la salud de mi abuela, dijo Don Lorenzo, y derramó en su gaznate un vaso del licor popular.

No pudiendo ya este beodo mantenerse recto sobre el asiento, se levantó como Baco le ayudó, y tambaleando se acercó á un ángulo de la pieza donde se unian dos poyos, y allí se dejó caer en vez de sentarse. En seguida reclinó la espalda contra la pared, dejo desgonzar la cabeza sobre el pecho y se quedó sin movimiento.

En este momento entraron dos hombres en la trastienda donde estaban nuestros héroes; el uno de raza muisca y el otro de hispano-americana. El primero se acercó á la tabernera y díjole:

—Doña Cecilia, denos usted algo que echar por debajo de la nariz.

Le dijo esto y fué á sentarse cerca de uno de los beodos.

La tendera entró en la trastienda sonándose con el nada limpio mandil que llevaba atado á la cintura; apoyó las manos en la mesa donde estaba reclinado don Pio y les preguntó á sus nuevos parroquianos:

—Qué quieren ustedes, chichita ó mistelita?

—Traíganos unos vasos de *guasparria* * y unos bizcochos, respondió el indio.

La tabernera sirvió al instante lo que le pidió el parroquiano de tez cobriza.

Los dos hombres empezaron á comer y á beber.

Reparando el blanco en los dos ébrios le dijo á su compañero:

—Hola!.... hola!.... mire usted que par de láminas; los pobresitos se han quedado ahí como dos pollos.

* Así llama el vulgo la chicha.

Don Pio dió un resoplido, alzó la cabeza y con voz trastornada dijo:

—Yo á nadie incomodo; á quien me falte le falto..... Soy todo un hombre.... Con mil diablos! El que se meta conmigo da con la horma de su zapato.

Los recien llegados se guiñeron el ojo y se sonrieron.

—Cáscaras! exclamó el ébrio escupiéndose la palma de la mano y apretando el puño; yo no me dejo supeditar de nadie!.. que se me plante álguien y verá lo que es bueno.... Jesus!.... qué mogicon le zampara! Donde yo descargo mi mano chisporrotea y huele á cacho quemado.... Lo dicho, dicho, ó cabras no dan leche.

—Contra quién son esas roncas? le preguntó el blanco á su camarada.

—Qué sé yo? comamos y bebamos y no le hagamos caso: á palabras necias oidos sordos.

—Corriente.... Si el gozque no muerde dejarlo ladrar.

El beodo alzó un vaso de los que quedaban en el charol y de dos tragos trasladó el contenido á su estómago. Luego apoyándose en la mesa se paró, y tambaleándose unas veces, y teniéndose de la pared otras, salio de la taberna.

Se marchaba Don Pio interin que Don Lorenzo abria paulatinamente los ojos, como si le ofendiera la luz, y entonaba con moribunda voz las siguientes coplas báquicas:

La chicha para exquisa
Ha de ser embotellada,
Que bote léjos el corcho
De lo puro fermentada.

Ha de hacer cerrar el ojo
Al empapar el gargüero,
Y apretar recio los puños
Como si fueran de herrero.

—Qué *perica* tan soberana, le dijo el blanco al indio.

—Es de marca mayor, le contestó el indio al blanco.

—Pero la del compañero que salió, deja de ser *perica* para ser una soberbia *mica*.

—Iguales van las cargas.

—Que.... que....quequé? dijo Don Lorenzo haciendo un esfuero supremo para levantarse del asiento....Yo empericado! borracho!.... bueno! bueno!.... lo que su paternidad quiera....

Y empezó á cantar con destemplada voz la cancion anterior; pero trocando y confundiendo los versos del un metro con los del otro, del modo siguiente:

—La chicha para exquisa
Al empapar el gargüero,
Que bote léjos el corcho
Como si fueran de herrero.

—Viejito, le dijo el indio á esta sazon, haga usted pata de gallo.

—Piensa su paternidad que estoy borracho?.... mire!

Y levantando el pié derecho á la altura de la corba izquierda, con la fatuidad de un ébrio, perdió el equilibrio y cayó sobre el pavimento como una masa inerte.

Los recien llegados le hicieron mucha burla al viejo, pagaron lo que debian y salieron de la trastienda.

Don Lorenzo echó una buena pieza de sueño en el sitio donde cayó. Sonaban las seis en el campanario de la Iglesia cuando se despertó; asombrado miró á todos lados, dió un largo bostezo, estiró los brazos con ademan perezoso, se incorporó, apoyando ámbas manos en el suelo, y á duras penas se puso en pié y salió de la taberna.

¿A dónde se dirigia?

A la casa donde habia dejado su yegua.

CAPITULO XVI.

De cómo dos pericas y dos yeguas iban siendo la causa de dos divorcios.

APÉNAS llegó Don Lorenzo á la posada se puso los zamarros, tomó su arriador y fijó sus apagados ojos en las dos jacas á fin de distingir la suya; pero ya fuera por el negro manto de la noche que empezaba á cubrirlas; ya por la semejanza de las yeguas ó ya por las densas nubes del tufo del licor, que oscurecian la mente del jinete (pues la embriaguez es á la luz de la razon lo que el eclipse á la luz del sol), lo cierto es que Don Lorenzo equivocó las jacas y desató el cabestro de la de Don Pio. Hecho esto, aseguró el ronzal en el arzon, colocó el pié en el estribo, se asió de las crines con la mano izquierda y haciendo supremos esfuerzos para montar, era de ver como bailaba en el pié derecho sin poder botar la pierna sobre la silla. Por fin tomando aliento comunicó á su cuerpo tan vigoroso movimiento, que se alzó del suelo más de lo que era necesario, y las dos terceras partes del jinete fueron á dar del lado opuesto al de montar, de un modo tal, que si no se abraza del cuello de la yegua, es seguro que desciende á tierra, cual piedra que se desprende de una eminencia.

Enderezóse luego y tomó el camino. Al llegar á la convergencia de las dos sendas que conocen nuestros lectores, la yegua se fué, como era natural, por la que conducia á la casa de Don Pio, que era la que la rucia tenia la costumbre de andar.

Don Lorenzo, aunque ya no iba muy trastornado, y aunque la luna empezaba á brillar en todo su explendor, no se apercibió de su error en toda la extension de la senda, ni aun al entrar al patio de la habitacion.

No habrá olvidado el lector que el órden arquitectónico de esta casa es idéntico al de La Compañía, y hé aquí la razon por qué Don Lorenzo nada extrañó.

—Voto á tal!.... exclamareis señor lector al llegar á este pasaje de nuestro libro: *esta historia parece una novela;* los héroes son parecidos por la espalda; las jacas iguales por delante y por detras y las habitaciones cual si fueran vaciadas en un molde.... Todo esto parece inverosímil!

Puede hacerse esta observacion; pero no por ello dejará de ser cierto que se asemejasen entre sí los dos viejos; las dos yeguas y las dos casas.

Dicho esto continuamos nuestra narracion.

No bien introdujo la jaca al ébrio en el patio de la casa, se apeó éste difícilmente, y abanzó hasta la sala tambaleándose. A esta sazon Doña Juana, fumaba tabaco acurrucada en un rincon de la pieza.

—Buenas noches, *mis siete trompas!* le dijo el beodo.

—Estas son horas de venir? holgazan!.... replicó la mujer poniéndose en pié llena de rabia y abanzando á tientas en medio de las tinieblas.

—Que quiere usted prenda mia? es tanto trabajo desprenderse uno de los amigos.

Observando Doña Juana que su marido le hablaba en un metal de voz parecido al de Don Lorenzo, le dijo:

—Ha venido usted muy chistoso; hágase el Don Lorenzo que para ello se pinta.... veo que lo remeda muy bien; pero ni haciendo gracias me contenta; estoy echa una furia.

—No Gertruditas, porque ha de estar usted braba con su viejo, con su viejo, con su viejo ?....

—Basta de chanzas, dijo la mujer enfadada, hable usted como siémpre; no faltaba más sino que se le hubiera prendido el sonsonete de su amigo.... Bien dicen que el que anda con lobos aprende á aullar.

—Sonsonete, amigo de lobos, murmuró el beodo; me lleve el Diablo si entiendo jota de su jerigonza.

—Está divertido el hombre.... jah!.... jah!.... jah!.... más bien me da risa.

—Así me gusta que se ponga alegre mi querida costilla.... Vamos! venga usted abrace á su vejete que el vejete abrazará á su vieja, ya que ella se ha puesto de un humor *eicelente.*

—De cuando acá tan zalamero y almibarado.... El hombre ha llegado hecho una miel!....

—No quiere mi lucero abrazarme?.... qué he de hacer! yo si le haré una caricia.

Diciendo esto se dirigió con paso inseguro y vacilante hácia donde estaba la vieja y la abrazó. Doña Juana con el fuego del tabaco que fumaba, pudo distinguir perfectamente la faz de Don Lorenzo y sin poder reprimirse lanzó un grito de sorpresa.

—Bien creia yo que no era Pio, sino el pícaro de Don Lorenzo.... Como se atreve usted á abrazarme? viejo desvergonzado!.... Soy acaso una mujer de poco más ó ménos?.... Salga usted de mi casa ahora mismo, ántes de que coja un garrote y le haga entender que el pudor de una matrona no se ultraja así no mas.

—Ay! que melindrosa el demonio de la vieja!.... á que vienen esos aspavientos?.... es acaso la primera vez que la abrazo?

—Vamos! salga usted de mi casa, ántes de que Pio llegue y haya las de San Quintin.

—Voto á cribas! que esto está divertido!.... Hágase usted la Doña Juana. Cree que estoy hecho una tuza?.... Se engaña, vive Dios!.... lo juro y lo rejuro.... No se chancee más Gertruditas de mi alma.

—Que Gertrudis ni que canastas; soy Juana y muy Juana y como tal mando y desmando en esta casa. Así, le repito á usted que salga de ella.

—Que qué?.... que salga de mi choza?.... Quién gobierna aquí, el hombre ó la mujer? Sepa usted que yo mando en mi consorte, en mis perros, en mis gatos y en mi casa, gritó Don Lorenzo perdiendo la paciencia.

—Bah! con que esta es su choza? no faltaba mas?

—Mujer del Demonio!.... qué tiene usted en la cabeza? Está loca ó borracha?

—Usted será el borracho que yo estoy en mi sano juicio, y si no ahora veremos quien puede.... No quiere salir á buenas? pues saldrá arrastrando.

Y acercándose á la puerta alargó el cuello y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Liberato!.... trae una luz y un garrote.

El criado se presentó un momento despues con una vela encendida.

A la primera ráfaga de luz, Don Lorenzo alcanzó á ver al travez del velo de su embriaguez que la mujer con quien hablaba era Doña Juana y que la habitacion en donde estaba no era la de él, y así, sin obstinarse más dijo:

—Míre, míre el Diablo como enreda; á la verdad he errado el camino y he venido á parar donde no me imaginaba. Podia haber jurado que estaba en mi casa platicando con Gertrudis.

—Sí, se hizo el borracho y se vino derecho á casa á la si pega.

—Vaya, vaya, vaya: piensa usted que anduviera yo de noche más de media legua, sólo por visitar á una bruja para *echar taba* un rato con ella?

—Caramba! esto ya pasa de raya, no soy yo quien se deja insultar de un viejo cazcarriento.

Y furiosa como una leona, con los ojos encendidos como los del gato en las tinieblas, tomó la silla de brazos para atacar con ella á Don Lorenzo; pero al levantarla sobre la cabeza, el peso del disforme mueble la hizo perder el equilibro y caer de espaldas sobre unas herramientas que habia apoyadas contra la pared.

Don Lorenzo pensando en cortar la riña en que se veia empeñado con la mujer de su amigo, salió de la sala *ten* con *ten* en derechura del patio donde habia dejado la jaca.

—Señor de mi alma le dijo Liberato, sabe su merced por qué motivo ha venido á dar á casa?

—No lo sé hombre:

—Porque fué y se encaramó en la yegua del patron Pio.

—Puede ser; no habia caido en la cuenta.

—Yo sí lo advertí al momento, que no soy ningun majadero, dijo el criado dándose sus humos de esperto y avisado.

—Ven Liberato y me ayudas á montar que me ha hecho tanto daño el sereno que tengo perdida la cabeza.

—De mil amores, mi amo Don Lorenzo, dijo, y guiñendo un ojo añadió á media voz:

—La *guasparria* es la que no lo deja hacer pata de gallo.

En seguida se acercó á un pilar del corredor, frotó contra él la vela encendida que tenia en la mano; le pasó la llama al sebo que quedó prendido en el palo y repitió el frotamiento hasta que el cabo de vela se adhirió al pilar por el enfriamiento de la grasa.

Hecho lo que se ha expresado, tomó al viejo por un brazo, lo acercó á la bestia y díjole:

—Meta su merced el pié en el estribo.

Al cabo de un rato respondió el borracho:

—Ya está, hombre.

—Téngase, pues de las crines.

Dijo Liberato, y lo levantó por la pierna derecha con tal fuerza que el infeliz anciano descendió por el lado opuesto rápidamente cual ave que al ir volando es herida por el tiro certero del cazador.

—Ah! grandísimo bruto, que me matas, dijo el jinete cuando iba con la cabeza inclinada hácia la tierra.

—Ay mi cabeza! exclamó despues apretándosela con ámbas manos.

—Por eso le dije que se tuviera; yo temia una desdicha, le dijo el sirviente.

—Maldito seas de Dios, condenado.

—Si he de decir la verdad, yo no tuve la culpa ni su merced tampoco; á mí se me fué el pulso y á su merced se le corrió el cuerpo más de lo que era necesario.

—Ayuda á levantarme, ya que me aporreaste.

El criado lo tomó de un brazo y halándo de él sin piedad consiguió

que el ébrio se pusiera en pié. En este estado de cosas, acercó la yegua al jinete, pues creyó más fácil esto, que aproximar el jinete á la yegua.

Despues de gran trabajo, y con la ayuda de Liberato logró poner el pié en el estribo; pero habiendo metido el derecho sin que el criado hiciera reparo en ello, sucedió que Don Lorenzo quedó montado con la cara en direccion de la cola de la yegua.

Este gracioso sainete lo presenciaba doña Juana desde el umbral de la puerta, riéndose á boca llena.

Al fin la jaca partió animada por un latigazo que le descargó Liberato en las corbas. La vieja corrió detras de la bestia á observar la última escena del sainete, y pudo ver que al bajar un barranco inmediato, zaz! dió con su dueño en tierra.

—Don Lorenzo volvió á invocar á su protector, quien al oir los gritos del caido acudió, lo levantó y lo colocó sobre la silla. La yegua tomó la senda paso ante paso y el jinete olvidándose repentinamente del mal rato que acababa de pasar, echó á cantar con el mayor entusiasmo:

La mujer para bonita
Ha de ser alta y morena,
Garbosa en el caminar
Y con dengue en la cadera....

Cuando la rucia llegó al punto donde los dos caminos se unian, el jinete alcanzó á columbrar á don Pio, que caballero se acercaba al mismo sitio, pero no porque viniese del lado del pueblo sino del lado de La Compañía. Entónces sofrenó la yegua y dijo en voz baja:

—Lo que hace el Diablo, el borracho de Don Pio ha ido á resollar á casa, quiera Dios que Gertrudis le haya compuesto el bulto.

—Este soliloquio hacia en el instante en que Don Pio lo vió y le gritó:

—Hola amigo! de dónde viene usted?

—Y usted de dónde? le preguntó Don Lorenzo.

—De dónde diablos he de venir sino de su casa?

—Y yo de dónde sino de la suya?

—Deseos tenia de atraparlo para decirle en su cara que es un ladron.

—Yo ladron? y por qué motivo?

—Por qué me ha robado mi rucia?

—Pues usted tambien es un ladron porque le ha clavado las uñas á la mia.

—Usted ha sido el primero, le gritó don Pio.

—No lo niego; pero usted tampoco me negará que despues de eso usted se ha robado mi yegua.

—Yo he tomado su jaca por equivocacion.

—Yo tambien me equivoqué al tomar la suya.

—Usted lo hizo maliciosamente y no sólo quiso robarse mi yegua ensillada sino mi cojinete, cuyas alforjas estaban llenas de cosas muy buenas.

—Sepa usted que soy un hombre honrado á prueba de bomba, le dijo Don Lorenzo con atronadora voz.

—No me grite que no soy sordo, ni me sople las narices que no tengo telarañas; y en cuanto á eso de ser hombre honrado, le digo: que de esos conozco muchos que no sueltan la gata, pero es cuando hay ojos que los vean.

—Calle usted calumniante, si no quiere que baile el torbellíno sobre sus espaldas.... Si usted despliega otra vez la *jeta* para ofender mi reputacion, lo confundo á puñetazos.

Don Pio á esto hizo cierto ruido gutural, como si tuviera carraspera, acompañado de una tosesilla de burla.

—No me provoque usted, le dijo Don Lorenzo.

Quiero saber si de veras es usted todo un hombre.

No habia acabado Don Pio de pronunciar estas palabras y ya Don Lorenzo estaba desmontándose, si no con la agilidad de un hombre que se halla en su cabal juicio, al ménos sí, sin gran dificultad. Viendo Don Pio tal amenaza se apeó sin mucho embarazo, pues el licor no lo habia entorpecido á él tanto.

Encarados estaban los dos viejos con los arriadores en alto en actitud de batirse cuando oyeron una voz que les decia:

—Alto ahí señores! por Dios no peleen.

Don Lorenzo volvió los ojos atras y al ver al que gritaba, exclamó:

—Oh Chepillo!.... Chepillo!.... Dios te envia á que presencies cómo un hombre de bien castiga la insolencia de un canalla.

Al herir el oido de Don Pio tan denigrante calificativo no pudo reprimir la cólera y dejándose dominar de ella descargó sobre su contendor un terrible garrotazo. Don Lorenzo irritado bramó como un toro y como tal le envistió á su enemigo, á quien atacó vigorosamente con el zurriago empuñado en ámbas manos.

Esto fué el principio de una tremenda lid.

El mozo queriendo hacer el papel de mediador procuró interponerse entre los batalladores.

—Ay de mí!.... que matan á mi padre!.... gritó á esta sazon Lucía, precipitándose desde lo alto de un barranco.

La pastora buscando un cordero descarriado del rebaño andaba á aquella hora por el campo. De léjos habia oido las voces de los contendores y atraida, más bien por la curiosidad que por la benevolencia, se habia acercado á ellos. Como buena hija, apénas conoció que su padre era maltratado por dos hombres, tomó parte, sin vacilacion en la contienda; y era de ver, como dice Cervántes, cual se menudeaban; cascábale Don Pio á Don Lorenzo; éste á la moza; la moza al mozo, y el mozo á Don Pio. Despues de una granizada de mojicones que sonaban como los golpes de cuatro martillos sobre el ayunque de una fragua, los lidiadores se asieron de los cabellos y empezaron á tirarse con tal fuerza que todas las cabezas fueron á converger á un punto, formando con los cuerpos un pabellon en constante agitacion. Con tantas sacudidas y vaivenes tantos, se enredó Don Pio en una raíz y cayó medio molido. Chepillo hizo entónces un esfuerzo con el cual se libró de las garras de Lucía que le hilaba los cabellos bruscamente, y acometió al caido.

—Estoy vencido, gritó Don Pio, no sea usted cobarde.

—Así me gusta que pida *cacao* un guapo, gritó Don Lorenzo.

Enderezóse el viejo sobre un brazo; puso luego una rodilla en tierra, se paró y dijo:

—Vámonos hija mia, no sea que acaben con nosotros estos bandidos.

—Sí, sí, marchémonos que estos pícaros nos asesinan dijo Lucía con jadeante voz. Vea papá cómo me volvieron los malvados; no me dejaron ropa buena, añadió mostrándole los girones del vestido.... Mi camisa estrenada hoy por la mañana, tan bordada y tan bonita, cómo me la volvieron, cual hoja de platano.... Dios mio! si hay justicia en la

tierra ella debe hacer que estos desalmados me paguen hasta la última hilacha que se llevan enredada en las uñas.

—Sí hija mia mañana lo remediará todo el alcalde.

—Amanecerá y verémos, como dijo el ciego, replicó Don Lorenzo.

—Señor, le dijo Don Pio, ni una palabra más; de hoy en adelante ni el saludo de usted y su nieto. Adios relaciones de ámbos. Les prevengo que no vuelvan á poner los piés en mi casa, no quiero amistad con gente de mala ley.

—Ni usted ni su hija en los umbrales de la mia, le contestó el viejo.

Chepillo se mordió los labios de coraje y dijo para su sayo:

—Maldita sea mi suerte!....mi plan se ha ido á tierra!....cuanto he hecho en estos dias está perdido!....

Terminada la riña, cada viejo montó en su propia jaca y se marchó para su casa; Don Pio acompañado de su hija y Don Lorenzo de su nieto.

Doña Gertrudis esperaba llena de impaciencia á su marido hacia más de cuatro horas; no es extraño pues que lo recibiera con dos piedras en la mano. Cuando el viejo llegó, cuántas quejas!.... cuántas reconvenciones!.... qué de insultos!.... qué de amenazas!.... Aquello era para tapar oidos.

Luego que la vieja se apaciguó, le contó á su marido que Don Pio habia llegado á su casa aquella misma noche con malignas intenciones, y que ella habia tenido el valor suficiente para enviarlo á chicolear á la mujer del Diablo. Don Lorenzo fingió irritarse, y le juró á su mujer que al dia siguiente le pediria al ofensor reparacion del insulto.

La hora en que concluyeron estas pláticas era bastante abanzada, así es que Don Lorenzo pensando más en descansar que en continuar la conversacion, se acostó y se quedó profundamente dormido.

Chepillo tambien se acostó, pero no á dormir sino á renegar de su suerte por la desventura que acababa de ocurrirle con la mujer á quien amaba, y de quien esperaba ser amado despues de la muerte de Jorge.

Mil vueltas habia dado en la cama cuando se dijo:

—Es necesario darle impulso á mi plan.... el medio que he ideado es excelente; no debo abandonarlo.... Lo que me conviene es ponerlo pronto en ejecucion.

Dijo esto, se puso á meditar en cosas que se sabrán despues, y en seguida se durmió.

No le interrumpamos su sueño.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

En el cual se prueba que las almas de la otra vida tienen entrevistas con las de este valle de lágrimas.

COMO á eso de las cuatro de la mañana se despertó Don Lorenzo y llamó á su nieto.

—Señor! respondió Chepillo al oir la voz de su abuelo.

—Levántate, hijo, y da una vuelta á la sementera no sea que haya daño.

Chepillo como era perezoso; como nunca se levantaba al primer grito del viejo, porque le gustaba la cama y lo hacia tiritar el frio, esperó que su abuelo volviera á llamarlo y entónces presuroso se puso en pié, se medio vistió y salió.

Don Lorenzo se volteó para el rincon y esperó á que regresara su nieto. Al cabo de média hora oyó un ay! triste y destemplado y todo volvió á quedar en silencio.

—Grita Chepillo, dijo el viejo alzando la cabeza.... ¿que le habrá acontecido?.... Valgame Dios! si Don Pio y la hija le tendrian preparada alguna celada al pobre muchacho!.... No lo abandonaré; moriré donde él muera.

Dicho esto saltó de la cama al suelo, se vistió presuroso y se dirigió hácia el punto donde, á su parecer, habia el mozo recibido el ataque, lo cual juzgó por el camino que llevó la voz.

No léjos de la casa y con la luz de las estrellas alcanzó á ver á su nieto que yacia en tierra inmóvil como un tronco.

—María mater! exclamó, qué te ha sucedido, hijo del alma!

Le hizo el viejo al mozo esta pregunta y corrió y le metió la mano por debajo de la cabeza para levantarlo, y como notara que tenia el cuello desgonzado echó á gritar.

—Gertrudis!.... Gertrudis!.... mataron á Chepillo!.... Ay triste de mí! no respira ni se mueve!.... ¡Ah desdicha!....

Dijo, se llevó las manos á la cara y prorrumpió en lamentos.

A las voces de Don Lorenzo ocurrió Doña Gertrudis toda alarmada dando unos alaridos espantables. Llorando los dos viejos alzaron á su nieto; lo introdujeron en la sala y como no le hallaron ninguna herida, le frontaron las sienes con aguardiente; le pusieron en las narices humo de plumas de gallina, y con estos remedios el moribundo volvió en sí exhalando un hondo gemido. Estremecióse en seguida como un cuerpo galbanizado, abrió los ojos y se sentó.

—Huy! dijo con cortada voz contrayéndose todo.

—Qué ha sido? hijo de mis entrañas, qué sientes? le preguntó la vieja con la mayor ternura.

—He visto!.... he visto!.... huy!....

Exclamó, y un estremecimiento nervioso detuvo su lengua.

—Qué has visto? le preguntó Don Lorenzo, alguna fantasma?

—Sí, he visto!.... hay, pobre de mí, que me muero!.... gritó dando una violenta sacudida, de la cual derribó á los viejos, los que á la sazon lo sostenian de la cintura y los brazos.

—Arre diablo! que me destutana, dijo Doña Gertrudis enderezándose no poca molida.

—A quién has visto, con mil demonios? expresó Don Lorenzo enfadado.

—He visto á mi tataradeuda Carranza!.... respondió con voz desconcertada y trémula.

—A tu tataradeuda Carranza!.... exclamaron en coro los ancianos.

—Sí, la he visto en figura de esqueleto!....

Dijo, y exhaló un gemido.

—Bien, expresó Don Lorenzo, la viste y qué sucedió?

—La ví y me dijo.... me dijo con una voz cavernaria, que parecia salir de las entrañas de la tierra:—Ven hijo mio, que para tí y los tuyos he depositado hace como dos siglos un rico tesoro consistente en un Queso de oro sembrado de piedras preciosas y en unas cuantas monedas tanto de oro como de plata....Ven y verás por tus propios ojos el sitio que tantos han buscado y que nadie ha podido hallar. Yo al ver tan informe esqueleto y al oir tan ronca voz, me sobrecogí de espanto; quise hablar pero me faltó el aliento. Recuerdo que entónces el zancarron me dijo:

—Sígueme y serás feliz, y me alargó una mano erizada de garfios, y me cogió con ella la mia. El contacto de aquella mano descarnada, yerta y fria me hizo estremecer de pavor; el espanto arrancó un grito de mi boca y caí en tierra sin sentido.

—Y no supiste, al fin, donde está el *tesoro?* preguntaron simultáneamente los viejos como si estuvieran dominados por un mismo pensamiento.

—No supe, respondió el mozo, porque con el miedo perdí el sentido.

—Pero sí le oiste mencionar el Queso de oro, no es así? preguntó Doña Gertrudis.

—Si señora, tengo muy presente que me habló del Queso de oro cubierto de pedrería.

Los viejos abrieron tamaños ojos como los abre el gato cuando columbra la presa.

—Crees que el ánima vuelva á buscarte? le preguntó el abuelo.

—El ánima de mi tataradeuda?

—Sí.

—Es natural que siga persiguiéndome; pero procuraré sacarle el cuerpo.

—Yo opino que debes salir todas las noches hasta que vuelvas á verte con ella.... Un rico tesoro es una bonita ganga que nadie debe despreciar.

—Dios me libre!.... dice su merced eso, porque no se imagina lo feo y espantable que es el esqueleto. Yo voluntariamente no volveria á verlo ni por todo el oro del mundo. Figúrese su merced una calavera con las narices desportilladas; las cuencas vacias y arrojando por ellas una llama azulina; la boca sin labios ni dientes saliendo de entre ella una voz apagada y trémula como la de un agonizante y las mandíbulas en constante movimiento produciendo el ruido destemplado de las hojas secas sacudidas por el huracan. Supóngase, ahora, esa calavera sosteni-

da en un hueso largo, delgado y nudoso y colgando de él en forma de brazos, dos largueros, enjutos, secos, tiesos y....

—Ah! ya sé, le interrumpió la abuela, un esqueleto humano como los que sacan de las bóvedas antiguas del centementerio de Bogotá, ¿no es así?

—Ni más ni ménos; pero con la diferencia de que esos zancarrones no hablan ni caminan.

—No obstante esto, tú no debes tenerle miedo á el alma de Doña Valentina por cuanto á que te busca para hacerte dichoso; otra cosa fuera si te persiguiera para hacerte daño.

—Quisiera ver á su merced en mi lugar.

—La cosa es grave, dijo Don Lorenzo, nadie lo niega; pero debes considerar que Dios está de por medio y que él te dará fuerzas y valor para seguir el camino que te señale el alma de la difunta marquesa.

—Lo pensaré, respondió Chepillo, no dudo que el bocado es de codicia, pero el miedo es alto de cuerpo.

En esta conversacion estaban cuando vino el dia, por cuyo motivo dijo Don Lorenzo:

—Es hora de ir al trabajo.

Y Doña Gertrudis añadió:

—Y lo es tambien de hacer el desayuno.

Dichas estas palabras el viejo se dirigió á la labranza, la vieja á la despensa, y el mozo al dormitorio á acabar de vestirse.

No era medio dia y ya habia circulado por toda La Compañía y sus contornos la milagrosa aparicion del alma de Doña Valentina Carranza. Unos decian que eso no habria sido sino una ilusion de óptica producida por el miedo; otros que una vision fantástica ó un vértigo de la imaginacion, fruto de la embriaguez; aquellos que una fábula compuesta por el mozo con el fin de llevar á cima alguna tenebrosa maquinacion y no faltaban quienes creyeran en la posibilidad del hecho, apoyados en aquel pasaje de la Escritura donde se refiere la aparicion del alma de Samuel á Saul, evocada por la pitonisa de Endor.

Cuál de estas opiniones era la acertada?

Sabido es que los novelistas en un caso como el presente se hacen varias preguntas, sobre la causa que haya dado orígen al suceso de que tratan, y creyendo inoportuno contestarlas, responden siempre: "Lo ignoramos;" "no lo sabemos." Nosotros no hacemos tal, y así rogamos á nuestro lector que espere un poco, pues como historiadores queremos observar el órden cronológico de los acontecimientos.

Segun esto continuamos y decimos, que la aparicion del alma de la marquesa en este Valle de lágrimas fué objeto de las conversaciones de todo Guatavita por tres semas. Mas, el tiempo, semejante á la impetuosa corriente de un rio que se lleva envueltos en sus encrespadas ondas cuantos objetos débiles encuentra en su curso, se llevó de la memoria de los hombres el acontecimiento de que venimos tratando y sólo se hablaba de él por rareza como sucedió una tarde en que hallándose un corrillo de señores en uno de los ángulos de la plaza, se le presentó de repente Chepillo.

Entónces uno de los sujetos, quizá el más tunante é incrédulo, cogiendo al mozo de un brazo y colocándolo entre la rosca, dijo:

—He aquí al hombre que tiene el privilegio de hablar con las almas de allende las nubes.

Los oyentes (ménos aquel á quien se dirigia la filípica) soltaron una estrepitosa carcajada.

Chepillo estuvo á punto de correrse; pero tenia motivos que le daban valor en aquel dia.

—Ustedes se rien ahora de mí; pero yo me reiré de ustedes más tarde, dijo con altanería.

—Por qué dice usted eso? le preguntó el del chiste.

—Porque veo que usted se mofa de mí, pensando en que un hombre no puede tener entrevistas con las almas del otro mundo, y yo tengo de probarle que ello es posible; si señor, muy posible.

—Al contrario, dijo uno que tenia curiosidad de saber como eran esas entrevistas, yo creo á pié juntillo en la evocacion de los espíritus; así me daria usted un rato muy agradable si se tomara la molestia de contarme cómo fué el coloquio que tuvo con el alma de su tataradeuda Carranza.

—Mi primera entrevista es cosa bien sabida de todos; pero la segunda, creo que la ingnoran ustedes ¿no es así?

—Oh! Oh!.... con que ha seguido usted comunicándose con el ánima? dijo el interlocutor.

—Sí señor; anoche nada ménos tuve la dicha de platicar con ella.

—Vamos, dijo el del corrillo guiñendo el ojo, refiera usted esa conversacion.

—Serian las doce de la noche, dijo Chepillo, cuando salí de mi dormitorio al patio, como lo tengo de costumbre, y no bien hube andado unos diez pasos se puso el alma delante de mis ojos, pareciéndome que salia de las entrañas de la tierra. En esta vez no tuve miedo, quizá Dios me animaba; así fué que con la mayor sangre fria permanecí un grande espacio de tiempo frente por frente de ella sin dejar de mirarla.

—Vuelvo cerca de tí, me dijo con voz ronca, porque tengo interes en que tú seas el dueño del tesoro, que no léjos de este sitio he depositado para uno de mis descendientes.

Así como pronunció estas palabras empezó á caminar y yo á seguirla sin poder evitarlo, cual si me llevara arrastrando. Anduvo más de tres cuadras y luego haciendo alto precisamente donde hay cierto objeto, que no me conviene decir, descargó un golpe con uno de sus zancajosos calcañares en el suelo y díjome:

—Caba aquí y hallarás un Queso de finísimo metal sembrado de piedras preciosas y un considerable número de monedas tanto de oro como de plata. Cuando descubras el tesoro toma de él el dinero que estimes necesario, y todo lo demas déjalo oculto en el mismo sitio. Con el dinero que tomes haz en mi nombre cuatro romerías que dejé de cumplir en vida y por cuya falta he sufrido tanto. Haz la primera á la imágen de Chiquinquirá; la segunda á la de San Antonio de Cogua; la tercera y cuarta á las vírgenes de la Peña y del Topo. (*) Hechas estas promesas, ó ántes si á bien lo tienes, harás que se me canten unos funerales tan pomposos como los que se hacen á los grandes y ricos de esta tierra. Nada más necesito para volar del purgatorio al cielo. Cuando hayas cumplido con cuanto acabo de ordenarte, desentierra el Queso de oro y las preciosidades adjuntas; pero te advierto que si quebrantas mi mandato no serás el dueño del tesoro, pues yo tengo el poder de tomarlo

(*) El lector notará que Chepillo incurre aquí en un anacronismo, acaso por no haber oido bien lo que el alma de la marquesa le dijo. Sabido es que esta señora hace dos siglos que murió, y que las imágenes que el mozo cita, de San Antonio de Cogua y de la Peña no han sido conocidas y veneradas sino muchos años despues de muerta Doña Valentina Carranza.

del lugar donde lo ocultes y trasladarlo á un punto invisible para tí y tus descendientes.—Esto me dijo y desapareció.

El auditorio se picó del ojo como queriendo decir:

—O este hombre está loco ó pretende divertirse con nosotros.

—Bien, dijo uno de los interlocutores, ya nos contó usted la historia, ahora pruebe que es cierto lo que nos ha referido.

—Hé aquí la prueba, respondió Chepillo golpeando con la mano una mochila llena de monedas que llevaba terciada al cuadril.

—Cómo! trae usted ahí parte del tesoro?

—Sí, señor, sabrá usted que hoy madrugué á cabàr á fin de persuadirme de que no era un sueño lo que me habia pasado, y luego que abrí un foso como de dos varas de profundidad empecé á notar que salian entre los puñados de tierras varias piezas de estas:

Dijo, metió la mano en la mochila y sacó de ella un puñado de monedas, unas de oro y otras de plata.

Los circunstantes se dirigieron recíprocamente una mirada de asombro.

—Canario! exclamó estupefacto uno de los señores cogiendo una pieza de oro y examinándola atentamente; á la verdad ha hallado usted el tesoro!.... esta prueba no deja ninguna duda.... Esta onza es española, añadió mirándola con atencion; año de.... 1630....

Otro que observaba otra onza dijo:

—Todas las monedas halladas son de la misma época.... acuñadas en tiempo de Felipe IV.

Las monedas circularon por todas las manos de los del corrillo, y despues que las vieron y revieron ya no les quedó duda de que Chepillo era dueño de un inmenso caudal. La serpiente de la envidia echó á morderles las entrañas desde aquel instante y la codicia, su compañera inseparable, los empujó por el abismo de la bajeza y de la adulacion. Quien lo felicitaba con la mayor cordialidad; quien elogiaba su valor por haber hablado con el ánima de la marquesa; cual le dirigia la palabra con el más profundo respeto; cual con veneracion. Como si Chepillo sobrepujando súbitamente el nivel de sus iguales, se hubiera engrandecido, todos los del corrillo le rindieron consideraciones que sólo deben tributarse al verdadero mérito.

—Quiere usted, señor Don José, tener la condescendencia de acompañarme á casa? se atrevió á proponerle uno de los caballeros, mi familia anhela conocer á usted para ofrecerle sus respetos.

—Gracias, señor, respondió con timidez el mozo, pero con una timidez fingida, iré á su casa cuando pueda llevarle á su familia el *Queso de oro* para que lo vea; yo sin esta alhaja soy poca cosa.

—Oh, señor! no se deprima usted; usted vale un reino por sí sólo.

—Sí, contestó Chepillo, el refran dice: Tanto vales cuanto tienes ó posees.

—Es verdad, dijo el mismo individuo, usted posee un caudal de virtudes y la virtud vale más que el oro, y es por esto por lo que yo busco la compañía de usted.

—Rafael tiene razon en lo que ha dicho, dijo otro, Don José vale por las cualidades que posee, y por eso todos queremos *arrastrar* con él; así, yo espero que me concederá el honor de acompañarme hoy á comer.

—De mí se dignará aceptar el café, le propuso otro, pues yo tambien soy de los que piensan que Don José es hombre de prendas y que uno debe juntarse con quien le dé honor.

Un cuarto adulador, le dijo:

—Yo espero que esta noche irá usted á cenar con mi familia, pues le hago saber que, como mis amigos, admiro sus méritos.

Chepillo al oir tantos convites y al ver tantas cortesías como le hacian, dió las gracias á todos y se dijo:

Cáscaras! mucho es lo que se arrastra por el oro, el hombre; se ve que es grande el amor que le tiene; estos me adulan por estafarme!....

En el momento en que meditaba estas razones nuestro héroe, sintió que lo halaban suavemente de la punta de la ruana; volvió á mirar y sus ojos encontraron a Liberato, quien con el semblante más risueño del mundo, hacia rato que lo escuchaba.

El mozo se apartó del corrillo y le preguntó:

—Qué quieres de mí?

—Señor, dijo el hombre abriendo tantos ojos, ahora que su merced está rico pagueme los cuatro reales que me prometió en cierta ocasion.... Son tan bien ganados que Dios lo sabe: oir esa madrugada mil reniegos y otras tantas maldiciones; levantarme con un frio de perros que me quebraba los huesos; rompérseme la copita de vidrio entre los dedos y sufrir por esta desdicha un tiron de orejas, cuyo dolor me hizo ver el infierno repleto de diablos negros, y más á más, el baño que su merced me dió, en donde comí tantos sapos y ranacuajos que si no invoco á la *imágen* de los Desamparados me ahogo sin remedio; ademas de esto, salir destilado como una vela y con las narices llenas de barro que cual me ví para destapármelas.

—Por zopenco! si en vez de empetacarle el recado á la vieja se lo zampas á la muchacha no habria tenido yo de qué quejarme y tú habrias quedado satisfecho.

—En adelante me encomendaré á buen santo, señor Don Chepillo; cuente su merced con que no vuelvo á rascarme con la *señora.*

—Harás bien.

—Con que los cuatro realitos y cuando se le ofresca, le cito á la niña, dijo el socarron alargando la mano y abriendo extraordinariamente los ojos y la boca.

—Cuando tal hagas, cuenta con un patacon.

—Phts! con esa oferta no lleno ahora la panza.

—Es verdad; pero si tú te hartas á costas mias, me haces aflojar un poco la bolsa, y á mí me conviene, que mi bolsillo esté lleno aunque tu estómago esté vacio.

—Dándome una moneda, quita el hambre á un pobre y disminuye el peso que ahora le incomoda.

Chepillo metió la mano en la mochila, sacó una moneda y se la ofreció á Liberato diciéndole:

—Toma; me has convencido de que debo darte con que comer hoy.

El criado abrió la mano y así como sintió entre ella una pieza de á ocho reales, sin atreverse á cerrarla dijo:

—Ah! señor Don Chepillo! ¿cuándo dejará sus chanzas?

—No, simplon, no es chanza; guarda ese peso.

—Cuando ménos es falso, pensó el criado, no queriendo dar crédito á tanta generosidad.

Deseando salir de la duda resolvió someterlo á mil pruebas. El lo frotó con las manos para asegurarse de que no variaba de color; él lo golpeó sobre las piedras para buscarle el tañido argentino; él en fin, le hincó el diente para averiguar su solidez. Cerciorado de que era de

buena ley se lo metió en el bolsillo de los pantalones; pero sin soltarlo de la mano temiendo que se le perdiera. Despues de ésto se despidió de Chepillo lleno de sincero agradecimiento.

Liberato en toda su vida no habia tenido un dia tan feliz. La dicha de un pobre se hace con aquello que no aumenta la ventura de un rico!

El mozo volvió á incorporarse en el corrillo, y al punto le dijo el caballero que lo habia invitado á comer:

—Amigo mio, resuelve usted aceptar mi convite?

—Tanto se empeña usted que no debo desairarlo.

—Le agradezco su fineza.

—A mí tampoco me desatenderá, no es verdad? le dijo el que lo habia invitado á merendar.

—Y yo no debo temer que me deje con la *cara cortada* ¿no es cierto? le dijo el que lo habia convidado á cenar.

—Iré á merendar y á cenar con ustedes, ¿qué voy á hacer?

—Bueno, bueno, dijeron los convidantes riéndose de la rusticidad del mozo.

El corrillo se disolvió y Chepillo se fué con el sujeto que lo habia convidado á comer, el cual se llamaba Miguel Ramírez.

CAPITULO II.

No nace el hombre caballero,
Ni lo es por tener dinero.

CONVIDANTE y convidado echaron á andar por la calle y era de ver como el primero le hacia al segundo mil cumplidos y cortesias. Chepillo comprendiendo que no era él el directamente considerado sino su Queso de oro, empezó á sentir que la sangre le subia á la cara en olas ardientes.

—Valgame Dios! decia el mozo para sí, como son los hombres; ayer me despreciaba éste porque me veia pobre y hoy está á mis piés porque me cree rico.

A esta sazon el convidante pensaba:

—Si este idiota habrá llegado á imaginarse que mis atenciones y comedimientos son á su persona?.... Por cierto que si alcanzara lo que pretendo, doblándole la rodilla al brillante Queso de oro y volviéndole la espalda al dueño, lo haria de buena gana.... Un rico de estos no es más que una bestia cargada de oro á quien es bueno lisonjear por el provecho que de ello puede sacarse.

Pensando en estas cosas y caminando iban nuestros dos hombres cuando de repente se detuvo Don Miguel y le dijo á su compañero mostrándole el portal de una casa:

—Entre usted señor.

Chepillo avanzó unos cuantos pasos y no sabiendo á qué cuarto dirigirse, esperó á que lo guiara el amo de la casa. No bien llegó este á la puerta de la sala hizo alto, y el mozo sin aguardar á que le ofreciese la entrada, se puso de un brinco dentro de la pieza. Inculto como era nuestro héroe se dirigió al sofá que le pareció más bonito; se sentó en el borde de él; recogió un poco la pierna izquierda hasta formar con ella una línea perpendicular de la rodilla al pié y en seguida colocó tendida encima la otra pierna, trazando un triángulo con ámbas. Hecho esto se

quitó el sombrero, lo metió en el pié (el cual le sobresalia un palmo) y empezó á darle vuelta agitándolo por el ala.

En este momento entró la señora de la casa y al ver al mozo y su postura, hizo un gesto de desprecio. Chepillo la saludó sin levantarse del asiento.

Ramírez notando el disgusto de su esposa se apresuró á decirle:

—Aquí tienes á un *caballero* que ha conseguido un caudal inmenso de la noche á la mañana.

—Como así? preguntó la señora.

—Sobrás que el señor es descendiente del *marques de San Isidro.*

—No lo ignoro.

—Y que es el mismo á quien Dios ha concedido el privilegio de conversar con el alma de su tataradeuda.

—Ya habia oido decirlo.

—Pues bien, anoche tuvo con el alma una entrevista muy venturosa, puesto que le dijo el punto donde habia dejado un riquísimo tesoro.... Tesoro que está ya en sus manos.

—De veras! exclamó la señora asombrada con semejante noticia.

—Tan cierto que puedes convencerte por tus propios ojos.

Dijo, le pidió á Chepillo una onza de oro y se la presentó á la señora. Esta la miró atentamente y expresó:

—Verdaderamente es una moneda antigua.

Incontinenti enderezando la voz y la mirada hácia el mozo le dijo:

—Cómo ha sido esa dichosa entrevista?

Chepillo le refirió puntualmente cuanto le habia ocurrido con el alma y que queda ya dicho, con lo que recibió no poco contento la señora.

Cuando Chepillo concluyó su relacion, Don Miguel le dijo á su esposa:

—Te aviso que he convidado á Don José á comer hoy en casa.

—Lo tengo á mucho honor, respondió ella, y siento no haberlo sabido con tiempo para haberle preparado un banquete.

—Un banquete? preguntó Chepillo, y que casta de pájaro es ese?

Caballero y señora se miraron y se sonrieron. Y como le apretara á ésta la gana de reirse á carcajadas, se levantó de su asiento y se salió de la sala. Ramírez que era algo burlon le dijo al mozo:

—El banquete es el macho de la banqueta, el cual como asiento más cómodo hubiera querido mi mujer ofrecérselo para que se sentara usted á la mesa.

—Con qué sí hé?.... Vaya una cosa más particular, dijo Chepillo con fisga al comprender que el dueño de la casa se mofaba de él.

En este momento se presentó un criado y dijo:

—La comida está servida.

—Señor Don José, le dijo Don Miguel, vamos á hacer la *penitencia.*

—Bueno, señor, cuando te ofrescan la vaquilla corre con la soguilla, dijo el mozo y se puso en pié.

En el acto salieron de la sala y se dirigieron al comedor.

Chepillo fué atendido al empezar la comida como un príncipe. Le señalaron un asiento distinguido; le sirvieron de preferencia, posponiendo á las señoras y lo abrumaron á cumplidos.

El mozo se sentia azorado al verse entre tanta gente decente, pues, como la familia era numerosa la mesa estaba rodeada de señoritas y caballeros. Cual criminal delante de sus jueces, no alzaba los ojos ni

pronunciaba una palabra; era que él comprendia que iba á ser juzgado por personas competentes de su brutal educacion.

—Voto va! decia para su sayo, mirando el tenedor y el cuchillo, yo en los dias de mi vida he manejado estas herramientas.... aquí fué Troya; pero en fin, el que no se embarca no pasa el mar.

Y empuñando los citados instrumentos, comenzó á cortar para dividir una presa de pollo, sin poder alcanzar su objeto. Viendo burladas sus esperanzas hincó el cuchillo con todas sus fuerzas, frunciendo la boca y apretando los dientes hasta hacerlos crugir, y como el plato estaba al borde de la mesa, hubo de faltarle apoyo y se volvió, con lo cual le cayó sobre sí el contenido de él. Avergonzado el mozo con este accidente se atolondró de tal modo que se le olvidó el lugar que ocupaba y levantándose bruscamente de su asiento, dió media vuelta á la derecha y sacudió con tal violencia la ruana, que el guiso voló sobre los ojos de la señora que estaba á la cabecera de la mesa.

—Ay!.... gritó la infeliz llevándose rápidamente las manos á la cara, ¿ya no me hizo ciega este *orejon*?

En seguida dejó su asiento y á tientas corrió al patio.

Los demas comensales ocurrieron á la novedad entre serios y risueños gritando:

—Agua!.... agua!.... Un poco de agua!....

Inter tanto Chepillo se retiró á un rincon de la pieza y allí cabizbajo y avergonzado exclamaba entre dientes:

—Maldita sea mi torpeza!.... Confieso que soy un asno!.... la verdad es que yo no merezco estar entre gente de importancia.... ¿de qué me sirve ser rico si mis abuelos me criaron como un cerdo?.... Qué tendria yo cuando puse los piés en esta casa?

Estas razones discurria el mozo, cuando la señora, sana ya de los ojos, volvió al comedor con la familia.

—Mi señora, le dijo Chepillo al verla, se me cae la cara de vergüenza.

—Seria mejor que se le cayeran las manos con que hizo el daño, le contestó la señora algo enojada.

—Perdonen todos mi grosería, dijo el mozo, dirigiéndose á los circunstantes, es verdad que soy descendiente del *marques de San Isidro*, pero no por eso he nacido caballero. De ayer á hoy me he hecho dueño de un gran caudal; pero la riqueza no improvisa la decencia ni las buenas maneras. Yo soy mal educado porque mis abuelos me dejaron crecer como una bestia. Les confieso á ustedes francamente que jamas habia comido entre caballeros y señoras, ni habia pinchado la carne con otros garfios que con los que Dios me dió.... A cada cual se le debe dejar en el lugar que le corresponde; yo con mi Queso de oro soy el mismo Chepillo sin añadidura alguna. Con que así quedense ustedes en su casa, que yo me marcho para la mia.

Dicho esto tomó su sombrero, hizo una reverencia á todos y les volvió las espaldas.

Aturdido y ciego el hombre se precipitó hácia la puerta á tiempo que una sirviente se presentaba en ella con una humeante sopera en ámbas manos. El reencuentro fué tan terrible que la vasija descendió velozmente al suelo y estalló en mil pedazos; la criada cayó léjos del sitio dándo horribles gritos, y el mozo azorado con este otro desastre no pensó sino en librarse de la vista de las personas que habia en el comedor, y en consecuencia apretó á correr; pero como no veia por donde iba, se

enredó en las enaguas de la mujer que él mismo acababa de derribar, se fué de bruces y dió un bote de carnero que hizo reir á los dueños de la casa, quienes con lo que habia ocurrido en la puerta, se habian agolpado á ella.

Ligero como un gimnástico se paró y corrió; pero como iba cegaton fué y cayó en un pozo de esos que impropiamente el vulgo llama aljibes, que habia en el centro del patio.

De las personas que lo vieron caer una de ellas gritó:

—Perfectamente!.... bueno es el baño despues de un golpe.

El mozo se hundió hasta el cuello en el agua, y luego como pudo, sin que nadie le ayudara, se salió del pozo. Los espectadores creyendo que intencionalmente se habia arrojado á él para aliviarse del molimiento del porrazo que acababa de sufrir, no se movieron á socorrerlo.

Al ver un criado de la casa que los vestidos de Chepillo manaban agua como una fuente, fingió compadecerse de él y lo condujo á un cuarto donde le presentó un vestido completo y le rogó que se quitara el mojado y se pusiera el que le ofrecia. El tal sirviente que era burlon como el mismo Diablo, quiso reirse de Chepillo y por ello le presentó un vestido que habia pertenecido al abuelo de su amo en tiempo del virey Messia de la Cerda. Consistia el traje en una camisa de arandelas y golilla; en un calzon *corto* de casimiro blanco; en unas polainas de lana y unos pantuflos de lo mismo; en un chaleco encarnado con grandes solapas y en un casacon pardo de largas faldillas que tocaban los jarretes. Chepillo mal de su grado se desnudó apresuradamente y se puso semejante difraz, lo cual hubiera excusado, si hubiera podido, pero habia padecido de rumatismo y sabia por experiencia que la humedad le removeria la enfermedad, y por ello resolvió ponerse en ridículo ántes que ir á la cama en un tiempo en que tenia necesidad de hacer cuatro romerías para sacar á luz el valioso Queso de oro.

Nuestro héroe con tan extravagante vestido ofrecia la figura más extraña que haya podido verse en lo descubierto de la tierra á mediados del siglo XIX.

Todos los habitantes de la casa, que eran sabedores de la travesura del criado y que se imaginaban cuan digno de risa estaria el mozo, se situaron convenientemente para verlo salir y dirvertirse á sus costillas. Chepillo que estaba viéndose de tan mala estampa y que adivinaba la burla que le harian los de la casa al verlo de tan desaguisada figura, se terció al cuadril su mochila de dinero, se acercó á la puerta del cuarto, se encomendó á Dios de todo corazon y apretó á correr hácia la calle. El infeliz no alcanzó lo que deseaba, puesto que salió al son de extrepitosas risotadas; de estruendorosos palmoteos y de silbidos destemplados.

Al salir de la puerta de la calle tuvo un segundo reencuentro. Sucedió que Chepillo salia á todo correr cuando entraba el sujeto que lo habia invitado á merendar y se lo llevó de calles.

—Urra diablo!.... que me revienta, gritó el que llegaba.

—Cuidado señor!.... dijo el mozo no poco azorado.

—Cómo! quiere usted acaso volver á sacudirme el bulto?

—Oh! no señor....

—Y entónces á que fin me previene que tenga cuidado despues de atropellarme?

—Es un modo de decir.

—Como que es Don José?.... Dígame, qué quiere decir ese disfraz, y quién viene corriéndolo?

—Amigo, el disfraz se lo debo á una desgracia, y nadie me persigue.

—Que nadie lo persigue?

—Nadie; me llevaba al trote una diligencia urgente.

—Al trote, dice usted? Rayo de Dios!.... que iba al galope, á carrera abierta.... Pero, ¿qué le ha ocurrido que va de tan risible talante? Pretendia usted seguramente á favor de ese disfraz, escaparse de mi vista para eludir la obligacion que contrajo?

—Oh, no señor! escúche usted lo que me ha sucedido. Como no soy práctico en las trampas de esta maldita casa, fuí y caí en un pozo que hay en el centro del patio, y como no me quedó cosa seca tuve que ponerme este hábito antiguo á mi pesar, que fué el vestido que me dieron.

—Vive Dios que va usted *pintoresco*.... si los muchachos lo avistan cuente con una tunda de más de la marca. Es necesario salir de aquí con tiento.

Dijo esto y echó un vistaso á la calle.

—No hay un solo pilluelo, añadió, marchémonos mirando á todas partes; yo seré su protector.

Nuestros dos hombres echaron á andar y al llegar á la primera esquina, el Diablo que todo lo malo ordena, quiso que por la otra calle hubiera unos escuelantes traviesos y atrevidos en grado tal, que así como vieron á Chepillo empezaron á silbarlo, á señalarlo con el dedo y á llamar á grandes voces á otros pilluelos que no léjos de ellos estaban. En ménos de nada se presentaron unos cuantos muchachos como si los hubiera brotado la tierra, y en el acto rodearon al infeliz mozo, y empezaron á decirle los mayores sarcasmos, sin que su compañero pudiera impedirlo, á pesar de ser sujeto grande y principal del pueblo. Chepillo siguió su camino, y como los muchachos lo acompañaran en su marcha, con música de silbos y palmadas, se enfureció y echó á repartir mojicones y aunque de cada golpe derribaba uno ó dos, no por esto lo dejaban, sino que con mayor ahinco lo estrechaban, y hubiera salido mal parado si el caballero que lo acompaña no se echa la ruana al hombro y lo proteje denodadamente.

En esto ya habia entrado la noche y el mozo viéndose libre de los bichos que lo mortificaban, respiró con satisfaccion, y se sentó en el quicio de una puerta á descanzar.

—Voto al Diablo! exclamó Chepillo para sus adentros, qué cosas las de este mundo!.... Yo que tengo la costumbre de reirme y mofarme de mis semejantes, cómo he sido hoy el escarnio de ellos.... No parece sino que Dios ha querido que se me mida con la vara que he medido.

—Vamos á casa, que cerca de aquí está, le dijo á esta sazon el caballero.

—Oh! cómo es posible que vaya de tan mala guisa?

—Eso no quiere decir nada; en casa será usted tratado con respeto; yo me anticiparé á decirle á mi familia el motivo porque se presenta usted con traje del siglo pasado.

—Todo eso será, pero....

—No hay pero que valga; si usted no cumple su palabra es señal de que no acepta mi amistad.

Chepillo no sabia que hacer; si no iba á la casa de su convidante como se lo habia ofrecido, le daba una prueba de incivilidad; si asistia al convite, iba á servir de befa y escarnio de los que se sentaran á la mesa. Como el caso era grave lo meditó un rato y resolvió cumplir su palabra.

—Bien señor, iré á su casa, dijo, y se puso en pié.

—Le estimo su condescendencia, respondió el convidante.

Los dos hombres partieron.

Eran cerca de las siete cuando entraron en la morada á la cual se habian encaminado.

Sentados en un sofá de la sala charlando mano á mano hacia una hora que estaban caballero y mozo cuando se presentó un criado y anunció que iba á servir el café. Al recibir este aviso se trasladaron al comedor.

Como el caballero habia tenido tiempo de contar á su familia lo que le habia ocurrido á su convidado y de la extraña figura que iba, todas las personas principales de la casa se habian anticipado á recibir al huésped en el comedor, y así cuando éste llegó, vió con la mayor sorpresa que de la puerta adentro habia dos filas haciendo calle, una de señores y otra de damas, por la cual tenia que pasar infaliblemente, y así sucedió.

No poco contento recibieron todos al ver al *marquesillo* representando con su vestido el siglo XVIII. Sentóse la familia á la mesa despues que Chepillo ocupó el asiento que le indicaron. Como el jefe de la casa le dió la prelacion en todo, mandó al criado que servia, que acercase el azucarero al convidado; Chepillo vió sobre él una tenaza de metal, pero no advirtiendo el objeto que tuviera, la separó con la mayor candidez é introdujo la mano en la vasija y sacó el dulce que pudo coger en los dedos. El vió que los amos de la casa lo miraron y se rieron, pero no dió con la causa de la risa hasta que uno de ellos sacó el azúcar con la tenaza. En segida el mismo criado se puso á servirle el café y como no oyó la voz de, *basta*, le llenó la taza hasta rebozar. *

Cuando el criado hacia tal, Chepillo miraba un tabaco que habia cerca de su taza y se decia:

Con qué objeto me pondrian este cigarro?

Y como viera que cada uno de los que merendaban tenia tambien un Ambalema, inmediato á su taza respectiva, dijo para sí:

Si no es para batir el café á fin de disolver el azúcar, no adivino para qué sea. En estas casas de los grandes hay costumbres tan raras y tan ridículas!....

Esto discurria nuestro villano en el acto en que observaba que una de las damas introducia en el café, no el tabaco, sino una cuchara que habia en el plato. El mozo al punto la imitó, pues tambien tenia una en el suyo, en la cual no se habia fijado.

—Empiece usted señor, le dijo uno de los caballeros.

Chepillo no esperó segunda invitacion; al momento levantó con ámbas manos la taza hasta los labios y dió un sorbo que resonó por los ámbitos del cuarto como un trueno lejano.

En esto una de las señoras le preguntó:

—No le gusta á usted el café con tabaco?.... no hay cosa más rica.

Chepillo imaginándose entónces que la costumbre de los rústicos, de mascar tabaco aun bebiendo, existia tambien entre lo gente culta, respondió:

* Nada de extraño tiene que siendo Chepillo un campesino inculto, aunque inteligente, cometiera las faltas de educacion que hemos referido, y aun las mayores que vamos á narrar, cuando todo un Ministro Plenipotenciario de la nueva Colombia cerca del Gobierno de los Estados Unidos del Norte, se puso en completo ridículo en un banquete que le dieron en Washigton, por ingnorar los usos y costumbres de la gente educada de aquel país culto, y eso que el tal personaje es un *militar* de alta graducion y un *sugeto de nombradía en esta tierra.*

—Si señora, cómo no.

Y corroborando el dicho con el hecho tomó el tabaco, lo dividió en dos partes con los dientes y sobre la que le quedó dentro de la boca dió un sorbo de café.

Los circunstantes, que hácia rato les retozaba la risa por todo el cuerpo, soltaron una estrepitosa carcajada.

Nuestro héroe picado por la risa, preguntó si él era la causa de ella.

—Nos reimos, dijo una de las señoritas, de ver que usted acompaña el tabaco con el café de la manera más original, pues á nadie se le habia ocurrido masticarlo en vez de fumarlo.

Chepillo bajó la cabeza tan abochornado y corrido cual doncella lastimada en su pudor. Con todas las veras de su alma le pedia á Dios que abriera un abismo debajo de sus piés y lo sepultara en él para siempre, aunque no disfrutara del precioso Queso de oro. Pero Dios no lo oyó; sin duda reservaba al mozo para grandes cosas!

Luego que bajaron á su natural lugar los borbotones de sangre que enrojecieron la cara del mozo, hizo éste un esfuerzo sobrehumano para hablar, é irguiendo la cabeza dijo:

—Me parece que nada tiene de particular lo que yo he hecho si se considera que la gente estanciera gusta más de mascar el tabaco que de fumarlo, y nada más comun entre dicha gente, que beber cualquier licor sin arrojar la mascada. Es por esto por lo que he creido que nada tendria de raro que la gente *pueblana* tambien mascase tabaco y bebiese café á un mismo tiempo.

Chepillo que era de buena comprension dijo y miró el semblante de sus oyentes para saber el efecto que hubieran producido sus palabras, y como observara en todos ellos pintada la imágen de la burla, se azoró sobre manera y empezó á sufrir la más cruel angustia. Sentíase, el infeliz, como enclavado en su asiento y parecíale que cuando llegara el momento de levantarse no podria conseguirlo. En el colmo de su desesperacion se decia:—Si no creyera que ahora que soy rico me es necesario familiarizarme con la gente grande, no habria venido á esta casa, pues con lo que me pasó en la otra donde comí, tenia para huir toda mi vida de comer á manteles entre gente de botines. Oh! diera la mitad de mi fortuna por estar ahora mismo manducando papas guisadas en la choza de un pobre!

No bien se dijo esto, procuró salir pronto del tormento y en consecuencia, se echó de un trago la media taza de café que le quedaba, cuyo licor debió de abrirse paso por un lado del trozo de tabaco, que el mozo no habia podido pasarse aunque para ello habia hecho los mayores esfuerzos. Sirviéronle dulce, luego, y como á Chepillo no le faltaba apetito, acercó el plato para embaularse su contenido, pero ántes pensando en deshacerse de la mascada de tabaco, (porque le parecia que no se avendria bien lo dulce con lo amargo), estiró el cuello por encima de la cabeza del caballero que tenia á su derecha, y arrojó léjos de sí el negro bocado que tanto rato hacia, tenia prensado entre cuatro muelas. A virtud de esta grosera accion, los hombres hicieron un gesto de improbacion y las damas se levantaron de su asiento.

Comprendiendo el mozo que él era la causa de que las señoras se retirasen de la mesa, se tomó el dulce precipitádamente, se levantó, cogió su sombrero, se despidió en general de todos los caballeros y salió de la casa á pasos largos.

—Por la Vírgen Santísima! iba diciéndose, si iré á encontrarme

con el caballero que me convidó á cenar; pero vive Dios! que primero me dejo llevar á la horca que á otro suplicio bucólico. Diantre! no quiero que se rian más de mí. Que humanidad ésta; ayer me despreciaban los ricos porque era pobre y hoy se burlan de mí los sabidos porque soy ignorante, sin que me valga un bledo el capital que tengo entre manos.

Concluia Chepillo este soliloquio cuando llegaba al zaguan de la casa que habia elegido para pasar la noche. Sin anunciarse desde afuera, porque no habia puerta, entró en el patio y dijo:

—Buenas noches!

Al son de semejantes voces se presentó un hombre en la puerta de un cuarto con una vela encendida y respondió:

—Buenas se las dé Dios, señor.

—Hola! Perico.

—Señor Don Chepillo, á qué debo la dicha de ver á su merced á estas horas en mi casa?

—Vengo á que me des posada.

—Con el mayor gusto. Siga su merced á este cuarto y se sienta aunque sea en una enjalma ó en otra parte donde le parezca mejor.

Chepillo entró y á lo que pasó por cerca de su huésped pudo este observarle á favor de la luz, el vestido que llevaba y por ello le dijo:

—Qué diablo de casacon es ese? Si estuviéramos en aguinaldos juraria que habia ido á ganar alguna apuesta.

—Verdad, hombre, que parezco un disfrazado de esos que se ocultan en los huecos de las puertas para ganar aguinaldos. Pero te hago saber que la causa de mi disfraz no se asemeja en nada á la de una alegre diversion, sino que por el contrario es tal, que al oírmela referir cualquiera, no podrá ménos de moverse á lástima.

—Cuéntemela su merced que yo no soy insencible á sus desdichas.

Chepillo le refirió en pocas palabras, que se habia dado, mal de su grado, un baño en un pozo de la casa de Don Miguel Ramírez, y que por ese desastre habia tenido que ponerse el vestido que llevaba, el que un criado más por burla que por compasion le habia prestado, y concluyó diciendo:—Y sabe, amigo, que no este vestido, sino uno de mujer me habria puesto á trueque de no vivir un mes con reumatismo.

—En verdad que su merced es *lisiado* de ese mal.

—Mucho he sufrido con él, dijo el mozo sentándose en un tercio de maiz.

Hubo un momento de silencio y al cabo de él le dijo Chepillo á su huésped.

—Deseo hacerte una propuesta.

—Bien puede, señor.

—Tú me ayudaste á pelar cierto pollo para conseguir cierto fin; no es verdad?

—Verdad es señor, pero no fué *pollo* sino *Gavilan*, dijo Perico con fisga.

—Pues estoy agradecido de tí y en prueba de ello voy á protegerte.

—Dios lo oiga.

—No sé si tú sabes que soy dueño de un gran caudal.

—No me consta, pero he oido decir que se encontró el tesoro de la marquesa.

—Ténlo por cierto, hombre, y considera que para manejar tantos bienes como los que compraré con el valor del Queso de oro y con unas

cuantas monedas que traigo aquí, necesito un mayordomo fiel y diligente.

Perico sintió una emocion indescifrable, y dijo:

—Y en quién ha puesto su merced los ojos para tan difícil encargo?

—En tí; quieres ser mi mayordomo?

—Oh! señor, de todo corazon.

—Bien, pues, cuento contigo.

—Desde este instante si á su merced le place.

—Si desde este momento entras á mi servicio, prepárate para marchar á Bogotá.

—Cómo! y he de irme ahora.

—No, esta noche te prepararás para marchar mañana temprano. Quiero que vayas volando á la capital á traerme unas tres mudas, pues el hombre rico debe darse gusto.

—Me parece eso muy puesto en razon.

—Yo he hecho ya mi cuenta y pienso que con cuarenta ó cuarenta y un patacones puedes hacer las compras. Escúcha: llevarás quince pesos para tres pares de pantalones; diez y ocho para otras tantas chupas ó levitas; cuatro pesos para tres chalecos de marsella; veintiun reales para tres pares de botines de cordoban negro, y seis reales para dos corbatas de algodon.... Ah! se me olvidaba lo principal; tienes que llevar un peso más para que me traigas una gorra para encasquetármela entre casa. Yo conozco gente de botas que le gusta más la *gorra* que el sombrero.

—Si señor, dijo Perico, la gente bogotana y la veleña dicen que es muy afecta á la *gorra*, especialmente cuando sale de su tierra. Yo sé de algunas personas que les gusta tanto *vivir de gorra* que la usan de dia y de noche, en su tierra y fuera de ella, y cuando por un descuido se les llega á romper, *se dan tres caidas por pegarla.*

—Yo desearia saber, dijo Chepillo, qué usa más la gente decente, si el gorro ó la gorra, pues entre hembra y macho hay su diferencia.

—Yo lo que sé, dijo Perico, es que la gorra la usan tanto los caballeros como los *guaches*, pero que á la gente decente lo que le sienta y le canta es el gorro.

—Segun eso no me traigas gorra sino gorro.

—Le traeré lo que su merced guste.

—Mira que madrugas, hé? estoy que no veo la hora de volverme *cachaco.*

—No hay más que hablar, señor.

—Cuando te levantes, lo primero que has de hacer es llevar este vestido que tengo puesto, donde Don Miguel Ramírez y traerme de la misma casa el mio, que dejé en poder de un criado. Despues te cuento el dinero para las compras, y buen viaje.

—Está bien, señor.

—Ahora aderézame una cama como mejor puedas, que quiero dormir, pues anoche me trasnoché platicando con el ánima.

Perico le hizo un lecho á su huésped más á propósito para un anacoreta, que para un fatigado pecador. Componiase de cuatro cueros de cabra que en lo tieso semejaban hojas de lata; de un viejo cobertor con más rotos que una criba, y de una almohada improvisada de unos zamarros de cuero de oso, que en duresa no les iban en zaga á las pieles convertidas en colchon.

En esta miserable cama se recogió Chepillo, y aunque estaba acos-

tumbrado á la pobreza no pudo aceptarla sin repugnancia. Pensando en los acontecimientos que le habian ocurrido en el dia, el sueño huyó de sus ojos.... El tratamiento que la gente principal del lugar le habia dado durante el dia y la pena que la suerte le deparaba en la noche le parecieron un sueño de mal agüero, mitad de oro y mitad de hierro.

Cosa singular! el mismo dia en que Chepillo subió á la mesa del gamonal, bajó al lecho humilde del pobre, como si Dios hubiera querido hacer de él el símbolo de la instabilidad de la vida humana, ó cual si hubiera procurado recordarle que de la feliz abundancia á la infeliz escasez no hay más que un paso.

Cuando vino el dia, Perico hizo lo que su amo le habia ordenado, esto es; entregó el vestido en casa de Don Miguel, le llevó al mozo el que éste habia dejado en ella, recibió el dinero contado para las compras, montó á caballo y partió.

A eso de las nueve de la mañana salió Chepillo á la calle y púsose á buscar una casa en arrendamiento para irse á vivir á ella. Sabido es que el dinero hace milagros; así no debe extrañarse que á poca diligencia consiguiera una hermosa habitacion que pasaba por una de las más cómodas y lujosas del poblado.

Establecido en ella, hizo fijar sobre el umbral del porton una tabla con un rótulo que nos servirá de epígrafe al capítulo siguiente.

CAPITULO III.

"Aquí se compra lo que se ofrezca en venta y se vende lo que se busque en compra."

TRES dias le bastaron á Perico para ir á Bogotá, comprar las cosas que Chepillo le habia recomendado que comprara, y regresar. Como el mozo lo esperaba con ansia, no bien supo que habia llegado, corrió á donde él, le hizo desenfardelar los vestidos, escogió el que le pareció más hermoso y se disfrazó con él.

Hecho esto se fué á su casa, seguido de su mayordomo, y como las calles estaban desiertas no fué saludado con música de silbos y palmadas como en otra ocasion.

El que estas páginas escribe pasando ese dia por cerca de la puerta que tenia el letrero expresado, alcanzó á ver á Chepillo dentro de la casa, vestido de colorines y recuerda que no pudo resistir á la tentacion, propia de un escuelante, de decirle á boca llena: "Hola! *tio lagarto* ¿ quién le ha dicho á usted que hoy es juéves de corpus ?"

Para que convengais en que el autor de esta historia tuvo razon en bautizar á Chepillo con ese apodo burlesco, debeis saber que el mozo vestia camisa rayada; corbata listada; chaleco amarillo de una moda que en aquella época sólo pertenecia á la historia; levita ó más bien una especie de bata corta de calamaco pintado de amarillo, rojo y verde; pantalon de mahon color de naranja; botines negros de cordoban y un gorro de damasco azul adornado de una borla de lana negra. En ese dia memorable (para el autor) se paseaba Chepillo á lo largo del corredor de la casa muy ufano de verse tan parecido á la gente decente, cuando de repente sonaron dos golpes sobre la puerta que daba á la calle y el mozo se detuvo y dijo:

—Perico! alguien llama.

—Quién es? preguntó el criado,

—Yo soy, respondió una voz.

Contestacion necia, como descortez es la pregunta.

Como Perico se quedó sin saber quien fuera el que llamaba, corrió á la puerta, y como estaba entreabierta, vió á dos jóvenes en pié en el umbral.

—Está en casa Don José? preguntó uno de ellos.

—Si señor, respondió el mayordomo, sigan sus mercedes.

Los jóvenes siguieron á Perico, el cual los condujo á la sala.

Chepillo que se habia entrado á esta pieza y se habia tendido largo á largo en un canapé, ofrecia mejor que nunca la imágen viva de un lagarto.

Los recien llegados lo saludaron desde el quicio de la puerta con sombrero en mano.

El mozo contestó el saludo enderezándose un poco.

Uno de los jóvenes avanzó dos pasos y dijo:

—Hemos visto un letrero sobre la puerta de esta casa....

—Ah! sí, sí, le interrumpió Chepillo, sentándose en el canapé como gente educada, sigan ustedes y se sientan.

Los jóvenes obedecieron.

—Bien, dijo Chepillo, y que quieren ustedes ¿comprar ó vender?

—Vender, dijo el mismo que habia hablado.

A estas palabras añadió el compañero:

—Yo le vendo á usted dos caballos excelentes, que usted conoce como á sus manos; el rucio y el castaño.

—En qué precio los estima usted?

—Es cuatro cientos pesos; son dos caballos de *patente;* altos, airosos, bufadores.... parecidos en la fachada al bucéfalo de Alejandro ó al gigantesco de Troya. Un general montado en uno de estos corceles seria el terror y espanto del ejército enemigo.

Chepillo hizo un gesto cual si pensara:

—Tu charla es inútil puesto que no comprendo el idioma en que me hablas.

—Bien, le dijo al compañero del que ofrecia los caballos, y usted qué me vende?

—Treinta toros de paleta, tamaños como elefantes, á veinticinco pesos cada uno.

—Me parecen caros tanto los caballos como los toros.

—¡Oh, no señor! dijo el primero que habia tomado la palabra, jamas pueden ser caros en cuatrocientos pesos, dos caballos corpulentos, nuevos, bien formados, de elegantes y variados pasos; de movimientos tan delicados que á escape puede usted llevar un vaso de agua sin derramar una gota; no es ponderacion, pero creo que no es más suave una carroza tirada por encima de una alfombra.

—Los toros son como castillos, dijo el otro, de una fuerza prodigiosa que se arrastrarian un bosque entero si se les pudiera prender al yugo; están habituados á toda clase de trabajo, al arado, al carro, al tiro,.... para lo que quiera destinarlos usted, para eso le sirven.

Chepillo se quedó un buen espacio callado como si meditara en algo que debiera decir á los vendedores y en seguida les dijo:

—Y saben ustedes las condiciones con que compro?

—Las condiciones!.... exclamaron á la vez los negociantes.

—Quizá no ignoran ustedes que soy dueño de un tesoro oculto; pero que para tomarlo del lugar donde está y disponer de él á mi talante

es preciso que yo cumpla con ciertas órdenes que me dió el alma de mí tataradeuda.

—Hacer cuatro romerías y pagar unos funerales ¿no es esto? dijo el dueño de los toros.

—Ni más ni ménos; con que así compro los animales que ustedes están vendiéndome, pero con la condicion de pagárselos cuando tenga entre mis manos el tesoro.

—Eso no es un inconveniente para hacer el negocio, respondió uno de los contratantes.

El otro vendedor se adhirió al dictámen de su compañero con una señal de asentimiento.

Arregladas las condiciones para el pago, perfeccionaron el trato; los caballos á ciento noventa pesos y los toros á veinticuatro.

Los jóvenes salieron de la casa, y al pisar la calle el uno le dijo al otro.

—Qué clavo se ha llevado Chepillo, se ve que es torpe para negociar.... Si continúa de ese modo, aunque el Queso de oro valga tanto como las riquezas de Creso, en ménos de un año se queda bostezando y apretándose la panza.

A esto le dijo el otro:

—Nosotros no seamos tontos; aprovechémonos socarronamente de la simplicidad del hombre; procurémos echarle al Queso cuantas tarascadas podamos, tratando siempre de persuadir al paleto que en cada negocio perdemos un sentido.

Estas cosas iban platicando los dos *esplotadores* en el instante en que entraban en la casa de Chepillo dos señores, pero no á vender cosa alguna sino á comprar lo que les conviniese.

Chepillo les ofreció los caballos y los toros que acababa de comprar y como dió la casualidad de que conociesen estos animales; en dos por tres ajustaron el trato por la mitad del precio en que el mozo los habia negociado. Esta venta la hizo Chepillo so condicion de que le pagaran en dinero y de contado. Los compradores salieron de la casa muy contentos, y una hora despues volvieron á entrar con cuatro mochilas llenas de dinero.

Pagando el mozo á tan subido precio las cosas que le vendian, y dándolas á tan bajo, se multiplicaron las transacciones prodigiosamente. De todos los pueblos circunvecinos acudian negociantes; los más avaros á vender y los amigos de pájaro en mano, á comprar. Al mozo no le quedaba tiempo para comer, ni para dorminir; vivia comprando, vendiendo y haciendo cuentas; y cosa singular: él sin imaginárselo estaba dándole un impulso prodigioso al comercio de todo el canton. Guatavita enriquecia, los pueblos adyacentes prosperaban que era una bendicion y todo el mundo miraba á Chepillo como al Dios de la abundancia y de la dicha. No habia una persona en el canton que no creyera que era más felicidad acercárse al descendiente del *marques de San Isidro*, que subir al cielo como subió el privilegiado Elías. Si Chepillo hubiera muerto entónces, el pueblo agradecido como estaba, le hubiera tributado los honores divinos del apoteósis!....

CAPITULO IV.

El dinero alcanza lo que el amor no puede.

HAMBREADO y trasnochado Chepillo de no comer ni dormir por estar ocupado en hacer compras y ventas, como le acontece siempre á todo hombre de crecidos negocios, ó sea á todo codicioso de esos que piensan más en sus bienes que en su propia persona, se fastidió de semejante vida, tal vez porque á ella no estaba acostumbrado, y se enfermó de melancolía. Lleno de tedio estaba un dia y queriendo distraerse le órdenó á su mayordomo que le ensillara el mejor caballo de los que habia en su cuadra, con el fin de ir á disipar el mal humor que acongojaba su espíritu, viendo y paseando los campos donde habia nacido y pasado la mayor parte de su vida.

Hizo el mayordomo lo que su amo le mandó, y cuando este fué informado de que el caballo estaba preparado, pasó á la caballeriza, se puso los arreos de montar, de un brinco se colocó en la silla y partió tan aprisa y tan bien montado que despertó la envidia de los equitadores que lo vieron pasar, que no eran pocos segun se cuenta, pues en Guatavita todo el mundo ha sabido montar bien á caballo.

Chepillo no corria sino volaba. Yendo con tanta prisa no tardó veinticinco minutos en pisar la tierra que lo habia alimentado. De súbito sofrenó el caballo; el animal se detuvo temblando bajo las piernas de tan cruel jinete, echando espumarajo por la boca y vertiendo por todos los poros gruesas gotas de sudor. Chepillo de industria lo dejó descansar un momento, y luego poniéndolo en el paso más elegante lo endilgó por una estrecha senda que pasaba por cerca de la casa de Lucía.

Como la linda pastora no estaba por ahí a la vista, nuestro héroe dió un suspiro y exclamó:

—Maldicion! he errado el tiro!

Don Pio que á la sazon se hallaba parado debajo del alar de la casa del lado de la senda, al ver á Chepillo que pasaba corriendo sin dar indicios de querer llegar donde él estaba, le dijo con voz levantada:

—Hola! amigo, por qué tan derecho?

El mozo deteniendo el caballo respondió:

—La culpa no es mia, ello depende de lo recto del camino.

—De eso estoy convencido, le gritó Don Pio; he querido preguntar á usted por qué no llega á mi casa?

A todo esto Chepillo habia dirigido ya su caballo al lugar donde Don Pio estaba parado, y andando le decia:

—¡Oh qué memoria la suya!.... ¿No me previno usted una vez que no volviera á poner mis piés en los umbrales de su casa?

—Es usted muy rencoroso, señor mio; esas cosas ha mucho tiempo que pasaron; no resucite usted ese muerto; echémosle tierra á nuestro enojo y volvamos á ser amigos.

—Bien está, respondió el jinete, le prometo á usted que olvidaré lo pasado.

—Si su reconciliacion es sincera, entre usted en casa, que aunque estoy solo yo le haré....

—Oh! no, es necesario que usted me dé la prueba de esa sinceridad, visitándome primero, le interrumpió Chepillo.

—No tengo inconveniente y hago saber á usted que sentiré un gran placer en estar un rato con usted en su habitacion.

—Segun eso lo espero mañana á las siete en La Compañía, y elijo esta casa para recibirle la visita, por dos razones: porque deseo que usted se amiste con mi abuelo y porque quiero que estemos solos para que hablemos, sin que nadie nos interrumpa, de un asunto de la mayor importancia para entrambos y para cierta personita.

El viejo recibió las últimas palabras de Chepillo como el anuncio de la futura dicha de Lucía, pues andando el tiempo se habia convencido de que no era á su mujer á quien amaba, sino á su hija, como el mozo se lo habia confesado el dia de la primera riña que con él habia tenido, y así le dijo:

—Iré, palabra de campechano, pues adivino que ese asunto de que usted quiere hablarme, es tanto para provecho mio y de mi familia, como para dicha suya.

Chepillo se sonrió y se despidió de su nuevo amigo.

Paso ante paso se fué alejando entre triste y alegre; triste por no haber visto al ídolo de su alma, y alegre por haber anudado el hilo roto de las relaciones que hacian su felicidad.

Como iba pensativo y distraido, cuando ménos lo pensó entró en la casa de su abuelo.

Pasemos en silencio su llegada á esta mansion y su estacion en ella por una tarde y una noche, ya que no ocurrió nada digno de ser escrito y volvamos á casa de Don Pio á verlo montar y acompañarlo luego á la visita.

Como á eso de las siete de la mañana del dia siguiente mandó Don Pio á Liberato que le ensillara la rucia.

El criado se fué donde la yegua estaba paciendo, la enlazó, la condujo al patio de la casa y se puso á ensillarla. Así como le colocó el fuste sobre los lomos le apretó accidentalmente la cincha, interin le ponia la grupera y sucedió, por influencia del Diablo que en todo lo malo se mete, que al pobre de Liberato se le olvidara asegurarla y así sin mas, procedió á amarrar el cabestro de la jáquima al arzon y á avisar á su amo que la yegua estaba ensillada.

Don Pio se acercó á la rucia y lleno de confianza se asió de la cabeza de la montura con la mano izquierda, metió el pié en el estribo y al primer impulso que comunicó á su cuerpo para ponerlo en la silla, se le vino ésta encima, con lo cual perdió el equilibrio y cayó de espaldas produciendo un gran ruido. Espantada la yegua con la caida de su dueño é impresionada con la silla que se le habia deslizado hácia el vientre, empezó á dar espantables bufidos y corcovos y en seguida partió como la *ira mala*, aplastando de camino una clueca con média docena de pollos; reventando una cuerda que atravesaba el patio, donde habia colgada mucha ropa blanca, y enredando luego con la silla (que llevaba ya arrastrando) un cerdo que no léjos de la casa estaba atado á una estaca. El infeliz puerco siguió el camino de la muerte, unas veces de espinazo y otras de patas, gruñendo y chillando de tal suerte que no acertando nosotros á descifrar tan destemplado canto, dejamos que sus notas graves y agudas sean debidamente apreciadas de los lectores afortunados que entiendan de música.

Lucía y Doña Juana al oir tán grande y descomunal ruido ocurrieron presurosas, y aunque vieron á Don Pio que caido en el patio se incorporaba sobandose con ámbas manos las caderas y que daba dolorosos

ayes, maldito el caso que hicieron de él; las desapiadadas pasaron por encima del viejo, ligeras como una ave á examinar las ruinas y tristes vestigios que la perversa yegua habia dejado en el campo por donde habia ejecutado su rápida carrera.

—Por Cristo crucificado! gritó la moza, mi gallina y mis pollos muertos!..... que hago en este caso!....

—Vírgen de los Dolores! exclamó la vieja, ¡ha desdicha grande! la ropa recien lavada que parecia un alasbastro de puro blanca, como la volvió más negra que un limpion de cocina, la remilgada yegua que Satanas la confunda!.... Otro medio real en jabon, y eso es, para enjugarla y quitarle la mugre que se le prendió... Así ni con la renta de Santander! ...

Decia Doña Juana estas palabras al mismo tiempo que recogia aquí y allí las camisas, las enaguas y los pañuelos dispersos por el patio. En esta ocupacion estaba, cuando llegó á sus oidos el ruido de una voz que le era muy conocida; al punto alzó la cabeza, corrió fuera de la casa y vió ¡ oh desgracia! que la rucia llevaba al cerdo arrastrando.

—Infeliz animal! exclamó; lo asesina la yugua, no hay para que dudarlo.

Y como si quisiera apartar los ojos de tan triste cuadro se los cubrió con las manos diciendo:

—Lo que es este miserable mundo! tan contento que estaba esta mañana el alma mia de mi marrano; ¡ cuándo él creya que á la hora esta habia de hallarse al borde de la tumba!....

Luego que hubo expresado estos lamentos, se descubrió la cara, tendió la vista hácia el lugar del desastre y vió que la yegua se habia detenido no léjos de la casa; que el cerdo estaba tendido allí cerca y que esto acontecia porque la silla se habia encajado entre dos grandes piedras.

Presurosa corrió la pobre mujer; jadeante llegó á donde estaba el moribundo marrano, lo abrazó, le besó los ojos y le dijo mil palabras de ternura y de consuelo. Encarándose luego á la rucia, la maldijo, la trató de inhumana y de cruel, y la amenazó con que se vengaria de ella por el maltrato que le habia causado á su animal. Despues de esto, que le sirvió de deshago, regresó á su casa con el cerdo del cabestro, el cual la siguió cojeando y manqueando.

Interin estas cosas pasaban, Don Pio se habia puesto en pié, y amostazado como estaba con lo ocurrido, le dijo á Liberato, que se habia quedado cerca de él como aturdido:

—Hombre de Satanas, cuando harás una cosa bien hecha?

—Cuando me hayan enseñado hacerla.

—Qué es lo que dices?

A esto dijo en voz baja el criado:

—Como que lo ha dejado sordo el golpe, y esforzando la voz añadió: Cuando me hayan enseñado á hacerla.

—El pícaro se burla de mí, dijo el viejo mirando á todos lados como si buscara un palo para castigarle la falta.

—Señor, respondió el criado con semblante abatido, yo no me burlo de su merced, he querido decirle que hice mal el mandado, porque nadie hasta el dia de hoy, me ha dicho como se ensilla una bestia.

—Hablas de un modo que cualquiera que te oyera diria que jamas habias ensillado un caballo.

—Y á fe que decia verdad, pues no recuerdo haber ensillado en mi vida otro animal que la yegua de su merced.

Don Pio se sonrió y dijo:

—La silla no se me volvió porque no sepas ensillar, sino porque eres muy descuidado, pues ya adivino la causa.

—Su merced no es ménos descuidado que yo.

—Cómo!.... qué dices? socarron!

—Yo tuve el descuido de no amarrar la cincha y su merced el de no mirarla para saber si estaba asegurada.

—Tienes razon, pues nadie debe confiar en un bestia como tú.

—Bestia he nacido y bestia han de enterrarme, dijo Liberato alzándos de hombros.

Hubo un momento de silencio al cabo del cual le dijo Don Pio con acento de ira:

—Con que te quedas ahí armado como un poste y no das providencia alguna de coger la yegua?

Voy, señor, al momento, dijo.

Y empezó á andar tambaleándose, con una lentitud que no daba esperanza alguna de llegar en todo el dia donde estaba la rucia.

—Quieres moverte? le gritó Don Pio siguiéndolo.

—Carambola! qué aprieto, refunfuñó el criado.

Y tomó un trotecillo algo picadillo que en vez de calmar al impaciente amo lo hizo rugir de rabia.

Por fin llegó al punto donde la yegua estaba detenida, la desenredó y púsose á ensillarla.

—Animal de mis pecados, le decia, qué diablo de humorada ha sido esa?.... ¿Qué demonio se te ha encajado dentro del cuerpo para dar tanto qué sentir, haciendote la potranca al fin de tu larga vida?.... Hembra habias de ser para portarte tan mal al cabo de las cansadas.

En seguida hablando consigo mismo añadió:

—¿Quién habia de creer que la andrajosa ésta, habia de hacerce despues de anciana la remilgada y la melindrosa cual doncella de quince años?.... Cuando llegue el dia de la trilla, agregó, dirigiéndose á la rucia, tengo de arreglar cuentas contigo. Sabe amiga que me aprieta el deseo de cascarte más de *cincocientos lapos*, los que puedo darte sin responsabilidad alguna.

La yegua bajó la cerviz y con la mayor paciencia aguantó el regaño y la amenaza sin responder una palabra.

Acabado este soliloquio que Liberato tuvo por coloquio, partió con la rucia del diestro.

Don Pio esperaba la yegua con impaciencia; los lamentos de las dos mujeres lo tenian desesperado y queria apartarse léjos de ellas. Por esto cuando Liberato entró en el patio con la bestia, Don Pio no reparó en el estropeo que habia sufrido la silla, sino que se apresuró á montar é irse.

Montó, pues, apresuradamente y salió á bonito paso. En breve llegó á La Compañía. Chepillo hacia rato que lo esperaba y no bien vió que se acercaba, le salió al encuentro; le ayudó apearse y de bracero lo condujo por entre un hermoso trigal, cuyas espigas de oro se blandian al soplo del viento. Despues de haberse internado bastante trecho en la sementera, se sentó cada cual en una gran piedra, el uno en frente del otro y Chepillo le habló de esta manera.... Pero no, nos parece innecesario que el lector asista á la conversacion pues suponemos que él la adivina y para que no trabaje su imaginacion le contaremos que cuando terminó la conferencia, nuestros dos personajes daban muestras del ma-

yor contento y alegría; en el semblante del anciano resplandecian de tal modo las gratas emociones de su corazon, que su faz parecia tersa y hermosa como la de un jóven; en Chepillo se veia brillar, bajo sus párpados, una mirada sublime, y errar en torno de sus labios una graciosa sonrisa.

Reconciliados sinceramente estos dos hombres, que tan enojados se mostraban, regresaron al patio de la casa, y Don Pio obedeciendo los gritos de su corazon buscó á su antiguo amigo Don Lorenzo y lo abrazó afectuosamente.

El abuelo de Chepillo deponiendo sus pasados resentimientos fué á su pequeña bodega, sacó una botella de mistela y volviendo donde estaba Don Pio y su nieto les dijo:

—Brindemos con esta mistelita por la nueva amistad de los tres, ó mejor por la amistad de las dos familias.

Don Pio y Chepillo aceptaron la proposicion del viejo y todos tres bebieron sendas copas de licor por la eternidad del nuevo vínculo que unia sus almas.

Pasados los bríndis, charlaron y fumaron tabaco nuestros héroes por más de una hora, al cabo de la cual, Don Pio se despidió sin que bastaran los ruegos de sus dos amigos á detenerlo á comer; pues le apretaba el deseo de ir á contar á su familia cuanto acababa de pasarle. Marchóse el viejo, y apuró tanto á la rucia que cuando llegó á la casa, temblaba la pobre yegua. Apeóse ligero, y á gritos llamó á su mujer y á su hija á un rincon de la sala y sentándose en la silla de brazos les dijo:

—Esposa mia, hija querida, hoy toca la fortuna á las puertas de nuestra casa; es necesario abrirlas de par en par y darle entrada á esa huéspeda tan risueña y tan benévola que derrama la felicidad por donde quiera que pasa.

Doña Juana hizo un movimiento de sorpresa y preguntó:

—Cómo así? esposo del alma.

—Van ustedes á saberlo, dijo el viejo cogiendo entre sus manos una mano de su mujer y otra de su hija. Hoy, así como llegué á La Compañía me llamó Chepillo aparte, me ofreció su amistad, su valimiento, sus riquezas, qué só yo? y en seguida me pidió la mano de Lucía, con la sinceridad más grande del mundo; sinceridad que eché de ver en su mirada, en su semblante y hasta en el trémulo acento de su voz.... Díganme ahora ustedes ¿puede haber una dicha mayor?....

La pastora se puso encarnada como la flor de lis y abrumada por la vergüenza, bajó la cabeza y clavó los ojos en el suelo.

Doña Juana ahogada por la emocion que enjendra una buena nueva, dijo con harta turbacion.

—¡Ay Dios mio! si eso fuera cierto!....

—Cierto y muy cierto, no hay para qué dudarlo, respondió el viejo con acento de conviccion, yo garantizo la buena intencion del muchacho.

—Animo niña, á cogerle hoy mismo la palabra, ántes de que se vuelva atras, le dijo la madre á la hija.

—Yo quiero, señores padres, que sus mercedes me permitan permanecer siempre á su lado; desde que Jorge murió he hecho voto á Dios de vivir soltera y honrada.

Dijo esto Lucía con los ojos fijos en la juntura de dos adobes de donde, con el dedo mayor del pié derecho, sacaba la basura de que siempre están llenas las grietas de los pavimientos solados

—Con que, titubeas, hé? le dijo el viejo.

—La verdad es, señor, que yo no quiero tener marido, se atrevió á decir la zagala con voz tímida y llorosa.

—Vamos, y por qué no quieres?

—Por que á más de que pienso en cumplir el voto que he hecho á Dios de morir soltera, no tengo ni tanticas ganas de casarme.

—Bah! qué niña eres! ya se te abrirá el apetito, y advierte que en cuanto te venga el antojo harás tanto caso del voto, como el que hacen los indios del prometido á Dios, el dia que se confiesan, de no volver á probar la chicha.

—Es tan caprichosa esta muchacha, dijo Doña Juana riñéndola. El otro dia queria casarse con un pobreton, (que hizo bien Dios en llamarlo á juicio) y ahora se le brinda un partido de lo bueno y le hace el gesto, como si fuera una cosa que se encontrara todos los dias.

—El otro dia queria unirme á un hombre á quien amaba, y á Chepillo lo aborresco.

—Ya lo querrás, le dijo Don Pio, lo que importa por ahora es que él sea tu marido. Para comer y rascar no hay sino empezar, dice el refran, y á mi modo de ver, lo mismo acontece con el amor.

—Tal vez, señor, pero al ménos debiera su merced concederme. . . .

—Qué cosa?

—Tiempo para pensarlo.

—Qué estás diciendo? estás loca? exclamó Don Pio con feroz semblante; ni un dia; qué digo?. . . . ni un minuto. Desde este instante perteneces en alma y cuerpo á Chepillo; lo entiendes?

—Ni hecha pedazos, señor; primero me dejo arrastrar de los cabellos por un pedregal, que ser esposa de ese hombre, le dijo la pastora pálida de rabia, con aire resuelto y alzando la mirada á la altura de la de su padre.

El viejo pensando que seria más fácil atraerla con dulzura á su partido, le dijo:

—Qué tienes? hija mia; no reflexionas que tu madre y yo estamos viejos y enfermos y que no tenemos fuerzas para trabajar? que tú sola no alcanzas á proporcionarnos el sustento? que el arrendamiento de la tierra sube cada año? que los víveres son cada dia más caros? Medita en todo esto, hija idolatrada, y verás que si te casas con Chepillo tú y nosotros mejorarémos de suerte. Tú serás feliz siendo dueña de inmensas riquezas; tendrás elegantes trajes que vestir; hermosos caballos en que pasear; mesa abundante y delicada para regalar el paladar; casa en el pueblo y casa de campo para hacer grata la vida, variando de habitacion y. . . . qué sé yo qué más comodidades. Juana y yo serémos protegidos por nuestro yerno; tendrémos un campo propio que cultivar; una choza que será nuestra, de donde nadie podrá desalojarnos; irémos á misa los dias de fiesta en caballos regulares; la rucia está ya cascada y achacosa y es preciso darle carta de libertad. Ademas de esto, Chepillo nos hará dueños de un hato de vacas y entónces pasarémos las mañanas ordeñándolas y las tardes haciendo quesos, con lo que conseguirémos para comer bien y vestir mejor.

—No ignoro, respondió la zagala, que sus mercedes están ya gastados y débiles y que á duras penas se proporcionan el sustento; pero á Dios gracias yo soy jóven y tengo buenos brazos y si necesario fuere doblaré mis fatigas para que no nos falte el pan de cada día: cabaré la tierra sin cesar y el cielo nos protejerá haciéndola brotar abundantes frutos. Seré esclava de los que me dieron el ser, pero nunca de un hombre que odio de corazon.

—Qué tiempo en el que vivimos! qué leyes las que nos gobiernan!.... exclamó el viejo con voz airada dando una patada en el suelo; cuando yo era niño las cosas pasaban de otro modo; entónces eran los padres los que hacian los matrimonios de sus hijos; pero hoy, los pequeñuelos son los que dan la ley.... ¿Quién dijo que una moza, que nació ayer habia de tener más experiencia y juicio que un viejo y por consiguiente mejor cálculo para elegir marido? En esa época á que me refiero no habia un cansamiento desgraciado; más, hoy no se ve uno feliz.... Maldicion á los que gobiernan!.... Maldicion á los que hacen las leyes humanas en contra de las leyes divinas!.... Escúcha Lucía mis últimas palabras.... Yo he oido decir mil veces al señor cura en el púlpito: "Los padres son para sus hijos lo que Dios en el cielo para todos los hombres; su voz, es la voz del Señor, sus órdenes son sagradas, y ay! del hijo que las desobedezca!" Yo pues con la potestad que tengo sobre tí te mando que te cases con Chepillo, y advierte que si desoyes mi órden, de Dios recibirás el castigo.

La muchacha aterrada con la amenaza de la ira de Dios y fascinada con la riqueza de Chepillo, dijo:

—Me caseré, señor; que se haga su voluntad, y la voluntad Divina.

—El cielo bendiga tu docilidad, hija querida, expresó Doña Juana.

—Gracias sean dadas á Dios que la deja caer en la tentacion de casarse, dijo Liberato, que desde el umbral de la puerta, escuchaba la conversacion de la familia.

Don Pio le dijo á su hija:

—Tus labios acaban de hacer nuestra dicha; ven á mis brazos.

Y la estrechó entre ellos con la mayor ternura.

—Me caso; pero bajo una condicion, dijo Lucía bajando los ojos y la voz y rasguñando la pared contra la cual se habia cargado.

—Cuál? le preguntó el viejo.

—Que Chepillo me saque de esta tierra donde tanto he sufrido.

—Y á donde quieres que te lleve? le preguntó la madre.

—A Bogotá; si hago el sacrificio de casarme que sea por algo. Que Chepillo con tanto dinero como dicen que tiene, que me saque de entre las zagalas y me coloque entre las señoras. Si él conviene en llevarme á vivir á la capital á una buena casa; en darme vestidos de seda, y una criada de zapatos que me lleve el tapete á la iglesia, me casaré con él, como ya lo dije.

—Qué pretenciones las de esta muchacha! exclamó Doña Juana; sabe que el hábito no hace al monge; una no es señora porque se vista de seda, sino por las prendas que tenga el alma. La persona que quiere salir de su clase para colocarse en otra mejor, sin merecimientos, pierde el puesto que tenia y es rechazada del que solicita. Si quieres volar sin alas, no harás sino ponerte en ridículo. ¿No piensas que los comerciantes tanto de ruanas como de harina, que de aquí van á la ciudad, cuando te vean pasar llena de cintas, de colgandejos y de ringorrangos, dirán: "Mirad que remilgada y maja va la hija del tio Pisco? no ha mucho que ordeñaba su vaca en la orilla de la sementera; que hilaba su vellon debajo del alero de su choza, é iba al pueblo los domingos con sus enaguas de bayeta y mantilla de lo mismo y hoy va que no pone los piés en el suelo, con saya de seda y mantilla estampada, haciéndose la señorota y la desconocida?.... Quien no la conoce que la compre!

—Con tal que de mí no digan que fuí ladrona ó querida del señor *gamonal* ó del maestro de escuela, por lo demas no se me da un ardite.

—Lucía tiene razon, dijo Don Pio, en exigir grandes comodidades; si no se casa por el hombre sino por la bolsa, justo es que Chepillo le dé gusto en cuanto ella quiera. Yo me encargo de decírselo, y estoy seguro que por ello no hechará pié atras.

—Dígale tambien que me complazca en otra cosa; que me dé un libro con pasta dorada como los que llevan las señoras á la Iglesia.

—Vaya un capricho; para qué quieres libro si no sabes leer?....

—Nada importa que no sepa el A, B, C; ya que soy una rústica, al ménos debo suponer que no lo soy desde el momento en que use vestido de señora, y para ello creo que me bastará abrir el libro cuando el cura esté diciendo la misa y fingir que leo.... ¿cuántas harán lo mismo?....

—Bien está, le diré á mi futuro yerno que te dé el libro que deseas, dijo Don Pio con calma.

—Bueno será ponerle dos condiciones á Chepillo ya que tiene tantas ganas de casarse con nuestra hija, dijo Doña Juana; que le dé gusto á Lucía en cuanto ella le exija, y que nos dé á nosotros una estancia en propiedad.

—Eso es corriente, expresó Don Pio, y ademas que nos de unas vacas de leche, dos caballos en que ir á misa y un vestidito dominguero, á cada uno.

—Mi amo, dijo Liberato á esta sazon, si por un milagro de Dios le diese Don Chepillo un caballito en qué montar, espero que su merced se compadezca de mí y me deje la rucia, que ya no tengo fuerzas para andar á *pesuña*.

—En ese caso tendrás la yegua para que hagas los mandados; pero si me prometes ser juicioso y honrado.

—Hasta ahora me parece que su merced no me ha cogido en malicia alguna ni como al negro de la uña; nadie puede decir que Liberato Chirlobirlo haya andado un solo dia con las *patas tuertas*.

—Eso es verdad, pero estás en el camino del mal, puesto que eres muy haragan y la ociosidad conduce á todos los vicios.

Liberato no se dió por entendido del cargo, y así dijo:

—Quiero decirle otra cosa á su merced si es que no se incomoda.

—Dí lo que gustes, hombre, que hoy es dia de gaudeámus.

—Como el amo Don Chepillo habrá de regalarle á su merced una buena silla, espero que su merced me done la viejecita en que ahora monta.

—Si así fuere tendrás tambien ese regalo.

—Y como su merced dice que va á pedirle, como ribete del negocio un vestido nuevo.... yo.... (añadió mirándose) ya bien ve, estoy hecho una hilacha.

—Basta, basta atrevido, le dijo Don Pio impacientado, bien dicen que á los criados no hay que darles el pié porque se toman la mano.

—Diré como dijo el otro, replicó Liberato, le pedí como á ricacho y salióme con un cacho.

Don Pio se levantó de su asiento furioso, con ánimo de echarle al criado un cerro encima, pero se detuvo al oir el ruido de un caballo que entró en el patio precipitadamente.

—Ahí está Don Chepillo, dijo Liberato.

Efectivamente era el mozo que se presentaba muy bien vestido y mejor montado. Sin esperar á que le mandaran desmontarse se apeó y saludó cortesmente á sus futuros suegros quienes habian salido de la sala á recibirlo. Lucía al saber que Chepillo habia llegado, se metió de rondon

en el aposento con la velocidad que pasa la lanzadera por entre los hilos del urdiembre.

—Vamos para la sala, le dijo Don Pio á su visitador cogiéndolo de un brazo, y echando á caminar.

Cuando los dos viejos y el mozo estuvieron adentro, se sentaron. La conversacion rodó sobre el buen tiempo y el estado de las sementeras, y despues de un intervalo de silencio le dijo Chepillo al viejo.

—Qué hay de mi negocio? señor Don Pio.

—Todo vá á pedir de boca; pero Lucía exige una condicion.

—Como no sea un imposible?....

—No tal; que luego que usted sea su esposo la lleve á vivir á Bogotá, y que allí la tenga con la decencia y lujo que corresponde á una señora.

—Bah! eso se cae de su peso. Usted sabe que los hombres de buen meollo, á proporcion que aumentan su caudal buscan los goces. Ellos en tal caso dejan el bosque por la aldea; ésta por la parroquia; la parroquia por la villa y la villa por la ciudad ó la corte. En cuanto al vestido sucede lo mismo; van mejorándolo hasta usar las telas más finas y delicadas. Yo rico como soy, ofrezco tener á Lucía como á una reina.

La moza al oir esto, (que muy bien lo oyó en donde estaba) experimentó un gran contento y con la imaginacion se trasladó á Bogotá y se vistió de raso y terciopelo.

—Pio y yo exigimos otra condicion, le dijo Doña Juana; que usted nos haga donacion de un pedazo de tierra, donde sembrar el grano que nos sustente, pues Lucía no podria ser feliz viendo á sus padres en la miseria, y siendo ella desgraciada lo seria usted tambien.

—En ello estaba pensando, y estoy ya decidido á comprar á Flores; así, cuando esto suceda ustedes irán á manejar por su cuenta esa hacienda.

—Pero, usted nos dará la tierra vestida, no es verdad? se atrevió á decirle Don Pio.

Sí, sí, de comprarla es con vacas, caballos y ovejas.

Liberato que estaba escuchando desde la puerta, empezó á bailar en un pié dando muestras de grandísimo placer.

En este momento Don Pio se acercó á Chepillo y á média voz le dijo en el oido.

—Me parece conveniente que usted hable con Lucía.

—En dónde está?

—En el aposento; puede usted entrar y conversar con ella á sus anchas.

No se lo dijo á ningun tullido ni ciego, al punto se levantó del asiento y se metió como una flecha por la puertecilla de la alcoba. Lucía estaba sentada en el borde de su cama y al sentir al mozo se cubrió la cara con la mantilla. Chepillo se acercó á ella; se le acomodó á un lado; le echó el brazo por el cuello y díjole;

—Centro de mis entrañas, alivio de mis dolores, alegría de mi vida, con que al fin y al cabo te condueles de esta alma desventurada que por tí tanto ha gemido y que de hoy en adelante contigo tanto va á gozar?.... Yo no soy ya, á Dios gracias, ese Chepillo que desechaste porque era *pobre;* ese mozo que aborrecias porque era truhan, enamorado y malandrin; yo soy hoy, merced á la generosidad de mi tataradeuda Carranza y á los consejos de mi abuelo, un hombre *rico* y juicioso.

—Válgame Cristo! exclamó Lucía destapándose un ojo; cuanto para tan poco; te has vuelto más parlanchin que el loro de la tia Tomasa....

Caramba! que me has puesto la cabeza tamaña! ... Para decirme que me amas no era necesario enjaretarme ese sartal de palabras, de vara y média de largo.

Estaban los novios en este sabrosísimo coloquio, cuando Don Pio empezó alzar fervientes plegarias al cielo por el feliz éxito de la entrevista, y Doña Juana á murmurar ciertas oraciones que para tales casos le habia enseñado su abuela, pues ámbos temian que Lucía se arrepintiera al ver al mozo.

En estos ruegos estaban ocupados los viejos cuando Chepillo salió del aposento, con el corazon palpitante de alegría y en los ojos pintado el trofeo de la victoria que acababa de obtener. Don Pio y su mujer que esperaban con impaciencia el resultado de la entrevista, bendijeron á Dios, luego que vieron el semblante risueño y satisfecho del mozo.

—Sabrán ustedes que es negocio concluido, dijo Chepillo con acento de triunfo.

—Dios eche su bendicion sobre entrámbos, exclamó la vieja.

—Y que esa bendicion caiga sobre nosotros tambien, añadió Don Pio.

—Lo que siento es que venga tarde ese bien que ustedes desean, dijo el mozo.

—Por qué motivo? le preguntó la vieja.

—Porque Lucía quiere que retardemos el matrimonio algun tiempo.

—Qué capricho! exclamó Don Pio.

—Quizá Lucía tiene razon, respondió Chepillo, pues el refran dice: Casamiento á la lijera pronto desespera.

—Bien, dijo Don Pio, y que impedimento tiene Lucía para....

El mozo le interrumpió diciendole:

—Me dijo que habia hecho voto de no casarse hasta que pasara el año de luto que llevaba en su corazon por la muerte de Jorge; que esto y el otro; que tal y que qué sé yo; que pitos y flautas. En fin, me metió unas cortas y otras largas y no hubo argumentos que la obligaran á ceder.

—No importa, dijo el viejo, déjemela usted de mi cuenta.

—Muy bien, solo usted puede ponerla como una gamuza.

Dicho lo cual sacó Chepillo del bolsillo de los pantalones un enorme reloj de plata, y clavando los ojos en la muestra dijo:

—Es hora de comer; son las dos y diez minutos; me voy.

—Y diez centavos, querrá su merced decir, le corrigió Liberato.

—Lo mismo es centavo que minuto, replicó el mozo con chocarrería.

Y procurando esquivar una disputa inútil se apresuró á despedirse de Lucía.

En seguida, cambiando con los viejos un cordial apreton de manos, salió de la pieza; de un brinco se puso sobre el caballo y partió.

Don Pio enarcó las cejas, y rascándose la cabeza con desesperacion aulló:

—Con mil diablos que no le exigí á Chepillo que nos diera un traje dominguero...... pero no le hace, tiempo queda. Mañana será otro dia.

CAPITULO V.

De cómo Chepillo empieza á dar cumplimiento á las órdenes del alma de la marquesa.

MONTADO Chepillo en su elegante y brioso caballo anduvo en corto tiempo el trayecto que separa la casa de Don Pio del puente del rio Tominé. Llegó á este punto en el momento en que unos escuelantes, que acababan de bañarse, se entretenian en jugar á la pelota en un bellísimo prado alfonbrado de poleo y de flores blancas y amarillas de achicoria. Todo fué ver los muchachos que Chepillo se acercaba á ellos y al instante dejaron el juego y corrieron á formarse en dos alas á continuacion del puente. Ordenados así, convinieron en lo que debian decir y hacer en el acto en que por entre ellos pasara el mozo. Cuando esto sucedió gritaron con toda la fuerza de sus pulmones:-"Viva el heredero de la marquesa de San Isidro:" Decir esto y botar los sombreros al aire, todo fué uno. Con los gritos y el vuelo de los sombreros se espantó el caballo y echó á dar vueltas como una corredera de molino. Chepillo como era buen equitador no se asustó con semejante rotacion; ántes bien se dió maña de detener los movimientos circulares del caballo y de colocarlo en direccion del camino que llevaba y en seguida lo comprimió cruelmente con las espuelas. El animal embarazado para andar, porque el mozo lo prendió al pecho, empezó á caminar rápidamente de para atras, lo cual visto por los escuelantes no faltó un tunante de entre ellos que alzara la voz y dijera:

—Don *Queso de oro*, voltée el caballo poniéndole el tracero para el lado del pueblo, y verá usted que á lo cangrejo en esto llega á su casa.

Este chiste fué aplaudido con una salva de vivas y palmoteos, con lo cual se espantó más el caballo y echo á corcovear. Chepillo en tan crítica situacion metió, como pudo, la mano al bolsillo; sacó una puñada de reales y la arrojó sobre sus enemigos, que por tales los tenia segun lo que estaban haciendo con él. Los escuelantes al sentir sobre sí tan hermosa lluvia, dejaron á Chepillo y echaron á recoger las monedas dándose de testaradas, empujones y bofetadas.

El mozo intertanto, apaciguó su caballo, y siguió en paz el camino del pueblo.

Pronto llegó á su casa. Unas cuantas personas vecinas de los pueblos adyacentes lo esperaban desde el dia anterior. ¿Por qué buscaba todo el mundo á Chepillo con afan?.... Oh! bien sabe el lector que él era una rica mina de oro á quien sus amigos y conocidos y sobre todo los desconocidos, deseaban explotar. Cuantos se acercaban al mozo eran estimulados por el sórdido interes, por la innoble avaricia, por ese loco deseo, que existe en todo el género humano, de hacer fortuna sin trabajar.

Así como entró el mozo en su casa, se vió rodeado y adulado de un considerable número de negociantes, ansiosos de hacer fortuna, los cuales semejaban un crecido enjambre de zánganos revoloteando en torno de un rico panal de miel, dando muestras de un deseo grande de meter en él su delicado pico. Pasaban de seis los caballeros que le ayudaron á bajarse del caballo; unos le tenian la brida, otros el estribo derecho, aquellos lo recibian en sus brazos. Chepillo no sabia como manifestarles su agradecimiento, por tantas finezas y consideraciones.

—Vamos para la sala, señores, les dijo en el momento en que logró tocar el suelo con la punta de los piés.

—Vamos, vamos, respondieron todos.

Y con el semblante más amable lo siguieron, dándole palmaditas en los hombros, y diciéndole mil elogios.

Luego que entraron en la sala se sentaron y empezó cada cual á proponerle á Chepillo lo que le venia más á cuento.

Uno le ofrecia grandes rebaños en venta; otro centenares de cargas de trigo; cuál, pintorescas estancias vestidas de animales; quién, preciosas alhajas de oro y piedras finas.... Otros le proponian compra á algunas de las cosas que poseía y á las que acababan de ofrecerle y no faltaron dos ó tres tahures fulleros que lo invitaran á jugar á los dados.

Chepillo oyó á todos y á todos los dejó contentos. Compró á unos las cosas que le ofrecian; vendió á otros las que le compraban, y despues se puso á jugar con los que querian cogerse la mejor tajada; los cuales se llevaron chasco, porque Chepillo manejaba los dados como el más pintado. Digimos al principio de esta historia que Chepillo era inclinado el juego, y ahora manifestamos, que si dias ántes de ser rico no frecuentaba los garitos era porque no tenia que jugar; más, desde que heredó á su tataradeuda, jugaba demasiado; pero con tantas fullerías que casi siempre ganaba y jamas perdia. No bien los acreedores de Chepillo supieron que éste jugaba todos los dias, se inquietaron sobre manera porque se les vino á las mientes que el deudor que juega, no sólo expone en las paradas lo suyo sino lo ajeno, y que temprano ó tarde se arruina juntamente con sus acreedores. Por esta razon como por la de haber trascurrido un grande espacio de tiempo sin que el mozo se diera por entendido de que tenia obligacion de pagar lo que debia, se juntaron una tarde como veinte acreedores, se agolparon á la casa de Chepillo y le exigieron ásperamente que les pagara las deudas que con ellos habia contraido.

—Yo convine con ustedes, les contestó, en que no les pagaria las cosas que les compré sino despues de que se le cantaran unos funerales á el alma de mi protectora é hiciera cuatro romerías que ésta me ordenó.

—Es cierto, respondió uno de los acreedores, que llevaba la voz por todos; pero como usted ha tenido tiempo de sobra para llevar á cabo esas romerías y tambien para preparar lo necesario á fin de que se canten las honras, y como no lo ha verificado, esa morosidad nos ha infundido sérias desconfianzas.

—Pierdan ustedes cuidado, señores, que dentro de quince dias hago la peregrinacion á Chiquinquirá; á mi regreso paso por Cogua; en seguida procuro que se hagan las exéquias, y celebradas éstas, marcho á Bogotá á visitar las imágenes del Topo y de la Peña.

Con semejante ofrecimiento quedaron persuadidos los acreedores de que serian pronto pagados, y en la mejor armonía se separaron de su deudor.

Chepillo no tardó en empezar á dar cumplimiento á lo que habia prometido. Antes del dia señado, acompañado de su parentela hasta el vigésimo grado, y de sus numerosos amigos y aduladores emprendió camino hácia la ciudad donde se venera á la imágen. Su séquito era tan numeroso que llamaba la atencion de cuantos veian tan gran concurso. Los curiosos que al camino se acercaban á ver pasar tanta gente, creian que un pueblo entero como el de Israel se trasladaba á otras regiones. El dia ántes de llegar á Chiquinquirá anticipó el mozo dos comisionados

para que buscasen las mejores casas donde hospedar holgadamente á su comitiva. La diligencia que los tales hicieron, alborotó á la ciudad, y cuando Chepillo con su acompañamiento se aproximaba á ella, la poblacion en masa salia del lugar á ver entrar un tan crecido número de peregrinos. La fiesta que el mozo hizo al *cuadro* fué suntuosa. * Jamas devoto alguno habia mostrado más veneracion á la *imágen;* más amor al *lienzo* que al dinero; más conmiseracion y caridad con los desvalidos y miserables que infestan de continuo la ciudad. Chepillo prodigó el oro á manos llenas, de tal modo que los frailes que administraban el curato, decian:—Si así fueran todos los peregrinos, la poblacion estaria más acomodada; nosotros seriamos más ricos y los pordiseros de Chiquinquirá no volverian á exhalar un gemido; el dolor huiria de esta tierra *bendita!*

El dia en que Chepillo salió de la ciudad, lloraban los pobres, gemian los frailes y suspiraban los fondistas. La fama que el mozo dejó en el pueblo de rico y generoso será eterna!

Oh! no hay cosa más fácil para un rico que granjearse la estimacion pública y hacerse célebre. ¿Quiere que el pueblo bendiga su nombre? reparta su renta entre todos. ¿Quiere llamar la atencion por donde pase? deje un reguero de monedas por el camino que lleve. ¿Quiere que lo lloren el dia que se ausente ó se muera? sea liberal y generoso con cuantos lo rodeen.

Así pensaba nuestro héroe.

Como Chepillo lo habia prometido, de Chiquinquirá regresó por Cogua é hizo allí otra fiesta solemne.

Nuevamente en Guatavita, se olvidó nuestro héroe de las exéquias y de las otras romerías. Yendo dias y viniendo dias por fin llegó el momento en que sus acreedores volvieron á cobrarle y lo hicieron con tal porfía, que el mozo se vió en la precision de ir á donde el cura á contratar los funerales.

Luego que estuvo frente por frente del párroco le dijo:

—Vengo donde el señor cura á pedirle un servicio.

—Un servicio?.... Y qué quiere usted?

—Que le cante unos funerales á el alma de la marquesa de San Isidro.

—Ah! sí, sí, muy bien; y cómo los quiere? con vigilia, misa....

—Deseo que sean solemnes; como no los haya habido iguales en esta tierra.

El cura abrió los ojos de un modo, que si el lector se los hubiera visto, habria creido que iban á saltar de sus órbitas.

—Quiere usted una fiesta fúnebre, con mucho aparato ¿no es esto?

—Justamente; quiero que haya por lo ménos seis pares de sacerdotes; una docena de cantores; una buena banda de música. Deseo que

* La imágen de Chiquinquirá desde el año de 1586 ha sido, no diremos reverenciada, sino adorada cual dios del paganismo, por una gran parte del pueblo que pervertido con falsas doctrinas desde la infancia, ha caido, sin advertirlo, en la más estúpida supersticion, y de ella ha descendido al más grosero gentilismo. El pueblo colombiano es tan inclinado á la idolatría como el de Israel; los hombres adoran al Becerro de oro y las mujeres á las efigies de los santos. En el tiempo en que esto escribimos es público y notorio el culto que en una casa de Bogotá se le tributa como al Dios verdadero, por un crecido número de mujeres de todas las clases sociales, á una pequeña estatua de San Antonio de Padua, en términos de llamar la atencion de los verdaderos creyentes. Al paso que vamos en materia religiosa no estará léjos el dia en que los españoles vengan á catequizarnos apoyados en la misma razon que tuvieron para venir á conquistar y catequizar á los indios.

se enlute el templo; que se levante un túmulo para colocar en él los huesos de la difunta (que segun noticias se conservan en la Iglesia en una bóveda embebida en la pared), que se queme mucho incienso y que ardan muchos cirios.

—Se hará la funcion como usted la pide; pero debo advertirle que esas pompas cuestan mucho dinero.

—No importa, señor; con tal de que la fiesta se haga á mi contentamiento puede usted gastar sin escrúpulo, la suma que estime necesaria.

—Segun eso desea usted que yo me encargue....

—Si señor, le interrumpió Chepillo, quiero que usted se encargue de todo. Que invite á los curas de los pueblos vecinos; que busque la música y los cantores; que consiga los adornos para la Iglesia y que traiga de Bogotá un entendido en la materia para que la componga.

—Y ademas, si á usted le parece, dijo el cura, yo corro con dar la oblata, con pagar los derechos del sota-cura, del sacristan y los monaguillos y luego le paso la cuenta general.

—Sí, señor, me parece bien que intervenga usted en todos los gastos y que despues me pase la cuenta, que en cuanto saque el tesoro que dejó enterrado la marquesa en La Compañía, le pago á usted en onzas de oro, de preferencia á cualquiera otro acreedor.

—Negocio concluido, dijo el cura frotándose las manos de contento.

Chepillo se despidió sin añadir una palabra más, y el cura se entró en su gabinete á escribir varias cartas para Bogotá interesando á los amigos á quienes iba á dirigirlas, para que á la mayor brevedad le consiguieran y mandaran los adornos para el templo; la banda de música, los cantores &c. &c.

Ese mismo dia escribió á los curas de los pueblos circunvecinos invitándolos á que concurrieran á ayudarle hacer las exéquias, y no descansó hasta que estuvo todo preparado.

Diez dias despues se celebraron las honras, y en honor de la verdad debemos decir, que el cura correspondió debidamente á los exagerados deseos de nuestro héroe, como de ello se persuadirá el lector al espetarse la siguiente descripcion de la fiesta.

El templo estaba suntuosamente adornado. Su fúnebre decoracion despertaba en toda alma cristiana el triste recuerdo de ese misterio sombrío llamado la muerte, enlazado con ese secreto consolador que llaman la eternidad. Los altares estaban vestidos de negro y de su fondo oscuro sobresalian imágenes blancas de semblantes doloridos que parecian incrustadas allí para realzar el cuadro patético y conmovedor del fin del hombre. Las paredes se hallabàn enlutadas y de las vigas pendian hermosas arañas de cristal decoradas de cintas negras. De la cumbrera se desprendian paños mortuorios en girones ondulantes que contribuian á dar realce á la idea conmovedora que pretendió imprimir el artista en todo el templo. En el centro de éste se alzaba un magnífico catafalco adornado de crespones negros, sobre el cual se elevaban cuatro ángeles con los brazos levantados sosteniendo un pedestal, en donde descansaba la imágen del dolor coronada de cipreses, con la mano en la mejilla, los ojos llorosos y los cabellos flotantes. Al pié de este sombrío túmulo habia una mesa enlutada y sobre ella un ataúd pintado de negro, en cuya tapa se veian escritas con letras de oro las sigientes palabras:

"*Aquí reposan las cenizas de la marquesa de San Isidro que murió el año de* 1672 *y que vive hoy en el Purgatorio y en la memoria de su descendiente J. A.*"

Del pié de la mesa y en direccion á la puerta del templo se extendia una larga alfombra de color oscuro encerrada entre dos líneas de candeleros con cirios encendidos. Al fin de esa alfombra y de estas líneas de luces se veian hasta doce sacerdotes sentados en sendas sillas, cantando con melancólica voz el oficio de difuntos. El coro estaba decorado con crespones y ramas de cipres y del fondo de él salian acentos y sonidos lúgubres y acompasados que iban á encontrar eco en el corazon de los devotos, que de hinojos y con la cerviz inclinada hácia la tierra, pensaban en Dios, en las miserias humanas y en la inmortalidad del alma.

Las honras concluyeron con misas, oracion fúnebre y posas. Estas se le hicieron al cadáver en contorno de la plaza, y en el cuerpo de la Iglesia hasta la bóveda. La fúnebre festividad duró desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. A esta hora los concurrentes desfilaron para sus casas, satisfechos de la funcion.

Terminadas las honras, Chepillo se fué para su habitacion, y en el acto en que á ella entró se le presentó un mozo, *sobrino* del cura que iba siguiéndole los pasos, y díjole.

—Buenas tardes Don José.

—Buenas tardes, amigo, que quiere usted?

—Recado le envia mi *tio*, que aquí le manda la cuenta de lo que vale la funcion, le dijo el jóven, entregándole un papel doblado que llevaba en la mano.

Chepillo desdobló el papel y leyó lo que sigue:

"Cuenta de los gastos que hice en los funerales del alma de Valentina Carranza y del valor de mis servicios prestados:

Servicio de diez sacerdotes de fuera	$ 160
Idem. de diez músicos	200
Idem. de diez cantores	140
Alquiler de adornos para el templo	25
Idem. de ornamentos para los sacerdotes	25
Servicio del artista que adornó el templo	50
Cera y esperma	40
Oblata	10
Derechos de monaguillos y sacristan	16
Idem del infrascrito y del sota-cura	300
Valor del ataúd y sus adornos	60
Suma total	$ 1,026

Señor José Acosta.

Su afectísimo amigo y capellan,

PASTOR FARANDULERO."

—Está bien, dijo Chepillo doblando el papel, dígale usted al señor cura que procuraré cumplir pronto las promesas que me faltan, que sacaré luego el tesoro, y en seguida, sin más demora le pagaré los mil veintiseis pesos de esta cuenta.

—Le diré eso, dijo el jóven, y se despidió.

CAPITULO VI.

Donde se ve cómo un confesor se alegra al saber cierto pecadillo de su penitente.

LOS SOBERBIOS funerales fueron el tema de las conversaciones de los ociosos por más de ocho dias. Al pueblo entero agradó la funcion; pero sobre todo á los acreedores de Chepillo porque contaban un obstáculo ménos para que su deudor diera cumplimiento á la palabra empeñada.

—Ya no hay nada que temer, decian algunos, el hombre acaba de darnos una prueba plena de sus buenas intenciones.

Esta buena opinion que los acreedores habian formado de su deudor no duró mucho. El tiempo, enemigo mortal de los tramposos, volvió á correr y á dejar sin crédito al mozo por cuanto á que no se daba por entendido de hacer las romerías que debia, á las *imágenes* de la Peña y del Topo. Esta fria indiferencia de Chepillo fué causa para que se reunieran en junta sus acreedores á deliberar sobre lo que debieran hacer con su deudor. Hubo distintos pareceres, pero al fin se acordaron en nombrar una cómision de cuatro individuos que fuera donde él á reconvenirlo y arreglar definitivamente el dia del pago. Nombradas las personas que debian entenderse con Chepillo, partieron para la casa de éste, y cuando estuvieron delante de él, alzó uno la voz desde su asiento y díjole:

—Hoy nos hemos reunido muchos de los acreedores de usted, nos hemos constituido en junta y ésta nos ha nombrado á los cuatro, en comision para que ocurramos donde usted á arreglar definitivamente el dia en que deba pagarnos.

—Estoy dispuesto á ese arreglo, respondió Chepillo, si no me piden ustedes un imposible.

—Un imposible no, expresó el mismo que habia hablado; una de las cosas que le exigimos á usted es que no nos presente el subterfugio de que no nos pagará sino cuando se cumpla la condicion que usted maliciosamente nos puso; pues si nosotros tuvimos la candidez de dejar á su voluntad el cumplimiento de esa condicion no debe usted abusar de la confianza que en usted depositamos.

Calló el que estaba hablando y otro de los comisionados abrió la boca y le dijo al mozo:

—La demora de usted en cumplir las romerías ha engendrado en nosotros fundada desconfianza, por la secilla razon de que si usted creia que no podia disponer del tesoro sin hacer ántes cuanto el alma de la marquesa le mandó, ha debido darse prisa á cumplir con ese mandato, con lo cual habria dejado satisfechos sus deseos y los de sus acreedores,

Iba Chepillo á responder, pero otro de los comisionados se lo impidió diciéndole:

—En todo cuanto usted ha hecho se trasluce mala fe. Usted ha cumplido parte de las promesas con el fin perverso de engañar á sus acreedores y ponerles un sello en los labios y ademas con el de estimular á los papamoscas á que al olor del Queso corran á caer en la trampa que diestramente ha armado usted para coger á los crédulos.

A esta sazon desplegó los labios el cuarto miembro de la comision, y encarándose á Chepillo le dijo:

—Yo pienso que la condicion puesta por usted de no disponer del

tesoro sin hacer ántes las romerías y hacer cantar los funerales, es un ardid de su invencion para engañar á los tontos. ¿Quién puede creer que el alma de la marquesa, ó la del mismo Diablo que sea, tenga el poder de robarse el tesoro y trasladarlo á un lugar desconocido, si usted lo saca del sitio donde está? Parece que usted cree en esto, como puede creer en que tres y dos son siete ¿no es verdad?

—No es verdad, respondió secamente Chepillo.

—Desentierre usted el tesoro ahora mismo y páguenos, continuó diciendole el mismo acreedor; que si el alma de la marquesa nos roba lo que recibiéremos, usted nada pierde.

Atento estuvo Chepillo á los cargos que cada cual le hizo, sin dar muestras de enojo ni de rabia, y cuando concluyó de hablar el último, respondió con voz tranquila y reposada lo siguiente:

—Sus distintos modos de pensar respecto de mis procedimientos en el asunto de que han hablado, me ha traido á la memoria aquel cuento del viejo y el muchacho que iban por un camino con un burro, cuento que ustedes deben saber; pero que no por eso dejaré de contárselo porque viene al caso como anillo al dedo.

—Fuera de cuentos, le respondió uno de los comisionados, el caso no es para burlas; vamos al asunto: responda usted categóricamente:

—Tiene ó no, con qué pagarnos?

—Sí señor, no sólo tengo con qué pagar á ustedes y á mis demas acreedores lo poco que les debo, sino con qué comprarlos, por mucho que valgan.

—Bien, y qué dia nos paga usted?

—Antes de responder á esa pregunta permítame usted que les espete á los cuatro el cuento que he anunciado, que les ofrezco que no les desagradará.

—Héchelo afuera, dijo el mismo, pero prométanos ántes que lo recitará de corrida y sin ambajes ni rodeos, pues la mejor conseja fastidia y cansa si en ella se incluyen digresiones.

Ofreció el mozo contar el cuento como lo habia aprendido de un colegial Bartolo, pariente suyo, sin quitarle ni añadirle una letra, y así dijo:

—Estenme ustedes muy atentos que ya empiezo.

Los oyentes tosieron, escupieron, se repantigaron en sus asientos y Chepillo comenzó de esta manera:

Iban una vez por un camino un viejo y un muchacho y llevaban un asno, que el viejo cabestreaba y el niño arreaba. Habrian hecho un cuarto de legua cuando se encontraron con un caminante, el cual se puso á mirarlos de hito en hito, y como si hablara consigo mismo, dijo:—"Un viejo con un burro del cabestro y un niño arreándolo, pudiendo el anciano ir montado." Parecióle bien al viejo la observacion del viajero y se puso horcajadas en el pollino. Siguieron andando y á poco trecho dieron con otro caminante, que como el primero se fijó en ellos y dijo: —"¡Oh quién puede creerlo! el viejo montado muy sí señor, y el niño á pié, debiendo ser al contrario." El anciano como era hombre dócil se apeó é hizo montar al muchacho. Habrian andado así media legua y en esto alcanzaron á ver á otro caminante, quien así como estuvo á tiro de pistola, dijo: —"Linda cosa! el pícaro muchacho muy descando viajando en el burro, y el pobrecito viejo á pié." Oido lo cual se colocó el anciano en las ancas del asno y continuaron andando. Adelante se encontraron con otro viajero quien al verlos, dijo: —"¡Caramba qué

crueldad! el infeliz burro medio cansado y el viejo y el muchacho montados en él, en vez de ser ellos los que debian llevar á cuestas al pobrecito animal. Al son de estas razones se apearon ámbos jinetes y en seguida el viejo le dijo al muchacho:- Todo haré, ménos cargar el burro; ¿quieres creer que estoy por matarlo?-No, respondió el niño, será mejor soltarlo en el camino y que se adueñe de él el primero que lo coja. En el momento en que esto platicaban, se les presentó un hombre y les preguntó, qué era lo que les habia acontecido con el asno, que intentaban quitarle la vida. El viejo le contó en breves palabras cuanto les habia ocurrido y la resolucion que él tenia de matar el borrico ántes que cargarlo. —No haga usted tal, le dijo el hombre, sino aquello que le venga más á cuento, que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena. Vió el viejo que lo que le decia el desconocido era muy puesto en razon, y por ello determinó seguir su camino como lo habia comenzado, esto es: él con el borrico del cabestro y el niño arreándolo.

Aquí acaba el cuento, señores mios, y aquí me cumple decir á ustedes que despues de las censuras que me han hecho, haré lo que á la mitad de la jornada hicieron el viejo y el muchacho: seguir como he empezado, por cuanto á que, más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

Los cuatro comisionados se miraron unos á otros y sonriéndose se dirigieron una guiñada con la cual parecia que se decian:

—Nos ha clavado la banderilla sin que podamos cornearlo.

—Está usted en plena libertad para hacer lo que le acomode, le dijo uno de ellos, cumpla sus romerías ahora ó cuando le convenga; pero páguenos pronto lo que nos debe.

—Pido quince dias más de plazo, dijo el mozo, para cumplir las romerías que me faltan y prometo que todos mis acreedores serán cubiertos.

—Concedidos! dijo uno de los comisionados.

—Concedidos! repitieron los otros tres.

No teniendo más que hablar, los cuatro acreedores se despidieron de su deudor y á paso largo se encaminaron al local, en donde la junta estaba reunida, á darle cuenta del buen éxito de la comision.

Ocho dias despues de haber tenido lugar el arreglo, partió Chepillo para Bogotá sin acompañamiento. Estúvose en la ciudad diez dias y regresó. Así como vió á sus acreedores les dijo:

—No he podido hacer la promesa á la *imágen* de la Peña porque el capellan de la ermita donde ella está, se ha muerto.

Cuando esta nueva oyeron los acreedores se encendieron en cólera porque se creyeron burlados, y al punto se dispusieron á caer sobre Chepillo cual bandada de buitres hambrientos. El infeliz mozo que vió la cosa mal parada inventó un ardid para templar la ira de sus perseguidores y miéntras tanto realizó secretamente cuanto tenia (ménos tres caballos que dejó para un viaje que proyectaba), abrió un hoyo en su casa enterró en él el dinero que le produjeron las ventas, junto con el que ya poseia, y con unas alhajas preciosas que habia guardado desde que empezó su ventura, y luego se huyó una noche del pueblo y fué á refugiarse en la casa de su abuelo. De paso llegó á la morada de Lucía y tuvo con ésta una larga conferencia con el fin de comprometerla á que se fuera ocultamente con él á Bogotá, y como no consiguió su intento, le propuso en seguida que suprimiera el plazo que le habia fijado para el matrimonio, á lo cual la jóven accedió y con esto el tenaz pretendiente vió brillar de nuevo la estrella de su felicidad que él notaba que empezaba á eclipsarse.

Chepillo llegó á La Compañía ya muy abanzada la noche, y al momento despertó á su abuelo que dormia profundamente y le dijo que iba muy enfermo. El viejo compadecido de su nieto lo hizo acostar en una camilla que le improvisó y luego se puso á hacerle los remedios que se le ocurrieron.

Dos dias pasaron sin que el mozo fuera inquietado ni visitado de nadie, y al tercero en el instante en que la aurora extendia su manto de rosada luz sobre el campo de La Compañía, llegaba Liberato á la casa de Don Lorenzo cargado de un suculento presente que Lucía le enviaba á su novio. Como la puerta del cuarto donde estaba el mozo era la única que se hallaba entre abierta, el criado sin anunciarse se entró por ella; siguió derecho hasta la testera de la cama del enfermo, y luego que lo vió y se aseguró de que estaba con los ojos abiertos le dijo:

—Buenos dias, señor Don Chepe.

El enfermo tosió suavemente y contestó:

—Buenos dias, Liberato. Qué se te ofrece tan temprano?

—Recado le manda la *niña*, que cómo se siente su merced de sus males y que aquí le envia este presente.

Dijo y le mostró un canasto que llevaba en la mano suspendido del asa.

—Oh! con que al fin se ha acordado Lucía de mí!.... Haber, hombre; muéstrame lo que esa ingrata me envia.

El criado comenzó á sacar del cesto las cosas que en él llevaba y á ponerlas sobre una mesa diciendo el nombre de cada cual, y explicando cómo habia adquirido Lucía cada una; de esta manera:

—Una docena de bollos huecos hechos por la niña; cinco *pajas* de huevos salidos del bientre de sus gallinas; dos capones engordados con el trigo, que ella y no otra alguna ha respigado en los rastrojos vecinos á la estancia; nueve tortas, tres mogicones y dos docenas de pastillas de chocolate que ha comprado con el dinero que habia ganado con sus costuras y sus *chilas*.

—Phis!.... me ha mandado viveres para más de una semana. El domingo no hay para qué hacer mercado.... Dile á Lucía que es muy generosa; que estos bocaditos van á engordarme mucho; que todo debe de estar esquisito y que por ello saborearé cada *taco* para que me dure el gusto.

—Está bien señor.

—Vuelve, ahora, todas esas cosas al canasto y entrégaselas á mi mamá señora.

Liberato obedeció.

Un momento despues entró á despedirse de Chepillo y díjole:

—¿Qué le manda su merced decir de su enfermedad á la niña?

—Díle que estoy en cama sufriendo horriblemente de la cabeza y del estómago.

—Anímese y se pone una docena de *jumentos* en el vientre y verá como se mejora. Es cuanto lo primero para ese mal.

—Voto al Diablo?.... Se conoce que tienes embocadura para médico.... Con que una docena de jumentos, hé?

—No ha oido su merced decir que de médico, poeta y loco cada uno tiene su poco?

—Sí he oido; pero veo que tú tienes mucho de loco y nada de médico, pues si yo me pusiera en el vientre, no digo una docena de esos animales que tú dices, sino uno sólo, no contaria al cuento, porque ¿cómo podria resistir, sin rebentarme, un asno sobre mi estómago?



—Veo que su merced me cambia los vocablos sólo por hacerme burla, pues yo no he mentado asnos sino jumentos, y á mí me parece que de un jumento á un asno hay tanta diferencia, como la que hay de un cristiano como yo á una alimaña de esas que su merced ha nombrado.

—Ni más ni ménos hombre de Dios, pues has de saber que asno y jumento son una misma cosa, como una cosa misma son asno, jumento y Liberato Chirlobirlo.

—Señor, no quiera su merced embaucarme, que yo sé que los jumentos son unos trapos mojados en agua de yerba mora y leche que los enfermos se ponen en el estómago; y los asnos son los mismos burros.

—Lo que en el estómago se ponen los enfermos son *fomentos*, Liberato, y no jumentos como tú dices.

—Jumentos ó fomentos todo es uno para quien me comprende y no ande haciendo de lo blanco negro y de lo negro blanco.

—Tú eres quien hace de lo blanco negro; pero al fin y al cabo con la ayuda de Dios nos hemos entendido, y te confieso que no le tengo ni tantica fe al remedio que me das.

—En tal caso mande llamar al maestro Juan Chapetilla para que lo recete; indio es, tiene la cara negra y un ojo blanco como un mote, pero es un médico tan famoso que de los enfermos que asiste, si á unos no alienta es porque no tienen cura y si otros se le mueren....

—Espera, hombre, le interrumpió Chepillo; qué hay enfermedades que nadie las saca del cuerpo, no hay duda, y es por eso por lo que dicen que los lázaros y los ermitas aunque cosas distintas se parecen en que no tienen cura.

—Decia que si á unos enfermos no alentaba Chapetilla era porque no habia *medecina* para su mal, y ahora digo que si otros se le mueren es porque hay un dia del cual nadie puede pasar, porque todos tenemos un término y un fin que ha de llegar y en llegando no hay Rey ni Roque, ni santo médico que nos libre.

—Yo se que de los enfermos que receta Chapetilla, á unos mata y á otros no cura. Él como todos los de su oficio anda á tientas ó á ciegas adivinando las enfermedades, y digo esto de todos los médicos no de mi propio caletre, sino porque se lo oí decir al señor cura no sé qué dia que estuve en su casa y le pregunté que representaba un cuadro que hay colgado en la pared de la sala, en el cual se ven pintados un agonizante tendido en una cama, y en torno de él cuatro hombres con los ojos vendados, en actitud de tomarle el pulso.

Liberato que no entendió el cuento le preguntó á Chepillo:

—Y qué le contestó mi amo cura?

—Me respondió que el cuadro representaba una junta de médicos, examinando á un enfermo, y que todos tenian una venda en los ojos porque eran como la Fe, que creian lo que no habian visto, á saber: que *su ciencia médica* curára las enfermedades.

—Todo será, pero el maestro Chapetilla si es un buen curandero, pues yo lo he visto recetar para el *maleficio*, el *tucutuco* y la gota coral y al momento alentar á los enfermos como si tuviera mano de santo. Cuando á algun prógimo le han hecho en el estómago, ya sea runcho, zapo ó culebra y se pone en manos del indio, al punto le hace vomitar el animal con sólo darle una bebida compuesta de lo que cojan dos dedos de hipecacuana, tres de raspadura de pezuña de la *gran bestia;* cuatro de polvos de cuerno de venado pelon y una pisca de jalapa, todo

puesto en infusion por tres dias en chicha muy fuerte. Si es mal de rabia, le da al paciente un cocimiento hecho de suelda-cónsuelda, ítamoreal y colmillos de caiman, y adios enfermedad dolor que se va y no vuelve jamas.

—Me admiro como has aprendido tan bien esas recetas siendo tan desmemoriado.

—Como el indio se las dá á todo el mundo, y todo el mundo las lee en todas partes, yo las he oido leer muchas veces y así es como las he aprendido de corrida, como el Padre nuestro.

En esto se oyó el ruido de un caballo que entró al patio precipitadamente.

—Qué hay?.... Quién llega?.... preguntó Chepillo sorprendido.

El criado se acercó á la puerta, estiró el cuello y dijo:

—Es un.... un.... ca.... ballero.... Cómo es que te llamas? Don.... Don.... Es un señor que todas las hijas que ha tenido han sido hembras.

—Vaya una seña! Qué hija de hombre no es hembra?

—Quiero decir, señor, que no ha tenido hijos machos.

—Ah! ya caigo, es Don Miguel Ramírez el que me llevó á comer á su casa un dia; sal, sal pronto y si pregunta por mí dile que estoy privado; que es inútil que entre á hablarme.

—Al instante, señor, dijo Liberato.

Y salió del cuarto tambaleándose como un ganzo.

El recien llegado al verlo le preguntó:

—Buen hombre! está en la casa Don José?

—Me dijo que si su merced preguntaba por él le dijera que estaba privado, centestó Liberato en una voz que alcanzó á los oidos de Chepillo.

—Linda escusa: bien estamos!.... Con qué es Don José Acosta el que rehusa hablar conmigo?

Liberato se encogió de hombros y se marchó para su casa.

El jinete se apeó y metióse de rondon en el cuarto del mozo.

—Hola! buena *pava*, le dijo, ¿con qué es usted quien despide á sus acreedores sin dignarse hablar con ellos?

Chepillo exhaló dos ó tres ayes con moribunda voz, hizo otros tantos gestos de dolor y se enderezó penosamente en su lecho, pensando cómo enmendaria la torpeza de Liberato.

—Ese hombre que salió de aquí tiene vacios los aposentos de la cabeza, señor Don Miguel, dijo, yo no le mandé que dijera que estaba privado, pues no soy tan torpe, sino que estaba postrado, y tan cierto es esto, que usted vé como me hallo.... Ay! pecador de mí! sólo Dios sabe que es verdad que estoy muriéndome.

—Qué enfermedad padece usted?

—Sufro desvanecimientos hasta el punto de perder enteramente los sentidos; convulciones en todo el cuerpo, y retortijones terribles en el estómago.... Hay ocasiones en que veo la muerte á la distancia en que está usted.

—Siento vivamente que esté usted postrado; pues yo vengo á que me pague lo que me debe, pero segun veo no está usted en actitud de levantarse á sacar el tesoro.

—Es verdad, señor.

—Si usted me dijera el sitio en donde está enterrado, yo....

—Eso es imposible; es necesario que yo mismo vaya; no por desconfianza, señor Don Miguel, sino porque yo he de ser el primero que vea ese famoso Queso.

—He esperado mucho y estoy resuelto á no esperar más.

—Quien ha esperado lo más, debe esperar lo ménos.

—Y cuánto será ese ménos?

Chepillo meditó un segundo y dijo:

—Ocho dias; tal vez ántes será usted pagado.

—Confío en su palabra, y le advierto que esta es la última reconvencion.

—Si le quedo mal haga de mí lo que le parezca.

Don Miguel Ramírez se despidió.

No vien se marchó el acreedor, entró Perico en el cuarto del enfermo.

—Te esperaba con impaciencia, le dijo Chepillo sentándose en el lecho.

—Puede su merced mandar lo que guste que yo estoy pronto á obedecerle.

—Es tiempo, amigo mio, de que me arranques de las garras de la desgracia.

—Quiere su merced que vaya á traerle un médico?

—No, hombre, la desgracia que me aflige no la tengo en el cuerpo.

—Qué está su merced diciendo?

—Como lo oyes Perico. El mal que me acongoja no lo cura ningun médico, sino un hombre activo y de confianza como tú. Estoy descendiendo á un tenebroso abismo; y sólo tú puedes detenerme en la mitad de la pendiente por donde voy resvalándome.

—Siendo cosa de meter el hombro ó el pecho, ya sabe su merced que soy hombre de no hechar pié atras.

—Así lo creo, y es por esto por lo que confío en que tú vas á salvarme; pero para ello es indispensable que hagas con inteligencia y sin escrúpulo cuanto voy á decirte.

—No siendo cosa de matar ó robar, estoy dispuesto.

—Vas á saber mi secreto le dijo.

Pronunciadas estas palabras, Chepillo se arrojó vigorosamente de la cama al suelo; cogió al criado de un brazo y se lo llevó al centro del aposento cual si temiera que las paredes tenian oidos, y allí le derramó pasitamente en la oreja una tenebrosa maquinacion que meditaba hacia muchos dias. Perico se estremeció al escucharlo, pero le ofreció que lo auxiliaria en su proyecto.

El pobre criado salió del aposento pensativo y triste, como si su corazon rechazara lo que su debilidad habia aceptado, ó cual si un profundo pesar lo agoviara por el complot criminal en que habia entrado. Preciso es decir, en honor del criado, que él no era perverso y que si se prestaba á las malas instigaciones de su amo, era impelido por el amor que á éste le tenia y por la costumbre de obedecerle. Perico era un autómata, Chepillo era su motor, y bien sabido es, que toda máquina anda cuando se le imprime movimiento.

Despues del complot entre amo y criado, éste se encargó de divulgar la nueva de que Chepillo estaba gravemente enfermo. Esta falsa noticia circuló entre los acreedores, quienes sobremanera alarmados se dispusieron á visitarlo; pero no por amor al mozo sino por interes de lo que les debia.

Un dia como á eso de la una se presentó en la casa de La Compañía el cura del lugar acompañado de 27 acreedores, todos con ánimo de comerse vivo al mozo si no les pagaba. Luego que entraron en el aposento, lo primero que se les ofrecio á la vista, como un testimonio de las dolen-

cias del perillan fué una mesa pequeña en un rincon, y sobre ella, en el mayor desórden, unos cuantos frascos, botellas, tacheolas, tarros de pomadas, cartones con ungüentos y cataplasmas usadas.

En otro ángulo del cuarto vieron al enfermo tendido en una caja y á la testera de ella á Don Lorenzo sentado en una silla.

—Ay! mis queridos señores, les dijo el viejo al verlos, levantándose del asiento, mi pobre nieto está de muerte!

Estas palabras hirieron dolorosamente el corazon de los visitadores.

—De muerte!... exclamaron estupefactos.

—Sí, de muerte!.... si pudiera confesarlo el señor cura; pero tal vez es imposible.... Anoche tuvo una entrevista con el alma y desde esa hora está fuera de sí; no abre los ojos, no habla, ni se mueve.... Ay de mí! infeliz de mi hijo; añadió el anciano con voz balbuciente, y prorumpió en triste llanto.

Los acreedores se miraron recíprocamente con ojos sombríos sin desplegar los labios.

El cura se acercó al lecho y llamó al enfermo. El mozo abrió lentamente los ojos y volvió á cerrarlos.

—Quiere usted confesarse? le preguntó sentándose á la cabecera de la cama y quitándose el sombrero.

El moribundo hizo con los ojos una señal afirmativa.

El sacerdote despidió á las personas que habia en la pieza y se quedó á solas con su deudor.

—Hermano puede usted hablar? le preguntó en cuanto estuvieron sólos.

El enfermo no respondió: el silencio contestó la pregunta.

—Tiene usted memoria?.... recuerda los hechos pasados?

Chepillo respondió con los ojos, que sí.

—Puede usted indicarme de alguna manera el lugar donde está el caudal?.... Si usted muere, carísimo hermano, sin pagar lo que debe, Dios no puede perdonarlo, y en tal caso irá á sufrir millones de siglos al fuego eterno.

El enfermo exhaló un gemido y dijo confusamente algunas palabras.

—Ah! exclamó el confesor, Dios le vuelve á usted el habla porque quiere que muera en su santa gracia. Él que lo escogió para que fuera el heredero de la difunta marquesa le restituye los sentidos, las facultades y potencias que usted habia perdido, para que se cumpla su santa voluntad.... Ánimo, hermano, haga usted un esfuerzo para hablar que el Señor le ayudará.

Chepillo tosió como un acatarrado y se incorporó.

Un relámpago de gozo brilló en los ojos del cura.

—Piadosísima.... Vírgen!... dijo el enfermo, estremeciéndose de piés á cabeza, voy.... á.... morirme!

—Hombre de Dios! aproveche usted este momento en que la Divina Providencia, por un exceso de su bondad infinita, le devuelve el habla.... Usted se rebela contra el Sér Supremo si en este mismo instante no me descubre el sitio donde está el tesoro.... Vamos! persígnese usted; diga de todo corazon el *Yo pecador* y dé principio á la confesion diciendo el paradero del Queso de oro.... Le advierto á usted que si se muere y el tesoro queda enterrado, aunque la Divina Providencia le perdone sus pecados, su alma no irá al cielo sino al purgatorio, de donde no podrá salir en muchos años, así como no ha podido salir de

10

él en dos siglos el alma de la marquesa, ni saldrá hasta que el Queso de oro no sea desenterrado. *

El mozo se santiguó, murmuró una oracion y con voz débil y apagada dijo:

—Recorra usted, padre mio, en todas direcciones, el maizal de esta estancia, y donde encuentre tres cañas caídas y cruzadas, junto á una piedra grande, cabe usted, padre mio, y hallará el tesoro.

La fisonomía del cura se animó y sus ojos reverberaron cual si hubieran visto caer del cielo sobre el templo de Guatavita una *imágen milagrosa.*

—Continúe usted su confesion, ¿no tiene más qué decir? le preguntó á su penitente con una emocion terrible que le anudaba la garganta.

—Un pecado muy grave tengo, padre mio, que he querido ocultárselo; pero que el temor de Dios me obliga en este momento supremo á decírselo, y es, que el alma de la marquesa me ordenó que dividiera el tesoro con el cura de mi pueblo.

El sacerdote dió un ligero grito y exclamó:

—Oh!.... oh!.... y yo soy el cura de su pueblo!.... Con que la mitad, hé?.... ¿Usted está seguro de lo que acaba de decir? ó está delirando?.... Pero no; parece que está en su cabal juicio, ¿no es así?

—Yo sé bien lo que estoy diciendo, padre mio.

—Con que el tesoro está enterrado entre el maizal, donde hay una gran piedra y tres cañas caídas, ¿no es esto?

—Tres cañas caídas y cruzadas, dijo Chepillo con voz firme como si su cuerpo fuera fortaleciéndose con la *confesion.*

—Ah! sí, tres cañas caídas y cruzadas, repitió el sacerdote, y en seguida añadió: muy bien, ¿no tiene usted otro pecado?

En éste momento el enfermo dió un grito de dolor.

—Ay! dijo, qué accidente me ha dado! y retorciéndose como una serpiente, se cargó contra la pared.

—Prepárese usted para recibir la absolucion, le dijo el cura, y en cuanto yo se la haya echado, diga en penitencia de sus pecados, por tres veces: Jesus, ten piedad de mí!

El penitente alzó los ojos al cielo y elevó su espíritu á Dios, al parecer, y miéntras tanto el cura se puso á pensar en el sitio donde podia estar el tesoro. Como extasiados se quedaron uno y otro un instante, y en seguida sonó la voz del sacerdote, zumbona como el ruido de una mosca, que absolvia á Chepillo de tan grandes culpas y pecados.

Concluida la confesion, el cura acomodó en el lecho al moribundo y salió del cuarto con el alma que le brincaba de gozo dentro del cuerpo.

—Albricias, señores, les dijo á los sujetos que lo habian acompañado y que esperaban en el corredor, el caudal está en mis manos.

Al ruido de tan mágicas palabras los acreedores corrieron é hicieron circo en contorno del párroco.

—Qué dice usted, señor cura?... ¿qué nuevas nos trae? le preguntó uno de los interesados.

—La mejor noticia del mundo. Sabrán ustedes que Chepillo acaba

* Mucho nos desagrada que al escribir esta historia nos veamos con frecuencia obligados á censurar los abusos y vicios de los malos sacerdotes, aunque de ese modo contribuyamos á encarrilarlos por el camino que les trazó su Divino Maestro. Los hechos que describimos en este capítulo y en el siguiente sobre la desenfrenada codicia *del cura,* quisiéramos omitirlos; pero si tal hiciéramos faltaríamos al primer deber de todo historiador: *la fidelidad.*

de descubrirme, *en el sigilo de la confesion*, el sitio donde está enterrado el Queso de oro.

—Oh señor! exclamó uno de los más avaros, es usted la paloma del arca.

—Ah señor! dijo otro, que en lo codicioso no se le quedaba atras al anterior, es usted el profeta de nuestra dicha.

—Señor! exclamó un tercero á quien llamaban el antioqueño, es usted la vara de Moises que hará brotar del suelo no agua á torrentes, sino trozos de oro que apagarán la sed que nos devora como apagó la sed natural de los israelitas ese licor vivificante que pedia á gritos el pueblo entero en el Desierto.

A esto alzó la voz el cura y dijo:

—Demos gracias á Dios que él es el autor de nuestra ventura.

Diciendo esto, el cura se hincó, sus compañeros se quitaron el sombrero y lo imitaron, y todos con disonantes voces entonaron un *Te Deum* en accion de gracias, cual si hubiesen descubierto un nuevo mundo.

Terminada la oracion se levantaron todos; y el párroco con voz imperiosa dijo:

—Ustedes deben marcharse en el acto para que yo pueda dar principio al desenterramiento del tesoro. No lo vacilen; váyanse y confíen en mí y en la Divina Providencia.

—Si eso es necesario, para que el Queso salga de su tumba, partamos sin dilacion, dijo uno, con semblante festivo.

—Agur, agur, dijo otro, no le quitemos un momento al señor cura, el tiempo es precioso.

—A caballo!.... gritaron muchos.

Pronunciadas estas palabras, que fueron como una órden, montaron todos los acreedores y partieron.

CAPITULO VII.

Lo que le aconteció al cura que confesó á Chepillo, por haber creido que el mozo estaba en su completo acuerdo.

SOLO UN hombre se quedó acompañando al cura, este hombre era su coadjutor. Todo fué salir de la casa los acreedores y lanzarse el cura sobre su compañero y abrazarlo con loco entusiasmo.

—*Chinito* del alma, le dijo apretándolo vigorosamente, estoy tan contento que me baila el corazon dentro del pecho.... Vamos, vamos á sacar ese deseadísimo tesoro.... Ay Dios mio!.... que se me sale el alma por la boca...., con razon dicen que las emociones de placer pueden matar más fácilmente á un hombre, que las emociones de dolor.

—Cáscaras! dijo el coadjutor medio ahogado entre los brazos del cura, piense usted en que si me aprieta un poco más, vamos á morir ambos; usted entre los brazos de la dicha y yo entre los suyos que me oprimen con la violencia de un torno.

—Perdóneme usted mi amigo; es que la felicidad es como la cólera, que aumenta las fuerzas sin que uno se aperciba de ello, le respondió el cura quitándole los brazos de encima.

—Todo lo perdono, dijo el sota cura, ménos que el pícaro de Chepillo vaya á burlarse de nosotros. Si nos hará trabajar sin fruto?

—Necuácuam, amigo mio, ningun hombre se chancea al hacer el

gesto postrimero. Tengo certeza de que á pocas paladas de tierra echan á salir al aire las onzas de oro y los mohosos patacones, y que al ahondar el hoyo unas dos varas, alcanzamos á ver ese precioso Queso, de tantos codiciado.... Manos á la obra amiguito; no nos demoremos que todo retardo aleja de nosotros ese gozo inefable.

—Busquemos una barra y una garlancha, le dijo el compañero, pues sin herramientas no podemos hacer el desenterramiento.

Vió el cura que era bueno el parecer del coadjutor, y se fué á donde Don Lorenzo y le pidió las herramientas expresadas. El viejo se las dió con el mayor gusto, porque él no deseaba ménos que nadie, que el Queso saliera á luz. Con este preparativo, partieron los dos sacerdotes en busca del brillante depósito.

A poca diligencia hallaron una señal parecida á la expresada por Chepillo; pero no idéntica. Andando unos pasos más vieron otra igual, y luego otra, y otra; porque en la sementera habia muchas cañas caidas y muchas piedras grandes. Recorrido que hubieron todo el maizal, encontraron por fin *tres cañas caidas y cruzadas junto á una gran piedra.*

—Aquí está el Queso de oro dijo el cura dando con el pié una patada en el sitio donde estaba parado.

—Ahí debe ser donde está, dijo el coadjutor.

Y ambos se quitaron la ruana y la sotana, se arremangaron las mangas de la camisa, y á la mano de Dios, empezaron el trabajo con un ardor imponderable. La faena fué larga y penosa. Oh! pero las fatigas que tuvieron, las hubieran llevado con cristiana resignacion si los resultados hubieran correspondido á sus esperanzas.... Desgracia inaudita! ellos cababan y cada palada de tierra que sacaban de lo hondo del foso, alejaba la certidumbre que habian abrigado de enriquecerse abriendo aquel hoyo.... Al fin de largas horas de un trabajo continuo, el dia se acababa y la noche cubria de tinieblas el mundo en la misma proporcion en que la negra suerte llenaba de aflixion el alma inmaculada de los santos sacerdotes. Ni el cansancio que los agobiaba, ni la debilidad que los consumia, ni el dolor de las manos que destilaban sangre; nada de esto bastó á detenerlos en su rudo trabajo; sólo las tinieblas de la noche tuvieron el poder suficiente para obligarlos á que cesaran en su labor.

Entrada la noche los trabajadores regresaron á la casa con el alma entristecida, el corazon despedazado de pesar y las manos llagadas, cual si hubieran sufrido el martirio de la crucifixion.

Al entrar en el patio de la habitacion le dijo el cura á su coadjutor.

—Váyase usted al pueblo por lo que pueda ocurrir, que yo me quedo hasta conseguir el santo fin que me ha traido á esta casa, á saber: el de purificar en el crisol de la penitencia la pervertida alma de Chepillo. El saberdote le respondió que sí se iria, pero despues de que hubiera tomado algun alimento, pues se sentia con mucha hambre. Doña Gertrudis que tal oyó, corrió á la despensa, puso en un plato unas tajadas de pan y otras de queso y en un vaso un poco de chicha, y le llevó. El pobre estenuado devoró primero con los ojos y despues con la boca el alimento del plato y luego alzó el vaso y lo agotó.

—Ahora sí tengo alientos de montar, dijo; barriga llena aguanta azote.

Con esto se despidió de Don Lorenzo y de Doña Gertrudis dejándole salude al cura que estaba con el enfermo á puerta cerrada. En seguida se puso sobre la silla y se fué á galope tirado.

Como se habrá comprendido, el cura se habia entrado en el aposento de Chepillo y como se habrá adivinado estaba reconviniéndolo.

Él le decia:

—Hombre de Dios, usted me ha condenado hoy y ha condenado á mi compañero á una labor áspera y ruda sin el menor provecho; como los operarios de la Torre de Babel hemos trabajado sin fruto. Largas horas él y yo hemos estado removiendo piedras y sacando tierra, hasta formar un hoyo profundo, en el sitio donde hallamos las señas que usted me dió, sin encontrar el menor indicio de la existencia del tesoro.

Chepillo no respondió palabra; víctima en esos momentos del terrible síncope, no hablaba, no oia, no veia, ni se movia. Era una masa inmoble que no mostraba vitalidad sino por los ténues latidos de su corazon.

El cura se acercó al lecho, le tomó el pulso, lo llamó, lo movió y como no diera señal de volver en sí, se dejó caer en una silla aullando de desesperacion. Pasada média hora salió del aposento en solicitud de un refrigerio para su estómago exhausto.

Doña Gertrudis le preparó y sirvió una cena abundante, y tan pronto como consumió el alimento del último plato, se fué al cuarto del mozo y se tendió á pierna estirada en una mala cama que le habia aderezado Perico, el que por haber estado ausente en el dia, no habia podido acechar la faena de los curas.

El párroco tendido en su lecho con los ojos cerrados se puso á meditar en los acontecimientos del dia y sin poder conciliar el sueño vino la madrugada, á cuya hora se quedó completamente dormido. Acababa Morfeo de entorpecer los sentidos del cura cuando el espíritu de éste empezó á recrearse en el más delicioso sueño, que si acaba como dió principio, es seguro que el hombre se despierta más contento que Adan cuando volvió del sueño en que lo sumergió Dios y vió á Eva acariciándolo.

Es el caso que el cura dormido pensaba cual si estuviera despierto, que se hallaba á la cabecera de la cama de Chepillo confesándolo, y que el mozo, medio muerto, con voz desmayada le decia:—La mitad del tesoro que dejó enterrado la marquesa es suya, la otra mitad es mia; yo voy á expirar, pero moriria intranquilo si no dejara á usted de heredero de la parte que me corresponde. A estas palabras el cura contestó:

—De nada me servirá que usted me instituya heredero de la mitad del tesoro si no me dice á punto fijo el lugar donde él está.

—Ah! sí, tiene usted razon, le respondió el moribundo; escuche usted, padre mio.

El cura hizo aquí una ferviente plegaria á uno de los santos de su devocion, pidiéndole mil orejas repartidas por todo el cuerpo á fin de que no se le escapara una sola palabra de las que el penitente iba á pronunciar. El santo le concedió lo que pedia, y el confesor oyó entónces que Chepillo le dijo, no ya con voz agonizante, sino con una acento sonoro y delicado como el gorjeo del ruiseñor:

—El tesoro está sepultado en las entrañas del *monte piramidal* que domina la poblacion. Él es grande, inmenso, extraordinario. Todas las alhajas del templo de Salomon; todas las joyas y monedas de Creso; todo el oro de Potosí; todas las esmeraldas de Muzo y todos los diamantes del Brasil son poca cosa en comparacion del oro en bruto, monedas, alhajas y pedrería que mi tataradeuda Carranza ocultó en el fondo de dicho cerro..... El monte está minado; trasládese usted al pié de él; pón-

gale fuego á una mecha que hallará en la puerta de la *Gruta de la Penitencia*, * y al estallar la mina verá usted dividirse el cerro en cuatro partes y brillar en el centro de dicha division las preciosidades enumeradas, cual magnífico mosaico.

El párroco no esperó segunda invitacion. Levantóse al punto del asiento, corrió á la cocina, cogió un tizon encendido y desalado abrió carrera hácia la puerta de la *Gruta*. Chepillo no lo habia engañado en esta vez; la mecha estaba allí; el cura se agachó, sopló el fuego que en la mano llevaba y la prendió.... Hecho esto se alejó precipitadamente un gran trecho, y luego con la cabeza encogida entre los hombros, esperó.... Pasó un momento en el mayor silencio y en seguida oyó el estampido de un trueno que retumbó por toda la tierra. Loco de gozo alzó los ojos al cielo y vió que una inmensa cortina de oro en polvo se elevaba hasta las nubes. Bajó luego la vista al *Montecillo* y observó que una abundante lava de oro derretido hervia sobre el cráter que se habia abierto, y que revosando se derramaba en inmensos torrentes sobre el valle. Despues de esto vió, que de momento en momento, el terrible volcan (pues en tal se habia convertido la montaña reventada) arrojaba de su seno enormes diamantes, esmeraldas y topacios, con tal violencia que iban á caer fuera del alcance de su vista. Entónces sintió en el fondo de su corazon una pena horrible, pues pensó que el volcan iba á enriquecer al mundo entero y no á él sólo, como se lo habia imaginado. Tirábase los cabellos por esta gran desdicha, cuando la inmensa lava creciendo como las aguas del diluvio, llegó á sus piés, y aunque notó que no se los quemaba, sí vió que le iba subiendo sin intermision. Pronto le ascendió á las rodillas, luego á la cintura, á los hombros, al cuello y desesperado al ver que iba á morir ahogado, exhaló un grito agudo y se despertó sobresaltado.... Al abrir los ojos vió la luz del dia.

Entónces dijo:

—Chepillo, amigo, todavía duerme usted?

—No, señor, hace una hora que estoy despierto. ¿Usted como que tenia pesadilla? ha dado un grito que me ha asustado.

—Sí, hombre, acabo de salir de ella. Pero hablando de otra cosa, ¿por qué me ha hecho trabajar sin fruto?

—Qué! no dió usted con el tesoro?

—Amigo, usted me ha engañado. No parece sino que usted ha querido burlarse de mí; pero tenga entendido que temprano ó tarde recibirá de Dios el condigno castigo. El que se rie de un sacerdote, ultraja á la Providencia porque los ministros del santuario son en la tierra los representantes del Altísimo. Al Ser Supremo le pido que le enmudezca la lengua y le apague la luz de los ojos miéntras viva, para que no pueda gozar de los bienes que pudiera brindarle el tesoro.

—Señor! no invoque usted la ira del cielo contra mí que Dios no ha puesto á los sacerdotes en el mundo para atraer las maldiciones del cielo sobre los hombres, sino las bendiciones. Léjos de mí la mala intencion de burlarme de un ministro del altar, cual es usted. Si yo le he dado bien las señas del tesoro y usted no ha encontrado el sitio donde él está, por haberlo buscado mal, la culpa es suya y no mia. Si yo no le he dado bien las señas, ha dependido del estado de enajenacion mental en que me encontraba ántes de ahora. Como un sueño recuerdo hoy las cosas

* Véase el capítulo III de la Segunda parte de la novela titulada EL ULTIMO REY DE LOS MUISCAS, compuesta por el autor de esta obra, y publicada el año de 1864 en Bogotá.

que pasaron ayer entre los dos. Actualmente que la Divina Providencia me despeja el entendimiento y que puedo pensar en cuanto acaba de pasarme, le juro á usted que no sé qué señas le he dado.

—Si hoy se halla usted en su cabal juicio ¿por qué no me da las señas del sitio donde está el tesoro? pues aunque yo no piense en ir á sacarlo en el acto, puede usted morirse de una hora á otra y quedarse perdido.

—Con el mayor gusto, señor, escuche usted: el sitio queda entre el maizal de esta estancia, donde hay un gran tronco que parece una piedra y junto á él dos cañas caidas y colocadas en forma de cruz.

—Oh! con razon que no hubiera dado con el *Queso* de oro si usted no me dió las señas ayer como me las da hoy.

—Ayer estaba destornillado, señor.

—Y hoy ¿quién me asegura que no lo esté?

—Yo, señor.

—Eso mismo, aunque con otras palabras, me dijo usted ayer, y sin embargo estaba fuera de sí.

—Pero hoy me siento en mí. Confíe usted en mi sano juicio y vuelva á buscar el tesoro, señor cura.

—No haré tal; las señas que usted acaba de darme son tan vagas como las primeras, puesto que hay muchos troncos grandes que parecen piedras y muchas cañas caidas en varias partes. Lo más acertado será esperar á que usted se mejore y vaya y me muestre el sitio con el dedo y en ese caso cavaré con la seguridad de no exponerme á otro chasco.

—Eso es muy razonable; pero para que yo esté en estado de levantarme á guiar á usted, es necesario que usted espere por lo ménos ocho dias. Si usted conviene en esto, interésese con mis acreedores que no me demanden ni me molesten durante dicho tiempo.

—Cuente usted con ese plazo, pero siempre que me prometa por la cruz en donde murió el Salvador, que no pasará el octavo dia sin que usted haya puesto el tesoro en mis manos.

Iba Chepillo á responder, pero á esa sazon se oyeron varias voces en el patio que decian:

—Buenos dias!.... ¡Oh, señor cura, buenos dias!....

—*Ajah!* ya están ahí mis compañeros de ayer, dijo el cura sentándose penosamente en el lecho.... Cuerpo de mi padre! añadió entre riendo y llorando, estoy hecho añicos, no parece sino que han pasado á mi pobre humanidad por un trapiche.

Despues de quejarse como si realmente lo hubieran molido y de hacer más gestos que una dama de bonitos dientes, se levantó y salió.

Más de treinta acreedores de Chepillo lo saludaron y despues lo rodearon para que les dijera si tenian alguna esperanza.

El cura iba á contarles lo que le habia pasado el dia anterior, pero uno de los acreedores le quitó la palabra para decirle:

—Con que el bellaco de Chepillo se ha burlado de usted y se ha reido de nosotros á las mil maravillas?

—Quién ha informado á usted de eso?

—Quien habia de ser sino el doctor Zeta? no fué él su compañero de fatigas?

—Ah! sí, sí; pero Chepillo no ha tenido voluntad en darme el chasco que me llevé.

—Cómo! que Chepillo no ha tenido voluntad?

—Como lo oye usted. El infeliz mozo no tenia ayer la cabeza en su

lugar, y es de temer que si su mal progresa, esté loco rematado ántes de una semana.

Los acreedores al oir el concepto del cura variaron de color y esperimentaron el más terrible pesar. Unos suspiraron de tristeza, otros frunciéron la boca de angustia y los más apretaron los dientes de desesperacion.

—Señor cura, dijo uno de los más desconsolados; qué nos aconseja usted que hagamos?

—Creo que nos conviene esperar. El enfermo en uno de sus momentos lúcidos me ha dado hoy la seña del sitio en donde está el tesoro; pero esa seña es vaga y yo no quiero exponerme á otro chasco; de ella sólo podemos servirnos en el caso de que Chepillo pierda el juicio. Sin embargo, confío en Dios que esto no sucederá, porque en vez de empeorarse se repone, y él tiene tanta esperanza de alentarse pronto, que no ha mucho me rogaba que me interesara con ustedes que le concedieran una moratoria de ocho dias, miéntras que se restablece, se levanta y va á mostrarme el verdadero sitio donde está el depósito.

—Ni una hora más de plazo, dijo Don Miguel Ramírez (el acreedor que ya conocen nuestros lectores) ese hombre es un impostor que ha jugado con nosotros como los titiriteros con los muñecos; hoy mismo lo demando y si no me paga lo que me debe lo hago reducir á prision.... La cárcel se hizo para los pícaros y él que es el padre de todos, que se pudra en ella. Puedo asegurar que el perillan no ha encontrado tal tesoro; que las onzas de oro y los pesos con que ha logrado engañarnos se los ha robado á álguien y que busca una ocasion favorable para irse léjos de aquí á gozar en paz del fruto de nuestro trabajo.

—Qué temeridad! replicó el cura, Chepillo indudablemente ha hallado el tesoro que dejó enterrado la marquesa. Este mozo es incapaz de inventar una trama tan admirablemente combinada para hacerse rico engañando á todos, y la prueba es, que si su pensamiento hubiera sido el de adquirir dinero por medio de semejante superchería, ya se habria ido léjos de sus acreedores; no lo ha hecho, luego esto lo justifica del cargo.

—Es cierto, gritó una voz que salió de entre la chusma, el señor cura ha racionado como un Salomon.

—Con que, amigos mios, concedámosle ocho dias de plazo, ¿qué son ocho dias? dijo el cura.

—Sí, sí, ocho dias más, dijeron muchas voces.

El párroco se entró en el cuarto del enfermo á darle tan buena nueva, acompañado de varios acreedores, y el mozo aprovechó el momento para hacer informaciones de su matrimonio, á las cuales concurrió Don Lorenzo y dió su consentimiento.

Perico, desde el umbral de la puerta, lo oyó y lo vió todo, y luego apretó á correr para la casa de Lucía.

Diez minutos despues, la caterva de acredores galopaba por el camino que conduce de La Compañía á Guatavita.

CAPITULO VIII.

De la suprema dicha á la suprema desventura no hay más que un paso.

DESEMBARAZADO nuestro héroe de la tormenta que se le habia ido encima, respiró con libertad.

—Dos ó tres dias más y puedo cantar victoria, dijo y se volteó para el rincon.

Habrian trascurrido tres horas cuando entró Perico en el aposento y le dijo á su amo:

—He hecho cuanto su merced me ordenó en los dias pasados y espero que todo estará listo para mañana en la noche.

Chepillo se enderezó en su lecho con el vigor de un alentado y con el semblante más alegre del mundo, le dijo:

—De veras? hombre.

—Como lo oye su merced.

—Me salvas, amigo mio, de las garras de los feroces buitres que quieren comerme vivo; y ademas me aseguras así la adquisicion del bien á que tanto he anhelado.

—Ya ve su merced que no me he portado mal.

—Has hecho más de lo que yo esperaba; estoy lleno de agradecimiento.

—Quiera Dios que así sea.

—Pero díme, el sacerdote está preparado?

—Es lo primero que he asegurado.

—Y qué dijo? no se esquivó.... no.

—Al principio sí; pero en cuanto le puse en la mano los pesos que su merced me mandó que le diera, no opuso resistencia.

—No hay como el ungüento mejicano para ablandar voluntades resistidas.

—Ah! señor, eso es una maravilla.

—¿Le has dicho algo á Don Pio del suceso de hoy?

—Sí, señor. Le dije que su merced habia hecho informaciones desde su cama, y que aunque la novia no habia estado presente, el señor cura las habia admitido, apoyado en que ella no habia de casarse forzada. Que las proclamas las habia dispensado en atencion al peligro de muerte en que su merced estaba.

—Y á eso qué respondió?

—Que le cuadraba la noticia; que luego vendria á hablar con su merced.

En esta plática estaban cuando se presentó el padre de Lucía á visitar á su futuro yerno. Perico salió del cuarto en el acto en que Don Pio saludó á Chepillo. La conversacion rodó entre visitador y visitado sobre la enfermedad del mozo; la imprudencia de los acreedores en ir á cobrarle estando como estaba, y especialmente sobre su próximo matrimonio con Lucía, el cual debia efectuarse en la noche del dia siguiente, si Chepillo estaba aliviado de sus males.

Don Pio prolongó su visita hasta las dos de la tarde y todo fué despedirse, y entregarse Chepillo á discurrir sobre los resultados de su tenebrosa maquinacion. Aquel dia fué para él enfermo largo como un siglo; pero concluyó al fin, como todas las cosas de este mundo, y tras él vino

el siguiente, tan deseado del mozo. Perico se presentó en la tarde de este dia en el aposento y le dijo á su amo:

—Dentro de pocas horas vendrá la noche, y cuando llegue será su merced dichoso, pues el camino para ir donde está el bien que desea, lo tengo abierto y sin tropiezo alguno.

—Eres mi mejor amigo; yo te recompensaré tan gran servicio; pero aun no has dado fin á tu tarea. Vete al pueblo, trae de mi caballeriza los tres caballos que dejé en ella; ocúltalos entre las barrancas de Piedra cargada; ensíllalos secretamente, uno para mí, otro para tí y el tercero para....

—Ah! sí, si, muy bien, dijo el criado, sin dejar que su amo acabara de hablar, haré todo lo que su merced quiere, á la medida de sus deseos.

—Mira que no te falte tiempo; acuérdate que tienes que conseguir una montura para el tercer caballo.

—Ya la tengo en mi poder, señor; pues habia adivinado sus intenciones.

—Eres un hombre adecuado para sacar á otro de un apuro.

Perico se sonrió.

—Que todo esté listo para las siete de la noche, y que Don Pio, Doña Juana y Lucía estén en los autos.

El criado desapareció.

....

A la hora señalada tornó el criado á entrar en el aposento y le dijo á su amo que bien podia levantarse y salir á montar, que los caballos estaban ensillados; que la noche se prestaba por su oscuridad para hacer el camino que intentaban sin ser vistos de nadie y que la casa estaba en el mayor silencio.

Tan excelente noticia obró sobre la enfermedad de Chepillo como un remedio celestial; al punto se sintió no solo curado de sus dolores, sino vigoroso y fuerte. Con el semblante más alegre se levantó de su lecho, se vistió á toda prisa y salió con pasos cortos mirando atentamente á un lado y á otro como si temiese ser visto de alguna persona de la casa. Llegado que hubo al sitio donde estaban los caballos, ordenó al criado que subiera en el uno y que tomara del diestro el sobrante. Hecho esto, montó Chepillo en el que Perico le habia destinado y partieron á paso regular en direccion de la casa de Lucía. Al cabo de un cuarto de hora el ladrido de los perros le anunció á Don Pio la llegada de su futuro yerno.

El viejo brincando de gusto salió al encuentro de tan deseado huésped.

Por qué tanta dilacion, señor mio? le preguntó con voz afable.

Oh señor! usted sabe que un moribundo nunca puede moverse con la agilidad de un hombre que goza de buena salud.

—¿Con que todavía sufre usted mucho? Ayer dejé á usted muy repuesto.

—Solamente el compromiso contraido ha podido sacarme de la cama.

—Así me gusta un hombre de palabra, dijo el viejo frotándose las manos.

El mozo continuó el camino acompañado de Perico y de Don Pio. Apénas llegaron los tres al patio de la casa, amo y criado se apearon y el primero corrió á abrazar á su futura compañera, á la que le costó no poco trabajo hallar entre la muchedumbre de convidados que hormigueaban dentro de la habitacion.

—Tengo de hacerte una seria reconvencion, le dijo Chepillo á Lucía luego que la hubo abrazado.

—A mí?

—Sí á tí, díme, por qué has convidado esta gente? no mandé decirte con Perico que convenia que nuestro matrimonio se hiciera en la mayor reserva?

—La culpa no es mia sino de mi papá que se metió á convidar á toda nuestra parentela, para sorprenderte, segun me dijo, con un buen fandango.

—A fé que me tiene bastante inquieto la tal concurrencia. Has de saber que traigo la resolucion de que en el acto que pase la ceremonia nos marchemos léjos de este pueblo; y al efecto te traigo un caballo preparado para que montes.

—Nada hay perdido; nos casamos; bailamos una media docena de piezas y agur, agur...... á resollar á Bogotá.

El diálogo se interrumpió con la presencia de Liberato, el cual les dijo:

—Por San Crispin, niños, no chicoleen más, que el señor cura está impaciente esperándolos para *echarles el remache.*

—Vamos, dijo Chepillo.

Y tomando de la mano á Lucía fué á colocarse con ella enfrente del sacerdote y en medio de Don Pio y Doña Juana, que eran los padrinos.

Los numerosos concurrentes rodearon á los novios y con semblante festivo parecia que daban su aprobacion á aquella alianza que iba á colmar de dicha á una persona querida de su familia.

Concluida que fué la ceremonia se principió el baile.

En uno de los ángulos de la sala se reunió la banda de música, que segun noticias no pasaba de cinco individuos. Uno debia puntear la bandola; otro rasguear el tiple; aquel hacer crujir el pandero; cual tocar el *alfandoque* y cual en fin redoblar el *chimborrio*. Los tales pusieron acordes sus instrumentos, y en seguida se calaron al desgaire sus sombreros enfundados; plegaron sus ruanas sobre el hombro y empezaron á tocar ese son sin igual llamado *torbellino*; antiguo como los conquistadores de Cundinamarca; alegre como los valles y bosques de tan pintoresco suelo; armonioso como el canto de las aves que pueblan sus selvas vírgenes é incitativo para el baile como lo es para el paladar el fruto sazonado de sus fecundos árboles.

En el opuesto rincon habia una docena de viejas, en pié varias y otras sentadas en el suelo formando un grupo interesante. Estaba cada una con la mantilla por el cuello, atada la cabaza con un pañuelo de algodon á cuadros rojos y azules, fumando tabaco en pipa descomunal y hablando mil primores de su feliz juventud en que habia sido rica, bella y cortejada de los mejores mozos del lugar.

Los pastores y las zagalas en pié y en confusa mezcla hacian corro á los bailarines. Chepillo y Lucía fueron los primeros danzantes que se lanzaron al circo, y diz que arrancaron mil aplausos por su donaire y desenvoltura. Tras los novios bailaron los parientes más cercanos de Lucía, ya este ya el otro baile nacional. Los espectadores palmotearon muchas veces á los mozos más apuestos y que con mayor soltura adornaron con graciosas cabriolas y piruetas el bambuco, la caña-dulce y el torbellino.

Despues de algunas horas de baile incesante, vino un intermedio. Doña Juana que estaba loca de contento por el porvenir de su hija y

ébria de aguardiente porque habia empinado el codo, no pudo soportar que el regocijo se suspendiera un instante. Fuera de sí se levantó del suelo donde estaba sentada, abanzó unos pasos hácia el fondo del corro y dijo:

—Arriba muchachos!.... ha malaya mis tiempos! entónces sí que habia humor en las francachelas!.... cuando yo tenia calor en la sangre y dientes en las encias, bailaba como una mirla.

Luego poniéndose una mano en la cadera y danzando como un maromero, decia:

—Chiqui.... qui.... chiqui.... Tirrin.... qui.... quitiqui.... Ea! todavía me tiento y me hallo; así se bailaba treinta años ha la valenciana.

Detúvose luego un poco y agregó:

—Había en mis tiempos otros bailes de lo lindos; el bolero, el mollejon y la cachucha. Ahora verán ustedes como me *espingondingo*.

Y alzándose las enaguas hasta descubrir los piés, bailó con tan loco entusiasmo que dió no poco que reir á los espectadores.

En esto la música volvió á sonar, los bailarines volvieron á animarse, y Doña Juana se retiró del circo.

Segun la costumbre del pueblo bajo, el novio tiene el deber de bailar con cada una de las parejas del fandango. Cumplia Chepillo con tal obligacion en el mismo instante en que entraba Liberato en la sala y le decia á Lucía en el oido estas palabras:

—Un hombre que acaba de llegar de Honda espera á su merced en el cuarto del granero.

—A mí?

—A la misma; no es su merced la niña Lucía Pisca?

—Y qué quiere ese hombre de mí?

—Lo que quiere se lo dirá en cuanto la vea.

Lucía salió de la sala del baile seguida de Liberato y se dirigió á la pieza que este le habia expresado. Efectivamente un hombre estaba en ella, el cual no le era desconocido.

—Me necesita usted? le preguntó la novia.

—Sí señora; tengo recomendacion de entregar en su propia mano esta carta.

Diciendo esto, le dió á Lucía un papel doblado.

—Quién me la envia?

—Don Jorge Gavilan, respondió el conductor.

Este nombre tan simpático y tan querido le produjo á Lucía una emocion que no pudo ocultar; sorprendióse al oirlo; quedóse como pasmada en seguida y luego hizo un esfuerzo y dijo:

—Viene usted á burlarse de mí? Acaso Jorge no es muerto?

Liberato que en todo se entrometia alzó la voz y dijo:

—Yo creo que Don Jorge es muerto; pero que cuando escribió esa carta todavía estaba vivo.

—Quieres callar? papanatas, le dijo la zagala.

Dirigiéndose en seguida al conductor del papel añadió:

—Dígame, señor mensajero de cartas falsas ¿cómo es que Jorge ha podido escribirme ahora, haciendo meses que murió?

—Don Jorge Gavilan está vivo como lo estoy yo.

—Lo ha visto usted ha poco?

—Sí señora, lo he visto en Honda la semana pasada, y por más señas me preguntó por usted y por Don Chepillo.

—Por mí y por Chepillo! exclamó la zagala estupefacta.

—Como lo oye usted; me preguntó si yo sabia que Don Chepillo visitará á usted con frecuencia.

—Y qué le respondió usted?

—Que no sabia nada de lo que pasaba en Guatavita, porque hacia más de once meses que estaba en tierra caliente.

—Y despues de eso le dijo usted que se venia?......

—Sí, y me rogó que le trajera la carta que he puesto en sus manos. Pasaba ahora por cerca de esta casa, que es el camino para la mia, y me dije: —Debo entregar la carta que me recomendó Don Jórge, ya que tengo oportunidad; y decir y hacer, todo fué uno.

Lucía no creia en lo que estaba oyendo; ella se imaginaba que era un lazo que le tendia su esposo, para tantearla sobre el amor que le tuviera á Jorge aun despues de muerto, y así, sin alterarse le dijo á Liberato:

—Ve á la pieza del baile, busca á Don Ramon Nieto y dile que me haga el favor de venir.

El criado desapareció.

Un momento despues volvió con la persona que habia ido á buscar.

—Don Ramoncito, le dijo Lucía, hice llamarlo para que me haga el servicio de leerme esta carta.

La pastora le dió el papel; el mozo lo recibió y leyó en voz alta lo siguiente:

"Honda, 1.º de Junio de 1848.

"Mi pensada Lucía—Por el tio Juancho habrás sabido cómo caí en la emboscada que preparó contra mí el malvado de Chepillo el mismo dia en que debí llegar á Guatavita, y con qué crueldad éste y su camarada Perico me amarraron las manos y me amenazaron de muerte si hacia resistencia. Ahora por mí vas á saber que no bien caí en el lazo, me llevaron al cuartel de San Francisco donde me pusieron en manos de otros verdugos. Allí me tuvieron encerrado cerca de diez meses enseñándome á palos, el ejercicio militar y el manejo del fusil. Despues de esto hoy hace veinte dias justamente, me sacaron enrolado en un batallon que va destinado á la costa por mucho tiempo. Por haberse enfermado un considerable número de soldados de fiebre amarilla, nos hemos detenido en esta ciudad, de donde marcharemos de un dia á otro á nuestro destino.

"Si Dios me conserva la vida y el Gobierno me concede mi libertad algun dia, yo volveré á Guatavita á cumplir la palabra que te tengo empeñada y á vengarme de mi feroz enemigo. No temo ni por un momento, querida Lucía, que mi rival haya ocupado en tu corazon el lugar que sólo á mí me pertenece, pues sé bien que toda persona odia al perseguidor de aquel á quien ella ama.

"Tuyo hasta la muerte, JORGE GAVILAN."

Lucía se quedó pensativa; ella empezó á dudar.

—Será posible!..... exclamó á media voz. ¡Oh si Jorge vive moriré de dolor!..... Dios mio!..... Dios mio!..... añadió cubriéndose la cara con las manos.

Despues de un momento de silencio dijo:

—Será esto cierto? Será Chepillo tan perverso?..... Si todo ha sido una trama urdida por él, me huiré de su lado; me iré léjos de aquí donde nadie vuelva á saber de mí; me enterraré viva!..... Pero no, Cepillo no habrá hecho tal. ¿No me contó el tio Juancho que habia visto morir á Jorge? Pero de dónde me viene este tiro? qué enemigo me persigue?

quién es el que se empeña en emponzoñar mi vida?.... Oh! si Jorge vive lo amaré sobre Chepillo; pero no, no quiero que él viva; la vida de Jorge seria hoy para mí un tormento; su muerte es un consuelo.

—Don Jorge vive, dijo el conductor de la carta, con aquel acento de conviccion que emplea el que asegura lo que ha visto.

—Si eso es así, respondió Lucía, me quejaré á los tribunales, al mundo entero, al mismo Dios de semejante engaño, de tan atroz perfidia; me separaré de Chepillo; iré á buscar á Jorge; me botaré á sus piés; él me perdonará y viviremos juntos maldiciendo al impostor.

—Y yo los acompañaré, dijo Liberato, y les ayudaré á maldecir á Don Chepillo, y como las maldiciones no cuestan dinero y allvian el cuerpo le echaré al bellaco unas tres docenas, si su merced quiere.

La pastora sin acatar las necedades de su criado dijo:

—Chepillo me dirá la verdad, y si quiere ocultármela yo se la descubriré en el semblante.

Esto dijo y corrió precipitadamente hácia la sala. Los cinco músicos bebian sendos tragos de aguardiente y los bailarines conversaban, cuando entró la pastora.

—Pasa los ojos por esta carta, le dijo á Chepillo con tono áspero.

El mozo sorprendido recibió de su novia el papel y despues de mirarlo atónito un buen espacio de tiempo, lo desdobló y á la luz de una vela que tenia cerca de su asiento, comenzó á leerlo y á temblar.

Cuando apénas habia recorrido la cuarta ó quinta línea suspendió la lectura y dijo poniéndose pálido como un difunto:

—Esta carta es falsa; el que la ha escrito es un falsario y el que la ha traido es su cómplice.

—Cómo! que esa carta es falsa?

—Sí señora, y voy á demostrarlo.

En este instante un tropel de caballos hirió las piedras del patio con sus herrados cascos, y al ruido, todos los del baile se callaron y se quedaron inmóviles como una máquina que se para de repente.

Pasado un segundo, Chepillo se alzó de su asiento como impelido por un resorte, y dando muestras de inquietud miró á todos lados.

Qué hizo?.... Oh! detente pluma que los sucesos que vas á escribir bien merecen por sí capítulo separado.

CAPITULO IX.

Dios consiente, pero no para siempre.

CHEPILLO al sentir las pisadas de los caballos se llenó de espanto. Él comprendiendo lo que pudiera ser, se levantó presuroso de su asiento, como hemos dicho, miró en todas direcciones con ojos asustados y echó á abrirse paso por entre el grupo de gente que ocupaba el espacio que mediaba entre el corro donde se bailaba y la puerta de la sala. Cuando pisó el umbral de aquella, intentó franquearlo; pero se lo impidió un centinela mostrándole la culata de un fusil y diciéndole:

—A la espalda!....

El novio sin decir una palabra echó pié atrás sobrecogido de pavor.

—Estoy perdido! balbuceó.

Y lleno de terror se dirigió al aposento en busca de un escondite;

para en vano, porque un hombre asustado no encuentra nunca donde ocultarse.

Entrarse Chepillo en el aposento y penetrar en la sala el Jefe Político acompañado de ocho hombres armados, todo fué á un tiempo.

—En dónde está José Acosta? preguntó el empleado con voz levantada y grave.

—Aquí estoy señor, respondió el mozo lleno de miedo, saliendo del aposento á la sala.

El Jefe Político le dijo á la patrulla:

—Prended á ese hombre.

Dos gendarmes se colocoron á derecha é izquierda de Chepillo.

—Cuál de los presentes es el fingido sacerdote? preguntó en seguida.

—Este, dijo un pastor de buen discurso (mostrando con el dedo á un hombre que inmóvil como la estátua del miedo, tenia la cara puesta hácia un rincon) y en seguida agregó:—Veo que aquí no se ha jugado limpio, y en descargo de mi conciencia voy á referir lo que el sacristan me ha contado, á saber: que el señor cura no pudiendo venir á casar á los novios, habia recomendado á este sacerdote, recien llegado al pueblo, para que hiciera sus veces.

—Prendedlo tambien, les dijo á los gendarmes el jefe de la patrulla.

Dos hombres se pusieron á los lados de este, como otros dos se habian puesto á los de Chepillo.

—Buscad ahora al sacristan y prendedlo, les mandó el Jefe Político á los gendarmes que quedaban desocupados.

La órden se cumplió; el sacristan fué detenido.

—Aun nos falta otro, dijo el mismo empleado, inquirid y aprehended al criado de José Acosta.

A esto le manifestó un zagal que acababa de entrar.

—Perico se escapó; cuando la patrulla se acercaba, montó en un caballo y desapareció como una exhalacion.

Como el lector ha debido suponerlo, con la entrada de la patrulla los del baile se quedaron mudos, asombrados, y como ha debido inferirlo, al ver los tales lo que pasaba delante de sus ojos se sobrecogieron de espanto. Don Pio sorprendido y acongojado con aquella no imaginada desgracia se acercó al empleado y con no poca turbacion se atrevió á preguntarle:

—Qué motiva este procedimiento? señor.

—Es usted muy cándido, no comprende qué su hija ha sido víctima de una infame superchería, y que usted y su esposa acaban de ser juguetes de una negra trama?

—Yo no comprendo nada, señor.

—Oh!.... oh!.... no alcanza usted que la ceremonia del matrimonio ha sido una farsa, una comedia?.... Chepillo hacia dias que meditaba el plan de apoderarse de Lucía contra toda razon y todo derecho y para llevar á cima su siniestro fin sedujo á Perico, para que este á su vez sedujera á otro hombre que se prestara á desempeñar el papel de sacerdote, y para que nadie fuera á descubrirle, en mala hora, su maquinacion, le previno á su criado que comprometiera al sacristan á que le suministrara los vestidos clericales que fueran necesarios y á que se prestase el mismo á concurrir al acto, y usted ha visto que Perico ha ejecutado las órdenes de su amo al pié de la letra.... ¿Entiende usted ahora cuál es la causa de mi procedimiento?

—Oh, parece increible! exclamó Don Pio admirado de tanta audacia y tanta maldad.

—Es tan cierto dijo el Jefe Político, como ser Chepillo soltero y seglar ese perillan.

Y señaló al que habia hecho de sacerdote.

—Una casualidad, añadió, ha salvado á su hija del deshonor y á usted y á su mujer de un baldon eterno. Un hombre, que, por motivos particulares expiaba todos los movimientos de Chepillo hacia muchos dias, y cerciorado al fin, de que esta noche se efectuaba la ceremonia del matrimonio, en los términos en que se hizo, corrió á mi casa y me informó de lo que iba á suceder. Yo armé la policía y me vine á impedir el delito.

En el camino supe, por un hombre que habia anticipado, que la ceremonia se habia verificado y que si no apuraba el paso, Chepillo se saldria con la suya, pues que estaba listo para partir con Lucía esta misma noche. Al momento ordené á la patrulla que alargara el paso y parece que hemos llegado á buena hora.

—¡Dios bendiga á ese hombre que lo vió todo y lo avisó á tiempo! exclamó Doña Juana.

Lucía, al oir cuanto acababa de decir el Jefe Político, se indignó tanto, que tuvo ímpetus de darle de bofetadas al insolente que habia intentado perderla y que tan cruelmente se habia burlado de ella; pero pudiendo más en su ánimo los sentimientos benévolos (peculiares de toda mujer), que los sentimientos malévolos que engendra toda injuria, se reprimió y la ira dió lugar á la compasion.

—Infeliz! exclamó, yo me he salvado de él; pero él no se salvará de una larga prision.

Hubo un momento de silencio que aprovechó Liberato para tomar la palabra.

—Por suerte, nada se ha perdido hasta ahora, dijo, á no ser los bollos, el chocolate, las tortas y los capones, que la niña le mandó á este pasguato.... Cáscaras! un tantico más, montan á caballo y....

—Calla! perro socarron, le dijo Doña Juana dándole con el réves de la mano en la boca, con lo cual le atajó el desatino que se deslizaba ya por la punta de su lengua.

Las palabras del criado y el tapa-boca que le dió el ama, provocaron la risa de los circunstantes. Esta risa cual agudo puñal fué á herir cruelmente el sesible corazon de Lucía. La pobre jóven no pudiendo hacerse la indiferente á tan amarga burla, sintió que se le humedecian los ojos de lágrima.

—Ah!.... exclamó á media voz, despues de esta desgracia no me queda sino la remota esperanza de que Jorge viva.

—Marchémonos de aquí, dijo á esta sazon el Jefe Político.

A esta voz los de la patrulla se movieron llevándose por delante á los actores de la comedia, á que fueran á representar el segundo acto á otra parte.

Así como salieron los presos, una tristeza profunda se dibujó en los semblantes de todos aquellos que poco ántes rebosaban de contento. Los músicos guardaron debajo de la ropa sus instrumentos y partieron á pasos largos. Los convidados salieron tras ellos, y ántes de média hora, la casa quedó en el mayor silencio.

Don Pio y su familia se acostaron á dormir; pero, ¿pudieron conciliar el sueño?.... Que lo diga el lector si ha estado próximo á ser feliz, y la víspera del buen dia ha visto huir la dicha de entre sus manos.

CAPITULO X.

Del único modo que resucita un muerto.

LUCIA SE levantó al dia siguiente más temprano que de costumbre: la cama es un tormento cuando sufre el alma ó el cuerpo.

El primer personaje que se le puso delante, fué el criado de la casa.

—Buenos dias, niña, le dijo.

Lucía lo miró sin responderle; la pobre criatura no queria hablarle á nadie, ni que nadie le hablara.

El criado reparando en la tristeza de su ama le dijo:

—Bien se lo decía yo!.... Ah! el mozo Chepillo es una pava de encargo. Qué tal si no hay fandango?....

—Hablador! ¿cuándo me dijiste nada?

—No se lo dije con la lengua, pero se lo di á entender, pues él le mandaba recaditos conmigo y yo me los manducaba, por lo cual su merced debió comprender que no era santo de mi devocion.

—Vaya un hombre más animal!.... juro que eres un mulo en cuerpo y alma.

—Ya sé, niña, que esa es la cantinela de siempre. Cuando venzo á su merced con una gorda razon, allá van injurias.... eres un mulo; eres esto y aquello. Cuanto se le viene á la boca otro tanto escupe sobre mí.

—Mira que te saco de aquí á pontocones, malcriado, le dijo la zagala con aire amenazador.

—Yo no miraré eso, niña, porque en esto me voy.

Dijo y echó á correr.

—Grandísimo bribon, espérame ahí, le gritó la pastora indignada.

—Que la espere? eso si que no, le respondió el socarron sin dejar de correr.

En esto se oyó una voz que decia:

—Santos y buenos dias.

—Buenos se los dé Dios, tio Juancho, contestó Lucía, ¿qué milagro es ver á usted en casa?

—He sabido sus desgracias y vengo á darle el pésame, dijo el viejo, con voz triste, al ver que la jóven estaba pálida y que sobre su rostro brillaban las huellas de las lágrimas que habia derramado durante las últimas horas de la noche, y aun en las primeras horas del dia.

—Oh! no me hable, no me diga nada, tio Juancho, que se me cae la cara de vergüenza, resplicó Lucía con su voz armoniosa como el canto del canario.

—Yo quiero, niña, empetacarle algunas palabras de consuelo, dijo el viejo pasando una enorme mascada de tabaco, del carrillo izquierdo al derecho.

—Ay desdichada de mí! ¿qué puede usted decirme que me devuelva la tranquilidad perdida?

—No se desconsuele su merced que solo para la muerte no hay remedio. Es verdad que Chepillo le ha hecho una mala pasada; pero pierda cuidado que Jorge la vengará.

—Que Jorge me vengará?.... dijo Lucía temblando de placer.

—Sí, señora, él vive y él castigará al engañador.

—Sí, vive en el cielo, y á él le pido que desde allá envíe un castigo sobre el que ha ultrajado mi honor.



Lucía que deseaba hallar una prueba más de que existia su amante, resolvió no decir al tio Juancho que habia recibido la carta que ya han visto nuestros lectores, sino que esperó á que el viejito le desatara el misterio.

—Jorge no ha muerto, respondió el viejo y su vida es un secreto que guardo entre los pliegues de mi corazon ha mucho tiempo; pero creo que ha llegado ya la hora de *despepitar* la verdad.

—Qué! piensa comulgarme con ruedas de molino? No me dijo usted que lo habia visto morir?

—Es verdad que eso le dije, pero le he mentido.

—Cómo! que usted me ha dicho una mentira?

—Sí, pero no por hacerle daño á su merced, sino porque Chepillo no me lo hiciera á mí.

—No comprendo....

—Voy á contarle esa historia con todas sus menudencias, aunque su merced salte y brinque contra mí.

—Yo? y por qué habria de enojarme con usted?

—Por haberle embutido ahora hace once meses un embuste de más de la marca.

—No tenga cuidado, tio Juancho, que si las cosas resultan ahora al reves de como usted me las contó, en vez de maldecirlo lo bendigo.

—Siendo así voy al caso.

—Ya lo escucho.

—Sepa, su merced, que Jorge no tuvo enfermedad ninguna en Ambalema.

—Ah!.... exclamó Lucía pálida y temblorosa expresando en los ojos el mayor asombro.

—Luego que llegamos á la ciudad, continuó el viejo, empezamos nuestras diligencias y no bien las acabamos, que fué á los cinco dias, nos embarcamos en el *Madalena* á la mano de Dios, pues el rio estaba crecido y la barca era cabeceadora. Quién ha de creer que la maldita en lo bueno del peligro comenzó á bailar la jota y la capuchinada que era un gusto?.... aquello era de alquilar balcones. El pobre de Jorge, que es un gato para el agua, se agarró con ámbas manos de los bordes de la barca y cada y cuando que ésta sacudia la cabeza, el infeliz se ponia pálido como un difunto y abria tamaños ojos y boca, cual oso acosado de los perros.... Yo no sé cómo al verle la figura no me reventé de risa.... Jah! jah! jah!....

—Qué manía la suya? le dijo la moza; por las canas de mi madre, déjese usted de rodeos y dígame pronto la suerte que haya corrido Jorge.

—Allá llegaré si no enmudezco. El asno viejo, dice el refran, no sale de su paso ni á palo ni á rejo; con que así no me apure su merced, que el que anda despacio no resbala ni sufre porrazo, y con esto esteme muy atenta que voy al cuento. Como iba diciendo, nos embarcamos y no bien salimos á la playa cogimos camino á paso de buen andante. Hasta Sopó venimos libres y lijeros como dos pájaros; más, en cuanto llegamos al Boqueron, de repente nos vimos presos y encadenados de pié y pierna. Chepillo y Perico, que con machete al cinto, estaban ocultos con tres hombres armados en la espesura de un bosquecillo salieron de improviso, y cual tigre que salta sobre su presa, cayeron sobre nosotros y nos atraparon el bulto. ¿Qué es esto? dijo el pobre de Jorge cuando se vió rodeado de cinco hombres con arma en mano. Tengo órden para *reclutar* á usted y á su compañero, contestó Chepillo; para conducirlos directamente á Bogotá

y para matarlos si hacen resistencia. Jorge viéndose perdido no hizo oposicion. En el acto mismo se humilló á su enemigo y le suplicó de rodillas que consintiera en llevarlo ántes á Guatavita que queria ver por última vez á sus ancianos padres y regalarle á su novia las donas que para ella habia comprado en Ambalema y que luego, bien podia conducirlo al cuartel; pero nada consiguió; el hombre se mostró duro como el mismo bronce..... Perdida la esperanza, vi que al bueno de Jorge se le salieron dos lágrimas, tamañas como dos huevos de paloma. En cuanto á mí, nada le dije al grandísimo bellaco; me resigné con mi suerte. En seguida, el bribon de Perico comenzó á amarrarnos sin que Chepillo se lo mandara, y estando en esta maniobra le dijo Jorge en voz baja:—"Ya que Chepillo no se compadece de nosotros, compadézcase usted y amárrenos en falso, de modo que podamos escabullirnos por aquí en el bosque; mire que tenemos familia á quien hacerle falta, y yo ademas una novia con quien debo casarme esta semana, la que moriria de pesar si llegase á saber que he perdido mi libertad; mire usted sobre todo, que estamos en el mundo y que con las vueltas que él da, el que hoy está encima mañana puede quedar debajo." No valieron ruegos; el malvado se rió de las súplicas de Jorge y nos amarró con todas sus fuerzas y para que nadie nos conociera, de órden de su amo nos envolvió luego la cara en trapos blancos no dejándonos descubierto sino los ojos. Luego nos montaron en unos caballos que para el efecto habian llevado, y nos encaminaron hácia Bogotá. Habiamos andado largo trecho cuando Chepillo se acercó al hombre que conducia del cabestro el caballo en que iba yo y le dijo estas palabras: —"Quédese usted con el preso un poco atras." Obedecida esta *órden* se aproximó á mí y me preguntó.—"Quiere usted rescatar su libertad?" —"Cómo no, le contesté, daria hasta un ojo de mi cara."—"Pues bien, me dijo, si usted me promete hacer cuanto yo le mande, le suelto las ligaduras ahora mismo y lo dejo en libertad para que coja el camino de su tierra." Yo le respondí que no siendo cosa en contra de Dios, del progímo ó de mi honra estaba pronto.—"No, nada de eso, me contestó, escúche usted." Yo escuché y él me dijo:—"No es más que esto; se irá usted á Guatavita y le dirá á Lucía Pisca que su novio falleció de fiebre amarilla en Ambalema. Pero es necesario que usted le jure que lo vió morir. Mas, para que la cosa sea completa le llevará las donas que Jorge compró para ella y le dirá que su amante al espirar le encargó rendimente á usted que le entregara esas cosas; bien entendido, eso sí, añadió el zaragate, que si usted descubre el *pastel* lo hago reclutar por vago, como tres y dos son cinco." Yo lo pensé un rato y allá para mi saco me dije: —"Si no convengo en lo que este pícaro me propone, Jorge y yo somos perdidos; si accedo, me salvo, y puede que algun dia consiga darle cuenta á la niña Lucía, sin peligro alguno, de la suerte que realmente ha corrido su amante. Si le prometo una cosa y hago otra, el hombre es capaz de llevar á cabo la amenaza que me hace." Con esto me resolví y le dije que haria lo que acababa de proponerme; confieso mi pecado, pero ya ve su merced que me salí con mi dicho; al fin y al cabo ha caido Chepillo y he venido á decirle que Jorge vive.... ¡Dios consiente pero no para siempre!....

—¡Oh cielo santo! exclamó Lucía, si eso que usted dice es cierto no soy tan desdichada; al ménos tengo la esperanza de volver á ver al negro del alma mia. Infeliz de Jorge! como se cebó ese tigre feroz en él; en él que no habia cometido otro delito que amarme con todo su corazon.... Ahora que sé que vive, iré á buscarlo y á juntarme con él como

Dios manda, aunque para conseguirlo sea necesario gastar mis piernas hasta las rodillas.

—Eso es un disparate, niña, su merced no debe buscar á Jorge sino esperar á que venga, dijo el hombre arrojando la mascada de tabaco al suelo y reponiéndola con otra que sacó del forro del sombrero.

—Ah! y si no viene en un año, en dos, en diez, debo esperarlo toda la vida.

—Es verdad que el que espera desespera; pero que haria su merced con salir de su tierra, si no habria de llegar quizá en un año á la Costa, á donde lo llevaron incorporado en una fuerza, segun he sabido ha pocos dias?

—A la Costa? y usted sabe donde es ese país?

—Segun he oido decir, no porque me conste de ojos *vistas*, la Costa, es un pueblo que queda cerquitica del mar; es decir, en el cabo del mundo.

—Yo sé de muy buena boca que Jorge se ha detenido en Honda.

—De veras? con que ya sabia su merced que Jorge no habia muerto?

—Recibí anoche una carta de él, y el que me la trajo me aseguró que lo habia visto.

—Ah! y entónces para qué me ha hecho charlar?

—Para asegurarme de si la carta era ó no falsa. Usted que me habia dicho que lo habia visto cerrar los ojos, debia desatarme el enredo.

—Y se lo he desatado.... Oh! si Jorge estuviera en Honda!

—Sabe Dios si está ahí todavía; él hacia dias que estaba con el morral á la espalda, el chopo al hombro y un pié levantado.

—En marcha para dónde?

—Para la dicha Costa; que si yo supiera á punto fijo donde queda me iria á verlo y abrazarlo.

—Esperese su merced un *pite*, le dijo el tio Juancho poniéndose el índice de la mano derecha sobre las narices, en actitud meditativa.

—Debe quedar, si no me engaño, bastante abajo de Mompos, dijo despues de un momento de pausa.

—Y Mompos donde queda?

—Abajo de Honda.

—Y Honda?

—Un poco más allá de Guáduas.

—Y Guáduas?

—No me haga más preguntas que el que boca tiene á Roma llega.

—Tiene usted razon.

—Si su merced insiste en irse para la Costa, yo volveré á darle unos consejos que pueden servirle de mucho. Por lo que es hoy no platico más, que se me está haciendo tarde, y adios.

—Para dónde va usted?

—Para el pueblo. Esta mañana estuvo en casa un policía y me dijo, que el Jefe político iba á hacerle hoy un interrogatorio á Chepillo sobre sus patrañas y pillerías y quiero oir las preguntas y las respuestas.

—No deje de volver por aquí y me cuenta lo que conteste ese pícaro brujo.

—Está bien y adios que me voy.

—Adios tio Juancho.

El viejito partió.

Lucía se quedó meditando en el viaje á la Costa y despues de pensar bien el negocio se dijo: —Es más prudente esperar á que Jorge venga; él me ofrece en su carta que vendrá y cumplirá su palabra.

CAPITULO XI.

Donde Chepillo pone en claro lo incógnito de esta historia.

EL AMABLE lector tendrá la condescendencia de seguirle los pasos al tio Juancho, penetrar por donde él entre y presenciar la escena de que él va á ser espectador.

Imaginaos que estais ya parado en el umbral de la puerta de la jefetura; abanzad ahora un poco y vereis al primer magistrado del canton sentado en una silla de brazos, con una mesa delante; al reo frente por frente de él, en pié, con el sombrero en la mano y á derecha é izquierda de ámbos, un inmenso concurso.

Abrid bien los ojos y aplicad los oidos y vereis todos los movimientos y escuchareis todas las palabras.

Estad muy atento que el interrogatorio empieza.

El Jefe político le dice al reo:

—Responda usted con sinceridad y franqueza las preguntas que voy á hacerle, bien entendido que si usted no dice la verdad, lo remito á los llanos de Cabuyaro, donde todo será llegar y cemenzar á cerrar los ojos para no volver á abrirlos jamas.

—Responderé lo que es cierto dice Chepillo y si á pesar de eso usted dispone que me ahorquen, ello no me intimida; temprano ó tarde me ha de llevar la descarnada á tragar barro al cementerio, y para mí lo mismo es morir hoy que mañana.

El Jefe político se repantiga en su silla y le pregunta al reo con tono enfático.

—Es cierto que usted haya tenido entrevistas con el alma de su tataradeuda Carranza?

—No señor.

—Segun eso es falso que usted haya visto el Queso de oro de que tanto ha hablado?

—Falso es; cuanto he dicho á ese propósito ha sido inventado por mí con cierto fin.

—Si usted no ha hallado el tesoro; ¿de dónde hubo las onzas de oro y los patacones del tiempo de Felipe IV?

—Voy á decir lo que hay en el caso sin quitar ni añadir ni el negro de la uña.

Los de la barra tosen, escupen y estiran el cuello para prestar atencion y oir bien lo que Chepillo va á decir.

El mozo empieza de esta manera:

—Un domingo que se vinieron mis abuelos y los criados á misa y me dejaron á mí sólo cuidando la casa, me trepé al zarzo por entretenerme, y andando por aquí y por allí tropezé de repente con un bulto; me agaché, lo alcé y hallé que pesaba mucho. Fuíme con él á una rendija por donde penetraba un rayo de luz y allí vi que era un saco de lienzo burdo lleno de monedas, unas de oro y otras de plata. Como entre el dinero hallé un par de mancornas de cuartillos de leon que yo le habia conocido á mi abuelo, no dudé de que el depósito fuera de él; por esta razon y por la de no tener yo malas mañas ni estar necesitado de dinero, dejé el saco en el lugar donde lo encontré, sin decir nada á

nadie y sin sacar de él una sóla moneda. Despues, andando el tiempo, vino un dia el Diablo donde mí y se me metió en el cuerpo en figura de mujer y aguijoneado por él me encaramé de nuevo al zarzo y le solté la gata al talego.

—Vamos, hable usted claro. ¿Qué motivos tuvo usted para usurparse el depósito de su abuelo?

—Voy á decirlo. Hacia como siete meses que amaba yo apasionadamente á Lucía Pisca, sin que ella me correspondiera, y sucedió que una mañana del mes de Junio del año pasado, yendo de camino por cerca de su casa la encontré ordeñando una vaca; la miré, la hallé linda cómo unas flores, me dió una corazonada y sin saber cómo, ni cómo no, le propuse que se casara conmigo. Quén dijo tal, que al momento la picarona se soltó á reir como una loca, se puso á hacerme mucha burla, y acabó la fiesta por mandarme á pasear á la punta de un cuerno.—¿Por qué me desairas? le pregunté no poco avergonzado.—Porque eres pobre y no sabes trabajar, me contestó. No se lo dijo á ningun sordo ni tonto, al momento pensé en pillarme el saco de mi abuelo. Desde aquel dia me puse á cavilar en el medio de que debia valerme para sacar á luz y manejar el dinero que habia visto en el zarzo, sin poner en la hebra á mi abuelo y sin que nadie sospechara mal de mí, y de golpe me sopló el Diablo, que no pudo ser otro, el enredo que al fin me ha traido á este sitio como criminal. Esta es la verdad monda y lironda.

—Y su abuelo no ha descubierto la sustraccion del dinero?

—No, señor; ni habria tenido modo de saber si estaba donde lo ocultó, porque una enfermedad que padece le habria impedido subir al zarzo, si él lo hubiera intentado.

—Habiendo conseguido usted fama de acaudalado y con esa fama el amor de Lucía Pisca, por qué no se casó con ella como lo anhelaba?

—Porque desde que fuí rico y adulado de los grandes del pueblo ya no pensé sino en *casarme con una rica*. De Lucía no deseaba entónces sino hacerla mi querida, y abandonarla luego.

A estas palabras ruje el auditorio como un leon airado.

—Voy á hacer á usted una pregunta incitada por la curiosidad, le dice el empleado al reo. ¿No pensando ya usted en casarse con Lucía Pisca y habiendo adquirido una buena riqueza, aunque por un medio inmoral, por qué no se fué á disfrutar de ella y á buscar una novia rica á un país donde nadie lo conociese?

—Pensaba en ello, pero cuando trataba de irme, el Demonio me detenia aconsejándome que engañara á Lucía con un fingido matrimonio, á fin de arruinar su reputacion por este medio. Dí oidos á Satanas; pero como Lucía se rehusó á casarse inmediatamente, me ví precisado á esperar algun tiempo y cuando éste trascurria, mis acreedores hubieron seguramente de cogerme el güiro y comezaron á estrecharme. Acosado como estaba, me fuí á donde Lucía á convencerla de que me siguiera á Bogotá, y como se resistió á mis pretensiones, entónces la comprometí á que nos casaramos pronto; pero como no faltó un zaragate que espiara todas mis acciones, el tal despues de bien informado, ocurrió á donde usted y le dió la punta de la hebra, y usted tirando de ella á tiempo ha logrado poner en descubierto el ovillo de mis maquinaciones.

—Pérfido!.... desvergonzado!.... gritan algunos oyentes.

El empleado agita una campanilla; el auditorio hace silencio y los interlocutores continuan hablando.

—Si usted amaba á Lucía por qué se empeñaba en perderla?

—Cuando ella me despreció porque era pebre no comprendí la gravedad de la injuria y por ello no pensé entónces sino en enriquecerme para alcanzar su mano. Mas, en cuanto adquirí la fortuna que anhelaba me creí otro hombre y desde que tal me consideré, tuve á mucha afrenta el reproche de Lucía, y de aquí vino el que el amor que le tenia se me convirtiera en odio, y el odio me arrastrara á la venganza. Dominada mi alma por estos malos sentimientos, me decia á mí mismo todos los dias:—"Lucía me ha abochornado desdeñándome yo debo humillarla deshonrándola!"

—Sus fingidas privaciones tenian algun fin siniestro?

—Hice el papel de privado para librarme de las exigencias de mis acreedores, y el de moribundo para ganar tiempo y llevar á cabo mi plan de rapto.

—Pícaro farzante!.... dice una voz que se alza de entre la multitud.

—¿Qué objeto se propuso usted con hacerse el privado cuando por primera vez les aseguró á sus abuelos que habia tenido una entrevista con el alma de la marquesa?

—El de dar colorido de verdad á mi embuste.

—¿En dónde tiene usted el dinero de su abuelo y el que ha estafado con su ingenioso sistema de contratos?

—No lo tengo en ninguna parte puesto que lo he perdido al juego.

—Miente el ladron!... grita una voz que sale de la barra como el rayo de la nube.

—Chepillo se estremece por primera vez.

El magistrado vuelve á hablar.

—Le he seguido á usted un juicio breve ó sumario, dice, por el delito de vagancia; hoy á las nueve pronuncié la sentencia y en ella lo condeno al servicio de las armas por seis años; mas, si usted da cumplimiento á dos cosas ántes de 24 horas, le prometo á usted que revoco la sentencia.

—A cuales, señor?

—Primera; que me dé un fiador que responda de que usted observará en lo sucesivo una conducta irreprensible, y segunda; que pague usted lo que debe.

—Me pide usted señor, dos imposibles. ¿Quién puede fiarme hoy despues de saber mis travesuras?... ¿Ni cómo podré pagar mis deudas si el juego me ha dejado en la miseria?

—Se irá usted al ejército, le dice ásperamente el empleado.

—Esa amenaza no me acobarda, responde el mozo con insolencia, pronto ascenderé á coronel y volveré por aquí á lucir mis charreteras.

A estas palabras se oyen murmullos, rugidos é improbaciones que salen de la barra cual tempestad que se desata lanzando rayos y centellas.

El Jefe político toca la campanilla en señal de que el interrogatorio está concluido y se levanta de su asiento.

La multitud se mueve en todos sentidos disponiéndose á salir.

En esto el tio Juancho avanza al fondo del salon y grita:—Señores, espérense un instante, si es que no tienen mucha prisa, y les cuento maravillas del reo.

Las palabras del viejo son acogidas con una explosion de palmoteos y gritos de alegría. Cuando el silencio se restablece, el orador levanta su voz chillona y cuenta con su habitual pachorra los amores de Jorge y Lucía; el regreso de Ambalema de él y Jorge; la emboscada que les puso Chepillo en el Boqueron de Sopó para aprehenderlos; el motivo

por qué él habia sido puesto en libertad; la crueldad con que Jorge fué tratado por su enemigo y el ardid de que éste se valió para conducirlo al cuartel sin que fuera conocido de los paisanos que en el camino lo viesen.

El auditorio, al saber tanta felonía, se indigna contra el reo y se lanza sobre él á despedazarlo; pero no lo consigue porque cuatro carabineros que lo custodian, lo defienden valerosamente.

El tio Juancho deja que todos se calmen y se aquieten, vuelve á un lado la cara, echa entre su sombrero una mascada de tabaco que tiene en la boca y dice:

—Yo sé otra cosa que los señores que me escuchan tal vez no saben, ó tal vez sí; pero sea como fuere yo voy á predicarla, y Dios sea conmigo. Es el caso que el dinero que Chepillo le pilló á Don Lorenzo, era de la marquesa de San Isidro y del mismo que esta señora trajo de España.

—Cómo sabe usted eso? le pregunta un curioso.

—Que cómo sé eso? bah! lo sé por la tradicion. De boca en boca ha venido la noticia de que la marquesa, al morir, dejó un Queso de oro, mucho dinero y algunas alhajas preciosas, y que un hijo suyo no encontró de todo esto sino unas cuantas monedas de oro y otras de plata en un secreto de un armario donde la dicha señora guardaba su rico tesoro. Del mismo modo se sabe que el tal hijo conservó esas monedas y se las dejó á su hijo mayor de herencia, y diz que éste se las dejó á su hijo primogénito, y que así, de padres á hijos, han venido á manos de Don Lorenzo, y aunque este sujeto siempre ha negado que recibiera de su padre el depósito, ahora, con lo que su nieto ha revelado, se confirma la tradicion, y si no es como yo lo digo, que me corten una oreja.

—Que se la corten! grita un muchacho, pues yo sé que las monedas que dijo Chepillo haberse encontrado enterradas, eran de cobre unas y de estaño otras y fabricadas por él.

Los circunstantes celebran este chiste con una carcajada y echan á desfilar.

Chepillo sale en medio de su escolta abatido y triste; pero no arrepentido.

Salid vos tambien, lector querido, ya que todo lo habeis visto y escuchado, y paraos por ahí y vereis pasar al tio Juancho en via para donde Lucía á contarle cuanto vió, oyó y habló como se lo prometió á ella en la última ocasion que se vieron.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Una mala inclinacion, conduce á la perdicion.

AL DIA siguiente de aquel en que tuvo lugar el interrogatorio oficial y á la hora en que el rutilante febo abria la puerta de su balcon y salia á mirar al universo con sus ojos de fuego, Chepillo partia hácia el lugar de su condena escoltado de dos hombres. Como el preso caminaba tan despacio, cual si la senda del infortunio estuviera sembrada de abrojos y malezas, el dia iba á faltar ántes de que el reo y sus conductores hubieran hecho todo el camino, y viendo los de la escolta que la noche se les venia encima, resolvieron pernoctar en el ventorrillo de Barrancas como á eso de las seis y media de la tarde.

—Aquí debemos de hospedarnos esta noche, dijo uno de los guardias.

—Es mejor la posada del Pedregal, respondió el reo.

—Tal vez, pero ya está de noche y no llegariamos allá á buena hora.

—Es verdad, dijo el guardia que no habia hablado, quedemonos en esta venta que más vale pájaro en mano que buitre volando.

La opinion de la escolta prevaleció, y sin hablar una palabra más entraron nuestros tres hombres en la hostería y le pidieron posada á la hostelera. Esta que era una mujer atenta y afectuosa con sus huéspedes, les hizo mil agasajos á los recien llegados y acabó sus cumplimientos llamando á una criada y ordenándole que acomodase á los tres hombres en el mejor cuarto de la venta.

—No hay ninguna pieza desocupada, dijo la sirvienta; pero si los señores no son regodiones pueden conformarse con dormir en el mismo cuarto donde acaban de hospedarse dos comerciantes de Santarosa.

—En cualquier parte quedamos bien, dijo uno de los guardias, lo que importa es dormir bajo cubierta.

—Por lo que es eso, manifestó la criada, no tendrán ustedes de que quejarse; es verdad que el techo de la pieza tiene algunas estrellitas; pero á Dios gracias estámos ahora en lo mejor del verano.

—Guienos, pues, dijo á la moza el guardia que ántes habia hablado.

La mujer echó á andar y nuestros hombres tomaron detras.

—Aquí les traigo compañía, dijo la sirvienta haciendo alto en la puerta de una pieza, y dirigiéndose á dos hombres que estaban dentro de ella jugando á la baraja.

—Bueno, bueno, respondió uno de ellos sin dignarse mirar á la mujer.

Nuestros hombres entraron, y tomaron posesion de uno de los

ángulos del cuarto. Así como se acomodaron, Chepillo derramó por los ámbitos de la pieza una mirada escudriñadora y en el acto se fijó en un cargamento de ropa de batan y en sus dueños, que sobre uno de los fardos, jugaban á la caida.

—Amigos, les dijo el preso enderezando su rostro y su voz á los que jugaban, no me dirán ustedes de dónde viajan?

—De Santarosa, respondió uno de los tahures, dirigiendo la mirada á Chepillo.

—Y van?

—Para Bogotá á vender unas cargas de ropa de batan.

En este instante un pensamiento siniestro cruzó por la mente del mozo, que le pareció fácil de ejecutar.

—Ya que la fortuna ha querido, dijo, que durmamos ustedes y nosotros bajo un mismo techo esta noche y que mañana llevemos un mismo camino, fuera de desear que nos tratáramos como amigos y que en consecuencia pasáramos parte de la noche en alguna diversion.

—Bueno señor, respondió uno de los santaroseños, podemos pasar el rato jugando al naipe, si á usted le parece.

—Qué mejor pasatiempo; á mí me gusta la baraja como al gato la cuajada.

—Se conoce que los dos somos de una misma ralea.

—Conque usted tambien es aficionado?

—Como la gallina al maiz; como la garza al pescado.

Chepillo se sonrió con satisfaccion.

En seguida dijo:

—Vuelvo en esto, señores.

Y tomando á uno de sus guardias de un brazo se lanzó con él fuera del cuarto. Cuando estuvieron á veinte pasos de la puerta le dijo:

—Es necesario adueñarnos del cargamento de batan, eh?

—Piensa usted comprarlo?

—No tal.

—Intenta usted comprometer á los santaroseños á que lo pongan de parada en el juejo por partes, y quiere en tal caso que se lo ganemos con trampas?

—Nada de eso; escuche usted el medio que se me ha ocurrido.

Dijo y echó á andar alejándose siempre de la casa sin dejar del brazo al hombre. Caminando le reveló su plan con la mayor franqueza. El guardia se sorprendió segun la cara que puso y el movimiento que hizo; pero á las razones del preso, aquel fué variando de semblante hasta el punto de sonreirse y manifestar gusto con lo que Chepillo le decia. Un cuarto de hora bastó para que el reo alcanzara el triunfo, y alcanzado le dijo al guardia:

—Queda usted encargado de convencer á su compañero, he?

—Pierda usted cuidado.

Concertados en el complot regresaron á la pieza.

El guardia llamó al hombre que componia la otra mitad de la escolta, salió con él, y un momento despues volvieron á entrar.

De los dos el que habia hablado con Chepillo se acercó á éste y díjole:

—Permítame usted dos palabras.

—Qué hay?....

—El hombre es nuestro, y ejecutará puntualmente las órdenes que le dí, le dijo en el oido.

Una aurora boreal, que no un relámpago de alegria, brilló en los picarescos ojos del preso.

—Los tahures estaban tan enfrascados en el juego que no se apercibieron de lo que se tramaba contra ellos.

—Señores, preguntó el reo á los santaroseños: ¿es ya tiempo de que tomemos parte en la diversion?

—Si señor, respondió uno de los comerciantes, esperábamos que nos manifestara usted su voluntad de empezar, para levantarnos á componer los asientos.

Dijo, y se pusieron en pié los dos que jugaban. Incontinenti juntaron dos fondos y colocaron la vela (por falta de candelero) en el centro de la línea que marcaba cada bulto por el lado de su union.

—A tomar asiento, dijo en seguida uno de los dueños del cargamento.

Los cinco hombres se colocaron en torno de la improvisada mesa.

—Qué jugamos? preguntó uno de los santaroseños.

—Báciga, contestó el preso.

—Hablo del interes.

—Ah! dijo Chepillo, juguemos aguardiente.

—Bueno, respondieron los comerciantes.

—Si es aguardiente lo que se juega yo me levanto, manifestó uno de los guardias, estoy enfermo y no puedo beber.

—Es muy justo, expresó el mozo y ademas conveniente para todos; jugando entre cuatro, formamos dos compañías iguales; dos contra dos.

—Los santaroseños se miraron y se hicieron una seña de aceptacion.

Chepillo agregó, dirigiéndose á los dueños del batan.

—Por cada cuatro juegos que pierdan ustedes, ó que perdamos nosotros, nos dan ó les damos una botella de *chinpin.*

—Que nos beberemos entre los cuatro, añadió el guardia.

—No señor, repuso Chepillo, que se beberán los gananciosos únicamente.

—Así ha de ser, dijo uno de los comerciantes.

Arregladas, como queda dicho, las condiciones del juego, comenzaron á andar las cartas del naipe por todas las manos y muy en breve los labios de los tahures besaron rebosantes copas.

Los santaroseños trasladaron al estómago tantas copas del espiritnoso licor que como á eso de media noche yacian largo á largo al lado de sus fardos, sin sentir nada de lo que á su lado pasaba, y nos permitimos advertir que el preso y su escolta no dejaron cosa en su lugar cuando se dispusieron á partir. Pero ¿cómo era que los unos estaban sumidos en una beodez absoluta y los otros se hallaban en su cabal juicio? ¡Oh! eso es muy fácil de esplicarlo. Ello dependia de cierta estratagema sugerida por Chepillo: cuando éste y su compañero ganaban; el guardia que no jugaba, advertido de antemano, corria á la taberna y volvia con una botella de agua. Cuando los comerciantes eran los gananciosos se la llevaba de aguardiente, y sabido es que el que bebe agua no se embriaga y el que bebe aguardiente por botellas pierde sus cinco sentidos. Expresado el motivo por qué unos tenian los ojos cerrados y los otros abiertos, digamos el fin de la maquinacion.

Luego que Chepillo se aseguró de que los santaroseños yacian bocabajo en el tenebroso panteon de Baco, le dijo á su escolta:

—Arriba muchachos! es tiempo de obrar.... á sacar los fardos y los arreos á la orilla del camino. Yo me encargo de traer las bestias.

Los de la escolta obedecieron.

Entretanto Chepillo corrió al potrero.

Los papeles se habian cambiado; el reo con el arma del talento habia roto sus cadeñas y habiase convertido en amo de sus guardias.

Pronto volvió el mozo de donde las mulas estaban y les dijo á sus compañeros:

—He examinado la puerta del potrero y está asegurada con una cadena y un candado; pero se me ocurre un medio ya que la cerca es de vallado; síganme ustedes.

Chepillo tomó adelante y los dos hombres detras, y cuando llegó en frente de su alojamiento les mandó que desquisiaran la puerta. Ellos obedecieron, y del primer halon la sacaron de su lugar. Arrancada ésta, se la puso el mismo mozo acuestas, se fué con ella y la atravesó en el vallado para que sirviera de puente á las bestias. Incontinenti cogió éstas y, en elogio de su mansedumbre, diremos que no opusieron ninguna resistencia al impulso del ronzal que las llevó fuera del potrero por el improvisado puente, ni ménos rehusaron recibir la carga que tantos dias habian llevado sobre sus lomos adoloridos.

Cuando las mulas estuvieron cargadas, Chepillo montó en un macho de los mismos santaroseños y, haciendo de caporal, mandó á sus guardias que sirvieran de arrieros. El mundo siempre es del más audaz!

Si el Diablo en persona hubiera ido en persecusion de nuestros hombres, no habrian éstos corrido más ni mirado tantas veces atras como corrieron y miraron. Las mulas no trotaban sino que corrian á escape; y aun estamos tentados á decir que iban en volandas, pero no nos atrevemos porque tememos que el lector no quiera creer que hay mulas que vuelan. Por supuesto que yendo con la rapidez de un pájaro ó de una locomotiva, nadie puede dudar de que en pocas horas recorrieran el camino que média entre la hostería de Barrancas y *La Mesa de Juan Díaz*. Uná vez en este lugar, ofrecieron su rico cargamento á los comerciantes de él; pero como no habia *pedido* de tales efectos, no encontraron compradores, y esta circunstancia los obligó á esperar el mercado, que fué de allí á cuatro dias. Cuando vino el dia deseado, Chepillo hizo trasladar los fardos á la plaza y se tendió sobre ellos con tal confianza, cual si cada hebra de la ropa que contenian, le hubiera costado una gota de sudor desprendida de su ancha frente.

Como á eso de las doce del dia se presentó un hombre delante del vendedor y le propuso negocio á todo el cargamento. El comprador, por su porte, sus movimientos é inquietud, parecia ser uno de esos hombres que estiman en más el tiempo que el dinero, pues sin cerciorarse de la calidad de la ropa y sin regatear en el precio, se ajustó con el vendedor en brevísimo tiempo.

Perfeccionado el contrato, los fardos fueron trasportados á la casa del comprador en donde éste, segun convenio, debia satisfacer su importe. Reunidos estaban en dicha habitacion los tres ladrones á recibir *el premio de su obra*, cuando de súbito aparecieron en la puerta cuatro gendarmas armados con sendos machetes y carabinas.... Chepillo y sus cómplices habian caído en el garlito sin comprenderlo! El alcalde, ocultando su autoridad, habia hecho el papel de comprador!.... Seis horas ántes del aparente contrato este funcionario habia recibido un exhorto del Gobernador, en que le ordenaba la aprehencion de Chepillo y sus compañeros, y como hombre diestro en cazar ladrones, habia preparado la trampa donde debia cogerlos, y no bien la armó, fué él mismo á servirles de guia.

Este alcalde, en el cumplimiento de sus deberes, era una excepcion.

Aprehendidos los ladrones, depositados los fardos y las bestias, el alcalde dió cuenta al superior, del buen éxito de la órden, y en seguida le envió los reos, las mulas y las cargas.

Despues de este suceso, ¿qué suerte corrió nuestro endiablado héroe? En los siguientes capítulos lo sabrá el lector, si es que la curiosidad lo obliga á continuar la lectura de esta historia.

CAPITULO II.

Dónde se cuentan varios sucesos que nadie, hasta ahora, habia escrito; pero que, sin embargo, no serán nuevos para quien los leyere.

NO VAYAIS á creer, querido lector, que las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes, se dieron prisa á instruir el sumario en averiguacion del delito que acababa de cometer Chepillo. No, nada de eso vayais á imaginaros. Los funcionarios de instruccion gustan poco de mortificar al prójimo extraviado, á no ser que tengan con el criminal alguna cuenta pendiente, pues entónces despliegan una actividad y un celo, que los enemigos del reo elogian, y los escasos de vista aplauden. Estimulados por la venganza se energizan, toman brio como si álguien los espoleara; corren con su cola de gendarmes por todas partes; dictan órdenes apremiantes para que se aprehenda al delincuente, y una vez que éste cae en sus garras, no hay que esperar compasion; el infeliz es hundido en un calabozo, aherrojado y hasta fusilado, si hay modo de eludir la responsabilidad.

Hemos escrito este preámbulo para decir en seguida que el Gobernador de Bogotá, cuando recibió á Chepillo, se conformó con mandar ejecutar la sentencia pronunciada por el Jefe político de Guatavita (la que le habia enviado por el correo en la misma semana en que habia salido el preso para el lugar de su condena), y en consecuencia el mozo fué incorporado en la fuerza veterana. Los de la escolta corrieron una suerte peor, pues fueron sumidos en la cárcel de la ciudad, donde murieron, el uno, al año y medio y el otro, al cabo de dos años, sin que se les hubiera instruido el correspondiente proceso.

La fuerza armada que fué á aumentar Chepillo con su pobre personalidad, habitaba, en la época á que hemos llegado en esta narracion, el antiguo cuartel de San Francisco, situado, como saben todos los que conocieron en ese tiempo á Bogotá, en la acera sur de la plazuela del mismo nombre. Desde el dia en que nuestro héroe hizo parte del *cuerpo de esclavos destinado á la matanza*, quedó bajo el poder de un general que vive aún, y que, por lo que de él diremos adelante, no dejarémos deslizar su nombre por el pico de nuestra pluma. Los sucesos que vamos á referir sonrojarán necesariamente la frente de ese veterano de la Independencia á quien, si no por su valor, por otros títulos, le debemos respeto y consideracion, y esta es ya una razon que nos obliga á ocultar su nombre.

Lector malicioso, no vayais á pensar que ese respeto y esa consideracion de que hablamos, sean el sofisma del miedo que muchos, en caso igual han empleado; cuidado con creer que detiene nuestra pluma el temor de que el dia ménos pensado se presente en la puerta de nuestra casa un lacayo de parte del general con un billete de desafío escrito en

términos ultrajantes. No tal; no tememos al general; ora, porque es cobarde, ora, porque en nuestra calidad de historiadores tenemos el valor suficiente para decir cuanto sabemos, aunque por ello hubieran de venir sobre nosotros las diez plagas de Egipto. Por la verdad moririamos con placer, así como por la justicia se fué Arístides al destierro sin exhalar una queja. Son motivos de otra especie, como ya lo hemos dicho, los que nos obligan á no escribir el nombre del personaje que vamos á poner en escena, y para tranquilizar al general le juramos como cristianos perfectos, que si en nuestra patria hubiera *potro* y nos pusieran en él para arrancarnos las tres silabas de que se compone su apellido, hariamos lo que aquella célebre griega, llamada Leéna, que se trozó la lengua con los dientes y escupió con ella la cara del tirano, á fin de que los dolores del tormento en que la pusieron, no la obligaran á pronunciar los nombres que ella tenia interes en ocultar.

El general M.... (conformaos lector curioso con la inicial), cuando tuvo noticia de las travesuras de Chepillo, no pudo ménos de admirarlas y aplaudirlas como se admira y aplaude toda accion que revela ingenio y perspicacia en su autor.

Oh! exclamó, este hombre está dotado de una sagacidad y astucia maravillosas; debo apoderarme de él y aprovecharme de su inteligencia.

Apénas discurrió de este modo, hizo que le llavaran el mozo á su presencia.

Cuando estuvo delante de sus ojos díjole:

—Hombre! sé que eres un muchacho inteligente, pero que has empleado tu entendimiento en el mal; ofréceme que en lo sucesivo te conducirás honradamente y yo te prometo que serás mi paje en vez de ser mi esclavo, pues esclavo de su jefe es todo soldado.

—Señor, yo he maldecido mis errores, he llorado mis culpas!....

Y pensando que no tenia palabras con qué expresar su agradecimiento, se votó á los piés del general, se los cogió con ámbas manos y se los besó con efusion.

—Levántate, le dijo el general conmovido; no serás mi esclavo, ni serás mi paje, serás algo mejor; serás.... mi amigo.

—Yo amigo de usted? señor.... no merezco.....

—Sí, desde este instante serás mi amigo, y en prueba de ello voy á hacerte depositario de mis más íntimos secretos; voy á confiarte los más recónditos pensamientos de mi alma, porqué tengo presentimiento de que con tu intervencion conseguiré lo que hasta hoy no he alcanzado.

—Oh señor! yo soy un pobre campesino....

—Lo sé, hombre, y veo que eso, unido á tu inteligencia, es lo que te hace recomendable; la gente del campo posee una cualidad que en vano he buscado en la de la ciudad; el sigilo, y la reserva; me comprendes?

—Cómo no, señor! En cuanto á eso soy cofre sellado, como dice el Ritual. Primero me dejaria arrancar la lengua que descubrir el secreto que usted me confiase.

—Bueno, dijo el general, confío en tí, y en consecuencia escúchame lo que voy á decirte.

Chepillo oyó entónces con el mayor asombro que su amo le reveló los más interesantes secretos de su corazon, como lo hubiera hecho un penitente con su confesor.

Voto al Diablo! exclamareis vos, amado lector, y qué, secretos son esos?.... Vais á saberlos.

En la carrera de B.... calle 4.ª número 77, vivia en 1848 una elegante mujer de 34 años de edad que tenia en el barrio fama de hermosa porque se pintaba bien, y de ilustrada porque charlaba mucho. Llamábase *Petrarca Rubí*, nombre romántico, segun ella decia, y que ella misma se habia puesto en lugar del de Petrona Rubiano que era el de pila y el de su linaje. Esta señora estaba recien casada con el capitan N...., hombre de bella cara; pero de escasa inteligencia, á quien trataba con desabrimiento, porque segun contaba, se habia unido á él no por amor sino por darle gusto á su familia.

El capitan N.... orgulloso con su enlace pensó en relacionar á sus mejores amigos con su mujer para que vieran en ella un prodigio de la naturaleza, y con este fin llevó á su casa al general M.... á quien el capitan estaba ligado no sólo con los vínculos de la amistad, sino con los de la disciplina militar. El dia en que el general fué presentado á la señora y la señora al general, sintió éste hervir su sangre á la vista de tan *hechicera* dama, y no pudiendo refrenar los ímpetus de su ardiente pasion, resolvió descubrírsela á la misma que se la habia engendrado, con la esperanza de deshojar algun dia una á una las flores de la corona de azucenas que ornaba la frente de tan *bella mujer*.

El general aguijoneado por su mal deseo echó á frecuentar la casa valiéndose de una estratajema. Como el capitan N.... servia bajo las órdenes del general, éste ejercia sobre aquel un dominio tal, que le facilitaba el medio de visitar á Petrarca cuando lo tenia á bien, aunque no sin grave riesgo. Con tan poderoso rival encima, el desdichado capitan estaba siempre á la cabeza de toda comision y era un mártir en el sercio, tan solo porque tenia la desgracia de estar casado con una mujer cuya presencia hacia hervir la sangre del perverso general. Por fortuna para el capitan, la República estaba en paz, que de no, el buen hombre habria corrido la suerte de Urías....

Empleando al capitan en el servicio, siempre que era posible, lo apartaba de su casa, y con este ardid lograba el general penetrar de vez en cuando hasta el retrete de Petrarca; pero no sin el temor consiguiente á tan infame accion, de ser sorprendido y asesinado por el celoso capitan.

¿Qué necesitaba el pérfido general para visitar sin riesgo alguno á Petrarca y para andar con rapidez el camino qué habia emprendido? Necesitaba un intermediario para las citas y un espía que vigilara la calle miéntras que él jugaba con Cupido, reclinado muellemente á los piés de su querida.... Chepillo entró á llenar esta falta.

Instruido el mozo de los amores del general y del oficio que debia desempeñar, hizo conocimiento el mismo dia con la bella dama que quitaba la tranquilidad á su amo y robaba la honra del capitan. En pocos dias consiguió Chepillo ganarse la confianza y estimacion de los amantes en términos de llegar á ser el telégrafo que instantánea y constantemente comunicaba los dos apasionados corazones. Era de ver como pasaban por sus manos todos los billetes perfumados; todos los suntuosos regalos; todas las prendas de amor, en fin, que uno á otro se enviaba.

Este servicio infame despertando en el criado sus dormidas pasiones le engendró el deseo de enamorarse. Nosotros no aseguramos que haya en los hombres propension á seguir el mal ejemplo; pero lo cierto es que á Chepillo se le encajó en el coleto la más furiosa tentacion de amar, y era tan ardiente su deseo que se dió por muy dichoso en hallar correspondencia de una mujer de la cual él mismo solia decir: *Este diablo no se parece á nadie.*

Era esta una moza de Fontibon llamada Urraca que servía de ama de llaves en la casa de Petrarca y que hallándose, por casualidad, poseida de los mismos sentimientos é inclinaciones de Chepillo, le hizo á este mil agasajos desde el primer dia que lo vió en la casa de su ama. Pensamos, lector amigo, que teneis gana de conocer á la moza, y como á nosotros no nos faltan deseos de presentárosla, por cuanto á que desempeña cierto papel en esta historia (bien que sencillo y ligero como el del criado de comedia), vamos á ponerla delante de vuestros ojos tal cual salió del vientre de su madre.

Damos por sentado que habeis leido el Quijote y que conoceis á la Maritornes de Cervántes.... Pues quién no ha leido ese maravilloso libro? Suponeos que esta célebre asturiana fué hecha en un molde como las estatuas de bronce que adornan los palacios de los reyes; figuraos que nosotros nos apoderamos de ese molde y se lo llevamos á un estatuario para que le haga algunas modificaciones. Haced de cuenta que el artista por recomendacion nuestra le tuerce un poco la naríz; le forma bien los ojos; le alarga dos dedos el cuello y le hace algo de cintura bien que un palmo arriba de donde lo exige el arte. Ahora, imaginaos por un instante que de entre ese molde sale una mujer, no de bronce sino de carne y hueso, y tendreis á la querida de Chepillo con todos sus pelos y señales. Pero no, aun nos faltan unas buriladas para que quede acabada la obra. Se nos olvidaba añadir al retrato una cosa que no ha podido sacar del molde, porque el supuesto de Maritornes no la tiene, á saber: dos hileras de dientes blancos y puntiagudos, descubiertos á médias por un labio grueso y remangado en torno del cual anda una sonrisa continua.

Hé ahí, ahora sí, á la dama de nuestro héroe tal cual la forjó el Diablo y no Dios, pues no queremos hacer semejante ofensa al Sér Supremo atribuyéndole tan mala obra.

Conoceis ya á los dos amantes por fuera, ¿no es verdad? Conocedlos ahora por dentro; seguid leyendo y sabreis cual es el temple de sus pasiones.

Sabed que siempre que Chepillo se presentaba en casa de Petrarca ya fuera con un billete amoroso, con un recado ó un regalo de su amo, echaba á dar vueltas en torno del patio á fin de pasar y repasar por la puerta del cuarto de Urraca, como la mariposa al rededor de la luz, y al primer parpadeo de la señora, *ran*, se entraba con la velocidad de un pájaro, en la pieza de la criada. Una vez frente por frente de su adorada fontiboniana le hacia la corte, ó valiéndonos de la expresion del pueblo, le *arrastraba el ala y le echaba taba.*

Vamos á colocaros en la puerta del cuarto de la moza para que veais uno de esos requiebros ó retozos.

Mirad á Urraca sentada en una vieja butaca zurciendo una media y á Chepillo cerca de ella en cunclillas haciéndo más monerías que un mico. ¡Oh, qué modales!.... qué maneras!.... No le veis las manos en constante movimiento sobre el cuerpo de la criada, sin decirle un galanteo, una terneza? Atisbad como le hala las orejas, como se las muerde suavemente.... Ved como se endereza, como le escurre los dedos por las espaldas hasta la pretina y la suspende de ella; mirad que figura hace la infeliz; parece fardo colgado del garabato de una romana.

Clavad el ojo en la *moderada* Urraca y vereis como corresponde á las mil maravillas á su *adorado tormento*.... Oh!.... Oh! ... atisbad como le tapa los ojos con una puñada de tierra, y durante la ceguera le aguijonea el cuerpo con la aguja de que se sirve para zurcir.

Mirad á la brutal mujer qué pellisco tan soberano le encaja al lado izquierdo del bajo vientre. Escuchad el grito que lanza Chepillo ;—Arre demonio! dice, con pinzas de sacar muelas no es gracia que me pinches.

Observad ahora cómo en remate de esas chanzas soeces y brutales hacen hervir su sangre con un abrazo lleno de amor y un halago expresivo.... Mirad, en fin, cómo se separa Chepillo dirigiéndole miradas llenas de fuego y cómo Urraca pára los ojos, abre la boca, sáca la lengua y le hace:

—Aha!.... aha!.... aha!....

Qué os parece *echar taba?* Y esto nada tiene de extraño si se atiende á que la masa ignorante del pueblo que sirve de base á la pirámide social, está formada de la vil materia que se llama carne y carece de ese sér excelso y noble que poseen los pocos racionales que coronan la pirámide, y que se llama espíritu. Y es por eso por lo que cuando el hombre rústico ó inculto busca á la mujer, no le habla ese lenguaje divino del amor, ni siente esas dulces emociones de tan noble pasion que ensanchan el alma del racional civilizado y la hacen volar por el azulado éter.

He aquí la razon por qué nuestra rústica pareja no se ha dicho una sola palabra de amor y ha accionado mucho ; y no hay que censurar que Chepillo haya hecho tal cosa siendo inteligente, pues el talento sin cultivo es como la luz encerrada entre cristales sin pulir, que penetra por ellos, pero ofreciéndose del lado opuesto turbia y oscura.

Oh, qué demonios ! por meternos en dibujos nos hemos olvidado del asunto. Confesamos que hemos incurrido en una falta, pues bien sabemos que el historiador debe narrar sencillamente los hechos sin emitir concepto alguno. Al lector toca hacer apreciaciones ; formar juicios y sacar las deducciones que le sugiera su experiencia, su talento y su sabiduría.

Ofrecemos enmendarnos, (pero cuenta, que no lo juramos) y para que olvideis nuestro error tiramos aquí una línea, dando por concluido el presente capítulo.

CAPITULO III.

De cómo Chepillo se convierte en el capitan N.... con el fin de engañar á Petrarca y al general M....

EL GENERAL M.... no hacia visitas diurnas á la señora Petrarca, porque la luz es una enemiga terrible de los enamorados. A favor de las tinieblas y envuelto en su ancha capa enderezaba de vez en cuando sus pasos hácia ese paraíso terrenal donde pasaba horas deliciosas.

Desde que Chepillo estaba al servicio del general, visitaba este á Petrarca sin temor porque se acompañaba de aquel hasta la puerta de la casa, y allí lo dejaba de observador.

—Este es tu puesto, le habia dicho el general al criado, atisba bien y si vieres que se acerca el capitan, corre á la ventana de la sala, que es la del centro, y da en ella dos golpecitos. Vigila mucho, mira que el hombre le hace cargo á su esposa de haber puesto su amor en mí, y por eso lleva siempre consigo una llave para abrir la puerta, á fin de sorprendernos *coqueteando*.

Muchas noches habia Chepillo guardado rigurosamente su puesto ; pero como nunca habia ocurrido que el capitan se presentara á turbar el reposo de los amantes, se puso á pensar que su vigilancia era estéril ;

que su estacion en la calle era inútil y resolvió por ello dejar el sitio que se le habia confiado.

Aconteció esto una noche en que el frio exesivo de la estacion marcaba diez grados en el termómetro centígrado.

—Cáspita! exclamó el mozo de repente, temblando como un azogado, que *perustano* soy, ¿ no es buena pamplinada que miéntras que mi amo calienta su sangre en el fuego del amor, yo la deje helar en la brisa de la noche?.... Vamos! imitemos su ejemplo.

Esto dicho se deslizó como una sombra por el pié del muro, llegó á la esquina de la calle y volteó sobre la derecha; á pocos pasos se detuvo, levantó el brazo á la altura de una ventanilla, y dió en ella dos golpecitos mesurados. Un instante despues las hojas del agujero se abrieron y por entre sus carcomidos balaustres apareció la cara de una mujer.

—Quién llama? preguntó esta con voz muy queda.

—Quién puede ser, respondió Chepillo, sino tú idolatrado negrito?

—Ah!... ah! con que tú eres?

—El mismo en cuerpo y ánima.

—Qué se te ofrece?

—Que me franqueés la entrada, dijo dando diente con diente; hace un frio de perros que me quiebra los huesos.

—Abandonas tu puesto?

—Qué te importa?

—Y si por casualidad llega mi amo?

—Tendrémos jarana, y pasarémos un rato divertido.

—Diablo! dijo la criada y soltó una carcajada.

—Pero no tengas cuidado Urraca, que el general habrá mandado al capitan á pasear á la punta de un cerro.

—Bien, dijo, voy á abrir la puerta, pero allá se te las haya.

Dicho esto la voz cesó, la cara desapareció y la ventanilla se cerró.

Al cabo de tres minutos la puerta de la calle giró dulcemente sobre sus goznes, trazando en el pavimento una pequeña parte del semicírculo que ordinariamente recorria. El mozo penetró de lado, raspándose la espalda y el vientre con la jamba y la puerta. Esta volvió á cerrarse y Chepillo siguió á su querida al traves de las tinieblas. Todo fué pasar el zaguan y entrar en un ancho corredor al fin del cual voltearon sobre la derecha y se metieron en un cuarto de mezquina apariencia, como son todos los de los criados, aun en las casas de los opulentos.

Chepillo dió de mano á la puerta y saltó sobre las espaldas de su dama con la agilidad de un mico. Hecho lo cual le asió la cabeza con ámbas manos, se la retorció hácia atras y le estampó en la frente un beso ruidoso y provocativo.

—Tan atrevido! le dijo la moza.

—Qué estas diciendo? mogigata, expresó Chepillo ciñéndole la garganta con su vigorosa mano.

—Quieres soltarme? le dijo Urraca.

—No me da la gana.

—Mira que te pellisco.

—Ojalá hagas la gracia, que por fortuna te tengo cogida de buena parte.

—Por cierto que nada me cuesta.

Y diciendo y ejecutando, volvió el brazo y pinchó por el muslo á su adorado.

—Condenada! afloja los dedos, que me arrancas el pedazo, exclamó Chepillo con voz chillona.

—Suéltame tú primero y luego yo te aflojo.

—Sí, mira, le dijo, y la apretó con vehemencia procurando suspenderla del cuello en el aire.

—Malvado! aulló Urraca redoblando á la vez la fuerza de sus dedos sobre el muslo de su amante.

—Diantre! gritó el mozo.

—Conforme las dan las tomas, dijo Urraca riéndose.

—Bien, voy á dejarte en libertad; pero prométeme que tú tambien á mí me dejarás.

—Te lo juro.

Chepillo soltó á Urraca y Urraca á Chepillo, y ámbos en la mejor armonía se sentaron en una enorme caja que era el guarda-ropa de la criada.

Como se habrá notado, el mozo estaba de un humor excelente; así sin más ni más se puso á contarle á su querida, algunas de las locuras de su vida.

Urraca lo escuchaba atentamente y de vez en cuando se reia con tal estrépito, que Chepillo la codeaba para que se callara, temeroso de que la oyese la señora Petrarca.

—Dices tus gracias, expresaba la criada, y luego quieres que no me ria; era necesario ser una de piedra.... jah!... jah!... jah!... ¡Ay, por san Cachirulo! que me reviento de risa ... Diablo! qué cosas tan saladas y chistosas las que dices!

Y volvia á las andadas soltando unas carcajadas que le animaban toda la casa y le hacian estremecer todo el cuerpo, cual si fuera de gelatina.

Chepillo suspendió al fin la historia de su vida y cambió de conversacion.

—Esta es la hora, dijo, en que los dos amantes están imitando á las palomas en el modo de arrullarse y acariciarse entre sí.

—Calla, perillan!.... aquieta por Dios tu lengua, que cuando la meneas corta como el mejor cuchillo, le dijo Urraca dándole un empujon que lo obligó á descender de la caja al suelo.

Esta grosera chanza hizo estallar la risa otra vez, en la remangada boca de Urraca.

El mozo se levantó del suelo sin cólera y volvió á sentarse en la caja.

—Te contaré, dijo en seguida, que hace dias que me retoza dentro del cuerpo una tentacion.

—Cuál?

—La de contarle al capitan que mi amo le está cortejando á la mujer.

—Y para qué has de contarle eso?

—Para que haga con ella y el general lo que hizo en un caso semejante cierto marido solapado con su esposa y su rival.

—Qué hizo?

—Se burló bonitamente de su mujer, en el momento en que ésta iba á burlarse de él, y luego á ella y al galan les compuso la figura.

—De qué modo?

—Vas á saberlo, prenda mia; pero para ello es preciso que te espete todo el cuento. Era el tal un viejo militar cartagenero como de setenta años de edad, llamado Don Peregrino Varon, que en hora menguada se casó con una linda muchacha, fresca gorda, rosada, decidora y juguetona,

que contaba apénas diezioeho navidades. El viejo, el dia de su boda, se creia tan feliz, que bailaba de contento en una pata.... no sospechaba el nene los dolores de cabeza que le daria la chica. Sabido es que todo viejo que se casa con una sirena como la con quien se casó el dicho *piringo* se expone á llevar uno de estos chascos: á que la niña lo aborrezca y lo trate como á trasto inútil; á que con disimulo le haga tragar una *píldora* por heredarlo, si es rico, y si no lo es, por librarse de él para casarse con un mozo de su gusto, y finalmente á que lo ponga de *biombo*, para entregarse tras él á una vida licenciosa y disoluta. Pues bien, Don Peregrino fué destinado, por su cara consorte, á servir de biombo, y si se libró de la afrenta fué por una viveza que ejecutó á tiempo.

Dos meses hacia que era casado y ya la niña Inés, que así se llamaba la buena pieza, tenia su chichisveo. Lo gracioso del cuento es que todo el mundo era sabedor de las relaciones amorosas de la chica, ménos el viejo Peregrino, pues por desgracia el marido es siempre el último que tiene ojos para ver las flaquezas de su mujer; pero como tenia amigos que miraban por su honra y felicidad, no tardó en saber por uno de ellos la pieza que su adorada mitad queria jugarle.

Don Peregrino, al recibir tal noticia, se enfureció sobre manera; pero no vayas á pensar que fué contra su mujer, sino contra el mal amigo que tan atroz calumnia le levantaba á la recatada Inesita, pues has de saber que el viejo creia en la fidelidad de su esposa con la misma fé que creia en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable; pero muy pronto salió de su error, como vas á verlo.

La muchacha tenia costumbre de verse en la ventana con su amante todos los dias, á la hora en que su marido dormia la siesta. Una tarde que contra su costumbre se acostó Don Peregrino en un canapé de la sala, sucedió que al comenzar á dormirse lo despertó un ligero ruido producido con cautela en el bastidor de la ventana; al punto abrió los ojos y vió al travez de los cristales la mano de un hombre.

—Diablo! se dijo el viejo, aquí hay gato encerrado; debo hacerme el dormido y observar el desenlace de esta comenzada aventura.

Doña Inés que á la sazon estaba sentada en una poltrona cerca de su marido, llamó á este en voz alta dos ó tres veces á fin de saber si estaba bien dormido. Como el viejo no respondió, se dirigió ella á la ventana con paso de gato, cuidando de que él no fuera á despertarse. Don Peregrino que la seguia con los ojos entre–cerrados, no bien la vió abrir los bastidores é inclinar el cuerpo hácia la calle, puso el oido y percibió que la bribonzuela hablaba en voz queda con un hombre.

El viejo se puso pálido y tembloroso de coraje; pero supo reprimir la cólera.

—Tate! exclamó, voy á hacerme el ciego y á tenderles un lazo á estos dos bribones.... La guerra está declarada; la batalla va á empezar; veremos quien alcanza la victoria.

Al dia siguiente por la mañana salió á la calle, dió un largo paseo y volvió á donde su mujer con los más tristes lamentos.

—Inés de mi alma! le dijo, soy el hombre más desdichado!.... hoy he comenzado á perder la vista y por consiguiente mi felicidad!.... Todo lo veo al travez de una espesa niebla! Dentro de pocos dias no veré nada!

—Oh! qué desgracia!.... Pero no; confianza en Dios que eso no será grave, le contestó la chica llena de contento, fingiendo compasion; acaso estarás débil y será un vahido que te ha trastornado la vista. Voy

á prepararte, yo misma un caldito sustancioso y estoy segura que al tomártelo te pasará el desvanecimiento.

La muchacha corrió á la cocina, hizo el caldo, volvió á donde su marido y se lo hizo tomar á soplo y sorbo; pero este refrigerio no le produjo ningun efecto: la ceguera continuó.

A los ocho dias el viejo estaba en tinieblas.

Entónces le dijo á su esposa:

—Mi adorada Inés, de hoy en adelante sin ojos para ver, no seré ya tu apoyo sino una carga pesada para tí.... Tengo robustas piernas, pero no podré andar; tengo buenas fuerzas y seré más débil que un niño; tengo corazon de soldado y seré cobarde como una mujer; tengo honra y canas, que en todas partes son respetadas, y seré el ludibrio de mis semejantes!.... De hoy más, añadió suspirando, no volveré á ver la luz del dia ni tu alegre semblante!.... Oh Dios mio! no volver á ver, querida Inés tu linda cara, es cosa que me despedaza el alma!

—No te aflijas ni te acongojes tanto, que me partes el corazon, le respondió la jóven, cierto es que has perdido mucho, perdiendo la luz de tus ojos; pero yo calmaré tu dolor con mi amor y mis caricias. Yo no viviré sino para velar por tí; seré tu lazarillo, tu consuelo, tu nodriza!.... Confía en que yo seré para tí, no una esposa sino una madre tierna y cariñosa.

El marrullero viejo le dió las gracias sollozando y le rogó que le pusiera en la puerta de la sala una silla y una mesa y sobre esta un baston para que le sirviera de guia cuando quisiera pasearse en el corredor, y ademas unos cigarros y una caja de fósforos para entretenerse con la pipa cuando la soledad lo entristeciera y lo mortificara el hastío.

—En esa silla pasaré sentado largas horas del dia, le dijo, y ya que estoy condenado á no ver tu bonito talle y tu carita de serafin, al ménos te sentiré pasar por cerca de mí y esto será un consuelo en mi afliccion.

La muchacha ligera como una ardilla corrió y le puso en la puerta de la sala la silla y la mesa y encima de esta el baston, los tabacos y los fósforos.

Cuando todo estuvo listo, el solapado viejo se hizo sentar en la poltrona. Con paciencia esperó la hora de la siesta y llegada que fué, encendió su pipa y se repantigó en su asiento. Arrojando al aire estaba grandes bocanadas de humo, cuando el galan se anunció con dos golpecitos en la ventana. Don Peregrino percibió los golpes y vió al mismo tiempo que la muchacha corrió á ésta y abrió precipitadamente los bastidores.

—Ah malvados!.... exclamó para su sayo el viejo, haced vuestro gusto que yo haré despues el mio. Seguro estoy de que os cogeré en calle angosta.

—Alegría de mi corazon! le dijo la chica á su querido en voz queda para que su marido no pudiera oirla, te doy los parabienes y espero que tú me los dés á mí.

—Por qué? le preguntó el chichisveo.

—Porque el viejo de mi marido se ha vuelto ciego.

—De veras?... Me dices eso por darme un alegron.

—No, no, no es mentira. El pobre diablo está á buenas noches.... Bendito sea Dios!

—¡Ah, entónces somos felices!... Tú estás desencadenada del viejo y yo encadenado á tí por toda mi vida.

En esta sabrosa plática estaban cuando el ciego llamó á Doña Inés. La jóven enderezó sus pasos hácia el sitio donde estaba su marido y lentamente pasó por delante de él y salió al corredor.



—Qué quieres? hijo de mi alma, le dijo con zalamería.

—Dónde estabas? Inesita, le preguntó el viejo disimulando lo que sabia.

—En la cocina preparándote un refrigerio..... No te sientes con debilidad? amor mio!

—Si tal, si tal.... Ve, querida, que esté pronto eso.

—Ahora mismo debe traértelo la criada.

La muchacha volvió á la ventana pian pian.

—Entra!.... entra!.... le dijo á su amante; pero pisa con cuidado, de modo que no te sienta mi marido.

El mancebo entró por el zaguan muy pasito, y despues en puntillas por delante del viejo, aligerando el cuerpo lo más que pudo, y se sentó en un canapé junto de la moza y le echó un brazo por el cuello.

Don Peregrino los miró de soslayo é hizo un esfuerzo poderoso para reprimir la rabia que lo levantaba tan alto.

—Por vida del demonio! exclamó Urraca interrumpiendo á Chepillo, se conoce que el babas-frias no tenia sangre en las venas; yo?.... yó en el mismo caso.... Jesus!.... me habria lanzado sobre el hombre y la mujer como una loba irritada y los habria despedazado con las uñas y los dientes!

—Eres muy celosa? le preguntó el mozo.

—Quién?..... yo? Vive Dios que sí lo soy!

—Pero no estés creyendo que el viejo era un babieca; escúcha y verás la pieza que les jugó á su esposa y su competidor.

Despues de haber abrazado el mozo á la muchacha le cogió una mano y le dió en ella un sonoro beso. Al ver el viejo la caricia del galan, dió un brinco en su asiento y se lanzó fuera de él como si lo hubiera mordido una víbora. En seguida cogió la mesa y dándole média vuelta la atravesó en la puerta á fin de impedir la salida de los dos amantes.

—¿Qué sonó por ahí como el chasquido de un látigo? dijo con referencia al ruido del beso, miéntras que obstruia la puerta.

—Fué que me chupé una muela que me está doliendo, respondió la sagaz múchacha.

—Ah!.... pobrecita! exclamó el viejo con temblorosa voz, cogiendo el baston á dos manos y lanzándose con la agilidad de un niño sobre el par de pillastrones.

—Miserables! les dijo, descargándoles tan fuertes garrotazos con tal destreza y precipitacion que los zurrados no sabian como escapar los golpes.

Al llegar aquí Chepillo en su cuento, Urraca se puso á reir con una gana digna de los chistes de Quevedo.

—Bravo!... bravo!.... gritó palmoteando con entusiasmo.... cómo me gusta que el viejo se sacara el clavo!

Chepillo continuó:

—Al cabo de las cansadas, y cuando Don Peregrino se sentia fatigado de cascarles, el mancebo advirtió que podia escaparse por debajo de la mesa, y por ahí se fué tan aprisa como su estropeado cuerpo se lo permitió.

La múchacha toda desgreñada y molida se votó á los piés de su marido implorando compasion, lo cual dió lugar al siguiente diálogo:

—Por piedad, le dijo ella, no me mates.

—Cómo! que no te mate? Puede haber perdon para tan grave ofensa?

—Oh! señor! confieso que soy una malvada! y tambien una ingrata!

—Y yo un vil, bajo y despreciable si te dejo con vida.

—Te prometo que en lo sucesivo seré una esposa fiel.

—No, no quiero ser marido tuyo un dia más.

—Vas á dar el escándalo de pedir divorsio?

—No soy tan simple que buenamente suba á la picota para que el público se ria de mí. Mira, quiero transigir; no te mato, pero bajo una sola condicion.

—Cuál?.... díla; habla por Dios, que estoy pronta á hacer lo que me exijas.

—Júrame que te entrarás á un monasterio por toda tu vida.

—Lo juro por Dios Nuestro Señor.

Sin más dilacion, Don Peregrino cogió á la muchacha de una mano y la llevó á un convento de monjas de la ciudad, donde ella consiguió á fuerza de ruegos que le dieran asilo. Segun la tradicion murió en él maldiciendo la negra suerte que la habia encadenado con un viejo calvo, jorobado, ennegrecido por los años y lleno de canas, de arrugas, de caprichos y de achaques; y se asegura que el anciano acabó sus dias dando al Diablo la hora fatal en que concibió el pensamiento de casarse con una muchacha bella, fresca, vivaracha y veleidosa.

Díme ahora, qué te parece el cuento?

—Bonito, dijo Urraca, riéndose con toda su alma.

—Oh! si el capitan quisiera hacer el papel de Don Peregrino Varon.

—No lo quiera Dios. Mira Chepillo que cuidado con la lengua.

—Bien, ya que tú no quieres, no le diré nada al capitan.

—Haces lo que debes, que en boca cerrada no entra mosca.

—Mira que no eches en olvido el cuento. Quiera Dios que el conocimiento de él te sirva para que no vayas á hacer la calaverada de casarte con un viejo.

—No tengas cuidado por eso que no estoy expuesta á que tal cosa me suceda. Yo recuerdo que mi bisabuela decia que la muchacha que se casaba con un viejo, pudiendo casarse con un mozo de su clase, era porque tenia alguna falta oculta muy grande, de esas que los jóvenes no callan ni sufren con paciencia y con las cuales los viejos se conforman; y como yo, á Dios gracias, no soy mal mirada de los buenos mozos ni tengo de esas lesiones, no corro peligro de caer en las garras de ningun anciano.

Hubo un rato de silencio al cabo del cual Chepillo se puso en pié, empezó á pasearse á lo largo del cuarto con fingida gravedad y á hablar consigo mismo.

—Carruchas! exclamó el ama de llaves, no hay más que ver, es mi amo en persona.... De dónde diablos te salen tantos chistes y gracias?.... jah!.... jah!.... jah! Ay!.... siento como si fuera á rompérseme la cabeza, me hace: tu.... tu.... tum.... tum!.... Y es del esfuerzo que hago para reirme.

Chepillo continuó remedando al capitan y la moza dijo:

—Si á la hora esta estuviera mi señora prendida al ojo de la chapa, estoy segura de qué tendria celos de mí: "Estamos bien, diria; mi marido con la niña Urraca á puerta cerrada...." Y á fe que tenia razon, pibs!.... es la misma habla, el mismo jesto, el *mismito* ademan. No me queda duda de que tienes pacto con el Diablo.

—Sabes una cosa? le dijo Chepillo deteniéndose frente á Urraca de repente.

—Cuál? mi *chino*.

—Que está brincando dentro de mí el antojo de hacerles una buena vaya al caballero y la señora. Tú no quieres que el capitan les mida las costillas; pero yo he de divertirme un rato con ellos.

—Y cómo? cachirulo de mi vida.

—Nada más fácil. Ve al cuarto de tu amo y me traes una capa, una cachucha y una espada, me visto de militar y ya verás el susto que les meto.

—Y despues! exclamó la criada juntando por sus extremidades los dedos mayor y pulgar y sacudiendo el índice sobre ellos.

—Nó importa, dijo Chepillo encogiéndose de hombros, me *soplará* el general unos palos y esto será todo.

—Si tus costillas están dispuestas á recibir, mis piernas están listas para ir á traer lo que me pides.

—Zumba!.... zumba!.... le dijo el mozo, resbalando la yema del dedo pulgar sobre la del mayor produciendo un sonido de castañeta.

La moza salió precipitadamente.

Cinco minutos despues volvió con la capa, la cachucha y la espada. Chepillo se ciñó esta á la cintura de modo que le arrastrara una parte de ella; se cobijó la capa y envolviósela hasta los ojos; calóse la cachucha hasta las cejas, y le dijo á Urraca:

—He, muchacha! héme aquí convertido en capitan de infanteria; en marido de la señora Petrarca; en dueño de casa, en fin.... Vamos, toma adelante que yo te seguiré á corta distancia, y cuando llegues á la puerta de la sala díles á los muy amables palomos:—Mi amo, aquí viene mi amo, por Dios!.... En ese instante me presento, llamo á Petrarca, te llamo á tí y á las demas criadas de la casa, grito, maldigo, pateo el suelo como lo acostumbra el capitan y ya verás que carrera la de nuestros amos; ya verás como huyen cual ratones espantados por el gato.

—Diantre! dijo Urraca riéndose á boca llena.

—Calla demonio! que lo echas todo á pesder.

—Haber cómo no; tú sabrás lo que haces, dijo la moza tomando el camino que le señalaba Chepillo, no sin clavarse las uñas en el pecho para disipar la alegría que la hacia reir, con el dolor que debia hacerla llorar.

CAPITULO IV.

Donde se cuentan sucesos tan graciosos que harán famosa la presente historia fuera de la patria del autor.

LA CRIADA entró de rondon en la sala y dijo con voz sufocada.

—Ahí viene mi amo!.... ya entra....

Los amantes se miraron con espanto; se levantaron precipitadamente del asiento; se consultaron con un jesto el camino que debieran tomar y vacilaron como si creyeran que estaban perdidos.

—Urraca!.... Teresa!.... Jervacia!.... una luz, con mil demonios, que no veo por donde voy, gritó el supuesto capitan, y abanzó hácia la puerta de la sala.

Los amantes al oir aquella voz tan conocida; al percibir el rumor de los pasos y el ruido que producia la espada arrastrada sobre el pavimento, huyeron con la velocidad del relámpago. Como la sala tenia dos

alcobas, el general se metió en la de la izquierda que era la pieza más inmediata donde él podia ocultarse. Así como entró en dicha estancia derramó en torno de sí, una mirada escudriñadora, á favor de una luz que allí habia, y como no encontrara modo de escaparse de la vista del capitan, se zampó debajo de una cama y puso por delante de su cuerpo una petaca llena de botines viejos que alguna *imágen de su devocion*, le deparó.

La señora Petrarca se dirigió á la alcoba de la derecha y se escapó por una puerta que daba al corredor. Chepillo entró en la sala dándose el tono de un hombre que tiene mujer á quien gobernar y criadas á quien regañar.

—Urraca! gritó el mozo con imperiosa voz.

Como la criada no le respondió, porque estaba hablando con su ama, volvió á llamarla pasado un momento.

—Mi amo!.... contestó Urraca á este segundo llamamiento, corriendo á donde estaba Chepillo y haciendo esfuerzos supremos para no soltar la risa que le asomaba por las extremidades de la boca, por los soplados carrillos y los ojos.

—Dónde está tu señora? le preguntó el tuno.

—Desde muy temprano se fué á donde su mamá, y al irse me dijo que como su merced no vendria esta noche, se quedaba á dormir allá.

—Donde cuál mamá, la de ella ó la mia?

Urraca no pudo contener la risa; dejó reventar la jareta y se le escapó un torrente que si como fué de ruido hubiera sido de agua, se anega toda la casa.

—De qué te ries? simplona, le dijo el mozo.

—De nada, señor, contestó la criada, sin dejar de reirse.

—Vuelvo á preguntarte ¿dónde está tu señora?

—Donde la señora suegra de su merced.

—Bien estamos! dijo el truhan haciendo el papel admirablemente.

En esto se le acercó Urraca á Chepillo y le dijo al oido que sabia que el general se habia ocultado en la alcoba de la izquierda, y que bien podian divertirse á sus anchas con él, pues era verdad que su ama se habia marchado y que al partir le habia rogado que le dijera á su marido que desde muy temprano se habia ido á la casa de su madre, á pasar la noche en ella.

Interin esto le decia la criada al mozo, el infeliz general temblaba de piés á cabeza al pensar que aquella noche seria la última de su vida. Y en honor de la verdad, dirémos de paso, que el militar amaba la vida más que otro ninguno y si habia llegado al punto más encumbrado de la milicia, por cierto que no habia sido por el camino del heroismo sino por el de la adulacion y la bajeza. Es pública voz que el general M.... habia alcanzado las charreteras en la antecamara de Palacio y no en el campo de batalla, porque le habia parecido mejor pedir de rodillas con un incensario en la mano, que pelear como un leon.

Hemos dicho que el general temblaba de susto y por malos de sus pecados se le vino un estornudo que salió al aire muy finito á causa del esfuerzo que hizo para reprimirlo y contenerlo.

—Qué diablo de ruido es ese?.... Como que hay gente en la alcoba? preguntó Chepillo, imitando por puesto la voz del capitan.

El desventurado general sintió correr por todo su cuerpo el hielo de la muerte.

—No señor, contestó la criada, es el gato que estornuda por ahí.

—Con que es el gato, he? .... Ya me las pagará el atrevido; yo le haré ver que es una falta entrarse sin mi permiso á mi alcoba.... Voy á escarmentarlo para siempre, ensartándolo en la punta de mi tizona.

Esto diciendo echó á desenvainar la espada.

—Infeliz de mí! exclama para sus adentros el mísero escondido, sintiendo destilar de su frente un sudor copioso y frio; son indirectas á mí; no hay duda de que el capitan me vió entrar.... Oh! soy hombre perdido.

Pasan por la mente del general estas tristes ideas en el acto en que Chepillo se entra en la alcoba, se encorva cerca de la cama y empieza á tirar á diestro y siniestro las más furiosas estocadas. El atacado pone de trinchera la petaca, se recoge tras ella hasta volverse un ovillo, y lleno de sobresalto siente que la punta de la espada se estrella repetidas veces contra la barricada. Así encogido contiene la respiracion, como si esto fuera un preservativo contra las puñaladas.

Cuando el mozo cesa de tirar estocadas el militar respira.

Así como el general se persuadió de que no habia sido descubierto del capitan y que por tanto no se dirigian á él los tiros exclamó:

—Hase visto brutalidad igual?...... ¿á quién se le ocurre matar un gato á etocadas? El capitan está borracho, no me queda duda.

—Urraca! dijo la voz del capitan saliendo de la boca de Chepillo.

—Mi amo! respondió la socarrona fingiendo seriedad.

—¿Dónde están mis pistolas? preguntó desciñéndose la espada.

—En la alacena del aposento de la derecha, señor.

—Sácalas.

La criada se dirigió á la alacena y Chepillo le siguió los pasos, que no fueron perdidos, puesto que descubrió un barrilito de pólvora de lo más á propósito para una broma de marca mayor.

El mozo cogió en una mano el polvorin y en la otra las pistolas, y al volver á la sala le dijo á Urraca:

—Alon! es hora de ir á dormir.

La moza salió de la sala; pero se entró en la alcoba por donde Petrarca se habia escapado.

Chepillo cerró ambas puertas y dió dos vueltas á la llave de cada una.

—Maldicion!.... aulló en este instante con vigorosa voz, dándose una palmada en la frente. Un momento despues agregó:

—El Demonio me conduciria á esa infernal casa de juego.... Ah! verme de un instante á otro sumido en el fango de la miseria, sin pan y sin hogar...... Oh! esto es horroroso!....

Dijo y dejó caer su cabeza, cual si estuviera abatida, entre sus manos, cual si estuvieran temblorosas.

Hola!...... pensó el general notando que le volvia el alma al cuerpo, cual debió de sentir Lázaro que le volvia la vida; eso tenemos? hé! ¿Con que en lugar de cumplir la larga y embarazosa comision que le encargué, se ha puesto á jugar y ha perdido?.... razon hay para que haya llegado hecho un tigre.

Chepillo salió de su fingido éxtasis, arrojando una maldicion y descargando sobre una mesa un terrible golpe, que hizo estremecer al general como la hoja de un árbol sacudida por el céfiro.

—No es posible sobrevivir á tamaña desgracia, dijo el tuno; pero por fortuna no me falta valor para quitarme la vida.

Y aparentando la mayor frialdad en la sangre, se puso á cargar con pólvora y sin bala una de las pistolas.

—Diablo! decia el general, allá para su saco en el interin que esto pasaba, si irá á suicidarse este bruto!...... No faltaba más para mi completa ruina...... Dios mio!...... si tal hace, dirán mañana que yo soy el asesino, y en seguida me fusilarán!.... Oh! que trance tan desesperado!...... si salgo de aquí, me mata este furioso; si me quedo me atribuyen su muerte y me ajustician en la plaza mayor.

Luego, iluminado por una idea salvadora se llenó de alegría y dijo para sí:

—Ah!.... puedo favorecerme; nadie sabe que estoy aquí, á no ser, Petrarca, y á ella le conviene callar; Urraca y las demas criadas deben de estar durmiendo; no hay más que hacer, dijo, sino que así como se levante el capitan la tapa de los sesos, abro la puerta y me salgo de la casa por cualquier parte.

Luego que Chepillo tuvo cargada la pistola expresó:

—Ante todo es necesario probar la fuerza de la pólvora, pues si dá la desgracia de que me hiera y no me mate, quedó en peor situacion. Pero, ¿dónde ensayo?...... Si dirijo la bala sobre la pared, mañana, cuando descubran la señal, dirán que me hice dos tiros y que en el primero me tembló el pulso, puesto que dejé extraviar la bala, y no es bueno dejar sentada la fama de cobarde.

En seguida, como si reflexionara un momento, exclamó:

—Ah!...... sí, sí, ningun *blanco* mejor..... levantaré el colcochon y ensayaré sobre la tabla de la cuja.

El general, al oir semejante pensamiento, se estremeció de miedo é instintivamente llevó la mano á la tabla que se extendia sobre su cuerpo, como para cerciorarse de su espesor y resistencia.

Pecador de mí! exclamó de dientes para adentro, si este loco hace lo que dice, me asesina infaliblemente.

El espanto que se apoderó del infeliz fué tan grande, que sintió que se le erizaban los cabellos y se le movian como si fueran serpientes. Sus ojos desmesuradamente abiertos expresaban la angustia de su alma, y sus mandíbulas y rodillas temblorosas indicaban su excesiva cobardía.

Chepillo alzó el colchon como lo habia dicho y brincó encima de la cuja. El general quiso hablar para entregarse, pero su laringe entorpecida por el miedo, no pudo articular ningun acento. La víctima, al sentir sobre sí al verdugo que se disponia á quitarle la vida, se recogió en forma de ovillo, como último recurso, en el centro del circúito que ocupaba la cuja y se cubrió la cabeza con ambos brazos.

Chepillo, que comprendió por los movimientos de su amo que éste se habia recogido en el centro, dijo amartillando el arma:

—Descargaré la pistola en la mitad de la cuja.

El general, al oir tales palabras y el traquido de la amartilladura, cerró los ojos y apretó los dientes. El criado se detuvo un momento gozándose y compladiéndose con la angustia que se imaginaba tendria su amo, y luego disparó el arma.

La detonacion de la pistola fué á encontrar eco en el abatido corazon del militar, quien recogió el aliento á fin de notar si le faltaba y cerciorarse de si estaba ó no herido en mala parte.

—Perfectamente, dijo Chepillo, saltando de la cama al suelo, la pólvora es excelente.

—Ah!, se me olvidaba una precaucion, expresó casi en seguida, como si el Diablo le apuntara lo que pasaba en el alma del general...... He sido un torpe.... ¿No ha podido presentarse Petrarca ó cualquiera

otra persona y obligarme á abrir la puerta y desbaratar así mi proyecto? Pues para que tál cosa no suceda, para que nadie pueda importunarme á deshora, no tengo que hacer sino es quitar las llaves y arrojarlas á la calle por la ventana.

Dicho esto, arrancó la llave de cada cerradura, abrió la ventana y fingió que las arrojaba á la calle.

Una densa nube oscureció la frente del militar al oir lo que dijo el supuesto capitan y al percibir el ruido que hizo cada llave al desprenderse de la chapa.

—He escapado milagrosamente de ser asesinado, se dijo el infeliz sin abrir los labios; pero no me libraré de ser fusilado en la plaza de Bolívar.

Chepillo se puso á cargar la pistola que habia disparado, y de súbito la arrojó léjos de sí y dijo:

—No, no debo suicidarme simplimente.... Mañana vendrian los tramposos que esta noche me ganaron toda mi fortuna, ó mejor que me la robaron, y echarian de esta casa, para entrar en posesion de ella, á mi querida esposa, á mi idolatrada Petrarca.... Yo les impediré llevar á cabo su crimen..... Yo haré que esos monstruos no se aprovechen del fruto de mi trabajo!....

Dijo y se lanzó al aposento de la derecha donde se estuvo un rato conversando con Urraca, quien se tapaba la boca para no reirse. En seguida sacó de la alacena el barril de pólvora de que hemos hablado, é hizo que la moza le diera unas hebras de hilo.

Intertanto el general se devanaba los sesos pensando en lo que el marido de su querida iria á hacer; pero su inteligencia comprimida por el miedo, nada le iluminó.

—Tantas retinencias para suicidarse, me hacen creer que le tiene miedo á la muerte, se dijo.

Este raciocinio lo llenó de consuelo.

Al cabo de un momento volvió Chepillo con el barrilito, entró en la alcoba donde estaba el general y lo colocó junto de la petaca, de que hemos hecho mencion.

El general vió el barril y se extremeció, pues se imaginó de qué era.

—Esta es una idea grande, dijo el mozo, voy á morir como Ricaurte en *San Mateo*, destruyendo todo cuanto pueda llevarse mi enemigo y dejando mi nombre gravado en el corazon de los valientes.

—Dios de Israel! exclamó el general, en el colmo de la desesperacion.... Si ántes me salvó la Providencia Divina del balazo, ahora no me salvará de la explosion aunque es infinito su poder; debo considerarme como un hombre próximo á morir.... Oh! maldita sea la hora en que el Demonio me condujo á esta casa!

Cuando estas palabras pronunciaba allá para sus adentros, sentia el atribulado, como que se le salia el alma lentamente por todos los poros; pero no era sino que de piés á cabeza le brotaba un sudor glacial que le arrancaba el miedo.

En tal conflicto le pidió á Dios de todo corazon que le perdonara sus pecados; que le borrara sobre todo de la memoria, en aquella hora suprema, el nombre de Petrarca, que tanto tormento le causaba y que le abriera á su alma las puertas de la bienaventuranza.

—Oh Dios mio! decia el desdichado general, yo he sido malo para con vos, lo confieso; pero me he conducido bastante bien con mi prójimo, pues no me acusa mi conciencia haber disparado un arma contra

nadie, ni manchado mi espada con la sangre de uno solo de mis semejantes.... Oh! señor, recibid la agonía de mi muerte como la expiacion de mis culpas!....

Miéntras que el general hacia estas sentidas plegarias, Chepillo fabricaba de las hebras de hilo que le habia dado Urraca y de la pólvora del polvorin, una gruesa y larga mecha. Concluida, la aseguró de una punta al barril y dijo:

—Vamos!.... valor! se acerca el momento de volar á las altas regiones del cielo, y de bajar al infierno á darle un abrazo á Lucifer.

Estas palabras cayeron, cual gotas de nieve derretida, sobre el corazon del militar.

Chepillo se aproximó á la vela, encendió un cigarro, prendió fuego con él á la mecha y se acostó en la cama á fumar con la mayor tranquilidad.

Oh! qué tormento para el afligido general! El infeliz sentia destilar su vida gota á gota, como debió acontecerles á los mártires de la inquisicion. Si su cuerpo hubiera estado tendido en una cama erizada de agudas puntas de hierro, y si al mismo timpo los punzantes colmillos de un mastin le hubiran estado mascando las entrañas, no habria experimentado tan crueles dolores como los que lo atormentaban en aquella hora suprema. Su pensamiento fijo en la explosion que debia estallar de un momento á otro y hacerlo volar en alas de la llama á las encumbradas regiones del firmamento, le torturaba el alma. Cada chisporroteo de la mecha le erizaba los cabellos y le helaba la sangre. Su agonía era lenta y cruel como la del malhechor á quien sus maldades llevan á la horca, que con el corazon oprimido, siente que se templa la cuerda que lo suspende, sin que se reviente ni lo extrangule y que en el delirio producido por el vértigo de la muerte, vislumbra sobre su cabeza al juez que ha de juzgarlo, armado de la espada de la justicia, y debajo de sus piés el infierno con todos sus horrores.

Impulsado al fin el general por la angustia que lo torturaba é incitado por el instinto de la conservacion, resolvió extender el brazo hácia el barril y apagar el fuego que lo amenazaba de muerte; pero no tuvo fuerzas para ejecutar semejante accion; el hombre estaba moribundo, agonizante; cualquiera que lo hubiera visto habria dicho que iba á espirar.

De súbito chisporroteó la mecha y se apagó. Su último reflejo iluminó la frente del general con dos rayos: uno de luz y otro de esperanza.

Chepillo imitando siempre la voz del capitan, dió un rugido como de rabia y se lanzó fuera de la cama exclamando:

—Dios no quiere que me suicide; pero el Demonio arma mi brazo contra mi existencia; veremos quien tiene más poder....

Despues de un momento añadió:

—Con una mecha de algodon se abreviará mi término.... Pero en dónde hallarlo para hacerla?

—Ah! sí, si, Urraca tiene algodon, ella me dará el que necesite. Voy á su cuarto.

—Bendito seais Dios mio! que por segunda vez me habeis salvado, dijo el general.... Ahora no me quedaré aquí un minuto más; me saldré tras el capitan, suceda lo que suceda.

Chepillo se aproximó á la puerta y rugió como un leon.

—Voto al Diablo! dijo, con qué llave he de abrir si la de esta puerta la arrojé á la calle, y tambien la de la que da salida por la alcoba?

El paje fingió entónces arrancarse los cabellos como se los arranca de veras en un lance crítico el que ha perdido toda esperanza.

—Qué haré? dijo dándo una patada en el pavimento..... Ah! no hay sino morir sabiendo el momento. Debo prender directamente la pólvora con el cigarro, y..... adios!.....

Al oir el general estas palabras vió delante de sí á la imágen de la muerte amenazadora y sombría, como á la luz de un relámpago la ve el viajero que camina á oscuras por entre precipicios, ó sea por uno de los caminos de Colombia en una noche sin luna.

—Pero no, volvió y dijo el mozo, sufriré ménos ignorando el instante en que alce el vuelo; es preferible la mecha de algodon y para salir no tengo que hacer otra cosa sino es romper el pasador de la chapa.

Y haciendo el ademan de despedazar la cerradura, introdujo la llave, abrió y salió.

Una vez afuera, dió tiempo y lugar al general, para que se escapara, pues si este suspiraba por su libertad, Chepillo tambien deseaba dejar la broma.

El hombre salió á gatas, de debajo de la cama más pálido que un difunto. Dos veces trató de pararse y otras tantas tambaleó y cayó. Por fin apoyándose en la pared, se levantó y salió mirando á todos lados, con ojos espantados como los del ladron al huir del sito de su crímen.

Chepillo que lo acechaba gritó al verlo pasar:

—Ladrones!..... ladrones!..... aquí hay un hombre! Urraca una vela!.... Pronto, pronto mis pistolas!.....

El general aterrado con lo que le habia pasado y con lo que le estaba pasando se metió en la cocina y se ocultó en la chimenea.

A los gritos de Chepillo, salió la moza con una luz y una pistola creyendo que efectivamente habia ladrones en la casa.

El endiablado perseguidor del general le quitó la luz á Urraca de la mano y se puso á buscar á su amo por todas partes, ménos en la cocina que era donde lo habia visto entrar.

El infeliz, trepado como runcho por dentro de la chimenea, tuvo allí otro siglo de martirio.

Cansado por fin el mozo de representar al capitan, le dijo á la criada:

—Bueno será concluir aquí la diversion no vaya el Diablo á cambiarnos los papeles. Vamos Urraca á poner todo en su lugar que no quede señal de la broma.

Los dos amantes se entraron en la sala y arreglaron cuanto habian desordenado. Cuando cayó el telon, los dos criados se pusieron á reir á todas sus anchas al recordar cada uno de los incidentes de tan pesada burla.

Como era ya muy avanzada la noche, Chepillo se despidió y salió. Urraca haciéndose de la vista gorda con el bulto que se habia metido en la chimenea, se entró en su cuarto y se acostó á dormir.

Pasadas dos horas oyó la moza que golpeaban suavemente en la puerta de su estancia.

—Quién llama? preguntó Urraca.

—Yo, respondió una voz apénas perceptible.

—Quién es yo?

—Tu amo general, contestó la voz, abre la puerta Urraquita por vida tuya.

La moza hizo un esfuerzo supremo para ponerse bien séria, y luego se levantó y abrió.

—Qué es esto? le dijo la criada al verlo. ¿Dónde estaba escondido?.... yo creia que se habia marchado.

El general á fin de evadir la respuesta, interrogó á la moza.

—Qué via tomó el capitan? volvió á su dormitorio y se acostó? le preguntó.

—Qué se yo, contestó la criada encogiéndose de hombros.

—Cómo! no oiste los gritos?

—Los gritos de quién, ¿de mi amo?

—Sí, él te llamó y yo creí que habias salido.

—No señor; poco despues de haber entrado mi amo me metí en mi cama; pronto me dormí y hasta ahora me despierto.

El general reflexionó un minuto sobre si debia contarle á la criada que el capitan intentaba suicidarse, y pareciéndole mejor callar, le dijo:

—Ven y ábreme la puerta de la calle que quiero irme, y ten presente que á esta hora en que salgo no ha ocurrido en la casa ninguna desgracia.

—Por qué me dice su merced eso?

—Mañana lo sabrás.

—Bueno, dijo Urraca con bellaquería, mañana lo sabré.

Y compadecida del buen hombre tomó una luz en una mano y en la otra la llave de la puerta. Dirigióse así al zaguan seguida del general; abrió, y el papamoscas pasó el umbral dando infinitas gracias á Dios de haber salido con vida del inminente peligro en que él creía que se habia visto, por obedecer los ímpetus de su ardiente pasion.

CAPITULO V.

Que trata del artificio que empleó Chepillo para hacer que Lucía cayera en sus garras, lo cual es digno de que se escriba y se lea.

A LAS siete de la mañana del dia que sucedió á la noche en que tuvieron lugar los acontecimientos que quedan referidos, estaba Chepillo, cargado de brazos en el balcon interior del cuartel pensando en la facilidad que tenia de imitar, como el más pintado farsante, la voz, los visajes y ademanes de sus semejantes, y así se decia:

—¡Qué tan bien remedaré, que anoche cuando me puse á imitar la voz del capitan he logrado persuadir á la misma esposa de él y al señor general de que era aquel en persona?.... Cascaras! no podria, remedando á Jorge Gavilan, engañar á Lucía, de modo que ella creyese que era su propio amante?.... Posible es que por medio de este artificio consiga vengarme de la desdeñosa mujer. ¿Qué cosa más fácil que presentármele una noche bien oscura imitando á mi rival en el habla, en la risa y en los movimientos, con tal propiedad que Lucía no dude de que es él, y fascinada hacerla caer en el lazo que le tienda?.... A la hora en que el señor general se levante le pido permiso para ir á Gustavita y si me lo da me voy corriendo á poner en ejecucion el ardid que he ideado, á ver que resultado da.

Esto maquinaba contra la virtuosa pastora el perverso mozo en el momento en que el general abrió la puerta de su estancia y lo llamó imperiosamente.

Chepillo se presentó en la puerta del cuarto con el sombrero en la mano, en señal de respeto.

El general le dijo:

—Holgazan de los demonios! díme por qué motivo abandonaste anoche el puesto que estabas encargado de vigilar?

—Señor, yo no me he separado de él, respondió Chepillo, ahí estuve plantado al pié de la ventana hasta media noche, y como observé que era muy tarde, me vine á dormir juzgando que usted habia salido sin que yo lo viera.

—Si eso es así, cómo ha entrado el capitan en la casa sin que te apercibieras de ello?

—Cómo! entró el señor capitan anoche?

—No sabes?

—No señor, respondió el paje, negando con la palabra y con la cabeza.

—Iba habiendo las del Diablo, hombre; si no me paro en mis cacillas me mete en un cacho el valenton.

—Segun eso, usted se le encaró al capitan?

—Que si me le encaré?.... Bah! una cosa parecida. Me metí en la alcoba y le dí á entender con cierta tosecilla de burla que yo estaba ahí dispuesto á mandarlo á pasear al otro mundo si se metia conmigo y el hombre se hizo el desentendido.

—Se conoce que es un cobarde el capitan.

—No tal; era que él sabia que daba con su maestro de esgrima; y tan cierto es esto que habiéndo entrado furioso y con deseos de matarme, no se atrevió acometerme.

—Pues ignoraba que el señor capitan hubiera entrado....

—Pero hombre de Dios! ¿cómo dejaste penetrar al abejon en su colmena sin prevenir de ello al zángano que se ocupaba en chuparle la miel?

—Le aseguro á usted que el señor capitan no entró por la puerta principal; yo creo que él se sampó en la casa por otra parte.

Esta razon convenció al general.

—Es posible, expresó.

Chepillo se felicitó interiormente y díjose:

—Vaya, que todavía se encuentra uno que otro en este valle de lágrimas á quien se puede comulgar con ruedas de molino.

El general despidió al mozo, y al volver aquel la espalda este le dijo:

—Senor general, si yo no le hiciera tanta falta á usted en estos dias, podia darme licencia para ir á mi tierra á ver á mi abuelo que he sabido que está agonizando.

El general le respondió:

—¿Si te vas y no vuelves?

—Eso no haré yo, señor. Si tres dias despues de haberme ido, no estoy aquí, puede usted mandar que me aprendan como desertor.

—Si te ocultas?

—Qué ganaria con estar escondido toda la vida? Yo bien se que si voy á Guatavita y me presento en público, al momento me cogen y me remiten para acá, aunque nadie me reclame. Si ahora llegase á ir, con el permiso de usted, tendria buen cuidado de no poner la cara en el pueblo, pues al columbrarme alguno de mis enemigos, pobresito de mí.

—Eso puede ser; pero si te marchas á otro distrito donde nadie te conozca?

—Si tuviera intencion de irme y no volver, no necesitaria para ello de licencia de usted. ¿No puédo huirme á la hora que quiera? Pero para qué iria yo á buscar trabajos yendome tan bien al lado de usted? Quién otro me trataria como á hijo mimado y consentido?

—Tienes razon Chepillo. Véte á Guatavita á ver á tu abuelo que ni temo que te quedes, ni ahora me haces falta, pues donde Petrarca no pienso volver tan pronto.

—¡Cómo le agradezco el permiso, señor general!

—¿Qué dia quieres irte?

—Si á usted le parece me voy mañana que es domingo, dia en que siempre me da licencia de ir á pasear.

—Véte; pero dentro de tres dias estás aquí.

—A más tardar, señor.

El mozo se alejó de su amo diciendo para su sayo:

—Si la picardía que intento, me sale bien, me vuelve á ver el general como ahora llover pepinos.

El dia lo pasó el mozo ensayando la voz, los movimientos y modales de Jorge Gavilan. Por la noche se puso á discurrir en los riesgos que corria su vida al llevar á cima su proyecto, y para cualquier evento desfavorable, determinó armarse, y con efecto le sacó á su amo furtivamente de un baúl, un hermoso puñal con vaina de plata, que en él tenia.

Preparado para el viaje, se acostó temprano para madrugar á *oir misa* y marcharse. Luego que amaneció el dia, Chepillo se endilgó á un templo, se *encomendó á Dios*, como si fuera á ejecutar una buena obra, y se puso en camino. Al anochecer llegó á una cabaña de indios distante como un cuarto de legua de la casa de Lucía, y en ella halló casualmente á un muchacho, á quien comprometió que fuera á donde la pastora y le dijera secretamente que Jorge Gavilan le enviaba á decir que esa noche, de las nueve á las diez, la esperaba en la quebrada de Piedras-blancas (donde estaba oculto), para hablar con ella.

Una hora despues de haber partido el muchacho, volvió donde Chepillo con la respuesta de Lucía, la cual le enviaba á decir á quien la buscaba: que si verdaderamente era Jorge Gavilan la persona que deseaba verla, que fuera á la casa donde ella vivia; que como estaba sola, porque sus padres se habian ido á oir misa y á hacer mercado al pueblo y se habian quedado en él, y Liberato estaba ya durmiendo en el rancho del corral de las ovejas, no podia ir á la quebrada de Piedras-blancas porque la casa quedaba expuesta á que se la robaran los rateros que por allí habia, pues se le habia perdido el candado de la puerta de la sala y no tenia cómo asegurarla.

Al oir Chepillo este recado se llenó de contento y se fué para la casa de Lucía seguro de obtener el triunfo.

Cuando iba llegando se dijo:

La noche no puede estar mejor para la zancadilla.... ¡Voto á cribas, con la oscuridad!.... No se ven ni las manos.

Al entrar en el patio gritó, imitando la voz de su rival:

—Lucía!.... Lucía!.... ven á mis brazos que Dios ha querido concederme la vida para volver á verte y estrecharte contra mi corazon.

La zagala, que á la sazon estaba en la cocina haciendo su cena, salió presurosa al encuentro de su amante voceando:

—Jorge!.... Jorge!.... con que éres tú de véras?

Y lo abrazó con toda la efusion de su alma.

—Vamos para adentro, le dijo cogiéndole una mano, vamos y te sientas y tomas algun alimento, que vendrás cansado y muerto de hambre.

—Cansado vengo, pero con hambre no, pues á Dios gracias no me ha faltado qué comer en el camino, le respondió, andando hácia la sala.

No bien entraron, se sentaron juntos en la caja desgonzada, y la pastora le dijo al que ella creia ser su amante. 13

—Cuando llegó el muchacho con el recado que me mandaste, me imaginé que fuera algun chasco que quisiera darme algun tunante. Yo me dije entónces:—Si es Jorge el que está en la quebrada de Piedras-blancas con deseos de verme, ¿por qué no viene derecho á mi casa? ¿qué motivo puede tener para ocultar el bulto? El debe saber que á la hora en que se presente lo recibimos mi padre, mi madre y yo con los brazos abiertos.

—No queria venir á tu casa, querida mia, le respondió el contrahecho Jorge, porque he temido que me aprehendan, pues hace más de veinte dias que me deserté en Honda, y es posible que la requisitoria haya llegado á Guatavita, y como en tal caso aquí seria donde primero vendria el Alcalde á buscarme, no debia exponer mi libertad.

—Tienes razon, Jorge; pero no temas que el Alcalde venga á rondar ahora; es domingo en la noche y estará con sus cuatro granos en el testus.

—Si la requisitoria le ha llegado, seguro es que ha determinado hacer la ronda esta noche, porque la oscuridad es tal, que convida para la operacion.

—¿Como que dijiste que hace veinte dias que te desertaste en Honda?

—Sí, señora, y qué?

—Que segun eso la tropa se ha detenido muchos meses en ese pueblo.

—Y se detendrá hasta que llegue el reemplazo de los soldados muertos, que son muchos. ¿No recibiste una carta mia en donde te contaba que la fiebre amarilla estaba haciendo estragos en la tropa?

—Si la recibí, y no sé cómo no me volví loca de contento al saber que vivias, pues hacia meses que te tenia por muerto.

—Por muerto!.... Ah! sí, ahora recuerdo que un paisano me dijo en Honda que Chepillo habia esparcido la patraña que yo habia fallecido, con la esperanza de ocupar en tu corazon el lugar que yo ocupaba en él.

—Pero nada consiguió de mí.

—Con que nada, hé?

—Nada, nada, dijo Lucía conturbada.

Y para eludir tan desagradable conversacion, exclamó:

—Válgame! estoy hecha una maula; platica y más platica á oscuras como si no hubiera un mecho que encender. Espérame un minuto miéntras que voy á traer una vela.

—No, Lucía, no hagas tal. ¿No piensas que es fácil que álguien llegue sin que lo sintamos, y que al haber luz nos vea sin que lo veamos? Y si semejante, cosa sucede ¿no crees que en ménos de hora y média estaria el denuncio en el pueblo, y poco despues el Alcalde aquí por mí?.

—Lo creo, Jorge, todo puede suceder. Queria verte la cara, pero ya que eso no es posible me contentaré con oir tu voz que tan dulce es para mis oidos porque me llega al corazon. Cuéntame, Jorge de mi alma, todos los trabajos que has pasado desde que ese malvado de Chepillo (que Dios eche á los infiernos) te aprehendió y te llevó amarrado al cuartel, y despues te cuento yo mis penas.

—No, prenda mia, no te refiero ahora mis fatigas y dolores, porque quiero ausentarme pronto, pues temo, como te he dicho, que el Alcalde venga aprehenderme esta noche. Por tanto no desperdiciemos el tiem-

po... Lucía, si tú me amas con todo el corazon, como me amabas ántes de que Chepillo me cogiera para soldado; si tú te sientes agradecida de mi cariño y constancia; si tú estás dispuesta hacer por mí algun sacrificio en pago de los muchos que yo hè hecho por tí, espero que no me negarás lo que voy á pedirte.

—No siendo cosa que vaya en contra de mi honra, cuenta con que no te niego lo que de mí solicites.

—No Lucía, ni te lo imagines. Escúchame. Tú debes saber que todos mis deseos se reducen hoy á casarme contigo; pero que no podré conseguir esto aquí en mi tierra porque no soy hombre libre sino esclavo del Gobierno, y què por ello al momento que el Alcaldé me viera me pondria un lazo al cuello y me remitiria al cuartel. Segun esto, no podremos unirnos en matrimonio sino en un pueblo donde nadie me conozca. Así, Lucía, si quieres darme tu mano y recibir la mia, huyamos á ser felices léjos del lugar donde hemos nacido.

—No, Jorge, eso no haré yo por nada del mundo. Si tú me amas de véras no me pidas un sacrificio con el cual me dejas sin honor. La mujer que se marcha con su amante pierde su reputacion, y aunque despues se case con él, esto no le quita la deshonra, así como al ladron no le quita la mancha que el delito ha impreso en él, el que el ofendido lo perdone y se haga de la vista gorda con la alhaja que el tal le haya robado.

—Yéndote conmigo á un pueblo donde nadie te conozca ¿qué pierdes? Si volvieras á vivir aquí donde están tus amigos y conocidos, claro es que todos te señalarian con el dedo. El desconocido es honrado en todas partes si se conduce bien; así, no temas nada, Lucía, por tu reputacion, pues léjos de tu tierra vivirás con honra. Si no resuelves partir, será para mí señal de que ya no me amas; de que en nada estimas mi fidelidad y constancia; será una prueba de que la cadena que arrastro desde que fuí llevado al cuartel, á tí no te ha oprimido el alma como me ha oprimido la mia, y cuenta què tú debieras haber sentido más que yo la presion de ella, por cuanto á que Chepillo me la puso en castigo del amor que á tí te he tenido.

—Jorge, yo te amo con todo mi corazon; yo no he pensado nunca en otro hombre sino en tí; tus desgracias las he sentido en la mitad de mi alma, y puedo jurar que média vida me han quitado. Tú eres el único dueño de mi amor, de mi libertad, de mi dicha; todo cuanto tengo es tuyo, de todo puedes disponer, ménos de mi honra y del cariño que les tengo á mis padres, pues miéntras á ellos les falte lo necesario nos los abandonaré por ninguna cosa del mundo.

—Marchándote conmigo puede mortificarte algo *el qué dirán*, pero no la suerte de tus padres, pues yo te ofrezco que apénas nos hayamos casado y establecido en el pueblo que escojamos para vivir, les escribo una carta contándoles el motivo por qué te saqué de tu casa ocultamente, y rogándoles que te perdonen y se vayan á vivir á nuestro lado. ¿Y no crees tú que se pondrian en camino al instante para ir á bendecir nuestro matrimo y para acabar los dias que les quedasen de vida, viendo dichosos y contentos á su hija y á su yerno?

—No me resuelvo á partir; no tengo alma para irme y dejar sin apoyo á esos infelices ancianos; ellos se moririan de hambre y de pesar en pocos dias.

—Adios, pues, ingrata, le dice el fingido Jorge levantándose de su asiento, me voy léjos de tí, mujer desalmada, me voy y nunca jamas

volverás á verme. Quiera Dios que el mal que ahora me haces no quede sin castigo; ojalá que tu vida sea de hoy en adelante un remordimiento continuo.

—No te marches, Jorge; no te alejes de mí, que tanto te amo; quédate que yo te escondo donde nadie pueda encontrarte y cuando venga el dia me voy al pueblo á consultar á mis padres lo que me propones, y si ellos consienten en que te siga á donde determines ir, me voy contigo al cabo del mundo, si tú quieres.

—No, Lucía, no me espero á mañana. Preciso es que resuelvas ahora mismo, ó irte conmigo ó quedarte sin mí.

Me pides un imposible, Jorge; un imposible que me hace perder el juicio! dijo la zagala con los ojos preñados de lágrimas. Dejarte ir solo y no volver á verte jamás, es una idea que me despedaza el corazon; irme contigo y dejar á mis padres en la situacion en que están, es un pensamiento que me espanta, qué me llena el alma de dolor.

—Bien pues; parece que estás resuelta á quedarte, ¿no es verdad?

—Ah! exclamó dolorosamente Lucía.

—Adios señora! adios por última vez!

— Oh! no, espérame un momento y te sigo.... Voy á hacer el sacrificio más grande de mi vida, dice la atribulada jóven sollozando.

—Marchemos, pues. No perdamos un instante.

—Voy á encender una vela y hacer un lio de ropa y partimos; pero eso sí, Jorge, con la condicion de que nos casamos pronto y llevamos á nuestro lado á mi padre y mi madre.

—En cuanto á eso ten confianza en mí, que ningun hombre cumple su palabra mejor que yo.

—Verdad es.

—Vamos, ponte hacer el lio á oscuras, pues si enciendes vela se nos puede quemar el pan en la puerta del horno.

—Así lo haré.

La pastora se levanta al punto de su asiento, se entra en la alcoba buscando la puerta con la mano, y á tientas coge de aquí y de allí algunas piezas de ropa y se sale con ellas á la sala, en donde se pone á envolverlas y á amarrarlas hincada de rodillas en el suelo. En esta operacion está cuando da un sollozo y suelta el llanto.

—No, Jorge, dice deshaciéndose en lágrimas, yo no puedo seguirte!.... Al hacer este lio me parece que me voy para siempre de esta casa y que no he de volver á ver á los que me dieron el sér!.... No tengo valor para abandonar á mis padres ancianos, enfermos y pobres... no, no, no!...

—Válgame el cielo! No te aflijas Lucía, que si has de acompañarme no es á un cadalso ó á una pasion, sino á un lugar donde yo pueda darte con libertad mi corazon y mi mano, ni te angusties por la suerte de tus padres, qué nadie se muere de hambre en cuatro dias, viviendo entre cristianos.

—Si fueran cuatro dias no se me daria mucho, responde Lucía conservando su posicion; pero pueden ser cuatro meses, un año; sabe Dios cuanto tiempo.

—Si no tienes ánimo para seguirme, adios Lucía!.... adios!....

—No me compadeces, Jorge, porque no ves mis lágrimas que á torrentes caen de mis ojos.

—No las veo ni quiero verlas; lo único que deseo es que me des la mano para estrechártela por última vez.

Interin el mozo dice esto, imitando lo mejor que puede el habla de Jorge, la jóven mete la mano en el seno, saca una cajilla de fósforos que tiene en él desde que prendió lumbre en la cocina para hacer su cena, y de repente frota una cerilla á tiempo que el mozo busca con el brazo extendido la mano de Lucía para estrechársela. La luz brilla tan repentinamente que nuestro héroe no tiene tiempo de ocultar la cara á los ojos de la pastora, quien al vérsela prorrumpe en un grito de espanto.

—Ah!.... es Chepillo, exclama.

Y se cubre la cara con las manos, dejando otra vez en tinieblas la pieza.

—Sí, soy Chepillo, dice el mozo con voz sorda, haciendo rechinar los dientes de rabia; soy tu perseguidor, soy tu enemigo, y esta vez triunfaré de tí porque estás bajo mi voluntad; porque estamos solos y no puedes llamar á nadie en tu auxilio; porque estoy muy ofendido y deseo vengarme....

—Dios mio!.... Dios mio!.... exclama Lucía arrodillada, alzando los ojos al cielo.

—Vamos, confórmate con tu suerte así como yo me he conformado otras ocasiones con la mia. Tú te has burlado de mí; ahora yo voy á reirme un poco de tí.

—¿Que yo me he burlado de tí? ¿no fuiste tú quien de mí se burló?

—Verdad es; pero tenemos cuentas viejas que arreglar, y fuerza es que las arreglemos esta noche.... Con el matrimonio fingido tú sufriste un chasco y yo la pérdida de mi libertad. Estocada por cornada, estamos en paz. Esto por lo que hace á la última vez que nos vimos; pero en otro tiempo me hiciste ciertas mofas y desprecios de que voy á vengarme terriblemente.

—Por piedad, Chepillo, no me hagas mal ninguno, mira que soy una infeliz mujer.

—Eres una mujer despreciadora, altanera y soberbia y yo quiero humillarte, le responde con un tono amenazante que hace estremecer á la pastora.

Lucía aterrada, se levanta del sitio donde está hincada de hinojos y huye; pero desgraciadamente halla á Chepillo delante y se estrella contra él.

El mozo la coge de ámbos brazos y le dice con acento de fisga:

—Oh! ¿con que te vas y no me convidas? Bah!... hemos de irnos juntos aunque no quieras. Bien, marchemos! añade arrastrándola hácia la puerta.

—Déjame, Chepillo, no me maltrates, grita la zagala empleando todas la fuerzas que tiene para resistir á los halones de su raptor.

—Escúcha, le dice el mozo con jadeante voz; si gritas, te tapo la boca con un pañuelo y te ahogo; si te resistes á seguirme, te maltrato hasta vencerte.

Lucía le responde con segunda intencion:

—A malas nada podrás conseguir de mí; primero me dejo matar.

—Es decir que á buenas sí?.... Bien, pues, pon luz en la pieza y hablemos en calma como dos amigos, le expresa nuestro héroe soltándola.

Lucía obedece. Encendida la vela, la pone sobre la mesa y resuelve inspirarle confianza á Chepillo á ver si por este medio logra escapársele.

—Mira, no me trates nunca mal que eso me enfurece, le dice sentándose en la silla, la cual está inmediata á la mesa. Si tú te portaras de otro modo conmigo, añade, otra seria yo para contigo.

El mozo, de pié delante de ella, le contesta:

—No me reprendas, Lucía, ni conmigo estés enfadada, que todo ha sido una chanza. Cáscaras!.... qué miedo el que te he metido, por vida! ... No temas de mí nada que soy un hombre mui honrado; honradísimo!....En adelante voy á tratarte como si fueras una santita.

Estas palabras infunden en Lucía más terror que la amenaza. Inquieta busca en su mente un ardid que pueda salvarla y de súbito grita aparentando alegría;

—Oh!.... bendito sea Dios!.... álguien llega!.... se oyen pasos!.... es mi padre!.... es mi padre!....

—Si álguien llega, dice Chepillo con frialdad, sacando de la vaina el puñal de su amo el cual lleva atado á la cintura, y alzando el brazo armado de él, si álguien llega será conmigo en batalla, pues la presa nadie me la arrebata así no más.

La pastora al ver reflejar sobre su cabeza aquella arma brillante, aguda y afilada, tiembla de espanto.

—Ea querida mia! qué te parece este prendedor para adornar tu pecho? Es una linda joya que te traigo en prueba de mi amor y en pago del cariño que tú me tienes.

—No me hables así que se me hiela la sangre de horror, le responde Lucía quitandose bruscamente un pañuelo que lleva al cuello y haciendo de él una bola, aparentando desesperacion. Lo estruja un instante y de repente lo arroja sobre la luz con tal tino, que la apaga. Libre de las manos de Chepillo é invisible á los ojos de éste en las tinieblas, huye rosando la pared para evitar un choque con su perseguidor; pero éste la siente correr y al momento da un salto á la puerta de la sala, y ocupa el quicio ántes de que Lucía haya tenido tiempo de salir. Como el mozo ignora si su presa se ha escapado ó está dentro de la pieza, se queda en pié en el umbral con la espalda vuelta al interior de la sala pensando en lo que le convenga hacer para cerciorarse de si ha salido ó no. Inter tanto viendo la zagala frustadas sus esperanzas se resuelve á todo. Acércase pacítamente á Chepillo, (á quien alcanza á ver parado en el quicio,) y lo empuja vigorosamente con una mano miéntras que con la otra cierra la puerta y la asegura con un pasador de madera que ésta tiene en forma de cerrojo.

Viéndose el mozo separado de Lucía por un fuerte muro cuando ménos lo piensa, ruge de coraje como una fiera irritada. Desatinado, loco, se aleja unos cuatro pasos de la puerta y con una ira creciente vuelve sobre esta con ímpetu y se estrella en la tabla con violencia.

—Abre, Lucía, grita con un furor concentrado, abre ó de no rompo la puerta y te coso á puñaladas.

La pastora con la boca entreabierta por la agitacion y el miedo, los ojos desmesuradamente abiertos y el rostro bañado en sudor, tiene el cuerpo apoyado en la puerta para aumentar la seguridad de ella, y el corazon puesto en Dios, para que la libre del peligro en que se halla.

Despues de un momento de silencio añade el mozo con voz airada:

—Piensas que de mí te burlas?.... Espérame un minuto!

Dice esto, mete el puñal en la vaina, corre á la cocina, vuelve con un tizon inflamado y grita:

—Ea! si no abres la puerta le meto ahora mismo fuego á la casa. En mi mano tengo un tizon encendido que puedes ver por las rendijas de la puerta. Al empezar á arder la casa, tú te quemas, porque le hecho la aldaba á la armella y no te queda salida. Cuando tú alces la voz pidiendo

misericordia, yo huyo, y ten por cierto que mañana le echarán la culpa del incendio y de tu muerte á tu amante Jorge.... Sí, á tu amante porque el muchacho que yo te mandé con el recado al cerrar la noche, denunciará á Jorge Gavilan y no á mí, de haber venido en secreto á tu casa; y sabe que Jorge ha podido venir, pues se desertó en Honda.

Lucía se sobrecoge de pavor y espanto.

—Este malvado puede hacer lo que dice, piensa ella.... Dios del cielo y de la tierra! exclama, salvadme del peligro en que estoy.

Chepillo sigue amenazando á la pastora y forzando la puerta.

Interin Lucía discurre el medio de escaparse de las garras del tigre que de cerca la persigue y de la muerte con que la amenaza. Ella le dice:

—Voy á abrir la puerta para que entres y á buenas convengamos en el camino que nos convenga tomar y en el dia en que debamos casarnos, si es que tú quieres ser mi esposo; pero júrame ántes, que no me harás mal ninguno.

—Te lo juro, le responde lacónicamente el mozo.

La pastora le quita el pasador á la puerta y la entre-abre teniendo la precaucion de hacerse á la jamba de ella.

Chepillo ciego de rabia entra meneando el tizon para poder ver con su luz á Lucía, cogerla y quebrantar su juramento.

La zagala, que está preparada para huir, se desliza con la mayor sutileza á espaldas del mozo, llevándose tras sí la puerta.

Chepillo al notar la accion de la jóven, dá una vuelta rápida sobre sus talones, suelta el tizon, coge la puerta y tira de ella con todas sus fuerzas; pero no consigue abrirla, pues Lucía ha tenido tiempo de echarle la aldaba cuya cerradura pone á cubierto de todo ataque á nuestra heroina, y priva de su libertad al perseguidor de ésta.

Chepillo lleno de ira, con los ojos encendidos como dos brasas, echando espumarajo por la boca, se lleva los puños cerrados á la frente y prorrumpe en maldiciones contra sí mismo. Pasado este rapto de locura coge la puerta otra vez y la sacude con tal violencia que hace temblar la casa.

Dícele entónces Lucía con voz reposada y tranquila:

—Apacíguate hombre y vuélvete á Dios que él acaba de poner tu vida en mis manos!.... Ahora, tú serás quien muere quemado!

Chepillo se horroriza y tiembla.

—Justa es la venganza, dice, con apagada voz.

Y desasosegado empieza á meditar en lo que deba hacer para salvarse de tan inminente peligro.

La jóven, para mayor seguridad amarra la aldaba con una cuerda y grita alejándose de la casa:

—Arrepiéntete mónstruo y pídele á Dios perdon de tus culpas que la casa está ya ardiendo por todos sus costados.

El mozo viéndose perdido alza la voz implorando socorro. Desesperado invoca en su agonía á la que poco ántes era su víctima; pero ésta ya no lo oye porque se ha alejado gran trecho de su habitacion.

A dónde se dirige con tanta prisa la pastora?

Al pueblo en busca de la policía.

Lucía llega á la cabecera del distrito ya bien abanzada la noche, toca en la casa del Alcalde, logra verlo, le denuncia la agresion de Chepillo y le cuenta la prision en que lo ha dejado. El empleado espera á que amanezca, reune la policía y vase con ella á la estancia de Don Pio á capturar al criminal. No bien llega, desata la aldaba que amarró Lucía,

abre la puerta y llama desde el umbral al preso; pero nadie le responde. Entra al fin, registra y ve un agujero en el techo!.... El mozo se ha escapado por ahí.

He aquí lo que hizo Chepillo cuando oyó la voz de Lucía llamándolo al arrepentimiento. Buscó á tientas la silla; la puso sobre la mesa y se subió en los brazos de aquella. De ahí brincó á una viga que alcanzó á tocar, y colocado de pié en ella, abrió un roto en el empaje y se salió por él. Bajóse luego por un gallinero que habia á espaldas de la casa y tomó camino hácia el Sur, por andurriales de él solo conocidos, á toda la carrera de que sus piernas eran capaces. Habia hecho cerca de dos leguas cuando se tendió al borde de una fuente á descansar y á refrescar su boca abrasada por la agitacion. Ahí tendido bebiendo agua como Diójenes en el hueco de la mano, se puso á pensar en si le convendria continuar en el oficio de paje, ó si le traeria más cuenta tomar tierras de por medio é irse á buscar la vida de otro modo en un país lejano donde pudiera estar oculto de todos sus enemigos y conocidos.

Despues de serias reflexiones determinó seguir sirviéndole al general ya que éste le daba lo necesario y lo trataba como á un amigo.

Recuperadas sus fuerzas se levantó y enderezó su ruta hácia la ciudad de donde habia salido.

Al dia siguiente al dar las once el reloj de la iglesia mayor, entraba en el cuartel, triste, abatido y cabisbajo.

Quizá el remordimiento torturaba su alma!

CAPITULO VI.

Por sus frutos se conoce el árbol.

TRES DIAS habian trascurrido al regreso de Chepillo cuando una noche, como á eso de las siete y media lo llamó el general á su pieza y díjole:

—Con el hecho de haber vuelto pronto donde mí, me has dado una prueba completa del afecto que me profesas, y como yo soy agradecido, voy á premiarte ese cariño tratándote en adelante mejor de lo que hasta hoy te he tratado.

—Verdad es señor que yo amo á usted como á un padre.

—Está recompensado tu afecto, Chepillo, pues yo te quiero como á un hijo, y por ello voy, desde esta noche, á partir mis goces contigo. Dispónete á acompañarme al teatro.

—Al teatro?.... Y allá se come y se bebe?

—Oh! no solo comiendo y bebiendo goza el hombre. Mas, si no has de ir con gusto sino á donde se manduca, te prometo que en el teatro comerás por los oidos un manjar esquisito con el cual alimentarás tú alma.

—A mí me agrada más comer por la boca para alimentar el vientre. Yo no me acuerdo que mi alma se haya quejado jamas de hambre.

—Es que el alma no es como el cuerpo; á ella solo le da hambre cuando se le ha dado de comer. Ya verás con qué porfía te pide alimento despues de haberse engullido una comedia.

—Me está entrando la curiosidad, señor general.

—La satisfarás pronto, muy pronto. Toma el paraguas y los zapatones por si lloviere y marchémonos.

Diez minutos despues, amo y criado salieron del cuartel.

Al llegar á la plazuela de San Cárlos le dijo Chepillo al general:

—Mire usted señor que peloton de gente el que hay allá arriba en la mitad de la calle; seguramente es alguna riña.

—No, no es riña, contestó el general, es que ahí es el teatro, y como es costumbre tanto en la gente de la clase media como en la de la baja apiñarse á la puerta de él en las noches de funcion, por ello está la calle que hormiguea. De esa gente una parte es atraida por la curiosidad de ver entrar á las bellas y de oler sus exquisitos perfumes; otra viene estimulada por la mala inclinacion de robar lo que los descuidados lleven en los bolsillos y otra es la que concúrre á la funcion y pugna por entrar al teatro.

—Si hemos de habérnoslas con ladrones, bueno será llevar las manos listas y el ojo alerta.

En esto llegan nuestros interlocutores donde la gente está, y en el acto el general le dice á Chepillo:

—Toma adelante y abre calle como puedas, que yo me prendo de tí y fuerza es que unidos lleguemos á la puerta.

El criado procura cumplir la órden; pero notando que sus esfuerzos son inútiles, vuelve la cara para hablarle á su amo y le dice:

—Es imposible romper este muro de carne humana.... No sé como diablos hay gente que tiene el mal gusto de venir á que la pisen, la estrujen y espriman, sin más fin que el de pisar, estrujar y esprimir á los que quieren entrar al teatro.

—Qué desmemoriado eres Chepillo; no hace dos minutos que te dije el objeto que trae aquí esa gente y ya no te acuerdas!

—Ah.... en verdad que usted me dijo....

—Mira, le interrumpe el general, ahí vienen unas señoras, posible es que les abran calle para que pasen; vete tras ellas que yo te sigo.

Chepillo hace lo que su amo le manda y de ese modo ámbos consiguen entrar al teatro, bien que no sin oprimir y estrujar á las damas, las cuales salen de la turbamulta con varias contusiones y con sus hermosos vestidos ajados y rotos que da compasion mirarlas.

Así como nuestros dos personajes entran en el salon, el general toma asiento en la penúltima luneta y Chepillo en la última á la espalda de su amo. Despues que se sientan, este le pregunta á su criado:

—Qué te parece el teatro?

—Me parece una hermosa cocina, señor.

—Una cocina?.....

—Por el humo tan espeso; no se ven las personas que están distantes aunque hay *algunas luces*, ni se puede respirar con facilidad.

—Veo que tienes razon. Aquí todos los hombres fuman cigarro como si el teatro fuera una fonda.

—Porque es fonda será que fuman. ¿No dice usted que en el coliseo venden un manjar para alimentar el alma?

—Porque el coliseo es una fonda donde todo hombre que discurre y piensa viene á darle de comer á su alma, es que no debe fumarse. No me puedo explicar como es que la gente que frecuenta el teatro siendo de buen entendimiento y de alguna cultura como debe suponérsele, cometa actos de tan mala educacion.

Enfrascados están en esta plática cuando empieza á sonar la orquesta.

Chepillo le pregunta á su amo:

—Esta música es el manjar que me dijo usted que se cómia aquí por los oidos?

—Esa música es la sopa de la comida, que á decir verdad, no es desagradable; considera, pues, qué platos tan exquisitos no vendrán detras de ella.

—Ya veremos si son hechos para mi gusto.

—Si acaso no te agradan es porque la miel no se hizo para la boca del asno, le dice el general en tono de chanza.

—Gracias, señor, por el favor que me dispensa, le responde el criado con acento irónico, sin dar muestras de enojo.

La orquesta toca una hora entera y el auditorio fastidiado busca distraccion dando golpecitos á compaz con los bastones en las patas de las lunetas. El ruido es insoportable, los que no golpean se tapan los oidos.

—Qué insolencia! esclama el general; verdad es que los comediantes han faltado á su deber no principiando la funcion á la hora anunciada; pero esta falta no autoriza á ninguna porcion de los concurrentes para ser irrespetuosos y groseros.

—El cargo es justo, le dice un *provinciano* que á un lado del general está sentado.

Al fin la música cesa y con ella el atronador compaz. La orquesta tiene compacion de la gente bien educada que callada aguanta el ruido que hacen los patanes de botas y levita.

—¿Sabe usted, le pregunta el provinciano al general, quien es el autor de la pieza que la compañía dramática va á representar esta noche?

—He oido decir que es compuesta por uno de nuestros literatos; pero no sé por cual.

—Segun eso será buena.

—No creo que lo sea, pues tengo mis sospechas de que ella haya sido formada de trozos inconexos de comedias españolas, y haya quedado como colcha de sastre remendon.... En esta tierra es muy fácil, y por ello muy comun, hacer el papel de sabio sin saber persignarse. Quiere alguno pasar por literato? pues compone una pieza dramática de retazos ajenos, como llevo dicho, ó hace unas docenas de *versos* como quien escribe *solfa* sin ser músico, salga lo que saliere; ni más ni ménos que los metros sin medida que componia *Bourgeois Jentilhomme*, de quien dice Moliere que gran parte de su vida, habló en prosa sin saberlo; ó bien leé la gramática de la Academia española, la de Salvá, la de Martínez López, la de Quiros, la de Sicilia &c, toma de cada una lo que le parece y forma un compendio al cual le da el título de original. ¿Quiere hacerse pasar por matemático, astrónomo, geógrafo, historiador? pues hace otra *piratería* igual á la anterior y con eso tiene para alcanzar fama de docto y erudito. ¿ Pretende ser clérigo y tener una buena congrua? pues aprende á leer el latin, mas no á traducirlo, que eso no es necesario, y luego se instruye un poquito en la *liturgia* y esto le basta y le sobra para pedir órdenes mayores que á buen seguro no se le negarán. Ordenado *in sacris* será cura de almas y siendo cura se entregará á cantar en una lengua que no entiende, y cantando ganará la vida, y en este ejercicio envejecerá, y siendo viejo tendrá el galardon destinado á sus años, galardon que consistirá ó en una canongia ó en un curato de primer órden. Aspira á hacer el papel de jurista? pues hace poco más ó ménos lo que aquel jóven casquivano llamado Don Zoilo Bueno de Granada, de quien se cuenta que para conseguir el título de docto en el Derecho civil le propuso á un abogado que le enseñara en pocos dias á defender pleitos y

que cuando ganara el primero le daría por sus servicios cien pesos. El abogado se comprometió á enseñarlo en una semana y apénas le habia dado cinco lecciones cuando ocurrió á un tribunal y demandó á su discípulo por la suma de dinero prometida. El juez hizo comparecer al alumno á que contestara la demanda, y éste se presentó y dijo: que no estaba obligado á pagar á su maestro los cien pesos, sino cuando ganara el primer pleito y que tal condicion no se habia cumplido. El abogado replicó que el pleito que le entablaba era el primero que le ponia á prueba para que se juzgara de su aptitud y se cumpliese la condicion si lo ganaba. Á esta manifestacion del maestro, el juez le dijo al demandado: "Perdido está usted, señor estudiante, pues si lo absuelvo de la demanda, gana el primer pleito y tiene que pagar á su maestro los cien duros, y si lo condeno, tambien tiene que pagárselos por cuanto á que fuerza es que se cumpla mi sentencia." Á estas razones el jóven le contestó al juez, que él quedaría contento y ufano con que la sentencia fuera absolutoria aunque tuviera que pagar los cien pesos *sin recibir más lecciones*, por cuanto á que así conseguiría su deseo que era el de darse á conocer como abogado, aunque no lo fuera, pues bien sabia que con el nombre podia embaucar á muchos y ganar dinero.

—Yo fuí sacrificado, dice á esta sazon el provinciano, por la ignorancia de uno de esos abogados de chicha y nabo, en un negocito que le encomendé. Era sobre la posesion de los bienes de una mortuoria y el derecho á la sucesion de los mismos; perdió la accion de posesion y cuando ganó la otra ya la contraparte habia disipado los bienes que todos eran muebles. Gané, pues, el pleito; pero perdí el derecho á los bienes.

—Pero hay más todavía, añade el general. Quiere alguno hacerse el médico? pues compra un botiquin de sustancias homeopáticas y un cuadro sinóptico de la ciencia médica adaptado al nuevo sistema, en el cual se halla una larga lista de las enfermedades más comunes que afligen al linaje humano, y la nomenclatura de las sustancias que las combaten, y sin más conocimientos que los que le suministra el cuadro, se entrega á recetar gotas de tintura y glóbulos de azúcar de leche preparados con cada una de las sustancias descubiertas por *Hannemann*; y á quienes? á cuantos tengan *fe* en la medicina de dósis infinitesimales y en la ciencia *infusa* del impostor, pues de advertir es, que sin esa *virtud teologal* no hay cura posible. Si no acierta, que es lo seguro, dice que le ha faltado fe al enfermo, y si llega á curar á alguno, entónces exclama: ¡ oh, mi ciencia!.... mi ciencia.... I no es sino que,

"Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad."

—Que verdades tan gordas las que está diciendo usted, expresa el antioqueño.

—Sí, si, pero me permitirá usted que vaya adelante con mi crítica, le responde el general.... Se le antoja alguno hacerse periodista? pues forja cada semana ó cada quincena un largo artículo que llama de fondo, no por lo que tenga de profundo, sino por cierta razon que solo el escritor sabe y que yo barrunto que será la de la distancia que le pone del epígrafe á la última palabra, en el cual trata de lo que han tratado todos los redactores de periódicos que le han precedido, á saber: de la fastidiosa é in-

grata polítca, y en donde no hay para qué buscar una idea nueva, un pensamiento brillante, una doctrina benéfica; algo original y sorprendente. El resto del papel lo llena con *remitidos* sobre asuntos personales que no le interesan al público; con *avisos* que nadie lee y con artículos tomados de periódicos ingleses, franceses y alemanes trasladados por supuesto al español, como pudiera trasladarse á otro campo un plantío de rábanos arrancándolos por las hojas. Con tal periódico, si no adquiere *pesetas* si alcanza cierta celebridad, pues en este país como en las *Batuecas*, si no se escribe para comer á lo ménos se come para escribir, á fin de adquirir una reputacion, sin advertir que ella es pasajera, pues no teniendo existencia propia, vive lo que la oruga, como dice Larra por otro motivo, lo que dura la hoja que la mantiene.

Al dejar el general la palabra, dice el provinciano:

—A cuanto usted ha dicho puede añadir algo más, pues no solamente los hombres que se dedican á las letras tienen la presuncion de querer pasar por sabios sin haber aprendido el cristus, sino que tambien los que se aplican á las artes. Quiere alguno hacer el papel de platero, ebanista, talabartero, ojalatero &c? Pues no hace más que fijar una tabla sobre la puerta de su obrador con un rótulo por el estilo de los del primer DIARIO DE AVISOS que se publicó en Madrid, á saber: *Aquí se hacen sortijas con piedras para novias montadas al aire – Aquí se fabrican lechos para matrimonios sólidos y bien ensomblados – Se hacen galápagos para caballeros y señoras de cuero de marrano – La fama. OjaláTeRias de CleMente VerDugo*, y con esto tiene el tal artesano para encargarse de obras que no puede hacer como las promete, y para que todo el mundo le dé el título de *maestro* sin saber el oficio.

—Cierto y muy cierto es eso, pero como que no viene al caso, dice Chepillo, en voz baja.

En este momento se levanta el telon.

Un actor aparece en la escena hablando solo. Él se da cuenta de las tramas de sus enemigos para perderlo; de los lazos que le han tendido y del modo como ha escapado de semejantes alevosías y asechanzas. Él dice los medios de que en lo sucesivo puede disponer para frustrar los golpes de sus perseguidores y los ardides de que va á valerse para vengarse de ellos.

—Señor general, le pregunta Chepillo á su amo, ¿con quién conversa el caballero que acaba de presentarse allá en la pieza alta?

—Eso no lo se yo, y es seguro que él tampoco lo sabe.... Segun parece conversa consigo mismo, y á esas pláticas las llaman los leidos y escribidos, *soliloquios*, y á fe que sería mejor que las llamaran, *solo-de-locos*.

Asomando en este instante la cabeza un actor que está escondido debajo de un canapé, dice con atronadora voz:

—Ah bribon! ya escúcho tus planes y tus pérfidas maquinaciones!.... Ya veremos cual de los dos vence.... Dia llegará en que tiembles al oir mi nombre!

El auditorio rie á carcajadas porque oye la filípica y la amenaza y porque nota que el personaje á quien una y otra van dirigidas, no las ha oido.

—Señor general, dice Chepillo, el caballero que parlotea solo como que es sordo rematado; ya ve usted lo que el otro le ha dicho y no se ha dado por entendido.

—No es que él sea realmente sordo, sino que el autor de la comedia le ha tapado los oidos para este pasaje ó *aparte*.

—Dígame, señor, y perdone que lo importune con tantas preguntas; por qué hablan los cómicos como cantando?

—Hablan así porque no saben su oficio; se han llegado á imaginar que el actor bueno es el que no imita al hombre ni en el acento de la voz.

—Válgame el cielo! exclama el criado, qué señorota la que se presenta!.... Santo fuerte! que le brillan los vestidos y la corona, como el mismo sol.... Voto al chápiro! que se parece á la botillera Juana Romero del puente de San Victorino, que no hay más que ver.

—Ella debe ser, expresa el general, no puede ser otra por lo que tú dices y por los adefecios que ensarta y los movimientos y contorciones que hace, propios de una pulpera; pero no de la *reina* á quien representa.... Las compañías dramáticas debieran componerse de personas muy bien educadas, de esquisitos modales y bastante instruidas en la declamacion y en el idioma, puesto que su oficio es imitar los ademanes, las acciones y los visajes, el talante y lenguaje de altos y distinguidos personajes.

El acto sigue tan malo como ha empezado y el general echándola de inteligente y docto, continúa censurándolo sin piedad.

Tan pronto como baja el telon, estruendorosos aplausos resuenan por todo el ámbito del teatro, aplausos que salen de una fila de asientos, y que repite el auditorio entero.

—Qué es lo que palmotea aquella gente? pregunta el provinciano señalando la *luneta* de aplaudidores.

—Palmotea su salario, responde el general.

—Su salario?

—Sí señor, es el coro de aplausos que hace su oficio; que produce sin trabajo lo que le han comprado los señores comediantes.

—No comprendo.... dice el provinciano, entrando en familiaridad con su interlocutor.

—Sabrá usted que en este teatro como en el *teatro del mundo* los cómicos de uno y otro, tienen apludidores asalariados para que palmoteén y echen bravos de tiempo en tiempo, miéntras dure la funcion.

—Hola! hola! eso no estaba en mi librito.

—Pero U. dirá que si las cosas pasan así, por qué aplaude el auditorio entero? Pues eso depende de que el hombre tiene cierta afinidad con el mico y por ello hace siempre cuanto ve hacer. ¿No le parece á U?

—Efectivamente el hombre es muy propenso á imitarlo todo, hasta lo extravagante y ridículo.

—Esos coros de aplausos, dice el general, se usan hoy en todos los actos públicos de la vida. Los hay en los Congresos y en los templos para aplaudir á los oradores profanos y á los sagrados. Desempeñan este papel casi siempre en las barras de las cámaras los estudiantes y los vagamundos, con gritos vigorosos y ruidosos palmoteos, y al pié de los púlpitos los fanáticos, los hipócritas y las beatas, con lágrimas sollozos y exclamaciones. En las imprentas, ó sea en las oficinas á ellas anexas, hay tambien de esos coros. Publica usted un libro de versos; una comedia; un drama ó una novela y quiere hacer pasar su composicion como un modelo de literatura; como una pieza acabada, sin tomarse la molestia de escribir usted mismo un largo artículo encomiando su obra, como hacen muchos? pues se va á la redaccion de un periódico y les da unos doblones á los redactores ó editores porque le pongan en la seccion de VARIEDADES media docena de párrafos diciendo maravillas de su composicion, y esto basta para que digan de ella lo que usted mismo no

habria dicho. En estos últimos tiempos se ha inventado otro género de aplauso, á saber: el que se tributan los políticos unos á otros y los literatos entre sí, con el fin de aparecer repentinamente grandes en su línea, á los ojos del mundo. Unos escriben elogiando y alabando á otros, y éstos á su turno publican artículos y aun folletos elogiando á sus encomiadores, y con este ardid cada cual consigne el renombre á que aspira, y héme ahí como unos alcanzan fama de Catones y otros de Homeros no siendo todos sino farsantes del gran *Teatro social*, como diria fray Gerundio.

A esta sazon le pregunta Chepillo á su amo:

—Dígame señor general, ¿ya se acabó la funcion?

—No, amigo, falta un acto; pero bien podemos irnos al cuartel, acostarnos tranquilamente, echar un sueño y volver á tiempo; pues nuestros comicos tienen la manía de olvidarse de lo que estan haciendo.

—Volverian á tiempo de otra funcion le dice el provinciano al general. Tiene usted razon, pues con entreactos tan largos como los que se acostumbran en este teatro, cada acto biene á ser una pieza separada... A los que somos de mala memoria nos sucede lo que dice fray Gerundio, censurando esta mala costumbre, que cuando llega el acto segundo ya no nos acordamos de lo que pasó en el primero, y en consecuencia cada acto es para los desmemoriados una pieza mutilada.

—Oh! fray Gerundio le hace al teatro de Madrid censuras terribles. Recuerdo que hablando de los entreactos largos dice: "que hay ocasiones en que le asaltan á él temores de que los actores hayan emprendido algun viaje ó les haya sucedido alguna desgracia, y que tan solo le tranquiliza la seguridad, adquirida por la costumbre, de que ha de tener el gusto de verlos al cabo de mucho tiempo aparecer de nuevo en la escena."

Despues de esta conversacion, la orquesta empieza á tocar y el general, Chepillo y el provinciano se salen del teatro, dan un largo paseo y vuelven á sus asientos al punto en que se levanta el telon.

Aparece en la escena un actor haciendo el papel de borracho.

—Diablo!.... diablo!.... dice Chepillo, miren como se ha metido de cómico el sastresillo Pedro Redondo que tiene taller arriba del *Cuartillo-de-queso.*

—Calla, por la Madre de Dios! le dice el general, que no dejas oir lo que habla el actor.

—Pero qué cosa buena va á decir si es un pobre Diablo que dia y noche está en *turca?*.... Mírelo bien y dígame si no es verdad que está haciendo *équis* y atajando pollos?

—No creí que fueras tan bruto que no comprendieras que ese cómico está haciendo el papel de ébrio.

—Por bien que lo haga no hace gracia, pues todos los dias se ensaya.... Pero mire, señor, como son las cosas; mejor lo hace en la taberna que en el teatro.... De repente ha empezado á hablar y caminar como si estuviera en su sano juicio.

—Así es, hombre, así es; se ha olvidado el brutote del papel que desempeña.

—Mire, señor; allá entre bastidores asoman dos caballeros las narices; si vendrán á armar camorra con Pedro Redondo.

A esta sazon, el apuntador se deja oir en todos los ámbitos del teatro. El dice:

—Padre mio, sabrá usted que estoy ciegamente enamorado de Matilde y que deseo casarme con ella.

Uno de los actores de la última escena repite una á una las palabras del consueta dirigiéndoselas á su compañero.

—Quién demonios le *sopla* al recien llegado? pregunta Chepillo.

—Calla! que es el apuntador, le responde su amo.

—Señor general, vea usted que cosa tan particular....

—Cuál?

—Que el hijo es mayor que el padre ¿No ve usted como tiene mas barbas y un aspecto más grave?

—Ciertamente que estan mal distribuidos los papeles. Se conoce que el director del teatro no tiene dedos de organista.

—Ahí se presenta una jóven.... Qué linda es! y qué cuca, exclama el criado.

—Cósete la boca, hablador, que has hecho del teatro un lugar de tertulia, en términos de desesperar á cuantos tienes cerca.

—Pero aquí todos hablan, cesuran y codean.

En este momento el actor que hace el papel de ébrio le dice con voz apagada y gangosa á la dama que acaba de presentarse en la escena.

—Matilde!.... me abraso por tí de amor.... ¡oh, *tengo un balcon en el pecho!*....

—Y yo un vesuvio! grita á esta sazon el otro enamorado.

—Y yo me *subo!*.... dice una voz que sale de las lunetas.

El auditorio palmotea, rie y grita desaforadamente.

—Porqué es esta algazara? pregunta el provinciano.

—Bah! exclama el general, pues porque el borracho dijo: tengo un *balcon* en el pecho, en vez de decir: tengo un *volcan*: porque el otro amante de Matilde dijo: y yo un *vesuvio*, y un chusco le torció el vocablo diciendo: y *yo me subo;* lo cual es chistosísimo, tanto la feliz equivocacion del beodo, como la correccion del gracioso.

—Quién seria el del chiste?

—Puedo jurar que fué un bogotano, pues no hay un solo hijo de la capital que no sea salado y agudo.

—El del chiste, dice Chepillo, fué un sujeto de Nemocon que tambien es tierra de *salados* aunque no de agudos, porque todos sus habitantes, segun he oido, son obesos y mofletudos.

—Chiton! que está hablando el ébrio.... Escuchémoslo.

—Ingrata! le dice á Matilde el susodicho actor; sé que tú me desprecias, aunque me amas, porque soy pobre, y vas á dar tu mano á otro á quien aborreces porque es rico.... Con esa conducta infame; con ese reproche ofensivo me has despeñado de la alta cumbre del amor hasta el profundo abismo del odio y de la venganza..... Satanas me inspira en esta hora crítica el medio de castigar tu excecrable traicion y el de anular el triunfo de mi rival con un solo golpe, dice sacando de entre su vestido un largo y brillante puñal.... Muere! como debe morir toda mujer infame! agrega, haciendo el ademan de hundirle el arma en el corazon.

La víctima cae á los piés del asesino, y al punto un horrible alarido sale de un palco.

Al oir los espectadores tan destemplado grito, vuelven rápidamente la cara hácia el sitio de donde la voz ha salido y ven á una señora como desmayada en su asiento y á un caballero, vestido de uniforme militar, que la sostiene de la cabeza.

El público se rie y se burla de esta pantomima.

Interin la comedia continúa. Cambiase repentinamente la escena con dos nuevos actores que llegan agitados y que con aire despavorido dicen simultáneamente al ver el cadáver de Matilde:

—"*Muerta, está tarde venimos.*"

El público al oir tan enorme desatino prorrumpe en silbos y carcajadas, y no bien la rechifla se aplaca un tanto, se deja oir la voz sonora del apuntador que corrige el error diciendo:

—"*Muerta está, tarde vinimos.*"

Y el telon desciende.

En esto alza la voz un tunante y dice:

—Que quisquilloso es el público! Cuanta algazara y gritería por una *nimiedad*; por la colocacion indebida de un *acentico* y una *comita*!

El auditorio entero aplaude el chiste con palmoteos y vivas.

A todo esto el general deseoso de saber quien es la dama del síncope, le presta un binóculo al vecino, se lo lleva á los ojos y al ver á la sensible señora que tanto se ha impresionado con el fingido asesinato de Matilde, exclama:

—Dios mio! ... Dios mio!.... es Petrarca! Me voy á socorrerla.

El general se dispone á salir; pero su criado lo detiene diciéndole:

—Señor, no vaya usted; acuérdese que está de malas con el señor capitan, y que puede haber esta noche una desgracia.

—Bueno es tu consejo. Ciertamente que no me conviene ir al palco; pero sí al callejon de la salida á ver que cara me hace Petrarca.

Esto dicho, nuestro héroe se dirige á la puerta que media entre la del salon y la de la calle y se sitúa en ella embozado en su capa.

Diez minutos despues Petrarca pasó de bracero con su marido, rosándo con su vestido el del general. Las miradas de los dos amantes se encontraron y con ellas se hablaron lo que sentian en ese lenguaje mudo, pero espresivo que sube siempre del corazon á los ojos de todo enamorado.... Al pasar, Petrarca le dijo en voz tan baja que solo el oido perspicaz de un apasionado pudo percibir:

—Mañana en la tarde lo espero en casa.

—No faltaré á la cita, le respondió el general á media voz.

Articuladas estas palabras, la ola de gente que salia, arrebató á la señora Rubí, léjos de nuestro héroe.

Como el general nada deseaba tanto como saber lo que hubiera ocurrido entre el capitan y Petrarca, despues del crítico lance que tanto lo habia hecho temblar, recibió con alborozo la invitacion de su dama, pues comprendió que sus relaciones no estaban rotas y que podia volver á la casa sin peligro.

Contento se retiró del sitio que ocupaba pensando en la entrevista que al dia siguiente iba á tener con su amada.

CAPITULO VII.

De cómo en una mala fonda se goza más con lo que se oye y se ve que con lo que se come y se bebe.

ERA MAS de media noche cuando la funcion terminó, y excusado parece decir que el general salió del teatro bostezando de hambre y de sueño. Deseoso de tomar algun alimento se encaminó rápidamente á *La Rosa Blanca*, única fonda *decente* que en el tiempo de que tratamos habia en Bogotá y la cual todavía existe.

—Para poder dormir, bueno será cenar, le dijo á Chepillo que lo iba siguiendo.

Luego que á la fonda entraron, el general se sentó delante de una mesa donde un amigo suyo estaba cenando huevos fritos, carne guisada y pan. Saludólo cordialmente y en seguida le dijo á Chepillo que hiciera que le sirviesen una taza de café, y que cenase él lo que gustase.

Miéntras que le servian la cena, el general se entretuvo oyendo charlar á media docena de lechuginos que hácia el centro de la pieza, en *mesa de convite*, comian y bebian con buen apetito, y sazonaban la cena con chistes, chanzonetas y cuentos de todo género, á cual más obscenos y libres.

—Para quién es el café? preguntó un criado sucio que en pechos de camisa entró á la pieza con una cafetera en la un mano y una lechera en la otra.

—Para mí, contestó el general.

El mozo se aproximó á la mesa y le sirvió á nuestro héroe media taza de café y media de leche.

El general se llevó la taza á los lábios y exclamó:

—Hombre de Dios!.... esto está frio....

—Si está frio se calienta, respondió el criado sin alterarse ni sorprenderse.

—Piensas, acaso, que yo tomo café recalentado?

—Qué toma en lugar de él? le preguntó el criado con sorna.

—Sírveme dulce.

El criado desapareció.

El entre-acto fué largo como lo había sido el del teatro. El general cansado de esperar, se levantó de su asiento, salió al patio, llamó; pero nadie le respondió. Chepillo nada consiguió tompoco, aunque se entró en la cocina á reconvenir á los criados.

Despues de aguardar cerca de una hora se presentó el mismo sirviente con un plato de brevas crudas, sumergidas en agua de azúcar caliente.

El general probó el dulce y retirando el plato le dijo al criado:

—Otra vez aunque me hagas esperar una hora más, traeme el dulce hecho y frio y no caliente y á medio hacer.

El mozo se alzó de hombros y se marchó.

Nuestro héroe *pagó lo que no debia* é iba á salirse de la fonda á tiempo que uno de los lechuginos contaba una conseja con algo de gracejo, y deseando oirla hasta el fin, se detuvo. Fijándose luego en cada uno de los jóvenes que cenaban, le llamó la atencion uno de ellos; ora por su lujo y compostura, ora por las adulaciones que le rendian sus compa-

ñeros, quienes estaban prontos á aplaudir cuanto salia de sus lábios aunque fuera la mayor sandez, y ora, en fin, por las peticiones incesantes que de vino generoso hacia al fondista para dar á sus aduladores en recompensa de tanta lisonja y tanta alabanza como le tributaban. Movido el general por la curiosidad de saber qué personaje fuera aquel tan alabado, le dijo á su compañero de mesa:

—Amigo Sampelayo, conoce usted al *dandy* ó petimetre que hace cabeza en el convite y á quien sus compañeros le vaten tanto el incensario?

—Mucho que sí; es Don *Cándido Niño*, jóven de buena familia que hace pocos meses heredó una gran fortuna y que está dándose prisa á derrocharla como si le hiciera mucho estorbo.... Yo fuí amigo de la casa en vida de su padre; pero desde que éste murió no he vuelto á poner los piés en la puerta de ella.... Voy á dirigirle la palabra á ver si se acuerda de mí.

—Hola! amigo Don Cándido, mucho goza usted.... Qué vídita la que se está dando. Eso es saber disfrutar la herencia.

—Ah! sí, respondió el petimetre, la existencia de mi padre era un obstáculo para mis goces; la *Muerte* desbarató ese estorbo y mi vida se ha deslizado por una pendiente resvaladiza de placeres que me conducirán al paraíso encantador de mis ensueños.... Usted señor Sampelayo, es testigo de lo que yo sufria en la casa de ese hombre estúpido que no pensó jamas en gozar ni en que sus hijos disfrutaran de la vida. Educado mi padre en la escuela del ascetismo, adquirió costumbres extravagantes que pugnaban con las del espíritu de la época, y hé ahí la causa de su parsimonia extremada y de las penalidades de la familia.

—Cierto es, dijo Sampelayo, que Don Modesto, su padre, fué un hombre de costumbres severas y rígidas y que sacrificó siempre su presente á su porvenir. Cierto es que él dedicó las dos terceras partes de las horas de su vida al trabajo y que se sujetó á mil privaciones; pero cierto es tambien que esto lo hizo estimulado por el noble deseo de tener con qué educar á sus hijos y animado de la buena intencion de dejarles una fortuna regular con qué pasarán la vida sin amarguras.... Don Modesto en mi opinion, fué un padre modelo!....

—Oh! dijo Don Cándido, si el viejo no trabaja y guarda, yo no seria feliz hoy, eso es claro. Por tanto, no le censuro su vida activa y económica, sino que no hubiera adoptado otras costumbres, con las cuales, sin dejar de acumular bastante, hubiera disfrutado él y hubieran disfrutado sus hijos y su esposa de algunos placeres, ya que la riqueza no tiene otro destino que hacer grata la vida. Eso lo habria conseguido facilmente, mejorando el ajuar de la casa, y las viandas de la mesa; vistiéndose él y vistiendo á la familia con decencia; haciendo una que otra tertulia, dando una que otra comida, lo cual, le habria granjeado, ademas, un gran número de amigos de respeto y consideracion, cuyas relaciones le habrian dado nombre.

—Verdad es, dijo Sampelayo, que cuando hay higos en la huerta hay amigos en la puerta.

Don Cándido continuó hablando cual si su interlocutor no le hubiera interrumpido.

—Yo educado á la *moderna*, dijo, no he vacilado en entregarme á todo género de goces; en darme gusto, regalando mis cinco sentidos con todos los placeres inventados por los hombres de vida muelle y refinada. No bien murió mi padre reedifiqué la casa dándole un aspecto elegante.

En seguida la adorné lujosamente. Las paredes de la sala las cubrí con colgaduras de papel aterciopelado sembrado de estrellas de oro, y las decoré con espejos de gran tamaño y cuadros excelentes de la escuela veneciana; el pavimento lo adorné con una alfombra de hermosos matices; los muebles antiguos los reemplacé por otros de madera de rosa de exquisita construccion. Del cielo raso suspendí una magnífica araña de cristal; cubrí casi enteramente las puertas y ventanas con cortinas de tela de la India color de paja, las cuales sembradas de figuras arábescas hechas de bordados de realce, son del gusto más delicado, y finalmente las consolas las adorné con sendos floreros del Japon, matizados de oro, de púrpura y azul y con varios juguetes primorosos de porcelana de Sévres. Este lujo espléndido de mi habitacion ha atraido á ella la gente de mejor sociedad; la que corresponde al mundo elegante, y de ese modo he alcanzado la grata satisfaccion de ensanchar notablemente el círculo de mis relaciones.

A esto le dijo Sampelayo:

—Esa gente atraida á la casa suya, más por el lujo del salon de recibo que por las simpatías que tenga por usted, busca sin duda el placer de sentarse en sofás de resorte y terciopelo; el gusto de ver reproducida su imágen entera en tres ó cuatro espejos y el capricho de poner los piés en una alfombra, y no la satisfaccion de ver á usted, de extrecharle la mano y de oir su agradable conversacion. Mas, si esas personas no fuesen atraidas á la casa de usted por el lujo y brillo de los muebles, puedo jurar, que en tal caso, han solicitado su amistad estimuladas por un interes innoble y bajo. Saben que usted es rico y generoso, y deseando concurrir á los banquetes, saraos y paseos; á los festines de todo género que usted dé á sus camaradas, se han por esto relacionado con usted, y ademas por aquello de *hazte amigo del rico que mañana prestarte puede el borrico*. A esos falsos amigos, señor Don Cándido se les dá con las puertas en la cara, en vez de abrírselas de par en par; á esos amigos de su propia conveniencia y comodidad, se les dá con el pié, pero no se les tiende la mano, porque ellos son dignos del desprecio y no de la estimacion de un caballero como usted.

—Usted se equivoca, respondió el señor Niño, pues no todos los que buscan la amistad de los ricos de buen tono, son falsos amigos; pero dado caso que lo sean, yo con esas relaciones no sufro chasco, puesto que las acepto únicamente por llamar la atencion general, y poco se me dá con que las consideraciones que me dispensan sean fingidas ó interesadas..... Yo he reducido todas mis apiraciones á una sola cosa; á hacerme el hombre *de-moda*; *el primer galan del Teatro-Social*, el protagonista de la gran comedia mundana, y creo haberlo conseguido convirtiendo mi casa en un lujoso palacio y haciéndo de éste el centro de las más raras, agradables y exquisitas diversiones. Mi nombre es hoy pronunciado con respeto y aun con veneracion por todas las personas que llevan una vida bulliciosa, alegre y divertida, porque les recuerda los más brillantes bailes y saraos; los banquetes más suntuosos y las fiestas más espléndidas que he dado en mi casa, y porque les trae á la memoria los más alegres y agradables paseos que he hecho al Salto de Tequendama, á Fusagasugá, al Puente natural de Pandi, á los Manzanos y á Ubaque. Para conquistar el nombre de *raro personaje de la época*, he llamado la atencion pública de un modo más serio: me he batido tres veces con hombres de mérito; una por amores; ótra porque un caballero pretendió quitarme cierto puesto en una contradanza y la

última vez por un artículo que dí á luz en un periódico en el cual puse en ridículo á una familia honorable.

—Ciertamente que se ha hecho usted un personaje singular; pero si continúa con esa vida, no tardará mucho tiempo en que lo veamos descender á largos y precipitados pasos por los escalones de la miseria, hasta ir á parar en el abismo tenebroso donde gimen y sollozan tantos imprudentes que no han tenido tino para invertir sus rentas, ni juicio para conservar su herencia. Y tenga usted en cuenta esto: que desde el momento en que empiece á revolcarse en el fango de la miseria y á dar gritos de dolor, nadie de usted se condolerá! nadie le oirá sus gemidos, y si acosado por el hambre llegase usted á la puerta de la casa de cada uno de aquellos á quienes obsequió cuando fué rico y feliz, á pedirles un pedazo de pan, le volverán la espalda y lo desecharán como á huésped importuno é incómodo.

—No creo mucho en los profetas de este tiempo, le respondió Don Cándido un poco picado; ese temor de empobrecer gastando, solo lo abrigan las almas ruines esclavisadas por la sórdida avaricia. Pero si disfrutando en lo sucesivo de mi herencia, como de ella he disfrutado hasta el dia de hoy, quisiera la mala suerte conducirme á ese abismo que usted ha pintado, yo sabria burlarme del *Destino* dándome á tiempo un balazo.

Oh!.... con que usted es hombre de ánimo tan resuelto que atente contra su vida en un lance desesperado? le dijo uno de sus convidados; con esa accion probaria que tenia los sentimientos de los héroes de la antigüedad! Si llegara ese dia, usted se inmortalizaría como el célebre Caton que se atravesó con su espada en Útica por no caer en manos de sus enemigos.

—Sí!.... sí!.... gritaron todos los del convite, viva el moderno Caton!.... Viva el héroe de las diversiones! Bebamos á su salud!

La entrada en la fonda de un raro personaje puso fin al diálogo y á los vivas.

Era este un jóven de alta estatura; de fisonomía agradable aunque algo alterada por los estragos del vino, vestido con desencia, bien que con aquel desaliño peculiar de toda persona entregada al torpe vicio de la embriaguez. Este hombre al pisar el umbral de la puerta de la pieza se detuvo, aplicó al ojo derecho una lente montada en oro, que llevaba al pecho, pendiente de un cordon, y fijó su mirada en cada uno de los concurrentes.

—Ahí tiene usted un ejemplo vivo del triste fin de todo pródigo, le dijo en voz baja Sampelayo al general, señalándole el jóven que acababa de entrar.

—Qué sujeto es ese?

Es Don *Ventura de Díaz*, jóven de mérito en otra época, que heredó cien mil duros, y en el acto de entrar en posesion de ellos, sin ponerse á pensar en las consecuencias de la prodigalidad, empezó á dar festines con frecuencia; á conceder empréstitos y hacer donaciones tanto al Gobierno como á particulares, y en ménos de un año salió de la mitad de su caudal. En seguida hizo un viaje al extranjero; visitó las principales ciudades de Europa, y en el viaje, en el juego y en vicios vergonzosos derrochó el resto. Volvió á Bogotá mediante una contribucion levantada entre sus buenos parientes y amigos verdaderos. Recien llegado está de Paris, de donde ha traido no pocos vicios y un aire insolente y despreciativo. Vive ébrio, pues como todo el que ha sido rico y deja de serlo, busca el alivio de sus penas ahogando sus recuerdos en aguardiente.

El general dijo:

—Por el gesto despreciativo que usa y el lente que tiene en la mano para mirar cuanto lo rodea, conocí que estaba recien llegado de Europa. No sé porqué motivo los que visitan esas tierras cultas, á su vuelta pretenden pasar por hombres de gran mérito haciéndose los miopes ó escasos de vista. Estoy por creer que en Europa todos los hombres de alta importancia son cegatones.

—Es, seguramente, que todo el que va á Europa se deslumbra y ofusca con las resplandecientes bellezas que allá vé, y á su regreso hallando los objetos de su país, opacos, deformes y pequeñitos, necesita de lente para distinguirlos.

—Inclusos los hombres en esos objetos?

—Sin duda.

En este instante el jóven del lente abanzó dos pasos tambaleándose, y le dijo á un criado:

—Dí.... dí.... díle al patron del *esta...cimiento* que me mande de cenar y que.... que.... que me haga *cuentas.*

—Y quién es usted? le preguntó el sirviente.

—Que.... qué.... que quién soy yo?.... Bah! yo no sé quién soy, tartamudeó, y en seguida pasó por la pieza al interior de la casa.

—Oh!.... dijo riéndose uno de los petardistas de Don Cándido Niño, eso de, *yo no sé quién soy*, me recuerda el cuento del maestro Pablito. ¿Quieren ustedes que les *eche ese cacho?*

—Bueno, bueno, échelo usted, le respondió Don Cándido.

—Atencion camaradas. El maestro Pablito era un zapatero que se emborrachaba con frecuencia y que cuando estaba ébrio le daba muchos golpes á su esposa, la cual era casi una santa, porque oia misa y se confesaba todos los dias. Cansada la infeliz mujer de sufrir tan mala vida, se fué un dia á donde su confesor, que era un fraile franciscano de alguna gravedad; le contó el mal trato que le daba su marido, y le rogó que le aconsejase lo que le conviniese hacer para enmendar y corregir al mal hombre.

El fraile despues de meditar largo rato en el medio que fuera apropósito para mejorar al zapatero en su mal vivir, le preguntó á la mujer si su marido bebia hasta quedar inmóvil como un muerto.

—Señor, le respondió la susodicha, el hombre se emborracha hasta perder completamente los sentidos.

—Bien pues, le dijo el padre, cuando usted lo vea en tan miserable estado, venga avisarme, que yo tengo de jugarle una mala pasada que quede curado del vicio.

La mujer se retiró consolada.

Al dia siguiente como á eso de las seis y media de la noche, se fué la mujer á la portería del monasterio y le dió cuenta al fraile de que el maestro Pablito estaba fuera de sí en su mismo taller (situado, segun lo reza la crónica, en la esquina de la calle de la Veleta.)

—Cómo! el suceso pasó en Bogotá? preguntó Don Cándido.

—Sí señor, aquí pasó. Pero voy adelante con mi cuento.

El padre valido decierta autoridad que tenia en el convento, mandó al punto á cuatro coristas que tomasen un ataúd y un hábito de San Francisco (que como ustedes saben es la mortaja de los pobres) y que lo acompañaran á donde el zapatero.

Preparadas ámbas cosas, se encaminaron todos cinco al taller. Luego que llegaron, se apoderaron del cuerpo inmóvil, lo amortajaron con

el hábito; lo metieron en el ataúd y cargaron con él para el convento. Depositáronlo, cual si estuviera muerto, en la sala de *profundis;* le encendieron dos cirios; cerraron la puerta y se retiraron silenciosamente á sus celdas, sin que nadie hubiera visto nada de cuanto acababan de hacer.

Media noche podia ser cuando el pobre maestro vuelve en sí de su embriaguez y al verse amortajado, metido en un ataúd y solo en aquella inmensa sala cubierta de sombras, lanza un grito de espanto y se levanta aterrado.

Desesperado corre á la puerta y como la halla cerrada y no tiene por donde escaparse de la mansion de los muertos, empieza á dar golpes en la tabla y prorumpe en aullidos horribles. A los golpes y gritos se despierta la comunidad, se levanta y ocurre, como impulsada por una fuerza misteriosa, al claustro en donde está situada la sala de la cual salen los ruidos.

De los coristas que son sabedores de la travesura, uno abre la puerta y al ver los frailes á aquel padre desconocido, retroceden despavoridos creyendo que es algun monje muerto ha muchos años, que con el poder de Dios se levanta de su sepulcro.

El zapatero no pudiendo darse cuenta de su propia existencia abre los brazos y se deja caer de rodillas gritando:

—Dios mio!.... Dios mio!.... en dónde estoy? qué es de mí?

El prior invocando el auxilio del Todopoderoso, avanza un paso y con voz pausada, pero trémula le dice:

—De parte de Dios, díme alma ¿quién eres?

—Señor, responde el zapatero con destemplado acento; si el maestro Pablito que vive en la esquina de la calle de la Veleta, está en su taller, *yo no sé quién soy.*

Los que oyen el cuento sueltan una carcajada.

—Bah! exclama Sampelayo, esá conseja es más sabida que el bendito y más vieja que la *sarna.*

—Cierto es; pero no por eso deja de tener chiste y gracia, replica el recitador, y en prueba de ello el auditorio se ha reido.

—Y en qué paró maese Pablito? se corrigió del vicio? le preguntó un curioso?

—Completamente. Como el pobre zapatero no supo jamas que él habia sido juguete de una farsa ejecutada por el confesor de su mujer, le entró en sustancia su muerte y resurreccion y se metió de anacoreta en una ermita de Monserrate, donde murió hecho un santo. Del dia de su conversion data la veneracion de los zapateros de esta ciudad por el dia lúnes, pues el héroe de mi conseja se entregó á la vida solitaria la víspera de un mártes.

—Y qué desenlace tuvo el suceso la noche que los frailes encontraron á maese Pablito en la sala de *profundis?*

—Amigo, esa pregunta es demasiado indiscreta habiendo dicho ya la gracia del cuento.

—Me imagino, dice Sampelayo, que á muchos ciudadanos, por motivos de otra especie, les habrá sucedido en este país lo que á maese Pablito.

—A quiénes y por qué motivos? pregunta Don Cándido.

—A todos aquellos ignorantes, que protegidos por su *buena estrella únicamente*, se han visto de un dia á otro colocados en los más altos y distinguidos puestos públicos... Esos tales cuando se hayan puesto á meditar



en lo que fueron y en lo que son, se habrán dicho lo que dijo el zapatero que vivia en la esquina de la calle de la Veleta: SI FULANO DE TAL que vive en tal parte, está en su casa, YO NO SÉ QUIEN SOY.

—Voto á brios! dice Don Cándido, á fe mia que tiene usted razon.

Y se pone á reir desaforadamente.

Esta risa es imitada por todos los circunstantes.

....

Interin pasaba en la pieza donde estàba el general, cuanto acababamos de contar, en otro cuarto situado al lado izquierdo del patio tenia lugar un suceso algo chistoso que con el mayor gusto vamos á referir á nuestros lectores.

Despues de haber reconvenido Chepillo á los mozos de la fonda por la tardanza en servirle al general el dulce que este habia pedido, se entró en la pieza que últimamente hemos citado, donde halló á cuatro caballeros cenando con buen apetito, hablando á gritos y manoteando como energúmenos. Era uno de estos Don Ventura de Díaz que ya conocen nuestros lectores, otro Don *Casimiro Nublado* que no habiamos dado á conocer y los otros sujetos eran dos literatos de los más *conspicuos del país*, (segun el concepto de ellos mismos), cuyos nombres tenemos el capricho de dejar en el tintero. Los dos primeros departian con entusiasmo, como buenos bebedores, acerca de la fuerza de los vinos que les eran conocidos y la cantidad de alcohol que cada uno de ellos contenia. Espresábanse los tales con la misma propiedad y esactitud que lo hiciera un comerciante de licores espirituosos, acostumbrado á examinár la fuerza de ellos con el *alcohómetro sentecimal* de Gay-Lussac.... Pero de ello no hay que admirarse pues los famosos bebedores tienen un alcohómetro excelentre: *el paladar y la lengua*. Los otros sujetos estaban empeñados en la más intrincada discusion sobre cuál debia ser de la G y la J la que convenia usar en los vocablos que segun el Diccionario de la lengua llevaban la G precedida, ya de la E ya de la I, debate de la mayor importancia para el progreso de las letras é ilustracion de la humanidad, como aquel que tanto agitó el ánimo de dos filósofos de la antigüedad sobre qué habia sido primero si la gallina ó el huevo, respecto de cuya investigacion escribieron gruesos y razonados volúmenes que darán luz á nuestros sabios para seguir el camino principiado por dichos filósofos, hasta que logren descubrir la verdad en punto tan interesante y de tan fecundas y trascendentales consecuencias para la dicha y prospridad del género humano.

Chepillo sin hacer mucho caso de la disputa, atravesó la pieza lentamente en direccion de uno de sus ángulos donde habia una pequeña mesa sin manteles y un taburete de paja desvencijado, en el cual se sentó.

—Hola! le dijo á uno de los criados, dígame usted qué alimentos de sal puede darme de cenar?

—No hay, respondió el sirviente, sino es sopa de menudo y sesos atomatados.

—Bien, deme usted un plato de esa sopa y un pan frances.

El mozo desapareció.

Al oir Don Ventura de Díaz este diálogo, dejó la conversacion que tenia con Don Casimiro y llamó la atencion de sus compañeros hácia Chepillo que esperaba á que volviese el criado con la sopa y el pan, y les manifestó á media voz el disgusto que le causaba que un hombre de *ruana* se dispusiese á cena en la misma pieza donde ellos estaban cenando.

Los tres camaradas de Díaz volvieron al punto la cabeza hácia donde Chepillo estaba sentado y lo miraron de reojo acompañando la mirada con un gesto de desprecio.

El mozo notó la mirada y el gesto y juzgándolos debidamente, se dijo:

—Vaya unos caballeros más quisquillosos!.... como si no fuera permitido por el dueño de la fonda y tolerado por sus parroquianos de *casaca*, que entrase aquí toda clase de gente á comer y á beber teniendo dinero con qué pagar.... Pero aunque esta fonda estuviera destinada únicamente á las personas que visten de paño y terciopelo, ¿no vale más un hombre de *ruana* en su sano juicio que cuatro borrachos de levita?

Chepillo decia verdad, pues los susodichos caballeros estban achispados, bien que no tanto que no supieran lo que hacian.

Tales cosas meditaba el mozo cuando el criado le sirvió la sopa de menudo y el pan frances que deseaba trasladar á su estómago vacío.

Como Chepillo estaba con hambre estudiantina, empezó á devorar el plato engulléndose descomunales cucharadas.

Don Ventura al ver la glotoneria con que comia el mozo (lo que muy bien pudo notar por habérsele despejado algo la cabeza con lo que habia cenado), le dijo:

—Hola amigo! le aconsejo que coma *menudito* si es que quiere hacernos creer que es persona decente.

—Estoy comiendo, respondió Chepillo, apresurándose á devorar lo que en el plato quedaba, sin apercibirse del doble y contrario sentido de la palabra.

—Sí, está comiendo, dijo Don Ventura; pero con una glotonería que espanta, y por ello es por lo que le aconsejo que lo haga echándose *menudos bocados*.

No fué menester más para que Chepillo comprendiera la sátira. Irritado por tan gratúita ofensa quiso vengarla zahiriendo el amor propio de Don Ventura, que la echaba de gracioso, y con efecto tomó el salero que cerca tenia y fué y lo puso inmediato al plato de su provocador sin decirle una palabra.

—Oh! con que muy simple le parece lo que acabo de decirle, que se apresura á obsequiarme con la sal de su mesa para que sale mi lengua? le dijo Díaz, y en seguida añadió dirigiéndose á uno de los mozos de la fonda:

—Míra, garzon, sírvele al señor un plato de *sesos* que bien los ha menester.

—Y al caballero, que tiene gusto en incomodarme, dijo Chepillo, acérquele usted el taller á su plato para que se sirva *vinagre y mostaza*, que por lo que veo son condimentos propios de su picante lengua.

—Le han hecho ampolla mis palabras?

—Cómo no, si su lengua es un sinapismo verdadero; sinapismo que irrita, sin hacer reir.

Durante este diálogo los literatos habian dejado su discusion y estaban atentos á lo que los contendientes se decian. Asombrados de las contestaciones que daba el hombre de *ruana*, cambiaron una mirada y fijando en seguida sus ojos en Díaz le hicieron cierta seña, con la cual le dieron á entender que habia hallado la horma de su zapato.

Don Ventura frunció la boca, hizo una giñada y dijo entre dientes:

—A fe que no es un mandria el *ruaneta*.

En este momento entró en la pieza un criado y puso en el centro de la mesa, donde nuestros caballeros cenaban, una bandeja con un lechon relleno que humeaba y despedia un olor tan fuerte que habria abierto el apetito á un enfermo de indigestion ó haitera.

Sucedia esto en el instante en que Chepillo acababa de engullirse la sopa y el pan. Hallándose satisfecho se levantó de su asiento, pagó lo que se habia comido y se despidió con urbanidad de los señores cenadores.

—Hola!.... hola!.... no se vaya usted, le dijo Don Casimiro (quien no habia perdido una palabra del diálogo y deseaba que continuara), esperese usted y si gusta pone en el estómago, como añadidura á su cena, una presa de este cochinillo.

—No, señor, no quiero cenar lechon; que le haga á usted provecho, respondió el mozo con cortesía.

—Usted dirá que perro no come perro ¿no es verdad?

—Sí come, y en prueba de ello va usted á ver que sin repugnancia me manduco una tajada de ese animal de mi especie, dijo Chepillo reprimiendo la cólera que le produjo semejante insulto y dando á entender que tenia correa.

En seguida se acercó á la mesa, extendió un brazo, cogió la bandeja donde estaba el lechon y la hizo resbalar sobre el mantel hasta colocarla á corta distancia de su cuerpo. Luego tomó un tenedor y un cuchillo y se puso á amolar éste en aquel como lo hiciera un cosinero experimentado.

—Si ese aimal, le dijo Don Casimiro, fuera pavo o gallina, le aconsejaría á usted que se sirviera la *pechuga:* pero ya que es un lechon le encargo que se engulla las orejas, que es bocado de *orejon.*

—Me comeré las orejas, dijo con calma Chepillo, pero siempre que usted me acepte la pieza que al cochinillo le sobra, porque de nada le sirve, y que á usted le falta porque debe llevarla.

—La cola!.... la cola!.... gritó uno de los literatos soltando una risotada.... Bravo!.... bravísimo!.... Que siga la zumba que está de alquilar balcones.

—No podré saber, dijo Don Casimiro frunciendo el entrecejo, quién es usted que tan insolente se muestra?

—¿Y usted no me hará el honor de decirme quién es, que tan provocador se manifiesta? le preguntó Chepillo con chocarrería.

—Yo soy el coronel *Casi-miro Nublado*, uno de los héroes afortunados de la accion de *La Culebrera*, acostumbrado á *matar culebras*, como usted debe suponerlo.

—En esta vez no le arriendo las ganancias, dijo el mozo, (*aparte*), como en las representaciones teatrales, pues bien puede suceder qué el matador de serpientes muera ahogado entre los anillos de la que intenta despachurrar.

—Amenazas!....y por quién?....Sepásmolo! gritó Don Cásimiro con un acento de irritacion que no podemos pintar.

—Por un descendiente del *marques de San Isidro*, que no mira nublado sino muy *clarito*, dijo el mozo con reposado continente, aludiendo al nombre y apellido de su contendor.

—Voto al chápiro, hé? con que tengo que habérmelas, nada ménos que con un caballero noble á quien tal vez la mala suerte ha empobrecido? dijo acentuando irónicamente cada una de las palabras que iba pronunciando.



—Nada ménos, respondió Chepillo, clavando el tenedor en el lechon para empezar á despresarlo.

—Atrevido!.... le gritó Don Ventura con un acento que envolvia el más acre vituperio, sepa usted que estoy resuelto á hacer en su cuerpo cuanto usted haga en el de ese cochinillo.

—Sí, dijo Don Casimiro con atronadora voz, harémos con usted lo que usted haga con el lechon: lo entiende? señor *marquesillo.*

El diálogo comenzado con burla y como en chanza se tornaba sombrío y amenazador. Nuestro héroe, viendo el giro que tomaba, quiso verle el fin y con efecto aceptando el reto dijo:

—Con que harán ustedes conmigo lo que yo haga con este animal?... Muy bien; ya veremos!

Y poniendo el tenedor y el cuchillo sobre la mesa, cogió el lechon de una pierna y le metió el índice de la diestra por.... ¿Por dónde se lo meteria el truhan de Chepillo, cuando no sabemos de qué suerte decírselo al lector? Pues bien, se lo introdujo por donde le pareció conveniente, y en seguida se lo sacó lentamente y se lo chupó con vehemencia, como si fuera un caramelo. Ejecutada esta accion se cruzó de brazos, tomó un ademan chocarrero, dirigió una mirada de burla á los sujetos que tan séria amenaza le habian hecho, y les dijo:

—Espero que ustedes, valientes caballeros, cumplirán puntualmente su palabra.

Los literatos cambiaron una mirada con sus compañeros y soltaron una risotada.

Incontinenti Chepillo les hizo á todos una profunda reverencia y desapareció, dejando confundidos y abochornados á los dos truhanes que habian querido ponerlo en ridículo.

Pronto el mozo se reunió con su señor y un instante despues juntos salieron de la fonda.

Trascurrida média hora, amo y criado dormian tranquilamente en su lecho.

CAPITULO VIII.

Donde se ve que no toda mujer que es bonita de noche lo es tambien de dia, ni toda la que habla mucho es ilustrada.

CUANDO el dia amaneció, el general despertó en su cama; cosa á la verdad rara en un militar.

Levantóse á la hora acostumbrada, (entre nueve y diez), se afeitó, se bañó, se tiñó las canas de los vigotes y de la cabeza con cosmético negro; se peinó y perfumó, como un refinado lechugino y se vistió un magnífico uniforme, como si fuera á pasar revista general ó de inspeccion. Hecho esto, se paseó un rato en su cuarto, y aburrido de ver que el tiempo no corria, salió á la calle anduvo arriba y abajó; almorzó y volvió al cuartel de mal humor.... Jamás habian pasado las horas para el general con más lentitud como las de aquel dia.

Al fin sonó la tan deseada y nuestro héroe se lanzó á la calle en direccion de la casa de su amada.

En aquella sala donde el paje del general representó una verdadera comedia, estaba Petrarca como á eso de las cuatro recostada en un

gran sillon forrado en tripe color de cereza. Su peinado era un poco grotesco, pues lo tenia recargado de flores, cintas, plumas, peinetas y cachumbos. Su vestido era de gro color de grana y sobre él resaltaba el blanco subido de un cuello de encaje y unos puños de punto, admirablemente trabajados.

La emocion que agitaba á nuestra heroina crecia al aproximarse la hora en que debia llegar el general, y no obstante esa agitacion, leia atentamente en un libro de lujosa pasta, en cuyo lomo habia escritas estas palabras; LAS MIL Y UNA NOCHES.

De repente se presentó el general en el umbral de la puerta y aunque clavó su mirada en la faz de Petrarca no pudo leer en su semblante la impresion que le hiciera la lectura de las páginas que recorria con ávidos ojos. Sabeis por qué? Porque la cara de Petrarca tenia pasta como el libro en que leia, y un libro cerrado no lo lee ni el mismo Diablo, que segun la opinion de las beatas es un excelente mágico.

Si señor lector, no lo creereis; pero es verdad que la cara de Petrarca era empastada y la pasta bella en toda la acepcion de la palabra; rosada, pulida, fresca, deslumbradora, que ocultaba la vejez de la obra *rústica* haciendola aparecer ápénas de unos 24 años. Esta dama cubria con una espesa capa de cascarilla y colorete por lo ménos dos lustros, que para una mujer como Petrarca, que empezaba ya á declinar, no era poca cosa, borrar de su vida diez años, y volver á una edad florida con la cual lograba hechizar á cuantos la veian.... de noche. Petrarca se retocaba en términos que cuando se estaba inmóvil parecia más bien una estatua quiteña que una bonita hija de Eva. Sinembargo tres cosas indicaban que habia vida en aquella máscara de *yeso*; los ojos, la boca y la voz.

Los ojos grandes, negros, centellantes, lanzando vivos resplandores y moviéndose en todas direcciones siempre que su lengua espresaba las distintas emociones de su alma.

La boca pequeña, de lábios color de rosa que remangaba hácia la nariz, á la derecha y á la izquierda, como para ostentar unos dientes parejos, blancos y tersos cual teclado de nácar de un acordion pequeño mirado por una lente de diminucion.

La voz dulce y armoniosa que producia notas delicadas, que salian suavemente por entre esa admirable dentadura, como salen las del acordion por encima de sus nacaradas teclas.

Petrarca, tanto por su lado físico como por su lado moral incitaba siempre la risa y nunca inspiraba respeto ni consideracion. Las personas sensatas que se acercaban á esta mujer *semiartificial*, se burlaban de ella por dos cosas, á saber: por su máscara tiesa, encarnada y reluciente y por su insulsa y fastidiosa bachillería.

Nuestra heroina se pintaba mucho y hablaba demasiado porque pretendia dos imposibles: ser la reina de las bellas, y la persona más ilustrada en literatura, en geografía, en historia, en política y en otras materias que *por moda* se enseñaban en Bogotá en ese tiempo.

Para alcanzar el primer trono (qué no podia conquistar ya con su hermosura natural, porque habian pasado sus bellos dias), ideó una careta de cascarilla iluminada con arrebol, que no dejaba de alucinar á los tontos.

Para conseguir el segundo trono se dijo:

—Tengo un gran talento y mucha aficion á la lectura; no debo hacer sino es leer mucho y meditar algo y con esto tengo para saberlo todo.

Desde que tal cosa pensó, se dedicó á leer, sin método ninguno, cuantas obras didácticas caian en sus manos y cuantas novelas antiguas y modernas habian venido de allende los mares. Cuando habia leido unos treinta volúmenes se creyó llena de erudicion y sabiduría y deseando lucir su ilustracion, comenzó á emplear en la conversacion los términos más rimbombantes; á emitir en los discursos las ideas más incoherentes y á sacar, de cuanto leia, las deducciones más disparatadas y antilógicas, porque la pobrecita era cerrada de entendimiento como todas las que se precian de tener talento claro y despejado.

Como se creia una madama *Stael*, se entregó á escribir al público cuanto se le venia á las mientes, sin advertir que el público podia discurrir y pensar que la atrevida escritora pensaba y discurria no como una madama *Stael*, sino como una madama *estólida*....

Recostada estaba, esta señora, en una silla, como lo hemos dicho, cuando se presentó el general en el umbral de la puerta. Petrarca apartó los ojos del libro para ponerlos en su amante, se enderezó un poco y con la mayor amabilidad le dijo con tono y ademan de cómico.

—A qué rara casualidad debo la inefable dicha de ver á usted en la puerta de mi confortable retrete?

—Me trae á su casa la invitacion que usted tuvo la bondad de hacerme anoche al salir del teatro, le respondió el visitador.

—Segun eso, mi caro general, usted habia resuelto no volver á mi morada si yo no desplegaba mis labios para decirle: venga usted? dijo Petrarca cerrando el libro que tenia en la mano, poniéndolo á un lado y señalándole á su amante una silla para que se sentara.

—Oh! no, grandes deseos tenia de visitarla, pero no lo habia hecho porque he estado indispuesto, contestó el general, sentándose en la silla que le mostró Petrarca.

—Lo siento, señor mio, en los pliegues más recónditos de mi alma.

—Gracias!.... ¿y usted ha estado bien?

—Oh! no, general; el susto de la otra noche desarrolló en mi máquina un *espistótono*, ó sea una conmocion nerviosa tan violenta, que temí que parara en un síncope. Despues, á causa, seguramente, de la fúnebre melancolía que torturó mi corazon, estuve por largo espacio sufriendo vigorosas convulsiones en el diafragma.

—Ah! sí, quiere usted decirme que tuvo hipo, ¿no es esto?

—Sí señor, y ha de saber usted que semejante enfermedad es en mí del todo exótica y agena de mi complexion.

—Bien, dijo el general, me ha dicho usted que estuvo indispuesta por consecuencia del susto que le infundió la repentina aparicion del capitan; pero no me ha contado cómo la pasó esa noche ni qué camino tomó.

—Oh! no quisiera acordarme de ese nocturno suceso, dijo apretando los dientes y los puños, se me enciende la sangre de ira al considerar que fuí víctima de un gran terror y que ese terror fuera pánico. Voy á referir á usted en pocas palabras mis movimientos corporales y mis inquietudes, zozobras y tribulaciones espirituales de esa horrorosa noche.

Cuando se presentó mi cónyuje en el umbral de la puerta me quedé frígida y espantada; pero no obstante tuve ánimo para deslizarme por la recámara de la diestra y exhibirme en el corredor, con la velocidad y rapidez que pudiera hacerlo un perico ligero. Sin detenerme un ápice, huí como una exhalacion por la puerta que da al pensil. Rozagante y

altiva cual Minerva Cazadora, me interné entre los bosques de dálias, de jazmines y de tulipanes, sin advertir que los aromas son nocivos en altas horas de la noche. Ay! no sé cómo no caí exánime al espirar las volátiles esencias de las flores.... Los perfumes de las corolas y los pétalos antipatizan conmigo como el sol con la nieve.

Pero me he desviado de mi relacion, vuelvo á tomar el hilo de ella.

La noche estaba oscura, pues la reina de las tinieblas no recorria á esa hora con su plateada faz el camino sembrado de estrellas que tantas veces ha discurrido. En su ausencia las sombras envolvian el espacio y las plantas del jardin parecian amortajadas con paños negros. A esa hora de reposo, de quietud y de silencio, en que el espíritu está dispuesto, más á la oracion que á las malignas pasiones, el travieso cefirillo hacia besar las flores, empujando al clavel sobre la rosa; al tulipan sobre la dalia y al jazmin sobre la crespa amapola. Imagínese usted mi querido general, cual seria mi vergüenza al ser testigo de ese libidinoso contacto!.... los tintes del pudor sonrojaron mis megillas y mis ojos se empaparon de castas lágrimas. Aterrada huí de tan funesta mansion; desgreñada y fuera de mí llegué á la puerta falsa, la abrí salté á la calle y me fuí á buscar albergue en el caro hogar de los EDITORES de mis dias.

El resto de la noche fué para mí espantoso. Ansiosa de tranquilizar mi alma, me metí en la cama; pero Saturno mostrándoseme desdeñoso no hizo á mis ojos una sola caricia. Privada del sueño, que es el alivio de los dolores, me ví acosada de cuantos males se encerraban en la caja de Pandora. Mil pensamientos caliginosos y fatídicos cruzaban por mi frente como sombras negras. Mi corazon, oprimido por el peso de mis inquietudes destilaba gruesas gotas de acíbar. Sensible á tantos pesares fuí luego víctima de un deslumbramiento inefable que trastornó mis sentidos. Fuera de mí, casi loca, empecé á ver al traves del prisma del temor á mi buen consorte y á usted, querido general, que empuñaban uno y otro su afiliada y reluciente espada y que en singular lid se acestaban impías y descorteses estocadas; que á cada instante la lucha se hacia más encarnizada y feroz y que de repente ... (Oh! esto que sigue es horroroso!....) y que de repente veo y siento caer en tierra un cuerpo pesado, y oigo al mismo tiempo un grito de dolor y una maldicion contra mi nombre. Oh! al llegar aquí; mi desesperacion llegó á su colmo!... Despues de esto, me estuve quieta un buen espacio de tiempo y poco á poco volví en mi acuerdo. Como mis tormentos venian de mi desvelo y mi desvelo de mis recuerdos, invoqué á las nueve musas de los romanos; á las vestales de los griegos; á las pitonizas de los iberos para que con su mágico poder auyentaran de mí ese espíritu de alas negras que laceraba mi corazon, extraviaba mi pensamiento y disipaba el sueño de mis ojos; pero nada.... todos esos génios de la edad media se mostraron sordos á mis clamores. Despues de mi delirio vinieron á pesar en mi cerebro pensamientos reales. ¿Qué será del general y el capitan? me decia; si la espada de mi esposo estará á la hora esta teñida en la sangre noble de mi mejor amigo? Atormentada por la incertidumbre renegaba del país donde vivia y recordaba á la culta Europa en donde, á esa hora habria tenido facilidad de saber lo que pasara en el cabo del mundo. En qué ciudad, en qué villa, en qué distrito del viejo Continente no hay gitanas y otras personas dotadas del don maravilloso de verlo y de saberlo todo? ¿En New-York, Egipto, la Persia, Teheran, Ispahan, Lima, Washington, Francia, Paris, el Cairo, en toda la Europa, en fin, no hay hechiceros, nigrománticos, *liliputienses*, gladiadores, gitanas,

mágicos, juglares y prestidigitadores que saben el pasado, el presente y el porvenir ?.... La incertidumbre que es peor que la misma desgracia, me sumió en una profunda melancolía y ésta arrancó de mis ojos copioso llanto. La pérdida de tantas lágrimas debilitó mi cerebro y esto fué causa para que al fin y al cabo me durmiera.

El general hizo un gesto horrible como si las palabras de Petrarca le hubieran producido en el oido el mismo disgusto que produce un olor nauseabundo al aspirarlo.

La bachillera continuó,

Cuando desperté, el viento del Mediodia llevó á mis oidos las vibraciones del péndolo de la Catedral, que daba las seis.

Las seis son, me dije, y me arrojé de la cama al alfombrado pavito. Volando me vestí y ligera me trasladé á casa. Temerosa entré en ella creyendo encontrar aquí y allí las frescas huellas de un asesinato; pero nada, no hallé ninguna fatídica señal. Entónces una sonrisa de felicidad se dibujó en mis lábios y una lágrima de placer rodó por mis mejillas, cual gota de aljófar sobre la tierna flor. Tranquila me senté en esa poltrona en que usted descansa, y rebosando de contento me puse á desbaratar el negro castillo que mi imaginacion acalorada habia fabricado en las últimas horas de la noche.

—Oh! qué mujer para disparatar! dijo el general de dientes para adentro, cree la estúpida que há hablado en español y no ha hecho sino charlar *en cotorra*.

—Bien, añadió de dientes para afuera, y cuando usted se vió con el capitan que le dijo él?

—Cuando me ví con el capitan?

—Si.

—Bah! qué iba á decirme?

—Cómo! que, qué iba á decirle?

—Segun eso usted ignora....

—Conque no reconvino á usted porque se quedó fuera de su casa? le interrumpió el general, ¿no le contó que habia intentado suicidarse porque habia perdido todos sus bienes? ¿no le dijo que esa noche habia sorprendido á un ladron en el patio y tratando de matar al gato á estocadas?

Petrarca en contestacion soltó una carcajada tan estrepitosa que la piel de la cara se le contrajo y se le estiró en términos de requebrajársele el barniz de la frente y las megillas.

El general un poco picado le preguntó:

—De qué se rie usted? señora.

—De pensar en la cara que usted haria debajo de la cama sin estar expuesto á ningun peligro, pues todo fué una ficcion.

—Cómo! una ficcion?

—Ha de saber usted que no fué mi cónyuge quien mostró en el umbral de la puerta su serena faz.

—Dice usted que no fué el capitan el que esa noche....

—Como lo oye usted.

—Pretende usted hacerme creer que todo fué un sueño?

—Un sueño no; mal hiciera en querer convertir el sol en luna, ó el dia en noche, que es lo mismo.

—Afirma usted que el capitan no fué quien nos sorprendió esa noche en que usted tuvo que huir y yo que resignarme á perder la vida; ántes que resolverme á matar á mi mejor amigo?

—Todo cuanto usted vió y oyó esa noche no fué más que una burla.

—Una burla!

—Sí, una chanza de....

—De quién? por qué no acaba usted?

—De cierta persona.... de.... Pero no, no le digo; quiero que usted adivine.

—De algun nigromántico, acaso?

—Ignoro si Chepillo es nigromántico.

—Ha dicho usted que Chepillo!

—Parece que he pronunciado claramente todas las letras de ese participio.

—Usted se chancea.

—Escúche usted general.

—Muy bien, hable usted.

—Sé de una manera evidente que Chepillo esa noche de risible recordacion, deseando divertirse con los dos, comprometió á Urraca á que le consiguiera un vestido de mi esposo; que ésta le llevó la ropa que le pedia; que se disfrazó con ella; que imitando la voz y los movimientos del capitan se presentó de repente en la puerta, y que con semejantes vestido, tono de voz y ademanes logró hacernos creer que él no era él, sino que era quien no era.

El general sintió que le subia una ola de sangre del corazon á la frente.

—Ah! sí eso es cierto, desgraciado del tuno, exclamó lleno de coraje.

—Tan cierto como haber existido Don Quijote de la Mancha; como haber conquistado Francisco Pizarro á Méjico; como ... haber sido degollado Ciceron de órden de Tolomeo XII rey de Siracusa, dijo Petrarca *aprovechando la oportunidad de lucir su erudicion.*

—Se ha propuesto usted burlarse de mí? le dijo el general no poco irritado.

—Yo! por qué habia de burlarme de usted?

—Su modo de expresarse no me deja duda.

—No comprendo....

—Dice usted que es tan cierto que Chepillo fué el de la burla como haber existido Don Quijote; como Pizaro haber conquistado á Méjico; como Ciceron haber muerto asesinado por los esbirros de Tolomeo XII rey de Siracusa ¿no es verdad?

—Bien, y qué?

—Que como Don Quijote es un personaje imaginario; como Pizarro no conquistó á Méjico sino al Perú; como fué Pompeyo y no Ciceron el asesinado de órden de Tolomeo XII y como éste era rey de Egipto y no de Siracusa.... luego....

—General! yo he leido algo, le interrumpió la érudita á la violeta, con aire de vanidad.

—Oh! cómo voy á dudarlo cuando mis ojos me lo están diciendo? Si no me equivoco, el libro que tiene usted ahí cerca es el mismo en donde leia cuando yo entré, y si mi vista no me engaña es la novela titulada *Las mil y una noches*.... Pero.... seguramente usted olvida lo que va aprendiendo, ó los libros donde usted lee no le enseñan historia.

—Es posible, caballero; ó tengo mala memoria, ó los libros donde leo no me instruyen en la vida de los grandes génios, repuso Petrarca moviendo la boca, los ojos y la cabeza de un modo que daba á entender que ni tenia mala memoria ni eran fabulas lo que leia.

—Entendámonos, le dijo el general.

—Muy bien.

—Dígame usted clara y distintamente si es verdad que no fué el capitan quien nos dió la sorpresa, sino Chepillo disfrazado con la ropa de aquel.

—Sí señor, fué el criado de usted, y en seguridad de mi asercion le hipoteco mi laringe; mi caña vertebral, mis dos cartílagos, cuanto usted quiera.

—Basta, señora, me hará usted un bien en no hipotecarme más piezas de su cuerpo; de ello le quedaré agradecido, así como tambien de que me diga cómo llegó á su noticia que Chepillo fué el de la broma.

La persona que me contó todo, me rogó no descubriera su nombre.

—Esa persona no puede ser otra que Urraca.

Petrarca no respondió.

—¿Pero está usted segura de que mi criado fué el de la pillería?

—Más que segura, señor. Tengo evidencia de que esa noche á que nos referimos, se representó en esta casa una comedia; y ha de saber usted que, si yo tuviera el númen poético de Nelson, pondria en verso heróico esa travesura.

—Si tuviera el númen poético de Homero, querrá decir usted. Nelson no conocia sino el arte de matar gente, y ese arte no tiene nada de poético; al contrario, es prosaico como la muerte.

—Sí, sí, tiene usted razon, queria hablar del romano Homero.

Parece que Homero no era romano sino griego.

—Lo mismo es, porque siendo Roma la capital de Grecia, al decir que Homero era romano digo implícitamente que era griego.

El general movió la cabeza de derecha á izquierda y de izquierda á derecha y se dijo: Jesus! qué atrevida es la ignorancia!.... pero en fin, nada de extraño tiene lo que ha dicho, pues ello es natural en boca de una bachillera.

En este momento entró Urraca y dijo:

—La señorita Fresolina Montoya, de visita.

—Que siga para la sala; que pase adelante, respondió Petrarca con vivesa. Es mi mejor amiga, añadió, dirigiéndose al general; la amo entrañablemente porque es tan amable y generosa. Nunca se presenta en mi casa sin traer un objeto digno de agradecimiento. Seguro es que viene á convidarme, ó á un *ambigú*, ó á una *suaré*, ó á un paseo ó á otra alegre diversion. Se da una vida de reina; pero hace bien; para ello tienen sus padres bastantes bienes de fortuna.

Apénas expresó Petrarca estas palabras, el general se levantó de su asiento, cogió su sombrero y dijo:

—Deme usted sus órdenes....

—Se va usted? oh no!.... esperese y tercia en la conversacion con su contertuliana. ¡Es tan agradable y simpática!

—No puedo detenerme: tengo una cita para esta hora.

—Siempre que viene usted á mi casa de dia, queda comprometido en la calle; espero que alguna vez venga libre.

—Le prometo que en la siguiente visita seré toda la tarde suyo, dijo tendiéndole la mano.

Petrarca estrechándosela le dijo con ese acento dulce que le era peculiar:

—Adios mi excelente amigo; ojalá que no olvide el camino, ni lo vuelva á espantar su criado, envuelto en la capa de mi marido.

—Pierda usted cuidado que ahora soy yo quien va á espantar al perillan.

El general salió de la sala y Fresolina entró en ella.

CAPITULO IX.

Donde se vé cómo canta Chepillo al són que el general mandó que le tocaran.

LA PERSONA que esta historia lea tendrá deseos de quedarse en la visita con las señoras, si es hombre, y de seguirle los pasos á nuestro héroe, si es mujer. Nosotros, galantes como somos, damos la preferencia al sexo hermoso, y por eso nos vamos detras del general.

Ademas de esta consideracion tenemos otra; y es que la señorita Fresolina no es personaje esencial sino accidental de nuestra historia, que acaso no volverémos á poner en escena sino otra vez. Si la hicimos entrar en la sala de nuestra heroina, fué no tanto por darla á conocer al lector (aunque era bueno que la conociese con anticipacion) como por sacarnos al general de la casa y terminar el capítulo variando de escena. Bien sabemos que esto es contra las reglas del arte antiguo; pero no contra las del moderno, pues hemos visto que los literatos del dia introducen sin necesidad personajes en el proscenio para que los que allí estén puedan salir por la puerta por donde los otros entren, á fin de que vayan á continuar su papel á otra parte, y como somos aficionados á las reformas literarias, hemos, por esta razon, metido arrastrando de los cabellos á la dicha señorita en la sala de la casa de Petrarca y sacado de ella con disimulo al general y ya que tal hicimos, ofrecemos el brazo á nuestra lectora para que nos acompañe á donde él vaya.

El general M.... así como salió de la casa se dirigió al cuartel de San Francisco.

Sigámoslo.

Luego que entró en él le dijo á Chepillo.

—Llámame á un cabo.

El criado obedeció.

Así como el cabo se presentó delante del general este le dijo señalándole á su lacayo.

—Haz que le den cien palos á este bribon y cuando esté curado del maltrato es mi voluntad que forme con la tropa y que no salga nunca solo del cuartel.

El mozo asustado le preguntó:

—Por qué manda usted que me apaleén?

—Es una broma, contestó el amo, es que quiero divertirme un rato contigo, así como tú te diviertes de vez en cuando conmigo.

—Yo? señor, que caiga un rayo y me parta si alguna vez me he burlado de usted.

—No es un rayo sino ciento, los que van á caer sobre tí.

Y dirigiéndole la palabra al cabo, añadió:

—Vamos! ejerce inmediatamente el poder de Júpiter.

El cabo miró al general de un modo que parecia decirle:

—No entiendo lo que usted me dice.

El general comprendió el significado de esta mirada y le dijo:

—Da cumplimiento á mi órden.

—Perdóneme! mi querido señor, exclamó el mozo cayendo de rodillas á las plantas de su amo.

—Primero perdono una bofetada que una burla, respondió, y se marchó léjos del cuartel.

Chepillo quiso seguirlo, pero no pudo porque cuatro soldados se apoderaron de él y arrastrando se lo llevaron á un lugar llamado *El Tormento*, donde lo pusieron boca-abajo sobre un banco y lo sujetaron á él con una cuerda.

Al verlo el cabo en semejante posicion, le hizo cierta seña á un soldado, destinado á servir de verdugo, quien se armó al momento de una vara de rosal; se colocó á un lado de la víctima y dió principio á su oficio. Miéntras que los palos iban y venian un pensamiento ocupaba la mente de Chepillo, no obstante el dolor que lo hacia gritar.

—Cómo demonios habrá el general descubierto la tramoya? se decia.

De repente dió un alarido lastimero y dijo:

—Maldita sea Urraca.... esa deslenguada es la causa de que me asesinen.... ella es quien ha despepitado todo á la señora.

O Chepillo era adivino ó era brujo, pues á decir verdad, la moza le habia contado á su señora la travesura que era causa de la paliza, por hacer ostentacion de la gracia que tenia su amante para remedar.

Cada golpe que el verdugo descargaba sobre el paje, hacia cantar á este en alta y desentonada voz, y contar al cabo. No bien el guarismo llegó á ciento, dijo el contador:

—Basta, la órden está cumplida.

El infeliz mozo quedó tan desbaratado que sus mismos verdugos compadecidos de él lo llevaron en brazos á un cuarto del piso más elevado, y lo colocaron allí en una camilla.

Muchos de nuestros lectores recordarán que en 1848 el cuartel tenia del lado del Sur en la parte más alta del muro una ventana embebida, de balaústres de hierro que miraba al rio San Francisco, ventana que no ha podido dejar de observar todo el que haya pasado por el antiguo puente de piedra en esa época. Hoy el que pase por el mismo puente no verá ya la ventana expresada sinó un balconsito que en línea vertical da, no sobre el agua como daba la ventana, sino sobre el piso de una caballeriza construida posteriormente contra la pared del cuartel entre el lecho del rio. Esa ventana tantas veces mencionada, daba luz á un cuartico de mezquina apariencia, y en ese cuarto fué donde pusieron al desdichado mozo por ser el hospital de los apaleados.

Sábese por tradicion que el dolor de las heridas arrancaba de la boca del pobre mozo lastimeros ayes que iban á perderse en el alborotado ruido que las ondas del rio producian al estrellarse contra el muro del cuartel.

El que en el dia de hoy suba al mismo cuarto no oirá semejante ruido, ya porque entre el rio y el muro se interpone la pared de la caballeriza mencionada, ya porque el agua se ha secado en términos de haberse convertido el rio en un miserable riachuelo.

Lector que conoceis á Bogotá, me parece oiros exclamar al llegar á este punto:

—Voto al Diablo! eso de que fuera caudaloso en 1848 el rio de San Francisco no estaba en *mi librito*.

Desde ahora os respondemos:

—Es posible que tal fenómeno no estuviera en vuestro *librito*; pero sí lo está en el que escribió cierto viajero frances, en donde, si lo leis, sabreis que en la época expresada, el rio San Francisco era majes-

tuoso por el caudal de sus aguas, y rico por la abundacia y calidad de sus peces. * En el mismo libro aprendereis lo siguiente, que es más curioso aún: que los frailes del monasterio de San Francisco (edificio que se eleva en una de las márgenes del rio) careciendo de bienes de fortuna y no queriendo vivir de petardistas, se alimentan (ó se alimentaban, porque gracias á la última revolucion ya no existen), con el pescado què desde las rejas del convento sacaban prendido en *sus agudos anzuelos* †

Volviendo á nuestro cuento, dirémos que digimos que los gritos del enfermo se perdian en la resonancia de las olas que azotaban el muro del cuartel y nadie dudará de que hemos expresado la verdad si es que se da entero crédito al viajero mencionado. Bien, pues; Chepillo gritaba sin que nadie lo oyera; por dos razones: la primera, porque lo impedia el ruido del agua de que hemos hablado, y la segunda (que debia ser la primera por ser la principal) porque nadie se acercaba á la puerta del cuarto donde el mozo yacia en el lecho del dolor. Los soldados aunque acostumbrados á ver sufrir, le huian al enfermo porque los ayes y suspiros eran una música á la cual no habian podido habituarse.

Diez dias llevaba Chepillo de cama cuando una tarde se presentó un hombre delante de su lecho, y lo saludó afectuosamente.

El combaleciente al verlo se incorporó dando muestras de alegría, y díjole:

—¡Oh Perico! cuánto gozo en verte.

—Señor, con que muy mal lo han tratado? como se siente de sus heridas?

—De mis heridas ya estoy mejor, hombre; pero dime, que milagro es verte?

—Toma! el milagro no es mio, sino de otro, respondió el recien llegado.

—Segun eso ¿te han traido arrastrando?

—Nada ménos señor; con un dogal al cuello.

Es decir que te dejaste atrapar?

—Qué iba á hacer? me vi en tierra ajena sin cuartillo y sin amigos me desesperé, volví á mi pueblo y me pusieron la mano.

—Qué camino llevaste, la noche que te escapaste y dónde has estado desde entónces?

—La noche en que aprehendieron á su merced pude escaparme milagrosamente en uno de los caballos ensillados; me trepé en el castaño y abrí carrera. El mismo Diablo que se me hubiera puesto por delante no me habria atajado.... Jesus! cómo me zumbaban los oidos! Sabe su merced dónde fuí á resollar?.... Caramba si corrí, seria la madrugada grande cuando entré al pueblo de Hatoviejo. Ahí me detuve, golpeé en la puerta de una tienda; pedí una copa de anisado, la dejé escurrir entre pecho y espalda, la pagué y se las metí al *mocho*!.... Qué animal tan alhaja!.... todavía estaba altico el sol ese otro dia, ó diré

* No son sátiras al Conde de Gabriac por lo que de Bogotá dice en el *mentiroso libro* que no ha mucho publicó, sobre el viaje que hizo al centro de la América Meridional. Nos referimos á otro viajero más embustero que el Conde.

† Que los franciscanos hicieran uso de su anzuelo para alimentarse, lo dejamos á la consideracion del lector. Asi mismo dejamos á su juicio lo siguiente: si por suculentos que fueran los peces; si por flaco que fuera el viajero que tal escribió; si por grandes que fueran sus deseos de engordar, se habria comido el tal escritor una docena de semejantes animalias. Nosotros creemos que no se habria manducado un solo peje, ni en penitencia que su confesor le hubiera impuesto en remision del pecado más negro, cual es el de la infraccion del octavo mandamiento.

mejor, ese dia en que me bebí la copa de *chimpín* en Hatoviejo, cuando entré en la ciudad de Tunja. En ese pueblo me estuve unos dias; pero qué gastos!.. María mater!.... cómo se va el dinero en tierra ajena! En ménos de un parpadear consumí los pocos reales que llevaba. Entónces me dije: —"Debo vender el caballo; así disminuyo una boca y aumento los recursos para la mia." Sin pensarlo más, busqué comprador y salí de él. Tras del *paton* se fué la silla, y cuando me ví *lámparo* me dije: "Perico, patas para tu tierra." Diciendo y haciendo emprendí el viaje para hacer lo que el leon herido que procura siempre ir á refugiarse al fondo de su cueva. Una vez en mi casa no faltó un buen cristiano que me denunciara, y con tal aviso se preparó una noche la policía y me echó el guante.

—Y en derechura te trajeron al cuartel? le preguntó Chepillo.

—No lo creerá su merced; pero no bien amaneció el dia me pusieron un lazo al cuello; me amarraron las manos como á un Cristo, y me trajeron al trote, como si estuviera haciendo mucha falta en este sitio.

—Has de saber que no me desagrada tener un compañero en mi desgracia.

—Mal de muchos consuelo de necios, dice el refran, señor Don Chepe.

—No solo de necios es consuelo, sino de todo hombre atribulado.

—Si así es, aquí estoy para consolar á su merced.

—Si éstás en buena disposicion, te confio un secreto.

—Bien puede.

—Sabrás que tengo un proyecto que es toda mi esperanza.

—Cuál?

—El de desertarme.

—Difícil me parece.

—No tal; pretendo escaparme por esa ventana; y la señaló.

Perico se acercó á ella, metió la cabeza por un claro que dejaba la falta de un balaústre, midió la altura con la vista y dijo:

—Por esta ventana se va cualquiera á los infiernos en ménos de un segundo ¿Es allá donde su merced piensa ir?

—Qué! crees acaso que soy tan estólido? Escúcha mi plan: cojo una cuerda, la ato á uno de los balaústres y me deslizo suavemente por ella hasta llegar á la superficie del agua.

—Y en dónde está la cuerda?

La cuerda tú me la consigues; ese es cabalmente el servicio con el cual puedes darme un gran consuelo.

—Se la consigo como ahora ser media noche; solo que estuviera loco.

—Por qué?

—Diablo! no le satisface á su merced verme aquí con chaqueta colorada, sino que quiere que me muelan los huesos á palos, como se los han molido á su merced?

—Bah! para que no nos descubran el pastel tomamos todas las percauciones.

—De qué le sirvieron á su merced las que tomó la noche en que le hecharon el guante en Guatavita?

—Ah! esa noche no caí en el garlito por culpa mia.... Si Don Pio no se mete á hacer *fandango*, otra era mi suerte el dia de hoy.

—De que le sirvieron las precauciones que tomó el dia en que se dejó atrapar del alcalde de La Mesa?.... Qué! ¿piensa que no he averiguado su vida?

—Oh! confieso que en esa vez me faltó talento para obrar.

—De que le valieron las que tomó la noche en que se burló del general M....

—Voto al Diablo! no me importunes.

—No es más que un *recorderis*.

—Vamos; me consigues la cuerda, ó no me la consigues?

—No caballero, no me comprometo.

—Bueno, si no quieres prestarme ese servicio, convengamos en una cosa.

—Diga á ver.

—Desertémonos entrámbos. Yo buscaré mi libertad solo; pero cuando sepas que la he alcanzado, desértate tú y vete á la hostería de la tia Pánfila donde precisamente me encontrarás.

—La hostería de la calle Honda?

—La misma.

—Vea su merced; esa proposicion no es tan mala.

—La aceptas?

—La acepto.

—Cuidado con faltar.

—Su merced sabe que cuando empeño mi palabra no falto á ella.

—Dime una cosa, hombre; tengo curiosidad de saber que suerte corrieron, el fingido sacerdote que me *casó* y el sacristan que cooperó á la travesura.

—A mi llegada á Guatavita supe que el Jefe-político le habia impuesto á cada uno una multa de diez pesos y cien piedras para los cimientos de la torre que están haciendo.

—Qué modo de impartir la justicia! ó á todos multa ó todos al cuartel.

—La ley del embudo, dijo Perico, lo ancho para ellos y para nosotros lo *agudo*. Y tendiéndole la mano al enfermo añadió:

Me voy; hasta más ver.

—Adios! le dijo Chepillo, extrechando con sus dos manos la que le tendia su antiguo mayordomo.

El hombre salió.

CAPITULO X.

En el cual aprenderá el lector más de cuatro cosas que no están en su librito.

ASÍ COMO se restableció Chepillo de sus heridas empezó á pensar sériamente en la evasion. Pero, cómo verificarla? Qué debia hacer para descender, sin matarse de una altura, que media veinte varas por lo ménos? Solamente con el auxilio de una cuerda podia bajar hasta el pié del muro y el mozo carecia de ella.

Esta dificultad no lo hizo desmayar.

—Voy á pensar incesantemente en mi fuga hasta que halle el medio de conseguirla, se dijo una mañana, y entregóse á profundas meditaciones.

Al dia siguiente por la tarde una idea cruzó su mente como una exhalacion cruza el horizonte, y lleno de entusiasmo lanzó un grito de alegría; votóse de la cama al suelo y hechó á decir á grandes voces:

—Me he salvado! me he salvado!.... Chepillo hizo, ni más ni ménos, lo que Arquimedes, cuando halló la solucion de un problema de areometría que tanto habia meditado. Cuéntase que estando en el baño, se salió del agua enteramente desnudo y echó á correr por la ciudad gritando: —Le he hallado!.... le he hallado!....



Chepillo ébrio de placer se puso á observar cuatro tornillos de gran dimension que tenia la cuja donde dormia, y que sujetaban las cuatro columnas sobre las cuales descansaba en otro tiempo el cielo de ella.

—Sacaré estos tornillos, dijo el mozo, haré de mis *calzoncillos* una cuerda, y auxiliado de estas cosas descenderé hasta la ribera del rio.

Expresado lo cual, arrancó haciendo fuerza con las manos, un peinazo de la carcomida puerta; tomó la llave de esta que estaba prendida á la cerradura y sirviéndose de ella como de destornillador sacó los tornillos. En seguida hizo la cuerda tan larga como le fué posible, sin debilitarla. Cuando concluyó esta operacion ya era de noche. Chepillo esperó una hora oportuna, y no bien llegaron á sus oidos las vibraciones de la campana del reloj de la Catedral que daba las diez, se dispuso á la evacion.

El momento no podia ser mejor; la noche estaba muy oscura y una tempestad comenzaba á desencadenarse sobre la ciudad. El huracan silbaba furioso por entre los intersticios que dejaban las hojas carcomidas de la ventana. Los relámpagos vivos y multiplicados, penetrando por entre las rendijas de la puerta y la ventana, iluminaban el cuarto con una luz rojiza que hacia visibles los muebles. Los truenos terribles seguidos inmediatamente á los relámpagos y acompañados de gruesas gotas que se estrellaban sobre el techo del cuartel, indicaban que la tempestad ocupaba el zenit de los habitantes de la ciudad.

—El tiempo me proteje, dijo Chepillo abriendo la ventana y clavando su mirada de águila en el fondo tenebroso de la noche; á la hora esta, añadió, todo el mundo corre para su casa huyendo del aguacero; dentro de un momento las calles estarán desiertas.... Esperemos.

El mozo dejó trascurrir unos pocos minutos y como la tempestad se desplomó, se dijo:

—Manos á la obra.

Decir esto y ponerse en accion, todo fué uno. El mozo tomó la cuerda, que media apénas cinco varas y media; le quitó una parte con la cual se prendió al cuello el peinazo; al otro pedazo (que era de cuatro varas) le hizo en uno de sus cabos una argolla ó llave, lo recogió y se lo metió en un brazo; en seguida se colocó los tornillos en el cinturon de los pantalones y se lanzó fuera de la ventana. Como Chepillo se salió de piés; al sacar todo el cuerpo se suspendió con una mano de uno de los balaústres, miéntras que con la otra buscó una grieta que tenia el muro desde el tejado hasta su base y que él habia visto hacia mucho tiempo. Así como halló la hendidura, llevó la mano al cinturon, sacó un tornillo, lo fijó en la abertura, y á golpes con el peinazo lo aseguró. Hecho esto prendió la cuerda del clavo, por el lado de la argolla y se deslizó lentamente por ella. Luego que llegó al cabo opuesto, clavó otro tornillo en la grieta, como el que habia clavado ántes; se suspendió de él, hizo oscilar la cuerda hasta que se safó la lazada del primer tornillo, y apénas sucedió esto, la sujetó del segundo y descendió otro trecho igual al primero. Chepillo continó así su descenso y no bien iba recorriendo el tercer intervalo le vino al magin un pensamiento sombrio.

—Valgame Dios! decia, si habré hecho mal mi cálculo!.... si me faltarán tornillos para poder llegar á la superficie del agua.

Espiraba en los labios del mozo la última palabra cuando brilló un relámpago que iluminó toda la ciudad, y tras él resonó en el oido de Chepillo, no el trueno consiguiente, sino el grito aterrador del jefe de una patrulla que le decia:

—Alto ahí, señor desertor!.....

El mozo en vez de obedecer la órden, quedandose en el aire oscilando como péndola, abrió las manos involuntariamente y sin pensarlo ni quererlo descendió como un rayo al pié del muro. No vayais á creer lector amabilísimo, que os llevamos ahora, á ver un cadáver ó una pierna quebrada, nada de eso; el desertor estuvo tan feliz en su caida, (*gracias á lo caudaloso del rio,*) que no bien su cuerpo azotó el agua, irguió la cabeza sobre las ondas, y echó á nadar.

Como la patrulla le habia dado el *alto* desde un puente de madera que corta el rio una cuadra arriba del de piedra, el mozo tuvo tiempo para atravesar la corriente; trepar la muralla; saltar á la calle del Comercio y entrarse en una taberna que en el tiempo de que vinimos tratando habia en la casuça que se eleva sobre el arranque del arco del puente del lado izquierdo, tomando éste de Sur á Norte; taberna que merced al progreso material de la ciudad ha sido trasformada en una aseada botilleria.

La tienda rebosaba de plebe, ya por la buena chicha que allí se vendia, ya porque el aguacero continuaba con la fuerza que habia empezado, y cuantos pasaban, ocurrian á alojarse bajo aquel ahumado techo. Nuestro héroe, asustado como iba, no se detuvo en la puerta; con el hombro y la cabeza se abrió calle hasta que consiguió ponerse contra la jamba de una puertesilla lateral que habia fuera del mostrador. No bien llegó á tan deseado sitio, empujó la portezuela y al rodar sobre sus gastados goznes, se ofreció á la vista de Chepillo un cuarto espacioso, de feo techo, cubierto de telarañas; cruzado de vigas negras y colgada de una de ellas una verdadera araña de madera con tres candiles y una vela de sebo. Estas pálidas luces alumbraban varios grupos de hombres y de muchachos, vestidos todos de andrajos, que acá y allá jugaban, los primeros para empobrecerse más y los segundos por divertirse.

Tambien vió nuestro desertor que en torno de los jugadores de naipes, dados y triques se tambaleaban, con los ojos entre cerrados, unos cuantos ébrios, y oyó que con apagada voz decian chistes groseros, propios de aquel horrible lugar. En dos de los rincones del cuarto columbró sendos grupos de pilluelos, que jugaban, el uno al churriburri dando agudos gritos; y el otro al *pite*, silbando piezas bélicas y caminando en los calcañares por no poder asentar sobre el desigual pavimento sus dedos enfermos y envueltos en trapos blancos. Ademas de estos grupos observó, que sentadas en una tarima habia como una docena de niñas desgreñadas y cubiertas de girones de bayeta azul y oyó que unas gritaban y otras aullaban como furiosas. Una decia con voz penetrante:

—Por la señal
De la canal,
Comí tocino
Y me hizo mal;
—Mas hubiera
Mas comiera
Me ahitara,
Me muriera
Poca falta
Les hiciera...

Otra se desgañitaba procurando dominar la voz de la primera.

—Déjame ahora á mí decir el sermon de los pasteles, voceaba:

Predico, predico fieles
El sermon de los pasteles,
La mesa sin los manteles,
El cuchillo en el fogon,
Las ollas en el rincon,
Santa Rita en su balcon;
Comiéndose un mogicon;
Pasa un fraile motilon
Orejas de chicharron,
Diciendo tilin, tilin
Que salga la procesion;
Y acabo con mi sermon.

—Ahora me toca á mí, gritaba otra; voy á empezar.

—Unica, dosica,
Tresica, cuatrana,
Color de manzana
La burra y la pez
Contigo son diez.
En una de nona
De tena catona
De quini quinete,
Estaba la reina
En su gabinete.

Tanpoco escapó al ojo de Chepillo un niño que brincaba en un pié por el centro de la pieza y en torno de todos los grupos, gritando:

—Aserrin, aserran,
Las maderas de San Juan,
Piden queso, piden pan
Triquitrin, triquitran.

Chepillo cobijó primero todo el cuadro con una sola mirada y luego sin pasar adelante lo observó en detal. Cuando no le quedó nada que no hubiera visto, se lanzó al fondo de aquel mar encrespado. El ruido de tantas voces no lo distrajo del pensamiento que ocupaba su mente, tal era el de esconderse donde estuviera á salvo de las pesquisas de la patrulla, caso que entrara en la taberna.

Dirigiendo la vista á todos lados miró lo que desde la puerta habia visto con poco interes; una escalera portátil que conducia á un zarzo. El mozo intentó subirse con disimulo por ella, pero al verificar su intento lo detuvo una reflexion.

—Es seguro, se dijo, que ese chiribitil á donde voy á meterme, es el dormitorio de los muchachos de la taberna, y en tal caso yo no quedo bien ahí.

Volteó la vista á otro lado y divisó una artesa de gran dimension que sin duda era la vasija donde la tabernera fabricaba su afamado licor.

—Debajo de esta casa de madera quedo tan bien escondido que ni el mismo Diablo puede encontrarme, pensó el mozo.

Y se sentó junto á la consabida (que por fortuna estaba bien colocada y dispuesta para poder servir de escondite) y pasitamente fué alzándola del borde, hasta que calculó que el hueco era suficiente para pasar por él el volúmen de su cuerpo, y entónces se deslizó hácia adentro con la flexibilidad y destreza que se mete una serpiente en la grieta de un tronco.

El mozo, acostumbrado á semejantes lances, no se angustió por la situacion embarazosa en que se hallaba. Como si estuviera en su casa, se quitó tranquilamente el vestido que, como se ha visto, estaba mojado; lo arrimó á un lado, encogió las piernas, metió la cabeza entre los brazos y empezó á dormirse oyendo el siguiente canto, de un muchacho que se habia trepado á la artesa:

—Mañana es domingo
De San Garavito
Se casa la reina
Con un borriquito;
¿Quién es la madrina?
María Catalina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Botijon.
¿Qué comen los ricos?
Gallina y capon.
¿Qué comen los pobres?
Tronquitos de col.
Pues vamos andando
Con el zancarron....

Espiraba este canto por décima vez en los labios del cantor, cuando Chepillo se quedó profundamente dormido.

Todo fué dormirse el mozo y presentarse la patrulla en solicitud del desertor. Los tahures se levantaron sorprendidos de sus asientos; los muchachos dejaron su bulla, la taberna toda se puso en confusion. El jefe de la patrulla preguntó si allí habia entrado un soldado; y como los muchachos le contestaron que sí habian visto entrar á un desconocido; lo hizo buscar en todas partes (ménos en donde estaba) y no habiéndolo hallado se marchó con su gente.

A las doce en punto salió la patrulla y á esa hora la tabernera echó portafuera, á los tahures, á los niños y á los ébrios y se recogió á dormir con su familia, que constaba de tres mozas, en un aposento que lindaba con el cuarto que hemos descrito.

A los primeros albores de la mañana Chepillo se despertó sobresaltado y dando un prolongado bostezo:

—Voto á cribas! exclamó, jamas se duerme tanto así en la puerta de una prision.... Como que es ya hora de salir de esta cueva.

Dijo, torció su ropa, que estaba aun mojada, se la vistió mal de su grado (temiendo que se le removiera su enfermedad de reumatismo) levantó lentamente la artesa, puso el oido y como no percibió sino la respiracion tranquila de las personas que dormian en el aposento, se salió lentamente de su escondite, se enderezó poco á poco como si temiera tropezarse con alguna cosa, y extendiéndo un brazo hácia adelante, para que le sirviera de guia, se dirigió pian pian á la tienda, abrió la portezuela, entró por ella, y saltó el mostrador. Trasladado á la jurisdiccion de la señora tabernera se puso á buscar á tientas en los estantes y cajones un pan ó un queso con qué saciar el hambre que lo aniquilaba. Pronto se persuadió de que la tienda no tenia con qué alimentar una hormiga, y desahuciado volvió á salvar el mostrador y se endilgó á la puerta principal, que dá á la calle, con el objeto de marcharse. Mas, cual fué su asombro al notar que estaba cerrada con llave y que ésta no se hallaba prendida á la cerradura! Lleno de congoja por el hambre y de angustia por la prision en que se veia, regresó á la trastienda con ánimo de volver á su escondite y salir de él cuando la tabernera abriera la puerta, é irse aun haciendo uso de la fuerza si era necesario.

Al pisar el suelo del cuarto que le habia servido de asilo esa noche, exclamó:

—Ah!.... ah!.... ya sé lo que voy á engullirme.... Tate!.... cerca de la artesa sobre un poyo de ladrillo, recuerdo haber visto un tercio de miel. Sobre él, Josecito, *sobre él*....

Tomada esta determinacion, extendió el brazo, como la vez primera, y sin dejar por ello de tropezarse con los muebles, acá y allá, en medio de las tinieblas, llegó donde estaba el zurron. Con no poco gozo le soltó la boca, que la tenia atada, é inclinándosela hácia abajo se puso en cuclillas y la colocó contra la suya; pero como no salia una gota del precioso líquido, pensó entónces en establecer una cascada que tuviese de elevacion una ó dos cuartas y por término de su caida la boca de él mismo. Admitida esta idea, procedió á ponerla en práctica y en consecuencia se sentó en el suelo y casi debajo del zurron; en seguida agachó con una mano la boca de éste, y apoyando la otra mano en tierra, levantó las piernas que descansó, la una sobre el poyo y la otra encima del pellejo de miel y colocando su boca abierta, debajo de la boca cerrada del zurron, comprimió éste con el pié y al punto flameó, cual bandera, una hermosa pluma de miel que le cubrió la cara.

La tabernera que se disponia á volver en este instante á sus faenas

domésticas, saltó de la cama al suelo, y al oir Chepillo el crugido de la cuja se levantó rápidamente, con un susto tal, que al momento no pudo discurrir en el camino que debia tomar. No obstante su azoramiento, él pensó que el escondite que ántes le habia servido de asilo no le daria ahora seguridad, por la sencilla razon de que la tabernera al ver la miel derramada (pues ya apuntaba el dia) levantaria la artesa, por cuanto á que por debajo de ella habia corrido el dulce líquido que habia salido del zurron. No hubo remedio, el pobre mozo tuvo que tomar el camino del zarzo. Sin deliberacion trepó por la escalera portátil, con tanta precipitacion que de cuatro zancadas salvó sus ocho peldaños.

Una vez en el chiribitil buscó alguna cosa con qué limpiarse la cara, y su mano dió al fin con un fardo que soltó, y del que sacó una parte de su contenido, con la cual empezó á enjugarse. Como el paño de que se servia estaba sin tejer, puesto que era algodon escarmenado, sucedió que una gran porcion se le prendió en la cútis, y como miéntras más recio se frotaba más se le adheria, se puso el mozo espantable.

Imaginaos, lector, qué aspecto presentaria aquella cara de leon africano ó de demonio.

Miéntras que en el zarzo pasaba cuanto hemos referido, la tabernera habia entrado en la trastienda y habia abierto las puertas de dos balcones elevadísimos que dan al rio. Con la luz de los primeros albores del dia habia visto los arroyos de miel que llenaban las grietas del enladrillado y en presencia de semejante desastre no pudo ménos de alzar los ojos y las manos al cielo y exclamar:

—Vírgen de los afligidos! Qué es esto?..... Por qué está la miel derramada y la boca del zurron suelta?.... Anoche se han robado la tienda.

Dijo y corrió á la puerta; pero como la encontró como la habia dejado, volvió á la trastienda gritando:

—Alguien se ha quedado adentro.... Toribia! Pachita! Petronila! levantáos corriendo y venid que aquí hay un ladron.

Como las mozas estaban ya en pié; al oir las voces de su madre corrieron á la trastienda haciendo mil aspavientos.

—Enciendan una vela que en el zarzo debe de estar el ladron y es menester buscarlo en él, dijo la tabernera.

—Yo creo que es ladrona, expresó Pachita.

—Sea macho ó hembra no se escapará, manifestó Petronila armándose con un palo de escoba.

—Aquí está la luz, gritó Toribia.

La tabernera recibió la vela de su hija y asiéndose de la escalera con la mano que le quedó libre, empezó á subir con la lentitud que sube la víctima las gradas del cadalso. ¿Era miedo lo que tenia la mujer?—No por cierto; era que su pesada mole no le permitia ser agil y ligera. Figuraos una mujer alta, corpulenta, de enormes piernas, de gruesos brazos, de anchas espaldas, de abultado vientre y con cincuenta y dos años á cuestas y os explicareis la causa por qué semejante hipopótamo no se movia con la soltura de la ardilla y la flexibilidad del mono.

Chepillo que habia oido el complot de las mujeres para atraparlo y que veia la ascencion de la *mayúscula* para consumar el plan, resolvió entregarse en alma y cuerpo, presentándose y confesando lisa y francamente su falta. Acercóse, pues, al borde del zarzo y asomó su algodonada cara en el acto mismo en que trepó la tabernera el último peldaño. Como los ojos de esta vieron lo que no habian en su vida visto; su boca

dejó escapar un grito de espanto y con su mano armada de la vela repelió al mónstruo que, según se imaginó amenazaba tragársela. Al contacto de la llama con el algodon se encendió este y fulguró como un relámpago en las tinieblas. Aterrada la tabernera con tan espantable vision, retrocedió y como su pié no halló apoyo atras, rodó por la escalera entre los alaridos de la familia que con ojos despavoridos observaba desde el fondo de la trastienda la infernal escena del zarzo.

Las mozas fuera de sí, creyendo firmemente que Satanas en persona estaba dentro de la venta, se agolparon á la puerta, la abrieron y saltaron á la calle dando gritos descomunales.

—El Diablo!.... el Diablo!.... aquí está el Diablo! decian. San Jerónimo! Ave María purísima!....

Chepillo aprovechando este momento de pavor general, bajó rápidamente la escalera; saltó por encima de la mujer que aun no habia podido pararse; atravesó los dos cuartos y se lanzó á la calle con la velocidad del ciervo.

Envuelto el mozo en la niebla de la mañana se dirigió á la hostería de la tia Pánfila y se estuvo oculto en ella por espacio de dos dias que tardó Perico en juntársele.

Nuestros dos personajes salieron de su escondite como á las seis y media de la tarde del dia siguiente al en que Perico se presentó en la expresada hostería. Procurando tomar el camino de Occidente anduvieron hácia arriba la Calle Honda hasta la esquina de la plazuela de San Victorino, luego torcieron á la izquerda y al concluir la cuadra volvieron sobre la derecha. Al entrar en esta calle que es la de la Cochera alcanzaron á ver hácia la mitad de ella un mulo cargado y á un hombre que á la sazon se ocupaba en quitarle la carga, con el fin de meterla, como supieron luego, en una panadería que habia allí inmediata y en donde el tal acababa de venderla.

—Sábe, amigo, le dijo Chepillo á Perico deteniéndolo por un brazo, sabe que me está entrando tentacion de hacer el viaje que hemos emprendido, montando en aquel mulo que allá en la mitad de la calle se alcanza á ver, y para ello no tengo que hacer otra cosa sino es ocurrir al medio de que se valieron dos estudiantes *tomitas* en cierta ocasion para apañarle un caballito á un carbonero.

Perico temiendo las consecuencias de la mala accion que su compañero intentaba, le respondió:

—Señor! por las cinco llagas de Cristo! no vaya á hacer tal cosa. ¿Le parece á su merced poco que huyamos como desertores, que quiere ahora que hagamos el mismo camino como ladrones? Mire bien que la honra no se pierde cuando el hombre huye por lo que nosotros huimos; pero sí es vergonzoso que uno se oculte de las miradas del prójimo por haber cogido lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Yo si he de decir lo que siento, no le tengo ni tantica aficion al robo, y no sé cómo su merced que es hijo de *buenos padres* se esté inclinando tanto á soltar la gata.

—Qué bruto eres! ¿Piensas que no podré hacerme al mulo sino robándoselo al dueño?

—Si es que ha de comprárselo, entónces es otro cantar.

—Ni he de comprárselo, ni he de robárselo y vive Dios que he de llevármelo. Corramos, Perico, al sitio donde está, ahora que el arriero va á meter en la casa inmediata el último tercio, y así que lleguemos, haz cuanto yo te mande y verás cómo me pongo en el animal sin comprometerte en lo más mínimo.

—Mire señor que no sea cosa que su merced haga alguna diablura con la cual alborote la policía de modo que esta misma noche salga de su madriguera y nos siga la pista hasta ponernos la mano.

—Qué poco me conoces, hombre; cuando yo te diga: échate tras de mí, aunque veas que yo me voy resbalando por un despeñadero, no temas, que si yo me he votado por ahí, es porque estoy seguro de ir á caer sobre almohadones.

—¿Pero cuántas ocasiones en vez de caer sobre almohadones ha caido sobre duras piedras contra las cuales se ha tirado á desnucar?

—Cierto es eso; pero el que no arriesga el bulto no medra.

—Bien, pues, eche su merced adelante á ver encima de qué caemos, si sobre almohadones ó piedras.

Los dos hombres comenzaron á andar aceleradamente y no bien llegaron al sitio donde el mulo estaba parado le dijo Chepillo á su compañero.

—Ahora que el dueño está dentro de la casa y que estará ocupado en contar el dinero que han debido darle por la carga, es tiempo de hacerle la *volada*.

Dijo esto y cogió el macho con la sobre-carga que allí estaba extendida en el suelo. Quitóle el cabezal y púsoselo él en la cabeza. En seguida se cruzó de brazos, afectó un aire melancólico y severo y esperó lleno de confianza al dueño del animal.

Mirándo entónces á su antiguo criado le dijo:

—Es tiempo, Perico, de que montes en el macho y corras, pero mira que has de aguardarme en Puente Aranda.

Perico ejecutó sin la menor dilacion lo que Chepillo le ordenó. Doblaba la esquina montado en el animal en el momento en que el arriero salia de la casa, y al notar que su macho no estaba donde lo habia dejado, le dijo á Chepillo:

—Señor mocito, me da su merced razon, y perdone, qué camino tomó un macho rosillo que estaba en ese mismo lugar donde su persona está parada, el cual dejé ahí enjalmado no hace un credo, miéntras que metí aquí en la panadería una carga de harina que vendí?

—Oh señor arriero! respondió Chepillo con voz trémula exhalando un suspiro, ese macho por el cual usted pregunta soy yo, como puede verlo por el cabezal que tengo puesto. Ha de saber usted que en mi vida pasada cometí un pecado muy grande, y así como Dios se sirvió llamarme á juicio, me condenó por mi grave culpa á volver á este mundo, pero ya no como hombre sino en figura de macho. Desgracia muy grande fué esta para mí, pero mayor ha sido todavía la de haber caido en poder de un hombre tan inhumano como usted que con tanta crueldad me ha tratado, ora echándome cargas de más de diez arrobas como si fuera de bronce y no de carne y hueso como lo es usted y toda su descendencia; ora apretándome con la sobre-carga, casi hasta dividirme por la mitad como si fuera doncella de corsé; ya dándome sin misericordia centenares de palos cuando el cansancio me rendia y no podia dar un paso más, cual si fuera esclavo ó presidiario y ya en fin, amarrándome al pilar de una venta, tardes y noches enteras sin darme de comer ni de beber. Este trato bárbaro y brutal que usted me ha dado, ha movido á Dios Nuestro Señor á perdonar mi culpa y á devolverme la figura de hombre para que muriendo otra vez, vaya á disfrutar de la bienaventuranza. Ahora quiero que usted sepa, señor arriero, que todo cuanto acabo de decirle no se lo he referido por mi propia voluntad, sino por la voluntad

de Dios, el cual quiere hacerle saber, por boca mia, que está enojado con usted por la crueldad con que trata á sus bestias y que si no se enmienda, lo convertirá en macho como me convirtió á mí, y lo pondrá bajo el poder de un hombre de las entrañas de usted para que experimente en su propio pellejo lo que es tratar mal á los animales que él ha dado á los hijos de Adan para que se sirvan de ellos sin estropearlos.

Atónito sobre manera se quedó el arriero al oir el discurso del hombre que tenia delante y con no poco pavor y espanto se quitó el sombrero y una montera blanca que llevaba en la cabeza, se hincó de rodillas y díjole:

—Señora ánima bendita, ya que su merced viene de parte de Dios y no de parte del Diablo, me siento con algo de ánimo para decirle; que es cierto y muy cierto que su merced no ha pasado en mi poder muy buena vida que digamos. Que es verdad que no ha comido una miaja de buñuelos ni dormido entre sábanas de holanda; pero ello ha consistido en que yo no sabia que el macho era alma de la otra vida, y por otra parte, justo era que le sacara el fruto de lo que me habia costado.... Por mi santiguada que en este cambio de bestia por ánima cristiana no siento sino es la pérdida del dinero que dí por el maldito macho rosillo, ó por su merced, que viene á ser lo mismo. Mis bonitos veinte patacones y siete reales en pura pecunia, con más un real de *tronche*, le dí por el tal macho á *ñor Flugencio Arévalo* vecino del mismo pueblo de G.... de donde soy yo, y acá para mí tengo que él no se lo compró á nadie, sino que su merced se le apareció en el patio de su casa en figura de macho, pues hacia dias que corria la voz de que andaba una luz, apénas cerraba la noche, de la casa del tal *Flugencio*, al corral de las ovejas del difunto Juan de la Mata y del corral á la casa, y esa luz no ha podido ser otra cosa que el alma de su persona, y si el hecho es así, el buen hombre me ha vendido el macho con mácula, y en justicia y ley de Dios debia devolverme el dinero que le dí; pero pensar en eso, es pensar en que algun dia verán los ciegos. En pago de mi dinero, que todo voy á perderlo, no le pido á su merced sino es que me perdone las felpas que le casqué junto con las hambres que le hice pasar y que cuando esté gozando de la vista de Dios no se olvide de *Tiburcio Trompetero*, el cual le ofrece á su merced que no volverá á tratar mal á los animalitos de Nuestro Señor Jesucristo.

—Se lo prometo á usted, le dijo Chepillo sin alzar los ojos para mirar al arriero, y en seguida añadió:

Adios, amigo Tiburcio, hasta el valle de Josafat si es que no volvemos á vernos en este pícaro mundo.

—Aguárdeme su merced un *pite* y dígame: ¿la enjalma sobre la cual trajo el macho la carga de harina y la sobre-carga con que ésta vino apretada, ¿también se volvieron ánima bendita que no las veo por aquí?

—No amigo, la enjalma y la sobre-carga se las llevó Satanás porque, como usted sabe, él persigue á todas las almas para llevárselas, y á la que no puede atrapar le quita cuanto ella tenga, que bien le sirve al *uñon* para aumentar el fuego del infierno.

El arriero al saber que el Diablo andaba por ahí cerca, se puso en pié, se santiguó y echó á decir á grandes voces:

—Santo Dios!.... Santo fuerte!.... Santo inmortal! Líbranos Señor de todo mal.

Chepillo al ver que su obra estaba acabada, partió á correr satisfe-

cho de su travesura, dejando el cabezal en el sitio donde el arriero estaba. Jadeando llegó á Puente Aranda y al ver á su compañero, que allí estaba aguardándolo, le contó la astusia de que se habia valido para hacerse al macho sin comprarlo ni robárselo.

Perico se admiró de la sagacidad de Chepillo, le ponderó muho la invencion y le dió el mulo para que montase.

En sabrosa plática siguieron el camino que llevaban y despues de dos jornadas y media llegaron á un pueblo en donde hicieron alto.

Dos dias hacia que estaban en dicho lugar cuando le dijo Chepillo á su compañero:

—Voy á encargarte de una comision importante, pues quiero hacer confianza otra vez de tí, y que seas mi criado.

—Será su merced bien servido, le contestó el hombre.

En seguida hablaron largamente y se separaron. Perico se fué á preparar ciertas cosas que necesitaba para llevar á cima la órden de su antiguo y nuevo amo, y luego emprendió viaje por el camino que acababa de andar, dejando á Chepillo en el distrito.

CAPITULO XI.

Que al leerlo no faltará quien diga: — Oh! hubiera sido yo ese hombre.

HABEIS visto, amado lector, que Chepillo y Perico se separaron al llegar á un pueblo, que el amo se quedó ahí y que el criado se volvió. Sabed ahora, que cuatro dias despues de esa separacion aconteció un suceso que bien merece ser escrito y leido. Pues bien, para que lo leais aquí lo escribimos.

Serian las doce de la noche, poco más ó ménos, hora en que todo racional está entregado á las delicias del sueño, cuando entraba en la poblacion de Guatavita, por el camino del Sur, un hombre que por sus ademanes y su modo de andar habria infundido sospechas á cualquiera que lo hubiera observado. A cada instante interrumpia su marcha, estiraba el cuello, ponia el oido y luego proseguia, ya por la acera de la calle, ya por el centro de ella cual si buscara el piso arenoso que apagara el rumor de sus pasos. Por fin llegó al ángulo de una encrucijada donde termina la huérta de una casa; midió con la vista la elevacion del muro y al instante sacó de debajo del brazo izquierdo una escala de cuerda que llevaba recogida; tomó de este instrumento, en la mano, la cantidad que juzgó necesaria y la arrojó sobre la barda. Como la escala tenia un gancho de hierro, este se engarzó del tejado y sin dificultad subió el desconocido hasta la cima de la tapia. Luego que se vió sobre ella desengarzó el gancho, lo sujetó de la barda que caia al lado de la calle, botó la escala hácia el interior de la huerta y bajó. Temeroso dió los primeros pasos y azorado miró por entre los árboles que poblaban aquel sitio y como no descubrió ningun individuo, de los que matan con puñal ó pistola ni de los que despedazan con sus agudos dientes, se dirigió al ángulo opuesto de la huerta y se puso á cabar al pié de un sauce, que allí habia, con una pequeña herramienta que llevaba prendida á la cintura. No necesitó hacer muchos esfuerzos para descubrir un cofrecito de madera forrado en zinc, el cual sacó con gran-

dísimo contento, del hoyo que hizo, se lo puso debajo de un brazo y salió de la huerta como habia entrado en ella.

Habreis colegido ya que el desconocido no era otro que el fiel criado de Chepillo; que la huerta donde él entró pertenecia á la casa que nuestro héroe habitó en sus mejores tiempos y que el cofrecito contenia un precioso depósito de monedas de oro, joyas de excelente calidad y piedras finas que el prevenido Chepillo habia hecho, para disfrutar de él algun dia. Habreis advertido igualmente que ese depósito lo formó del que su abuelo tenia en el desvan de la casa; de las alhajas que compró y del dinero que le produjeron las ventas de las diversas cosas que algunos codiciosos le dieron en cambio de una parte del tesoro, que Chepillo aseguró haber hallado enterrado á inmediaciones de la casa de La Compañía.

Hemos dicho que Perico salió de la huerta con el rico cofre debajo del brazo; pues bien, apénas se vió en la calle sacó del bolsillo una navaja; cortó la escala á la altura de su brazo y echó á correr y á mirar atras como si sintiera las pisadas de alguno que fuera á su alcance. Así como consideró que habia echo más de una legua y se convenció de que nadie lo seguia, se desvió unos cien pasos del camino; se metió en la concavidad de un barranco y allí envolvió el cofre en una ruana de dos que llevaba; le hizo cargador del pedazo de escala; se lo echó á cuestas y continuó su camino.

Como el maldito cofre pesaba mucho más de lo que Perico queria, el infeliz carguero se fatigaba y por ello tenia que hacer largas descansadas. A consecuencia de estas detenciones se tardó seis dias en ir á Ambalema, que era el pueblo donde Chepillo lo esperaba, y esta demora iba haciendo perder la chaveta al mozo.

El dia en que nuestro héroe vió llegar á Perico con el cofre á las espaldas lanzó un grito de alegría que diz que se oyó á una gran distancia. No obstante esta demostracion de contento, su gozo no fué tan grande, como habria sido su pena si el criado se huye con el cofre de preciosidades. Escrito está que el hombre es más sencible por el lado del dolor que por el del placer.

Aquí debiéramos escribir los grandes elogios que Chepillo hizo á su criado en sus propias barbas, ó mejor en su propia cara, pues barbas no tenia; pero no hacemos tal por no alargar demasiado esta historia, con lo cual dificultariamos su publicacion. Expuesta tan justa excusa para no narrar cuanto sabemos, continuamos.

Desde el momento en que Perico se presentó á su amo cargado de tan bello tesoro, este empezó á pensar sériamente en un viaje que proyectaba, y para hecerlo con alguna comodidad compró dos mulas de primera clase y se dispuso á partir de Ambalema con su criado, en un dia de mercado en que la gente hormigueaba por todas partes. El macho rosillo que con tan graciosa astusia le habia quitado al g...., lo tenia destinado para llevar un lio de ropa y algunos comestibles, y miéntras que se ocupaba en comprar estos, habia dejado al dicho animal maniado en el centro de una calle junto con las mulas expresadas, cuando he ahí, que de repente se aparece Tiburcio Trompetero; se quita el sombrero, se hinca de rodillas delante del mulo y le dice:

—Qué ha sido esto? mi señor!.... Volvió su merced á cometer aquel tan negro pecado de marras? Por desdicha suya le ha encajado otra vez mi Señor Jesucristo la penitencia de servir como macho en este valle de lágrimas?.... Quiera el cielo que el que ahora es su dueño no lo trate con el rigor y crueldad con que yo lo traté.

Como la gente que por allí andaba, viera aquel moderno israelita que de hinojos adoraba, no á un becerro de oro fabricado con sus manos, sino un mulo de carne y hueso, corrió á donde estaba el idólatra y le hizo circo.

—Qué hace usted ahí de rodillas delante de ese animal?.... ¿Es usted gentil? le preguntó uno de los curiosos.

El hombre al ser interrogado se puso en pié, se caló el sombrero hasta las orejas y respondió:

—No, mi amo, yo no soy *Gentil* sino Tiburcio Trompetero de la parroquia de G...., para servir á todo fiel cristiano.

—No podria negar usted que es del pueblo que acaba de citar, le dijo otro de los del corrillo; pero dígame: qué Dios es ese que estaba adorando?

—No es Dios, ni tampoco es animal, aunque tal parece. Ahí donde sus mercedes lo ven, no tiene de macho, sino lo que de macho tiene el señor alcalde de mi pueblo ó cualquiera de mis paisanos; él es un prójimo como yo, ó como el mejorcito de mis hijos, y si no fuese cierto lo que digo, no vuelvan á creer nada de lo que les cuente Tiburcio Trompetero. Es el caso que ese macho rosillo que está ahí maneado y que no me dejará mentir, es hijo de una mujer y no de una yegua como parece y como pueden creerlo los que no lo conozcan. Yo sé qué cuando el tal sujeto fué hombre hecho y derecho cometió no sé que pecado y por él, Dios Nuestro Señor lo llamó á juicio y lo *empuntó* otra vez para este mundo á que purgara su culpa en la figura, traza y pergenio en que sus mercedes están viéndolo. En este estado lo compré yo á un mal amigo; y hacia más de un año que lo tenia en mi poder, cuando una tarde llegué á *Santafé* con él, cargado de harina y ya á boquita de noche lo descargué en el portal de una panadería, y miéntras metí los dos tercios y conté el dinero que por ellos me dieron, que no me tardé un credo, cuando salí encontré al dicho animal convertido en ánima bendita con cuerpo y cara de hombre, y despues de que me contó quien era, y quien habia sido, desapareció de mi vista dejándome con un palmo de narices y con la lengua tamaña que no me cabia en la boca. Hoy que mediante el favor de Dios he llegado á esta parroquia, lo primero que se presenta á mis ojos, es el susodicho prójimo hecho animal como ántes, y es por esto por lo que me he acercado á platicar con él porque sé que me entiende cuanto le diga, como si conversara con mi propia esposa, ó con el *gamonal* de mi parroquia.

Los del circo al oir tan extrañas razones soltaron una gran risotada que no poco rato hacia les retozaba por los ojos y la boca. Todos los que allí estaban tuvieron al g.... por un loco gracioso y en vez de compadecerse de él le hicieron mucha burla y chacota. Un racimo de muchachos descamisados que en la funcion andaba, pensó ponerlo en un ridículo mayor que aquel en que el buen hombre se habia puesto, y á fin de llevar á cima su intento, lo rodeó para que no se le escapara, y lo estrechó con necias preguntas para distraerlo, y miéntras tanto le puso plumas de gallina en el sombrero y le ató de las puntas traceras de la ruana, largas colas de trapos viejos, papeles sucios y hojas de plátano. A estos rabos (que bien los merecia por estólido) le amarraron, los más traviesos, una docena de triquitraques y les prendieron fuego; y ¿quién habia de pensar que al reventar estos, habia de enfurecerse el hombre en términos de acometer á la vil canalla que lo incomodaba? Pues así sucedió. Acordándose Trompetero, por el olor de la pólvora, que era

oriundo de G.... se armó de ese valór heróico que en los grandes peligros, y en circunstancias solemnes, acompaña siempre á los que han nacido en ese suelo predestinado por el Dios de las batallas para dar guerreros distinguidos, y acometió á los muchachos con denuedo y bizarría. Estos que no deseaban otra cosa, le devolvieron mojicon por mojicon y golpe por golpe. Cansado de luchar se dejó vencer, quizá por primera vez en su vida; (pero, preciso es advertir que era la vez primera que en tremenda lid entraba). Derrotado, corrió llevándose sus dos colas, la una de hojas, papeles y trapos y la otra de muchachos. Fatigado de tan violento ejercicio en ese clima abrazador donde sin moverse el hombre se le agotan las fuerzas, se sintió con sed, y ansiando apagarla, se entró en una taberna y pidió de beber; sirviéronle un vaso de aguardiente y sin reflecçionar en los efectos, lo alzó y lo apuró sin descansar, como si fuera de agua fresca. El hombre que no estaba acostumbrado á beber aguardiente por vasos como los calentanos, perdió el sentido. Vencido tambien por este otro enemigo, se dejó caer encima de unos tercios de tabaco (que en fila habia puesto la tabernera contra la pared fronteriza al mostrador para que sirvieran de asiento á sus parroquianos) y allí se quedó profundamente dormido. Como los muchachos que lo perseguian se habian separado de él desde que se habia entrado en la taberna, el infelíz ébrio, pudo echar una buena pieza de sueño sin que tales bichos lo incomodaran.

Miéntras que Trompetero dormia, Chepillo llegó al sitio donde habia dejado sus bestias y habiendo recibido allí noticia de la conversacion que el g.... habia tenido con el macho rosillo, y apercibiéndose del peligro en que estaba de que el tal hombre descubriera la tramoya y lo pusiera en apuros delante de la justicia, resolvió salir inmediatamente del lugar.

En el acto mismo Chepillo y Perico tomaron rumbo no por entre las mansas olas del Magdalena sino en direccion de las empinadas y ásperas crestas de la Montaña Central, hácia la provincia del Cauca.

Dejémoslos viajar dichosos.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Vida y milagros de Jorge Gavilan.

DEJEMOS viajar ricos y felices á Chepillo y Perico, volvamos un poco atras y veamos qué suerte ha corrido el desventurado novio de Lucía desde el dia de su aprehension.

No vayais á pensar, apreciable lector, que vamos á referir una á una las aventuras que corrió el pobre de Jorge Gavilan desde el dia en que fué encadenado por su rival, hasta el tiempo á que hemos llegado en nuestra narracion. No, no penseis en eso. Por cierto que lo que ménos hemos querido es, escribir páginas que no sean absolutamente necesarias para poner en claro los hechos concernientes á la historia que estamos relatando. He aquí las razones que para ello tenemos:

Sea la primera, que la imprenta es demasiádo costosa en esta tierra, y escribir hojas inútiles para venderlas en forma de libro, seria ofrecer basura á peso de oro. Sea la segunda, que las personas que pagan lo que leen son contadas, y miéntras más voluminosa fuera la obra valdria más, y valiendo más, seria ménos comprada y en consecuencia ménos leida; lo cual es contrario á nuestro deseo. Sea la tercera y última razon, que sabemos que en el mucho hablar no falta yerro, y escribiendo largo dariamos motivo á los críticos para censurar, y asa á los criticastros para morder; á esos criticastros, de los cuales hay unos que se llaman así mismos leidos y entendidos, aunque no entienden lo que leen, y otros que al leer una historia, no dirémos como la presente, que nada vale, porque está desprovista de todo mérito literario, sino como la mejor novela de costumbres que en estilo sencillo se haya compuesto, exclaman:—"Voto va! qué sandeces!.... *borrachos* habriamos escrito nosotros lo mismo;" y pretendiendo probar no ya su habilidad en escribir bien, sino la facilidad que todo el mundo tiene para escribir simplezas, toman la pluma y sin poder concluir la primera página por falta de fuerzas intelectuales, dicen tratando de no dar á conocer su insuficiencia: "Eso basta para dar la prueba; por tanto, no hay para qué continuar."

En Colombia sucede hoy lo que dice Larra que sucedia no ha mucho tiempo en España, á saber: que la mitad de las gentes no escribia porque la otra mitad no leia, y que esta no leia porque aquella no escribia. Pues bien, en este país donde hemos nacido, acontece hoy lo mismo, y lo peor de todo es que no se escribirá ni se leerá en muchos siglos, porque de escribir son los pobres y al hacerlo es para que lean los ricos y como los primeros no tienen dinero con qué hacer imprimir sus obras, y los segundos tienen más amor al oro que á las letras, vivirémos todavía por ello, si no nos morimos de extenuacion por falta de alimento

intelectual, unos mil años sin escritores ni lectores, hasta tanto que los literatos se hagan ricos y los ricos se hagan literatos.

Explicando el motivo por qué no damos á conocer la vida detallada de Gavilan, continuamos nuestra narracion.

No habrá olvidado el lector que nuestro héroe fué aprehendido por Chepillo en un camino público; que de ahí fué conducido al cuartel de San Francisco, y que de Bogotá lo sacaron diez meses despues incorporado en una fuerza veterana.

Esta fuerza iba destinada á custodiar á los presidiarios condenados á sufrir su pena en Chágres.

En el tiempo en que estuvo Gavilan haciendo parte de la custodia de los forzados, ocurrieron tres sucesos notables que influyeron poderosamente en su suerte, puesto que fueron la causa de que él ascendiera en poco tiempo á un grado distinguido en la carrera de las armas.

Navegando en cierta ocasion la tropa con varios presidiarios, un malvado de estos, que habia sido condenado á diez y seis años de trabajos forzados, desesperado con su larga pena, pensó en suicidarse como Sanson, acabando á la vez con sus guardias. No bien concibió tan atrevida idea, espió la ocasion en que los soldados fabricaran cartuchos en el parque de la nave, y una noche que estaban varios en la operacion, entró en el camarote, y sin dejar tiempo á que pudieran impedírselo, arrojó una mecha de cáñamo encendida, entre un barril casi lleno de pólvora. Los soldados al ver tan inaudita locura huyeron despavoridos del parque, y con ojos espantados y voz trémula se presentaron al jefe de la fuerza á darle cuenta del inminente peligro en que estaban, el buque, los pasajeros y la tripulacion. El capitan de la nave lo mismo que el superior de la tropa dictaron órdenes severas para obligar á alguno á que corriera al parque á apagar la fatídica mecha; pero todos se resistieron á entrar en el camarote donde estaba la muerte.

De súbito una voz se alzó de entre la multitud y dijo:

—Yo seré el salvador de todos!

El que dió la voz salió de entre la tropa y con ánimo resuelto corrió al parque.

Entónces presidiarios, soldados y marineros se apiñaron en el punto que les pareció ménos inseguro, con el alma oprimida, los ojos salientes, la boca abierta y los brazos en alto, temiendo el estallido del parque; cuando se presentó Jorge Gavilan con semblante sereno mostrando la mecha encendida que el desesperado reo habia arrojado entre la pólvora, y que felizmente habia caido con la punta inflamada, levantada y cargada contra la pared del barril.

Algunos meses despues, habiéndose incendiado la casa de presidio en Chágres, donde á la sazon agonizaba de fiebre el jefe de la fuerza, no obstante de ser un hombre querido de sus subalternos, no hubo quien se expusiera á las llamas para librarlo de la muerte, excepto Jorge Gavilan. Cuéntase que el generoso jóven al saber el peligro en que estaba su jefe, se destacó de un grupo de espectadores, corrió á la puerta de la casa abrasada y penetró por ella envuelto en un manto de llamas. La multitud que vió esta heróica accion prorumpió en gritos de admiracion y esperó atónita!.... Pocos minutos despues apareció Jorge en la puerta con el moribundo al hombro, chamuscados ámbos por el fuego que los habia cobijado.

Por último, una noche en que el presidio, en número considerable, se arrojó sobre la guardia con ánimo de recuperar su libertad perdida,

Jorge que era el jefe de esa guardia se plantó denodadamente en su puesto y con espada en mano impidió la fuga con un valor y una destreza admirables, hasta que ocurrió un batallon á reforzarlo.

Con tán distinguidas hazañas alcanzó Gavilan tres grados en la milicia. Por la primera accion ascendió de soldado raso á sargento primero, por la segunda á alférez segundo y por la última á teniente primero.

Cuando Jorge se vió á tal altura en la gerarquía militar, buscó un maestro de esgrima que lo perfeccionara en el florete (pues ya sabia algo, como se ha visto), y que le enseñara á manejar la pistola y el garrote porque nada preocupaba tanto su imaginacion como vengarse algun dia del malvado que lo habia privado de los dos bienes más preciosos de la vida: la libertad y la novia.

Todas las mañanas al levantarse Jorge de su lecho renovába el siguiente juramento:

—"Donde quiera que encuentre al pérfido que ha labrado mi infortunio le prevengo que se arme y en seguida lo ataco con arma en mano, hasta que lo mate, ó me mate. Si logro vencerlo, me voy en busca de Lucía y si ella ha sido fiel á las promesas que me hizo, juro que será mi esposa."

Los deseos de Jorge eran irrealizables si por casualidad no iba Chepillo á la Costa ó Jorge al lugar donde residia Chepillo. Sinembargo, él no perdia la esperanza.

Gavilan estuvo en Chágres hasta el mes de Julio de 1849 en que partió para Cartagena á una comision, y cumplida que fué, el Gobierno lo destinó al servicio de la guarnicion de la misma plaza y estuvo allí hasta principios de 1850 en que se embarcó para Riohacha de segundo jefe de una compañía que de órden del Gobierno fué á perseguir á los indios goajiros que devastaban las poblaciones civilizadas.

En 1851 por consecuencia de la revolucion que estalló en varias provincias, marchó Jorge á Antioquia con parte de la fuerza que habia en la Costa. El fué uno de los afortunados héroes que en la jornada del cementerio de Rionegro alcanzaron, sobre las fuerzas del general Borrero, una completa victoria. En este campo de batalla consiguió Jorge con una accion distinguida de valor, guarnecer su *képis* con los tres galones que constituyen la divisa de capitan.

A fines de 1851 marchó Gavilan á la cabeza de una compañía á la provincia del Cauca y en los dos años siguientes recorrió todo el Sur de la República en distintas comisiones del Gobierno.

A principios de 1854 se estacionó con una pequeña fuerza en Cartago y á poco tiempo de estar allí, lo nombró el Gobierno, jefe de una compañía que debia marchar á la ciudad de Ocaña.

Gavilan se resignó con su suerte y cuando llegó el dia de la marcha emprendió camino á la cabeza de sus compañeros de armas sin murmurar. Sábese que llegó al puerto de Ocaña el 20 de Marzo del mismo año y que se estacionó en la ciudad segun la órden que llevaba. Su estacion no fué larga, pues habiendo llegado la noticia de que el 17 de Abril habia estallado en Bogotá, una revolucion acaudillada por el general en jefe del ejército, José María Melo; el capitan, de *motu-proprio* se trasladó con su compañía á Bucaramanga á fin de prestar sus servicios á la legitimidad, y allí auxiliado de las autoridades y de algunos amigos del órden, cooperó á la formacion del ejército que pocos dias despues fué destrozado en las calles de Cipaquirá.

Sabido es que cerca de cuatro mil hombres armados salieron del

Norte haciendo marchas forzadas en direccion de la sabana; que el 20 de Mayo acamparon en las inmediaciones de Cipaquirá y que el dia 21 se rompieron los fuegos entre éste ejército y la guarnicion que defendia la ciudad.

La batalla fué terrible y Gavilan se portó en ella cómo un héroe de la antigüedad. Dos veces entró hasta dos de las esquinas de la plaza con una compañía de valientes y dos veces retrocedió haciendo saltar su caballo por encima de los cadáveres de sus invencibles soldados. La noche amortajaba con su negro manto aquel campo sembrado de muertos, cuando Jorge á la cabeza de cuarenta hombres arremetió la tercera vez por enmedio de los fuegos del enemigo. Hizo esta entrada por el lado de la montaña, y al llegar á la plazuela del Terraplen fué atacado por una compañía la que arrolló con sus soldados al centro de la ciudad. Perseguian estos á los derrotados, miéntras que el jefe rebelde se tiroteaba con nuestro valiente capitan en una callejuela donde se habian avistado.

La suerte que siempre protege á los valientes, quiso que Jorge le diera un balazo al caballo de su contrario y que animal y ginete descendieran al suelo rápidamente. Gavilan al verlos caer, corrió á sacar al prisionero de debajo del corcel, y al llegar donde ámbos estaban tendidos, se apeó.

A la luz de la luna que empezaba á brillar detras de los cerros que quedan al Oriente, el capitan pudo ver bien la faz del caido y como lo conociera, dió un grito de asombro.

—Oh! que es lo que veo?.... Con que eres tú? Chepillo! exclamó.

—Jorje! titubeó el prisionero, tú eres generoso, no me mates!

En aquel momento el negro cuadro de la vida de Gavilan se pintó en la mente de éste, y al instante sintió arder, cual plomo derretido, la sangre dentro de sus arterias.

—Que no te mate? bandido!.. . Vive Dios que no escaparás, le gritó con voz airada.

Y desenvainando su espada, la asestó contra el pecho de su enemigo, pero al atravesárselo se detuvo.

—No, dijo, con una hidalguia propia de un caballero valiente, no quiero manchar mis manos en la sangre de un asesinato. Levántate infame y ponte en guardia que tú me has hecho todo el mal que has podido y acaba de sonar la hora de la venganza.

Chepillo ayudado de Jorge se puso en pié y sin hablar una palabra desenvainó su espada y los dos aceros se cruzaron. El combate fué encarnizado y terrible. Si Gavilan era diestro en el manejo del arma con que peleaba, Chepillo no le iba en zaga. Ninguno de los dos retrocedia un paso; firmes en sus puestos con las espadas en alto, ya dirigiendo golpes, ya quitando los contrarios, sostenian la lucha con uña bizarría propia de los antiguos caballeros, pues no parecia sino que peleaban Don Pedro el Cruel y su hermano Don Enrique conde de Trastamara. En el curso de la lid hubo un momento en que una nube cubrió la luna y en ese instante habiéndose visto Jorge obligado á dar un paso atras, desgraciadamente tropezó con el cadáver del caballo que estaba allí tendido, se fué de espaldas por encima de él, y aprovechándose Chepillo de la caida, le tiró una furiosa punzada que no fué perdida, puesto que la espada entró más de un palmo en el cuerpo que recibió el golpe. El lector pensará que el combate terminó aquí; pero vive Dios, que si eso cree, se equivoca de medio á medio, como se equivocó Chepillo, que teniendo por muerto á su adversario se sorprendió al ver que se levantaba preci-

pitadamente, como si Dios le volviera la vida. Levantóse Jorge con los ojos encendidos como dos brasas, por la rabia que se habia apoderado de él, y apretando los dientes le dirigió á su enemigo tan certero golpe, que castigó con él sus maldades y puso fin al combate. Chepillo recicibió la mortal estocada en el acto en que sacaba su espada de la paleta de su caballo, pues es bueno que sepais que el cuerpo de este animal fué el herido y no el de nuestro simpático capitan.

Rendido Chepillo, Jorge le tendió la mano para ayudarle á que se levantara, pero no pudo incorporarse porque el alma empezaba á salírsele del cuerpo.

—He hecho tu desgracia, dijo el herido con voz agonizante, pero en mi última hora voy á reparar mi falta.... Pendiente llevo del hombro un guarniel que puede hacer tu dicha.... es mi voluntad.... legártelo.... perdona....

Esta última palabra expiró en los helados lábios de Chepillo cual si hubiera entrado en la inmovilidad de la muerte.

Jorge se dió prisa á cumplir la última voluntad de su vencido contendor, y con efecto se dijo:

—Vamos; despojemos al muerto de lo que nos ha legado, que buen provecho nos hará.

Hacia lo que decia cuando se le presentó un oficial enemigo con espada en mano.

—Ríndete! miserable!.... le dijo.

—Un hombre armado combate y muere, pero no se rinde, respondió nuestro capitan poniéndose en actitud de pelear y asestándole una estocada.

—Ea! con que es de veras? gritó el melista.

Un segundo combate se traba, en el cual Gavilan no pudiendo hacer otra cosa que aparar golpes, comprende desde luego la superioridad de su adversario. Temeroso estaba del éxito de la lucha cuando otro enemigo se acerca auxiliar al primero; Jorge retrocede entónces defendiéndose, hasta que llega á una pared que le protege la espalda. En este sitio la lid se encarniza, los lidiadores se enfurecen cada vez más, y no parece sino que todos han resuelto morir ó triunfar como si fueran otros tantos Horacios y Curiacios.

Dejémoslos pelear, que el lector no tendrá muchos deseos de saber el fin de este combate peligroso para nuestro héroe, y traslademonos á la casa de Lucía, que ha llegado la oportunidad de visitarla, despues de haberla echado en olvido por mucho tiempo.

CAPITULO II.

La noche del 21 de Mayo de 1854.

CINCO AÑOS y medio han trascurrido desde que Chepillo le armó á Lucía la asechanza que contamos en el Capítulo V. del libro tercero y ojalá que imaginariamente haya pasado el mismo tiempo para vos, amado lector, desde que hemos dejado de mencionar á la pastora en esta historia.

Contamos con ello y proseguimos.

¿Sabeis cuántas calamidades le han ocurrido á la infeliz jóven en el tiempo expresado? Leed....

Su padre y su madre han descendido al sepulcro; sus parientes la han abandonado; los malvados la han perseguido; pero ella aunque azotada por tantos males, ha podido conservar la pureza de su corazon y la belleza de sus formas. El dolor que engendran el desamparo y la miseria, quebranta un poco la hermosura, pero no la destruye; solo el vicio da al traste con ella, y hé aquí la razon por qué Lucía estaba bella y hechicera no obstante haber sufrido tanto.

Si hubiérais entrado en su casa el 21 de Mayo de 1854 á las diez de la noche, la habriais visto sentada en un rincon de la salita cosiendo una camisa á la luz de una vela de cebo, y la habriais oido disputar con Liberato, única persona que la acompañaba en su orfandad. Suponeos que la escena se repite y que vos la presenciais sin que os vean.

—Es necesario doblar el trabajo, le dice Lucía á su criado, los víveres están á un precio exhorbitante.... Si por un milagro de Dios no bajan, no sé cual será nuestra suerte.

A esto le responde el criado:

—Más caros han estado otras veces y por cierto que no nos hemos muerto de hambre.

—Mira, le dice la moza, haciendo cuenta en los dedos, como lo tiene de costumbre; el maíz está á nueve reales y las papas á siete y medio la medida; la carne á dos pesos la arroba; las arbejas y las habas no se hallan sino á peso de oro; todo está por las cumbres.

—Qué diablos! Dios hará que no nos falte qué comer, como ha hecho que no nos falte hasta el dia de hoy.

—Dios no abandona á sus criaturas, es cierto; pero él ha dicho: "Ayúdate y yo te ayudaré."

—Aunque uno no se mencé, Dios no lo desampara, así como no desampara las aves del cielo.

—A las aves del cielo no las maldijo Dios, cuando maldijo al hombre en el Paraíso.

—Ni á los dos tampoco porque no habiamos nacido.

—Cuando Dios maldijo á Adan y á Eva y los echó del Paraíso terrenal porque se comieron una manzana que Él les habia mandado que no tocaran, maldijo á todo el género humano.

—Eso de que Dios maldijera á los descendientes de Don Adan por haberse manducado entre éste y su mujer una manzana, lo cuentan muchos como cierto, y yo lo he creido á ojo cerrado; pero de poco tiempo acá me he puesto á pensar en eso y me he dicho, que no habia de ser Dios Nuestro Señor tan mezquino que por una frutilla maldijera al género humano y hechara del Paraíso á Don Adan y su esposa. Si acaso es verdad que los arrojó de la tierra, es seguro que fué porque no le pagaron el arrendamiento, y por eso no creo yo que los haya maldecido, y ménos á sus hijos. Al ménos así lo hacia mi amo Don Clemente Amoroso; él nunca se incomodaba con sus arrendatarios porque se comian las frutas de la huerta; lo que sí no les toleraba era que le quedaran mal con el arrendamiento de la hacienda; pero por esto nunca los maldecia, sino que los echaba de la tierra sin decirles una mala razon.

—Eso que dices, es una heregía, Liberato; la Santa Madre Iglesia enseña que nuestros primeros padres fueron desterrados del Paraíso por haberse comido la fruta de un árbol que Dios les mandó que no tocasen y el que no crea esto se condena.

—Si por eso he de irme al infierno, desde ahora empiezo á creer que se embaularon todas las frutas que hábia en la huerta y que por gloto-

nes los echó Dios de la *estancia* y los condenó á ellos y á sus descendientes á comer con el sudor de su frente. Veo que con creer se puede ganar y con no creer se puede perder.

—Pero volviendo á nuestra conversacion, dice Lucía, tú debes saber que el holgazan vive bostezando de hambre.

—Si señora, y tambien sé, que el que trabaja no come paja ni bebe agua como buey.

—Si eso sabes, por qué no echas á un lado la pereza y me ayudas á trabajar?.... Mira, á buenas te lo digo, enmiendate por vida tuya; sacude por Dios esa pereza que no te deja hacer nada.

Liberato se encoje de hombros y refunfuña:

—Siempre la misma tonada; Liberato es un perezoso; Liberato es un vagamundo.... ¡Ay Dios mio! Liberato es el dedo malo de esta maldita casa, y el pobre criado hace todo cuanto se le manda.

—Quien te oyera diria que eras un primor, pero por cierto que la perra hace más que tú y come ménos.

—Infeliz de mí que soy para su merced ménos que la *sarnosa* que cuida las ovejas.

—Lucía!.... Lucía!.... gritó á esta sazon una voz alegre en el patio de la casa.

—Bendito sea Dios! exclamó la jóven con ahogado acento levantándose presurosa del asiento; es Jorge... . bien me lo decia el corazon.

Y lanzándose á la puerta la abrió y dijo:

—Aquí estoy querido Jorge.... te esperaba de un dia á otro, porque hubo quien me dijera que venias en el ejército del Socorro.

—Lucía.... querida Lucía! un abrazo, balbuceó Gavilan apeándose de su caballo.

Y los dos amantes se arrojaron el uno en brazos del otro.

Jorge y Lucía unidos estrechamente sintieron que sus almas nadaban en un flúido de dicha inefable; que sus corazones latian con una fuerza extraordinaria y que sus pechos crecian y se ensanchaban cual si fueran á estallar de gozo. Sus ojos estaban humedecidos de lágrimas y sus lábios entre-abiertos articulaban confusamente esas palabras breves y dulces que son el eco fiel de las tempestades del corazon. Tan enajenados estaban què si en ese momento cae un rayo á sus piés no se habrian sorpendidó ni espantado.

—Ay! dijo Lucía desabrazando á su amante, Dios no me ha engañado; dias hace que él me ha puesto en el corazon que vendrias de un momento á otro.

—Poco á faltado, querida amiga, para que no volvieras á verme; figúrate, vivir más de seis años en climas como los de la Costa y los del Sur! estar expuesto á mil peligros y pelear en dos batallas reñidas!...

—Y todo por culpa de esé pícaro de Chepillo, añadió Lucía.... Jesus! cómo me enfurezco al pensar en ese demonio!

—El mismo Diablo es el tal Chepillo, dijo Liberato acercándose al recien llegado.

Luego quitándose el sombrero agregó:

—Buenas noches mi amo Don Jorge; ya no conoce su merced á Chirlobirlo?

—Hombre, Liberato! como te ha ido?

—Así; bien lo puede ver, cuando no peor en un ser.... Como iba diciendo, el mozo Cepillo es pájaro de mal agüero; supiera su merced la burla que....

—Calla! lengua de loro, le dijo Lucía con agrio acento, no me gusta que los criados se entrometan en las conversaciones de los amos.

—Vamos para adentro Jorge, añadió, á fin de no dejar tiempo á Liberato de que fuera á salir con alguna de las suyas; pues como debe suponerse, la pastora no queria que su amante supiera que habia sido novia de Chepillo, y ménos que éste se habia burlado de ella.

—De qué burla hablabas? le preguntó Jorje á Liberato entrando del corredor á la sala.

—No le hagas caso á ese tonto, se apresuró á decirle Lucía; es el mismo bruto de ahora ha seis años.

—No soy un hombre leido y escribido, niña, pero sí distingo lo blanco de lo negro.... Se acuerda que Don Chepillo.....

—Te mando que calles, le interrumpió Lucía alzando la voz, por Dios no me mientes á ese bribon que me hierve la sangre al oir su nombre.... Ay! acordarme de los trabajos que ha hecho pasar á Jorge!....

—Todas me las ha pagado, dijo el capitan, me he vengado de él como me lo pedia el cuerpo.

—De veras? Jorge.

—Como lo oyes. Lo maté con mi espada hace pocas horas en un duelo.

—Oh! si eso fuera cierto.... Pero pobre, ahora me da lástima!

—Voy á contarte cómo han pasado las cosas.... Pero me permitirás que me siente pues estoy muy fatigado.

—Ah! si, si, con la alegría se me habia olvidado ofrecerte la silla de brazos.

Gavilan se acercó al expresado mueble, que alcanzó á ver en un rincon á la pálida luz de la vela, y se sentó en él.

Lucía y Liberato dispuestos á escucharlo se sentaron, ella en un cojin de piel de cabra y él en el quicio de la puerta.

El capitan empezó de esta manera su narracion:

—Venia yo incorporado en el ejército del Norte, en ese ejércto que ha peleado hoy en las calles de Cipaquirá con un valor admirable....

Al llegar aquí le interrumpió el criado.

—Verdad es que hoy hubo pelea en Cipaquirá, dijo, yo me estuve toda la tarde plantado en la cima del cerro de Tocancipá, desde donde se veia la humareda y se oia el traqueo que era un gusto.

—Cómo le he pedido á Dios, desde que supe que estaban en batalla, que no fueran á matarte, dijo la zagala.

—Y él ha oido tus ruegos, pues he salido sano y salvo de tantos peligros.... Pero voy adelante con mi cuento. – Principiada la accion corro á ocupar el puesto que me toca; combato todo el dia como un demonio y no bien llega la noche entro en una callejuela donde me ataca un hombre de acaballo; me defiendo, lo venzo, lo hago prisionero y reconociendo en él á Chepillo le concedo la libertad con la condicion de que me acepte un duelo á muerte. El hombre empuña su espada, yo empuño la mia y el combate principia de un modo encarnizado. Hácese á cada instante más terrible, y durante él me dirige una estocada con tal destreza que me hace hechar pié atras, y al retroceder tropiezo con un caballo muerto y caigo por encima de él. Mi adversario se aprovecha de mi caida para matarme y con efecto me asesta una estocada que recibe el cadáver del animal. Yo me levanto con ligereza y sin darle tiempo á que quite el golpe, le atravieso el pecho de parte á parte. Chepillo expira implorando mi perdon é indemnizándome de los daños que me ha causado (si es que no me ha engañado al morir), con

un guarniel que me regala, lleno, segun me dice, de objetos preciosos que harán mi completa dicha.

Justicia de Dios!.... castigo del cielo!.... exclamó Lucía, Chepillo tenia que correr esa suerte, porque nadie llega á buen lugar por mal camino, como dicen.

—Y porque la Providencia ha dispuesto que la virtud triunfe siempre del crímen, agregó el capitan.

—Eso es. Pero sigue, que me tienes entretenida.

—Acababa de matar á mi enemigo, continuó Jorge, cuando me veo atacado por un oficial que manejaba la espada como el mismo Lucifer— "Voto á cribas! me dije, lo que siento es que este canalla me apague el mecho y que Lucía no llegue á saber jamas que mandé á Chepillo á pasear al otro mundo."

—Y en qué paró la jarana? preguntó Liberato, mató su merced al oficial? ó el oficial lo mató á su merced?

—No me lo creeras, pero no fuí yo el muerto, le respondió el capitan riéndose, voy á decirte quién. Acosado por mi contrario no sabia si debia rendirme ó morir lidiando, cuando en este instante se me vino encima otro demonio. Aquí fué mi sepultura, me dije, y sin volver la cara, retrocedí defendiéndome hasta que llegué á la pared de la calle, y en cuanto me ví resguardado por ella, cobré brio y arremetí con tal furia y destreza que en dos por tres maté al primero é hice huir al segundo. Libre de mis enemigos corrí al sitio á donde se habia detenido mi caballo, monté y abrí carrera por las calles hasta que llegué al camellon. Luego que me ví fuera de la ciudad dejé tomar aliento á mi animal y emprendí de nuevo mi marcha, la que he venido á suspender en el patio de esta casa.

—Gracias á Dios que te ha sacado con bien en todo y por todo, dijo Lucía.

—Talvez es cierto lo que su merced ha contado, expresó el criado, pero á mí no me cuela la muerte de Don Chepillo.

—Como! que no crees en la muerte de Chepillo?

—Creo que su merced le zampó toda la espada dentro del cuerpo; pero temo que el dia ménos pensado se le presente y le diga: "Amigo Gavilan los dos tenemos una cuenta que arreglar." Créame su merced, ese mozo es medio brujo; *eso*, si no es brujo entero.

—No temas nada Liberato, que Chepillo quedó tan muerto que no movia pié ni mano.

—Debió haberlo sepultado, que el que es cobijado con capa de tierra no vuelve á comer ni á beber.

—Oh! que ocurrencia!.... ¿cómo era posible enterrarlo?

—Al ménos debió cortarle la pelota que no hay noticia de que ningun santo haya hecho el milagro de resucitar á un *difunto* sin cabeza, y por ello es que dice el refran que despues del ojo afuera no hay Santa Lucía que valga.

—Con que crees en la resurreccion de Chepillo.

—Era tan arbitrioso que parecia que el Diablo le ayudaba, y si tenia pacto con Satanas es posible que él le encaje otra vez el alma en el cuerpo.

—Oh! con que le concedes más poder al Demonio que á los santos!

—Como no, señor, dicen que Satanas hace todo cuánto quiere y si eso es cierto como lo es, bien puede volverle la vida con condicion de que Don Chepillo eche á rodar al infierno una docena de almas.

—Para la muerte no hay Satanas que valga.

El criado se quedó un momento callado y luego dijo:

—Hubiera yo visto la cara que hizo el mozo en el momento en que su merced le hizo escupir el alma con el espadazo que le acomodó, y hubiera oido las maldiciones que vomitó, no bien se sintió *dijunto*.... Era tan iracundo!

—Qué cosas las que estas diciendo!.... Habrá un bestia igual?

—Es un jumento de carga, dijo Lucía. No te digo que este imbécil es el mismo animalote de ahora ha tantos años?.... El pobresito tiene una cabeza de gallina que dá compacion; bien se ve que es de una clase intermedia entre el hombre y el bruto.

—Dale con bestia!.... por qué me tratan sus mercedes así?

—Porque eres un cuadrúpedo, respondió Lucía.

—Pobre de mí! exclamó el criado sumamente acongojado.

Gavilan deseando consolarlo, le dijo:

—Me arrepiento de lo dicho y sostengo ahora que eres un hombre de buen discurso.

—Tampoco digo que soy un *dotor*.

—No tienes el título, pero sí eres más ilustrado que los que salieron de la Universidad en 1851, pues ninguno de ellos ha tenido hasta hoy el acierto de decir tantos y tan garrafales desatinos en tan pocas palabras como los dices tú siempre.

—Si eso es así, cómo es que soy un imbécil; cómo es que tengo cabeza de gallina?.... ¿quién los entiende?

Los dos amantes se miraron y echaron á reirse.

Hubo un momento de silencio que rompió Jorge diciéndole á Lucia:

—Se me habia olvidado preguntarte: ¿qué ha sido de tí durante mi ausencia?.... Recibiste una carta que te envié de Honda?

—Ay! Jorge de mi alma! mucho he sufrido desde que te perdí. En cuanto á la carta fué la única tuya que llegó á mis manos.

—La niña no miente, expresó Liberato, recuerdo que la dicha carta la recibió la noche de la *pilatuna* que....

—Vamos, léjos de aquí, le dijo el ama arrugándole el ceño, no hay cosa que me desagrade más que el que este bruto me interrumpa cuando hablo.

El bueno de Liberato obediente á la voz de Lucía bajó la cabeza y salió con paso lento como hubiera salido un perro regañado de su dueño.

—Díces que has sufrido mucho?

—Sí, Jorge no hay desdicha en el mundo con la cual pueda compararse la pérdida de los padres.

—Ya sabia que habias pasado por ese suplicio.

—Cómo! que lo sabias?

—Preguntando hace tres dias por tí y tu familia á un paisano que se incorporó en el ejército, adelante de Nemocon, me refirió que habian muerto Don Pio y Doña Juana. Luego me contó que los abuelos de Chepillo tambien habian fallecido, y que se decia que habia sido de pesadumbre de haber perdido á su nieto y unas onzas de oro que tenian por ahí en un zarzo; y á propósito de esto me dijo que el ladron de las monedas habia sido Chepillo, y que por dicho robo y por no sé que otras fechorías lo habian encausado y condenado.

Lucía tembló al pensar que el paisano le hubiera contado á Jorge que ella habia sido novia de Chepillo; pero la consoló el silencio que sobre este punto guardó su amante.

—Y no sabes que el pobre del tio Juancho falleció tambien ? le dijo la pastora con el fin de desviar la conversacion, de los hechos relativos á la vida de Chepillo.

—Sí, el tal paisano me refirió que el tio Juancho se habia ahogado en el Magdalena.

—No ves qué desgracia ? tan formal que era el viejito!

—Recuerdo que juntos veniamos el dia que nos aprehendieron, y que yo solo fuí el desdichado, porque á él lo pusieron en libertad el mismo dia.

—¡ Ay Jorgito ! no puedes imaginarte cuál fué mi pesadumbre al saber ese dia, ó al siguiente, me parece que fué, por el tio Juancho, no que te habian cogido para soldado sino que te habias muerto de fiebre en Ambalema.... No me lo creerás pero me desmayé, y no volví á saber de mí en muchas horas.

Y esa mentira de que me habia muerto, con que fin ?

Despues te contaré porqué motivo el tio Juancho me dijo semejante embuste.

—Y ahora por qué no ?

—Porque me pongo de mal humor con solo pensar en nuestros perseguidores.

Jorge exhaló un suspiro y dijo:

—Si entónces nadie me detiene el paso, mi felicidad habria empezado pocos dias despues, casándome contigo.

Lucía bajó los ojos.

—Pero esa dicha empezará ahora ¿ no es verdad ?

La zagala no respondió.

—No me contestas !.... qué ; es que ya no me amas ?

—No, no es eso ; es que con ese vestido que tienes y con ese lenguaje y esos modales de caballero que usas me pareces otro hombre, y temo que siendo otro, ya no tengas intension de casarte con una pobre pastora que no tiene más que buena reputacion y un corazon que sabe amar.

—Esa pobre pastora vale para mí más que la más encopetada princesa, porque ha sabido guardar durante siete años, su corazon y su honra para mí.

—Si, Jorge, eso es verdad. El dia que llegó á mis oidos la noticia de que habias muerto, hice un voto que he *cuplido fielmente* : entónces dije delante de Dios : —" Ya que Jorge ha muerto, renuncio para siempre al matrimonio, pues en el mundo no hay para mí otro hombre como él. "

—Gracias Lucía, le contestó Jorge levantándose de su asiento, yendo donde ella estaba y cogiendole una mano entre las suyas, gracias, amada mia, yo te he pagado en la misma moneda, y en prueba de ello aquí me tienes dispuesto á cumplir mi palabra empeñada hace más de siete años.

—El no haberte arrepentido de ser mi esposo y el haber cumplido yo mi voto, es una prueba de que Dios ha querido que nos juntemos como él manda. A tu voluntad dejo el dia en que debamos casarnos.

—Dices bien Lucía, Dios ha dispuesto que seamos el uno para el otro y lo seremos. Mañana dispondremos las cosas de modo que el matrimonio se celebre pronto, y celebrado iré á comprar léjos de aquí un campo donde podamos vivir en paz los dias que Dios nos diere de vida.

—Has venido dineroso ?

—Así lo creo; á no ser que el pillastron de Chepillo se haya burlado de mí en su última hora.

—En verdad que me dijiste que te habia hecho un regalo al morir.

—Si, y comienza á apretarme el deseo de saber en que consiste ese regalo, digo Jorge pasándose por encima de la cabeza la correa del guarniel que llevaba terciado al hombro.

Hecho lo cual lo abrió con una pequeña llave que del mismo guarniel pendia de una cadenita, y á la luz de la vela comenzó á vaciarlo sobré la mesa coja que conoceis. Al volverlo boca abajo una multitud de monedas de oro rodaron sobre la negra tabla, haciendo vivos reflejos.

Los ojos de Lucía brillaron como dos luciérnagas á la vista de aquel cuadro.

—Vaya! dijo Jorge con voz agitada por la emocion; Chepillo se ha portado en esta vez como un hombre honrado: El legado, no está tan de lo peor, si las onzas no son falsas.

Y llevándose la mano al corazon para contener los latidos que lo ahogaban, añadió:

—Contemos....

No bien dijo esta palabra se puso á contar las monedas y á colocarlas en columnas de á diez.

Luego que concluyó, contó las columnas, y como alcanzaban á cinco, dijo:

—Cinco por diez son cincuenta.... Estas onzas corren en el mercado á veinte pesos fuertes; de suerte que multiplicando cincuenta por veinte, da por resultado un guarismo de.... de.... mil....

Miéntras que Jorge hacia la multiplicacion, la pastora desplegaba el guarniel y registraba sus secretos. De repente exclamó:

—Ay!... mira!.... mira lo que me encontré!

Y le mostró á su amante una pequeña caja de carton atada con una cinta.

Lucía soltó la atadura, abrió la cajilla y al ver su contenido no pudo reprimir un ligero grito.

—Son piedras verdes, y piedras blancas; si serán finas Jorgito! Caramba! nos poniamos las botas!.... Yo he oido decir que las esmeraldas son verdes, y que los topacios son *blancos*.... Dios santo que brillan como luciérnagas!

Jorge pálido y tembloso por la sorpresa, tenia los ojos clavados sobre las piedras preciosas sin pestañear y sin pronunciar una palabra. Despues de un grande espacio de tiempo, dijo con voz apagada:

—Son piedras finas!.... Esmeraldas y diamantes, no hay duda!... Deben valer un dineral, pues son de un tamaño nada comun.

—Yo sé, dijo la zagala, que Chepillo compró en los dias que estuvo de alta, muchos diamantes, esmeraldas, topacios y ru.... rubides, ó como se llaman, con el dinero que estafó á los tontos que creyeron en el hallazgo del Queso de oro.... No has oido hablar de ese ardid?

—Sí, sí he oido, respondió Jorge, sin pensar en lo que decia, cual si estuviera embelezado con su repentina dicha.

En seguida expresó con el mayor fervor:

—¡Bendito seais Dios mio que te has acordado hoy de nosotros!

Despues de tan sincera manifestacion de gratitud echó á recoger aquel rico tesoro, que contrastaba con la negra mesa, con lo humilde del ajuar y lo sórdido de las paredes y techo del cuarto.

Introducidas las monedas y piedras en el guarniel, Jorge se lo presentó á Lucía diciéndole:

—He aquí tu dote, amiga mia.

—Gracias! respondió la zagala recibiendo el guarniel con la mayor alegría; te guardo este caudal para que compres con él la estancia á donde debamos irnos, pues yo tambien quiero salir de este lugar.

—Haré con ese dinero lo que tú desees.

Lucía abrió la caja carcomida y desgonzada que os dimos á conocer desde el principio de esta historia y metió en ella el guarniel.

—Me voy, dijo Jorge.

—Como ¿que te vas?

—Ansio ver á mi familia.

—Es muy tarde.

—Que importa eso? Acaballo no gasto un cuarto de hora, pero aunque empleara más, no deberia por ello, retardar á mis padres el gozo que tendrán al verme.

—Es muy justo, pero seria mejor que te quedaras.

—No, Lucía, mañana sabrian tus vecinos que un hombre habia dormido bajo el mismo techo que te cubre á tí y eso mancillaría tu reputacion. Sabe querida mia que yo nunca cooperaré á la deshonra de la mujer que hé elegido para esposa.

Si no quieres quedarte, espérate y te preparo algo de cenar. Hoy no habrás comido nada.

—Hoy no ha entrado á mi boca sino la punta de los cartuchos que he mordido, pero no te molestes; pronto estaré en casa, donde comeré y beberé hasta quitar el hambre.

A semejantes razones la pastora no replicó, ántes bien le tendió la mano que Jorge estrechó convulsivamente entre las suyas.

No bien se despidió salió de la pieza.

El caballo temblando todavía por consecuencia de la carrera, estaba en el patio con la cabeza inclinada hácia el suelo. Jorge le levantó la rienda, montó y partió al galope, al tréves de las tinieblas.

CAPITULO III.

Tras el placer viene la pena.

LUMINOSO y radiante en el fondo de un cielo límpido y azul brillaba el sol de la mañana que sucedió á la noche del 21 de Mayo.

Serian las nueve cuando se presentó Jorge en la casa de Lucía. Iba vestido de militar como en la noche pasada; pero se notaba en su traje mayor limpieza. Llevaba una levita larga de paño azul con cuello encarnado, adornada de galones y botones de metal. Sus solapas desabrochadas dejaban ver una camisa blanca como el papel, cuyo cuello ceñido por un corbatin de charol, no embarazaba, por su gran flexibilidad, el libre movimiento á la cabeza más bien configurada. Jorge era de alta talla á la cual le sentaba bien el uniforme del guerrero, esto es: la levita de que hemos hecho mencion y un pantalon encarnado con franja de hilo de oro. La fisonomía de nuestro personaje era de aquellas que nadie ve sin sentir en el alma un movimiento de impulsion hácia ellas, porque la naturaleza les ha dado un poder de atraccion extraordinario. Hela aquí: ojos garzos y brillantes que expresaban con propiedad los distintos sentimientos del alma segun estuviera esta, alegre,

triste ó irritada; cejas espesas y arqueadas, abiertas sobre una nariz recta; boca regular con hermosos dientes y negro bigote; frente ancha y prominente que indicaba la solidez de sus pensamientos, y un color blanco un poco amortiguado por los rayos del sol de las campañas.

Llegó, pues, Jorge al patio de la casa, vestido como hemos dicho, y dijo:

—Buenos dias! amiga.

Lucía estaba sentada á la sambra de los sauces, hilando una guedeja de lana negra y tarareando un bambuco moderno.

Al oir la voz de su amante dejó el canto y respondió:

—Buenos dias, Jorge.

Mirándolo tan majo añadió:

—Carántula! bienes compuesto que es un gusto.... pareces un *pisco* ó un rey de los gallinazos con tantos colorines.

Decia, torciendo el huso sobre la pierna derecha y descarmenando ligeramente la lana que tenia envuelta en el brazo izquierdo.

Jorge sonriéndose se acercó á ella, le cogió una mano y se la extrechó.

—Cómo te haces desear le dijo la pastora, ya estaba pensando que habias tirado de largo.

—No prenda mia, cómo podia irme sin casarme? es que hay tanto que charlar con la familia despues de siete años de ausencia.

—Es cierto! hacia siete años que no veias á tus padres, pero.... parece que hacia el mismo tiempo que no veias á tu Lucía; verdad?

—Ingrata! te he dado la preferencia, y te quejas?

—Carruchas! qué palabrotas las tuyas?.... necesito estudiar diez años en un convento de monjas para que nos entendamos.... El Diablo cargue conmigo si sé lo que es *perferencia*.

—He querido decirte que he venido primero á tu casa, que ir á la de mis padres, dijo Jorge un poco afligido con la ignorancia de su amada. Es verdad que hoy soy otro hombre; en siete años he aprendido muchas cosas que espero enseñarte en poco tiempo.

—Tengo tan mala memeria.

—No es tan mala cuando en siete años de ausencia no me has olvidado.

—Ah! en cuanto á eso, aunque hubiera pasado un siglo.

—Ya que hablamos de tu constancia, digamos algo del dia en que debas recibir el premio de ella.

—Hablemos de lo que tú quieras.

—Ven conmigo, le dijo Jorge.

Y tomándola de una mano la condujo á la pieza que la zagala y nosotros hemos tenido la vanidad de llamar sala.

Lucía se sentó en uno de los cojines que conoceis y Jorge en la silla de brazos.

—Conversemos sobre nuestro matrimonio, le dijo él.

—Conversemos, le contestó ella.

—Te propongo que nos casemos dentro de seis dias.

—Dentro de seis dias es imposible.

—Por qué razon?

—Porque es necesario hacer algunos preparativos y en seis dias no se hacen. Por otra parte las proclamas piden quince ó veinte dias de término.

—Las proclamas pueden dispensárnoslas.

—Las proclamas!....

—Si, con dinero se consigue todo en este pícaro mundo.
—Lo que es ignorar una las cosas.
—Yo allano esa dificultad.
—Dale con términos *patiquebrados.*
—Digo que yo arreglo lo de las proclamas.
—Bien está; pero debemos hacer una bodita, y por otra parte yo estoy escasa de ropa; bien que para el casamiento me alquilaria la tia Simona un vestido, que de alquiler los tiene muy curratacós.
—No, Lucía, yo no consentiré en que te vistas con ropa alquilada; en seis dias se hará la que necesites para la ceremonia.
—No, Jorge, no quiero oponerme á la costumbre; todas las que se casan, se visten con la ropa de la tia Simona y la que no lo hace, dicen los murmuradores del pueblo, que es porque no tiene con qué pagar el alquiler.
—Haz tu gusto, pues; lo que importa es que nos casemos dentro de seis dias.
—En seis dias no se hacen los preparativos para la boda.
—Sí, es tiempo suficiente para conseguir cuanto tú desees, aunque demos un espléndido ambigú.
—Espléndido ambigú! qué cosa es eso?
—Es una abundante comida ó cena.
—Lucía soltó una carcajada.
—Jorge se azóró como si sospechara que álguien los escuchaba.
—Con que, estamos arreglados? le preguntó este.
—Para dentro de diez dias.
—Convenido. Nos casaremos dentro de diez dias.
—Pero.... yo soy una pobre, Jorge.
—Lo sé, Lucía; no ignoro que ères pobre de dinero; pero sé que eres rica de virtudes, y yo apreció más esta última riqueza porque ella dura siempre y hace mejor la felicidad que la otra.
—Niña Lucía!.... niña Lucía!.... gritó á esta sazon Liberato á inmediaciones de la casa.
La pastora corrió á la puerta y vió á su criado que llegaba á toda prisa con el sombrero en la mano y ahogándose de fatiga.
—Qué hay? qué sucede? hombre.
—Que aquí cerca vienen unos soldados.
Jorge que tal oyó se levantó presuroso de su asiento y de un salto se puso en el corredor. Corriendo atravesó el patio y al salir de la casa divisó una partida de gente armada que se oproximaba. El capitan temiendo que fueran melistas, saltó la cerca de espinos y se ocultó entre el maizal que por suerte todos los años por el mes de mayo era un bosque.
Lucía asustada se metió tambien entre la sementera y dejó la casa al cuidado del criado.
Los soldados llegaron al patio, mataron tres gallinas, se entraron en las piezas, se robaron cuanto encontraron de su gusto y siguieron su camino.
La pastora volvió al rato y lo primero que hizo fué abrir la caja para cerciorarse de lo que le faltara, y como no vió el guarniel de su dote, exclamó:
—Ah!.... se robaron el oro y las piedras finas!
Y arrancándose los cabellos prorumpió en amargo llanto.
Desesperada, inconsolable echó á correr para el maizal y á gritar:

—Jorge!.... Jorge!.... Ah Jorge!.... los soldados se robaron el guarniel.

Pero como solo el eco le respondia, remedando su voz, se sentó á gemir.

En esto se le acercó Liberato y le preguntó:

—Qué le aflige? niña. ¿Qué fué lo que le robaron los *melitares?*....

—Corre por el amor de Dios, le dijo sin contestarle la pregunta, corre, busca á Jorge en el maizal y dile que venga pronto que me ha acontecido una desgracia muy grande.

Liberato no vaciló en obedecer la órden; estaba conmovido con el llanto de su ama y pensó que le aliviaria sus dolores presentándole al médico del alma.

Al cabo de un rato volvió con Jorge.

—Qué hay? le preguntó sorprendido el capitan á Lucía.

—Me preguntas qué hay? dijo la zagala sollozando.

—Sí, te pregunto, que desgracia te ha sucedido?

—Oh! negro del alma! qué ha ser, sino que los soldados se robaron el guarniel.

—De veras!.... dijo el capitan con los ojos encendidos de coraje, pues me voy tras ellos; ó los mato ó me matan; pero el dinero no se lo llevan así no más.

El hombre partió á correr.

Lucía siguió tras él llamándolo á gritos y llorando.

—Ah Jorge!.... le decia, no vayas; no quiero que vayas; mira que te matan!...., no me dejes sola; no me abandones!....

Despues de haber corrido como tres cuadras inútilmente, la infeliz cayó en el camino casi desmayada.

Liberato que iba detras al trote, no bien llegó donde la pastora estaba tendida, le preguntó:

—Qué es lo que se han robado los soldados, que no ha querido decirme?

—Un guarniel con una gran suma de dinero y unas piedras preciosas.

—Qué cosa es guarniel?

—Una especie de zurroncillo, ¿no lo habias visto entre la caja?

—Será esto, por suerte? dijo el criado mostrando el objeto perdido.

—Bendito sea Dios! exclamó la zagala alzando los ojos al cielo, donde lo encontraste?

—Como yo sé por experiencia que los soldados son linces para esto de la uña, así como ví que su merced y Don Jorge se entraron en el maizal, yo me zampé en la sala, abrí la caja para sacar el dinerillo que allí hubiera, y como encontré esta *chácara* encima de todo, me la metí debajo del brazo y me dije: esta cosa debe de ser de Don Jorge; bueno es esconderla y si no se la apañan los *melitares.*

—Hombre de Dios, me has causado una pena muy grande.

—Mayor habria sido si nó hago lo que hice.

—Es verdad; pero por qué no me entregaste el guarniel en el momento en que me oiste decir que se lo habian robado?

—Su merced nunca me dijo que le habian robado tal chácara y por otra parte me olvidé de que tenia semejante bulto debajo del brazo.

—Corre y dile á Jorge que ya pareció lo perdido.

—Que vaya alcanzar á Don Jorge?

—Sí, ve, que no irá muy léjos.

—Con qué piernas?

—Iré yo, ya que tú no quieres.

Lucía le rapó el guarniel á Liberato de las manos y echó á correr por el mismo camino que llevaba su amante.

No la sigamos; dejémosla correr que pronto estarémos con ella.

CAPITULO IV.

De cómo una gallina puso fin á un banquete de pipiripao.

EL SOL del dia deseado por los novios se anunció al fin, y á los primeros albores de la mañana los dos amantes salieron á pié de la antigua morada de Don Pio en direccion del poblado. Iban acompañados de sus parientes próximos y remotos, los que ataviados de sus mejores trajes deseaban honrar debidamente á los novios.

Jorge iba sencillamente vestido; el barniz de civilizacion que habia recibido en los pueblos del litoral y en los del Sur, pugnaba con las costumbres coloniales de los campesinos cundinamarqueses. Por esta razon él se opuso decididamente á disfrazarse en aquel dia solemne con el vestido del gamonal de antaño.... No así Lucía; ella obediente á los usos de su país natal, fué víctima de la funesta costumbre. Desde el momento en que llegaron al poblado se hospedaron en la casa de un pariente de la pastora, y en el acto dos señoras solteronas de esas que visten imágenes, se apoderaron de ella, la peinaron malísimamente y la ataviaron de piés á cabeza con los adornos más chavacanos. El vestido era alquilado y esto basta para hacer saber que él pertenecia á una moda de la cual nadie hacia memoria en el lugar. El traje de lanilla de un color indefinible, tenia el descote bajo, el talle inmediato al nacimiento de los brazos y remataba en una pequeña arandela de tela encarnada que parecia más bien un apéndice que un adorno. La estrechez de las enaguas era tal, que habria podido servir de modelo á un sastre para hacer la hopa de un *tomista* pobreton, ó la de un monagillo de aldea. Las mangas cortas y ajustadas, ceñian tan extrechamente los rollizos brazos de la zagala que el más inesperto cirujano, se habria resuelto á sangrarla sin temor de que lo tuviesen por practicante del hospital de San Juan de Dios.

Los zapatos eran demasiados grandes y habiánselos, por ello, calzado sobre dos pares de medias y sujetádoselos á los tobillos y á las piernas con cintas de distintos colores, formándole équises hasta la parte superior de las pantorrillas.

El tocado ó *la toilétte*, como dicen los que la echan de saber el frances, era tal que bien merece describirse. Infeliz mujer!.... unas cuantas trenzas pequeñas y apretadas salian del nacimiento de la frente é iban á perderse en un deforme moño que á semejanza de clavo romano llevaba adherido á la nuca. Esas mal formadas trenzas á causa de su tirantez sacaban de su lugar la piel de la cara, desfigurando cada una de las facciones, del mismo modo que el coto las desfigura en sentido contrario, es decir; de arriba para abajo. El resto del tocado era más risible aún; componiáse de una maraña de cintas de colores varios, sobrepuesta al moño y de la cual salian muchos lazos que iban á perderse en los puntos de partida de cada trenza.

De la cabeza al pecho tenia mil pelendengues. Colgábanle de las

orejas unos zarcillos descomunales que cual péndola de reloj le oscilaban rosándole los hombros; escalonábanse en su garganta de nacar cosa de cuatro cintillos; uno de cuentas blancas, otro de amarillas, cual de rojas, cual de azules, y sobre su pecho resplandecian multitud de cruces, estampas y prendedores que traian á la memoria las tiendas portátiles de nuestros buhoneros y las ermitas del Córpus de esta tierra de cristianos que hoy se llama, Estado de Cundinamarca.

Lucía estaba desfigurada, horrorosa, con su traje á la antigua y su abominable tocado.

No sabemos como es que los campesinos cundinamarqueses no se arrepienten de casarse al ver á sus novias tan cariestiradas, á causa de esos tocados horribles que hemos descrito, y tan embarazadas para caminar con esos trajes estrechos que hemos pintado, que las asimilan en la cara y vestimenta aquellos matachines del *córpus* que los alfereces de la fiesta visten *ad hoc* para divertir á los muchachos y á las criadas.

Así como la novia estuvo *emperegilada*, Jorge le ofreció el brazo y estrechamente asidos se encaminaron al templo. Media hora despues pronunciaron ámbos en presencia de Dios el juramento solemne de unirse y de partir entre sí los placeres y las penalidades de la vida. Ligados los corazones de nuestros héroes por el vínculo vitalicio del matrimonio se retiraron del templo y se dirigieron á la casa donde se habian hospedado.

Cuatro amigos de Jorge Gavilan esperanban en el patio de la posada á la simpática pareja y su cortejo, con una recua de caballos á cual peor, pues de ellos no habia uno que no estuviera tristemente mutilado. Estas incompletas animalias, debian trasportar á los novios y su comitiva al campo, y aunque eran *residuos de brutos* y no brutos *enteros*, nadie exhaló una queja; ora porque los novios de pueblos pequeños cabalgan siempre en malas jacas, ora porque en Junio de 1854 estaba el país sumido en la anarquía de la guerra civil, y las bestias baldadas eran las únicas que habian escapado de la rapacidad de los melistas, y eso porque lo inútil ha tenido siempre el privilegio de ser respétado de los facciosos y guerrilleros.

En la posada se sirvió un almuerzo abundante para todos. Con el último bocado salieron caballeros los novios de la casa, junto con su lujoso acompañamiento. Muchos curiosos que tuvieron noticia de tal salida se agolparon á la esquina de la calle que conduce al camino de la estancia, á conocer al paso á Jorge y Lucía, y diz que las festivas catadurás de los jinetes todos y el aspecto melancólico de sus cabalgaduras les dió no poco que reir. Las mujeres iban confortablemente sentadas en sillones colorados, adornados de galones blancos y cantoneras de plata, con los piés apoyados en una tablilla suspendida de asiones y descansando los brazos en torneadas barandillas. Grandes sombreros enfundados sombreaban su cara y pequeñas ruanas listadas flotaban sobre sus hombros.

He aquí las jinetas; veamos ahora las jacas todas.... ¡Oh las jacas inspiraban compasion! Si uno de esos genios maravillosos de *Las mil y una noches* hubieran tomado un miembro de cada una, para con ellos formar una bestia completa, no lo habria conseguido. ¡Infeliz caballería!.... el rocin que no era tuerto ó cojo, no tenia cola, ó le faltaban ámbas orejas.

Los hombres cabalgaban en las jacas cojas lo cual era muy razonable, pues sabiendo que el que cojea cae, no debian exponer, montando

en ellas, á las delicadas mujeres que podian desbaratarse si se aporreaban. Por esto los labradores iban caballeros en los peores animales y sin hacer de ello mucho caso, hacian ostentacion de sus sillas bordadas de blanco; de sus herizados zamarros de piel de cabro y de sus descomunales espuelas, las que al punzar los hijares de sus lerdos brutos sonaban contra los labrados estribos cual campana de administracion. Era de ver como llevaban el sombrero en una oreja, como fumaban cigarro al desgaire y como punteaban y rasgueaban con arrogancia las cuerdas de sus bandolas y tiples.

A paso de buey unas veces y á paso de mula otras, echando vivas á los novios y disparando cohetes, llegó la cabalgata á la casa de Lucía. Los corredores, el patio y el campo adyacente hormigueaban de amigos, conocidos y desconocidos de los novios. ¿Cuál era el objeto de semejante concurrencia? ¿Era que esta gente se presentaba á felicitar á Jorge y Lucía por su dichoso enlace? No por cierto. Era que.... de antemano se habia anunciado una espléndida comida, una comida de pipiripao y como para manducar de gorra, todo el mundo está pronto, por ello medio pueblo se hallaba en la estancia de Lucía el dia de su boda.

Desde la una de la tarde algunos de los concurrentes se paseaban por los corredores dando prolongados bostezos y derramando tal cual mirada dentro de la pieza destinada al convite; otros pasaban y repasaban por la puerta de la cocina y de vez en cuando estiraban el cuello al percibir el olor de las suculentas bandejas que hervian y humeaban que era una bendicion de Dios. Interin varios tahures jugaban á los naipes, tendidos horizontalmente sobre el mullido césped bajo la sombra de los árboles y unas tres docenas de muchachos, gritaban, silbaban, brincaban y arrojaban tejos sobre el tángano, en una era inmediata á la casa.

Miéntras que los hombres atisbaban, olian y jugaban, las pastoras tegian girnaldas de flores silvestres para coronar á los novios y adornar las paredes del comedor.

Como á eso de las cuatro de la tarde se oyó una voz que decia:

—La comida está en la mesa, señores y señoras; á manducar todo bicho.... Urra!.... urra!.... á llenar la panza.

Al dar Liberato estas voces todo el mundo volvió la cabeza hácia el punto de donde salian y no hubo uno que no mirara con agrado al buen criado que tan excelente nueva llevaba. En honor de los concurrentes dirémos ademas, que la campana de un colegio llamando la comunidad al refectorio, jamas ha sido tan rápidamente obedecida. Todos impulsados por la poderosa atraccion del banquete se precipitaron á la puerta del comedor cual famélica jauría.

Lucía colocada á la cabeza de la mesa vió oscurecerse el cuarto con el muro viviente de innumerables personas que cubrian la puerta y se apresuró á decir á Jorge, dominando el ruido de cien voces:

—Negro del alma! ven á sentarte junto de mí; este puesto es para los dos.

Jorge aceptó el asiento que le brindó su novia, y no poco angustiado con lo que veia y oia se enjugó con su pañuelo el sudor que caia de su frente, y dijo á media voz:

—Qué turbamulta, Jesus!....

—Señores *convidados*, añadió, en voz alta; siéntense ustedes donde más les acomode.

Ocupados todos los asientos empezaron á circular sobre la mesa los

platos de sopa de pan, sembrada de pequeñas revanadas de huevo cocido; las grandes bandejas de arroz glutinoso; los apetitosos capones magníficamente dorados por un fuego apacible; las sabrosas papas guisadas, cubiertas de un trasparente velo de queso, y en fin, multitud de otros manjares preparados para el paladar de la gente rústica.

Los convidados empezaron á engullirse monstruosos tacos en el mayor silencio.

De repente alzó la voz un campesino de avanzada edad y dijo:

—Diantre! se han quedado todos como en misa.

—Nos hemos quedado, decia el tio Luna, observó una graciosa pastora.

—Vamos!.... gritó un viejo cari-redondo, rugoso y barbudo, cuya faz era semejante á la de un mico, vamos camaradas, echemos unos tragos para que se nos caliente el coleto, y se nos suelte la lengua.... qué diablos! esto tiene más bien cara de entierro que de casorio.

—Don Jorge, dé usted el ejemplo ¿quién dijo miedo? expresó la pastora que ántes habia hablado.

—Bueno, dijo el novio, voy á beber á la salud de Lucía.

Y alzando á dos manos una enorme totuma encarnada que rebosaba de chicha, la llevó á la altura de sus labios y bebió.

Aunque sobre la mesa habia otras vasijas que contenian confortable *muisca*, ninguno de los convidados se atrevió á libar con el novio; cada cual esperó á que le llegara su turno, pues segun la costumbre de los campesinos cundinamarqueses, los convidados no beben sino en el mismo vaso donde beba el amo de la casa.

Excusado es decir que Baco derramó la alegría á manos llenas, en el corazon de los concurrentes. De allí á poco comenzó el mayor contento, la mayor hilaridad; todos dirigian la palabra á todos, pero ninguno escuchaba á otro. Era una Babilonia donde se charlaba, se exclamaba, se gesticulaba, se reia á más no poder, sin que uno solo comprendiera lo que otro decia.

Con esta descomunal algarabia, sucedió que una gallina que tenia nido en el zarzo ó desvan del comedor se espantó y empezó á cacarear con tal violencia que Liberato perdiendo su habitual calma echó mano del palo de la escoba y comenzó á dirigirle terribles garrotazos. La gallina estrechada por su adversario resolvió escapar el bulto y en consecuencia emprendió vuelo hácia otro parage; más, la casualidad ó la fatalidad (no sabemos cual) quiso que la infeliz descendiera sobre un inmenso platon de humeante mazamorra que un criado acababa de servir. El quemante líquido desorganizándole la piel de las desnudas piernas la hizo exhalar un grito de dolor y sacudir vigorosamente las alas para librarse de tan cruel suplicio, y entonces.... (Perdonad que en este cuadro que debiera ser serio, os presentemos á Heráclito y Demócrito abrazados).... y entónces á causa del sacudimiento sucedió que una copiosa lluvia del *espeso líquido* cubrió la faz de los que comian y cegó sus alegres ojos; aconteció que el platon tambaleó al salirse el ave, con lo cual perdió el equilibrio y se derramó la mazamorra sobre los manteles y manchó los *ricos* vestidos de los novios; acaeció que la gallina libre del crisol que la deshacia, echó á dar zancadas con lo cual no dejó cosa en su lugar. Liberato encarnizado con la desventurada pájara, la persiguió sin el menor respeto donde quiera que el infortunio la condujo. Apénas se habia salvado de una muerte inquisicional, cuando el criado cayó sobre ella como un rabioso y echó á tirarle por encima de la cabeza de los

que estaban comiendo, repetidos garrotazos, con cuyos golpes redujo á menudos pedazos cuanto habia sobre la mesa. Liberato colérico, furioso, á nadie obedecia. Cualquiera al verlo habria dicho que acababa de perder el juicio, y no se habria engañado porque á decir verdad el criado habia empinado algo el codo. Más de diez bocas le gritaban que se contuviera, pero el hombre sediento de sangre no veia ni oia; en aquel momento el energúmeno no tenia más que un solo pensamiento; *asesinar á la enfeliz gallina.* Hay hombres que estén ó no ébrios tienen dias en que desean con loco frenesí aniquilar un ser viviente y no se tranquilizan hasta que no lo ven voltear los ojos al cielo y espirar. El criado de Lucía estaba dominado por el cruel antojo de cometer un *gallinicidio* y por ello era por lo que el sanguinario insistia en su feroz propósito.

Descargaba Liberato palos á diestro y siniestro cuando media docena de perros que habiá debajo de la mesa entró en la más espantable batalla. Como en las bodas de Peleo, una pastora cual otra Discordia habia arrojado, en vez de una manzana de oro entre los convidados, una presa de carne entre la jauría y esto habia dado orígen á la terrible lucha. Los perros por disputarse la presa, cual políticos del dia, se gruñeron recíprocamente mostrándose sus afilados dientes; echas las provocaciones se lanzaron todos sobre cada uno y cada uno sobre todos, dando roncos ladridos y tirándose feroces tarascadas. Los concurrentes parados, unos sobre los asientos que habia contra la mesa; en pié otros en torno de ella; y agrupados los más en un rincon de la pieza; gritaban, reian, vociferaban, se extrechaban y se ensanchaban de tal modo que ningun observador habria podido describir ese conjunto de hombres y mujeres en tan desordenada mezcla y confusion; ningun pintor habria podido reproducirlos en un cuadro.

Sosegado Liberato y apaciguados los perros se restableció el órden. Como nada habia quedado sobre la mesa, nadie pensó en volver á sentarse á ella, sino en hacer la narrativa de cuanto acababa de suceder. La conversacion se prolongó hasta bien entrada la noche.

A las ocho se dió principio á un fandango donde se bailó, se bebió, se charló y se rió hasta el cansancio. A las tres de la mañana los que no habian desertado se acostaron á dormir sobre lo que pudieron.

Cuando vino el dia todo habia acabado; pero algo extraordinario comenzaba: una vida nueva para nuestros dos amantes.

Ya tenemos á nuestros héroes casados; pero, residieron siempre en el lugar donde nacieron, ó se trasladaron á otro sitio? A la hora en que esto escribimos viven todavía? Se han amado durante su matrimonio? ¿Son felices ó desgraciados?

El curioso lector que tales cosas y otras más quiera saber, espétese las páginas siguientes hasta dar con la última y le prometemos que exclamará al ver el fin:

—Oh! qué sabroso cuento! ES UNA HISTORIA QUE PARECE NOVELA, y se tenderá largo á largo á meditar en las vicisitudes humanas.

CAPITULO V.

En el cual se ve cómo se cumplen ciertos pronósticos de Lucía y donde se prueba una vez más, que Liberato Chirlobirlo tiene capacidad; pero idéntica á la de un tonel.

ONCE DIAS habian trascurrido al matrimonio de Jorge y Lucía cuando una mañana le dijo aquel á esta:

—Sabe amiga que estoy fastidiándome mucho en este sitio apartado del trato de los hombres, y lo que es más, estoy sintiendo un gran pesar por haber metido mi espada en la vaina y no haber vuelto á sacarla ahora que la libertad está en peligro. Preciso es que yo me marche al campamento de los legitimistas á cumplir con mi deber de soldado y de patriota; pero no quiero dejarte aquí expuesta á los ultrajes de las tropas que pasen por este lugar, y por ello he determinado ir ántes á Bogotá á conseguir una casa en compra ó arrendamiento para llevarte á ella, á fin de que estes con alguna comodidad y á salvo de todo peligro durante mi ausencia. ¿No eres del mismo parecer?

—No, negro de mi alma, yo no quiero que te separes de mí y mucho ménos que vayas á Bogotá en este tiempo, porque correrias el riesgo de ser encarcelado. No crees tú que si los *melistas* te ven y te conocen, al momento te ponen la mano?

—Lo creo Lucía; pero para evitar ese peligro voy con los ojos bien abiertos, y husmeando como los perros.

—Eso no ha de valerte, Jorge; si los melistas te ven, cuenta con que te echan el guante y te pillan el dinero que lleves para comprar la casa.

—No me opongo á tus reflexiones; convengo en que puedo ser encarcelado; pero ¿qué quieres? es un deber mio unirme á la *fraccion liberal* que combate por echar abajo al Dictador, y al irme no debo dejarte aquí entregada á tu propia suerte. Mas, si yo me expongo al ir á Bogotá, el dinero no corre ningun riesgo, pues no he pensado en sacarlo del sitio donde tú lo tienes guardado. Me voy, pues, sin llevar dinero, y si no encuentro quien me venda una casa con plazo, no faltará quien me la arriende y de un modo ó de otro he de conseguir llevarte á Bogotá y dejarte acomodada en una bonita habitacion por todo el tiempo que esté separado de tí.

—Bien quisiera yo que no te fueras, aunque estoy que no veo la hora de ir á Bogotá á vivir; pero ya que no puedo echarte un lazo al cuello y amarrarte á un pilar del corredor para que no me abandones, te aconsejo que vayas con cuidado, no sea el Diablo que los melistas te atrapen el bulto. Ahora por esto que te digo no vayas á creer que á tu regreso te dejo ir á matar rebeldes, pues por Dios y por mi alma que te quedarás con el antojo, que bien sé que el que va por lana suele volver trasquilado.

—Corriente, mañana me pongo en camino, y te prometo que á más tardar dentro de quince dias estoy de vuelta.

Nada más hablaron sobre el asunto nuestros dos novios.

Gavilan se marchó al dia siguiente muy temprano y entre tanto Lucía se quedó llena de temor y ansiedad porque tenia presentimientos de que á su marido iba á sucederle alguna desgracia.

El dia señalado por Jorge para su regreso, pasó, y como no volvió á La Compañía como se lo habia prometido á Lucía, ésta se desesperó y lloró amargamente muchas horas. Calmada su angustia, reflexionó en lo que debia hacer y al punto determinó enviar á Chirlobirlo en busca de Gavilan.

—Ven acá le dijo Lucía á su criado.

—Aquí me tiene su merced, le respondió Liberato presentándosele.

—Mira, ayer hizo quince dias que se fué Jorge para Bogotá, y como no ha vuelto, es señal de que le ha sucedido alguna desgracia. Es necesario, pues, que vayas á buscarlo, ó al ménos á averiguar la suerte que haya corrido.

—Que mi amo se fué ayer hizo quince dias, no lo niego; pero que le haya sucedido alguna desdicha, no me cuela. Espérelo su merced otros quince dias y si no viniere, le manda una carta que no faltará quien se la lleve.

—Digo que te vas mañana á buscar á Jorge y has de irte. Lo mandado, mandado, ó de no, no seria yo hija de mi madre.

—Pues no será hija de su madre, porque yo no me obligo á ir á una tierra que no conozco, y ménos en tiempo de *canículas* en que es tentar á Dios el salir uno de su pueblo.

—Ya veremos si vas á Bogotá ó no. Por ahora vete al pueblo en solicitud de una persona que sepa escribir y cuando la hayas hallado, ruégale que le ponga á Jorge una carta en mi nombre, diciéndole que estoy muy afligida por no haber vuelto el dia que convino en regresar; que paso mi vida llorando; que desde que él se fué no como, ni bebo, ni duermo y que si se tarda en venir no volverá á verme porque me habré muerto de pesar. Otro encargo voy á hacerte, y es que de pasadita entres en la tienda del chato Rubio y compres cuatro reales de *alfandoques*, de esos de á seis al cuartillo que parecen alfeñiques, para que se los lleves á Jorge en un canastico.

—Al pueblo á hacerle las diligencias que acaba de decirme, estoy pronto á ir; pero á Santafé no voy ni por la mocha. Con que así, bien puede su merced darme el dinero y el canasto para los encargos, y me marcho á la mano de Dios.

Lucía desató de uno de los picos del pañuelo que llevaba puesto al cuello, un nudo donde tenia envueltas algunas monedas y de ahí tomó y le dió á Liberato, cuatro reales para los alfandoques; medio real para el papel en que debia hacer poner la carta y para pagar el servicio del que la escribiera, y un cuartillo para que el criado tomara algun alimento. En seguida entró al aposento, desocupó un canasto que tenia con ropa y se lo entregó á Liberato.

El hombre partió

Fuése al trote y llegó pronto.

—Válgame Dios! se decia al entrar en el pueblo, ¿á quién le echo el guante para que me haga la carta?.... Ah! ya sé de quien he de valerme; el Mosquito Pepe puede hacerme el favor y quizá no tendré que andar mucho para *pescarlo*. Como es el soplador de la fragua, es seguro que lo encuentre en ella.... Diablo! allá sale.... Hola! *niño* Pepe, añadió alzando la voz, espéreme usted ahí un tris.

El hombre se detuvo. Chilobirlo apuró el paso y pronto se le puso por delante.

—Puede usted hacerme un servicio que Dios se lo pagará de gloria?

—Si es que viene á ponerme la *banderilla*, por mi ánima que *jierra*

el golpe; puede sacudirme de los piés y juro que no *caye* al suelo un sólo *cisco*.

—No es dinero lo que necesito, señor mio, sino que me haga usted el bien de ponerme una cartica para mi amo Don Jórge Gavilan que se fué para Santafé hace ya quince dias y no se ha tenido noticia de él, chica ni grande.

—Ah! siendo cosa de pluma y papel ya sabe usted que estoy á su *desposicion*. Bendito sea Dios que mi *taita* hizo cuanto pudo por darme *inducacion*; mis buenas felpas me dieron los *direitores* en la escuela; pero aprendí á tratar con los sujetos *estinguidos* y á poner mi nombre. ¿ *Onde* quiere usted que vamos á *escrebir* la carta?

—Vamos á la tienda de Don Rafaelito Huertas que es segūro que ahí encontramos de todo, aunque sea por la *plata*.

Fuéronse á la expresada tienda y en ella se proveyeron de papel, pluma y tintero. Preparado todo, el amanuense extendió sobre el mostrador una de las puntas de la ruana, puso encima de ella un pliego de papel y le dijo á Chilobirlo:

—Amigo, á usted le toca notar la carta y á mí *escrebirla*.

—Pensando en ello estaba, pero aguardeme usted un tris que estoy cavilando á ver por donde he de empezar.

En seguida Liberato dictó la carta que á continuacion insertamos, y aunque tuvo muchas detenciones, é hizo borrar algunas frases que inconsideradamente notó, no la ponemos así, ni con la mala ortografía que fué escrita, por no abusar de vuestra paciencia, amado lector.

La carta corregida por el mismo Liberato estaba concebida en estos términos:

"Mi amo Don Jorge:

"Esta es la primera carta que noto en mi vida y al espetársele á su merced voy á comenzar por el principio. Como *su persona* no volvió el dia quedado, que fué ayer, la niña Lucía se apesadumbró tanto que daba grima verla, y pronto me mandó que me viniera al pueblo y le rogara á quien supiera escribir, que le pusiera á su merced una carta en nombre de ella, diciéndole una caterva de cosas que maldita si me acuerdo una miaja de lo que me dijo. Por dicha mia al entrar en la primera calle pesqué á un buen prójimo, el cual me está sacando del aprieto, y ya que está en el macho que sude la gota plantificando en el papel todo lo que se me va escurriendo del magin. Ha de saber mi amo de mi alma, que la niña se ha echado á la muerte por la ausencia de su marido; así es que si su merced no se da priesa en volver, cuando venga, ó no ha de verla porque se habrá muerto de pesar, ó si la ve, no ha de conocerla de lo puro traspillada y flaca, porque no hay cosa que más enjute, descolorise y descarne que el mucho gemir y llorar, y como la niña no ha hecho otra cosa desde que su merced se fué, la pobresita se va á poner como la estampa de la herejía. Con que así, véngase hoy mismo aunque esté agonizando y haya de morirse en el camino, que el marido que da la vida por su mujer vale más á los ojos de Dios Nuestro Señor, que el que la mata de una pesadumbre.

"En este pueblo han sucedido varias desventuras que voy á contarle. Los melistas han venido dos veces; la primera saquearon la casa de los señores Rozos, y se dice que en dinero no más les robaron mil y *nuevecientos* patacones, y la segunda vez alcanzaron á un primo de ellos llamado Braulio, que iba del Socaire para La-ratonera, y lo mandaron á platicar con Cristo, sin más ni más. Al otro dia del asesinato cogieron

veinte hombres y se los llevaron para ponerlos de soldados. Aquí en casa han sucedido dos desdichas muy grandes y son, que á la perra sarnosa que llamamos la Toronja le quebraron un brazo de una pedrada, por maicera, y á la vaca calseta le dió ranilla y se ha visto en las delgaditas. Se me iba olvidando decirle, que como no soy yo quien va á Santafé á llevarle esta carta, le advierto que se la pongo debajo de unos alfandoques que en un canasto le manda la niña Lucía; así, cuando llegue el peon que ha de ir, pidale el cesto, meta la mano hata el asiento de él y allí la encontrará. Con esto, Dios me lo guarde allá y lo traiga por buen camino. Su criado.

Liberato Chirlobirlo,
Firmado á ruego."

Concluida esta carta el amanuense la leyó en alta voz, la cerró y se la entregó á Liberato, quien en agradecimiento de habérsela escrito lo convidó á una chichería y le dió de comer y de beber. Chirlobirlo se echó tambien algunos bocados y se tomó un jarro de chicha. En el acto en que salió de la taberna se fué á la tienda del chato Rubio, compró los alfandoques que le encargó su ama, los acomodó en el cesto, en el cual habia ya metido la carta, y regresó á la estancia.

—Niña, le dijo á Lucía no bien llegó, aquí tiene su merced el papel escrito y los alfandoques para mi amo Jorge. Tanto una cosa como otra viene en el canasto.

—Hoy te has portado como hombre diligente. Dios *permita* que la carta este buena. ¿Quién la escribio y qué hiciste poner en ella?

—La carta la escribió el niño Pepe, que por mal nombre llaman el Mosquito, que las vale para rasguñar papel, y puso en ella lo que yo le fuí notando.

—Y qué le notaste?

—Lo que su merced me dijo.

—Notada la carta por tí quedaría como tu estampa.

—No quedaría de perlas, pero apuesto una oreja á qué su merced no la haria mejor.

Ya lo creo, pues nunca he dudado de que tienes más capacidad que yo, respondió Lucía en tono irónico.

—Es la primer vez que su merced confiesa lo que es y lo que soy.

—Hablemos de otra cosa, Liberato. No te parece que ya que todo está listo, lo que importa es que madrugues?

—Ya le tengo dicho á su merced que á Santafé no voy, y ahora le digo que no iria aunque supiera que al entrar me recibian con repiques, cruz alta, vara de palio y boda como dicen que recibian los frailes de Chiquinquira, á Don Juan Manuel Martin cuando iba hacer la fiesta á la *imágen de la Virgen Santísima.*

—Bien estamos!.... Si has de hacer tu gusto, toma las de Villadiego, que yo no quiero en mi casa criados voluntariosos.

—Ah niña! así paga el Diablo á quien bien le sirve. Mandarme que desocupe el puesto si no voy á Santafé, es sitiarme para que me rinda. Bueno, conciento en ir, que he de hacer; pero á pié si no me obligo.

—Vaya una ocurrencia! ¿cómo quieres ir acaballo en tiempo de guerra en que no hay bestia por mala que sea que en columbrándola cualquier soldado no le *suelte la gata?*

—Eso ha de ver su merced para no mandarme por allá tan léjos. No cree que si á mí me alcanzan á ver, no me ponen la mano?



—Eres tú caballo, por ventura?

—Yo no soy caballo sino hombre, por la gracia de Dios; pero los soldados no solamente jacas cogen, sino que tambien cogen gente, pues no hace muchos dias que se llevaron del pueblo veinte hombres.

—Tú nó tienes peligro ninguno.... ¿Para qué querrian semejante *armatoste*?

—Para qué me querrian? No les serviria para posta? Se queja su merced de mí porque no le sirvo de nada y si no fuera por Liberato Chirlobirlo ¿qué haria su merced en este caso?

—Tienes razon, es que no hay cosa en el mundo por despreciable que parezca que no sirva de algo.... Pero dime, estás ya resuelto á ir á pié?

—Estoy resuelto, señora, y hasta de hocicos iria por ser cosa de su merced y mi amo Jorge. Ay niña!... siento la muerte de la rucia al hacer este viaje, ni más ni ménos que como sentí la de mi madre. Dios las tenga á ámbas en buena parte!

—Ántes que se me olvide voy á hacerte unos encargos. En Bogotá hay unas tiendas que llaman boticas, donde venden remedios, segun cuentan los que por allá han estado; averigua por una de ellas, compra y me traes medio real de contrarotura para curarle el brazo á mi perra.... Hay otras tiendas.... (atiende bien); hay otras tiendas donde venden de todo; en una de ellas puedes encontrar camándulas, me traes una que necesito para rezar, que de no encomendarme á Dios será que están sucediéndome tantas desgracias.

—Le traeré los encargos; pero el *cum quibus*?

—Espera.

Lucía entró en la salita, abrió la caja desgonzada, tomó una petaquita, sacó de ella unas monedas y le dijo al criado:

—Pon la mano.... Cuatro reales para la camándula y medio real para el remedio. Cuidado como se te olvida!

—Qué, ¿la contra-quebradura?

—No es contra-quebradura, animal, sino contrarotura.

—Qué cabeza la mia! si tengo una memoria!.... Contrarotura.... contrarotura. Cuente su merced con que no se me olvidará de hoy en adelante.

—Ahora voy á racionarte para ocho dias que será lo más que puedes echar en buscar á Jorge. Te daré real y medio para cada dia.

—Deme á razon de dos reales diarios, que en ser larga de mano no peca; y mejor es que de uno digan, que es generoso y no que tiene bolsa de fierro.

—No repararé contigo, le dijo Lucía, contándole en la mano, peseta por peseta.

Concluida la cuenta le dijo Chirlobirlo:

—Y para el camino? Por lo que he oido decir de su lejura, lo ménos echo dos dias de ida y dos de vuelta. Estoy tan hobachon!

—Ahí van ocho reales más.

—Así tratando á uno con consideracion, quien dirá nada? Cuente su merced con que no será dinero perdido, que si es la voluntad dé Dios, acá vuelvo con el amito Don Jorge.

—El cielo te oiga.

Aquí terminó el diálogo.

Al dia siguiente muy temprano Liberato se echó á cuestas la canasta de alfandoques, se despidió de su ama y partió.

Dos dias y algunas horas empleó en el camino y como la segunda jornada la rindió en Usaquen al ötra dia como á eso de las diez llegó á Bogotá.

En la plazuela de San Diego se encontró con un paisano suyo llamado *el Chomo*, por apodo, hombre de pequeña estatura y de escaso entendimiento como nuestro héroe.

Liberato al verlo le dijo:

—Hola! Chomito, ¿qué hace usted por aquí?

—Nada, señor, queriendo irme para mi tierra, pero detenido por falta de una peseta. Esta mañana me dieron de baja en el cuartel de San Agustin y me echaron á la calle sin más amparo que Dios.

—En verdad que usted fué de los aprehendidos en Gutavita hoy hace ocho dias. Pero dígame, ¿á qué Santo se encomendó para que lo soltaran?

—A la *imágen* de los Desamparados; ella seria la que me hizo el milagro de que me registraran el cuerpo y me vieran una costilla que tengo sumida.

—Ya que no tiene con qué hacer el viaje acompañeme unos dias aquí en la ciudad, que yo lo mantengo y despues las *emplumamos* juntos para nuestra tierra.

—Si es su gusto....

—Es que no hay como tener un paisano de compañero en tierra extraña. Usted al ménos puede servirme de guia, pues yo en este pueblo soy un ciego que no sé por donde voy.

—Mal vamos, amigo, pues si usted está como á oscuras en esta tierra, yo estoy como los topos. De noche me metieron en la ciudad y derechito me enjaularon en el cuartel; de modo que no conozco otras calles que las que acabo de ver del cuartel á este sitio.

—No importa, siempre será para mí un consuelo tener un amigo á mi lado.

—Si es que de todo corazon apetece mi compañía, me quedo.

—No le miento ni tantico; pero cuando ví á usted me ha dado tanto gusto como si viera á mi madre.

—Yo tambien sentí un brinco en el corazon, cuando á usted lo ví.

—Con la ayuda de Dios pasemos adelante.

Nuestros dos hombres echaron á andar por la calle real de las Niéves, y al ver Liberato la longitud de la carrera y el gentío que en ella habia (pues acertó á entrar el 2 de Julio que es de gran concurso por ser jubileo de cuarenta horas en San Diego), le dijo á su compañero:

—Qué pueblo tan largo, Chomito, es casi un tanto más grande que Guatavita, y qué gentió por San Juan Crisóstimo, parece que la tierra vomita hombres, mujeres y niños...No es mentira, pero se me desvanece la cabeza de ver tanto prójimo..... Me parece que hoy es primero de Noviembre y que estoy viendo pasar los pájaros de guerra, ó la langosta como los llaman los indios.

Y como Liberato era atento se quitó el sombrero y empezó á saludar á todo el mundo; especialmente á los hombres que veia con baston porque creia que eran alcaldes ó jueces; pero como nadie le contestaba, se cubrió la cabeza y le dijo al Chomo:

—Que malcriada es esta gente ¿no le parece á usted?

—No señor, es que en esta tierra no se usa el saludo como en la nuestra.

—Lo que aquí no se usa es que los vecinos se vistan como gente.

Vea usted; los hombres parecen diablos salidos del infierno con esos capirotes negros en la cabeza y esas capas de distintos colóres, y las señoras con sus ringorrangos, burujos, cintas y colgandejos se asemejan á los *bauques* ó indios de danza.

—Verdad es señor; pero cada tierra tiene sus usos y costumbres, y por ello debemos ver y callar.

En este momento nuestros dos hombres alcanzaron á ver un militar vestido de magnífico uniforme, (cuyo sombrero de tres picos le brillaba á los rayos del sol) que segun se supo despues era el marido de Petrarca ascendido á general, sin haber hecho nueva campaña, ni ejecutado hazaña alguna.

—Mire usted qué modas, le dijo Chirlobirlo á su paisano, ahí viene un caballero con cuernos en la cabeza y las barbas largas hasta el pecho que semeja un *cabron.*

—De esos hay muchos en esta tierra; al cuartel entraban por bandadas y me daba risa verlos como andaban de orondos con su cornamenta, como si llevaran una corona de oro en la cabeza.... y qué cuernos, uno adelante y otro atras como dicen que los usa el Diablo!

—Hola! con que usted es tambien de los que censuran las modas de la ciudad y me manda ver y callar? pero quién es el que andando por estas calles puede tener la lengua quieta?.... Mire, allá en aquella esquina están paradas dos personas que por mi santiguada que son dos machos y no dos hembras aunque tal parecen por las enaguas, la mantilla y el sombrero.

—Mire si no serán dos machos, si son dos reverendos legos de San Francisco.

Departiendo así y andando, llegaron á la encrucijada de la Tercera y al ver Liberato el arco de fábrica que en esa época habia de una acera á otra, en la calle que queda hácia el Poniente, le dijo al Chomo deteniéndolo:

—Vea usted, allí comenzaron á levantar un puente y no lo acabaron. Algun rio pasaba por esta calle y lo quitaron para echar los cimientos en seco como hicieron en Sisga.

—Seguramente el rio San Francisco, que ahora corre allá adelante, le respondió el Chomo.

Nuestros dos papamoscas continuaron andando y en la calle del Comercio, era de ver como se paraban con la boca abierta, como dos bausanes, en la puerta de algunas tiendas; ora viendo á los mercaderes tendidos á la bartola sobre el mostrador fumando cigarro, ora oyendo disputar á los imprudentes tertulianos sobre política y ora observando los juguetes y preciosidades de que estaban llenos los estantes.

Por fin llegaron á la plaza de Bolívar y entónces le dijo Chirlobirlo á su compañero mostrándole la Catedral:

—Paisanito del alma! mire que iglesia tan *macona*! las veletas de las torres parece que están abriendo un ojal en el cielo! Jesus! me duele el espinazo de echar atras la cabeza para mirar tan alto.

Viendo luego la estatua del Libertador con su capa larga y terciada y su espada desnuda en la mano derecha, le dijo al Chomo:

—Muchos santos debe haber en las iglesias puesto que los sacan á la plaza. Este si no me engaño es San Pedro Apóstol.

—Como que no tiene cara de Santo, y ménos de San Perucho, le replicó el Chomo.

—Cómo! ¿ qué no? Escuche usted paisano. El San Pedro de Guata-

vita es de capa larga y del mismo pergenio que éste y aunque no tiene machete como el que está presente, puedo jurar que tan San Pedro es el uno como el otro, y para ello me estribo en lo que le he oido decir al señor cura en catorce años seguidos que ha *pedricado* del Santo el mismo sermon y es que mi padre San Pedro un dia que estaba con la vena atravesada le bajó de un machetazo la oreja derecha á un *Manco*, de modo que por ahí verá usted que el santo bendito fué hombre de machete, bien que nada guapo, puesto que le arremetió á un hombre estropeado que tenia inútil una *mano* ó que le faltaba de raíz.

—No es mentira lo que usted dice: yo tambien le he oido tres veces el mismo sermon al señor cura.

—Dígame ahora, ¿tengo calētre para conocer los santos? No le parece que la cara de este es de ser formal? Seguro es que por milagroso lo han puesto en la mitad de la plaza..... Voy á rezarle un credo para que me haga el milagro de poner á mi amo Jorge delante de mis ojos.

Diciendo esto se quitó el sombrero; se hincó de rodillas delante de la estatua y se puso á rezar con la mayor devocion.

Un instante despues nuestros dos hombres tomaron por la calle de San Bartolomé y al ver el Chomo la pila ó fuente que hay en la plazuela de San Cárlos, se detuvo y le dijo á Chirlobirlo:

—Mire!.... mire!.... que chorros de agua los que salen de esas piedras labradas. Eso si que es un milagro tal vez de ese Santo que está en la mitad de la plaza.

—De veras! paisano, dijo Liberato poniéndose á mirar la pila con ojos asombrados; de donde diablos saldrá tanta agua? Si es que la *coluna* es hueca y alguno se la ha echado para que la escupa, no se le ve barriga donde le quepa tanta. Esto es lo que se llama una cosa *chusca*. En este Santafé sí que hay primores y maravillas.

—Pero ahí donde usted ve, esas cosas no son hechas aquí.

—Que no son hechas aquí?....

—Son traidas de la extranjería.

—La iglesia grande tambien?

—De la iglesia no aseguro; pero de las demas cosas si puedo *jurarlo* porque lo *he oido decir*.

Nuestros hombres siguieron andando la calle y al concluirla torcieron sobre la izquierda, anduvieron dos cuadras en línea recta y bajaron por La Rosa Blanca. Hácia la mitad de esta calle habia una *bota de madera* colgada sobre la puerta de una zapatería y al verla Chirlobirlo se dijo:

—Si no fuera allí la *botica* de que me habló la niña Lucía ya no habia puercas rucias en este mundo;

Acercóse y le dijo á un zapatero que inmediato á la puerta se ocupaba en coser un cañon de bota:

—Me vende usted medio real de contrarotura?

El zapatero sorprendido con lo que el hombre le decia, alzó los ojos para mirarle la cara, y al vérsela tan fea y cubierta de mechones de cabello, le respondió con aire despreciativo:

—Es aquí *botica?....espeluco de las Aguas!*

—Si no es botica por qué ha puesto usted una bota sobre la puerta su de su tienda?

—Oh! conque es mal visto que un zapatero ponga de muestra ó seña una bota sobre la puerta de su taller de hacer botas? Es usted muy

chistoso! Aguárdeme un instante que en este momento saco y le pongo en el roto por donde está pecando, la contrarotura que me pide.

Dijo el zapatero y corrió á un rincon donde tenia una olla con mantequilla rancia para ablandar sus cueros; metió la mano, sacó un poco de esta grasa y volviendo á la puerta donde estaba Liberato esperando, le dijo refregándosela bruscamente en la boca y en las narices:

—Ahí va la contrarotura que yo vendo; ojalá que con ella se le componga la boca y no vuelva á chancearse bruscamente con quien no conoce.

Semejante injuria encolerizó terriblemente á Chirlobirlo, quien para vengarse cojió de la calle una piedra; pero no puedo hacer uso de ella porque el zapatero anduvo vivo y se encerró dentro de su taller.

Cuando esto acontecia habian ocurrido á la novedad más de cincuenta personas de todas clases y condiciones, y el tumulto crecia minuto por minuto.

Muchos preguntaban:

—Qué es?.... Qué ha acontecido?

Y los preguntados respondian:

—No sé.... Estoy en ayunas de lo que ha pasado.... Ignoro; he venido de curioso como usted ha venido.

Como el tumulto no se dispersaba, llegó á oidos del Gobierno la nueva de que en la calle de La Rosa Blanca habia estallado un movimiento contrarevolucionario. La ciudad se alarmó; el Gobernador corrió al cuartel más inmediato y salió apoyado de un batallon á sufocar el pronunciamiento; pero cuando llegó, encontró ya la calle casi desierta.

Tan sólo habian quedado unas pocas personas acá y allá y cerca de la puerta del taller, nuestros dos personajes: Chirlobirlo esperando á que el zapatero abriera, para darle una pedrada y el Chomo, como fiel amigo, acompañándolo. Este que habia visto el manoseo, pero que no adivinaba la causa, le preguntó á su paisano:

—Qué insulto le hizo usted á ese hombre para que le manoseara el rostro como se lo manoseó?

—Ninguno, paisano, usted es testigo. Parece que se enfadó porque tuve su tienda por botica, no siendo sino taller de hacer botas.

El Chomo le dijo:

—Vamonos de aquí que ese hombre es traicionero y le puede jugar alguna, pues yo lo he visto asomarse dos veces por la rejilla que hay encima de la puerta.

—Vamonos, dijo Liberato, arrojando al caño la piedra de que estaba armado.

Siguieron calle abajo y al llegar á la esquina de Florian torcieron sobre la izquierda. Al entrar en esta carrera Liberato vió á corta distancia una *mano de madera* colgada del dintel de la puerta de una tienda donde vendian *guantes* y otras cosas de usos distintos, y le dijo á su compañero deteniéndolo de lá ruana:

—Si donde hacen botas, ponen de muestra una bota, donde ponen una mano, es seguro que hacen manos, ¿no le parece á usted?

—Sí me parece, y ya me imagino que usted lo dice por la mano que allí se ve.

—Quisiera yo saber el precio para decírselo al tio Juan Lanas que se molió la mano derecha en un trapiche de Villeta hace como dos meses, á ver si se anima á comprar una; que sí la comprará si no son muy caras.

—Segun eso hacen manos que les sirvan á los mancos? le preguntó el Chomo á su amigo, lleno de admiracion.

—Hombre de Dios! hacen dientes que sirven para morder y mascar y no harán manos que sirvan para coger y agarrar?

—Jesus! qué prodigio! Pero dígame: á esas manos les ponen uñas que se vean bien?

—Yo creo que sí, pues ahora están en uso las *uñas largas.* Y ha de saber usted que hay personas decentes que hacen gala de tenerlas grandes como las de Caco, que dicen que las tenia formidables, como si fuera una cosa bien vista en *manos* que debieran estar siempre *limpias.*

—Vienen de tiempo en tiempo algunas modas que parecen inventadas por el Diablo, dijo el Chomo.

—Así es la verdad; pero yo con mi tema. Espéreme usted aquí un tris mientras que voy á preguntar por el precio de las manos.

Liberato abanzó, entró á la tienda y le dijo al mercader que era un frances recien llegado de su país.

—A cómo me dá su merced manos? *patroncito.*

—Manos! respondió el frances haciendo un gesto de duda; pero reflexionando un instante:

—Ah! exclamó, manos de papiel preguntar bostet?

—De papel? dijo Chirlobirlo con extrañeza.... Bueno, muestreme las manos de papel.

El frances tomó de su estante cinco cuadernillos de papel ministro y dijo:

—Aquí tener bostet una mano de papiel magnific, como non palparla bostet meoor en otro parte.

Liberato asombrado de lo què veia y oia le replicó:

—Cómo! eso es una mano de papel? Quiere su merced comulgarme con ruedas de molino?

Oh! sinior! en tulis partes una mano de papiel tener cinco cuadernillas.

—La tierra se abra y me trague si entiendo jota de lo que su merced me dice.

—Non entender ye eso de terre y joto que acabar bostet de dicir, porque ye non parlar claro el ispagniol.

—Qué demonio de jerga es esa?.... Hábleme su merced en cristiano y nos entendemos.

A este punto llegaba el diálogo cuando entró un anciano en la tienda y preguntó si habia cosmético negro para teñir las barbas y el pelo. El frances alzó la mano de papel para ir á atender al recien llegado, y Chirlobirlo se salió y fué á juntarse con su compañero.

—Amigo, le dijo á éste, me he vuelto en las mismas porque por malos de mis pecados dí con un inglés que no hablaba sino en latin y ni yo le entendí á él nada de lo que me dijo ni él me entendió á mi lo que yo le dije.

—Estará de Dios que Juan Lanas muera manco.

En ese acto alzó Liberato los ojos al sol y dijo:

—Válgame Cristo! ya casi es medio dia y todavía no he tenido la menor noticia de mi amo. Verdad es que no se lo he preguntado á nadie; pero de aquí para adelante he de averiguar por él, á todo fiel cristiano.

—Hola caballerito! su merced me dá razon de mi amo Jorge Gavilan? le dijo á un sujeto que pasaba.

El interrogado miró á Chirlobirlo como sorprendido de la pregunta y no le contestó palabra.

—Mi amo!.... mi amo!.... buenos dias le dé Dios, le dijo á otro sujeto, su merced que será más atento que el otro caballero, dígame por vida suya, ¿conoce á Don Jorge Gavilán?

El hombre indicó que no lo conocia, moviendo la cabeza á derecha é izquierda y continuó su camino.

—Qué tierra esta, dijo Liberato; cualquiera diria que á todas las personas que andan por la calle les han cortado la lengua. ¿Qué trabajo les cuesta contestar los buenos dias y responder lo que se les pregunta? No vuelvo á averiguar por mi amo, bien pudiera ser.... Vamos paisano á tomar alguna cosa, que yo estoy trozado de hambre y usted debe de estar lo mismo.

—Y á donde nos dirigimos? Yo no conozco en este pueblo ninguna chichería.

—Mire usted, le dijo Chirlobirlo, señalándole con la mano una banderola *verde* que al soplo del viento tremolaba sobre la puerta de una *venduta* situada en los Portales de Arrubla, mire; allá donde se sacude aquel trapo verde deben vender *tamales*, vamos á comprar un par de *yuntas*.

—Qué vista la de usted!...... Verdad que allá se mueve, convidando á todo bicho, una muestra de bollos. Corramos cristianito de Dios que el hambre aprieta.

Nuestro par de papanatas echaron á andar y no bien llegaron á la puerta de la tienda le preguntó Liberato al vendutero:

—Le quedan todavía tamales á su merced?

—Tamales!....dice usted?

—Sí señor, tamales ó bollos.

—Quién le ha dicho al perro muerto que yo vendo en mi tienda porquerías?

—Porquerías? de esas habrá comido muchas, le respondió el Chomo amostazado de la grosería del comerciante.

Y Liberato le dijo:

—Que quién me ha dicho que su merced vende tamales? quién habia de ser sino ese *trapo verde* que hay aquí encima de la puerta? ¿No sabe su merced que en mi tierra las *almuerceras* avisan á los golosos la venta de bollos ó de tamales con una hoja de col ó de chisgua puesta á la puerta de la tienda? ¿y qué de extraño tiene que aquí en Santafé, donde todo se hace en grande y con gollerías, acostumbren poner en vez de hoja un trapo verde? Ahora, si el tal trapo no lo ha puesto su merced como señal de que hay *tamales* ó bollos, el Diablo que le adivine la intencion.

El vendutero en vez de enfadarse con las sandeces de Chirlobirlo, se rió de ellas. Este y su compañero pasaron adelante.

En la extremidad de los Portales, del lado del Sur habia sobre la puerta de una tienda donde se vendian carnes compuestas al humo, una tabla en la cual se veian pintados unos cuantos chorizos y dos brazos de marrano en forma de cruz. Al pasar nuestros hombres por frente de dicha tienda, Liberato se detuvo y le dijo al Chomo:

—Era mucho que esta vez tambien errara; si en esta tienda no venden camándulas, voy á creer que los tenderos son unos truhanes que ponen ciertas muestras para divertirse con los forasteros.

Dijo esto, entró á la tienda y le preguntó al choricero:

—A como me dá su merced las camándulas?

—Yo no vendo camándulas, amigo; artículo es ese que puede usted hallar donde el señor Lozano, en la calle de San José.

—Como ví pintada en la tabla que hay sobre la puerta una muy grande, pensé....

—Acabáramos!.... ahora comprendo que las camándulas que usted busca son de las que sirven para alimentar el cuerpo y nó el alma; de esas que se echa uno al estómago cuenta por cuenta y no de las que se cuelga encima de él.... Soy un poco zonzo; lo confieso.... Me quedan unas pocas que voy á mostrárselas.

Y alcanzando del estante una gruesa sarta:

—Vea usted, le dijo, esta hermosa camándula acompañada de un queso de Flandes; de una docena de panes franceses y de un par de botellas de lo caro, proporcionaria un rato de contento á cuatro amigos, despues de un dia de ayuno ó de un viérnes de cuaresma. ¿No le parece á usted?

—A mí lo que me parece es, que en esta descomulgada tierra hablan todos una lengua que no es la mia. Yo no le he pedido á usted chorizos sino camándulas; pero en fin ya que el hambre aprieta dígame: ¿qué vale la sarta?

—Vale doce reales, pues tiene una docena.

—Jesus! á real cada chorizo?....En Guatavita los da *la Juana María* á dos al cuartillo.

—Vaya una sandez, replicó el choricero alzando su sarta, es que cada cosa vale segun su calidad, y yo le aseguro á usted que chorizos habrá; pero como los bogotanos ningunos, miéntras que bien sabido es que los de Guatavita son unas *trolas* de carne podrida como para los perros.

—Amigo, le dijo el Chomo picado; segun eso, perros son los sujetos que de aquí van allá, pues á mí me consta que tras de cada chorizo que se engullen, se chupan los dedos que es un gusto.

—Puede ser, dijo el tendero, que hombres hay que tienen estómago de galgo.

Nuestros dos sandíos salieron de la tienda y á pocos pasos torcieron sobre la derecha por la carrera donde estaba situada la cárcel. En la primera cuadra descubrieron lo que tanto deseaban. Al empezarla alcanzaron á ver más de cuatro bodegones ó fondillas populares que convidaban por su apetitoso olor á guiso, tamales y longaniza asada.

Excusado es decir que alegres entraron en una de ellas y comieron de lo bueno; pero no como la higiene ordena, sino como dispone y manda una hambre atrasada.

De ahí salieron por la tarde y echaron á andar calles sin que les hubiese ocurrido cosa digna de escribirse. La noche la pasaron en los portales de la Oficina de correos, entre un poco de paja que recogieron en la plaza de mercado, y al apuntar el alba se levantaron y se fueron á tomar aguardiente y chocolate al mismo bodegon donde el dia anterior habian comido.

Salia Chirlobirlo solo de la tienda á las siete de la mañana, limpiándose la boca con el reves de la mano, cuando oyó una voz que por el aire decia:

—Liberato!.... Liberato!....

El hombre miró atónito á una parte y á otra y como no dirigia la visual en la línea en que podia descubrir á la persona que lo llamaba, se encogió de hombros y siguió el camino que llevaba.

La voz volvió á sonar en el aire diciendo:

—Liberato; levanta los ojos al cielo y verás quien te llama.

Chirlobirlo alzó á mirar y vió la cabeza de Jorge Gavilan asomada por entre los balaústres de una elevada ventana de la cárcel.

—Alabado sea Dios! exclamó el criado para su sayo, cómo el santo bendito que está plantado en la mitad de la plaza, me hizo el milagro que le pedí.

Dijo y corrió al pié del muro donde estaba la ventana.

—Mi amito, cuánto lo he buscado! le dijo á Jorge alzando los ojos hácia la ventana; pero como iba á encontrarlo si está encaramado como gato por allá tan alto!.... Baje su merced acá á la tierra y platicamos, que las cosas que tengo que contarle me están haciendo cosquillas en la lengua.

—No puedo bajar donde tú estas, respondió Gavilan, pues has de saber que estoy preso. Pasa al cuerpo de guardia que está ahí cerca y pídele permiso al oficial para entrar y hablar conmigo en el rastrillo.

—Muy bien, mi amo, voy corriendo.

Un momento despues amo y criado se daban la mano al travez de una pesada reja de madera, en presencia del oficial de guardia.

—Mi amito de mi alma! le dijo Chirlobirlo con voz afligida y doliente, se me parte el corazon al verlo ahí encerrado en la cárcel como si fuera un malhechor. Si la niña supiera esta desdicha se moriria de pesar.... Ay Dios mio! quién habia de creer el dia que su merced salió de casa, que yo no habia de volver á verlo libre y dueño de su voluntad, sino preso entre cuatro paredes como el pájaro en su jaula?.... Que habia de perderlo, porque co.... omo.... mue.... erto.... es.... el... hom.... hombre.... si.... in....

El sensible criado no pudo concluir la frase; empezó á hacer pucheros, á ahogarse y á gimotear tristemente.

—No llores Liberato, le dijo el preso, que Dios mediante, pronto saldré de esta prision.

—Ah señor! es que yo he oido decir que la cárcel de esta ciudad es como el infierno, que cuando álguien llega á caer en ella, no vuelve á salir jamas.

—Cierto es que eso acontece con los reos de delitos comunes; pero á mí no me tienen preso por una mala accion, sino por una buena. Mas, dejemos esta conversacion que puede perjudicarme, y hablemos de Lucía; ¿qué es de ella?

—La niña está buena; pero muy afligida por no haber vuelto su merced el dia quedado. Tres dias con sus noches hizo ayer que me mandó aquí á Santafé á buscarlo, y desde que llegué he estado calle arriba y calle abajo mirando á todos lados hásta que *supersona* me vió y me llamó, qué bien dice el refran que el que más mira ménos ve, y para más fué su merced, que sin buscarme me vió.

—No me escribió Lucía?

—La niña le mandó una carta; pero no la escribió ella. Yo la noté de mi caletre y el Mosquito Pepe la puso; así es que la tal carta viene en nombre de la niña; notada por mí y firmada á ruego por Pepe.

Jorge se rió de la estolidez de su criado y díjole:

—Haber; dame esa carta.

—Si su merced quiere verla, puede meter la mano donde yo la eché y sacarla de ahí:

—Y dónde la echaste?

—La carta lo reza.

—Hombre estúpido! ¿pero cómo puedo yo saber eso?

—Tenga su merced paciencia que yo se lo diré; la eché en el asiento de este canasto de alfandoques que le envia la niña.

Dijo y sacudió bruscamente é hizo rodar sobre el cuadril el cesto que llevaba á cuestas y lo descargó en el suelo. Iba á abrirlo á tiempo que el oficial le dijo:

—Alto ahí; buenas son palabras, pero no cartas.

—Puede usted leerla, le dijo el preso al oficial, y si le parece....

El militar sin responder á Jorge nada, se dirigió á Chirlobirlo, diciéndole:

—Vamos! saque usted pronto esa carta y agur.

Liberato abrió el cesto; metió la mano al fondo de él, sacó la carta y se la entregó al oficial. Este la desdobló y empezó a leerla para sí y á reirse; pero de súbito su semblante se puso torvo, suspendió la lectura y preguntóle á Liberato:

—Es cierto que las tropas del gobierno provisorio han ejecutado en Guatavita las tropelías que relata esta carta?

—Tan cierto es eso, que el pueblo entero es testigo del saqueo que á los señores Rozos les hizo una partida de soldados, ha pocos dias, y en cuanto al asesinato, allá está enterrado el muerto en el cementerio, que no me dejará mentir.

—Con razon que la revolucion se haya despopularizado tanto, dijo el oficial en voz baja como si hablara consigo mismo; y mirando al preso añadió:

—Esta carta no puedo dársela á usted.... Ahora mismo voy á mandársela al general Melo, porque conviene que él la vea.

Liberato al oir lo que antecede, se acercó á su amo y le dijo en voz apénas perceptible:

—Me tienen en mi pueblo por un asno, como le consta á su merced, y la primera carta que noto en mi vida le parece al caballero tan famosa que vá á mandársela al general Melo para que vea una cosa buena.

Gavilan temiendo por las necedades que Liberato hubiera hecho poner en la carta, le dijo al oficial:

—Dígame, usted señor, esa carta me compromete en algo?

—Oh! no, ni en lo más mínimo.

—Si eso es así, por qué no me permite usted leerla?

—Porque la consigna lo prohibe.

—Si la consigna lo prohibe, tiene usted razon.

Hubo un momento de silencio, despues del cual le dijo Jorge á su criado:

—Vete ahora mismo á Guatavita, sin detenerte en parte alguna, y dile a Lucía que me hallo preso; que se venga en el acto; que estoy sufriendo muchas penas que ella puede aliviarme.

—En este mismo instante voy á ponerme en marcha, le respondió el criado; pero dígame; en qué parte le dejo estos alfandoques?

—Esos alfandoques, dijo el oficial, voy á hacerlos registrar uno á uno y luego le daré órden al carcelero para que se los entreguen al preso.

Chirlobirlo se despidió de su amo estechándole afectuosamente la mano, besándosela una y otra vez y humedeciéndosela con sus lágrimas. En seguida se marchó dejando el cesto al pié del rastrillo.

CAPITULO VI.

Lo que puede una amante hermosa y audaz.

UNA HORA despues de haberse despedido Liberato, éste y el Chomo salieron de Bogotá con un paso tan lento, que parecia que los piés se les pegaban en el suelo al ándar. A causa de esta lentitud gastaron en el camino tres dias; esto es, el triple del tiempo que hubiera empleado un peon medianamente caminador.

La entrevista que Chirlobirlo tuvo con su ama y el viaje que juntos hicieron á Bogotá, son más para imaginarlos, que para describirlos, y por ello en silencio los pasamos. No acontece lo mismo con los lances que á ámbos les ocurrieron en la ciudad, los cuales son más para describirlos que para imaginarlos, y por esto, caro lector, vamos á referíroslos del modo como pasaron.

Tan pronto como Lucía llegó á Bogotá (que fué tres dias despues del regreso del criado á Guatavita) se dirigió á la cárcel pública con el designio de ver á su marido; pero la guardia no le permitió la entrada, porque segun la consigna de ese dia, ningun preso, por motivos políticos, podia ser visitado sin órden escrita del Gobernador de la provincia, y Lucía se presentó sin boleta. Con esta repulsa, nuestra heroina, se dirigió á la gobernacion. No le fué difícil conseguir la tal órden para ella y su criado, pues sabido es, que ningun empleado público recibe con desabrimiento á una mujer hermosa sea esta de la clase y condicion que fuere; ni le niega lo que pida si la peticion está dentro de la esfera de las atribuciones del empleado á quien la tal se dirija.

Con la órden, las puertas de la cárcel se abrieron para Lucía y Liberato, prévio eso sí, un registro escrupuloso en ama y criado, con el fin de impedir la introduccion de papeles, armas ó dinero.

El registro tuvo lugar en el zaguan de la cárcel, en el cual estaba situado el cuerpo de guardia, y así como se verificó, Lucía y su criado fueron introducidos por un soldado en un callejon largo y angosto que conducia al cuarto del alcaide, situado contiguo al rastrillo de que hicimos mencion en el capítulo precedente.

Luego que el carcelero recibió la órden de dejar pasar adelante á nuestros dos personajes, (la que le comunicó el soldado acompañante), se ofreció á guiarlos hasta la puerta del calabozo, donde Jorge Gavilan dormia y pasaba la mayor parte del tiempo.

El aspecto moral y material de una cárcel tiene mucho de siniestro y espantable y de ahí es que un sentimiento de horror y de tristeza se apodere generalmente de toda alma sencible ó pensadora que de improviso ve el sombrío cuadro de una prision, pórque nadie que tenga corazon ó que sepa dicernir ó razonar puede ver con fria indiferencia el mal régimen de salubridad y de moralidad á que los desgraciados criminales estan sometidos. A ese mal régimen se debe el que muchos de esos infelices, entren en la cárcel sanos y robustos por una pequeña culpa y salgan despues de algunos años, enfermos y maestros consumados en todo género de delitos.

Hoy todovía, despues de las reformas que se han introducido en el sistema penal y de la nueva organizacion que se le ha dado á los establecimientos de castigo y á las casas de detencion, no pueden visitarse sin

espanto ni horror esas zahurdas llamadas penitenciarias y cárceles donde hormiguean tantos delincuentes en el fango de la ignorancia, de las privaciones de todo género y de la corrupcion más degradante y envilecedora.

Cuando la zagala entró en la cárcel, presedida del alcaide y seguida de su criado, estaba el patio atestado de criminales. Ella no pudo reprimir un movimiento de conmiseracion y de horror al mismo tiempo, al ver á tantos desgraciados medio desnudos y hambrientos respirando una atmósfera corrompida, y al notar las caras airadas y siniestras de unos; abotagadas, con nariz en forma de trompeta sembrada de rubíes, de otros y macilentas de frentes estrechas, de ojos oblicuos de feroz mirada y de abultadas y torcidas bocas de una multitud.

Lucía se estremeció de espanto al ver ese conjunto repugnante de malvados reunidos en tan pequeño espacio, y temió entrar en medio de ellos, como el Profeta Daniel en el foso de los leones; pero el amor venció al miedo. Revistióse de valor y siguió con ánimo los pasos de su guia, quien tomó el patio por el centro en direccion de una escalera construida frente por frente del rastrillo, la cual conducia al piso superior y departamento donde estaban los presos políticos, y en consecuencia donde se hallaba situado el calabozo de Jorge.

Hallábanse los reos divididos en grupos, y de ellos unos estaban recostados en el suelo jugando á los dados; otros paseándose en filas de á cuatro, de á cinco y de á seis, tratando de planes de venganza y de proyectos inmorales para cuando alcanzaran su libertad; otros tocando tiple y cantando coplas indecentes y obscenas; algunos insultándose con los vocablos más torpes y groseros; varios renegando de su mala suerte, con las maldiciones más abominables y las blasfemias más impías y heréticas; y finalmente, muchos tambaleándose de embriaguez, haciendo y diciendo cosas tan ridículas que eran el juguete y escarnio de cuantós los rodeaban.

Al pasar la pastora por el centro de estos grupos, varios reos lanzaron sobre ella miradas impúdicas y le dirigieron pullas picantes que la hicieron estremecer de espanto y ruborizar de vergüenza.

Lucía no solo oyó lo que á ella le decian, sinó que tambien llegaron á sus oidos varias chufletas que con un descaro inaudito algunos presos unos á otros se dirigian, que la hicieron reir á carcajadas.

Despues de haber subido la escalera, columbró la zagala en uno de los cuartos, por cuyo frente pasaba, á una multitud de criminales sentados en fila en un banco y delante de ellos en pié á un bandido que les hablaba con tono magistral. Detúvose á examinar lo que fuera y comprendió que el bandolero era un especie de catedrático de perversidad que enseñaba á varios criminales las reglas necesarias para cometer con seguridad toda clase de delitos. Era el tal un facineroso insigne, dotado de una astucia, penetracion y perspicacia maravillosas. Poseia una grande experiencia en el modo de hacer el mal y se sabia el Código Penal como el más hábil jurisconsulto. Con semejantes cualidades y conocimientos podia prever todos los riesgos y evitar todos los peligros que hubiese en la ejecucion de cualquier crímen, y cuanto sabia y se le ocurria en el arte diabólico de hacer daño á la sociedad, lo trasmitia con interés á su atento auditorio.

Es admirable que el Gobierno haya mirado siempre con tanto desprecio la organizacion de las cárceles y casas de castigo, sin advertir que no hay Gobierno posible sin seguridad para los gobernados, y que

ésta no puede existir sino con el puntual cumplimiento de las leyes y el castigo y correccion de los delincuentes.

Pero volvamos á nuestros personajes.

Lucía, Liberato y el alcaide se detuvieron un instante á escuchar las inmorales enseñanzas del bandido, y luego la pastora le hizo una seña al carcelero para que continuara guiándolos en el camino que llevaban.

Nuéstros tres individuos siguieron andando y pronto llegaron á la puerta del calabozo á donde se dirigian.

—Aquí es, le dijo el carcelero á Lucía, mostrándole una puerta entornada, aquí es la prision del señor Gavilan.

La pastora junto con su criado entró en ella, y el alcaide regresó á su puesto.

Los dos esposos al verse se abrazaron; á Gavilan se le humedecieron los ojos y á Lucía se le escaparon ahogados sollozos y dos raudales de lágrimas.

—Mi amito de mi corazon! le dijo Chirlobirlo, yo tambien quiero abrazarlo, ahora que no tenemos por medio aquella maldita reja del otro dia.

—Con el mayor gusto, le respondió Jorge, y lo abrazó con efusion.

Lucía viendo un banco de madera que habia inmediato á una de las paredes del calabozo, se sentó en él y le preguntó á su marido:

—Cómo ha sido esta desgracia tan grande? Jorge.

—Por una casualidad he sabido, le contestó el capitan, que debo mi desventura á un soldado de mi batallon, de los prisioneros que me hicieron en la accion de Cipaquirá. Se me ha asegurado que ese traidor me vió ha pocos dias en la calle y que al momento se fué á donde el Gobernador y le dijo: que acababa de ver en *tal parte* á uno de los oficiales derrotados en la batalla del 21 de Mayo, y parece que este denuncio bastó para que se indagara por mí y se me redujera á prision.

—Bien me avisaba el corazon que iba á sucederte lo que te sucedió, y por ello te rogué que no vinieras á Bogotá, pero metiste la cabeza, y sabe Dios si nada conseguiste de lo que deseabas.

—No me ha ido del todo mal, Lucía; te tengo una casita amoblada de todo á todo, donde te iras á vivir llena de comodidades.

—A donde nos iremos á vivir juntos, le respondió Lucía, pues no saldré de aquí sin tí.

—Cómo! ¿ quieres quedarte en la prision conmigo? le preguntó Gavilan sentándose á un lado de ella.

—Al contrario, quiero que salgas hoy de la cárcel cuando yo me vaya.

—Difícil es eso, querida mia.

—No es difícil si consientes en meterte en un costal grande que á propósito trae Liberato, y si tienes ánimo de salir á cuestas de éste.

—Crees que el alcaide y la guardia dejarian pasar la carga sin examinarla?

—Todo es posible, Jorge. Pero supongamos que registran el costal y te descubren ¿qué pierdes? De la cárcel no has de pasar.

—Tienes razon; me resuelvo; pero esperemos que sean las doce que á esa hora mudan la guardia, y guardia que no te ha visto entrar á tí ni á tu criado, es posible que te permita salir con él sin hacer alto en la carga que lleve Liberato.

Acordado así el plan de evasion, Jorge le previno al criado que se

cociera la boca y que no rompiera la costura hasta que todos no estuvieran respirando el aire libre de la calle.

Liberato le prometió que no chistaria palabra.

Miéntras que llegaba la hora, Jorge y Lucía se pusieron á departir sobre sus penas pasadas, y luego que conversaron bastante, la pastora se levantó del banco donde estaba sentada y se puso á mirar varias pinturas que con lapiz habia bosquejadas en la pared. Como viera, tambien, unos letreros que habia acá y allá le entró deseo de saber su contenido y para ello le dijo á Jorge:

—Acércate y me lees estos renglones.

Jorge se puso en pié y yendo donde Lucía estaba, le dijo:

—Eres muy curiosa y á fe que seria mejor que no lo fueras. Letreros hay en este calabozo que por sí solos dicen qué clase de gente ha estado presa en él. Verdad es que hay otros que manifiestan claramente que á la cárcel tambien entran hombres inteligentes y honrados.

—Como su merced, pues yo pienso que sabe mucha letra menuda y que hasta el dia de hoy no le ha hecho mal á ningun prójimo, le dijo Liberato, quien desde que entró habia permanecido en pié en un ángulo de la pieza.

Gavilan observando atentamente uno de los letreros dijo:

—Aquí dice:—El abuso de la libertad ha hecho necesarios los Gobiernos y las cárceles, y el abuso de los Gobiernos ha sido causa muchas veces de la libertad.

—Lo entiendo, dijo Lucía para sí, como los latines que dice el señor cura en sus sermones.

—Aquí hay otro que expresa lo siguiente; dijo Jorge avanzando dos pasos:—Las prisiones bien organizadas son crisoles donde se purifican los malvados, y las mal ordenadas son escuelas de todos los delitos.

—Que verdad tan grande, dijo Lucía, pensando en lo que acababa de ver y oir.

—Este otro me gusta por la verdad que encierra, expresó Jorge acordándose de que otra vez lo habia leido:—La venalidad de un juez me condujo á este calabozo; la de otro me devolverá la libertad, puesto que la justicia está en almoneda.

—El que sigue es magnífico, añadió, despues de haberlo leido para sí:—Los crímenes de los grandes y opulentos se tienen por ligeros extravios, y los ligeros extravios de los pequeños y pobres, como crímenes.

Aquí cerca hay otro, que dice, agregó: El mejor Gobierno es aquél que reconoce todos los derechos que hacer puedan la felicidad del hombre en sociedad y que los asegura á ménos precio.

A esta sazon el reloj de la Catedral dió la hora deseada. Jorge volvió á mirar á Lucía y díjole:

—Es tiempo, amiga mia.

Y se fué metiendo en el costal que Liberato llebaba al efecto. Acomodado en el fondo del saco, acabó Lucía de llenarlo, con dos sábanas y alguna ropa del preso, y luego entre ella y su criádo alzaron la simpática carga y la pusieron encima del banco que conoceis, y de ahí Chirlobirlo la levantó sobre sus espaldas ayudado de su ama que se la solivió lo bastante. Hecho lo dicho, echaron á andar encomendándose á todos los santos de la Corte celestial. Felizmente á las doce, los presos se retiraban todos los dias á un patio interior á comer, y por esta circunstancia nuestros héroes no encontraron á su paso á nadie. Los corredores, los cuartos y el patio estaban desiertos y silenciosos. No parecia sino que la

Providencia protegia la fuga de Jorge. Luego que llegaron al rastrillo, llamaron al alcaide y en el acto éste se presentó é hizo girar la pesada reja para dar paso al hombre y á la mujer que poco ántes habian entrado, sin apercibirse de que uno de los presos pasaba tambien el umbral.

—Con felicidad vamos saliendo del paso, le dijo el criado á su ama, al entrar en el callejon que conducia al zaguan.

—Calla, hereje de los demonios que pueden oirte y maliciar.

—Ni aunque fueran brujos.

—Por Dios! no hables que me desesperas.

En este instante alcanzaron á ver al cuerpo de guardia y Lucía empezó á sentir que se le subia el corazon á la garganta, que la sangre se le helaba y que los cabellos todos se le erizaban. La infeliz hizo un esfuerzo sobrehumano para serenarse y continuar impávida su camino; pero envano. Al pasar ama y criado por entre las dos filas de soldados, el oficial de guardia, que estaba sentado en una silla, se levantó precipitadamente y dirigiéndose á Liberato le dijo con voz levantada y grave:

—Alto ahí!..... ¿Qué se lleva usted entre ese costal?....

Chirlobirlo abrió unos ojos, que parecia que se le iban á salir, echó á temblar como un globo de azogue y no pronunció una palabra.

Lucía que estaba tambien muy asustada hizo un esfuerzo y respondió con voz balbuciente:

—Unas piezas de ropa, señor; soy la aplanchadora de las mudas de algunos presos y las sa.... ha....co!....

Dijo, y se le anudó la garganta por la emocion.

—Ah! sí, expresó el oficial en forma de añadidura, y las saca entre ese costal; pero usted debe de saber (puesto que no será la primera vez que entra en la cárcel), que cuanto pasa por este zaguan, está sujeto á un escrupuloso registro; así, usted se tomará la molestia de pasar á este cuarto que está á la derecha, donde puede ver el exámen que yo haga de la carga que lleva á cuestas su criado.

Lucía hizo la cara más afligida del mundo y notándosela el oficial, le dijo:

—No se angustie usted, que al cuarto entramos solamente los tres; usted, su criado y yo.

Y como la jóven se resistia á entrar, el oficial la empujó suavemente hácia el interior de la pieza.

Liberato siguió á su ama y se situó en un rincon del cuarto.

No bien entraron todos, el oficial se acercó á la zagala y con la voz más dulce le dijo:

—Qué hermosa morena es usted!.... Diablo! es usted la mujer más bella del mundo!.... Qué cara la que tiene, Dios mio!.... Me vuelvo loco por usted.... Si usted quisiera dejar *el mal oficio* que tiene é irse á vivir conmigo, seria la criatura más feliz, pues, dispuesto estoy á sacrificar por usted cuanto tengo, ménos la vida que seria lo único que conservaria para amarla y servirla.

Lucía se puso encarnada como la flor del granado y no le respondió una palabra.

A Gavilan empezó á hervirle la sangre de cólera y tuvo ímpetus de salirse del saco y darle de bofetadas al bellaco que semejantes cortejos y despropósitos dirgia á su mujer; pero pensó que tal imprudencia lo perderia á él y podia perder á ella, y esta reflexion lo contuvo y lo hizo esperar el desenlace.

Chilobirlo no pudiendo reprimirse abrió la boca y dijo:

—Mire señor *melitar*, que la niña es casada y que todos los chicoleos que le espete pueden llegar á oidos de su esposo, pues ocasiones hay en que uno piensa, al cortejar á una mujer, que el marido está léjos y no es así, sino que lo está escuchando todo.

Lucía tembló y Gavilan se creyó perdido, al oir á su criado.

—Cierto es que usted es casada con este hombre que la acompaña? le dijo el oficial á la jóven echándole el brazo por el cuello.

—Eso si no, caballero; yo no consiento en que usted me abrace, le dijo Lucía haciendo un cuarto de conversion para desechar el brazo del oficial.

Gavilan al oir lo que Lucía dijo, rugió de rabia é hizo un movimiento tan brusco que obligó á Chilobirlo á dar un paso.

El oficial estaba tan entregado a su ardiente pasion que no vió ni oyó nada de lo que á su lado pasó.

—Es usted muy esquiva, le dijo á Lucía.

La muchacha le hizo al oficial una seña de inteligencia mostrándole á Chilobirlo, y le respondió en voz baja:

—No soy esquiva, señor; yo simpatizo mucho con usted; pero no quiero que este hombre sepa nada de lo que pase entre usted y yo, porque es muy hablador.... Si pudiéramos deshacernos de él....

Los ojos del militar brillaron como dos estrellas, y loco de contento le respondió á Lucía:

—Nada más fácil; ahora verá usted.

Y dando unos tres pasos hácia el rincon donde Liberato estaba parado, le dijo:

—Amigo, usted está fatigándose inútilmente con su carga; puede usted marcharse, que la señora me dirá lo que va en ella.

Liberato salió mirando á su ama con unos ojos que parecian decirle: mi amo está ya libre! pero su merced?

Lucía tranquilizó á Liberato con una seña y una mirada llena de expresion.

Gavilan que comprendió muy bien lo que estaba pasando, resolvió dejar obrar á su esposa: él tenia confianza en ella.

Solos el oficial y Lucía, le dijo aquel á esta:

—Prenda mia! ahora que nadie nos ve, abracémonos, que yo estoy que me *abraso*.

Lucía fingiendo la mayor inquietud le contestó:

—Espéreme usted un instante, señor, voy corriendo alcanzar á mi criado para hacerle una advertencia que nos conviene á usted y á mí, y vuelvo á darle gusto en cuanto quiera.... Cuente con que no me tardo un momento.

Y sin dejar tiempo al oficial para que le impidiera la salida, partió con la velocidad de un pájaro.

El militar se quedó con lo boca abierta, espera y más espera mirando para San Felipe.

....

Quince dias despues de estos sucesos, Gavilan estaba en el Norte de la República ocupando el puesto que debia, en las filas del Gobierno legítimo, y Lucía establecida en una bonita quinta situada á extramuros de la ciudad.

CAPITULO VII.

Donde se describe la famosa batalla que se libró en Bogotá en los dias 3 y 4 de diciembre de 1854, con varios incidentes notables que corresponden á esta historia. *

SALTEMOS algunos meses y anudemos el hilo de los acontecimientos que hemos narrado, con el de los sucesos que aún nos quedan por referir.

La casualidad, no una invencion nuestra ha querido que encontremos á todos nuestros personajes en Bogotá, en los dias 3 y 4 de Diciembre de 1854, unos de lidiadores y otros de expectadores en el combate que en dichos dias se libró.

Vamos á bosquejar brevemente el cuadro de esta batalla, ya que las dimensiones de la obra que escribimos no nos permiten hacer de tan memorable accion una descripcion detallada.

Despues de siete meses de una guerra desastrosa en que hubo varios combates favorables á la buena causa, los enemigos de la justicia y del derecho se replegaron á Bogotá con el fin de reforzarse, uniéndose á la guarnicion de la ciudad y hacer el último esfuerzo en pro de su desacreditada bandera. Con más de diez mil soldados contaba el general Melo para defender los principales edificios y las más importantes encrucijadas.

Dos ejércitos aguerridos y dos brillantes legiones acamparon el dia 2 de Diciembre en las inmediaciones de la ciudad á dar fin al drama sangriento que habia principiado el 17 de Abril.

Los dos ejércitos y las dos legiones se distribuyeron convenientemente en los cuatro puntos cardinales de la poblacion. Segun el plan de ataque combinado de antemano, el ejército del Sur á órdenes del general José Hilario López debia invadir la ciudad por el arrabal de las Cruces; el del Norte al mando del general Tomas C. de Mosquera por la plazuela de San Diego; la Legion de Oriente por el arrabal de Egipto y la de Occidente por el barrio de San Victorino.

Cumpliendo con las disposiciones del general en jefe de operaciónes de los ejércitos unidos (que lo era el señor Pedro Alcántara Herran), el dia 3 á las doce en punto y al toque de diana, las divisiones de infantería y de artillería que componian el ejército del Sur, empezaron á establecer la línea de asalto, formando un semicírculo desde Egipto hasta la encrucijada de las Letras.

El general Joaquin Paris á quien se le confió el ala izquierda, desde la plazuela de las Cruces hasta la esquina de las Letras, con los cuerpos de la segunda division, y el general Rafael Mendoza á quien se le señaló el ala derecha, que principiaba en la plazuela expresada y concluia en el arrabal de Egipto, con la primera division y el batallon Cáqueza que hacia parte de la columna de Oriente, ocuparon sus puestos con admirable presteza, ántes de las dos de la tarde.

Reconocidos en seguida, por los generales que mandaban las fuerzas del asalto del lado del Sur, los puntos principales de la línea establecida, se rompieron los fuegos con el enemigo en todas direcciones. A las

* Los hechos principales de esta batalla los hemos tomado, parte de los periódicos publicados en Bogotá en 1855 y parte de nuestros recuerdos.

cuatro de la tarde las baterías del centro de la línea de circunvalacion enfilaban las calles de Santa Bárbara y la Carrera, así como tambien la calle del Convento de San Agustin en direccion de los Portales de Arrubla y vomitaban copiosa y abundante metralla sobre las dos esquinas del monasterio mencionado y sobre las casas adyacentes, donde el enemigo hacia una resistencia heróica.

Como á eso de las cinco de la tarde un centenar de soldados de la primera division penetra á viva fuerza en una casa aspillerada que queda situada frente por frente de la capilla de Jesus. El enemigo que se defiende atrincherado en la casa, al verla invadida empieza á arrojar las armas por el balcon á la calle en señal de rendimiento; pero el jefe resuelto á morir, ántes que entregarse vivo en manos de sus verdugos, corre solo, con espada en mano, al encuentro de los invasores, y con el mayor denuedo y valentía que se haya visto jamas en lo descubierto de la tierra, traba combate con los ciento. Situado en la parte superior de la escalera se defiende detras de una columna de piedra de los arcabuzazos del enemigo y desde allí corta y punza á cuantos tienen el arrojo de ascender al último escalon. Al fin, cansado de lidiar solo y notando que su último instante se acerca, intenta abrirse calle por en medio de sus contrarios, y con efecto, baja rápidamente la escalera, acomete al grupo, hace una gran carnicería, y al conseguir la corona de la victoria, alcanza la del martirio inmortalizando su nombre, cual Leonídas en las Termópilas.

Sabeis quien era este valiente jefe?..... El marido de Petrarca!....

A las cinco y média las fuerzas invasoras se habian ya apoderado de muchas de las casas que el enemigo ocupaba y habian hecho un considerable número de prisioneros.

Ántes de entrar la noche, las fuerzas legitimistas que combatian por el lado del Oriente habian arrollado al enemigo hácia el centro de la ciudad y ocupado el palacio Arzobispal y la Casa de Moneda, que los melistas defendian valerosamente.

A la misma hora la legion de Occidente, vencia á su paso á cuantos se le ponian por delante. Intrépida y arrojada se habia apoderado del barrio de San Victorino rindiendo fuerzas muy considerables que el enemigo habia destacado sobre ella.

A las siete y cuarto todos los fuegos se habian apagado y los soldados de ámbas partes guerreadoras, descansaban sobre sus armas, jadeando de cansancio y orgullosos de haber cumplido con su deber.

Los inflamados rayos del sol del dia 4 doraban las cúpulas de las torres cuando los oidos del ejército del Sur fueron heridos con las detonaciones de los arcabuces del ejército del Norte, y con las de los melistas que lidiaban por el lado de San Diego. El volcan que acababa de reventar cubriendo de abrasadora lava á los rebeldes, entusiasmó á los legitimistas que habian combatido el dia anterior, quienes al punto levantaron sus armas, las dirigieron contra el enemigo y empezaron á ganar terreno á fuego graneado. Digno de eterna alabanza es el brio y denuedo con que los soldados del Gobierno desalojaron á los rebeldes de sus fortalezas y los obligaron á concentrarse en las plazas de San Agustin y de Bolívar.

Despues de dos horas de una batalla encarnizada, en que ámbos bandos lidiadores alzaron un trono á la muerte y sentaron en él á esa reina sombría, los fuegos de las baterías de San Agustin se apagaron, ya porque muchos de sus artilleros habian caido sin vida sobre sus cañones, ya porque otros habian huido hácia el interior del edificio sobrecogidos de pavor y espanto.

Se verificaba esta huida en el momento en que pasaba por la portería del monasterio de Santa Clara, de Occidente á Oriente y á galope tendido, en un corpulento caballo, un militar vestido de magnífico uniforme. Llevaba calzon blanco, bota alta, casaca azul cubierta de bordados de oro; en los hombros dos grandes charreteras que resplandecian á los rayos del sol, y en la cabeza un sombrero de tres picos adornado de vistosas plumas y de brillantes dorados. El caballo era blanco como el ampo de la nieve é iba enjaezado á la francesa.

Al pasar por dicha portería resonó una voz en una de las elevadas celosías del muro, que decia:

—General!.... General M!....

El jinete sofrenó su brioso corcel y alzó los ojos al cielo.

—Oh! querida Petrarca! exclamó ¿que hace usted ahí? le preguntó en seguida.

—Caprichos de mi marido, contestó ella, sacando la cabeza hasta los hombros por un roto que tenia la celosía, se le metió en el testus que debia pasar el tiempo del asalto emparedada en este derruido convento, porque le parecia á él que en otra parte corria riesgo mi pulcra honestidad con los negros del Cauca que dizque tienen fama de atrevidos.

El general M.... se rió y dijo:

—A fe que no le faltó razon al capitan, *ó diré, al general.*

—Qué noticia me da usted de él? le preguntó Petrarca.

—Ninguna; á mí me toco abajo y á él arriba.

—No sabe usted que ayer mataron á Urraca? ¡ay Dios mio! he estado con una pesadumbre!....

—Dice usted que mataron á Urraca?

—Si señor; esta mañana muy temprano vino una mujer á decirme que por desnudar ayer á un oficial que cayó muerto en frente de la puerta de casa, le volaron el cráneo de un balazo.

—Infeliz muchacha! exclamó el general.

—Me voy, añadió, al oir que silbaban las balas por encima de su cabeza.

—No, espérese usted; hablando ahora del combate, dígame: á que bando protejerá el dios Marte? Si es la justicia la que debe triunfar, nuestra debe ser la victoria, pues, si el derecho de insurreccion existe contra la opresion, tambien debe de existir contra la excesiva libertad, y en tal caso la Constitucion del 21 de Mayo debe caer á balazos.

—Temo que no triunfe la justicia.... Los enemigos nos estrechan demasiado desde ayer. Yo vengo medio derrotado.

—Ay! exclamo Petrarca, lanzando un grito horrible y cayéndose de para atras, á tiempo que el general oyé el silbido de un proyectil.

El jinete que comprendió que una bala perdida ó acaso bien dirigida habia herido á Petrarca, se dijo:

—Diablo! ya la hirieron!.... y á mí pueden herirme tambien.

Y espoleó su corcel en la direccion que llevaba; torció luego á la izquierda, despues á la derecha y se entró en el fuerte de San Bartolomé con el alma oprimida por la desgracia de Petrarca.

El general no se habia equivocado; una bala disparada desde una gran distancia habia arrancado á su querida las narices, desfigurándola por todos los dias de su vida.

Esta bala habia sido lanzada por uno de los soldados de la primera columna de la segunda division que *á paso de vencedores* se aproximaban á la Casa del Gobierno provincial que defendian más de cien hombres.

Los legitimistas tomaban este edificio, interin que el general Rafael Mendoza penetraba en el colegio de San Bartolomé con ocho hombres por un agujero y rendia á trescientos soldados, y al general M... que habia llegado en mala hora, como se ha visto.

Por el lado de Occidente habia avanzado el coronel Viana con su fuerza hasta el hospital de San Juan de Dios, habia rendido el regimiento que allí existia, y se disponia á proseguir su marcha hasta la plaza de Bolívar.

A este tiempo el batallon Salamina invadia por la espalda el cuartel de San Agustin; la compañía de la Union tomaba á la bayoneta algunas casas de la plazuela inmediata; el coronel Arboleda se acercaba con la columna de su mando hácia la plaza mayor y el general Paris se movia apresuradamente sobre el mismo sitio.

Poned aquí el dedo, lector complaciente, pues, en este punto suspendemos la narracion de las hazañas del ejército del Sur con el objeto de volver atras, describir las del ejército del Norte, y acabar de bosquejar el cuadro de la batalla á la vez.

A las siete de la mañana del dia tres se movió el ejército del Norte dividido en dos cuerpos, uno de vanguardia y otro de reserva. Componiáse el primero, de las dos primeras brigadas de las divisiones primera y segunda á órdenes del general Tomas Herrera y el segundo, de las segundas brigadas á órdenes del general Camilo Mendoza. Los escuadrones Guias-del-General y Cazadores-del-Norte llevaban la descubierta en la vanguardia y la artillería ocupaba el sitio más adecuado para obrar.

A corta distancia del enemigo, el general Mosquera ordenó la reunion de todo su ejército para atacar la ciudad por líneas paralelas de Este á Oeste con el objeto de cortar la comunicacion entre San Francisco y San Diego, en cuyos edificios estaba situada la mayor parte de la fuerza enemiga. Un aguacero impidió los movimientos y por tal motivo el general en jefe resolvió ejecutarlos al siguiente dia y en consecuencia determinó que el ejército tomara cuarteles en la parte Este de la ciudad, lo que así se verificó.

Al apuntar el dia 4 se principio el ataque en la forma acordada el dia anterior. El general Herrera á la cabeza de los batallones primero y sexto de línea, Libres y Tundama emprendió el asalto en las manzanas que están entre las carreras de Margarita, Bárinas y Bárbula. Impávido y brioso conducia Herrera la primera columna y era digno de ver como marchaba esta á tambor batiente, con bandera desplegada, atronando el aire con sus bélicos clarines; mas, su gallardía duró poco, pues, se afligió é inclinó al suelo la cerviz cuando llegó á la encrucijada de las carreras de Pamplona y Bárbula y vió allí eclipsarse para siempre la estrella que lo guiaba á la gloria..... El bravo general cayó de su caballo herido de un balazo mortal !....

El malogrado Herrera fué reemplazado por el coronel Weir, quien sin pérdida de tiempo marchó con la columna á ocupar la carrera del Norte.

Miéntras tanto el teniente-coronel JORGE GAVILAN * avanzaba con el batallon Vélez por las carreras de Yarumal, Majagual y Chire á tomar

* En la batalla del *Alto de los Cacaos* que dió el general Mosquera pocos dias ántes de la que estamos narrando, alcanzó Jorge Gavilan el grado de teniente-coronel en el campo mismo del combate, á causa de dos acciones de valor que ejecutó con el mayor denuedo, y que contribuyeron al triunfo.



una trinchera que habia en la encrucijada de las carreras de Chire y de Pamplona.

Lidiaban como leones los soldados de la columna que dirigia Weir, y ganaban terreno avanzando por encima de los cadáveres del enemigo, interin que el batallon Vélez hacia inútiles esfuerzos por tomarse la trinchera de la esquina de Chire. La compañía que con tanto valor defendia la barricada era dirigida por un jefe intrépido aunque improvisado. Este jefe era uno de nuestros personajes; el criado de Chepillo conocido con el nombre de Perico.

En la primera arremetida que hizo sobre la barricada el batallon Vélez, retrocedió espantado al ver caer más de treinta de sus soldados entre muertos y heridos. Apénas alcanzaron los atrincherados este pequeño triunfo, voló Perico sobre la pared improvisada por los suyos, felicitó á sus soldados por la victoria y los exhortó á que se dejasen matar, ántes que dejarse vencer.

Organizado el batallon que acababa de ser rechazado, volvió á la carga con tal ímpetu que los rebeldes se vieron precisados á abandonar por un instante la trinchera. El denuedo, bizarría y noble ejemplo del jefe, dió en este segundo ataque el triunfo á los melistas.

Derrotados los veleños, nuestro héroe se trepó segunda vez á la trinchera; pero no arengar á sus soldados, como en la vez primera, sino á observar mejor el camino que tomaran las reliquias del batallon enemigo. Desde aquel punto pudo distinguir una nueva columna que se les iba encima apoyando á los veleños.

—Ánimo soldados! dijo Perico, á morir todos al pié de esta trinchera.

Y saltó al suelo.

Pasados diez minutos se encendieron los fuegos, y las detonaciones de los fusiles, acompañadas del ruido incesante de los atambores y del sonoro toque de las cornetas, ensordecian á los lidiadores. Ámbas fuerzas peleaban con ferocidad, hacia média hora, y se veia ya descender sobre la trinchera, con sus alas desplegadas, al ángel de la victoria á coronar á los rebeldes, en el momento en que una compañía legitimista, logra invadir por el interior una casa y debelar una fuerza que defiende á los atrincherados por la espalda, con lo cual consigue protejer á los veleños cuando éstos empiezan á volver caras. Vencidos los melistas botan las armas al suelo y se rinden á discrecion.

El jefe temeroso de caer en manos de sus enemigos voló sobre la trinchera, saltó de ésta al tejado de una casa y echó á correr por la cumbrera, sirviendo de blanco á los tiros de los vencedores. De repente el hombre tambaleó, cayó y rodó hácia el interior del edificio. ¿Qué le aconteció al infeliz? Lo que por ahora podemos decir es, que los soldados que dispararon sus armas en direccion de Perico, entraron en disputa atribuyéndose la gloria cada cual, de haber sido quien lo habia herido.... Bárbaros! qué gloria puede haber en matar á un hombre que huye!...

Se verificaba la toma de la trinchera, inter tanto que el coronel Weir marchaba á la cabeza del batallon Santander por la carrera de Majagual con ánimo de penetrar en la manzana que da á la plaza de San Francisco, y miéntras que el coronel Ramon Amaya apoyaba por el Este con las columnas de las guerrillas del canton de Guatavita, el ataque que hacia por el Sur de la plaza de San Diego la cuarta compañía del batallon sexto. Despues de un fuego nutrido por más de hora y média, enarbolaron en San Diego bandera blanca. Rendido el enemigo en esta parte de

la ciudad, el batallon Libres con sus jefes, comandante Ucros y mayor Rívas, se dirigió por la carrera de Margarita á la del Norte.

Entraba esta fuerza en la carrera expresada en el acto en que el general Camilo Mendoza atacaba con una columna por la parte interior de las casas, las fuerzas que defendian al Hospicio y la Tercera. El arrojo de este jefe sin par lo condujo á la muerte en el instante en que iba á gozar de los honores del triunfo. El golpe de una bala que recibió en el corazon, derribó al guerrero al pié de la palma de la victoria!

No bien llegó á oidos del general en jefe tan funesta noticia se fué personalmente á dirigir el asalto sobre San Francisco, ya que las fuerzas del Hospicio se habian rendido.

Como una gran parte del ejército del general Melo estaba concentrada en el Colegio de San Buenaventura, el general en jefe ordenó que se atacase por la espalda, lo cual ejecutaron los batallones Libres y Tundama luego que estuvieron en disposicion de hacerlo.

Efectuábase este asalto á la misma hora en que los batallones primero y sexto tomaban la Tercera, y el coronel Codazzi y el comandante de zapadores Reed, preparaban sus instrumentos fatídicos para hacer volar con sus minas, una parte del edificio de San Francisco, desde donde hacian los rebeldes sobre los soldados del Norte un fuego nutrido y certero.

Los preparativos indicados fueron inútiles, puesto que habiendo llegado á tiempo las fuerzas que habian estado peleando del lado del Occidente, cargaron con las del Norte sobre San Francisco, y sin grandes esfuerzos obligaron al enemigo á echar bandera blanca.

Levantad el dedo, señor lector, del punto donde lo pusisteis, que aquí mismo vamos á unir las dos mitades del cuadro que estamos bosquejando.

Alcanzada la victoria en la parte Norte de la ciudad, el general Mosquera marchó con parte de su Estado Mayor, hácia la plaza de Bolívar, donde acababan de entrar los asaltadores del lado del Sur, despues de vencer simultáneamente al enemigo encastillado en San Agustin y al que defendia la plaza mayor.

Allí los dos bizarros jefes, á la sombra del pabellon nacional, que tremolaba sobre la estatua del Libertador, se apearon de á caballo, se abrazaron con efusion y se felicitaron recíprocamente por la victoria que cada uno habia alcanzado.

Sucedia esto en la plaza de Bolívar á la hora misma en que en la de San Francisco acontecia un hecho que llamaba la atencion de la tropa.

Una mujer desgreñada y llorosa, de bellas formas, corria con los brazos abiertos gritando como una loca:

—Jorge...! mi querido Jorge...! decia.

Al ruido de estas voces se destacó un hombre del ejército, salió á su encuentro con los brazos alzados, diciendo:

—Aquí estoy Lucía, aquí estoy.

Y los dos esposos se abrazaron.

A esa hora, los repiques de mil campanas; los cohetes que ascendian ruidosamente al cielo; los bélicos sonidos de los clarinetes, requintos y flautines; de los platillos y las trompas; del trombon, oficleide, serpenton, bombo y redoblante que en raudales de armonía se extendian por el ámbito de la ciudad; los gritos de alegría del pueblo libertado; las coronas de flores y laurel que llovian sobre los vencedores, todo esto expresaba claramente que acababa de obtenerse un triunfo brillante, una victoria completa.

CAPITULO VIII.

Efectos de la derrota.

ACABAIS de ver, amado lector, los efectos saludables de una batalla, ved ahora los dolorosos, pues todo combate tiene dos lados, uno bueno y otro malo.

En el mismo espacio de la ciudad donde las campanas repicaban, donde las sonatas bélicas y los gritos de júbilo llenaban de diversas voces el aire, donde volaban de los balcones y las ventanas sobre las cabezas de los vencedores, las coronas de flores y laurel, se veian centenares de cadáveres medio hundidos entre charcos de sangre; unos cuantos heridos que maldecian su suerte; innumerables prisioneros que gemian su cautiverio; los deudos de los muertos y moribundos que lloraban de dolor; los derrotados distinguidos, en fin, que rugian de rabia porque los altos puestos públicos porque tanto habian luchado, los hallaban trocados ó en una infamante picota ó en una roca limpia de esas que se alzan en las costas de lejanos mares.

Toda batalla acaba con gritos de alegría y alaridos de dolor; con risas y lágrimas, con gloria y ascensos para los vencedores y con infamia y muerte para los vencidos! Sí, muerte real en un patíbulo ó civil en un destierro ó en una larga prision!

El 12 de enero de 1855 cuando habia ya trascurrido el tiempo suficiente para obrar sin pasion; cuando habian pasado ya 38 dias, durante los cuales muy bien pudo entibiarse la sed de venganza de los vencedores y aplacarse la cólera contra los vencidos, dos altos empleados públicos del ramo ejecutivo firmaban dos decretos, el uno concediendo honores y ascensos á los victoriosos, y el otro imponiendo, contra la ley, destierro á Panamá á los vencidos de baja categoría y graduacion.

No diremos una palabra de los honores y ascensos aunque no los aprobamos tal cual se concedieron, esto es: más á la vil intriga que al modesto mérito; hablaremos solo de la pena.

Fué esta justa? No! Ella ademas de arbitraria, fué bárbara y cruel, por cuanto á que condenaba una gran parte de los vencidos á una muerte lenta y dolorosa, mil veces más terrible que la que se da en el cadalso de un solo golpe. La pena de destierro para un hombre pobre y con familia, es algo peor que la del suplicio de la *Rueda* de que se hizo uso en Francia, cuando esta nacion era un poco más cruel para castigar á sus delincuentes de lo que es al presente.

Para los vencidos no hay pruebas jamas, porque ¿en dónde están los testigos fidedignos de los comprometimientos que cada cual haya tenido en la rebelion? No hay juez imparcial que los juzgue, porque ¿de qué bando puede serlo que imparta la justicia extrictamente? No hay pena que los intimide, porque ¿cuál puede ser que aventaje en sus condiciones de terror y espanto á la de destierro á una playa inhospitalaria ó desierta, de mortífero clima, ó á la del último suplicio? Ninguna, y sabido es que el conspirador no sólo juega en los combates su vida sino que desafia el enojo y la rabia de sus adversarios, enojo y rabia que él sabe bien que siempre estallan sobre el vencido con las persecuciones más brutales é inicuas y con las crueldades más atroces, hijas de la pasion más violenta y ciega, cual es la pasion política.

Pues bien, porque no hubiese pruebas fidedignas contra los rebeldes de 1854, ni juez recto que los juzgara, ni pena que los escarmentara, ¿debia por esto el Gobierno violar la ley al juzgar y castigar á los infractores de todos los Códigos? No, no era lógico ni moral cometer semejante atentado con el pretexto de corregir y mejorar á unos cuantos centenares de extraviados.

Creemos que el Gobierno tiene perfecto derecho de mantener en seguridad á un prisionero peligroso ó á un enemigo implacable, miéntras que subsista la guerra; pero el dia que ésta termina, ese derecho cesa, y toda detencion es inicua. Una revolucion vencida deja de sér una amenaza para el Gobierno. Un ejército desarmado y disperso no es ya un enemigo. La persecucion es injustificable cuándo el perseguido huye y se oculta. Con ella no hace el Gobierno sino confesar su debilidad, su impopularidad y su crueldad, y la debilidad, la impopularidad y la crueldad no tienen derecho de gobernar ningun país del mundo.

La rebelion como *delito* es indefinible. La primera condicion ó calidad caracterísca de éste es la inmoralidad que encierra; pero inmoralidad cierta é indudable. La moral es una y universal, es de todos los tiempos y lugares. Ahora bien; vemos que las rebeliones regularmente son condenadas por una generacion y justificadas por otra; que la posteridad ensalza, glorifica y levanta estatuas á los mismos rebeldes que cincuenta ó cien años ántes fueron abatidos, infamados y ajusticiados como malhechores. Observamos que los rebeldes de Cuba que hoy lidian por la independencia de su patria, son reputados como facciosos y bandoleros por su madrasta la España, miéntras que por sus hermanas las naciones de América son calificados como *redentores inmaculados*, como próceres generosos que se sacrifican por la más justa de las causas. Vemos tambien que cuando una revolucion triunfa, los rebeldes son héroes á quienes los poetas cantan y los escritores públicos admiran y encomian, y cuando la conspiracion es vencida, los conspiradores son malvados á quienes los vates execran y los periodistas afrentan y deshonran.

Pero adviértase que tratamos aquí de las revoluciones que tienen un objeto político importante, como la independencia de una colonia, ó un cambio de instituciones y no de las que se hacen por una simple variacion del personal del ministerio ó de todos los gobernantes, ni de esos alzamientos parciales de vagamundos y ladrones sin combinacion ni acuerdo, que se denominan *guerrillas*, y en cuyas porciones no domina ningun pensamiento político. Esas guerras sin bandera serán siempre reprobadas por todas las generaciones y vituperadas por la historia.

Nosotros opinamos con Lamartine que la guerra no es sino un asesinato en masa y que el asesinato en masa no es un progreso. En consecuencia, pensamos que es conveniente dar un golpe mortal a las revoluciones; pero creemos que estas no mueren, matando á los rebeldes, ni desterrándolos, ni encarcelándolos perpetuamente. En los países gobernados por un déspota como la Turquía, ó por leyes restrictivas ú opresivas como la España, las conspiraciones se matan con la *libertad*. En los países republicanos como Colombia, la guerra se extingue con la industria para la clase alta y con el trabajo para la clase obrera. Aquí se conspira no por conquistar libertad, que la tenemos de sobra, sino por alcanzar el poder cuando echamos de ver que nos falta. En esta tierra desdichada una gran porcion de hombres de ámbos partidos políticos ha contraido el hábito de vivir á espensas del Tesoro público, y por ello cuando el un bando ha cogido la presa el otro se la disputa á balazos.

En tal virtud las revoluciones se suceden con pequeños intervalos. Cuando termina una, ya otra está fraguada. Casi todas las administraciones que han existido desde la independencia hasta nuestros dias, están salpicadas con la sangre de una guerra. Pero necesario es decir, que no siempre el pueblo ha sido el conspirador; ocasiones ha habido en que el Gobierno ha sido él revoltoso movido del deseo de afianzar á su partido en el poder.

Tantas han sido las revueltas políticas, que los colombianos han adquirido la costumbre de fijar en su memoria la época de los diversos sucesos particulares que en el curso de su vida les han ocurrido, teniendo en cuenta el tiempo en que ha tenido lugar esta ó la otra revolucion, pues todo puede olvidarlo el hombre, ménos la época en que haya estado su vida, su propiedad y su honor atacados por la anarquía de una guerra. Es por esto por lo que en esta tierra nadie extraña oir á cualquier *sujeto distinguido ó caballero de mohatra* que recordando los acontecimientos notables de su vida, se exprese, por ejemplo así: En la revolucion de 1828 me casé con una viuda rica, me entregué al juego y unos tahures tramposos me ganaron, ó más bien, me robaron mis bienes y los de mi mujer. En la de 1830 falsifiqué unos documentos públicos; la justicia intentó perseguirme y huyendo de ella me fuí al extranjero é hice por allá el papel de *Gran Señor*. En la de 1833 volví al país, y como los gobernantes eran otros, nadie pensó en perseguirme ni hacerme daño. En la misma época tuve un duelo con un espadachin por una ofensa que me irrogó con el fin perverso de lastimar mi *honor*, y recibí una herida en el pecho de mucha gravedad. En la de 1840 me nombró el Gobierno Administrador de la Aduana de Santamarta; me puse de acuerdo con los contrabandistas, que todos eran comerciantes acreditados en Bogotá, é hice un gran capital. En la de 1851 me dediqué á la *industria de fabricar moneda* tanto de oro como de plata, y al comercio de ropas con el extranjero; me favoreció la suerte y cuadrupliqué mi caudal. En la de 1854 quebré por especulacion como es costumbre en los negociantes notables de este país. En la de 1860 tomé las armas y con ellas fabriqué una escalera de cadáveres, por la cual subí á una grande altura en la gerarquía militar. Aun no habia concluido la guerra cuando logré comprar mis créditos pasivos con la rebaja de un noventa por ciento y de ese modo me rehabilité en mis operaciones comerciales y en mi honra que habian sufrido un poco, y finalmente en la de 1865 entré en un juego de bolsa y remató muchas fincas de manos muertas, con lo cual hice una fortuna inmensa, que á Dios gracias, conservo hasta el dia. Hoy gozo de la fama de hombre rico; de servidor leal y desinteresado á la República, de caballero honrado y probo y de ciudadano distinguido y sin tacha. *

Estas cosas ú otras por el estilo puede decir cualquiera de esos *notables* que hemos pintado, recordando los acontecimientos particulares de su vida.

Todas esas guerras y otras más que se han llamado *locales*, han azotado al país. Ellas lo tienen empobrecido, embrutecido, desmoralizado y relajado que da tristeza y compasion.

Tiempo es ya de que se ensayen cuantos remedios se juzguen adecuados para poner punto final á ese medio inmoral y escandaloso, ideado

* El lector habrá comprendido que nos referimos á aquellos bribones que hacen en la sociedad el papel de grandes señores, debiendo por sus crímenes, estar encerrados en una penitenciaría.

por los vagamundos y caballeros de industria, para conseguir el pan de cada dia. Ojalá que los conatos del Gobierno y los esfuerzos de los hombres amantes de la paz pública, se dirijan de preferencia á estos puntos que pueden cortar el mal de raíz:

1.° A moralizar al pueblo é infundirle amor al trabajo;

2.° A instruirlo en el arte de leer y escribir y en aquellas ciencias que le den á conocer sus derechos y obligaciones como miembro de la sociedad, á fin de formar buenos ciudadanos;

3.° A fomentar, hasta conseguir, la importacion de capitales;

4.° A promover y protejer el desarrollo de todo género de industria útil al país; y

5.° A abrir caminos, "que el movimiento de los carros es la vida de los pueblos."

Teniendo el pueblo ocupacion constante y lucrativa, la guerra desaparecerá para siempre de esta tierra y vendrá la paz con la civilizacion y la riqueza.

Despues de esta digresion que no es del todo inconexa á nuestra historia, volvamos á nuetra narracion.

Veámos cómo se cumplió el decreto de destierro, puesto que él concierne á nuestro asunto.

Apénas fué comunicado á los empleados públicos del órden administrativo, estos se encargaron de su ejecucion, y para ello derramaron mil patrullas por la ciudad y por todos los pueblos de la República en persecucion de los vencidos que estuviesen ocultos.

A prima noche de uno de los últimos dias del mes de Enero, en que las visitas domiciliarias eran más frecuentes, una patrulla asaltó una casa situada en la calle de los Carneros, y cual jauría que levanta un ciervo de su lecho, hizo salir de su escondite á un hombre como de treinta y ocho á cuarenta años de edad, cenceño y bien formado, que no poco espantado de los mastines que lo perseguian, saltó la pared de un solar, cayó á la calle y echó á correr sin sombrero, porque se le cayó al saltar el muro.

La patrulla deseosa de que no se le escapara el que huia (que para ella era un animal feroz) se dividió en dos grupos, el uno tornó á la puerta por donde todos los soldados habian entrado y el otro salvó la misma pared que habia salvado el fugitivo, y siguió al infeliz disparándole arcabuzazos que por fortuna eran mal dirigidos.

Quién era el perseguido? Adelante lo sabreis si es que no lo habeis adivinado.

CAPITULO IX.

Si hay cosas en el mundo que hacen reir, otras hay que hacen llorar.

VOLVAMOS atras cincuenta y seis dias y conduzcamos á nuestros lectores, si no lo tienen á mal, á una de las casas más sombrías y desapasibles donde el alma se aflige profundamente y el corazon se parte de dolor. Para nosotros no hay nada más triste, nada que infunda más melancolía y pesar que la vista de un hospital fundado y regido por el Gobierno. En él se ve el sufrimiento en relieve bajo todas sus formas y se oyen todos los gritos y gemidos destemplados del dolor. En él se respiran los

miasmas más infectos y pestilentes capaces de trastornar el sentido de la persona más fuerte y vigorosa, y en él, finalmente, se siente desfallecer el espíritu á la vista de la *Muerte* desapiadada, la que armada de su afilada segur sienta siempre el real en el centro de las enfermerías. El Gobierno no podrá jamas fundar ni regir debidamente un establecimiento de beneficencia, porque él como entidad moral carece de alma y cuerpo y en consecuencia de religion y corazon, fuentes de todo sentimiento benévolo.

El hospital de San Juan de Dios situado en una de las calles centrales de la ciudad, es un antiguo y extenso edificio de dos pisos, de bastos patios cubiertos de yerba y de anchas galerías formadas de gruesas columnas de piedra labrada á cincel.

Una escalera dividida en dos partes, de las cuales la una tiene catorce y la otra siete gradas compuestas de largas y macizas piedras á media labor, ennegrecidas por el tiempo, el uso y la humedad, conduce del patio principal al piso superior, donde existen los departamentos destinados á los enfermos de distintos sexos, y ademas, un anfiteatro de anatomía; unas piezas donde habitan las enfermeras; varios cuartos donde estudian y asisten los practicantes y otras dependencias. Este patio de que acabamos de hacer mencion, es circundado de elevadas paredes y sin galería en el costado Occidental; tiene una grande alberca en el centro, y en sus ángulos unos árboles añosos y mustios que le dan un aspecto triste, melancólico y severo. Pero si el patio es sombrío y desapasible, lo es más aún la enfermería de mujeres, donde vamos á introducir al lector.

En una espaciosa sala, con rejas de hierro á la calle, situada en el tramo donde está construida la escalera; á lo largo de sus desnudas paredes, hay dos hileras de camas paralelas donde en cada una yace una enferma exhalando dolorosos gemidos, respirando una atmósfera nauseabunda y temiendo la hora postrimera, en que despues de dar la última boqueada, sea su cuerpo trasladado al anfiteatro anatómico á servir de *libro* á los estudiantes ávidos de conocimientos en el arte de curar las enfermedades que debilitan y acongojan á la especie humana.

El 5 de Diciembre como á las seis de la tarde se veia al lado de uno de esos lechos, sentada en una silla andrajosa y desvencijada á una de las enfermeras del hospital, conversando en voz baja con una enferma jóven, de rostro pálido y enflaquecido por el dolor, en el cual como en sus finos modales se entreveia la clase distinguida á que la infeliz habia pertenecido.

—Parece queusted está mejor, verdad? señorita Montoya, le preguntó la enfermera.

—A Dios gracias, la fiebre ha cedido un tanto de ayer á hoy y las heridas empiezan á cicatrizarse, respondió la jóven.

—Ahora que está usted restablecida insisto en mi empeño, señorita Fresolina.

—En qué empeño?

—Qué olvidadiza....! No recuerda que á pocos dias de haber entrado usted en el hospital le instè que me contara, cómo siendo una señorita de alta alcurnia habia habido quien alzara la mano contra usted, y cómo habiendo tenido tantos bienes de fortuna, segun cuentan, ha caido en tanta miseria, de verse en la necesidad de venir á ocupar una cama desharapada en el hospital?.... Si usted está aliviada de sus heridas, como parece, dígnese referirme la historia de su vida, por la cual me siento sumamente interesada.

—Basta con que usted se haya conducido conmigo con especial benevolencia y solicitud desde que entré en el hospital, para que yo no me rehuse á contar á usted cuanto desea saber. Todo, todo, voy á revelárselo. Tengo un carácter tan franco que en vano querría ocultarle algo. Escuche usted: Era mi padre un hombre opulento, dueño de las mejores casas de esta ciudad; de las quintas más pintorescas de sus alrededores y de las más extensas y fértiles haciendas de la sabana. La vida de él, la de mi madre y la mia eran una série de variados goces y placeres. Habitábamos una casa que por su magnificencia, lujo y mueblaje seria igual, si no superior, al palacio de cualquier magnate parisiense; nuestra mesa era suntuosa y rica; en ella se servian los manjares más delicados y exquisitos y los más generosos vinos; vestiamos de las telas más preciosas que venian al país, y mi madre y yo deslumbrábamos con nuestros adornos de oro y pedrería; en el verano paseábamos en elegantes y briosos caballos, y en el invierno en coches y carrosas; concurriamos á los festines y las fiestas y viviamos en íntimas relaciones con la gente de buen tono, con esa gente holgazana y yagamunda de la cual se dice que corresponde al mundo elegante, porque pasa sus dias en orgías, saraos y regocijos del más refinado orientalismo.

Sumergido mi padre hasta la coronilla en tantos deleites, llegó el dia en que fastidiándose de ellos (por cuanto á que no hay placer que á la larga no se convierta en pena) dejó la vida que llevaba por otra que despertara en su alma, ávida de novedades, nuevos goces. Habia entónces en esta ciudad, como hay hoy, varias casas de juego donde los hombres de distintas condiciones iban á poner á prueba su fortuna. Mi padre devorado por el tedio, buscó en esas casas distraccion á su alma repugnada de los deleites, y la encontró, sin duda, una vez que desde que entró en ellas se olvidó de cuanto lo rodeaba; de su esposa, de su hija, de sus riquezas y hasta de su propia existencia. No habian trascurrido seis meses y ya el juego era en él un vicio dominante que avasallaba su espíritu. Cada dia arriesgaba en las paradas mayores sumas y de este modo su caudal se disminuia rápidamente. Pronto ningun dique fué capaz de contenerlo en la pendiente resbaladiza por donde el torrente impetuoso del vicio lo arrastraba sin cesar. Mi madre le suplicaba porfiadamente que dejara el juego; yo se lo rogaba con lágrimas en los ojos; sus amigos se lo aconsejaban; pero ninguna reflexion obraba en su ánimo. Él mismo nos decia á mi madre y á mí: "Yo sé que el juego es muy pernicioso, que él arruina las familias y empobrece á la sociedad, y que ni el deseo de la ganancia puede seducir, puesto que siempre se arriesga una pérdida mayor contra una ganancia menor. Si mi capital es de treinta mil pesos y la apuesta de quince mil; si pierdo, mis bienes se disminuyen en la mitad y si gano solamente se aumentan en un tercio. Suponiendo la apuesta de treinta mil pesos; si gano, mi dicha no se dobla con la ganancia, y si pierdo queda destruida mi felicidad junto con la de mi familia." * Yo sé todo esto, nos decia, pero no puedo contenerme, siento que el vicio me arrastra incesantemente á un abismo de desdichas sin que yo pueda oponerle resistencia.

Avasallado mi padre por el maldito, vicio empezó á arruinarse. Poco á poco fué vendiendo cuanto tenia: los carruajes, los caballos, las casas, las quintas, las haciendas, y de escalon en escalon fuimos descendiendo desde el alto trono de dicha y prosperidad en que nos hallába-

* Reflexiones de un moralista sobre el juego.

mos, hasta ir á caer en el fango de la miseria. En poco tiempo todas las riquezas de mi padre pasaron á otras manos, y él, mi madre y yo nos encontramos un dia sin medio alguno de existencia y sujetos á vivir de la caridad privada. Por primera vez en el curso de nuestra vida, nos vimos frente á frente de la pobreza extrema. La magnífica casa donde habitábamos se trocó en una humilde cabaña situada en los arrabales de Egipto; nuestros suntuosos trajes se convirtieron en andrajosos vestidos; nuestras apetitosas comidas se redujeron á una que otra taza de sopa que alguna mano caritativa nos daba á fuerza de importunar: nuestra cama suave y delicada se cambió en un poco de paja seca y los perfumes que nos embriagaban y dormian, fueron sustituidos por los miasmas infectos de los muladares que circundan siempre la choza del pobre.

Desprovistos de los recursos necesarios para vivir, era forzoso trabajar para no morirnos de hambre; pero mis padres no podian ocuparse en nada porque no sabian ningun oficio, y yo ¿de qué podria servirles cuando no me habian educado para las fatigas de la industria, sino para una vida regalada y vagamunda?.... Mis habilidades se reducian á dibujar caras, flores y paisajes al trasluz; á tocar medianamente el piano; á cantar haciendo gorgoritos; á traducir el frances con diccionario; á bailar con desemboltura y gracia y á prenderme á las mil maravillas con ayuda de cámara. Con estos conocimietos, preciso es confesarlo, no podia procurarme un pan.

Acosados por el hambre, mi padre recorria las puertas de los poderosos pidiendo un alimento cualquiera para él y para su familia; pero casi siempre se lo negaban con dureza aquellas mismas personas que habian asistido á nuestros banquetes y saraos. Estenuado por la fatiga y el hambre cayó un dia enfermo, y entónces oponiendo mi voluntad á la de mi madre, que queria hacer las veces de mi padre, me expuse yo al sonrojo de pedir limosna....Ah señora! qué amargo es el pan que se come de la caridad voluntaria!.... En una casa me decian: perdone usted, no hay que darle; en otra, vuelva usted otro dia, hoy no acostumbramos socorrer á nadie; en otra, hoy hemos dado mucha limosna, no hay ya para usted, quizá mañana habrá. Siempre retardando el socorro como si el hambre diera espera!

—Y en esos ricos monasterios de monjas no ha hallado usted proteccion? le dijo la enfermera como alumbrándole este medio para lo venidero.

—Los clamores del pobre, respondió la señorita Fresolina, se estrellan siempre contra esos muros de piedra; jamas su acento doloroso y triste resuena en el empedernido corazon de una monja. Esas mujeres son rumbosas; pero no caritativas; ellas obsequian al poderoso con magníficos regalos y se olvidan de los desvalidos que languidecen de hambre á sus puertas. Yo siempre habia oido decir que las mujeres que dejaban el bullicio del mundo, por la soledad del claustro, era porque las movia un amor á Dios profundo y sincero, y cuando me he acercado á ellas á pedirles un mendrugo de pan, me he dicho: anda hipócritas, que ya no me engañarás más; ¿dónde está ese amor á Dios y al prójimo tan decantado cuando no socorreis á vuestros hermanos hambrientos y desnudos; cuando las lágrimas de éstos no ablandan vuestro corazon aunque habeis oido decir centenares de veces á los propagadores del Evangelio que sin caridad no hay religion; aunque sabeis que esa virtud excelsa es la llave que abre las puertas del cielo?

Un escritor frances, cuyo nombre no recuerdo ahora, ha dicho con mu-

cha razon, que un monasterio no es más que una tumba preparada por el cristianismo á fin de hacer bajar á ella aquellas mujeres desesperadas por la burla de un amante ó por otro infortunio, que creyéndolo irremediable atentarian contra su vida si no encontraran tal muerte cristiana. Segun esto, no es la virtud sino la falta de fe en un porvenir mejor, la que arrastra al claustro á esas almas desconfiadas.

Ahora bien; si esas mujeres se desprenden fácilmente de los sentimientos más nobles y cristianos; si dejan para siempre á sus padres, á sus hermanos, y á sus amigos; si el amor filial y el fraternal, no es para ellas más que una palabra sin sentido, y si se desprenden fácilmente del dulce vínculo de la amistad, ¿podrán los pobres esperar de ellas compasion?

—Evidentemente que no, dijo la enfermera.

—Ya usted vé que al desdichado se le cierran todas las puertas?

—Verdad es, señorita.

—Ay Dios mio! qué sed me ha dado! dijo la jóven incorporándose.

La enferma se levantó de su asiento, se acercó á una mesa, tomó de ella un jarro que contenia una tisana preparada para la enferma, y volviendo donde ésta le dijo:

—Beba usted, mi querida señorita.

La jóven recibió el jarro y despues de haberlo apurado hasta las heces y devuéltoselo á la enfermera, le dió las gracias.

—Bien, dijo ésta; poniendo la vasija en su lugar, ahora puede usted continuar su historia que es bien interesante.

La jóven prosiguió:

—Dije á usted que mi padre habia caido enfermo; pues bien, la enfermedad se le fué agravando lentamente y luego el pesar de verse en la indigencia junto con las privaciones consiguientes á la miseria lo condujeron al sepulcro. Mi madre lo siguió bien pronto al panteon y yo quedé desamparada y sola en el centro de una sociedad que se precia de civilizada y cristiana. En tan cruel congoja y desamparo sufrí lo que no es imaginable, hasta que hice conocimiento con una muchacha costurera, vecina mia, llamada Felina, quien me llevó á su casa, me consoló y me enseñó á coser, á bordar y bacer flores de género y de papel. Estos oficios pronto empezaron á darme para subsistir. Trabajando diez horas diarias Felina y yo, podiamos vivir medianamente sin importunar á nadie, lo cual era una felicidad. Contentas viviamos cosiendo, bordando y haciendo flores, cuando un dia se nos presentó un cómico á proponernos que entrásemos en una compañía dramática que acababa de formar. Bien sabiamos que siendo cómicas trabajariamos ménos y cojeriamos más dinero; pero como no se nos ocultaba que en cambio sacrificábamos nuestra honra, por cuanto á que la esperiencia enseña que el público siempre piensa mal de las mujeres que se dedican á entretenerlo y divertirlo, esta consideracion nos determinó á desechar la propuesta. Más, nuestra negativa no fué bastante á hacer desistir al cómico de su intento; él siguió yendo á nuestra casa á instarnos que aceptáramos las plazas que nos brindaba en su compañía; pero siempre encontró de parte nuestra la misma resistencia. Tantas visitas del cómico dieron ocasion á que llegase á tratarnos con tal franqueza é intimidad que cualquiera que lo hubiera visto cerca de Felina y de mí, habria creido que era galan de ámbas; pero la verdad es, que no era de ninguna, como va usted á verlo. Un dia se presentó delante de las dos y nos dijo: "Vengo hoy no á visitarlas ni hablarles sobre lo que tanto les he instado, sino á pedirles per-

miso para presentarles á un jóven amigo mio que está ciegamente enamorado de una de ustedes (sin que haya querido decirme de cual) en términos de pretender, de la manera más séria, la mano de la que ha elegido su corazon. Es un caballero á quien quizá ustedes conocen, por cuanto á que han debido verlo en la esquina inmediata á esta casa, donde se pasa horas enteras mirando para las ventanas. Es rico, de finos modales y de buena educacion al parecer. Lo que sí no aseguro es, que tenga genio apacible y dócil ni un carácter benigno, ni ménos garantizo su conducta, pues nuestra amistad es resiente y no he tenido tiempo de conocerlo á fondo ni de averiguar su vida."

No bien acabó el cómico de decirnos esto, Felina y yo nos interrogamos con una mirada sobre lo que cada una pensara, y habiéndonos entendido, le contestamos ámbas: que conociamos de vista á un jóven que con frecuencia se paraba en la esquina inmediata á nuestra casa; que ya fuera él ú otro semejante, que bien podia presentárnoslo cuando quisiera. Quedó en que esa misma noche lo llevaria, pues nos dijo que á su amigo le apretaba el deseo de saber si seria aceptada ó rechazada su propuesta matrimonial.

Apénas se despidió el cómico me dijo Felina, que no habia duda alguna de que ella era la elegida del jóven pretendiente, pues que muchas tardes que se habia asomado á la ventana, el tal le habia hecho señas muy significativas desde la esquina de la calle. A esto le respondí, que el susodicho, ó era un grandísimo perillan que pretendia burlarse de ámbas, ó un hombre muy aficionado á las mujeres y que estaba enamorado de las dos, por cuanto á que siempre que á mí me veia me hacia mil demostraciones de amor en ese lenguaje mudo, pero espresivo de los enamorados y que ademas, me hacia ciertas señas con las cuales me daba á entender claramente que deseaba que yo fuera su esposa. Esta réplica provocó una disputa tan acalorada entre Felina y yo que estuvimos á punto de irnos á las manos. Al fin tuvimos el buen juicio de calmarnos y esperar la hora de la presentacion para que el mismo pretendiente decidiera cuál de las dos era la preferida. La tarde la pasamos en el tocador peinándonos, perfumándonos y ataviándonos con nuestros mejores trajes y adornos, pues cada una tenia, no esperanza sino evidencia de ser la predilecta.

Cuando llegó la noche, una agitacion creciente se apoderó de mi ánimo, y la emocion llegó á ser tan violenta que estuve por esconderme en un armario y renunciar la ocacion que se me brindaba de poder ser mujer casada. A las ocho en punto oimos dos fuertes golpes en la puerta de la calle que resonaron en mi corazon, el cual comenzó á saltarme aceleradamente y á crecerme tanto que se dilató hasta el nacimiento de mi garganta, en términos de impedirme la respiracion. En tal estado de agitacion le dije á Felina que yo no me hallaba con fuerzas bastantes para ir á abrir la puerta, que bien podia ir ella.

—"Si tú estas sin fuerzas, me respondió, yo estoy con una convulsion, cual si vinieran á llevarme al patíbulo; bien se ve que las dos no estamos acostumbradas á estos lances."

No bien habia dicho esto, oimos que los visitadores repetian los golpes. No hubo remedio; tuvimos que ir ámbas á abrir el porton. Abrimos.... Qué chasco! ¿quién cree usted que era el pretendiente? Era..... (estoy segura de que va usted á reirse)..... era un negro fino; negro como la pez y lustroso como el azabache.

—Qué pesadilla! Jesus!..... Con que era un negro con tanta *jeta*? dijo la enfermera riéndose.

—No, no era un negro de fisonomía vulgar, ni de trato áspero y grosero; sus facciones eran finas y perfiladas; sus modales exquisitos y su educacion la de un caballero. Estaba vestido de paño fino y á la última moda, y con sombrero, corbata y guantes negros.

—Hola! con que se presentó perfectamente emperegilado?

—Como no; á fin de hacer buen efecto..... Pero voy adelante con mi historia. Así como abrimos el porton y le vi al pretendiente la estampa, le dijo á Felina, en el oido, que le cedia mi derecho de muy buena voluntad.

—"Yo lo rehuso, me respondió ella, tambien en el oido, y te cedo el que me corresponde, pues prefiero tu felicidad á la mia."

No bien nos saludamos con los recien llegados, los condujimos á nuestro taller, que era la pieza más desente de nuestra casa y los hicimos sentar en un canapesito forrado en zaraza, que era nuestro mejor mueble. Felina y yo tomamos asiento cerca una de otra, cada cual en una butaca, y esperamos con frialdad á que hablaran nuestros visitadores.

Inmediatamente el cómico hizo la presentacion de estilo con mucha seriedad, cual si estuviera en el escenario representando su papel, y en seguida el negro nos manifestó que habiendo conocido á Felina y á mí sucesivamente, se habia prendado de ámbas con un amor tan igual, que estaba firmemente persuadido de que no amaba más á una que á otra; que tenia la franqueza de descubrirnos su afecto tal cual lo sentia, pues que no abrigaba el menor temor de que ninguna de las dos se lo recibiera mal, en cuanto supiéramos la sana intencion que llevaba, tal era la de solicitar la mano de una ó de otra; que si una sola aceptaba su amor, que esa seria su esposa y que si era tan afortunado que se lo aceptásemos ámbas, que quedaria muy contento con la que le designara la suerte.

Atenta estuve á estas razones de nuestro pretendiente, y miéntras que decia otras, que no le escuché, me puse á pensar en lo que seria mi suerte al casarme con semejante negro.... Ay Dios mio! me decia, que no parece sino que estos hijos de *Chám* han nacido para servirle á los blancos, y ser yo sierva de él?.... Cuando!....Ahora, ese olorsillo que algunos de ellos tienen, que el almizcle más penetrante no alcanza á destruir, ¿si este lo lleva, cómo podria aguantarlo, una persona que como yo ha tenido costumbre de aspirar delicados perfumes?.... Oh; y los hijos! que micos serian, Dios Santo!.... qué micos tan horribles y feos!

Cuando acabé de pensar en esto, que fué en el momento en que el negro dejó la palabra, le dije que por mi parte le agradecia su amor y su deseo de unirse á mí en matrimonio; pero que yo no podria aceptar su propuesta por ciertas razones graves que no debia decirle. Felina le hizo igual reproche, y entónces el negro nos dijo con mucha calma.

—Deseara yo saber si ustedes me desechan por mi color solamente. Si esa es la razon, espero que no me la oculten, que yo por ello no me reciento ni me enojo.

—Sí señor, ha adivinado usted la causa, le digimos Felina y yo con firmeza.

—Hé! con que he adivinado el motivo, replicó el negro sonriéndose, pues, á fe que él es bien fútil; por tanto, y siendo mi propuesta ventajosa, deben ustedes meditarla siquiera un instante. A fin de darles tiempo para ello, me retiro un momento con mi amigo á otro cuarto.

Diciendo esto cogió una de las luces que habia sobre una mesa, tomó del brazo al cómico y juntos salieron del obrador.

No bien pasaron la puerta, la curiosidad me movió á seguirlos con los ojos y ví que se entraron en el cuarto destinado al tocador.

Cuando Felina y yo nos vimos solas, nos miramos, y pensando en el chasco que nos habiamos llevado, prorumpimos en fuertes carcajadas. Acordándonos despues, que habiamos estado á punto de rompernos la figura á puñadas y de quebrar nuestras relaciones por imprudentes celillos, nos avergonzamos mutuamente.

Pasado habria un cuarto de hora cuando tornaron al taller el cómico y el pretendiente.... Oh qué sorpresa!.... el negro se habia vuelto blanco!.... Como el color era postizo y los apretados rizos eran artificiales, se habia lavado la cara y quitádose la peluca, y esto lo habia transformado en un jóven de hermosa fisonomía, pues el pretendiente era bien parecido.

—Si me despreciaron ustedes porque era negro, nos dijo al entrar, creo que ahora me aceptarán viéndome blanco y rosado, ¿no es verdad? ¿puedo temer de ustedes que me den nuevas calabazas?

—De ninguna manera, dijo Felina; si desechamos al negro, aceptamos al blanco con el mayor gusto, ¿no es cierto Fresolina?

—Sí, con el mayor gusto, y que desida la suerte, respondí yo sin reflecionar en lo que decia.

Apénas dije estas palabras, tomó el jóven un continente grave y con voz solemne nos dijo á Felina y á mí:

—Señoritas: el negro que ha poco propuso á ustedes matrimonio es el mismo hombre blanco que ahora les propone. Ustedes han desechado al negro, por ser negro y han aceptado al blanco por su buen color, puesto que tan desconocido les era el negro como les es el blanco. Bien podia ser el primero un caballero dotado de aquellas cualidades y virtudes que debe tener el hombre para ser buen marido, y ser el blanco un quídam, de carácter violento, de genio áspero, de mala educacion y de costumbres depravadas que hiciera con todo esto imposible la paz doméstica. Ademas, el negro bien podia ser un sujeto instruido y de mérito y el blanco un ignorante despreciable, y sabido es que el hombre no por su color sino por sus méritos ó deméritos levanta á la mujer con quien se case, á la altura donde él se halle colocado, ó la baja al fango donde él esté sumido. Si ustedes antipatizaron con el negro por su color, han debido tratarlo ántes de desecharlo, que no siempre entra el amor por los ojos; ocasiones hay que se introduce por los oidos, y el afecto que engendra el buen trato y las demas cualidades morales, es más sólido y duradero que el que inspira una buena cara. Si ustedes han simpatizado con el jóven blanco por su buena fisonomía, no por esto han debido aceptar su mano sin conocerlo á fondo, que el amor que entra por los ojos no se afianza en el corazon sino en virtud de las buenas prendas morales que posea la persona que ha inspirado esa loca pasion, y ustedes no saben si yo tengo algunas. Segun esto, ustedes han procedido con ligereza en tan grave asunto, ligereza que me da motivo para juzgar que ustedes obran atolondradamente en todos los casos importantes de la vida; que son poco discretas, avisadas y juiciosas, y mujeres con semejantes defectos no pueden ser jamas buenas esposas. Así, pues, con perdon de ustedes, las desecho á entrambas.

Dijo, tomó su sombrero y se marchó con su acompañante dejándonos cabizbajas y abochornadas.

—Qué buena leccion la que les dió el fingido pretendiente, le dijo la enfermera; ojalá que la aprendieran tantas casquivanas que en achaque de amores dejan de continuo lo bueno por lo bello.

La señorita Fresolina prosiguió la historia de su vida, sin hacer caso de la sátira de su interlocutora.

—Un mes despues de estos sucesos, continuó, se separó Felina de mí para ir á acompañar en el campo á una tia suya que acababa de enviudar. La noche del dia en que se fué mi amiga, estaba yo sumida en la mayor consternacion cuando de repente llamaron á la puerta de la calle. Al instante me levanté de donde estaba sentada y corrí á abrir, creyendo que fuera el cómico, quien habia continuado yendo á casa. Al dar vuelta á la llave se abrió violentamente la puerta y un hombre enmascarado se lanzó sobre mí. Una lucha obstinada se siguió al ataque, durante la cual recibí varias heridas. Como desde el principio empezé á dar gritos desaforados; á mis voces ocurrieron los vecinos é impidieron que el bandolero me matara y me robara lo poco que tenia en mi casa.

—Cree usted que era un ladron? le preguntó la enfermera.

—Si no era ladron, ¿qué podia ser un hombre que á deshoras entra enmascarado en casa ajena y ataca al dueño de ella?

—Ha podido ser un *raptor*, y sabe Dios si era el cómico ó el fingido pretendiente.

A estas palabras un ligero sonrosado, signo de pudor y honestidad, coloró las pálidas megillas de la enferma.

Efectivamente, el enmascarado no era un ladron que habia ido á robarse la casa, sino un raptor que habia ido á robarse á la dueño de ella. Fresolina bien lo sabia pero se calló por cordura. Desgraciadamente estos ataques al honor de las mujeres son harto frecuentes en esta Bogotá centro de la moral y cuna de la civilizacion de la República, y con perfecto conocimiento juzgamos que el mal viene de la impotencia de la ley y de la debilidad de la sancion moral producida por la relajacion de las costumbres. Debieran inventarse otras penas para prevenir y castigar los delitos contra el honor; pues sin duda son necesarios remedios nuevos, como dice un afamado publicista, cuando la experiencia ha demostrado la ineficacia de los antiguos.

Despues de un momento de silencio la enferma continuó su relacion.

—Por desgracia mis salvadores, dijo, no pudieron cojer al malhechor, el cual se escapó por el interior de la casa; pero al instante denunciaron el delito á la policía é indicaron el camino que habia tomado el hombre para que lo persiguiera. Ignoro si fué aprehendido.

Tres dias despues del suceso, el alcalde se presentó en mi habitacion y me recibió denuncio jurado del hecho ejecutado en mi persona; y dos médicos que lo acompañaban, examinaron mis heridas y contusiones. Como éstos declararon que eran graves y por otra parte yo le manifesté al señor alcalde mi pobreza y desamparo, él dispuso incontinenti que fuera conducida á este establecimiento.

Concluia la señorita Fresolina su relacion cuando se oyó de repente un tumulto producido en la galería inmediata á la enfermería, y el ruido de pasos desiguales y bruscos como de personas que condujeran un objeto pesado.

—Qué ruido es ese? preguntó la señorita.

—Como que es de gente que se acerca á la enfermería. Es sin duda que llegan con una *señora* enferma que está anunciada.

—Con una señora, dice usted?

—Sí, con una señora que estando refugiada en el monasterio de Santa Clara en los dos dias del asalto, tuvo la imprudencia, segun cuentan, de sacar ayer la cabeza por una celosía rota, en lo mas reñido del

combate y recibió un balazo en la cara. Como la herida es grave las madres monjas se han apresurado á mandar la enferma al hospital para que la curemos.

—Qué desgracia...! Pero dígame: ¿por qué las monjas no hacen la buena obra de asistirla, teniendo médico, paciencia y recursos...? Ya ve usted que me sobra la razon en lo que he dicho de esas *santas mujeres*.

—Ya lo creo.

—Sabe usted cómo se llama esa señora herida?

—Se llama Petrarca Rubí.

—Petrarca Rubí! dijo la jóven con acento de admiracion. Esa señora era amiga íntima mia y de mi familia en los dias de nuestra prosperidad; siempre era la primer persona convidada á nuestros festines, pero desde que caimos en la indigencia nos volteó la espalda y nos negó las relaciones de amistad que á ella nos ligaban, con el propósito de no aliviar nuestras necesidades. No parece sino que Dios la mide con la vara que ella nos midió, haciéndola sufrir el mayor desprecio de quienes tenia derecho á esperar amparo y proteccion.... La ingratitud es un crímen que el cielo castiga con severidad!....

En este acto se abrió una de las puertas de la enfermería y cuatro hombres entraron con unas andas cubiertas con una sábana. En ellas iba tendida la señora Rubí, cuan larga era. La infeliz estaba devorada por una fiebre lenta que le embargaba los sentidos y con la cara horriblemente hinchada á consecuencia del golpe de la bala que le habia llevado de raíz las narices. Los conductores de la enferma descargaron las andas en el suelo, y entóces dos enfermeras sacaron de la camilla á la señora y la trasladaron á un lecho que le habian preparado.

La señora Rubí abrió lentamente los ojos y vió ese conjunto de esqueletos humanos que inmóviles yacían en sus lechos de agonía. Aquel cuadro de enfermos realzado con las sombras de la muerte y visto por la paciente con febriles ojos, tomó proporciones desmesuradas que le arrancaron un grito de espanto.

—En dónde estoy, Dios mio! dijo con voz desfalleciente.

—Está usted en la enfermería del monasterio de Santa Clara, le respondió una de las enfermeras que habia ayudado á conducirla á la cama, quien deseaba calmarle la angustia con una mentira.

—Ah! exclamó, qué horrible es una enfermería!

Y sus ojos irritados comenzaron á mirar con inquietud aquel espantable depósito de miserias humanas; la noche empezaba y sus oscuras sombras extendiéndose lentamente sobre tantas moribundas, le trajeron á la imaginacion ideas lúgubres que le llenaron el alma de terror; parecíale ver en esas sombras las negras mortajas con que cubren los muertos!

—Dios mio! exclamó con débil voz; ¡ qué espectáculo tan doloroso ofrece una sala de enfermos á un alma tierna y sensible!

La luz del dia fué sustituida bien pronto por dos lámparas débiles y mortecinas como las vidas de las desventuradas que agonizaban en aquella inmensa sala. Las horas de esa primera noche fueron para Petrarca, largas y penosas como el dolor que vela. Allí la atormentaban sin cesar, los dolorosos ayes de una enferma; los hondos gemidos de otra; las últimas palpitaciones vitales de aquella, y los suspiros, los sollosos y los llantos de una multitud. El aire corrompido por tantos miasmas que exhalaban las muertas, las moribundas y enfermas de distintos males,

le produjo un embotamiento de los sentidos que no la abandono hasta que aclaró el dia. A las siete de la mañana entró el médico del hospital, acompañado de varios de sus discípulos los cuales iban cubiertos por delante con petos blancos y con las manos llenas de estuches de cirugía, vendas, hilas, esponjas, frascos de cloroformo y otras muchas cosas.... Parecian los tales unos verdaderos precursores de la *Muerte!*

El doctor *Cortadolientes* (así llamaban los practicantes á su maestro por la aficion que tenia á la cirugía), manifestó, que era tiempo de dar principio á la visita, y seguido de numerosos discípulos dió principio á ella.

Despues de haber visitado sin detencion á varias enfermas cuyos males no pedian un exámen que redundara en adelanto de la ciencia médica ni en provecho de los practicantes, llegó el doctor al lecho de la señora Rubí.

Al ver esta desolada mujer el crecido número de hombres que la rodeaban, comprendió que no podia estar en la enfermería de un monasterio, sino en el hospital de San Juan de Dios, y lanzó un grito de desesperacion y se cubrió la cabeza con el cobertor de la cama.

—Vamos! señora, le dijo el médico con acritud, descubriéndole bruscamente la cabeza, nada de monadas, nada de melindres.

La enferma dió un grito de dolor.... Habíase enredado el nudo del vendaje en un roto de la colcha y al halon, el trapo habia sido arrancado de la herida, estropeándola cruelmente.

Los espectadores al ver la risible cara sin narices de la señora Rubí, soltaron una carcajada.

—Diantre! exclamó el doctor, una herida grave; se ve que las riñas menudean en esta tierra más de lo que cualquiera puede imaginarse.

—Se equivoca usted caballero, respondió la enferma con voz gangosa; yo no soy mujer de *dimes* y *diretes* sino una señora de chapa, de seso y formalidad. La herida que ha dado al traste con mi hermosura, me la causó anteayer un proyectil dirigido por mano torpe y sanguinaria en el acto en que yo cometia la imprudencia de sacar mi *ex linda faz* por un ventanillo abierto en los muros de un caduco monasterio.

El médico se rió del lenguaje afectado de la enferma y dijo á media voz:

—Parece que delira.

Luego dirigiéndose á la señora Rubí le dijo:

—Siempre fué en riña que lo hirieron, porque ¿qué otra cosa es una batalla que una riña en grande?.... Pero empezemos nuestro exámen.... Qué edad tiene usted?

La señora Petrarca titubeó para responder.

—Tendré unos treinta y dos años, dijo.

A esto murmuró uno de los practicantes:

—Ha pasado ya de la primavera de la vida; no sentirá tanto el desastre que ha sufrido.

Esta chanza provocó la risa de los discípulos del doctor Cortadolientes.

—Sáque usted la lengua, le dijo el médico.

La enferma hizo un esfuerzo y la sacó con harta repugnancia.

Al ver los estudiantes aquella cara sin narices con la lengua afuera, volvieron á reirse.

La señora Rubí sintió que le subia de indignacion, la sangre al rostro.

—Muéstreme usted el pecho, que segun parece, la hinchazon de la cara le ha bajado á él, le dijo en seguida el doctor.

—Caballero! replicó la infeliz enferma, en presencia de tanta gente, no haré tal cosa. Soy una señora desgraciada digna por tanto de ser tratada con la mayor consideracion por los hijos de *Esculapio, de Sócrates y Galileo.*

—De Esculapio bien será; pero de Sócrates y Galileo *non*, le observó un estudiante; si dijera, de Hipócrates y Galeno estariamos de acuerdo.

—Pronto! desabotónese usted la camisa, le ordenó friamente el médico.

—Soy la viuda del general N... que murió anteayer en la batalla, peleando como un Aníbal en las Termópilas.... No ha llegado á sus oidos esa nueva?

—¿La de que muriera su marido peleando como Aníbal en las Termópilas? le preguntó el médico con chocarrería; no, á fe mia; pues quién podria venir á decirme semejante adefecio histórico?.... Pero sea de ello lo que fuere lo que no admite disputa es, que el valor de su señor esposo no tiene relacion con el mal que usted padece.

Dijo y le metió dos dedos por el cuello de la camisa y de un halon hizo saltar los botones y descubrir el pecho.

La señora se quedó atónita por un instante, y luego llenándose de indignacion le dijo al médico con áspero acento:

—Atrevido....! ¿con qué derecho ultraja usted á una infeliz enferma?

—Silencio! le contestó el doctor con imperiosa voz, si usted se resiste á las disposiciones del reglamento, la declaro loca y como á tal la trato.

La pobre mujer comprendiendo la desigualdad en la lucha, se resignó y se sometió al exámen sin dejar de implorar la conmiseracion del médico. Pero como el doctor Cortadolientes era sordo á los clamores de los enfermos, con una frialdad brutal le registró el pecho en presencia de sus discípulos, se lo tocó en distintas partes y en seguida hizo un prolijo diagnóstico que agradó mucho á los estudiantes.

La visita continuó y despues de un ligero exámen practicado en una pobre enferma, el doctor dispuso que se le diera una copiosa sangría. La mujer se opuso, manifestando que ella sabia por experiencia que la sangría le perjudicaba. En vano resistió la infeliz, pues dos estudiantes la sujetaron por fuerza y un practicante poco práctico en sangrar, le abrió las venas con torpeza inaudita. Adelante, eligió el doctor, otra víctima que varios estudiantes estropearon lastimosamente agujereándole la piel del estómago para ponerle un sedal. Más allá encontró á una vieja con un brazo dañado; en el acto mandó á sus discípulos que se lo amputaran, aunque creia que era posible curárselo. Tres practicantes la cloroformisaron y la operaron rápidamente.

En el curso de la visita fueron encontradas tres muertas recientes. *Este precioso hallazgo* dió orígen á una obstinada lucha entre los practicantes; ellos se disputaron los cadáveres como se disputan los vencedores de un combate los despojos del vencido.

Concluida la visita, el doctor Cortadolientes se retiró con su comitiva á otra pieza á ordenar los remedios que se debian administrar á cada enferma.

En honor del médico y de sus discípulos diremos, que ántes de que llegara la noche, las campanas de San Juan de Dios clamoreaban por

la muerte de las enfermas que habían sufrido las operaciones quirúrgicas ordenadas por el doctor y ejecutadas por los practicantes. *

Ojalá que nuestros hombres públicos, que hasta ahora se han ocupado más en su propio bien que en el bien general, pensaran ménos en inventar medios de sacar al pueblo contribuciones sin que las *sienta*, y pensaran más en aliviar de una manera *sensible* las dolencias de todo género que padece ese pueblo á quien esquilman sin piedad. **

CAPITULO X.

Donde se ve como en la mansion del dolor hay sucesos que hacen reir.

EL 7 DE Diciembre á las ocho en punto se presentó en la enfermería de mujeres el doctor Cortadolientes con su numerosa comitiva. Hizo precipitadamente la visita reglamentaria porque, segun dijo, tenia asuntos más sérios á que atender, y salió del salon recomendando el cumplimiento de sus órdenes á su discípulo predilecto el jóven *Pedro Urdemáles*. Este jóven era muy querido de los estudiantes por su genio festivo, su talento despejado y su aplicacion; y conocido del pueblo por la circunstancia de ser descendiente de aquel truhan del mismo nombre que se ha inmortalizado por sus travesuras.

Urdemáles en cumplimiento de las órdenes de su maestro, hizo que sus compañeros ejecutaran varias operaciones quirúrgicas y en seguida se retiró con ellos del hospital. Serían las diez de la mañana cuando la enfermería y los claustros quedaron en el mayor silencio, silencio que solo era interrumpido por gemidos dolorosos, tristes suspiros y frases entrecortadas de algunas desgraciadas que presas de acerbos padecimientos, se quejaban, ya de sus dolencias, ya de su suerte impía que debian en parte, segun decian, al *Destino* inexorable y en parte á la falta de caridad en los caritativos y de humanidad en los humanos que gobernaban y dirigian el hospital.

Al cabo de un rato de ese silencio interrumpido con ayes y gemidos, se oyeron pasos precipitados como de una persona que anduviera con agitacion en la galería inmediata, y de repente se abrió con violencia una de las puertas de la enfermería y apareció un hombre de semblante torvo, vestido de pantalones verdes, casacon encarnado y botas altas; iba sembrado de cascabeles de los hombros á los piés; con la cabeza cubierta de una *coroza* armada sobre una cornamenta de venado, y empuñaba en la mano derecha una navaja de afeitar. Este hombre singular avanzó dos pasos y blandiendo la cuchilla en todas direcciones dijo:

—Yo soy médico y sé el oficio como el más pintado.... De cuantos os han recetado, ninguno sabe la medicina como yo.... Los médicos del hospital os curan vuestros males lentamente; yo voy á quitar vuestras dolencias al momento: ahora lo vereis.

* No nos dirigimos á ningun médico ni á ningun practicante en especial. De la fecha á que nos referimos no debe deducirse que hacemos cargo directo á nadie. No es nuestro ánimo ofender á persona alguna en particular, ni en este capítulo ni en los demas de la obra; así, el que se sienta agraviado y levante la voz quejándose, él es quien se injuria, puesto que se declara comprendido entre los censurados y no en la excepcion.

** La mayor parte de las ideas expresadas en este capítulo las publicamos siendo estudiantes del Colegio del Rosario el año de 1858, en un periódico redactado por sus escolares, titulado *La Juventud*.

20



Dijo y se puso á pasar y repasar la navaja como amolándola en una de las zuelas de sus botas, cuyo pié levantó á una altura conveniente.

De las enfermas, unas se llenaron de terror al ver tan desusada y estrafalaria figura y prorumpieron en gritos, llamando a *San Jerónimo*, creyendo que era el Diablo en persona que se presentaba por ellas, y otras viendo en semejante matachin á un loco escapado de su jaula, se apercibieron del peligro inminente en que estaban sus vidas; por lo cual se sentaron como pudieron en sus lechos y tomaron la resolucion de huir en el acto en que el desconocido cometiera el primer desman.

De repente el loco (pues un loco era y no el Diablo) se dirigió á una enferma que hacia esfuerzos supremos por incorporarse entre su cama y no podia, á causa de un disforme *coto* que le caia sobre el vientre y le embarazaba la respiracion. Con una destreza y prontitud increibles, el hombre levantó un pié y le pisó la cabellera para que no pudiese mover la cabeza, y de un tajo le cortó la *papera mariquiteña*. La paciente lanzó un grito desgarrador en su agonía y se desmayó.

—Ya está curada una, dijo el loco, levantando en alto el *coto* ensangrentado.

Las enfermas al ver la decapitacion (que por tal reputaron la operacion brutal del desjuiciado) y al observar la cabeza ensangrentada que el hombre mostraba (que por tal tuvieron el coto) saltaron de sus lechos al suelo, y sacando fuerzas de flaqueza, echaron á desvandarse por todas partes dando aullidos horrorosos.

Aquella desordenada desercion era una verdadera mojiganga con el Diablo en la danza. Unas enfermas corrian en cueros vivos, otras envueltas en sábanas, cuales vestidas de medio cuerpo abajo, cuales de medio cuerpo arriba, y todas con la cara tan descompuesta que no parecia sino que estaban enmascaradas.

El loco haciendo mil cabriolas, las seguia; pero ya no con ánimo de hacerles daño, sino de atemorizarlas.

—No huyais gente encamisada y descamisada, les gritaba, no huyais que yo no os busco sino para curar vuestros males....! ¿Cómo es que me temeis á mí y no temeis al médico y á los practicantes cuando vienen á medicinaros y á.... operaros? No lo comprendo!

Las voces del loco producian el efecto contrario, pues miéntras más llamaba á las mujeres que huian, más corrian en direccion del camino que llevaban. De todas las enfermas, solamente unas pocas, cayendo y levantando aquí y allí, tomaron por la galería que mira al occidente y las demas cogieron en direccion de la escalera, por la cual rodaron con gran precipitacion. El loco se quedó situado en la grada superior dando tiempo á las caidas que se levantaran y siguieran corriendo.

Miéntras que se ponen en pié y cobran fuerzas, veamos lo que ocurria en otra parte.

Celebrábanse á la sazon unas honras funerales en la iglesia del hospital en sufragio de los que habian muerto en la última batalla defendiendo la Constitucion. El templo estaba lleno de mujeres, en términos que si el concurso hubiera sido de hombres, se habria visto ese oleaje continuo de cabezas estrellándose, ora contra el cancel de la puerta que dá á la calle; ora contra los ángulos entrantes y salientes de las columnas que sostienen los arcos sobre los cuales descansan las bóvedas que cubren las pequeñas naves; ora contra la puerta lateral que dá al interior del establecimiento, y ora, en fin contra las paredes y los altares del templo; pero como ese concurso era en su totalidad de mujeres, no

se percibia agitacion ni movimiento ondulatorio alguno, sino una quietud y calma sepulcrales.

Un sacerdote ocupaba el púlpito. El orador se contraia á demostrar á su atento y silencioso auditorio que las almas de los que habian muerto peleando en defensa de la legitimidad, estaban en el purgatorio ó en el cielo, y las de los que habian muerto combatiendo en contra, estaban en el infierno.

—"Sí, decia el predicador, en el infierno horrible y espantable donde á esta hora estarán sufriendo tormentos inauditos inventados por Satanas que tanto goza con el padecimiento de los condenados. Oh! cómo deseo en este momento solemne, ser inspirado por el Espíritu Santo, como lo fueron los apóstoles, para haceros una pintura animada del averno, trazando al vivo un cuadro capaz de infundir en vuestro corazon todo el horror que esa *penitenciaria* de castigo eterno inspira. Oh! qué venturoso seria yo, si Dios me escogiera, aunque indigno y pecador, como instrumento de sus milagros, así como escogió en otro tiempo á tantos varones dignos, para lo mismo, y al son de mis palabras hiciera salir de los profundos infiernos á todos los réprobos, acompañados del ángel malo, y los presentara á la vista de mis caros oyentes.... Si ahora se abriera por un milagro esa puerta lateral y aparecieran los condenados agrupados en un cuadro negro y caliginoso, iluminado con llamas tembloeas y chispeantes pidiendo á gritos misericordia, os hariais cargo de lo que es la mansion de los malos y de los padecimientos que sufren, y solo así viendo el infierno al vivo os derterminariais á servir á Dios y á obedecer al César... sólo así dejariais de rebelaros contra las leyes divinas y humanas..... sólo así...."

El predicador no pudo concluir la oracion porque al instante, como por encantamiento, la puerta lateral se abrió bruscamente y una bandada espantable de condenados, al parecer, con *Lucifer* detras, penetró por ella dando alaridos y pidiendo socorro á grandes voces.

El sacerdote pasmado de tan extraordinario suceso, dió un grito de asombro y cayó exanime entre el púlpito.

El auditorio en vista de tan medroso acontecimiento, en presencia de semejante aborto del infierno, se levanta apresuradamente y prorumpe en voces desaforadas pidiendo misericordia! Él se mueve con violencia, se oprime, se atropella y trata de huir en confusion. Cual bosque batido por vientos encontrados, se mece á uno y otro lado; se encorba y cae por tierra una y otra vez y vuelve á levantarse. Con tantos vaivenes y desordenados movimientos, vuelve, cierra y comprime las hojas de la puerta lateral y las de la puerta del cancel, y si éste, viejo, carcomido y débil no cede al empuje simultáneo de millares de fuerzas reunidas, mueren sin remedio muchas personas oprimidas, apretadas, magulladas y molidas unas contra otras.

Derribado el cancel, las mujeres salen estrechadas y compactas cual torrente impetuoso que al romper el dique que lo detiene, se precipita formando borbollones espumosos. En medio del tumulto dominando los desgreñados tocados y las estropeadas castañas se ve la cornamenta del Diablo, quien hace esfuerzos supremos por salir del templo. No bien toma la calle, corre dando brincos descomunales, á los cuales le suenan como roncas campanillas un sinnúmero de cascabeles que prendidos tiene en todo el cuerpo. Un centenar de muchachos, que como por encantamiento aparecen, lo siguen haciéndole cruces y diciendo á voz en cuello la oracion del *Santo Dios;* pero el Diablo se muestra

ciego y sordo á los signos y á la jaculatoria de los cristianillos que lo persiguen, pues no hace manifestacion alguna de terror ni espanto.

En breve el templo se vió casi desierto; tan solo quedaron en él, el sacerdote medio desmayado dentro del púlpito y unas pocas *réprobas* que no habian sido envueltas en el torbellino que habia arrebatado á la calle todas las devotas.

Cuando se restablecia el órden y el sociego, el clérigo volvia de su aturdimiento. Poco á poco fué levantándose y con precaucion sacó la cabeza por encima del púlpito, se frotó los ojos para ver bien lo que hubiera y al columbrar el grupo de algunas almas de las que habian invadido el templo, arrimadas en un ángulo de éste, les dijo con temblosa voz:

—En nombre de Dios os pregunto: sois réprobas del infierno ó ánimas benditas del purgatorio?.... Responded.

A esta apóstrofe un alma de cara abotagada y sin narices, envuelta de piés á cabeza en una sábana, avanzó algunos pasos y con ronca y gangosa voz le contestó:

—No somos réprobas del infierno ni ánimas del purgatorio, sino desventuradas enfermas de esa casa que llaman indebidamente *Hospital de Caridad*, donde un loco más temible que el médico principal, y aunque el mismo Satanas, nos perseguia para asesinarnos. Huyendo de ese demonio hemos venido á refugiarnos en la casa de Dios.

—Oh! exclamó el clérigo, con que no sois ánimas de la otra vida, sino enfermas de este valle de lágrimas?.... Con que lo que ha pasado no ha sido un milagro operado por la Divinidad haciéndo venir delante de mí los condenados al fuego eterno? Qué chasco! qué chasco!....

Dijo y se dejó caer en el fondo del púlpito con las piernas dobladas.

CAPITULO XI.

Complot entre dos truhanes para burlarse de dos amantes.

Los incidentes que acabamos de referir empeoraron un poco la herida de la señora Rubí, como era natural; pero merced al interes que en su curacion tomó el practicante Pedro Urdemáles, pronto empezó á calmarle la irritacion y á notarse que principiaba el período de la cicatrizacion.

¿Qué motivo tenia Urdemáles para interesarse por la salud de la enferma? Él decia que habia excitado su compasion hácia ella el hecho de haberla conocido dias ántes, hermosa, alegre, sana, rica y bien relacionada, y verla luego monstruosa, triste, enferma, pobre y abandonada de sus parientes y amigos.

Cuando la señora Rubí se sintió restablecida y en aptitud de levantarse de la cama le rogó á Urdemáles que le consiguiera permiso para retirarse de la enfermería á otra pieza dentro del mismo hospital, donde pudiera pasar, sin tantas mortificaciones, el tiempo que acaso necesitase para completar su curacion.

El practicante le prometió que haria cuanto pudiera por satisfacer su deseo y le dijo que desde luego podia contar con que seria trasladada á una pieza cómoda y aseada.

Al dia siguiente la enferma ocupaba uno de los cuartos altos del patio que queda al sudeste del patio principal.

Trasladada la señora Rubí á dicha pieza, fué Pedro Urdemáles á visitarla. Cuando estuvo frente por frente de ella le preguntó como seguia de la herida.

—Cada dia mejor, le respondió la enferma.

—Parece que ha sufrido usted mucho, ¿no es verdad? tornó á preguntarle el jóven médico, sentándose en una banqueta que allí habia.

—Oh! señor, lo que no es imaginable, ni comparable, ni conmensurable, le contestó la bachillera.

—Sopla diablo! exclamó para su sayo el practicante; cómo será que no me ha ensartado el creible, decible, calculable y demas de la familia?

—Quisiera yo saber, y perdone mi curiosidad, le dijo en seguida, por qué razon la han abandonado sus parientes y allegados?

—Es que no los tengo, señor, al ménos en esta ciudad. Mi madre murió va ya para siete meses; mi marido fué asesinado en el combate del 3 de Diciembre y dos hermanos que tengo viven en Bucaramanga.

—Amigos no tiene usted?

—Quién los tiene en la desgracia?.... Quizá usted no ignora cómo me han tratado las monjas, y ha de saber que la Priora y otras señoras notables del convento se me vendian por amigas.

—Cómo! y el general M.... es tambien inconsecuente en la amistad? He oido decir que es su íntimo....

—Ah! no, el general M.... no es un mal amigo; si él hubiera podido me habria socorrido en mi enfermedad. Pero como fué de los combatientes del dia 4 debió ser de los muertos, heridos ó prisioneros y por ello no ha podido protejerme, dijo la señora con una emocion creciente que embarazó sus movimientos é hizo temblar su voz.

El general M.... no es muerto ni fué herido; es tan solo prisionero, dijo el estudiante.

—De veras?.... loado sea Dios!.... Y sabe usted en qué cárcel ó prision lo tienen?

—En el cuartel de San Buenaventura.

—Oh! si pudiera hacerlo sabedor de mi horrible situacion, de mi cruel infortunio, de mis acerbos dolores....

—Si usted quiere, yo me encargo de hablarle en su nombre.

—Si me hiciera usted ese servicio esculpiria su nombre en mi corazon; pero en tal caso, no le diga usted al general que la bala que me hirió, me derribó la ternilla de mi acordonada nariz, pues él no sabe el mal que me causó, y al saberlo se apesadumbraría. Es tan sensible!

—No hay para qué. Yo le haré al general una pintura de la desgracia de usted de modo de excitar su compasion sin disminuir el amor que le profesa.

—Cómo sabe usted que el general me ama? le preguntó la señora Rubí visiblemente turbada.

—Que cómo lo sé? Bah! como se saben todos los secretos de la vida de todos. Hay acaso algo oculto en el mundo?

—Yo no pienso ya en el amor del general. Mi corazon está entregado hoy á Dios.... Nada anhelo tanto como meterme á un convento á orar.

—Si la falta de narices es la causa de esos piadosos deseos, bien puede virar de bordo que en Francia las hacen pintiparadas.

—Lo creo, porque sé que los franceses son sapientísimos; pero aunque fuera posible acomodarme narices de loza ó de metal que imitaran per

fectamente las naturales, no por esto volveria á amar mi vida como ántes. Le he cobrado aversion á mi persona y quiero morirme ó sepultarme en un monasterio.

—Mucho apreciaba usted sus narices. Las mujeres son muy extravagantes en sus afectos. Ningun hombre se echaria á la muerte por semejante friolera.

—Cómo! piensa usted que es cosa insignificante no tener narices?... Los hombres son bien singulares en sus ideas.... Pero por Dios! no hablemos más de mi infortunio que me da horripilacion.

—Sea así, ya que usted lo quiere.

—Hablemos de lo que me interesa. Quedamos convenidos en que va usted á visitar al general en mi nombre. No es así?

—Confíe usted en mi ofrecimiento. Le he prometido que iré á verlo, y cumpliré mi palabra, le dijo el practicante levantándose del lugar donde se habia sentado, y despidiéndose de la señora Petrarca, con un apreton de mano.

—Qué me receta? le preguntó la enferma deteniéndolo de la punta de los dedos y mirándolo de hito en hito.

—Puede usted continuar con el mismo régimen curativo que le he prescrito, le respondió Urdemáles.

El estudiante salió del cuarto.

Al entrar en el patio principal vió á un condiscípulo suyo que cargado de brazos en la baranda de la galería estaba sumido, al parecer, en una profunda distraccion.

Urdemáles lo llamó.

—Hola! Samuel Garnica, ven acá, le dijo.

El estudiante se acercó á su compañero y preguntóle:

—Para qué me quiere?

—Deseaba verte para proponerte que me auxilies en la ejecucion de una travesura, le dijo Pedro deteniéndose.

—De esas que haces todos los dias y que tanto divierten al Colegio?

—Precisamente, respondió Urdemáles.

—Veamos cual, dijo Samuel.

—Conoces á la dama desnarizada?

—A la señora Petrarca?.... mucho que sí.

—Pues bien, yo sé que esa señora tiene amores viejos con el general M....

—Con el reo de estado que está preso en San Buenaventura?

—Con el mismo.

—Bien, tiene amores la señora con el general, y qué?

—Que pensando en que se quieren, se me ha metido en la cabeza hacerlos casar.

—Difícil es eso estando él preso y ella en el hospital.

—Para mí no hay dificultades; yo venzo los mayores obstáculos cuando pretendo conseguir algun fin. ¿Cuántas veces me he propuesto domar un loco y someterlo á mi voluntad, que es cuanto hay que decir, y á poco de poner por obra mi proyecto he logrado mi intento?

—Cierto debe ser eso, pues dicen que tú fuiste quien disfrazó de diablo al loco *Pimentel* el otro dia y lo mandó á la enfermería de mujeres á recetarlas. Fué una feliz ocurrencia, puesto que el tema del loco es la medicina. Hay dias que es el primer homeópata y dias que es un allópata admirable.

—Hombre! ha podido costarme cara esa travesura, pues el demo-

nio del loco se sacó furtivamente de mi cuarto una navaja de afeitar, y con ella hizo una operacion que no se habia atrevido hacer el doctor Cortadolientes apesar de ser muy aficionado á la cirugía.

—Supe que le habia cortado de raiz un coto á una mujer y que esta no habia muerto.

—Y si le hubiera hecho la operacion un médico, seguro es que la manda al otro mundo. Lo que es la medicina en todos sus ramos! Pero volviendo á nuestra conversacion, ya ves que para mí no hay imposibles.

—Así es.

—Ven á mi cuarto te escribo el papel que has de desempeñar en el sainete y si dentro de pocos dias el general M.... no es marido de la señora Petrarca Rubí, te autorizo para que digas que no entiendo jota de achaque de *pilatunas*.

Dijo y echó á andar hombro á hombro con su condiscípulo. Pronto llegaron al ángulo de la galería, torcieron á la izquierda, anduvieron una parte del claustro y entraron en un cuarto que Urdemáles abrió con una llave que llevaba en la faltiquera. No bien entraron se sentaron ámbos; Garnica en un taburete que habia inmediato á la puerta y Pedro en una silleta ante un pequeño bufete. Miéntras que aquel se cortaba las uñas cuidadosamente con una navaja que sacó del bolsillo, éste tomó un pedazo de papel y se puso á escribir. Rápidamente trazó algunos renglones y se los presentó á Samuel para que los leyera.

—He ahí lo que tienes que hacer, le dijo: desempeña ese papel con habilidad y reserva y tendrémos para reirnos muchos dias.

Garnica leyó el papel y respondió:

—Nada más fácil; confía en mí.

Dijo y se retiró.

Veinticuatro horas despues de este complot se paseaba el mismo escolar en el claustro de la enfermería con varios condiscípulos, estudiando la conferencia del dia, cuando de repente coronó la escalera una beata de las mercédes, de semblante compungido y mogigato. Los estudiantes al ver la mujer se detuvieron y Samuel le preguntó qué se le ofrecia en aquel lugar.

—Vengo, dijo ella, á hablar de un asunto interesante con la señora Petrarca Rubí. No me hará usted el servicio, por amor de Dios, de decirme en dónde está para verla?

—Sígame usted, le respondió el practicante, que yo la conduciré á la pieza que ella habita.

Garnica se separó de sus condiscípulos y guió á la desconocida hasta la puerta del cuarto donde estaba la viuda del capitan N....

A la sazon se hallaba la enferma sentada en una butaca con la cara entre las manos pensando en su triste situacion.

—Mi señora, le dijo el practicante desde el quicio de la puerta, esta buena mujer que me acompaña, desea hablar con usted sobre no sé qué asunto que á usted le interesa.

La enferma á las primeras palabras de Samuel alzó la cabeza y fijando su mirada alternativamente en el escolar y en la beata le dijo á esta, no bien dejó de hablar Garnica:

—Puede usted entrar y tomar asiento, señora.

La desconocida saludó á la viuda, entró y se sentó.

—Con permiso de ustedes me retiro, dijo el estudiante.

—Ruego á usted que se detenga un momento, si no le es molesto, le dijo la beata, y me acompaña á mi regreso.

—Muy bien, me esperaré respondió Samuel cargándose contra la jamba de la puerta, abriendo un libro que llevaba debajo de un brazo y poniéndose á leer mentalmente.

—Vengo donde usted á dos cosas, le dijo la beata á la señora Petrarca, á cumplir con la obra de caridad de visitarla y á traerle una buena noticia.

—Gracías, y cuál es la buena nueva?

—Ha de saber, señora, que el señor capitan, marido que fué de usted....

—El señor general, diga usted cuando tenga que nombrar á mi difunto esposo, pues fué ascendido á ese grado eminente y brillante por el Gobierno provisorio.

—Bien, sabrá usted que el señor general, (que en paz descanse) era íntimo amigo mio y que en atencion á esa amistad y al buen concepto que de mi probidad y honradez habia formado, me escogió entre sus numerosos amigos, no ha muchos dias, para depositaria de una gran suma de dinero que se veia precisado á ocultar durante el asalto de la ciudad. En esta virtud, en la mañana del dia 3 del actual se presentó en mi casa acompañado de un mozo de cordel que iba cargado de un cofre lleno de onzas de oro, y me dijo:

—"Amiga mia, guárdeme usted este dinero. Si salgo con vida de la batalla que va á librarse hoy, acá vendré por él, y si me mataren, entrégueselo usted á mi esposa que está oculta en Santa Clara." Como el señor general pereció en el combate, esta desgracia me causó un pesar tan grande que no tuve ánimo para salir á la calle á buscar á usted hasta el dia 8. Serian las diez de la mañana de ese dia, cuando salí de casa en direccion del monasterio, y así como llegué á él averigué por su paradero á la monja tornera y esta me dijo que usted habia muerto de un balazo que habia recibido en la cara el dia 4, al asomarse á la calle por una celosía rota. Muertos ámbos, yo sabia que el depósito le pertenecia á sus parientes más cercanos; pero como no conocia á ninguno, consulté con un abogado lo que debia hacer, y este me aconsejó que depositara el cofre en el Juzgado 1.° del circúito, empleando para ello las formalidades de la ley. Así lo hice. Despues he sabido que usted vivia y que estaba enferma aquí en el hospital y al instante me he venido á darle cuenta de cuanto le he referido.

—Gracias, señora, le dijo Petrarca notablemente conmovida por la buena accion de la beata, y por el cambio de suerte que esa accion le ocasionaba; es usted un ser raro, prodigioso, extraordinario; un fenómeno de probidad, integridad y honradez. Tan singular hecho, tan buen proceder, no se quedará sin su galardon.... Pero no sé quien es usted y es necesario que yo sepa su nombre para publicarlo en todas partes; para hacerlo conocer en la China, en la Indo-China y en la Cochinchina; en Pekin, Tonkin y Nankin, en Cataluña y Tolosa y para gravarlo eternamente en mi memoria.

—Yo soy Custodia Segura de Cofres, servidora de usted y de la Vírgen María, de quien soy humilde esclava.

—Oh! si usted no fuera lo que su nombre dice, perdido estaba el oro que me dejó mi esposo.

—Si por desgracia el señor general busca á un mal cristiano para que le guarde el dinero, seguro es que usted no se pone en él jamas ... Hay personas de tan mala conducta que no se les hace escrúpulo de conciencia quedarse con lo ajeno. Yo? cuándo!.....primero la salvacion de mi alma que la conveniencia de mi cuerpo.

—Una cosa no me puedo explicar, dijo la enferma, y es de dónde sacó ese dinero mi marido.

—Yo sí me la explico, dijo Samuel, que hacia rato estaba atento á la conversacion. Como el general estuvo de *Intendente de todo el ejército* hasta el dia del combate, es seguro que el dinero que dió á guardar á la señora Custodia era del erario del Gobierno provisorio y del que él disponía para la manutencion de las tropas.

—Eso no puede ser, replicó la viuda, pues mi marido era el oro en el crisol, y si ese dinero no hubiera sido de él, no habria dispuesto que me lo entregara á mí la señora, si él llegaba á morir. Como el general era jugador, es indudable que alguna noche le ligó la suerte, y de ahí viene el cofre de onzas.

—Bien puede ser eso, dijo Samuel.

—No sé que haga, dijo la enferma para reclamar ese dinero; si usted señor practicante se encargara de esa dilijencia, yo le pagaria muy bien los pasos que diera.

—Bien quisiera hacerle ese servicio, pero no entiendo jota de abogacía.

—Eso no importa; si está usted en buena disposicion de servirme, puede hacerme la diligencia como si supiera el Derecho, consultando con un jurisperito.

—Si es que usted no tiene confianza de otro individuo y quiere que sea yo quien haya de reclamar el cofre, puede contar conmigo, que buscando como no he de encontrar, Espíritu Santo que me ilumine.

—Convenido; entónces hoy mismo le daré á usted el poder que para el caso se requiera; pero es preciso que se tome la molestia de mandarlo hacer.

—Ahora mismo voy á buscar quien lo haga y hecho que sea se lo traeré para que lo firme.

Con esto Samuel y la beata se despidieron de la enferma y se marcharon.

Por la tarde del mismo dia volvió Samuel al cuarto de la Rubí con el poder, para que lo firmara. Presentóse acompañado de un hombre que segun dijo, era el Secretario del Juzgado 1.° del circuito para que recibiera el documento de manos de la poderdante como lo dispone la ley.

La señora firmó el poder y se lo entregó al desconocido.

Practicada esta operacion Samuel y su compañero se retiraron.

La solicitud de Garnica fué tan activa y acertada que en ménos de cuatro dias consiguió que el Juez nombrara á la viuda del capitan N.... depositaria del cofre de dinero, bien que con la obligacion de respetar los sellos de papel y lacre que el Juzgado le habia puesto, interin se decretaba la entrega de él á la persona que tuviese perfecto derecho.

Con tal suceso, Petrarca se vió de repente rica, pero sin poder disponer de una moneda.

Dejémosla que contemple en el brillo de su futura estrella, que eso la consolará, puesto que ella sabe que los duelos con pan son ménos.

CAPITULO XII.

Donde se ve cómo los celos y la codicia pierden á un hombre.

AUNQUE Urdemáles habia continuado visitando á la señora Rubí, esta no habia querido contarle su cambio de suerte. Por fin el dia que se encargó del depósito, se determinó á hacerlo sabedor de cuanto le habia ocurrido, con el designio de suplicarle que se interesase con el mayordomo del hospital, que mandase poner un cerrojo en la puerta del cuarto que la habian dado para vivir, que asegurase su cofre contra todo ladron que pudiese haber en el interior del establecimiento. El practicante le dió las más cumplidas felicitaciones por tan inesperado cambio de fortuna y luego le prometió que haria cuanto estuviese á su alcance porque el cerrojo fuese puesto cuanto ántes.

Bastante mejorada de la herida la señora Petrarca á juicio de Pedro Urdemáles, le pareció á este que era tiempo oportuno de visitar al general M.... para seguir urdiendo de sério la tela de sus maquinaciones. Pensando en esto se acercó el 4 de Enero á la viuda y díjole:

—Le participo á usted que hasta hoy despues de exquisitas diligencias he podido conseguir boleta para poder entrar á San Buenaventura á visitar al prisionero.

—Por el silencio que usted habia guardado en ese particular, presumí que habia tropezado con algun obstáculo que le imposibilitaba ir á la prision del general.

—Pero vencido el inconveniente que me detenia, iré hoy á verlo.

—Juzgo que no habrá olvidado usted lo que debe decirle y lo que debe callarle.

—A Dios gracias tengo una memoria excelente.

Dicho esto se retiró Urdemáles.

Pasada una hora tocaba el practicante en la puerta del calabozo donde estaba preso el general M....

—Quién es? preguntó el reo.

—Pedro Urdemáles, servidor de usted, le respondió el estudiante.

—Pase adelante el señor Pedro Urdemáles.

El practicante entró y halló al general tendido de largo á largo en una cama desharrapada.

—Me necesita usted? le preguntó el preso incorporándose.

—Vengo á visitarlo en nobre de la señora Petrarca Rubí.

—Tome usted asiento y dígame: ¿en dónde ha visto usted á la señora Rubí?

El estudiante se sentó en un poyo que habia contra una de las paredes del cuarto y contestó:

—La he visto en el hospital de San Juan de Dios, donde la llevaron hará como un mes á que la curaran de una herida que recibió en el cuello el dia....

—Ah! sí, sí, dijo el general interrumpiendo al practicante, conversaba conmigo el dia 4 de Diciembre, ella asomada por una ventanilla que hay en el muro de Santa Clara por el lado de la carrera de Cartagena, y yo al pié de él, á caballo, cuando la hirieron. Lo que no comprendo es por qué ha ido á dar al hospital.

—Segun he podido informarme, las monjas la mandaron á San Juan

de Dios porque no encontraron pronto fuera del monasterio quien se hiciera cargo de curarla. El marido de la señora Rubí habia muerto en el combate y seguramente no tenia otra persona allegada.

—Es admirable que Petrarca no se acordara de mí; yo aunque preso habria buscado quien la asistiera.

—Cuando sacaron á la señora del convento para el hospital, estaba fuera de sí á causa de una fiebre que le sobrevino de resultas de la herida, y es seguro que por ello no pensó en usted.

—Pobre señora! cuánto habrá sufrido!.... Y cómo va de la herida? Quedará lisiada de por vida y desfigurada? Le destrozó la bala algun miembro interesante?

—De la herida está fuera de peligro y creo que le quedará un ligero impedimento en el cuello. Una casualidad la ha salvado de que la herida fuera mortal. Si la bala le entra un poco más adelante, le rompe las arterias carótidas ó las venas yugulares y en este caso habria muerto ó habria sido difícil su curacion. Por fortuna el proyectil pasó por entre los músculos de la cerviz, y el daño no fué demasiado grave.

—Quién la receta?

—Yo me he encargado de su curacion. El médico del hospital la ha puesto bajo el amparo de mi ciencia.

—Y puede usted asegurar que está fuera de peligro?

—Oh! sí, con los progresos que ha hecho la ciencia médica no solo eso podria asegurar. Y quizá usted no sabe que con los que ha hecho la *física* se asegurará pronto que el hombre no morirá ni de vejez, si se logra perfeccionar el descubrimiento de Galvani que tiende á demostrar que la vida no es otra cosa que cierto *fluido eléctrico* que si se consigue conservar en el animal, no morirá, y si muere por descuido y se le comunica el que ha perdido, resucitará, como se ha probado que resucita con una *corriente voltáica* un conejo asfixiado média hora ántes.

—Cosas de estudiante, dijó para sí el general; dando siempre más crédito á teorías descabelladas que á la práctica infalible, y luego añadió en voz alta:

—Le recomiendo mucho á Petrarca, señor Urdemáles. Hace algunos años que estoy ligado á esa señora por vínculos muy estrechos y le debo grandes servicios. Mi cariño á ella es vehemente, indecible.

—Su recomendacion es innecesaria, pues yo estoy vivamente interesado por la salud de la enferma.

—Cuánto me alegro.

—Ya que usted ha tratado á la señora Rubí con intimidad por muchos años, debe conocerla á fondo y ninguno mejor que usted puede darme cierto informe que necesito sobre su conducta, carácter, educacion y demas cualidades morales.

—Para qué quiere usted saber eso? Creé acaso que el modo de ser moral de la señora, tenga alguna influencia sobre la herida del cuello? le preguntó el general sintiendo la espina de los celos en su corazon.

—Es que amo á esta señora y como pienso en casarme con ella, fuerza es que sepa á quien voy á dar mi mano.

Un volcan que se hubiera habierto á los piés del general, no lo habria sorprendido más que lo que acababa de oir.

—¿ Que desea usted casarse con la señora Rubí? le preguntó el general con marcado acento.

—Sí señor, lo deseo vivamente; pero en tiempo quiero oir su consejo.

Tate! dijo el general para su sayo, nada más fácil que hacer de-

sistir á este pretendiente, dándole con disimulo, malos informes de su novia.

—Me maravillo, le dijo, que siendo usted tan jóven pretenda casarse con una viuda.

—Con una viuda se casó Napoleon cuando tenia la edad que yo tengo, y la novia era seis años mayor que él, y esa viuda lo engrandeció.

—Oh! pero Josefina Tascher de la Pegerie era muy grande, y Petrarca Rubí es muy pequeña.

—Es verdad; pero yo encuentro cierta relacion ó conformidad entre ámbas viudas, atendida la diferencia entre Napoleon y yo.

—Ademas de ser viuda la señora Petrarca, es una mujer que no baja de cuarenta años.

—No importa, esa es la edad del juicio y de la experiencia.

—Pero es tambien la edad en que empiezan las canas y las arrugas.

—No lo niego; pero las canas y las arrugas son un muro que no se resuelven á escalar los hombres más atrevidos y aficionados á las mujeres y con esto se asegura por ese lado la paz doméstica.

—Por otra parte la señora Rubí es una bachillera insufrible.

—Yo oiria sus bachillerías con gusto, pues soy un poco hipocondriaco y su charla me distraería, y alejaría de mí la melancolía.

—Tiene otra falta, á saber: que es muy altanera.

—La altanería es una especie de locura, y yo tengo génio especial para domar y curar locos. Yo modificaría en breve su mal carácter.

—Es enfermiza; padece de continuo de mal de nervios que es achaque grave. De un nervioso y un maniático no se sabe cual es más insoportable.

—Vea usted que casualidad; tiempo hace que deseo hacer un estudio experimental de esa enfermedad. Conseguiría mi ardiente anhelo.

—Es ademas sumamente simple, tanto que se ha cambiado el nombre por otro que le pareció más bonito, como si la importancia ó valía de una persona dependiera del nombre que lleve.

—En eso no anda errada. Se ve que conoce el mundo, ¿cuántas veces se previene uno en pró ó en contra de una persona desconocida porque el nombre de ella le suena bien ó mal?

—La variacion del nombre puede pasar; pero la del apellido si es un disparate enorme, por cuanto á que envuelve un insulto á la madre que la parió y un desprecio al padre que le dió el ser.

—Segun eso, la señora Petrarca no lleva el apellido de su padre?

—No señor, él era Rubiano y ella se quitó el *ano*.

—Feliz ocurrencia, dijo el estudiante soltando una carcajada, le aplaudo la mutilacion.

—Ahora, si usted se ha enamorado de sus lindos colores, le advierto que de ellos puede decirse lo que dice Argenzola de los de su dama; escuche usted, señor:

"Yo os quiero confesar, Don Juan, primero
Que aquel blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberla costado su dinero."

—Eso dice Argenzola de los colores de su dama, es verdad, dijo el practicante; pero en los siguientes metros de su bellísimo soneto, añade:

"Pero tambien que me confieses quiero
Que es tanta la verdad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero."

"¿Mas qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?"

"Porque este cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul: ¡lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!"

Así, señor general, qué mucho que yo perdido por ella esté, aunque sus colores sean artificiales?

—Veo que el amor que usted le profesa á la señora viuda lo tiene ciego, ó al ménos con los ojos turbios en términos de ver cualidades y virtudes donde otro no hallaría sino defectos y vicios.... Sinembargo, hasta ahora no he querido hacerle mencion de una falta que tiene la señora Rubí, que la amengua, envilece y degrada á los ojos de la alta clase social, y con la cual no se hará usted de la vista gorda.

—Cuál?.... dígala; espétemela pronto, que empiezo á inquietarme.

—Quiero hablar á usted de su excesiva pobreza, de su estremada miseria.

—Usted se equivoca, general; la señora Rubí es dueña de una casa magnífica, situada en una de las mejores calles de esta ciudad.

—Oh! es que una casa no es una riqueza, y por tan poca cosa no debe sacrificarse un hombre.

—Es cierto; pero tiene ademas de la casa un cofre de onzas de oro que le dejó su marido,

El general sintió que se despertaba en su alma la dormida pasion de la avaricia, como se despierta y desenrosca una serpiente dormida.

—Es eso cierto? dijo, ó es una fábula inventada por usted.

—No es una fábula, general; en realidad la señora Rubí posee hoy una gran caudal.

—Ni aun siendo rica le conviene para esposa. Puede acabársele el oro y quedarle la mujer.

—Tengo ideado un plan con el cual me hago al oro y me alejo de la mujer si es que llego á arrepentirme. Vealo usted: al año de casado ó á los seis meses le pongo la mano al cofre y me marcho para Paris á perfeccionarme en la ciencia médica, y adios ojos que me vieron ir....

—Oh! con que es un tesoro y no una esposa lo que busca?

—Busco ámbas cosas, como todo hombre que se casa con rica. De dos manos que tengo, la derecha se la destino á mi novia, y la izquierda con largas uñas, al tesoro.

—Puede usted llevarse un chasco; la razon es clara; si el general N.... le dejó tantas onzas á su esposa, ¿por qué está ella en el hospital?

—Voy á decir á usted lo que hay en el particular. El dia 3 del mes que espiró, pocas horas ántes del combate, el general N.... le dió á guardar dicho cofre á una señora Custodia Segura, en quien tenia suma confianza, advirtiéndole que si él moria en la batalla, se lo entregara á su esposa. Muerto el general, la señora averiguó por la viuda y como

hubo quien le dijera que tambien habia muerto, depositó el cofre en el Juzgado 1.° del circúito. Pasados algunos dias supo que era falsa la noticia de la muerte de la señora Rubí, y que ella se hallaba enferma en el hospital. Con esta nueva corrió á San Juan de Dios, vió á la viuda y la informó de cuanto habia pasado con relacion al cofre. Con este aviso la señora reclamó las onzas y el Juez mandó dárselas en calidad de depósito, interin prueba plenamente el derecho que á ellas tiene. Esta es la razon por qué la viuda sigue sin recursos.

—Se vé, amigo, que la *intendencia* es un buen destino.

—Por qué motivo?

—Porque el señor general N.... fué el Intendente del ejército en campaña, y como él era pobre, juzgo que el tal caudal viene del erario del Gobierno vencido.

—Sabido es que no hay empleo de manejo de caudales públicos que bien manipuladito no deje para pasar la vida.

—Dígame, ya usted le propuso casamiento á la viuda?

—Aun no he dado ese paso; pero estoy seguro de que aceptará mi mano sin vacilacion.

—Qué número de onzas de oro calculan que haya en el cofre, los que lo han visto?

Mil, por lo ménos.

El general exclamó para sus adentros :

Diablo!.... debo anticiparme á este tunante.... No será él el dueño del oro sino yo.

—Amigo, le dijo en seguida al estudiante, el matrimonio es una cosa muy séria y muy grave, puesto que decide de la suerte del hombre durante su vida. Segun esto, debe verse detenidamente por todas sus faces, ántes de contraerlo. Ahora, si se hace por interes pecuniario y no por amor, no debe echarse en olvido esto: que el hombre queda encadenado hasta su muerte, y que no porque la cadena sea de oro deja de ser demasiado pesada é incómoda.

—Todo lo he pensado y meditado bien y creo que ese enlace hará mi dicha perfecta.

—Pero no la de la viuda.

—Puede suceder que yo saque más ventajas que ella; pero siempre que se va á hacer un contrato, en lo que ménos piensa el negociante es en el bien que le resulte á la otra parte.

—Observo que usted ha traido la determinacion irrevocable de casarse con Petrarca, y no sé como trayendo esa determinacion venga á pedirme consejo.

—Perdóneme usted, señor, es que obro como *enamorado*.

—Del cofre de onzas?

—Y un poquillo de la viuda.

—Parece usted *antioqueño*.

—En qué.

—En esa inclinacion irresistible que tiene al oro, que es igual á la que á él tienen esos modernos *israelitas*.

—Serán los antioqueños, como dicen, descendientes de hebreos ó judíos.

—Yo lo creo, y la prueba está en que en cada montaña de su país ven un monte Sinaí, y en cada mina que descubren, de ese codiciable metal, un *Becerro de Oro* que de hinojos adoran. *

* Se trata aquí de los antioqueños en su generalidad no en su universalidad, pues los hay desinteresados y generosos.



—Simpatizo con esos idólatras, pues á decir verdad, á esa idolatría ciega, á esa aficion desordenada al oro, deben su dicha; sin esa codicia no habrian descubierto tantas minas de oro en su suelo *ni tantas cajas de hierro en las alcobas.*

—Cierto es que la avaricia los tiene ricos, pero no es verdad que con ella sean felices. La codicia mata todo sentimiento noble y generoso y sin buenos sentimientos no hay dicha posible. Así, piense usted más en las buenas cualidades de la mujer que busque para esposa, que en la cantidad de oro que ella tenga; la riqueza puede usted adquirirla cualquier dia, y la mujer no podrá formarla segun le convenga á usted. Si usted va en pos de la felicidad, la encontrará con más seguridad en una buena mujer que en un monton de oro. Por tanto, no festine su matrimonio. Busque despacio novia, que muy bien puede encontrar una, que ante todo sea honrada, educada, de buen carácter, discreta, jóven y bella, y en cuanto á la dote, si la tiene, mejor para usted, y si no la tiene, no por ello la deseche que la experiencia enseña que las mujeres pobres son regularmente las mejores esposas.

—Si me pusiera á buscar, quizá encontraría una novia mejor; pero me es muy sencible desechar á la viudita, que la tengo casi segura. Sinembargo, no será malo hacer la diligencia, dijo el estudiante poniéndose en pié y en actitud de despedirse.

—Se va usted? le preguntó el general.

—Si usted no manda otra cosa.

—Agradezco á usted la visita, y me tomo la libertad de recomendarle que le diga á Petrarca de mi parte que le estimo muy mucho que se haya acordado de mí; que desde el dia que la hirieron la he tenido atravesada en el alma y que espero que venga á verme cuando se restablezca en la salud.

—Cumpliré fielmente su recomendacion.

Dijo el practicante, le estrechó la mano al general y salió del calabozo.

Apénas perdió de vista el preso á Pedro Urdemáles, se puso en pié, aunque tenia su salud quebrantada, y empezó á pasearse á lo largo de la pieza y hablar consigo mismo.

—Este hombre es un estólido, se decia, venir á revelarme sus pretensiones y sus planes matrimoniales sin sospechar que yo podia ser amante de Petrarca (cosa que ha debido presumir desde que supo las estrechas relaciones que á ella me ligaban), es el colmo de la insensatez. Seguro es que él no desiste de su intento; pero estando yo de por medio se llevará calabazas. Él está libre y puede ver y hablar á Patrarca cuando quiera; yo estoy preso y no puedo acercarme á ella, y apuesto ciento contra uno á que le gano la partida. Tengo á mi favor la certeza de que Petrarca me ama, y él apénas tiene esperanza de que lo querrá... Hay más, y es, que él no le ha propuesto casamiento; así es, que si yo me le anticipo, mios son el cofre de onzas, la casa y la mujer.... Este matrimonio me viene á mí como de perlas; si soy condenado á trabajos forzados, tendré oro con qué seducir á mi capataz y á mis guardias y si soy desterrado no comeré el pan negro de los despatriados. Ademas, si á Petrarca se le mete en la cabeza el capricho de seguirme al destierro, tendré una persona allegada que se interese por mí, que me cure mis dolencias y me consuele en mi desgracia ... Vamos, no hay que retardar la propuesta; en la celeridad está el triunfo; á escribirle ahora mismo una carta muy amorosa proponiéndole casamiento.

Tomada esta irrevocable determinacion buscó á su carcelero en la portería y le suplicó que le proporcionara papel, pluma y tinteto.

Media hora despues estaba el general de rodillas en el suelo de su calabozo, encorbado ante el poyo donde se habia sentado el practicante, escribiéndole á Fetrarca la carta con la cual esperaba conseguir, si no su completa dicha, al ménos una disminucion considerable de sus penalidades.

Interin que el preso escribia y mandaba la carta á la señora Rubí, he aquí lo que Pedro Urdemálas hacia y discurria.

El practicante como buen conocedor del corazon humano habia salido del cuartel muy contento y satisfecho de los pasos que habia dado para llevar á cima su travesura; él comprendió desde luego que sin dificultad podia lograr el objeto que se proponia.

—Puedo apostar un ojo, se dijo al salir de San Buenaventura, á que la primera diligencia del general es escribirle á la señora Rubí.... Esperaré y obraré en conformidad.

Urdemáles se dirigió á su casa y como era hora de comer, se sentó á la mesa. Con el último bocado se fué á su lecho y durmió hora y media de siesta.

Cuando despertó, miró el reloj y se dijo:

—Al hospital á hablar con la señora Petrarca. Ha habido tiempo suficiente para que el general se ponga en comunicacion con ella.

Diciendo esto se levantó, arregló su vestido y salió á la calle.

Pronto llegó á San Juan de Dios.

—Cómo va de la herida la señora enferma? le dijo á nuestra heroina entrando en la pieza que ella habitaba.

—Bien, muy bien, gracias á la sabiduría y asiduidad de usted, respondió la señora.

—Como se lo ofrecí hoy á usted, fuí á visitar al señor general M... y me recomendó que le dijera que agradecia sus recuerdos, que....

Petrarca no lo dejó concluir.

—Ah! sí, sí, ya lo sabia; el general ha tenido la atencion de escribirme, le dijo.

—Dice usted que le escribió el general?

—Me escribió y eso me tiene muy contenta.

—Será indiscrecion preguntar á usted sobre qué asunto ...

—Oh! no, yo le diré á usted el contenido de la carta; pero ántes quiero que me responda con franqueza las preguntas que voy á hacerle.

—Bien, pregunte usted lo que guste, segura de que le diré la verdad.

—Digame, qué le dijo usted al general de mi herida?

—Que no era muy grave y que estaba usted fuera de peligro.

—Bien, y que habia recibido el balazo, ¿en dónde....?

—En las narices, dejándola de la vista de Satanás. Soy hombre que no puede decir una mentira.

—Estuvo mejor que le dijera usted la verdad.

—Sí? pero parece que usted me habia encargado que no se la dijera.

—Es cierto, pero como el general me escribe proponiéndome casamiento, sé en consecuencia que lo hace á sabiendas de que estoy un poquillo desfigurada, y esto me mantiene en la creencia de que no se arrepentirá cuando me vea.

—Con que le propone matrimonio el general, he?

—Como él me conoce de cerca y sabe que soy una mujer discreta, de fondo, instruida en muchas materias; de una educacion admirable y

un corazon tierno y sensible, y por otra parte él es de tan buen juicio, me busca para que lo acompañe en la peregrinacion de la vida sin fijarse en la descomposicion de mi rostro. Ahora me convenzo de que hay muchos hombres que piensan como usted, que la falta de narices es una friolera.

—Qué felicidad! le doy á usted los parabienes más cumplidos.

—Dígame, le dió usted á entender algo sobre el cofre de onzas?

—Le confieso á usted que de su repentino cambio de suerte no me acordé de decirle una palabra.

—Me alegro que nada le dijera; de otro modo me quedaria duda si lo movia el amor á mi persona y á mi cofre juntamente. Ahora estoy cierta de que el general me ofrece su mano por puro amor; por el conocimiento que tiene de mis dotes morales, y no por un mezquino interes.

—Veo que no sólo está usted resuelta á casarse sino entusiasmada con el matrimonio. ¿Cómo ha podido de un momento á otro desistir de la idea de ser monja?

—Fácilmente. ¿Qué mujer que encuentra novio hace la calaverada de meterse á rezar en un convento?

—Piensa usted contestarle pronto al general su carta?

—Se la contesté ya.

—Con qué la cosa anda al galope?

—Así ha de ser.

—Seguramente no ha reflexionado usted que acaba de enviudar. No tiene temor *del qué dirán?*

—El general ha pensado en eso y me dice, que si acepto su mano, podemos evitar la murmuracion de los ociosos casándonos en secreto.

—Que sea usted muy dichosa en su matrimonio.

—Le estimo sus buenos deseos.

—Me marcho, dijo Pedro; mi presencia es necesaria en el salon de la enfermería de mujeres, pues ha aparecido en él, á causa de la aglomeracion de enfermas y de la mala ventilacion, la peste llamada *Podredumbre de hospital* y han empezado á morir algunas mujeres restablecidas ya en la salud, entre ellas una costurerita Montaya, cuya pérdida siento en el alma porque me la habia recomendado una jóven de mis simpatías. *

—Dios mio!.... Correré yo riesgo aquí?

—No lo creo. Puede vivir usted sin sucidio.

El estudiante salió precipitadamente.

—La cosa marcha mejor de lo que yo esperaba, iba diciéndose por el camino; voy á buscar á Garnica para contarle el estado en que está el asunto; despues pasaré á la enfermería á hacer algunas prevenciones higiénicas....Increible parece, pero es verdad, que el bruto del general

* *Esta podredumbre de hospital* proviene de la incuria y el abandono de los empleados del establecimiento. El buen régimen de la casa y la asistencia esmerada á los enfermos, pueden conseguirse por medio de recompensas y penas como en algunos hospitales de Inglaterra. Supongamos que la experiencia enseña que con una asistencia regular se cura en el hospital de Bogotá un treinta y cinco por ciento de enfermos y se repone un quince· Señálense al médico que asista el establecimiento, por ejemplo, cien pesos de renta mensuales, siempre que sean treinta y cinco por ciento los enfermos curados, y quince por ciento los repuestos. Si excede de este número, por cada enfermo curado se aumentará al médico su sueldo en una vigésima parte, y por cada repuesto, en una centésima, y si el número de muertos excede de un cuarenta por ciento, y el de empeorados de un diez, por cada fallecimiento se le disminuirá el sueldo en una vigésima parte y por cada empeorado, en una centésima. Este será un estímulo poderoso; el interes es un gran móvil.

impulsado por el amor, los celos y la codicia se casa con esa horrible mujer.... Voto al Diablo!.... cómo vamos á reirnos Samuel y yo.

Pedro Urdemáles tenia razon en lo que discurria y pronosticaba. El general desde el momento en que recibió la contestacion de la viuda aceptando su mano, hizo llamar á un amigo de confianza que tenia, y lo encargó de las diligencias que era preciso practicar en la Curia para conseguir las dispensas de las proclamas, á fin de poder casarse inmediatamente.

Luego que todo estuvo listo y preparado para el matrimonio, el general solicitó de varias personas influentes con el Gobernador que le consiguieran de éste licencia de salir por dos ó tres horas de la prision, para ir á casarse á la Iglesia del hospital, dando una fianza personal ó pecuniaria; pero los medianeros nada alcanzaron porque juzgando dicho empleado que fuera una estratagema del preso para fugarse, se mostró sordo á los ruegos de los intercesores.

No pudiendo el general casarse personalmente le confirió poder al mismo amigo que le habia conseguido las dispensas de las proclamas, para que lo representara en la ceremonia, y el 9 de Enero á las siete de la noche se celebró el matrimonio en el mayor silencio, en la iglesia de San Juan de Dios.

La novia se presentó sencillamente vestida y con el rostro envuelto hasta los ojos en una gran corbata de lana. De los pocos concurrentes, ninguno pudo verle la faz, y los que no la conocian se quedaron con el antojo de saber como tenia la cara.

Concluida la ceremonia, el apoderado y los padrinos; el Cura y el sacristan se retiraron silenciosamente á sus casas.

La novia tornó á su cuarto acompañada de Pedro Urdemáles, Samuel Garnica y de diez practicantes más.

¡ Válgame Dios, y quién será aquel que ose describir fielmente la chacota con que los estudiantes la cumplimentaron, y las carcajadas y gritos de júbilo con que la condujeron á su dormitorio ! No se diga más sino que si nosotros pudieramos pintar al vivo esa escena, seguros estamos de que el lector más grave y circunspecto no podria reprimir la risa; pero excusamos hacer tal descripcion porque ella se asemejaria al suceso en accion, como se parecen á sus originales los retratos y traducciones que en esta pobre tierra hacen nuestros afamados pintores, y nuestros distinguidos filólogos.

Hé ahí como terminó la travesura de los estudiantes, por un acto muy sério que no podia tener buenas consecuencias, como se verá adelante.

CAPITULO XIII.

Lo que es una pena de esperanza engañada.

HEMOS dicho que el general estaba algo enfermo el dia que Pedro Urdemáles lo visitó en la prision. Los síntomas anunciaban un mal de bastante gravedad y así, al desarrollarse éste, tomó proporciones alarmantes. El dia 10 de Enero estaba tan postrado que su carcelero compadecido de él puso en conocimiento del Gobernador de la provincia, el mal estado en que se hallaba el pobre preso para que dispusiera que se le suministraran los recursos necesarios que le salvaran la vida.

A falta de hospital en San Buenaventura, el reo político fué trasladado al de San Juan de Dios, segun costumbre de la época, previa órden, de ser custodiado por dos centinelas; uno de vigilancia en la puerta del cuarto que se le destinó, y otro de precaucion en la portería del establecimiento.

El enfermo fué puesto en una pieza aseada y cómoda, merced á la intercesion de un su amigo, que tenia influjo con los empleados del hospital.

Desde el dia en que el general fué trasladado á San Juan de Dios, lo protegió Pedro Urdemáles con su ciencia, su asiduidad y sus desvelos y tuvo especial cuidado en ocultarle á la señora Rubí el mal estado en que se hallaba la salud del preso, como tambien que habitaba una pieza dentro del establecimiento. Pero preciso es que sepan nuestros lectores que el estudiante al obrar así no era movido por la caridad ni la benevolencia, ni tampoco animado del deseo de adquirir nuevos conocimientos en la ciencia médica, sino estimulado por el antojo de presenciar la primera entrevista de los novios, para divertirse con la sorpresa que recibiera el general y la cara que pusiera, al ver la desaguisada figura de su esposa, y como comprendia que estando postrado el general, no tendria la entrevista el efecto y desenlace que se prometia, por eso hizo el papel de piadoso y compasivo.

No habian pasado muchos dias cuando la enfermedad comenzó á ceder, sin que nosotros podamos afirmar si fuera á causa de los aciertos del practicante, que segun hemos oido contar, tenia genio particular para curar los males, ó más bien debido al poder de la naturaleza, que segun Rousseau, conspira siempre contra toda enfermedad.

Restablecido el general, pensó Pedro que era tiempo de reconvenirlo por la infidencia y deslealtad con que se habia conducido arrebatándole la novia, la casa y el cofre, y así le dijo:

—Amigo infiel, despues de la mala pieza que usted me ha jugado, he debido envenenarlo para que no disfrutase de los bienes que me ha quitado, como tambien para hacerme yo á ellos, y lo que he hecho es salvarle la vida.

—De qué mala pieza me habla usted? le preguntó el enfermo.

—Oh! qué desmemoriado lo ha dejado el mal. No recuerda que fuí á su prision á pedirle consejo sobre si me convendria tomar por esposa á la viuda Petrarca Rubí, y usted fué de dictámen que semejante matrimonio seria muy perjudicial para mí porque dicha señora estaba llena de defectos?.... ¿No recuerda que temeroso usted de que yo no aceptara su consejo, le escribió inmediatamente una carta á la viuda proponiéndole casamiento, y en la mayor reserva arregló el matrimonio y se unió á ella por poder, dejándome á mí con un palmo de narices?

—Sí recuerdo; pero en eso no hice sino defender con sagacidad mi derecho.

—Su derecho?.... Cuál puede ser ese?

—El que tiene todo amante sobre su amada.

—Es decir que usted ...

—Sí, yo era amante de Petrarca, le interrumpió; ella era mia, usted pretendia arrebatármela, yo lo supe á tiempo y se la arranqué casi de entre las garras. Hé ahí mi falta; cualquiera en mi lugar habria hecho lo que yo hice.

—No le guardo rencor, general, ya lo ha visto.

—De ello estoy convencido; veo que le debo mi salud.

—Algo más; me debe usted la vida.

—Ya que hablamos de Petrarca, dígame: ¿en dónde está? Por qué no ha venido á verme?

—Desde la noche del matrimonio recayó, tal vez por causa de la agitacion y el sereno, y le he prohibido que salga del cuarto.

—Sabe Petrarca que estoy aquí?

—No debe saberlo, pues he tomado las precauciones del caso para que tal noticia no llegue á sus oidos. Ella desde la hora en que se verificó el matrimonio hasta la fecha, ha creido que usted sigue en San Buenaventura disfrutando de buena salud. Pero para que no fuera alarmarse al no recibir recado ni carta suya en el tiempo en que usted ha estadó postrado, le dije el dia que usted entró en el hospital, que de órden del Juez de la causa estaba privado de comunicacion; que este aislamiento duraria algunos dias; pero que por ello no debia angustiarse, pues, que era una providencia ordenada por el procedimiento criminal que pronto debia tener término.

—Qué bueno es usted, le dijo el general, tiene un corazon excelente!

A esta sazon entró en la pieza una enfermera y le dijo al practicante que el doctor Cortadolientes lo necesitaba urjentemente en la enfermería de hombres, para que le ayudara á cortar dos brazos y una pierna.

Pedro Urdemáles salió precipitadamente sin despedirse.

Pasó el tiempo y llegó el 30 de Enero, dia en que el general se sintió con fuerzas bastantes para ir al cuarto donde estaba su mujer. Verla era su mayor anhelo; así, esperó la hora en que el practicante solia ir á visitarlo, y no bien se le presentó éste, como á las once de la mañana, le manifestó su deseo protestando que no pasaria ese dia sin ver á Petrarca. Urdemáles le ofreció que seria satisfecho su antojo; pero que para ello era necesario prevenir á la señora de semejante visita.

Hablado esto, pasó al cuarto de la Rubí y sin decirle una palabra de la determinacion del general, le quitó el vendaje que llevaba en la cara y le ordenó que permaneciera así recibiendo el aire en la mal cicatrizada herida. Hecho lo expresado, pasó á la pieza de Garnica á quien convidó, lo mismo que á diez estudiantes que encontró paseándose en el claustro (y que eran los mismos que habian asistido al casamiento) para que fueran á presenciar la entrevista de los novios, y acompañado de estos tunantes volvió al cuarto del general.

—Traigo órden de la señora Rubí, le dijo al enfermo al entrar en la pieza, para decirle que espera su visita con impaciencia:

El general á la sazon se hallaba sentado en una silla de brazos con una decadencia tan grande que daba muestras de no poder pararse. Estaba tan enjuto su rostro, sus ojos tan hundidos, su nariz tan afilada, tan pálido y quebrantado que más parecia un difunto galvanizado que un convaleciente.

Penosamente se puso en pié y apoyándose en el hombro de Urdemáles echó á andar. El centinela lo siguió á dos pasos, y á una distancia un poco mayor, iban los estudiantes poniéndole apodos y haciéndole chacota.

Cuando el general y su acompañamiento se aproximaban á la puerta de la pieza á donde se dirigian, Petrarca oyó el rumor de los pasos y se asomó á ver quiénes llegaban, y en ese momento los dos esposos se avistaron!

El general al ver la desfigurada figura de su esposa lanzó un grito de sorpresa y dió un paso atras.

La señora prorumpió en una exclamacion de espanto al ver el semblante cadavérico de su marido y se cubrió la cara con las manos.

—Está espantable! gritó el general.

—Jesus....! parece un muerto, exclamó Petrarca.

Los estudiantes soltaron una carcajada.

El centinela se quedó mudo y sério como si fuera de piedra.

Pasada la primera emocion, el general hizo un esfuerzo sobrehumano para serenarse y entró en el cuarto. En seguida se acercó á un taburete y se sentó.

Los practicantes se quedaron en la puerta con el centinela, que no olvidaba su consigna.

—Qué es esto, por Dios Santo! con que el balazo fué en la cara? dijo el general profundamente afligido; el señor Urdemáles me habia dicho otra cosa.

—Le mentí, respondió el practicante, por darle gusto á la señora que me suplicó no fuera á decir á usted que la herida era en las narices.

—Por Cristo crucificado! exclamó el novio desesperado, no sé cómo las leyes no reconocen como causal de divorcio la falta de narices en la mujer.

—Déjese usted de esas cosas, dijo Petrarca con gangosa voz, que si yo estoy para esconderme donde nadie me vea, usted está pasándose de enterrar.

—Bravo ....! bravo....! gritaron los estudiantes palmoteando desaforadamente.

Despues de un corto silencio le dijo el general á su esposa:

—Sé por qué causa ha venido usted á dar al hospital; pero ignoro, señora, qué motivo la detenga en él, pues aún en el caso en que no esté perfectamente curada, creo que estaria mejor en su casa.

—En mi casa? No sabe usted que el dia que mataron á Urraca fué saqueada por los defensores de la Constitucion?

—Cómo! le saquearon la casa? dijo el general lleno de asombro.

—Sin dejarme un mueble ni una pieza de ropa.

A esto dijo el general para sus adentros:

—Si la cosa sigue así, me suicido.... !

Luego alzando la voz añadió:

—Aun estando desamueblada la casa creo que estaria usted mejor en ella.

—La casa, respondió la señora, la vendió mi marido ahora ha cuatro meses para pagar unas deudas. Ultimamente viviamos en ella como inquilinos; despues de saqueada y abandonada la habrá ocupado su dueño.

El preso se quedó mudo é inmóvil que más parecia una estatua que un hombre.

Los estudiantes lo miraron y se echaron á reir con sobrada malicia.

—Urdemáles dijo para su sayo:

—Diablo! esa noticia es nueva para mí... Está de malas el general.

Saliendo el preso de su abatimiento, se resolvió á recibir el último golpe, y en consecuencia le dijo á su esposa:

—Dígame usted: en el cofre de onzas que le dejó el general N.... no ha hallado recursos para salir del hospital?

Hasta ahora no, porque no soy sino depositaria de él. De esto puede usted convencerse por sus propios ojos, le dijo mostrándole un cofre que estaba debajo de una mesa; pues como usted lo ve, está todavía cerrado y sellado, ni más ni ménos que como me lo confió el Juez.

El general miró el cofre con ojos codiciosos y dijo :

—Usted es la dueña de él; nadie puede disputárselo; abrámoslo, qué demonios, quiero á todo trance ver su contenido.

—Oh! no, respondió la Rubí; eso seria un delito, pues solo el Juez puede romper los sellos y abrirlo.

—Esas son formalidades que nada significan.

Dijo, se puso en pié, se apoderó del cofre y despedazó los sellos.

—La llave; haber la llave, gritó.

—La llave debe de estar en poder del Juez, respondió Petrarca.

—Un clavo, ó cualquier fierro para arrancar la cerradura.

—Aguárdese usted un instante, le dijo Pedro Urdemáles, voy á buscar y traerle los instrumentos que necesita.

El estudiante salió y pronto volvió con un formon y un martillo. Él mismo colocó convenientemente la primera herramienta contra la cerradura é hizo saltar esta de cuatro martillazos.

El general descoyuntado y respirando con dificultad y fatiga como si hubiera dado una larga y precipitada carrera desde el punto donde concluye la desgracia hasta el sitio donde empieza la ventura, (aunque la distancia no era mucha en esta vez, segun lo creia él) alzó la tapa del cofre con mano temblosa y vió.... oh desengaño....! vió.... no relucientes monedas; no onzas de oro, que era lo que esperaba ver, sino kilógramos y libras de piedras brutas....!

Si ántes de abrir el cofre estaba desconsolado y pálido, despues se puso tan abatido y sin color que daba compasion mirarlo. Desesperado con su suerte, se cogió la cabeza con ámbas manos y salió de la pieza dando gritos como un loco.

Este último golpe que anonadó al general, llenó de contento y alegría á los estudiantes. Con las manos en los ijares salieron detras del preso riéndose con tanta gana que creian morirse de mal de risa.

—Qué tal me he portado, le dijo Samuel Garnica á Pedro Urdemáles, ¿he desempeñado bien el papel que me confiaste?

—Admirablemente. Mereces un premio.

—Y tambien lo merece la beata que me auxilió en la travesura.

—Veo que ámbos las valen para una tunantada.

En esto llegaron los practicantes al ángulo de la galería del patio principal y se dispersaron en grupos. Unos se pusieron á estudiar paseándose de á dos y de á tres en el claustro que mira al Occidente, y otros formaron corrillo no léjos del ángulo, donde se entregaron á decir chufletas relativas al chasco del preso y á componerle epígramas ridículos y burlescos. Pasado un momento, Urdemáles se separó de sus compañeros y se fué al cuarto del general á quien halló tendido boca abajo en su lecho traspasado de dolor.

—Vamos! le dijo, es necesario tener valor para las adversidades de la vida. Si yo fuera el del chasco, riéndome estaba de la mala suerte.

—Amigo, le respondió el general con voz conmovida, sentándose lentamente, no me queda más recurso que el suicidio....! Yo me quito la vida sin remedio! Es imposible que pueda resignarme á burla tan cruel! Aunque no sea más que por no darle gusto á esa abominable bruja de ser marido de ella, debo matarme... Esa mujer no ha debido inventar una mentira para comprometer á ningun hombre á que se case con ella, pues ha debido suponer que ese hombre la detestaria luego... Lo que es el *destino;* á usted era á quien ella habia elegido para marido engañándolo con el cofre de onzas, segun se ve, y yo salvé á usted de

esa desdicha con la infidencia que le cometí, y usted me perdió á mí con su consulta.

—No fué el destino, general, el que lo perdió, sino *el amor y la codicia.*

El preso se quedó callado; la verdad enmudece muchas veces.

—En vez de pensar en quitarse la vida, prosiguió el estudiante, piense en su libertad. No tome usted por permanente un mal pasajero; en este móvil teatro todo pasa rápidamente, tanto el bien como el mal; quizá mañana ú otro dia cercano morirá su esposa y quedará usted desencadenado. Así, lo que ahora le importa es evadirse de la accion de la ley que lo amenaza como á delincuente político.

—Pretende usted consolarme con la idea de que puede morirse mi mujer pronto, y ¿si no se muere?

—Si no se muere, puede usted desprenderse de ella, abandonándola; pero si deja llegar el tiempo en que lo trasladen á Chagres y le pongan el grillete y la cadena del presidiario, usted no podrá romper esos hierros y escaparse, y entónces será muy desdichado.

—Verdad; fugándome me libro de esa maldita mujer y de los trabajos forzados que me amenazan; pero cómo podré huirme del hospital? Qué hacer para escaparme de él?

—Lo que yo le acoseje, si usted tiene valor para obrar.

—Y sin recursos ni auxilio de nadie podré....

—Yo me comprometo á proporcionarle los recursos y á auxiliarlo en la evasion.

—Usted? y será posible hoy mismo?

—Se encuentra con fuerzas para correr y aún para saltar muros, si es preciso?

—La necesidad y la tortura me darán aliento y vigor; yo me conozco.

—Bien; cuente con que hoy saldrá usted del hospital.

—Tiene ya en la cabeza el plan de fuga?

—Lo tengo.

—Puede usted confiármelo?

—Ha leido usted *El Conde de Monte-Cristo?*

—Sí.

—Recuerda cómo pasó Edmundo Dantes de su calabozo al del abate Faria y la astucia de que se valió para escaparse del castillo de If?

—Sí recuerdo.

—Pues he pensado sacar á usted del hospital como salió Dantes de su prision. De algo ha de servir la lectura de las novelas.

—Cree usted que pueda escaparme haciendo la mortecina?

—Lo creo. Enciérrese usted en su cuarto y déjeme obrar libremente que yo respondo de su fuga.

—Haga usted lo que le parezca. En sus manos pongo mi suerte.

—Tenga usted fe y resolucion y se salvará, le dijo Pedro despidéndose.

El practicante salió del cuarto.

En el acto el general se levantó y cerró la puerta con llave, dejando afuera al centinela.

CAPITULO XIV.

Donde se cuenta la industria de que se valió Pedro Urdemáles para sacar de la prision al general.

EL CUARTO donde estaba encerrado el preso lindaba por el lado izquierdo con el anfiteatro, cuyo tabique divisorio era de tablas unidas y cubiertas con un friso bastante ancho de lienzo burdo, pintado con brocha gorda á guisa de tapiz, muy de moda en tiempo de la colonia y aun en los primeros años de la era de la libertad. Como á eso de las tres de la tarde entró el estudiante en el anfiteatro, provisto de las mismas herramientas de que se habia valido para abrir la caja de piedras; se encerró con llave en él y sirviéndose de la luz de una reja que daba á la calle, empezó con la mayor finura y delicadeza á desprender una pequeña parte del friso, en la extremidad fronteriza á la puerta de la prision, y cuando hubo arrancado el que cubria la primera tabla, desclavó ésta con cuidado, de modo de no causar ruido que llegase á oidos del centinela. Conseguido su objeto, hizo pasar el cuerpo amojamado del preso por el hueco, y volvió á poner la tabla y el friso como estaban.

—Estoy ya, dijo el general, en *el calabozo del abate Faria*, ¿ qué debo hacer ahora?

Meterse en ese cajon de cargar muertos, que usted ve ahí con tapa embisagrada, le respondió el estudiante.

—En ese cajon?.... Y no es segura la asfixia?

—No hay el menor riesgo, y de ello se convencerá usted examinándolo, pues tiene una rendija por donde le entrará todo el aire que usted necesite llevar á sus pulmones, y por otra parte caben en él dos cadáveres lo cual quiere decir que es tal su capacidad que usted podrá respirar sin dificultad.

—Quiénes han de sacarme de aquí, y á qué hora?

—Dentro de un instante vendrán los sepultureros de los muertos del hospital, por un cadáver y cargarán con usted sin saber que reemplaza al muerto. Lo demas queda á su arbitrio; usted sabrá como se pone en salvo cuando esté fuera de su prision.

—Cuántos son los enterradores?

—Cuatro.

—Y dónde han de sepultarme?

—En el suelo del cementerio.

—Maldicion! si me someto á su plan, soy hombre perdido. Yo no tendré fuerzas bastantes para levantar la capa de tierra que me echen encima.

—Haremos otra cosa. Tan pronto como vengan los sepultureros, los detendré con algun pretesto hasta las cinco y media de la tarde y como no les quedará tiempo para hacer la sepultura y enterrarlo, lo dejarán en la capilla del panteon esta noche, y en doce horas, creo que muy bien puede usted escalar las paredes del cementerio y salirse.

—Esa invencion es magnífica. Pero se me ocurre una cosa: no vendrán las autoridades á exigir á usted la responsabilidad por mi fuga cuando sepan que he desaparecido?

—Por qué han de venir á exigírmela á mí, siendo el responsable el centinela?

—Tiene usted razon.

—Dígame: al salir del cementerio, dónde vá usted á ocultarse? Será bueno saberlo por lo que pueda ocurrir.

—Donde Don Patrocinio Bueno que vive en la carrera de Gámeza, calle 3,ª número 45; es la única casa donde creo estar con seguridad.

—Bien; es tiempo de que se meta en el ataúd; los sepultureros no deben tardar.

—En el nombre de Dios! dijo el general, tendiéndose largo á largo en el cajon.

Cuando Pedro Urdemáles lo vió acostado en el ataúd, se le acercó, le cerró la tapa y la aseguró con dos broches que ella tenia.

—Le sujeto la tapa con dos brochesillos, le dijo el estudiante, para quitar á los sepultureros la tentacion de que le miren la cara; pero por ello no se angustie, que es una cerradura tan débil que al menor esfuerzo que usted haga, puede romperla.

—Está bien respondió el preso, con una voz que parecia salir de entre la tierra.

—Ahora, adios!.... que salga de su lance con felicidad.

Con esto, el practicante se retiró del anfiteatro, cerró con llave la puerta y se puso á pasear en la galería.

Pronto llegaron los sepultureros.

—Muy temprano han venido ustedes, les dijo el practicante.

—No tal, respondió uno de ellos, son las cuatro y apénas tenemos tiempo de ir al cementerio, de abrir la sepultura y enterrar el muerto.

Interin esto decia el enterrador, Urdemáles se registraba todos los bolsillos manifestando en el semblante y en los ademanes afan y disgusto.

—Qué demonios! exclamó, he votado la llave del anfiteatro.... Ah! no, ahora recuerdo que la dejé inadvertidamente en casa.... Quieren ustedes irse y volver, miéntras que voy á traerla?

—Se nos hace tarde dijo uno de los hombres; lo mejor será dejar el muerto en el *anfitrato* hasta mañana.

—De ninguna manera, replicó Pedro Urdemáles; comienza ya á corromperse y es preciso sacarlo hoy mismo del hospital. Si ustedes calculan que no les alcanza el tiempo para enterrarlo si salen de aquí un poco tarde, entónces llevenlo al panteon y lo dejan en la capilla para sepultarlo mañana.... Voy á darles algo para que vayan á tomar unas copas de licor, y miéntras que ustedes dan su vuelta yo doy la mia y regreso con la llave.

Dijo, se metió la mano en el bolsillo, sacó unas monedas y le dió á cada sepulturero un real.

—A qué hora quiere su merced que volvamos? le preguntó uno de los hombres.

—Vuelvan á las cinco y media que estaré aquí sin falta con la llave.

Los enterradores se marcharon y Pedro Urdemáles tambien.

Nuestro estudiante se dirigió al átrio de la Catedral y se puso á pasear en él hasta que oyó sonar sobre su cabeza, la hora acordada. Cuando esto aconteció, se marchó al hospital. No bien entró en él encontró á los sepultureros que estaban esperándolo. En el acto abrió la puerta del anfiteatro y entregó á los cuatro hombres el cajon que encerraba al fingido muerto.

Los enterradores alzaron el ataúd y se pusieron en camino. Al pasar por delante del centinela de la portería dijo éste:

—Pobre diablo!.... entró vivo y con esperanzas y sale muerto y descuartizado!.... He ahí el bien que le hacen los ricos á los pobres, y tambien el que le hacen los que mandan á los que obedecen!....

Los cargueros siguieron su marcha sin interrupcion hasta los extramuros de la ciudad, donde descanzaron, poniéndo el ataúd en el suelo.

Uno de los sepultureros tomó la palabra y dijo á sus compañeros:

—Saben ustedes lo que hemos de hacer para no volver mañana á enterrar el muerto? Una candelada y quemar el *calafre*, como hicieron con los *dejuntos* que *mataron* en la guerra del otro dia, que á todos los ardieron.

—Ahí tienen ustedes una buena razon, dijo otro. Si encontramos leña hemos de hacerle al celador del cementerio la chicharronada que propone mi compadre *Chula*.

—Dios de Sion! exclamó para su sayo el general, si estos perezosos hacen lo que dicen, perdido soy ... No me queda más recurso que levantarme de improviso á ver si como los guardias del cuerpo de Cristo se aterran con mi resurreccion, y huyen espantados.

Determinado esto, nuestro héroe estendió con tiento una mapo y la apoyó contra la tapa del cajon é hizo fuerza tratando de levantarla; pero pronto se convenció de que era impotente para quebrantar la cerradura.

—Condenado estoy á esperar, se dijo, puede ser que mis cargueros no encuentren leña y que en la capilla me dejen con la tapa abierta. De no, ahí vere lo que me convenga hacer.

Cuando estas cosas hacia y pensaba el general, ya los conductores habian alzado el cajon é iban á paso largo.

Aproximábanlo á la última morada del hombre, cuando vieron que un viejo desconocido, de capa larga y sombrero de paja se ocupaba en cerrar la puerta del panteon.

—Hola! amigo, le gritó uno de los cargueros, dónde está el celador?

—Se fué á Chiquinquirá á una romería; pero yo que soy el suplente me he quedado en su reemplazo, respondió el viejo.

—No cierre, le dijo el mismo carguero, que aquí le traemos un *señor*, que ansia pasar la noche en esa habitacion.

—Señor debe ser y no señora, segun lo que pesa, dijo otro en voz baja.

—Tarde llega respondió el celador, así es que el pobrecito la pasará sin cobija, pues no es hora de tejerle la que ha de cobijarlo *por secula sin fin*.

—Si hubiera leña dijo el último que habia hablado, podriamos echarle un cobertor de candela con el cual quedaria contento él y nosotros tambien, pues no tendriamos para qué volver mañana á sapatearle encima media hora.

—Pero ya que no hay ni una chamiza, metanlo á la capilla que mañana vendrán á enterrarlo, expresó el celador abriendo de par en par la puerta.... Yo los acompañaré; adelante!

—Bueno, bueno; á la capilla con el muerto, mis queridos compañeros, les dijo el compadre Chula.

A esta órden, los cargueros echaron á andar en direccion de la citada pieza. No bien entraron en ella y pusieron el ataúd en el punto que indicó el celador, éste desabrochó el cajon y levantó la tapa.

—He, no me imaginaba! exclamó al ver el cuerpo del general vestido con buena ropa, es el cadáver de una persona decente!....

Dijo, y volvió á cerrar el ataúd como estaba.

—Si á ustedes les parece, añadió, yo haré enterrar al muerto mañana temprano, con lo cual no tendrán para que volver á molestarse.

—Bueno, señor, manifestó uno de los sepultureros, cumpla usted con esa obra de misericordia que Dios se la pagará á usted en esta vida ó en la otra.

—Gracias á Dios! se dijo el general no tendré que habérmelas sino con un solo hombre.... Veremos quien vence!

Despues de esto los cargueros se despidieron y se marcharon. El celador salió tras ellos cerrando con cerrojo la puerta de la capilla y la del cementerio.

Inter tanto, la noche habia llegado y su manto de tinieblas cobijaba aquel solitario y triste panteon. El viento impetuoso remolinaba sobre la capilla, y de vez en cuando entraba por las claraboyas bramando enfurecido. Las lechuzas, esas aves fatídicas, hijas de las tinieblas, precursoras de la muerte y centinelas de las tumbas, revoloteaban encima de la pequeña portada lanzándo chillidos destemplados y melancólicos.

El general al oir el mugido del viento y el graznido monótono de las aves nocturnas, y al reflexionar que él era el único racional viviente en medio de tantos cuerpos allí sepultados, sintió miedo.... Un frio glacial se apoderó de sus extremidades, el cual le fué corriendo por todo el cuerpo y causándole un hormigamiento semejante al que se siente cuando se adormece un miembro. Un sudor copioso bañaba su frente. Tenia los ojos bien cerrados y pareciale que estaba viendo delante de sí mil espectros con las cuencas vacias y las mandíbulas descoyuntadas, que danzando en torno de él, extendian sus nudosas y descarnadas manos sobre su garganta para extrangularlo y conducirlo luego arrastrando de los cabellos al osario de donde ellos acababan de salir.

El terror no lo dejaba pensar en su crítica situacion. Su fuga era imposible, aun en el caso de poder romper las cerraduras. Los espectros que lo rodeaban eran otros tantos centinelas que le imponian espanto y miedo y que no lo dejaban moverse.... El miedo es una enfermedad moral que embrutece y anonada! Poseido de él el general, era una masa inmoble; un ser con vida, pero sin voluntad para obrar.... De repente oyó que el cerrojo crugia y que la puerta de la capilla giraba sobre sus goznes. Involuntariamente abrió los ojos y al traves de las rendijas del ataúd vió luz; espantado con tal vision volvió á cerrarlos y esperó sobresaltado.... En seguida sintió pasos como de una persona en direccion de donde él estaba, y notó que esa persona se le acercaba; que abria los broches del ataúd y que levantaba lentamente la tapa....

El terror de nuestro hombre llegó al más alto grado! quiso gritar y no pudo. Tan solo alcanzó abrir la baca y volvió á cerrarla sin pronunciar ningun acento. Entónces sintió que una mano fria le cojia sus manos y se las separaba del pecho donde las tenia cruzadas y oyó una voz que decia:

—Cáscaras! cómo no hacer el sacrificio de venir si el vestido es nuevo....? Despues me habria pesado en el alma.

El general comprendiendo lo que era, le volvió el alma al cuerpo.

—Es el celador, pensó, que viene á desnudar al muerto.

Quedóse inmóvil.

El celador puso en un candelero una vela encendida que llevaba y le quitó la corbata. Incontinenti se puso á desabotonarle la levita.

—Es tiempo, se dijo el general, de entrar en lucha con este hombre.

Pensando en esto se incorporó bruscamente y gritóle:

—Detente, atrevido. . . . !

El celador sorprendido, aterrado; lleno de pavor y espanto dió un alarido y cayó en tierra desmayado.

—Oh! exclamó el general, lo he vencido con mi vida... Él es ahora el muerto y yo el vivo!

Cuando esto decia estaba ya fuera del ataúd.

—El bribon venia a robarme mi vestido; justo es que en venganza tome yo el suyo, dijo, y le quitó la capa y el sombrero.

Cobijóse aquella y encasquetóse este y partió desalado. Al atravesar el espacio que media de la capilla á la puerta del cementerio, que es de unas ciento cincuenta varas, sintió que le conmovia todo el cuerpo una fria horripilacion; que los cabellos se le erizaban y que las piernas casi se negaban á sostenerlo. . . . Parecíale que veia todas las bóvedas abiertas, y en cada boca la cabeza de un muerto que abria la suya para gritarle:

—Sacrílego! que sin temor profanas el santuario de los muertos....!

—Ladron. . . ! que robas á nuestro celador su vestido. . . !

El ruido que en ese instante hacia el viento impetuoso al pasar por entre las ramas de los árboles y por entre los pequeños arcos de las tumbas que habia debajo de ellos, llegaba á sus oidos en cortados acentos, acentos que le parecia expresaban clara y distintamente esa apóstrofe medrosa que el miedo habia hecho concebir á su imaginacion.

Con el corazon palpitante y las piernas débiles llegó á la puerta. Apénas pasó el umbral de esta, cobró aliento un instante y prosiguió su camino con la mayor celeridad que sus fuerzas se lo permitian. Al entrar en el ángulo de la plazuela de la Capuchina, recibió repentinamente un brusco empellon; un golpe terrible de un hombre que sin sombrero iba huyendo aceleradamente de unos soldados que lo perseguian. El choque fué tal que el general cayó de espaldas léjos del sitio dándo horribles aullidos. Compadecido luego del que huia dijo poniéndose en pié:

—Válgame Cristo! este infeliz que pasa corriendo debe ser alguno de los vencidos en la última batalla, á quien quieren echarle el guante para desterrarlo á Panamá.

El general no se equivocó. El perseguido era el mismo hombre que habia sido asaltado en una casa de la calle de los Carneros, y del que hicimos mencion en la parte final del capítulo VIII del presente Libro.

El general cuando perdió de vista á los soldados, volvió á emprender su marcha, torciendo hácia la izquierda sobre la carrera de Neiva. Ahogándose llegó á la encrucijada de la carrera de Gámeza, volvió á la derecha y golpeó en el porton de una de las casas del mismo lado.

Una criada abrió en el acto la puerta, cual si hubiera estado esperándolo. Sin detenerse pasó adelante y entró en la sala, la cual estaba perfectamente alumbrada.

Una señora que estaba sentada en una poltrona se levantó á saludarlo.

El general al verla dió un paso atras lleno de asombro.

—Qué veo! exclamó; Petrarca aquí?

—Sí, respondió friamente nuestra heroína, me hallo en esta casa porque el practicante Pedro Urdemáles me dijo que tenia recomendacion especial, de usted para decirme que usted deseaba con vehemencia que yo viniese á juntarmele aquí esta noche ó mañana.

Oh fatalidad! exclamó el general, dejándose caer muy descon-

lado en un sillon ... Ménos desdichado seria yo ahora en el infierno!... Maldito sea de Dios esè practicante!.... Ahora comprendo la burla que me ha hecho ese malvado...., Maldito sea!.... Maldito sea!....

CAPITULO XV.

Juicio de Dios.

EL TREINTA de Enero de 1855 como á eso de las ocho de la noche llegó un hombre del bajo pueblo á la puerta de una hermosa quinta cuya cima se dibuja en el azul del cielo al Occidente de Bogotá, y ofrece al observador situado en el átrio de la iglesia de Egipto, una perspectiva agradable por su blanca fachada; su encarnado techo y sus verdes árboles. El aspecto del desconocido era sospechoso, ora por su semblante, ora por su traje en los cuales llevaba estampada la imágen del crímen. En su faz agitada se veian la sorpresa y la resolucion y en su traje descompuesto y raro, el disfraz del que intenta ejecutar un delito sin ser conocido. Vestia pantalon blanco con franjas rojas, ruana de pellon pintada como la piel del tigre y sombrero de pelo á la Bolívar. Apénas llegó el desconocido al sitio expresado se detuvo y miró atentamente por entre la verja hácia el interior de la granja. Luego que se hubo asegurado de que nadie lo observaba y que de nadie seria visto, hizo resbalar lentamente la reja sobre el suelo y penetró en el parque. Cuando se vió adentro, dió de mano á la puerta y echó á caminar por el fondo de una calle de árboles, y ya fuera por el temor de encontrarse con algun habitante de aquella morada ó ya por el enajenamiento que acaso le producia en su ánimo la encantadora belleza del sitio que pisaba, el hombre se detenia con frecuencia y miraba en todas direcciones.

En aquella hora reinaba una calma tal que ni el más ligero soplo de viento agitaba las hojas de los árboles. La luna enclavada en el fondo de un manto azul tachonado de estrellas, derramaba su blanca luz sobre el follaje de los nogales, pinos y muelles; de los cerezos, cedros y nueces formando un cuadro de luz y de verdura encantador. Los plateados rayos del brillante astro ofrecian á la vista del hombre que hemos puesto en escena el más pintoresco paraiso que poeta alguno haya jamas imaginado. Por donde quiera que tendia la vista observaba frondosos árboles, y pequeños arbustos colocados con una cimetría, con un órden tal que hacian de aquella mansion de delicias un jardin de hadas. Veia tambien que las enredaderas cubiertas de flores subian desde el pié de los árboles hasta la copa en graciosos espirales, y que allí se extendian por el aire hasta enredar el follaje vecino, formando matizadas y móviles hamacas adornadas de ramilletes y de tirabuzones colgantes.

Respirando nuestro hombre un ambiente embalsamado siguió caminando por debajo de los pabellones y cortinas de verde follaje que formaban acá y allá las madre-selvas y los bejucos cubiertos de variadas y hermosas flores, hasta que avistó una casa de elegante construccion situada en el centro del pintoresco parque. Apénas vió el edificio se detuvo y puso el oido para escuchar el ruido de voces ó cualesquiera otros que se produjeran en él; pero como no sintió el más ligero rumor que le indicase la existencia de un sólo habitante, se acercó con precaucion

á la casa y la examinó por sus cuatro faces. No poca admiracion le causó la belleza de esta morada, la cual era de un sólo tramo con un ancho corredor en torno de ella. Alzábanse en sus extremidades sendos miradores y sobre cada uno de los cuales habia una estatua de piedra. Cubrian su techo las prolongadas ramas de encumbrados árboles, y adornaban las barandas del corredor magníficas tazas de bellas y aromáticas flores.

—No vivirá nadie en esta quinta? dijo en voz baja nuestro hombre.

A este tiempo llegó á sus oidos el chirrido de una puerta cual si girara sobre sus goznes, y el desconocido dió maquinalmente un salto atras y se deslizó por entre un bosquecillo de pinos.

La persona que habia abierto la puerta se presentó en el corredor y gritó:

—Muchacho!.... el chocolate.

Al cabo de cinco minutos salió un hombre de un cuarto y entró en otro con dos tazas de rica porcelana en una bandeja de la misma loza.

Transcurido un momento, el mismo criado salió de la casa con una vasija en la mano en direccion de una cristalina fuente, que como una serpiente de alabastro se movia ondulante de uno á otro extremo del parque. Como el camino que llevaba el criado, cortaba el bosquecillo de pinos donde el desconocido estaba escondido, al ver éste que un hombre se le iba encima, dió un vuelo, qué vuelo fué y no brinco, y echó á correr con la rapidez que una tortolilla perseguida del halcon, corta el aire con su rápido vuelo.

—Un ladron!.... un ladron!.... Mi amo, aquí hay un malhechor!.... gritó el criado con todos sus pulmones, y se puso á correr tras el desconocido.

Llevábale el intruso al criado tanta ventaja en la carrera, que este comenzaba á perder la esperanza de alcanzarlo, cuando quiso la mala suerte para el uno y la buena para el otro, que la cabeza del que huia se estrellara con el gajo de un árbol, con tal violencia, que el sombrero de pelo se le hundió hasta los hombros. Como el tal sombrero era á la Bolívar, esto es: más ancho por el lado superior que por el inferior sucedió que al entrársele, le quedó la cabeza fatalmente encerrada. Desesperado el hombre por aquel accidente empezó á hacer esfuerzos violentos por recuperar la luz de sus ojos, y estando en esta diligencia llegó el criado y lo atrapó bonitamente.

—Vamos, señor ladron, le dijo, torciéndole la ruana sobre el cuello hasta medio estrangularlo, siga usted conmigo.

—No sea usted bárbaro, mire que me ahorca, replicó el infeliz con una voz ronca que parecia salir de una honda caverna.

—Vaya una reconvencion!.... ¿no piensa usted que de eso trato?

—Hace usted mal en matarme; sepa que yo no soy ladron, dijo cogiéndole las manos para defenderse.

—Si usted no venia á robar, por qué estaba en acecho?

—Arre demonio!.... afloje usted un poco que me estrangula.

—Calle usted y sígame.

—Cómo quiere que calle si está ahorcándome?.... y ¿cómo he de seguirlo si no tengo ojos para ver?

—Y es preciso que uno grite cuando le aprietan el gaznate? Y me importa á mí algo que usted tenga una venda en los ojos?

—Ah!.... ah!.... si usted da una vuelta más á la ruana le acomodo un mogicon que no le dejo muela en su lugar.... Con mil diablos!.... déjeme usted respirar que me tiene á dos fuegos.

El hombre amenazaba, pero no se atrevia á acometerle porque él sabia que sin ojos era más débil que un niño.

El criado intimidado, le aflojó un poco la torcedura de la ruana, pero no le permitió que se sacara el sombrero, pues él comprendia que la venda que el desconocido llevaba en los ojos era lo que lo hacia débil y lo obligaba á ser cobarde en extremo. El preso algo aliviado del gargüero se dejó conducir al corredor de la casa, con la misma facilidad que el matador lleva la oveja al matadero.

—Mi amo!.... gritó el criado al acercarse al edificio, aquí traigo á un ladron que encontré en acecho entre los árboles.

El dueño de la granja al oir tales palabras salió de un cuarto precipitadamente.

—Qué hay? dijo, qué alboroto es ese?

—Que he atrapado este pájaro en la huerta; si hubiera visto su merced como aleteaba!

—Qué demonios trae en la cabeza cubriéndosela juntamente con la cara?

—Es un sombrero de pelo que el Diablo le encasquetó hasta el gaznate, y si no es por esa travesura de Satanas se me escapa el perillan.

—Mételo á la sala que quiero verle la figura á la luz de las lámparas.

—El criado obedeció al punto.

Introducido en la pieza, los amos de la casa y los criados (pues todos los habitantes de la granja habian ocurrido á la novedad) le hicieron circo al pobre hombre y empezaron á decirle mil sarcasmos.

—Descubrámosle el rostro, dijo una criada, á ver si es algun brujo ó yerbatero.

Esto diciendo echó á halarle vigorosamente el sombrero.

—No, no! aulló el desconocido, espere usted con mil diablos, que se ha enredado el forro en mis narices y va á arrancármelas.

—No importa, dijo la que tiraba, despues volverá usted á ponérselas.

I haló con tanta fuerza que el forro del sombrero se desprendió, no sin magullarle las narices al preso, llevándoles de camino una buena tira de cuero. Descorrido el velo, la cara del hombre quedó descubierta y al vérsela los amos de la quinta, esto es, Jorge y Lucía que no eran otros los dueños del moderno *Chantilly*, un grito de asombro salió de sus labios.

Es Perico!!! dijeron.

—Oh! exclamó Jorge en seguida, no parece sino que Dios pone en mis manos á este malvado para que me vengue de él por el mal que me hizo.

Y dirigiéndose á Lucía añadió:

—Mira, querida mia, este bribon fué uno de mis verdugos.

—Yo? señor! dijo el hombre con admiracion.

—Te atreves á negarlo? No eres tú Perico?

—Sí señor, yo soy Perico; pero jamas he hecho daño á usted.

—No fuiste tú buscado por Chepillo y pagado por él para que lo acompañaras al Boqueron de Sopó á que le ayudaras á aprehenderme para encadenar mi libertad?

—Yo no hice sino obedecer una órden.

—No fuiste tú quien me amarró de propia voluntad?

Perico inclinó la cabeza hácia el suelo y no respondió.

—Entre tú y Chepillo, añadió Jorge, no me prendisteis y me llevásteis al cuartel?

—Confieso que hice mal, señor; pero estoy arrepentido. Perdóneme usted!

—Lucía dirigiéndose á su esposo, le dijo:

—Y no contento este malvado con haberte hecho tanto daño, se puso de acuerdo con Chepillo para burlarse de mí y poner en ridículo mi honor. ¿Recuérdas que te conté semejante picardía?

—Ai! sí, lo recuerdo, dijo Jorge, ese hecho no tiene perdon.

—Señora! exclamó Perico en tono suplicante, las mujeres son compasivas; perdóneme usted.

—Lo somos con los hombres; pero nunca con las fieras, respondió Lucía.

—No me queda duda, dijo Jorge, de que la Providencia ha determinado poner en mis manos á todos mis enemigos, para que castigue sus iniquidades. Chepillo ha expiado ya sus crímenes, ahora los expiará este hombre.

—Tenga compasion de mí; Dios la ha tenido de Don Chepillo!

—Yo no me compadezco de quien de mí no supo compadecerse; así prepárate para recibir la muerte.

—La muerte....! dijo Perico estremeciéndose; quiere usted asesinarme? Bueno, derrame mi sangre, que luego el verdugo pagado por la justicia derramará la suya.

—La ley me permite quitar la vida á toda persona que entre en mi casa á favor de la noche á matar ó á robar.

—Yo no soy asesino ni ladron, señor; la causa que me ha traido á esta quinta está bien léjos de todo crímen.

Liberato que era quien habia cogido á Perico y que no lo habia soltado aún, le dijo:

—Si usted no es asesino ni ladron, ¿por qué estaba en acecho? ¿si fué el hambre quien lo empujó y echó á la huerta, por qué no llegó aquí á la casa y pidió algo de comer? No hay duda; usted es un facineroso y debemos fusilarlo.

—Yo no acechaba nada ni á nadie; Liberato, usted me conoce y sabe que soy hombre de bien.

—De que lo fué ahora ha mucho tiempo, soy testigo, respondió el criado, más de que lo sea el dia de hoy, no me cuela. Usted fué discípulo de Don Chepillo y debe ser otro tal.

—A esta razon le preguntó Jorge á Perico:

—Qué hacias oculto entre los árboles de mi quinta? Qué motivo te indujo á disfrazarte con sombrero á la Bolívar y ruana grande de pellon que por cierto no es traje que use clase alguna de gente?

—Me perseguia una patrulla; dos individuos de ella me seguian de cerca la pista; iba á ser aprehendido cuando se me presentó por delante la puerta de esta quinta y sin calcular que se pensara mal de mí, me entré y me oculté con intencion de pedir, pasado un momento, asilo y proteccion al dueño de ella.

—Eso tenemos....? con que te perseguia la policía? he.

—No señor, no era la policía la que me perseguia, sino una patrulla de soldados. Fuí revolucionario, peleé como un guapo el dia 4 de Diciembre y por ello el gobierno quiere echarme el guante para desterrarme á Panamá, sin que quizá me valga alegar que uno de sus soldados me dió un balazo fuera de combate en un muslo, con el cual me hizo un hondo rasguño.

—Cómo! disparó sobre tí la patrulla esta noche?

—Sí disparó; pero el balazo lo recibí el dia 4 yendo de huida por el tejado de una casa; esta noche por fortuna me erraron los tiros.

—Ah! ¿con que tú fuiste de los defensores de la trinchera de la calle de Chire?

—Sí señor, yo era el jefe.... ¡Ha oido usted algo sobre la defensa de esa trinchera?

—Sí hombre! he oido decir que los atrincherados pelearon como leones.... Pero dime, ¿dónde dió contigo la patrulla y por qué traes sombrero a la Bolívar?

—Voy á decir á usted cómo han pasado las cosas. Hace poco, al comenzar la noche entró de repente una partida de soldados en una casa de la calle de los Carneros donde yo estaba escondido. Así como percibí el ruido de la gente armada salté una tapia y puse piés en polvorosa. Al brincar la pared se me cayó el sombrero y como pensé que tendria que andar toda la noche, resolví, durante la carrera que llevaba, quitarle el suyo á un viejo de capa larga que alcancé á ver delante de mí. Al pasar por su lado le eché mano al sombrero y me lo encasqueté sin dejar de correr. Esta es la razon por qué me metí en su huerta con sombrero á la Bolívar, como usted lo llama.

—Castigo de Dios! exclamó Jorge, te salvaste de las garras de la patrulla para caer en las mias. La Providencia quiere que tú vayas por mi voluntad, desterrado á las playas mortíferas de la Costa á donde por tu culpa fuí yo á dar, y donde pasé trabajos indecibles.

—Por piedad señor, no me denuncie; no me entregue á la justicia; tengo mujer é hijos que se morirán de hambre si les falta mi apoyo.

—El dia en que me aprehendiste, tú sabias que yo tenia un padre anciano, una hija y unos hermanos pequeños, expuestos á morirse de hambre si les faltaba mi proteccion y esto no te conmovió. Tampoco ignorabas que tenia una novia á quien amaba entrañablemente, y con la que iba á casarme en esa semana, y no te compadeciste de ella ni de mí. Recuerda que cuando me amarrabas, te rogaba, te suplicaba con acento conmovedor que por piedad á esas personas me ataras en falso para que pudiera escabullirme en un sitio apropósito, y tú te reiste de mis ruegos y me amarraste como si fuera salteador de caminos. Esas pobres criaturas sufrieron mucho desde el dia en que les faltaron mis socorros, y.... escucha bien, malvado; algunos de mis hermanos fueron víctimas del hambre!.... Si ahora voy á causarte algun sufrimiento no me culpes á mí, culpa á tus crímenes. Cuando el dolor te obligue á dar gritos y ayes destemplados, no atribuyas tu desgracia a mi crueldad; no, yo no soy sino el instrumento que ha escogido la Providencia para aplicarte la terrible ley del *Talion*: ojo por ojo y diente por diente.

—Así me gusta, dijo Liberato soltando á Perico y saltando en un pié de contento; bueno y rebueno, apruebo la idea de que le saquemos á éste pícaro los ojos y los dientes.

—Señor Don Jorge, dijo el preso, le hice á usted mucho mal, pero me pesa en el alma; fuí un malvado pero estoy arrepentido.

—El arrepentimiento sin expiacion no es duradero, es necesario que sufras para que en lo sucesivo seas un hombre bueno.

—Si, dijo el criado, es preciso fusilarlo para que cambie de conducta; para que otra vez no se meta en huerta ajena sin licencia de su dueño.

—Perdon! señor Don Jorge, dijo Perico, y se arrojó a los piés de nuestro héroe, los que besó y humedeció con sus lágrimas; no me levantaré de aquí, añadió, hasta que usted no olvide lo pasado.

—Lo porvenir será, dijo Liberato, que por ahora es lo que espanta á usted.

—Levántate!.... le dijo Jorge conmovido; tu súplica ha penetrado en el fondo de mi corazon; así, de hoy en adelante tendrás en mí un protector leal y en mi casa un asilo seguro.

—No me gustan los *perdona-vidas*, dijo Liberato en voz baja volviéndole la espalda á su amo.

—Cómo! te atreves á insultarme, socarron?

—Líbreme Dios de tal cosa; yo no digo sino que no me gusta que su merced le perdone la vida á ese zaragate.

—Ah! dijo Jorge riendo, eso es otra cosa; me olvidaba de que tú ofendes sin pensarlo ni quererlo,

—Usted tambien me perdona? le preguntó Perico á Lucía con voz humilde.

—Oh! sí, yo siempre sigo el buen ejemplo de Jorge.

—Ustedes son mis bienhechores; son mis padres, mis dioses, expresó el hombre lleno de gratitud.

—Basta!.... basta! dijo Jorge.

—Y dirigiéndose á los criados agregó:

—Llevad consigo á Perico y dadle cena y cama.

—Obedecida esta órden le dijo Jorge á su esposa:

—Como se ensancha el corazon cuando uno hace una buena obra; en este momento siento las emociones más dulces; me parece que Dios está dentro de mi pecho.

—Verdad, yo tambien experimento gozo; no hay duda de que el perdon satisface más que la venganza; aquel es todo miel, esta tiene su parte amarga.

Has hablado como un buen predicador.

—Oh! Dios mio! exclamó Lucía postrándose de hinojos al pié de una imágen de Jesus, si algo vale para tí la accion que Jorge y yo acabamos de ejecutar, en recompensa derrama sobre nosotros los bienes que guardas en tu mano para los que siguen tus santas leyes.

Hecha esta plegaria los dos esposos se acostaron á dormir, pensando en que Dios recompensaria tan generosa accion. La Providencia que está siempre más pronta para premiar á los buenos que para castigar á los malos no echó en olvido la accion de Jorge y de Lucía como de ello puede convencerse el lector al leer el último capítulo de esta verdadera historia.

CAPITULO XVI.

Epítome.

DOCE AÑOS, ocho meses y diez y siete dias despues de los últimos sucesos que quedan referidos, esto es, el 17 de Octubre de 1867, yendo yo (permítaseme que hable en primera persona) yendo yo de paseo por las cercanías de la granja donde Perico halló asilo y proteccion, oí de repente una voz llena y varonil que me llamó por mi nombre. Al momento volteé á mirar hácia el punto de donde me parecia que habia salido la voz y distinguí la cara de un hombre adherida á los balaústres de la verja de la quinta. Este hombre era Jorge Gavilan, de quien era yo conocido y á quien yo conocía muy bien. Así como nos

vimos de frente nos saludamos, y en seguida él me dijo que me acercase y entrase en su verjel; yo hice lo que él deseaba, y confieso que quedé pasmado de admiracion al ver á mi paisana Lucía tan primorosamente ataviada como la más galana dama y tan bella y rosagante como trece años ántes; el tiempo no habia desfigurado sus facciones ni marchitado su morena tez. Su semblante alegre y festivo expresaba la tranquilidad de su alma. Y, ¿cómo no estar satisfecha de su dicha, teniendo un marido á quien amaba y de quien era adorada? ¿dos hijas preciosas que semejaban dos botones de rosa cuando empiezan á abrirse? ¿un buen caudal para gozar de todas las comodidades de la vida? y finalmente, una salud y tranquilidad de espíritu perfectas?.... Todas estas cosas juntas no hacen la ventura?

Cuando yo entré en el verjel, Lucía se entretenia en coger flores para regalarle á sus hijas. Saludela con respeto; ella me correspondió de la misma manera, y con cierta gracia encantadora me invitó á que siguiera para la casa. Yo no me hice rogar, y luego que entramos en la sala y nos sentamos, ella rodeada de sus hijas y yo inmediato á Jorge, alcé la voz y la dije cuál era mi nombre y el lugar de mi nacimiento, y al punto me respondió que me conocia, dándome muestras de gran contento por tener en su casa un paisano con quien departir sobre su vida novelesca. Contóme sus desventuras con donaire y desembarazo; hablóme largamente de las TRAVESURAS de Chepillo; de las simplicidades de Liberato, de las desgracias de Jorge y algo relativo á la vida del tio Juancho y á la de Perico.

Gavilan me refirió, en seguida, sus trabajos desde el dia en que fué conscripto hasta el dia en que se vengó de Chepillo, con lo cual me dió un rato muy entretenido.

Cuando hubo concluido, les pregunté á él y á Lucía:

—Y han sido ustedes felices en su matrimonio como fueron desgraciados en sus amores?

—Oh señor! respondió Lucía, yo soy tan dichosa que si Dios me ofreciera hoy el paraíso con todas sus delicias, en cambio de mi vida, lo rehusaria

—Yo señor, dijo Jorge, no daria el imperio de esta casa por el de la nacion más opulenta de la tierra. Los emperadores y los reyes tienen grandes goces; pero tienen tambien grandes sufrimientos. Á ellos los mortifica el temor de perder el trono de un dia á otro y el terror de descender á un patíbulo, ó á una prision perpetua al perderlo; y á mí no me incomoda ese temor porque nadie puede destronarme, á no ser la muerte, y la muerte, como usted sabe es un acontecimiento natural, para que mortifique á nadie sin verla venir. Desde que uní mi alma á el alma de Lucía sé lo que es la dicha perfecta y desconozco absolutamente el dolor.

Despues de un momento de silencio añadió:

—Aquí en esta deliciosa mancion hemos vivido como Adan y Eva en el paraíso, ántes de su caida.

—Veo que ustedes han sido más felices que nuestros primeros padres, les dije, ellos no tuvieron la dicha de acariciar á sus hijos sino despues de la maldicion de Dios, y ustedes los abrazan y besan en el momento en que la Divinidad los bendice.

Al oir Lucía estas palabras dejó escapar de sus ojos sendas lágrimas de gozo que rodaron lentamente por su faz risueña y serena.

—Mamá llora! gritaron á la vez las dos niñas que á la sazon tenian sus lindos ojos puestos en los de su madre.

Lucía se levantó de la mullida poltrona donde estaba sentada y como para ocultar su dulce emocion, me dijo:

—Quiere usted, señor Rozo, pasear la quinta?

—Con el mayor gusto, le respondí.

Lucía salió al corredor y gritó:

—Virginia.... ! Virginia.... !

Pronto se presentó una señorita de veintidos á veinticuatro años de edad, de bella fisonomía y graciosamente vestida, que me agradó por sus torneadas formas, su educacion y sus modales. No bien llegó, emprendimos el proyectado paseo, y llenos de contento nos internamos en el bosque embalsamado. Habriamos andado unos cuarenta pasos, cuando mis ojos vieron un cuadro de árboles, de arbustos, de colgantes bejucos, de vistosas flores y de pequeñas y artificiales cascadas, tan admirablemente simétrico y hermoso que no habria podido describirlo debidamente ni el mismo Walter Scott, ni habria podido pintarlo el memorable Velázquez de Silva si resucitaran para esto solo. Recreando estaba mi vista en este magnífico cuadro cuando aspiré los aromas más delicados exhalados de las flores y plantas olorosas; cuando percibí los conciertos más armoniosos entonados por esos primeros músicos que regalaron los oidos de Adan en el paraíso, cuando noté que mis piés resvalaban por un pavimento alfombrado de musgo y que mi cabeza se rozaba con los pensiles de flores y los matizados festones que al soplo de la brisa sé mecian por todas partes como lámparas de colores. Mi alma apasionada por las bellezas de la naturaleza, se dilató contemplando este eden maravilloso.

Paseando por entre los árboles y las flores, por aquí y por allí, llegamos á la verja de la granja y allí me despedí de las amables personas que me acompañaban, estrechando cordialmente la mano de cada una.

Cien pasos me habria separado de la puerta del verjel cuando me encontré con Liberato Chirlobirlo que se dirigia á ella. El hombre no bien me vió me dijo:

—Buenos dias tenga su merced, mi amo Don *Jesus Silvestre Rozo*, ¿qué milagro es verlo por aquí?

Yo que estaba en el error de que Chirlobirlo hacia algun tiempo que era alma de la otra vida, le hice, sin contestarle el saludo, esta pregunta, que dió orígen al siguiente diálogo:

—Cómo! todavía vives?

—Todavía dando que sentir en este valle de lágrimas, y sepa su merced que si me hubiera muerto no se lo negaba.

—Vaya una contestacion más original! Veo que eres el mismo Liberato Chirlóbirlo de ahora há tantos años cuando te conocí.

—Y cómo habia de ser otro? ¿No sabe su *persona*, que genio y figura hasta la sepultura?

—Cierto es eso.

—Tan cierto como lo más.

—Dime; ¿todavía estás de criado de tu amo Jorge Gavilan y de tu señora Lucía Pisco?

—Sí, señor. Pero ha de saber su merced que mis amos ya no se llaman como se llamaban en Guatavita.

—Cómo! qué no se llaman....

—Él se nombra hoy *Jeorgino Galan*, general de no sé qué, y ella, *Lucinda Piscaña*, señora de copete grande, ó de qué sé yo.

—¿Y desde cuándo es general tu amo?

—Desde la guerra de 1860; ¿no sabe su merced que entónces hi-

cieron generales á todos los sugetos *estinguidos* que pelearon y á muchos de ellos que no pelearon?

Tienes razon. Desde entónces tenemos generales muy particulares. Pero volviendo á tus amos, ¿con que es verdad que se han cambiado el nombre?

—Sí, señor, desde que están que vuelan se llaman de otro modo como las orugas.

—Qué capricho! Sólo los criminales ocultan su nombre en tierra extraña para escapar así las persecuciones de la justicia.

—Eso mismo he dicho yo.

—¿Tú no adivinas el motivo de ese segundo bautismo? le pregunté á fin de hacerlo hablar, pues á mí no se me ocultaba el por qué.

—Yo lo que sé es, me contestó, que desde que cambiaron de suerte se variaron el nombre, y me figuro que esto lo habrán hecho con el fin de ocultar á sus amigos y conocidos nuevos lo que fueron en otro tiempo. Y á la verdad, en balde averiguaran los curiosos por la procedencia del general Galan y por la de la señora Lucinda Piscaña, que por mi santiguada que no habrá quien diga cuáles fueron sus padres ni cuál la tierra donde nacieron. Ahora, si sus paisanos los ven, estoy seguro de que se quedan en ayunas de quiénes son, pues con los vestidos majos que usan aquí en la ciudad, se han puesto tan diferentes que pueden engañar á la madre que los parió.

—Pero yo no me engañé; todo fué verlos y conocerlos.

—Porque los encontró con su ropa casera que aunque muy decente, es nada en comparacion de la que se ponen cuando salen á la calle. Si su merced los viera de *tiros largos* no los conocia aunque se pusiera á cabilar un dia entero. El señor general se engalana más que un maromero. El dia que sale con su vestido bordado de oro, le echa cacho al mismo sol en los resplandores. De la señora Lucinda no se diga. ¡Qué de chucherías no se prende en el pecho, en la cabeza y en las orejas! ¡Qué de perifollos, cintas, listoncitos y galones por todas partes! Se pone unos trajes de seda y unas chupas de terciopelado que le sientan tanto á ese cuerpo de arboloco y á esa carita de serafin que Dios le ha dado, que yo me imagino que los pavos reales le tendrán envidia siempre que por cerca de ellos la ven pasar contoneándose como una reina. Es tan filimisca y lamida que no hay dia de esta vida que no se bañe la figura en tres aguas; que no se peine como una novia; que no se embadurne de pomada hasta las cejas y se eche en el coleto unos licores que trascienden de lo bueno. Cuando ya está bien peripuesta se mira y se remira la estampa en un espejo grande como una puerta que tiene en su aposento, y hace delante de él más remilgos y muecas que un payaso pagado de su persona y su ropilla.

—Liberato; mira que no sienta bien en boca de un criado leal el hacer malas ausencias de sus amos.

—Les pago en la misma moneda; ¿no hacen ellos de mí malas *presencias*? Si les oyera su merced las maldiciones que me echan y los apodos que me ponen en mis propias barbas!.... Pero bien visto, ¿qué mala palabra he dicho de mis amos? Lo único que he hecho es contarle á su merced lo que es la rueda de la fortuna y las vueltas que ella dá; y á la verdad, yo que conocí á Don Jorge con su maleta de chucherías á las espaldas, de mercado en mercado, y á la niña Lucía que cuidaba sus ovejas en la estancia de su padre; que ordeñaba su vaca negra á la orilla de la sementera é hilaba su vellon debajo del



alar de su choza, puedo decir que el mundo dá muchas vueltas y que tan fácil es que un cualquiera se haga un gran señor, como que un gran señor llegue á ser un cualquiera; y ahora recapacito y veo que por lo que mis amos fueron y por lo que hoy son, no es oro todo lo que reluce. Quiero decir que muchos de esos caballeros tan majos y muchas de esas señoras tan currutacas que por las calles pasean con un garbete como si fueran ángeles caidos de las estrellas, no son gran cosa, y sabe Dios lo que en su tierra fueron. ¿No piensa su merced lo mismo?

—De todo se vé en este pícaro mundo, Liberato; los pequeños se nivelan con los grandes, como Jorge Gavilan y Lucía Pisco, y los grandes con los pequeños como les ha acontecido en estos últimos tiempos á nuestros hombres de estado, que aunque hijos mimados de la fortuna se les ha apagado de repente la estrella y han caido de la cumbre del poder á los más lóbregos calabozos donde habitan los criminales.

—Yo, mi querido amo, viendo las vueltas que el mundo dá, tengo esperanza de ser algun dia obispo ó cuando ménos canónigo, y segun me parece, poco importa para ello que no sepa el abecé.

—Es posible, hombre, Félix Peretti fué porquero en Montalto su patria y tiempo despues llegó á ser papa bajo el nombre de Sixto V, bien que para conseguirlo tuvo que aprender muchas ciencias.

—Pero por lo que veo y lo que oigo, no es menester aprender nada para llegar á ser en esta tierra lo que uno quiera, ¿no es verdad? mi amo.

—Verdad es, Chirlobirlo, hombres conozco que cuando estalló la revolucion de 1860, eran herreros unos, maestros de escuela otros, tinterillos de chicha y nabo no pocos y unos cuantos bagamundos, perdonavidas y mequetrefes, quienes habiendo tomado parte en la refriega ascendieron rápidamente, como la espuma en los basureros de los caños, unos á coroneles y otros á generales sin haber aprendido á manejar ninguna arma y sin haber hecho una hazaña que los hiciera dignos del grado de sargentos, y es seguro que con tan inmerecidos grados alcanzarán algun dia los principales empleos de la República, porque el pueblo cree con fe viva que los altos grados militares dan talento y sabiduría.

—Si esas no fueran *indireitas* á mi amo, era señal de que ya yo no entendia lo que se hablaba. Aunque soy un simple criado ó un criado simple como me llaman los envidiosos de mi caletre, no dejo de comprender que el tiro de su merced ha ido derecho al general Galan, pues á él le cae como latigazo en bestia lerda.

—Lléveme el Diablo si he pensado en satirizar á tu amo cuando tal cosa dije, pues bien sé que el año de 1860 cuando estalló la revolucion ya él era teniente coronel. Mi sátira se dirije al Gobierno que concedió tan inconsideradamente tantos ascensos elevados, acarreandose con ellos dos males gravísimos, á saber: 1.° criar una caterva de aspirantes á los destinos civiles, pues no hay general que no quiera ser presidente ó senador de la República, ni coronel que no tenga gana de ser gobernador ó diputado y 2.° aumentar los gastos del Tesoro público con crecidos sueldos y *enormes penciones.*

—Cierto es que se nos ha plagado la tierra de *melitares:* hoy para saludar sin errar tiene uno que decirle al mundo entero (á los machos se entiende), adios mi coronel, adios mi general. Tambien es verdad que estos grados de marca les da á los que los llevan, un apetito desordenado de comer turron y hacer persona que viven como con espinas cuando no están mascando á dos carrillos, repantigados en doradas sillas. A mi amo le dió un flato tan grande que por aínas se muere, porque no

podia atrapar los destinos que deseaba y tanto intrigó, rogó y porfió que al fin y al cabo logró ser congresista y despues será gobernador, pues ahora está de can.... can.... delero para ese empleo.

—De candelero....? pero no vas muy errado; de candidato querrás decir, para ponerlo en el candelero.

—Eso, sí señor.

—Cierto es que los porfiados, audaces é intrigantes alcanzan los destinos que desean, y tambien que los hombres de mérito se quedan arrinconados. Un sabio ha dicho:

El talento modesto y verdadero
huye la afrenta que otra vez le hicieron,
se retira y esconde avergonzado;
Los falsos son honrados, sin vergüenza,
flexibles, diestros, y jamas se cansan
de instar y porfiar hasta que logran.

Quizá tú no entiendes esto, pero yo no puedo dejar de decírtelo, porque está que me brinca la lengua por echar al aire más de cuatro verdades que se me están pudriendo en el estómago.

—Entiendo que su merced quiere decirme que en esta tierra suben los que debian bajar y bajan los que debian subir.

—Precisamente. En consecuencia tú no debes perder la esperanza de ser algun dia obispo, militar de alta graduacion ó alto empleado civil, pues en este país, tan fácil es ser prelado, como general ó presidente de la Repúbilca. Para subir al puesto más encumbrado, no se necesita otra cosa sino es tener genio intrigante y audaz. Si tú eres atrevido y astuto, llegarás á ser lo que quieras, ya en la carrera eclesiástica, ya en la militar, ya en la civil. Aquí se han visto individuos á la cabeza de la iglesia que no podrian estar dignamente á los piés; obispos que no podrian ser curas y curas que serian malos sacristanes. En lo militar ya has visto con qué facilidad puede cualquiera prenderse unas charreteras en los hombros. En lo civil, sabe amigo, que con regalos, adulaciones ó intrigas se han conseguido siempre empleos de importancia, y de aquí el que haya constantemente jueces y magistrados que si han estudiado el *Derecho*, lo han aprendido tan torcido que al administrar justicia se la dan á quien no la tiene, y gobernadores tan desgobernados que da compasion mirarlos. Conozco á un mósalvete que á pocos años de haber salido del colegio sin ciencia ni experiencia se hizo nombrar gobernador de un Estado, como si la sociedad fuera un corral de gallinas: sí, Liberato, un corral de gallinas que acaso sería lo que el ignoranton podia gobernar, y sé de un quídam que ha desempeñado, ó mejor, que ha ocupado el mismo puesto público sin haber hecho en su vida otra cosa que apacentar cabras, como si los pueblos fueran rebaños de carneros, y tengo noticia de que las asambleas legislativas de los Estados no se componen sino de militares, poetas, médicos, matemáticos, pintores, agricultores, hacendados, tinterillos, comerciantes, músicos, artesanos y *politicastros*, ó lo que es igual, ignorantes en todo arte y toda ciencia; pero no de publicistas y de jurisconsultos, como si los diputados de una legislatura no tuvieran otro destino que el de derogar ó destruir, que es para lo que no se necesita tener más que piernas, brazos y boca y no la mision de descubrir leyes que hagan la felicidad de los gobernados, para lo que se necesita cabeza; y sé tambien que el congreso se forma á veces de la misma clase de gente, con la diferencia de una tercera parte de ha-

cendados, que casi siempre concurre, cual si el primer cuerpo de la nacion tuviera el destino de *motilar* y *herrar*, que es lo que los tales saben hacer á las mil maravillas. *

—Pero yo he oido decir que el gobierno tiene hacienda, dijo Liberato, y en tal caso me parece á mí que no era malo que los congresistas supieran herrar y esquilar.

—Que el gobierno tiene hacienda, es muy cierto; pero es tan distinta de las que tú conoces, que si al administrarla llegan los *mayordomos* á *errar* ó á meter *tijera*, es seguro que la arruina.

—De suerte que siendo los congresistas hombres acostubrados á *errar* y *trasquilar*, como buenos hacendados, habrán dejado la hacienda del gobierno muy mal parada.

—En la inopia, amigo.

—Válgame Cristo! ¿y se les habrá enredado algo en las uñas, como se les enreda siempre á los que yerran y trasquilan animales ajenos?

—Cuidado Liberato que vas entrando en terreno vedado. No seré yo quien conteste tu pregunta. La respuesta te la darán algunas leyes de circunstancias, con las cuales se han improvisado no pocas poderosas fortunas.

—Con razon que sea un destino tan codiciado.... Y por lo que su merced dice no debo perder la esperanza de ser congresista ó gobernador, que es lo que me inclina, si no puedo ser hombre de iglesia.... Pero quitémonos de aquí que el sol me tuesta los sesos y pasémonos á parlar á la sombra de aquel árbol que allí se ve.

—Pasémonos, hombre, aunque estoy seguro de que no hay el menor peligro de que te suceda lo que temes.

No bien nos trasladamos debajo del árbol le pregunté:

—Hablando de otra cosa, ¿tú sábes qué fin corrió Perico el criado de Chepillo?

—Sé que se metió en la revolucion de 1860; que fué *prefeito* de Cipaquirá y que como tal, templó mucho la cuerda cojiendo jente, quitando bestias y echando empréstitos, de los cuales dicen las malas lenguas que dejaba en su poder más de la mitad. Dicen tambien que hizo compañía con algunos *prefeitos* y sujetos de otro Estado para llevar á vender animales de brigada á los Llanos y que sacó el pié del barro la compañía. No bien pasó la guerra, compró una hacienda en tierra templada, con los ahorros que habia hecho en el destino, y se fué á ella á gozar del fruto de su *industria*. Estando viviendo en su campo en faz y en paz, de repente se le presentaron una noche doce enemigos de los muchos que se habia granjeado como *prefeito* y le dieron una horrible paliza, y ademas lo desjarretaron, dejándolo tullido por los dias de su vida.... Despues de esto, un señor *doitor de leyes*, le armó pleito por ciertos intereses que Perico le habia quitado cuando estuvo con el mando en Cipaquirá, y dicen que el señor abogado le ganó la lítis y se pagó con la hacienda. Hoy el infeliz de Perico vive en la mayor miseria, con el pecado y sin el género tendido en un junco maldiciendo su suerte.

—Bien merecido. Como ese son todos los patriotas que se lanzan en las revueltas políticas. Dicen que se meten por amor á la causa y no es sino por amor á su persona; estimulados por la avaricia y la ambicion.... Son hombres de fines pero no de principios!

* Piensan los ignorantones que se engrandecen alcanzando tales destinos, sin advertir que el pueblo sensato no juzga de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los ocupan.

—Que verdades como puños las que ha dicho su merced.... Dios proteja esa boca.

Hubo un momento de silencio que rompí con la siguiente pregunta:

—Jorge y Lucía se dan buena vida?

—Linda y bella, señor. La quinta es un paraíso donde mis amos gozan hasta que les sabe á feo. Casi semana tras de semana dan unas comidas y unas *nepomuciues* de chuparse los convidados las manos hasta los codos.

—Unas qué!.... Qué es eso de nepomuciues que no entiendo?

—Válgame! qué desatino he dicho!.... No son *nepomuciues* sino *suarés* las que dan. Voto al *diágiro!* cómo me enreda el Diablo la lengua y me hace trocar los términos!.... Como mi amo siempre está diciendo: hay que dar una *suaré;* hay que convidar á fulano y á zutano á la *suaré*, se me metió en la cabeza usar del vocablo cuando se me ofreciera, y como tengo tan mala memoria quise conglutinarlo á ella, y para esto me dije: no hay sino es poner en la mollera un clavo y amarrar á él el terminacho. Dicho y hecho, eché mano del nombre de Nepomuceno Suárez que vive aquí cerquita, y planté el Suárez de clavo viendo que podia servirme, ladiándolo un poquito y diciendo *suàré* en vez de *Suárez*. Pensando en que tenia la palabra bien prendida á la memoria, fuí á decirla por primera vez en mi vida, y mi mala estrella ha querido que la equivoque con el nombre y por esto he hechado el un vocablo en vez de echar el otro, y de ahí que dijera nepomuciues en vez de suarés.

—En esas equivocaciones incurren de continuo los vanidosos que como tú quieren aparentar sabiduría siendo unos ignorantes.

—Con lo que acaba de pasarme voy á quedar curado del resabio.

—Volviendo á nuestra conversacion, decias que la quinta era un paraíso donde se gozaba....

—Ah! sí, sí; en ella hay siempre comilonas, bailes, cantos con música; unas diversiones se van y otras vienen.... Y qué gente la que asiste, señoronas y caballerotes que no hay más que ver. De lo más famoso y lucido que hay en la ciudad. En esas funciones todo brilla como el sol y todo huele á rosas.

—Y á qué sabe?

—De eso sí no le doy razon á su merced porque quedo tan á la cola de los criados que no alcanzo á lamer los platos ni á escurrir los vasos.

—Y los convidados no les corresponden á tus amos dándoles comida por comida y tertulia por tertulia?

—Eso sí, señor; si por allá no lloviera por aquí ya habia escampado. Quiero decir, que si los convidados no convidaran, ya se habian acabado en la quinta los convites. Y sepa su merced que si mis amos han sido largos y generosos con sus amigos, éstos no se han quedado atras en largueza con mis amos.

—¿Tú has llegado á ver uno de esos convites que á Jorge y Lucía les han dado?

—Sí, señor; no sólo uno sino muchos; todos aquellos en qué por el mal tiempo me ha tocado ir á llevarles á mis amos los zapatones y los paraguas.

—Qué te han parecido las casas?

—Pedacitos de cielo, mi amo,.... Jesus, qué hermosura!.... Por todas partes vidrieras; espejos grandes como mi coleto; arañas de cristal, cuadros de *santos;* alfombras, cortinas de seda, tazas de flores, *estacuas*....

—Estatuas serán, y no estacuas.

—Eso, sí señor, eso.

—Las comidas muy buenas y abundantes?

—Mi amo de mi alma, unos bodorrios de lamerse y relamerse los señores tragantes como las vacas perezosas.

—Los bailes muy alegres y bonitos?

—Son coros de ángeles y de vírgenes, señor, con uno que otro diablito tentador que hace caer en tentacion á las chicas más saladas y blandas de corazon.

—¿Qué cara hacen tus amos en esas funciones?

—Muy festiva, y con razon. Ha de saber su merced que en la mesa todas las miradas; todas las atenciones y todos los buenos platos son para ellos. En los bailes, no se diga; todo es verlos entrar en la sala y el mundo entero se mueve y se levanta como si se presentara la Santísima Trinidad. Despues de esto, caballeros y señoras corren á estrecharles las manos y á retorcerse á su lado como una melcocha. Yo desde la puerta miro, oigo y callo; pero me digo á mí mismo: si estos gaznápiros supieran lo que fueron el caballero y la señora á quienes doblan la rodilla, no los venerarian como á santos de la iglesia....¡ Oh fortuna caprichosa, que á unos alza y levanta hasta las nubes sin más ni más, y á otros estropea, rebaja, aplasta y mete debajo de los más asquerosos muladares de trapos raídos!

—Veo que tú no puedes sufrir que tus amos hayan subido á la cumbre de la prosperidad donde la fortuna los ha colocado, cuando de ello debieras dar gracias á Dios porque tú participas de esa bonanza. Dime, hombre, te habias siquiera imaginado que servirias á grandes señores; (porque grandes son tus amos, mal que te pese) que vivirias en una bella granja; que comerias bocados exquisitos y sobre todo que vestirias camisa de cuello y pechera; pantalones y chaqueta de paño bogotano; sombrero jipijapa y chinelas sogamoseñas?

—No juzgue su merced de la dicha de nadie por la facha, ni piense que un hombre tiene la panza llena porque vista ropa decente, que hoy es de moda vestir de tisú y de terciopelo á lo Arzobispo y ayunar al traspaso á lo apóstol de Jesucristo.... Si su merced fuera criado, sabria que en las casas donde mejor comen los amos es donde más ayunan los sirvientes. Los ricos tratan á sus domésticos como los agricultores á sus yeguas de trillar, que las tienen todo el santo dia pisando gavillas sin darles una sed de agua, y si las pobres acosadas por el hambre se agachan á coger una espiga, ahí te van latigazos y maldiciones de marca mayor.

—Observo, Liberato, que el roce con la gente culta te ha hecho discreto y *profundo*, tanto que no te encuentro *fondo*.

—¿No recuerda su merced que un refran dice: no con quien naces sino con quien pases, y otro: el que bien se acompaña aprende lo bueno y olvida la maña?

—¿No crees tú que si Chepillo estuviera en este mundo, se moriria de envidia y de celos al ver á Jorge y Lucía tan venturosos?

—¿Que si estuviera en este mundo, dice su merced? Pues Don Chepillo no está en el otro. Cuando mi amo le contó á la niña en La-Compañía que lo habia mandado á platicar con *mandinga*, yo no lo creí, porque ví que eso no podia ser cierto y me salí con mi *creyencia*. Mire, le dije á Don Jorge, si su merced no le cortó la cabeza, aunque lo haya atravesado con la espada de parte á parte, cuente con que el

Diablo le encaja el alma en el cuerpo, si es que de veras se le ha salido; y así sucedió, pues sé que el hombre está vivo.

—Chepillo vive; pero no en este mundo, Liberato.

—En este vive, señor. No hace mucho tiempo que un paisano mio me contó que Don Chepillo habia entrado aquí á Bogotá el año de 1861 con el ejército vencedor del general Mosquera; que habian estado juntos conversando de cosas de su tierra, y que habiéndole preguntado Don Chepillo por mis amos, el tal paisano le habia contado que la suerte se les habia trocado en bonísima, y que al saber Don Chepillo lo dichosos que eran, y al considerar que él era la causa de su fortuna, habia intentado matarse, y que no habiendo tenido ánimo para levantarse la tapa de los sesos (aunque su vida no valia un pito por los dolores que le ocasionaba la herida incurable que le habia hecho mi amo en la riña que tuvieron en Cipaquirá) habia buscado alivio á sus males, marchándose léjos de aquí á donde no oyera nombrar á mi amo y á la niña.

—¿Y por qué era Chepillo la causa de la ventura de tus amos, siendo así que él los habia perseguido tanto?

—El tal paisano me contó que Don Chepillo le habia dicho que si él no hubiera cogido para soldado á mi amo Jorge, que éste no habria sido general ni gran señor; que si no le hubiera regalado una chácara llena de onzas de oro y de no sé qué más, que con dolor de su corazon le dió la noche que pelearon á espadazos, que no habria sido rico y que si se hubiera casado de veras y no de burlas con la niña, que el *mercachifle* y la pastora no habrian podido unirse en matrimonio y que sin todo esto, mi amo estaria hoy vendiendo sus *chucherías* en los mercados de los pueblos y la niña Lucía haciendo aquello que su marido Chepillo le hubiera mandado hacer segun la suerte que á él le hubiera tocado.

—Ciertamente que Chepillo sin quererlo ni pensarlo contribuyó eficazmente á la ventura de Jorge y de Lucía. Ojalá que el mal que nos hacen nuestros enemigos se convirtiera siempre en bien, como se convirtió el que á José, hijo de Jacob, le hicieron sus hermanos y el que á Jorge le hizo su rival.

—Y que esos desalmados se arrepintieran del daño que nos hacen y se pusieran á hacer penitencia por sus culpas y pecados.

—Como la está haciendo Chepillo despues de haberse arrepentido de sus pillerías. Voy á contarte lo que he sabido de él, pues verdad es que vive, pero no en este *nuevo mundo* sino en el *viejo*. Hace pocos dias que leyendo un libro titulado: *Impresiones de viaje de un bogotano por el territorio de Francia*, recientemente publicado, hallé en él la siguiente anécdota. Cuenta el autor que habiendo salido de esta ciudad en el mes de Agosto de 1861 en direccion de la expresada nacion, hizo conocimiento en Honda con un jóven natural de Guatavita llamado José Acosta, que iba viajando sin llevar rumbo determinado. Que el tal tuvo la franqueza de contarle la historia de su vida llena de aventuras y pillerías, tan interesantes que merecerian ponerse por escrito para entretenimiento de los desocupados. Que en consecuencia de lo que le habia referido, le manifestó que estaba profundamente arrepentido de su mala vida y lleno de tedio y desconsuelo á causa de la desgracia irremediable que le habia ocurrido, tal era la de haber perdido para siempre, por causa de una perfidia suya, á la mujer que habia elegido para compañera de sus dias. Que en segida le rogó con lágrimas en los ojos que se lo llevara en su compañía, pues que esperaba que viendo y paseando un mundo desconocido lograría disipar la melancolía que lo

consumia. Añade el viajero, que compadecido de la situacion del infeliz jóven, accedió á sus ruegos, y que con efecto se embarcaron en un mismo buque. Que no bien pisaron el territorio frances se entregaron á visitar las ciudades y los lugares más notables. Que en una de sus excurciones habiéndoles cogido la noche en un despoblado donde no habia sino una grande y antigua abadía, se dirigieron á ella y pidieron albergue á sus monjes. Que éstos los acogieron con benevolencia y que el jóven Acosta habiendo manifestado grandes deseos de saber la regla del monasterio, el superior de la órden se la hizo conocer diciéndole que ella consistia en lo siguiente: Frugal alimento; prescindencia absoluta de ropa blanca; nada más que siete horas de reposo en duro lecho; tres horas de coro en alta voz, y el resto del tiempo ocupados, unos monjes en instruir niños pobres é ignorantes, otros en curar enfermos desvalidos y la mayor parte en un arte ú oficio, con el fin de socorrer con su producto á cierto número de indigentes. Que despues de una larga conversacion, los monjes les dieron cena y cama; que cenaron con buen apetito y se acostaron tranquilos, y que al dia siguiente al levantarse le manifestó Acosta su determinacion irrevocable de acabar su vida en aquel triste y melancólico monasterio, modelo de piedad y de amor al prójimo. Que él trató de disuadirlo y no pudiendo conseguir su intento tuvo que pasar por la pena de separarse de él para siempre, dejándolo sepultado en tan austera y oscura mansion.

—Gran poder de Dios! exclamó Liberato, casi siempre los famosos perillanes acaban su vida santamente. Dicen que en esta tierra hubo un virey de vida airada, que un dia sin qué ni mas se presentó en el convento de mi padre San Francisco, se despojó de sus vestiduras reales, se puso el tosco sayal de los frailes y murió en *hedor* ú olor de santidad.

—Eso hizo el virey Solis, y tambien el coronel Ley tomando el hábito de San Diego, y á la verdad que la crónica reza que eran unos pillastrones de siete zuelas.

Departiendo así estabamos Chilobirlo y yo cuando salió de la quinta un muchacho y llamó al criado con voz vigoroza.

—He voy, me dijo Liberato, oiga como me llaman.

—Espérate un instante y dime, le dije; quien es esa señorita tan bella y de tan buenos modales que vive en la quinta?

—Por la niña Virginia es que me pregunta su merced?

—Precisamente.

—Esa niña es hija natural de mi amo Jorge y de la Guachilanga, ¿no se acuerda su merced de la Guachilanga?

—Mucho que sí.

—Cómo que se ha prendado de la chica?.. Anímese y se casa con ella.... Qué gusto nos daria á todos los de casa. La niña es hermosa, y es tambien muy atendida en las comilonas y fandangos.

—Cómo! no sabes que es prohibido que los hombres se casen con dos mujeres?

—Es su merced casado?

—Si lo soy, y aunque fuera soltero no seria Virginia la mujer que yo elegiria para esposa.

—Por qué motivo?

—Por ser de mala raza. Veo que su madre no fué muy honrada que digamos.

—Pero no es nuevo en esta tierra que los caballeros se casen con hijas naturales de labradoras, de aplanchadoras, y aun de labanderas cuando los padres son hombres ricos y las han criado en sus mismas casas.

—Esos caballeros han pensado más en la dote que en la mujer, y yo he pensado siempre más en la mujer que en la dote, y de ello no tendré que arrepentirme jamas.

—Bien pensado por parte de su merced. Yo sé una copla que dice:

Cuando se casan dos pobres
Se junta dos corazones,
Cuando se casan dos ricos
Se juntan dos talegones.

—Primorosa copla es esa, Liberato.

—He, ya charlamos largo y parejo; ahora sí, adios que me voy.

—Adios Chirlobirlo, hasta más ver.

—Con esto nos separamos.

De ahí me fuí hablando conmigo mismo y deciame así:

—Que metamórfosis la que ha habido en Jorje Gavilan y en Lucía Pisco. Todo en ellos ha cambiado: figura, vestido, educacion, costumbres, nombre, apellido!.... ¿Quién que los conoció ahora ha veinte años puede creer que sean los mismos que habitan en esa bonita quinta? Él es hoy un cumplido caballero y ella es una matrona digna del mayor respeto por su discrecion, su trato y sus excelentes modales, todo ello debido á la buena educacion.

Pensando en los caprichos de la fortuna llegué á casa, fatigado de lo mucho que habia caminado me tendí en un canapé y allí dando en lo mismo, se me encajó en la mollera el deseo de escribir las aventuras del hombre y la mujer que acababa de ver y admirar, y en consecuencia la vida de Chepillo, la de Liberato y la de otras personas cuyas acciones, sabia muy bien, que estaban íntimamente enlazadas con los sucesos novelescos acaecidos á Jorge y Lucía.

Tomada la resolucion de escribir, me dije:

—Si Dios me dá vida, salud, pluma, constancia y dinero, dentro de poco tiempo leerán en esta tierra UNA HISTORIA QUE PARECE NOVELA.

FIN DEL LIBRO CUARTO Y ULTIMO.

INDICE

ÍNDICE.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

CUADRO

que contiene los errores tipogáficos y ortográficos más sustanciales y las trasposiciones, repeticiones y agregaciones de vocablos y las omisiones de palabras y períodos que alteran el sentido de algunas frases y aun de varios discursos.

Pág.	lín.	Dice:	Léase.
4	12	de la cantidad que tuviera.	de la cantidad de dinero que tuviera.
4	20	una suma................	una suma de pesos.
15	24	y hace la señal..........	y haz la señal.
16	33 y 35	páralisis............	parálisis.
21	29	Hace lo que.............	Haz lo que.
23	4	Hace lo que.............	
28	23	la escuela permanecia....	la escuela permaneciera.
34	21	Y acordandose...........	Y acordándose.
42	36	y silvos...................	y silbos.
43	20	Chepillo lo lo............	Chepillo lo.
45	36	boy......................	voy.
46	3	venimos..................	vinimos.
46	4	quita allá estas...........	quita allá esas.
47	8	hacer que...............	hacer lo que.
48	34	abanzar...................	avanzar.
49	32	belleza arrebadora.......	belleza arrebatadora.
50	47	queda contiguo..........	queda contigua.
51	44	un homor................	un humor.
52	32	poco enfadado............	poco enfadada.
57	15	que haz..................	que has.
58	22	prorrumpió con..........	prorumpió en.
59	6, 17, 23 y 31	haz..........	has.
59	16	Sí, hacete...............	Sí, hazte.
61	11	ancio ver................	ansio ver.
62	10	haz.......................	has.
63	16	(que remendaba admirablemente todos los males conocidos)...............	(que remedaba admirablemente todos los animales conocidos.)
64	1	el poso..................	el pozo.
65	24	A memoria Dios mio!....	¡Ah memoria Dios mio!
65	39	respondame..	respóndame.
70	47	donde estaba............	donde la copa estaba.
71	51	prorrumpe con un rugido de rabia, más bien que con un grito................	prorumpe en un rugido de raba, más bien que en un grito.
80	39	estoy dispuesto..........	estoy dispuesta.
85	51	Sabes amigo.............	Sabe amigo.
93	27	cunclillas................	cuclillas.
94	„	Gertrudis (y las demas páginas en donde se halla este nombre.................	Gertrúdis.
107	45	venimos..................	vinimos.

CUADRO QUE CONTIENE LOS ERRORES

Pág.	lín.	Dice:	Léase.
108	37	que estimes necesario y todo	que estimes necesario, para lo que luego te diré, y todo....
110	36	á costas mias	á costa mia.
114	26	rumatismo	reumatismo.
116	53	de alta graducion	de alta graduacion.
124	1	Ne	No.
124	18	haber visto al ídolo de su alma, y alegre por haber anudado el hilo roto de las relaciones que hacian su felicidad	haber visto á la que habia sido, y que al parecer era, el ídolo de su alma, y alegre por haber anudado el hilo roto de las relaciones que hacian la felicidad á que aspiraba.
130	8	que no sepa el A, B, C...	que no sepa el abecé.
135	45	que pervertido	que pervertida.
142	25	y los ermitas	y las ermitas.
143	3	enfermedad dolor	enfermedad dolorosa.
145	50	Le advierto á usted que si se muere	Le advirto á usted que si paga lo que debe y sé muere.
147	14	se hincó, sus	se hincó de rodillas, sus.
148	22	Y ambos	Y ámbos.
148	52	salude al cura	saludes al cura.
149	18	sena	cena.
149	45	una cento	un acento.
151	35	Ajah!	Ajáh!
152	35	ha racionado	ha razonado.
159	50	el mismo	él mismo.
262	46	venimos	vinimos.
172	7	de vallado	de zanja.
172	12	vallado para	zaja para.
176	43	cunclillas	cuclillas.
178	6	peruetano	peruétano.
178	13	balaustre	balaústre.
180	40	tembloroso	tembloso.
182	34	temblorosa	temblosa.
186	42	temblorosas	temblosas.
187	22	colcochon	colchon.
187	32	temblorosas	temblosas.
187	49	saltando la cama	saltando de la cama.
195	47	matrimo	matrimonio.
197	7	prorrumpe	prorumpe.
210	11	hace pocos meses	hace pocos años.
210	33	pasarán	pasaran.
216	13	estban	estaban.
217	4	haitera	ahitera.
228	48	hecharon	echaron.
232	7	de nona	de dona.
234	37	armádose	armándose.
243	25	sino como la mejor novela de	sino una novela como la mejor de.
235	34	tomitas	tomistas.
350	10	seis años	siete años.
253	37	cuplido	cumplido.
255	24	quitar el hambre	quitar el hambre y la sed.

Pág.	lín.	Dice:	Léase.
255	30	al tréves.................	al traves.
262	52	inquisicional...........	inquisitorial.
268	44	lejura..................	largura.
275	17	á usted..................	á su merced.
278	41	dicernir..................	discernir.
281	7	lapiz....................	lápiz.
291	6	centenares de extraviados.	centenares de extraviados. Si el alzamiento que en 1854 se hizo contra el Gobierno careció de causa legítima y de fin justificable, no le faltó popularidad y en atencion á ésta, ya que no á las razones arriba apuntadas, debió indultarse á los conspiradores, por cuanto á que el mal de la pena, por razon del número que la sufrió, fué mayor de lo que habria sido el mal de la impunidad.
309	16	del 3 de Diciembre.......	del 3 del presente Diciembre.
310	28	me quiere?.............	me quieres?
318	51	ven en un monte Sinaí ...	ven un monte Sinaí.
342	39	el año de 1870...........	el año de 1860.
344	15	á los que herran.........	á los que hierran.
344	27	le pregunté.............	le dije :
348	33	He voy.................	Me voy.
349	6	Se junta................	Se juntan.

ADVERTENCIA.

Hemos empleado en la composicion de esta obra las voces que á continuacion insertamos, unas que aunque españolas, dándoles un significado que no es el genúino; pero sí muy conocido del pueblo para el cual escribimos; otras que no son castellanas, pero sí provinciales muy usadas en Colombia y otras que alteradas en su forma material por el vulgo, son mejor entendidas así que como las trae el Diccionario:

Arrastrar.
Agallento.
Alita.
Arzonar.
Andrajoso.
Ajáh.
Alfandoque.
Almuercera.
Bodoquera.
Bauque.
Biombo.
Banderilla.
Carracas.
Carriel.
Cotudo.
Clavo.
Cacao.
Cascarillas.
Cisco.
Cajonero.
Canícula.
Calefacio.
Cachirulo.
Cachaco.
Cimiento.
Cargador.
Coquetear.
Cacho.
Carruchas!
Chimpin.
Chambuque.
Chácara.
Chila.
Charol.
Chapa.
Chola.
Chimborrio.
Chusco.
Chino.
Despepitar.
Descuajaringar.
Diájiro.
Escuelante.
Espingondingo.
Emplumar.
Enmielar.
Explotador.
Empuntar.
Finca.
Francahcela.
Gamonal.
Guache.
Guasparria.
Ira-mala.
Lámparo.
Ladino.
Lisiado.
Lámina.
Mayúscula.
Mocho.
Mercachifle.
Mandinga.
Mica.
Mácula.
Motola.
Marranal.
Matros.
Muérgano.
Macon.
Negro.
Orejon.
Pesuña.
Protocolado.
Paton.
Papayuda.
Perica.
Pringado.
Pilatuna.
Penitencia.
Plata.
Pintoresco.
Pechuga.
Parrandear.
Peruétano.
Pueblano.
Pite.
Paja.
Puertafuera.
Pava.
Patron.
Piringo.
Pisco.
Patiquebrado.
Reclutar.
Suápite.
Simiento.
Sia.
So.
Soplar.
Trompetear.
Tabaco.
Trompa.
Tucutuco.
Trola.
Tirana.
Torbellino.
Tronche.
Uñon.
Volada.
Yunta.
(Y algunas otras.)